OBRAS DE SAN JUAN EUDES

VIDA Y REINO DE JESÚS

EN LAS ALMAS CRISTIANAS

Volumus, Domine Jesu, te regnare super nos.

EDITORIAL «SAN JUAN EUDES»
USAQUEN-BOGOTA, D.E.

1956

NIHIL OBSTAT
Theodorus Hernández F.
C.J.M.

IMPRIMI POTEST
Camillus Macias, C.J.M.
Praep. Prov.
Bogotae, die 24 Aprilis 1.956.

Bogotae, die 22 Maii, 1.956.
IMPRIMATUR:
Ludovicus Péres Hernández
Epp. Aux. Vic. Gen.

SAN JUAN EUDES

VIDA
y
REINO DE JESÚS
EN LAS ALMAS CRISTIANAS

EDITORIAL «SAN JUAN EUDES»

USAQUEN-BOGOTÁ. D.E.

1956

PRELIMINARES

« **Mirabilis Deus in Sanctis su¡s**, dice la Escritura, Amirable es Dios en su Santos», Y esa afirmación es magnífica realidad, sobre todo, cuando miramos en ellos la prodigiosa multiplicidad de formas en que su celo, siempre ardentísimo, supo actuarse en la búsqueda incontenible de la gloria del Señor.

Quien serenamente estudie la vida y obras del gran Apóstol del siglo XVII, San Juan Eudes, llamado por sus contemporáneos « **la maravilla de su siglo**» no podrá no admitir que también de él vale la afirmación del Salmista: «Admirable es Dios en su Santos»... Es inconcebible cómo aquel hombre que desde los veinticinco años casi hasta los ochenta, estuvo entregado a las arduas labores de la predicación misionera llegando al extraordinario número de ciento veinte misiones de tres y cuatro meses, darse a la labor, más ardua aún, de fundar tres Comunidades religiosas, lo que ciertamente le trajo complicaciones sin cuento, envidias y persecución. Pero la admiración llega al colmo cuando sabemos que vida tan agitada no impidió al celoso Apóstol darse también al ministerio de la pluma, y que de la suya salieron, además de varias obras perdidas, doce volúmenes en 8e. con la cifra pasmosa de seis mil cuatrocientas sesenta páginas sobre los más variados temas de espiritualidad.

Ya lo constataba uno de sus primeros biógrafos, el P. Hérambourg: «Admirable es ver como un hombre tan ocupado en labores externas, predicación, confesionario, misiones... ha podido sin embargo componer tantos libros de piedad. El celo por las almas lo devoraba, y así, en procurar su salud y perfección gustoso empleaba aún las horas de reposo. Ni un momento quería perder en el servicio de su Señor. Sabido es cómo recorriendo las calles de París, mientras

allí le mantuvieron múltiples cuidados, fue como compuso los himnos del Oficio del Corazón de Jesús y del Corazón de María ... »

Si fue grande la labor realizada por el Santo durante su vida en sus misiones extraordinarias, si fue y sigue siendo rica en frutos la ejecutada por sus Congregaciones esparcidas hoy por el mundo, ciertamente más eficaz ha sido su acción en las almas mediante sus escritos. Desgraciadamente, hasta hace poco, esa acción no podía ejercerse más que en medios franceses debido a que sus Obras no habían sido traducidas. Hace sólo diez años se dio a la prensa la traducción inglesa en una bellísima edición que pronto se agotó gracias a la favorable acogida de los medios religiosos norteamericanos.

Con la esperanza de que otro tanto suceda entre nosotros, nos proponemos ahora, bien que en forma más modesta para lograr mayor difusión dilatar el campo de apostolado del gran Santo normando poniendo su escritos alcance de los medios de habla española. Tal labor se había iniciado en España gracias al celo de un fervoroso admirador del Santo, el P. Germán Jiménez; pero éste sólo alcanzo a publicar tres de las Obras.

Con la ayuda eficaz de varios Padres Eudistas, especialmente del R.P. Luis Eduardo Uribe y del Director de nuestra Editorial San Juan Eudes, R.P. Eladio Acosta, y confiados en la asistencia del Santo nos proponemos llevar a cabo la publicación de todas sus Obras, buscando la gloria de Dios mediante el major conocimiento del Padre, Doctor y Apóstol del culto litúrgico a los Sagrados Corazones, reformador del clero mediante sus Instituciones y escritos sacerdotales tales, y gran Maestro de la ya bien conocida entre nosotros, Escuela francesa del siglo XV11.

La siguiente es la lista de las Obras extensas del Santo: **Vida y Reino de Jesús; Memorial de la Vida Eclesiástica; El Predicador apostólico; El buen Confesor** (estas tres obras aparecerán en un solo tomo bajo el título: El Sacerdote); **La Infancia admirable de la Madre de Dios; El Corazón admirable de la Madre de Dios**.

Esta última es la más extensa de las Obras de San Juan Eudes -tres volúmenes- y en ella dedica el último libro al Sacratísimo Corazón de Jesús. Es a manera de una Suma teológica sobre la devoción a los Sagrados Corazones y es la que le ha merecido el título en verdad glorioso de «Padre, Doctor y Apóstol del culto litúrgico a los Sagrados Corazones» con que los Pontífices romanos lo han honrado.

Escribió además el Santo las Reglas y Constituciones de su Congregaciones y una serie de Opúsculos de grande interés, como **El Contrato del hombre con Dios por el santo Bautismo; Tratado sobre el respeto debido a los lugares santos; Coloquios del alma con Dios; Meditaciones sobre la Humildad; Catecismo de la Misión, etc...**

Otras Obras escritos y no publicadas, desgraciadamente desaparecieron en la Revolución francesa, y es lástima porque parece eran de gran valor. Entre otras, nos hablan los primeros biógrafos con gran elogio de una sobre **El Oficio divino** y otra, tres tomos de **Meditaciones.**

Por lo que hace al valor doctrina y práctico de las Obras de San Juan Eudes nada mejor podemos decir que lo que de ellas en general dice el P. Angel Le Doré, por largos años Superior General de la Congregación de Jesús y María y conocedor profundo de la espiritualidad y obras del Santo Fundador: «Aunque

las Obras del P. Eudes, dice, no lleven el matiz científico de un teólogo de profesión, son, sin embargo, prueba de su notable cultura teológica, ascética y escriturística... No es él un doctor según la moda de los escolásticos del siglo XIII ó de los grandes teólogos de los siglos XVI y XVII. Como ellos, pudo haber compuesto tesis y libros didácticos por su forma; pero ante todo fue un salvador de almas. Para él la ciencia de la teología tuvo su principal campo de utilidad en la práctica de la virtud y en la adquisición de la santidad, cuyo fundamento científico lo constituye la misma teología... El Santo fue un doctor a la manera de los Apóstoles, de los Padres de la Iglesia, de San Francisco de Sales y San Alfonso de Ligorio. La ciencia que brilla en sus Obras no sólo emite luz, sino que engendra piedad y santidad».

Un testimonio más, el del Cardenal Vives y Tuto, encargado de estudiar esas Obras en la Congregación de Ritos cuando se trató de la canonización del P. Eudes: «Conocía yo muy bien, dice el Cardenal, a los doctores de la Orden franciscana y estaba muy familiarizado con Santa Teresa y San Juan de la Cruz, los escritores místicos de España, nuestra Patria; pero desconocía completamente los escritos del P. Eudes. Como miembro de la Sagrada Congregación de Ritos fue mi deber estudiar su vida y sus obras y cuán admirado estoy! El Bienaventurado Juan Eudes debe ser colocado entre las grandes lumbreras de la Iglesia. Su doctrina espiritual es profunda y de una precisión maravillosa. Es uno de los escritores que mejor ha expuesto la doctrina del Evangelio».

Empezamos la edición castellana por la Obra **Vida y Reino de Jesús**, porque en realidad de verdad es la Primera del Santo, cronológica y doctrinariamente.

En efecto, vio la luz pública este libro en su primera edición, en 1637, cuando el Santo contaba apenas treinta y seis años y ni remotamente pensaba en dejar el Oratorio para fundar su Congregación de Jesús y María. De ahí el influjo poderoso que en su obra se nota, de los grandes Maestros de la Escuela francesa, el Cardenal de Bérulle y el P. de Condren. Y si doctrinariamente se considera la Obra, también es la primera, pues sienta en ella las bases de su espiritualidad. Sus demás Obras no son sino desarrollo y aplicación práctica de los grandes principios sentados en Vida y Reino de Jesús.

Ampliamente nos dirá el P. Lebrun en el Prólogo que sigue, cuál es el alcance y trascendencia de esta magnífica Obra. Para concluir estas breves notas preliminares queremos aducir sólo dos testimonios que por venir de fuente extraña, tienen singular significación.

Es el uno, sobre la actualidad de la Obra y es del célebre escritor norteamericano Monseñor Fulton Sheen quien prologando precisamente la edición inglesa del Reino de Jesús dice: «No deja la doctrina espiritual de San Juan Eudes de tener un muy singular realce en nuestros tiempos. El Poeta enfocaría en un espejo la naturaleza»; este Santo «enfoca a Jesús». Al hombre moderno, que está extraviado, San Juan Eudes le da a Jesús, Camino de Vida; al hombre moderno, que está desconcertado, el Santo le ofrece a Jesús como Ejemplar; y al hombre moderno, que está fracasado, el Santo le ofrece a Jesús, Prototipo de los hijos de Dios, Primogénito de las criaturas».

El segundo testimonio es de un hijo de San Ignacio, el piadososo P. Jaegher en su precioso opúsculo «Vida de identificatión con Cristo: «Nada más útil en la vida espiritual que la gran doctrina de San Pablo

sobre la vida en Cristo, Cabeza del Cuerpo Místico. De esta doctrina, que San Agustín y Santo Tomás tan admirablemente habían tratado, San Juan Eudes ha hecho, más que cualquiera otro, así nos parece, el centro de su espiritualidad sublime. Nada mejor podríamos desear que ver propagarse por todas partes la espiritualidad eudista y encontras en manos de todos el hermoso libro del **Reino de Jesús**. Si esta grandiosa doctrina fuese más conocida, **si este libro estuviera en las manos de los encargados de dirigir las almas a la unión divina, de Instruir a Sacerdotes y Religiosos o Religiosas**, indudablemente serían muchas las almas capaces de elevarse muy alto, muchas las favorecidas con los diversos grados de unión mística y que ahora no pueden sino vegetar en la mediocridad ... »

Al publicar esta Obra y las demás de San Juan Eudes, de todas las cuales puede decirse lo que del Reino de Jesús dice el P. Jaegher, deseamos que los vivos anhelos del fervoroso Jesuita se realicen ampliamente a fin de que sean muchas las almas, en particular entre los hijos é hijas del Santo, entre los miembros del Clero, entre Religiosos y Religiosas y aún entre los simples cristianos, que lleguen a la unión mística, y así glorifiquen inmensamente más al Señor nuestro Dios en el tiempo y por la eternidad.

Bogotá, 19. de 1956, Solemne Festividad de la Pascua.

CAMILO MACIAS,
Superior Provincial de los
PP. Eudistas.

INTRODUCCIÓN

El Reino de Jesús (1) apareció en Caen el año 1637 (2). Después de rendir homenaje y consagrar la Obra a Jesús y María, el autor la dedicó a la Sra. de Budos, abadesa de la Santísima Trinidad de Caen, y a sus religiosas. En la elevación preliminar, lo presenta también a las almas piadosas que quieren amar a Jesucristo, en especial a las que están a su cargo. Los hijos e hijas del Santo siempre han tenido esta Obra en la mayor estima y han hecho de ella su manual preferido.

Cuando publicó el *Reino de Jesús,* el P. Eudes pertenecía a la Congregación del Oratorio, donde entró en 1623 y de la que se separó el año 1643 para fundar la Congregación de Jesús y María Intensamente impregnado de la doctrina espiritual de los PP. de Bérulle y de Condren, de la que había hecho la regla de su vida, trabajó con todas sus fuerzas por difundirla en torno suyo. Tal es el fin que se propuso al publicar *el Reino de Jesús.* Es indudable que en vano se buscarían en él las elevadas especulaciones del Cardenal de Bérulle sobre el misterio de la Encarnación y las no menos elevadas consideraciones del P.

(1) La obra de san Juan Eudes tiene por título: *Vida y Reino de Jesús en las almas cristianas,* pero cuando habla de ella, el autor la llama sencillamente el *Reino de Jesús,* y ordinariamente se le designa bajo este título abreviado.

(2) El *Reino de Jesús* ha tenido numerosas ediciones. Las que conocemos son las siguientes: Caen, 1637; Rouen (antes del 1642) - Caen 1642- París, 1643; Caen, 1644; París, 1645; Rouen, 1647; Caen, 1647-1648; Rouen, 1650; Lyon, 1656; Rouen, 1665; Caen, 1666; París, 1670-1695; Lyon (sin fecha); Mona, (fecha desconocida); Rennes, 1869; París 1884, Vannes 1905 (Edición de las Obras Completas); París, 1924; Montreal, 1930; París. 1931; New York, 1946 (inglesa); París, 1950.

de Condren sobre el sacerdocio y el sacrificio de Jesucristo. El Santo las había sin duda ávidamente recogido para nutrir con ellas su piedad personal, pero, apóstol ante todo, lo que se proponía enseñar a las almas no era la teoría, sino la práctica de la vida cristiana. En el *Reino de Jesús* se limita a lo que tiene de práctico la doctrina de sus maestros, haciendo ver su aplicación a los detalles todos de la vida. Su libro es una obra de vulgarización en la que se esfuerza por poner al alcance de todos las enseñanzas tan hermosas de la Escuela francesa(1). Añade ciertamente citas de autores que no pertenecen a esta escuela, por ejemplo, a santa Gertrudis, a santa Matilde, a san Francisco de Sales, al P. Rodríguez. Su pensamiento, además pare. ce orientarse ya hacia la devoción a los Sagrados Corazones, que más tarde le será tan querida. pero los principios dominantes de su libro, y que forman como su osamenta, son los de la *Escuela Francesa, y* cuando se quiere dar plenamente con su originalidad y alcance, es por lo menos utilísimo recurrir a los escritos del Cardenal de Bérulle, del P. de Condren, de san Vicente de Paúl, de M. Olier y de Otros escritores de esta gran época. En algunas de las páginas siguientes recordaremos sumariamente estos principios a fin in de facilitar la lectura y el uso del *Reino de Jesús.*

I. LA DEVOCIÓN A JESÚS

Toda la doctrina de san Juan Eudes gravita en torno a la persona del Verbo encarnado que es para él el objeto y principio de la vida cristiana.

De *hecho, después* de la Encarnación, la vida religiosa de la humanidad se orienta sobre todo hacia Jesucristo. Y se comprende. El Dios del cielo está

(1) Acerca de la *Escuela francesa,* véase sobre todo a H. Bremond, *H¡storia del sentimiento religioso,*

tomo III, y a P. Pourrat, *La Espiritualidad cristiana* tomo III, p. 486-596.

a mucha altura sobre nosotros. La espiritualidad de su naturaleza escapa al alcance de nuestras facultades sensibles, la infinitud de sus perfecciones desconcierta nuestra inteligencia, y, cuando pensamos en él, lo que más impresiona es su majestad que nos deslumbra, su omnipotencia que nos abruma, su justicia que nos espanta. El Dios del pesebre, del Calvario y del Altar está más a nuestro alcance. Haciéndose nuestro hermano, nos permite ir a El con todas las potencias de nuestra naturaleza, y sobre todo preséntase El como despojado de todo lo que nos mantenía como apartados, no dejando patente sino una bondad infinita que nos atrae. De manera que, después de a Encarnación, él centro de atracción de las almas religiosas, como se ha indicado, se ha desplazado, no para alejarse de Dios, sino para permitirnos ir a El por un camino más fácil, y encontrarle en la persona del Verbo encarnado.

El primer historiador del P. de Bérulle, Germán Habert, nos advierte lo mismo:

«Si bien es verdad, escribe, que la Santísima Trinidad es el mayor de todos los misterios que adoramos, principio y fin de todos ellos, si bien, todos los demás misterios no tienden sino a honrarla..., y si bien una de las cualidades mismas de Jesucristo estriba en ser uno de sus vasallos, de sus siervos, de sus adoradores; atrévome no Obstante a decir que durante el tiempo de la vida presente, en la que nos guiamos Por la fe, la principal aplicación y la mayor piedad de la vida cristiana, no se encamina a la Trinidad, sino a la Encarnación. Este es el espíritu, ésta es la conducta de la Iglesia, que, en ésta como en las demás devociones, sigue fielmente el espíritu y la conducta del mismo Dios. En efecto, Dios con su divina Palabra no nos revela la Trinidad sino relacionándola con la Encarnación, no nos descubre las tres Personas, sino en cuanto es necesario para damos a conocer a la Segunda, y al reservamos para la gloria

y para el cielo la manifestación de este primero y gran misterio diríais por el contrario que pone empeño en describirnos ampliamente, con esta misma, Palabra, al Verbo encarnado. En esto se extienden siempre las Escrituras Sagradas, en damos un conocimiento perfecto de sus diversos estados, oficios y cualidades; diríase que, como en el Tabor, nos lo propone y muestra siempre diciéndonos: «He aquí a mi Hijo muy amado, oídle y miradle atentamente> (1).

No sé si estas ideas han sido jamás mejor estudiadas que en el Oratorio de Francia. cuyo fundador mereció ser llamado por Urbano VIII «El Apóstol del Verbo encarnado». Profesábase allí una devoción singular» a Jesucristo, a Quien se trataba de considerar y honrar en todas las coma. El P. Eudes, discípulo fiel del Cardenal de Bérulle, nos invita a concentrar sobre la persona adorable del Salvador todos los esfuerzos de nuestra devoción. Quiere que, a ejemplo del Padre celestial, pongamos en Jesús «todas nuestras complacencias», que hagamos de él «el único objeto de nuestros pensamientos y de nuestros afectos, el fin de todas nuestras acciones, nuestro centro, nuestro paraíso, nuestro todo>. A esto es a lo que nos invita incesantemente en el *Reino de Jesús.* Porque, como él mismo lo dice, su libro «no habla más que de Jesús» y «no tiende sino a establecerle en las almas». Quiere «que no se vea más que a Jesús, que no se busque más que a Jesús, que no se encuentre más que a Jesús y que no se aprenda sino a amar y a glorificar a Jesús».

Y no vayamos a creer que el. culto al Verbo encarnado, así entendido, perjudique -lo más mínimo al que debemos a las otras dos personas de la augusta Trinidad.

(1) Citado por Bremond, La Escuela francesa, p. 44. Por esto, en vez de decir sencillamente el Padre y el Espíritu ,Santo san Juan Eudes dice con frecuencia el Padre de Jesús y el Santo Espíritu de Jesús.

Jesús no puede ser separado ni del Padre de quien procede, ni del Espíritu Santo que de El procede. No hay, con ambos, más que un solo y mismo Dios, y desde luego los homenajes que se le tributan se dirigen igualmente al Padre y al Espíritu Santo, aun cuando no hubiera intención explícita de honrarles con El y en El.

«Cuando os exhorto, dice San Juan Eudes, a arrodillaros todas las mañanas... para adorar a N. Señor Jesucristo, para darle gracias y ofreceros a él, no pretendo que estos actos hayan de hacerse respecto solamente de la persona del Hijo de Dios, sino de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Lo que se verifica siempre de infalible manera, por más que no siempre se tenga esta mira delante. Porque, si Jesucristo no es sino una misma cosa con el Padre y el Espíritu Santo, y toda la santísima Trinidad, o, como habla San Pablo, toda la plenitud de la Divinidad habita en Jesucristo hay que concluir necesariamente que adorar y glorificar a Jesús, es adorar y glorificar al Padre y al Espíritu Santo; ofrecer a Jesús toda la gloria que en el cielo y en la tierra le es debida, es ofrecer esta misma gloria al Padre y al Santo Espíritu; y rogar al Padre y al Espíritu Santo que glorifiquen a Jesús, es rogar que se glorifiquen ellos a sí mismos».

San Juan Eudes, a ejemplo del Cardenal de Bérulle, nos recomienda que jamás separemos a Jesús de María.

«Jesús y María, escribe, son los dos primeros fundamentos de la religión cristiana, los dos manantiales vivos de todas nuestras bendiciones, los dos objetos de nuestra devoción que debemos tener siempre delante en todas nuestras acciones y ejercicios».

Es cosa averiguada que el Cardenal de Bérulle y el P. de Condren impulsaban a sus discípulos a someterse a María en calidad de esclavos, para honrar la dependencia de Jesús respecto de ella durante treinta años

de su infancia y de su vida oculta. Lo mismo hacia el Padre Eudes. Quiere que miremos a María como a nuestra Soberana, que, después de Dios, le refiramos nuestro ser y nuestra vida, que nos ponga, mos bajo su dependencia rogándola que nos guíe y disponga de nosotros según su beneplácito para la gloria de su divino Hijo. Este es uno de los aspectos salientes de su manera de entender el culto a María. Lleva sin embargo su devoción a la santísima Virgen la nota distintiva de una ternura filial, como no se encuentra, por lo menos en el mismo grado, en los escritos de sus maestros.

Pero lo que por encima de todo recomienda el P. Eudes, es honrar a María, no tanto en ella misma y en ¡sus perfecciones personales, por grandes que sean, cuanto en sus relaciones con Jesús, a quien ella engendró una vez a la vida corporal, pero que no deja de vivir espiritualmente en su corazón; o por decirlo, según él el objeto de nuestra veneración y de nuestro amor debe ser Jesús en cuanto vive y reina en su santa Madre. «Para honrar a María, como Dios nos lo pide, y como ella lo desea, escribe el Santo, es preciso que veamos y adoremos a su Hijo en ella, sin mirar ni adorar más que a él. As! es como ella quiere ser honrada, porque de si misma y por ella misma, nada es, sino que lo es todo en ella su Hijo Jesús: él es su ser, su vida, su santidad, su gloria, su poder, su grandeza» . En los honores que a María tributamos, el objeto principal de nuestra devoción será pues Jesús en lo que de gracia y gloria obra en su santa Madre como también en las alabanzas y en el amor que incesantemente recibe de su corazón tan amante. Y el fruto de esta devoción será obtener de Jesús por María la muerte a nosotros mismos y una participación de la vida del Hijo en el Corazón de la Madre.

Guardada la debida Proporción, el P. Eudes concebía la devoción a los Ángeles y a los Santos

como la devoción a María. Jesús, sea como Dios, sea como

hombre, es todo en ellos, lo mismo que en María. La verdadera manera de honrarles, es por lo tanto, adorar a Jesús en lo que en ellos es y obra, como también en la gloria que ellos le procuran con sus alabanzas y con su amor.

Así mismo en el amor al prójimo y en cuanto hacemos por el bien de nuestra alma y de nuestro cuerpo, debemos igualmente tener a Jesús ante nuestra vista. «Mirad, dice el P. Eudes, vuestra salud, vuestra vida, vuestro cuerpo, como cosa que pertenece a Jesús, y que debéis cuidar, no para vosotros, sino para él».

Aún en las criaturas irracionales, se ha de mirar a Jesús. Como Dios, las ha creado; como hombre, nos ha conquistado al precio de su sangre el derecho a usar de ellas, que por el pecado habíamos perdido. Ellas cantan su gloria «con toda la amplitud de su ser y con todo su poder natural» y nos invitan a glorificarle con ellas. Sirvámonos de ellas en acción de gracias y para la mayor gloria del que las pus(> a nuestra disposición.

En una palabra, quiere el P. Eudes que consideremos a Jesús en todo y por todo: en el mundo natural, como en el espiritual, porque reina en el uno y en el otro, aunque de diferente manera; en la muerte, donde ejerce su soberanía; en el juicio particular, donde brilla su justicia; en el cielo, que es el reino de su gloria; en el purgatorio, donde se revelan a la vez su justicia y su misericordia; en el infierno mismo, donde de terrible manera triunfa de sus enemigos.

De esta suerte, Jesús será verdaderamente nuestro «único objeto», puesto que no veremos ni a las personas ni a las cosas sino en sus relaciones con él. El será nuestro «todo», puesto que no buscaremos ni amaremos más que a él en todas las cosas.

11 EL PURO AMOR.

Los sentimientos que debemos tener para con Jesucristo son aquellos cuyo conjunto constituye la religión completa de la criatura para con el Creador. Ocupa el primer lugar la adoración que se impone al hombre por razón de su nada y de la soberanía absoluta de Dios. De aquí que el presentarnos delante de Jesucristo, tengamos que comenzar siempre por adorarle en si mismo, en sus infinitas perfecciones, en sus misterios, en sus virtudes, en todo lo que es y en todo lo que hace por su Padre y por nosotros.

En el *Reino de Jesús* no encontraréis un solo ejercicio que no comience con este acto de adoración.

A la adoración hay que añadir la alabanza, la acción de gracias, la renuncia y sobre todo la confianza y el amor. Lo que en efecto más impresiona a san Juan Eudes en la vida y misterios del Verbo encarnado, no son sus grandezas, sino su bondad, su amor y su misericordiosa ternura para con nosotros. Y así después de haber recordado sumariamente las razones que nos obligan a emplear toda nuestra vida en el servicio de Jesús, corrobora su argumentación con este pensamiento: que el divino Maestro nos ha dado todo lo que tiene y todo lo que es.

«Nos ha dado, dice, a su Padre por padre nuestro, haciéndonos hijos de su propio Padre. Nos ha dado a su Santo Espíritu para que sea nuestro propio espíritu, y para enseñarnos, regirnos Y

gobernarnos en todas las cosas. Nos ha dado a su santa Madre por madre nuestra. Nos ha dado a sus Ángeles y Santos por protectores e intercesores nuestros. Nos ha dado todas las demás cosas que hay en el cielo y en la tierra, para nuestro uso y necesidades. Nos ha dado su propia persona en su Encarnación. Nos ha dado toda su vida, no habiendo pasado un momento de ella que no lo empleara por nosotros; no habiendo tenido un pensamiento, dicho una palabra, hecho una acción ni

dado un paso, que no fuera consagrado a nuestra salvación. Nos ha dado, en fin, en la santa Eucaristía su cuerpo y su sangre, su alma, su divinidad, y todas las maravillas y tesoros infinitos que están encerrados en la divinidad y en su humanidad, y esto todos los días, o por lo menos tantas veces cuantas queramos disponernos a recibirle».

Concluye de aquí el Santo que, a nuestra vez, debemos darnos enteramente a Jesús y consagrarle todas las funciones y ejercicios de nuestra vida».

El Reino *de Jesús* está todo él repleto de este pensamiento, que Jesús es todo amor para con nosotros, debiendo nosotros en retorno ser todo amor para con El. En la cuarta parte hay un largo capítulo donde el autor celebra con complacencia todas las perfecciones del amor de Jesús para con nosotros y hace brotar de su corazón un magnífico cántico de amor el divino Maestro (1).

Se hace notar que el amor de Dios al posarse en Jesús adquiere una ternura que antes no tenía. Prueba manifiesta de ello el *Reino de Jesús.* El amor de Dios expláyase aquí con una vivacidad, una delicadeza y una intimidad que asombra. Esta exquisita ternura se revela hasta en las fórmulas de que se sirve el P. Eudes respecto del Salvador. No sólo, a ejemplo de San Pablo, no se cansa de repetir el nombre de su Amado, sino que cuando se dirige a él directamente se presentan espontáneamente a él los términos más afectuosos, y le llama, ora «su queridísimo, buenísimo, amabilísimo, desiderabilísimo, benignísimo Jesús», ora «el deseado de su alma, su vida, su todo, el rey de su corazón, su dulce amor», etc., no

(1). En el siglo XVIII se aplicó este capítulo a la devoción al sagrado Corazón de Jesús. De hecho creemos que es imposible encontrar un comentario más hermoso de las palabras de N. Señor a santa Margarita María: «He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres».

terminarla, si quisiera exponer todos los términos con que se manifiesta el tierno amor de san Juan Eudes para con el divino Maestro.

Sin embargo, el verdadero amor no consiste en meros afectos, sino que se traduce en obras. Para mostrar a Jesús que le amamos, es por lo tanto necesario hacer lo que él espera de nosotros, y no es difícil conocerlo. Pide Jesús que observemos los preceptos y consejos evangélicos, que cumplamos los deberes del propio estado, que obedezcamos a los encargados de dirigirnos, y que nos sometamos a las disposiciones de la divina Providencia, manifestadas por los acontecimientos, grandes o pequeños, en los que va envuelta nuestra existencia. No es poco realizar este programa. Sin embargo, el P. Eudes desea que vayamos más lejos y que pongamos toda nuestra persona al servicio del divino Maestro, sin perdonar trabajo alguno de cuerpo y alma, cuando de los intereses de su gloria y de la salud de las almas de nuestros hermanos se trata. Pensaba, con el P. de Bérulle y su escuela, que nos hemos comprometido a ello en el santo bautismo. Porque, al recibir este sacramento, «hicimos, dice, profesión de servidumbre para con Jesucristo y todos sus miembros. Y, como consecuencia de esta profesión, los cristianos todos no son sino siervos, sin que nada tengan de sí mismos, ni siquiera el derecho de hacer uso alguno ni de sí mismos ni de los miembros de su cuerpo, ni de las potencias de su alma, ni de su vida, ni de su tiempo, ni de los bienes temporales que poseen, sino por Jesucristo y

por los miembros de Jesucristo, que son todos los que creen en él».

Pero el valor de nuestras obras, no estriba únicamente en su naturaleza, derivase también de los motivos que nos impulsan a obrar. Cuando lo que nos mueve es la caridad y sólo la caridad, pone ella singularmente de relieve el precio de lo que por Dios hacemos. Por eso el P. Eudes nos exhorta, no sólo a

servir a Jesucristo, sino además a hacerlo con el fin único de agradarle, por puro amor a él, sin motivo alguno de interés. «Entre todos los ejercicios de un alma verdaderamente cristiana, escribe, el más noble, el más santo, el más elevado y el que Dios principalmente pide, es el ejercicio del divino amor. He aquí por qué debéis tener sumo cuidado, en todos vuestros ejercicios de piedad y en todas vuestras acciones, de protestar a Nuestro Señor Jesucristo que queréis hacerlos, no por el temor del infierno, ni por la recompensa del paraíso, ni por el mérito, ni por vuestra satisfacción y consuelo, sino por amor de él mismo, por su contentamiento, por su sola gloria y por su purísimo amor».

El santo no cesa de impulsar a sus lectores a este puro amor, y por eso, el *Reino de Jesús* es, como se ha dicho, «el manual de la caridad perfecta». Otro tanto puede decirse del *Manual de piedad* y de las *Constituciones de la Congregación de Jesús y María.*

Desde este punto de vista, la doctrina de nuestro Santo se resume en estas palabras de N. Señor a santa Catalina de Sena: «Hija mía, piensa en mí, y yo pensaré en tí». El P. Eudes nos invita a hacer nuestra esta invitación del divino Maestro, y a realizarlo todo con la sola mira de agradarle, abandonando en él el cuidado de nuestros intereses. Por otra parte, es éste el mejor medio de dar a nuestros actos toda la perfección de que son susceptibles, y, por consiguiente, de hacer fortuna para el paraíso (1).

(1) Se ve, pues, que la espiritualidad del Santo es netamente teocéntrica en el sentido de que es desinteresada y orientada toda ella hacia la gloria de Dios. En cuanto a esto, véase en el *Reino* de Jesús lo que dice del fin del hombre, de la oración, de las virtudes cristianas, de la confesión, de las indulgencias, de les arideces, etc., etc. Véase también en el *Reino* de Jesús , parte 3a., n. Y. XV parte 4a, n.III, y en las Obras completas, t.II, p.166-167, etc., este principio caro a Bérulle y su Escuela, a saber que <los intereses de Dios deben sernos más queridos que los nuestros». Cfr. Bremond, *Historia del sentimiento* religioso, III, p.29.

Falta un supremo testimonio de amor que Jesucristo puede exigirnos, el de sacrificar nuestra vida por él. El mismo año en que escribía el Reino de Jesús, el Santo se comprometía con voto a sufrir el martirio por Jesucristo, si se presentaba la ocasión, y deseaba vivamente que se presentase. En su libro se esfuerza por inspirar a los demás sentimientos parecidos a los suyos. Quería que todos los cristianos estuviesen dispuestos a sufrir y a morir por Jesucristo. Creía que nos obliga a ello el bautismo, porque, al recibirlo, hacemos profesión de ser con Jesucristo hostias y víctimas sacrificadas a la gloria de Dios. Creía que en calidad de cristianos, debemos estimarnos dichosos al permitir al Salvador que satisfaga en nuestra persona el deseo que tiene de continuar en sus miembros el sacrificio que de su vida hizo el día de su Pasión. Sin embargo, la razón de aceptar el martirio que al Santo parecía la más poderosa, y en la que más insiste, es que Jesucristo, él el primero, ha querido morir por nosotros con la muerte mas ignominiosa, y que sigue sacrificándose todos los días en el altar. Se necesitaría ser muy ingrato, pensaba, para no estar dispuestos a derramar su sangre por un Dios que se dignó derramar por nosotros hasta la última gota de la suya.

III. LA VIDA DE JESÚS EN NOSOTROS

El Reino de Jesús descansa todo él en esta idea, juzgada fundamental por el mismo P. Eudes, que la vida cristiana no es sino la continuación y el complemento en cada uno de nosotros de la vida de Jesús.

El título del libro expresa ya esta idea. En su Prefacio, el autor nos advierte que su fin es hacerla clarividente y enseñarnos a ponerla en práctica.

Esta noción de la vida cristiana la justifica con numerosos pasajes de san Juan y de san Pablo, pero principalmente se apoya en las enseñanzas del Apóstol relativas al cuerpo místico de Jesucristo. Se sabe, en efecto, que, según san Pablo, los fieles no forman con Jesucristo sino un cuerpo moral, del que él es cabeza; de suerte que el Salvador posee un doble cuerpo y una doble vida: su cuerpo natural, que tomó en el seno de María, y su cuerpo místico, que es la Iglesia rescatada al precio de su sangre; su vida personal que se desplegó acá abajo en el sufrimiento y se continúa en el cielo en la gloria, y la vida mística de que goza en sus miembros, y que, también ella, comienza por la prueba para terminar en la beatitud del cielo.

Esta doctrina entusiasmaba a nuestro Santo y, siguiendo a los PP. de Bérulle y de Condren, hizo de ella la base de sus enseñanzas sobre la vida cristiana.

«Parece complacerse, dice uno de sus biógrafos, en el estudio de la doctrina de san Pablo sobre el cuerpo místico de Jesucristo. Ve siempre en la Iglesia el desarrollo progresivo de este gran cuerpo. Para él, cada cristiano es ante todo un miembro que, ocupando su lugar en el conjunto, debe reproducir en el mismo los diferentes estados que se realizan en el cuerpo entero, como se realizaron en la persona misma de Jesucristo. Para hacer converger toda la vida cristiana en esta doctrina compuso su libra de la Vida y Reino de Jesús.»

De ordinario, los autores espirituales adoptan otro punto de vista. Miran la vida cristiana tía en su principio interno que es la gracia santifica y la caridad, Y sólo accidentalmente, y como de paso, recuerdan las enseñanzas de san Pablo sobre la vida de Jesús en nosotros. Así es como procede san Francisco de Sales.

La Introducción ti la vida devota y el Tratado del amor de Dios están plenos del pensamiento de que la vida cristiana, en todos sus grados, no es otra cosa sino el amor de Dios, y estas dos obras, tan conocidas y estimadas, no tienen otro fin sino enseñarnos a conservar, aumentar y poner en práctica la divina caridad. San Juan Eudes, por el contrario, mira siempre la vida cristiana en sus relaciones con Jesucristo. Trátese de la oración, de las virtudes cristianas, de las acciones ordinarias, vuelve de continuo sobre este principio, de que la vida cristiana, de que gozamos, es la continuación y la prolongación en cada uno de nosotros de la vida misma de Jesús, y quiere que obremos siempre en su nombre, con sus disposiciones e intenciones y en unión con él y con todos los miembros de su cuerpo místico.

IV. LA OBLACIÓN DE SI MISMO A JESÚS

El principal medio de vivir la vida de Jesús, es someternos a su influencia y dejarnos llevar por él, porque en el cuerpo místico de Jesucristo como en el cuerpo humano, la vida procede de la

cabeza. El P. Eudes repite continuamente que es preciso «ofrecernos, entregarnos, darnos, abandonamos» a Jesús para que haga él en nosotros y por nosotros cuanto le plazca (1) -

A veces pide también que se dé uno al Espíritu de Jesús. Por Espíritu de Jesús entiende, no sólo las disposiciones e intenciones del Salvador, sino también y sobre todo, el Espíritu Santo que de ellas nos hace participar. El Espíritu Santo, es, efectivamente, el

(1) Es lo que M. Bremond y M. Pourrat llaman adherencia, expresión que toman de Bérulle y de sus discípulos, y de la que san Juan Eudes se sirve también a veces. Cfr. *Reino,* parte 2a., n.XXXVIII.

Espíritu de Jesús, puesto que procede de él, lo mismo que del Padre. Lo es además, porque la santa humanidad del Salvador fue llena de este divino Espíritu y sigue siempre su dirección y sus inspiraciones. Los miembros, no pudiendo estar animados de otro espíritu que el de la cabeza, debemos, lo mismo que Jesús, dejarnos guiar por el Espíritu Santo. Darse al Espíritu Santo en definitiva es darse a Jesús que es su principio, que nos lo mereció con su muerte y que nos lo envía para difundir en nuestras almas la vida de la gracia.

Se ve, pues, que jamás separa San Juan Eudes la gracia, que es el principio interno de la vida cristiana, de su divino autor. La mira siempre como la acción de Jesús en nosotros, y no ve en la fidelidad a la gracia sino la, flexibilidad del alma en dejarse dirigir por su divino Espíritu.

El abandono de si mismo en manos de Jesús tiene un importante lugar en la espiritualidad del P. Eudes. El piadoso autor lo practica sin cesar y, en los ejercicios que propone, lo hace siempre objeto de un acto especial, precedido de ordinario de un acto de renuncia de sí mismo.

La razón de tal renuncia, es que Jesús no puede vivir en nosotros sino en la medida en que renunciemos a lo que la Sagrada Escritura llama la carne, el hombre vicio, es decir, a nosotros mismos tal como nos ,encontramos por el pecado original. En efecto, el pecado de Adán, al despojarnos de la justicia original, no sólo nos ha reducido a la impotencia más completa en el orden sobrenatural, sino que ha pervertido la naturaleza privándola de su rectitud primitiva, lo que hace que nuestras inclinaciones naturales sean desordenadas y tiendan sin regla ni medida a los bienes inferiores. Esta depravación de la naturaleza es la obra de Adán y la nuestra, puesto que Adán obraba en nuestro nombre; y por otra parte, nuestros pecados personales han agravado en nosotros las consecuencias

del pecado de naturaleza. Esto constituye para nosotros un obstáculo permanente al bien y una tendencia continua al mal; de tal suerte que encontrarnos en nosotros, en nuestra sensualidad y orgullo, en nuestro propio espíritu y en nuestra propia voluntad, y generalmente en lo que nos es connatural, el germen de todos los vicios, el principio de todos los pecados, y, como dice el P. Eudes, un verdadero «anticristo».

En esta corrupción de la naturaleza por el pecado resulta que no tenemos otro camino de salvación que renunciar a nosotros mismos, y darnos a Jesús para obrar en todo bajo su influencia. Esto es lo que san Juan Eudes no cesa de repetir. Quiere que hagamos constantes esfuerzos para combatir los instintos de la naturaleza depravada, que son el gran obstáculo a la vida de Jesús en nosotros. Y como estos instintos forman parte de nosotros mismos, como quiera que son nuestra propia naturaleza deformada por el pecado, quiere que trabajemos sin descanso para salir de nosotros mismos, para 'despojarnos de nosotros mismos, y, como dice con su enérgico lenguaje, «para anonadarnos a nosotros mismos». Al comienzo de cada una de nuestras acciones, nos invita a renunciar expresamente a nosotros mismos, a nuestro propio espíritu, a nuestra propia voluntad, a

nuestras propias fuerzas, y a darnos a Jesús para que obre El en nosotros según los designios de su amor y de su misericordia. Y de ordinario hace seguir estos dos actos de una oración en la que pide a Jesús que El mismo nos anonade y que tome posesión de nuestro corazón para ejecutar en él con plena libertad los actos de virtud que constituyen la vida cristiana.

No que nos dispense de los esfuerzos necesarios para servir a Dios; quiere, por el contrario, que hagamos todo lo que de nosotros depende para vencer el vicio y practicar la virtud y que trabajemos por nuestra parte como si nada esperáramos de parte de Dios. Pero lo esencial a sus ojos, es desprenderse de

sí mismo y ofrecerse a Jesús. Jesús es para él el autor principal de cuanto bueno hacemos. Atañe a nosotros ponernos a su disposición como instrumentos dóciles que pueda El manejar a su placer. No oponerse a su acción, seguir dócilmente sus inspiraciones, dejarse guiar por él, como un niño por su madre, he aquí para la libertad humana el mejor medio de cooperar a la obra de santificación que Jesús quiere realizar en nosotros.

Desde luego se comprende cómo ciertos ejercicios muy recomendados por otros autores no coincidan con la espiritualidad del P. Eudes. El examen particular por ejemplo, no parece tener para él tanta importancia como para los discípulos de san Ignacio: no habla de él en el *Reino de Jesús.* Por otra parte, sin rechazar los métodos, no da sin embargo a ellos sino una importancia limitada, y no duda en escribir estas palabras que se han citado ya varias veces: «La práctica de las prácticas, el secreto de los secretos, la devoción de las devociones, es no estar aficionado a práctica alguna o ejercicio particular de devoción, sino poner sumo cuidado, en todos vuestros ejercicios, en daros al Santo Espíritu de Jesús... a fin de que tenga él pleno poder y plena libertad de obrar en vosotros según sus deseos, entrando en las disposiciones y sentimientos de devoción que a El le plazca y guiándoos por los caminos que a El le parezca».

V. LA IMITACIÓN DE JESÚS (1)

Para que Jesús viva en nosotros, no basta ofrecernos a la acción de su gracia, es preciso cooperar a ello trabajando por conformarnos a la divina Cabeza, en

(1) Se ha opuesto la imitación a la adherencia como si fuesen des cosas que se excluyen una a otra. Son ciertamente dos cosas distintas, pero que se completan y no pueden existir la una sin la otra. La adherencia, es la oblación de si mismo a Jesús; ella nos somete a su gracia va aún más allá, nos presenta a su acción. La imitación es la cooperación a la gracia, acto libre y reflexivo por el que nos esforzamos en hacernos a los pensamientos y sentimientos de Jesús y en regular nuestra vida por la suya. Una cosa es, como dice Bourgoing en el Prefacio de las Obras de Bérulle (Migne, p.87-88) «la operación de Dios en el alma», y otra «la operación del alma hacia Dios». Por la primera nos ofrecemos a Jesús a fin de que imprima en nosotros una imagen de su vida; por la segunda, nos esforzamos en reproducir en nosotros, bajo la acción de la gracia, la vida de Jesús.

Nos miembros tenemos el honor de ser. El P. Eudes nos presenta además a Jesucristo corno el *Libro de vida* que es preciso tener siempre delante de nuestra vista, el *Ejemplar* que tenemos que copiar, el *Prototipo, cuyos* rasgos hemos de reproducir, la *Regla su*prema a la que debemos conformar toda nuestra conducta.

Todos los autores espirituales, es verdad, recomiendan la imitación de Jesucristo. Pero, sin embargo, al trazar las reglas de la vida y perfección cristianas, se atienen mucho a la exposición de

los preceptos y consejos evangélicos, e invocan los ejemplos del Salvador, más como un estímulo a la virtud, que como una regla de vida. No procede así el P. Eudes. Como los PP. de Condren y de Bérulle, que fueron sus maestros en la vida espiritual, procura no separar la doctrina de Jesús de su persona y de su vida. De buenas a primeras coloca a las almas ante Jesús y les pide pongan su vida en armonía con la de Aquel.

Ante todo es preciso que aprendamos a pensar y a querer como Jesús. Esto es lo que exige san Pablo en estas célebres palabras que nuestro Santo se complace en citar y que no ha dejado de aplicar al culto del Sagrado Corazón: *Hoc enim sentite in vobis quod et in Christo Jesu;* «revestíos de los sentimientos de Jesucristo». Los pensamientos del Salvador vienen a

ser los nuestros por la fe, que es una participación de su ciencia, y que nos hace- ver las cosas con los mismos ojos con que él las ve; apropiarse uno sus sentimientos por medio del odio al pecado y por la renuncia a sí mismo. Estos efectivamente eran los sentimientos dominantes que mantenía en el alma santa de Jesús el amor inmenso para con su Padre. líe aquí, Pues, por dónde debe dar comienzo nuestra conformidad con el divino Maestro, y lo que, con la oración, que fue la ocupación constante del Verbo encarnado, constituye, para el P. Eudes, los fundamentos de la vida cristiana.

Bosquejada por estas disposiciones fundamentales, la imagen de Jesús, se perfecciona en el alma cristiana por la aplicación que ella aporta en orden a revestirse de las virtudes del Salvador, porque las virtudes cristianas no son, para el P. Eudes, sino la continuación y la extensión en cada uno de nosotros de las virtudes de Jesús. No quiere que las consideremos en sí mismas, en su excelencia intrínseca, como lo hacen los paganos y los filósofos, sino en Jesús, su principio y acabado modelo; ahí es donde debemos estudiarlas, debiendo ejercitarnos en practicarlas con el fin de hacernos semejantes a él y Para glorificar a su Padre, como él mismo lo hacia.

La conformidad con el divino Maestro llega en nosotros a su cima por la Participación en los diversos estados y diferentes misterios de su vida. Enseña en efecto el P. Eudes que los misterios de Jesús deben, lo mismo que su vida y sus virtudes, renovarse y completarse en los cristianos. «Es una verdad digna de ser notada, escribe, que los misterios de Jesús no están aún en su entera perfección y cumplimiento. Han sido realizados y perfeccionados en la Persona de Jesús, no lo han sido aún en nosotros que somos sus miembros, ni en su Iglesia que es s cuerpo místico. Porque el Hijo de Dios abriga el designio de hacer participar y de extender y continuar en nosotros

otros y en toda su Iglesia el misterio de su Encarnación, de su Nacimiento, de su Infancia... y demás misterios».

En el fondo de toda vida cristiana hay una participación de los misterios del Salvador. Muertos místicamente con El en el santo bautismo, debemos llevar con él una vida nueva y toda celestial. Sean cuales fueren las circunstancias en que nos encontremos, debemos por lo tanto conformarnos espiritualmente con los misterios del Salvador, dándonos a expresar en nuestra vida las virtudes que brillaron con particular esplendor en cada uno de ellos. El Santo nos recomienda, además, que meditemos asiduamente los misterios de Jesús. Nos aconseja que no limitemos nuestras reflexiones a los hechos exteriores que son como su cuerpo y apariencia, sino que penetremos en su espíritu y en su fondo, considerando los pensamientos, afectos y ocupaciones interiores de Jesús en sus diferentes misterios, como también la gracia especial vinculada, a cada uno de ellos y los frutos que de ellos podemos recoger.

«Esto es, dice, siguiendo al Cardenal de Bérulle, lo que yo llamo el espíritu, el interior y como el alma del misterio. Y esto es lo que debe ser principalmente considerado y honrado en los misterios de Jesús; y es, sin embargo, lo menos considerado y honrado. Porque muchos se contentan con contemplar el cuerpo y el exterior sin pasar a¡ espíritu y al interior de estos mismos misterios. Sin embargo, lo principal, el fondo, la substancia, la vida y la verdad del misterio, es su espíritu, su interior; mientras que el cuerpo y el exterior no es sino como la corteza, lo accesorio, la apariencia y el ser accidental del misterio, El exterior y el cuerpo es Pasajero y temporal; pero la virtud interior y el espíritu de gracia que reside en cada misterio es permanente y eterno».

En fin, puesto que somos miembros de Jesucristo y los continuadores de su vida, debemos, según el P.

Eudes, considerarnos siempre y en todas partes, «como sus representantes, y hacer cada una de nuestras acciones, pequeñas o grandes, en su nombre y con su espíritu, es decir, según la explicación del Santo, «con sus sentimientos y disposiciones».

Muchos autores espirituales aconsejan colocarse, antes de obrar, ante la muerte y la eternidad. El pensamiento de los novísimos viene a ser de esta manera la regla y el resorte de toda la vida moral. Seguramente tenemos aquí un excelente medio de santificar nuestras acciones, que el P. Eudes no deja de recomendar. Lo que sin embargo preferentemente nos aconseja, a, es preguntarnos, en cuanto nos ocurra, qué haría Jesucristo en nuestro lugar, y proceder en consecuencia. «Los cristianos, dice, siendo miembros de Jesucristo, ocupan su lugar en la tierra, representan su persona, y por consiguiente, deben hacer cuanto hacen como El lo haría en lugar de ellos... como un embajador que haciendo las veces y representando la persona del rey, debe obrar y hablar en su nombre, es decir como él mismo obraría y hablaría si estuviera Presente». Obrar cristianamente, según el P, Eudes, es pues obrar como obraría Jesucristo, con las mismas intenciones y disposiciones que él, o para emplear la fórmula ordinaria del piadoso autor, «con su espíritu».

Por tanto, nos invita a orar con las disposiciones que Jesús tenía cuando oraba, a penetramos, al ir a confesarnos, de los sentimientos de odio al pecado que inundaban su alma en el huerto de la agonía; a asistir al santo sacrificio de la misa, uniéndonos a sus disposiciones de sacerdote y hostia. En nuestros trabajos, en nuestras recreaciones en nuestras ¡das y venidas, y hasta en nuestras más vulgares acciones, como el levantarse y el acostarse, el comer y el dormir, debiéramos, según el Santo, levantar nuestro corazón a Jesús y conformarnos con los sentimientos que le animaban al realizar acciones parecidas.

VI. LA UNIÓN CON JESÚS

Entre la vida cristiana y la vida de Jesús, además de ¡as relaciones de dependencia y de conformidad de que acabamos de hablar, San Juan Eudes señala una relación de sociedad y de unión que importa estudiar, a causa de las consecuencias prácticas que de ella se derivan.

Para comprender bien este nuevo aspecto de la vida cristiana, recordamos nuevamente que los cristianos son los miembros de un cuerpo moral, o, como de ordinario se dice, de un cuerpo místico, del que Jesucristo es cabeza. En un cuerpo moral, cada miembro, tiene evidentemente su vida y su actividad propias. Y sin embargo, la vida de cada uno de ellos está asociada a la vida de los demás y sobre todo a la de la cabeza. Además, cada miembro, y sobre todo la cabeza, obra en el nombre y en

provecho de todos, de tal suerte que la cabeza y los miembros trabajan armónicamente, supliéndose mutuamente y contribuyendo así a su perfección recíproca.

Esto es exactamente lo que ocurre en el orden sobrenatural.

Pensemos o no en ello, cuando obramos cristianamente, no obramos sólo en nuestro nombre, sino también en nombre de Jesucristo, como representantes suyos, sus embajadores y continuadores de su vida, y nuestra acción le aprovecha. No que ella añada algo a la plenitud de su vida personal y en sí misma la perfección, sino que le procura, fuera de él, esa expansión de vida y ese complemento de perfección que la cabeza encuentra en los miembros dóciles a su influencia. En este sentido la Iglesia ha podido ser llamada por San Pablo la *plenitud de Jesucristo, y todos* nosotros concurrimos, según la palabra del Apóstol, a la *perfección* del divino Maestro.

Pero de igual modo, toda la vida de Jesucristo torna en ventaja nuestra: Cabeza religiosa de la humanidad, ha asociado sus miembros a todos los actos de

su vida, y los ha beneficiado con la santidad con que él los realizó. De aquí que, para darnos ejemplos apropiados a todas las situaciones, haya querido pasar por todas las fases y sujetarse a todas las necesidades de la vida humana. Quería santificar en su persona nuestra vida entera y suplir nuestra insuficiencia tributando a su Padre, por él mismo y por nosotros, los deberes particulares que reclaman los diversos estados de la vida humana.

San Juan Eudes se complacía en este pensamiento. Vuelve a él con frecuencia en el *Reino de Jesús,* pero insiste en él especialmente en los ejercicios que nos invita a realizar con motivo de nuestro nacimiento y nuestro bautismo, y en los que nos propone como preparación para la muerte. Efectivamente, en los dos extremos de la vida es cuando tenemos mayor necesidad de encontrar en Jesús un suplemento a nuestra impotencia. El niño nada puede, y de ordinario el moribundo tampoco. Qué satisfacción, pensar que Jesús, al entrar en el mundo, consagró a su Padre el comienzo de nuestra vida al mismo tiempo que el de la suya! Qué consuelo, caber que si, en nuestros últimos momentos, la enfermedad nos impide pensar en Dios, Jesús aceptó de antemano la muerte en nuestro lugar, y puso nuestra alma con la suya en las manos de nuestro común Padre! Y así en cuanto a todo lo de nuestra vida; porque «siendo oficio de la cabeza, dios San Juan Eudes, hacer todo lo que hace, para sí y Para sus miembros», Nuestro Señor, en sus oraciones, en sus trabajos y sufrimientos obraba por nosotros lo mismo que por él, y de esta manera suplía de antemano lo defectuoso e imperfecto de todas nuestras obras.

Para tener parte en este divino suplemento, que nos viene del Salvador, en rigor basta estar unidos a él de una manera habitual por la gracia santificante. Porque el menor grado de gracia hace de nosotros miembros vivos de Jesucristo, y los miembros se aprovechan

siempre, aun sin saberlo, de lo que hace la cabeza, siempre que no estén separados de ella.

Sin embargo, la unión actual a Jesucristo ensancha de singular manera el canal por donde estos favores llegan hasta nosotros; por lo que el P. Eudes no deja de recomendarla a sus discípulos. Aconséjales que nunca pierdan de vista al divino Maestro, que se consideren en todo como miembros suyos, y que recurran a toda clase de piadosas invenciones para vivir y morir con él.

El primer procedimiento que indica para asociar así nuestras acciones a las de Jesús, es tener

presente, en las diversas circunstancias de nuestra vida, lo que Jesucristo hizo por nosotros en circunstancias análogas, para no sólo conformar nuestra conducta a la suya, sino también para unirnos a todo lo que en nuestro nombre hizo. Y así, puesto que, ofreciéndose, a su entrada en el mundo, El mismo a su Padre, le ofreció al mismo tiempo los miembros de su cuerpo místico como otras tantas hostias dispuestas a sacrificarse a su gloria, es para nosotros un deber aceptar y ratificar la ofrenda que de nuestra vida hizo a Dios Padre.

El Santo nos recuerda después que la vida de Jesús nos pertenece y que podemos disponer de ella para el cumplimiento de nuestras obligaciones. «Sé muy bien, decía, lo que he de hacer». Cuento con un Jesús que tiene en si un tesoro infinito de virtudes, de méritos y de santas obras, y que me ha sido dado para ser mi tesoro, mi virtud, mi santificación, mi redención y reparación. Lo ofreceré al Padre Eterno, al Espíritu Santo, a la santísima Virgen, a todos los Ángeles y Santos, en reparación y satisfacción de todas las faltas que para con ellos he cometido>.

El P. Eudes estaba tan convencido de la realidad de los derechos que Jesucristo nos dio sobre su persona y su vida, así como sobre la persona y la vida de todos los miembros de su cuerpo místico, que creía

poder emplear el corazón, el alma y todas las potencias del divino Maestro y de sus miembros para dar a Dios el culto, la adoración y el amor que su bondad infinita reclama. Y así, después de haber aconsejado repetir en forma de rosario las palabras siguientes, que son la expresión práctica del primero de los mandamientos de Dios, «Os amo, oh Dios mío, con todo mi corazón, con toda mi alma, con todas mis fuerzas», he aquí el comentario que de ellas hace.:

«Al decir: Con todo mi corazón, entiéndase del Corazón de Jesús, del de la santísima Virgen, y de todos los corazones de los ángeles y de los santos del cielo y de la tierra, todos los cuales juntos no son sino un sólo corazón con el santísimo Corazón de Jesús y de María por la unión que existe entre todos estos corazones; y este Corazón es nuestro, puesto que san Pablo nos asegura que todas las cosas, sin excepción son nuestras: Omnia vestra sunt; y por consiguiente, podemos y debemos emplearle como cosa nuestra en amar a Dios».

No hay necesidad de recalcar la grandeza y hermosura de estos puntos de vista. Al principio nos sorprenden un poco, porque, en nuestros días, no estamos habituados a estrechar nuestras relaciones con Jesucristo. No vemos en El sino al Redentor que satisface por nuestros pecados, y al Dios que tiene derecho a nuestras adoraciones, sin pensar que además, es la cabeza, cuya vida debe unirse a la nuestra, para cubrir sus defectos y darle la perfección que la haga grata a los ojos del Padre celestial.

Un último medio de beneficiarnos de los méritos de Jesucristo y de los santos, es dirigirnos directamente a ellos rogándoles que reparen todas nuestras faltas Y que glorifiquen a Dios en nuestro lugar. «Es, dice el P. Eudes, la oración más grata que se les puede hacer, y la que ellos más gustosamente escuchan», Semejante oración nos augura una parte especial en el amor Y en las alabanzas que ellos de continuo tributan a

Dios, porque este Dios de bondad mira como nuestros los homenajes que se le tributan a instancias y en nombre nuestro. San Juan Eudes nos invita sobre todo a terminar con una oración de este género todos nuestros ejercicios de piedad. Desea por ejemplo, que al final de la oración de la mañana, pidamos a Jesús y a sus santos que reparen todas las faltas que en este santo ,ejercicio hemos

cometido, y que lo continúen en nuestro nombre durante el día. Lo mismo por la noche, al entregarnos al descanso, quiere que les invitemos a glorificar a Dios en nuestro lugar durante el sueño.

CONCLUSIÓN

Tal es a grandes rasgos la doctrina espiritual del *Reino de Jesús,* que se reduce a este principio, frecuentemente aducido por San Juan Eudes: «el cristiano debe hacerlo todo en Jesús y por Jesús»; en Jesús, es decir en conformidad con él, bajo su dependencia, en unión con él; Por Jesús, es decir, por amor a él y con el fin único de agradarle. Todo en Jesús y por Jesús, o bien, empleando otra fórmula igualmente familiar a nuestro santo: «todo con el espíritu y por el amor de Jesús», he aquí en dos palabras la espiritualidad de San Juan Eudes. Resúmese aún más brevemente en este grito de amor que el piadoso apóstol hizo lanzar un día, durante una misión, al pueblo de París, grito que a él mismo le encantaba repetir y que puso al principio y al fin de su libro: «Viva Jesús! Viva Jesús!»

Esta manera de considerar la vida cristiana seduce a las almas piadosas en cuanto se les propone. Tiene por otra parte la ventaja de hacernos penetrar hasta el fondo del cristianismo, del que no se tiene sino un conocimiento imperfecto hasta el punto de no comprenderse el misterio de Jesucristo y de su unión con las almas. Además, contribuye poderosamente a hacernos aceptar los sacrificios inherentes a la práctica

ea de la virtud, mostrándonos en la muerte al mundo y a nosotros mismos un medio indispensable para hacer vivir a Jesús en nosotros.

El P. Ramière, S.J., escribía en su libro sobre las *Esperanzas de la Iglesia,* III,c.4: «Parece haber llegado el tiempo en que este gran dogma de la incorporación en Jesucristo, que ocupa un lugar prominente en la doctrina apostólica, tome un rango igualmente importante en la instrucción de les doctores y de los fieles, en la teología y el catecismo; en que no se mire ya como una cosa accesoria este punto sobre el que San Pablo fundamenta todas sus enseñanzas; en que se comprenda que esta unión que el divino Salvador nos presenta bajo la figura de la vid con los sarmientos no es una mera metáfora sino una realidad. . . ; que por el bautismo nos hacemos realmente participantes de la vida de Jesucristo; que recibimos en nosotros, no en figura sino en realidad, el divino Espíritu que es el principio de esta vida. . . y que, sin despojarnos de nuestra personalidad humana, nos hacemos miembros de un cuerpo divino y adquirimos, por consiguiente, fuerzas divinas y divinos destinos».

Los deseos del P. Ramière están en vías de realización. Dom Columba Marmion, el P. Plus y otros escritores de talento han publicado, en nuestros días, obras en las que felizmente se encuentra la doctrina de San Pablo sobre la vida de Jesús en nosotros. Pero nuestra *Escuela francesa* del siglo XVII las habla adelantado, y nadie, según creemos, ha expuesto esta hermosa doctrina de tan completa y práctica manera como San Juan Eudes en el *Reino de Jesús.*

Carlos Lebrun, Eudista.

A JESÚS Y A MARÍA, SU SANTÍSIMA MADRE

Oh Jesús! mi Señor y mi Dios, prosternado ente vuestra suprema Majestad, abismado en lo más profundo de mi nada; después de aniquilar a vuestros pies mi espíritu y mi amor propio y cuanto me pertenece y de haberme confiado al poder de vuestro divino espíritu y de vuestro santo amor; sumergido en la extensión inmensa de este mismo amor y en todas las virtudes y potencias de vuestra divinidad humanizada y de vuestra humanidad deificada, os adoro, amo y glorifico en todos vuestros estados, misterios, cualidades, virtudes y en general en cuanto sois respecto de vuestro Padre Eterno, de Vos mismo, de vuestro Espíritu Santo de vuestra sagrada Humanidad, de vuestra bienaventurada Madre, de todos vuestros Ángeles y Santos del cielo y de la tierra y de todas las criaturas del universo.

Mas especialmente os reverencio y adoro como Vida y fuente de vida nuestra verdadera, como a Rey de los reyes y Santo de los santos, como a Santificador y real Santificación de todos los humanos. Adoro los designios e inmensos y ardentísimos deseos que tenéis de vivir y reinar en mi alma y en todas las almas cristianas. Pídoos muy humildemente perdón por cuantos obstáculos hasta el presente, tanto en mí como en los demás, he puesto a vuestra Voluntad soberana. Y en reparación, Jesús, de mi falta y para en algo contribuir en adelante a la realización de vuestros designios y deseos, me consagro e inmolo totalmente a Vos, Señor, jurándoos solemnemente ante el cielo y la tierra que no quiero ya vivir sino para trabajar siempre en formaros, santificaros y haceros vivir y reinar en mi alma y en cuantas almas os dignéis confiarme, suplicándoos con todo el corazón que logréis que todos los cuidados, pensamientos, palabras y obras de vuestro siervo tiendan a este fin único y definitivo.

Concededme, en particular, vuestra bendición para esta obrita que he preparado para ayudar a las almas que Os pertenecen a establecer en sí mismas la Vida y Reino de vuestro unto amor. Vuestra es, Jesús; Vos sois en realidad su verdadero autor, ya que de buen grado renuncio a cuanto en ella pudiera haber mío y no vuestro. Anhelo también, si os place, que sea toda vuestra y que Vos seáis su único y último fin como sois su único y primer principio, en unión del Padre y del Espíritu Santo. Hé aquí por qué, en honor y unión del mismo amor por el que la hicisteis y me la disteis a mí, yo os la devuelvo y ofrezco, dedicándoosla y consagrándola en homenaje a vuestra vida adorable, a vuestro amor y a todo cuanto Vos sois. Conságrola, también, en honor y unión del mismo amor con que os habéis dado a nosotros, Vos, que sois el verdadero Libro de Vida y de Amor, a cuantas almas desean amaros, y especialmente a aquellas que se según vuestra Voluntad deba yo dirigir por las sendas del bien y de la virtud.

Y ya que no puedo miraros, Señor, sin ver a la que a vuestra diestra se sienta, a la que os ha formado, santificado y hecho reinar en sí misma de manera tan admirable, y en la que Vos siempre y tan perfectamente habéis vivido y reinado; yo la saludo y venero, después de Vos, como puedo, cual madre vuestra., dignísima, madre de vida y de amor y como a mi soberana Señora y queridísima Madre, a quien por mil títulos pertenezco. Pues, pasando por alto el haber sido concebido, dado a luz y criado en un lugar a Ella especialmente consagrado, sin la mediación y ruegos de María no hubiera yo logrado el ser y la vida; puesto que la madre que os dignásteis darme no habiendo tenido hijo alguno. por, largos años, hizo un voto en honor de vuestra Santísima Madre, y, sintiéndose luégo escuchada y sus anhelos cumplidos, me llevó acompañada de mi padre a un santuario de la San

tísima Virgen para cumplir su voto, darle gracias y ofrecerme y entregarme a Ella y por Ella a Vos.

Igualmente me habéis dado el ser y la vida en la misma fecha en que Vos comenzasteis a morar y vivir en esta Madre de vida, en el día de vuestra Encarnación que fue también el de vuestra pasión y santa muerte. En dicho día me concedisteis la gracia de juraros a Vos y a Ella perpetua esclavitud, y en idéntica fecha me habéis colmado de muchísimos otros favores de Vos sólo conocidos y de los que, mediante vuestra gracia, siempre os estaré agradecido. Y fue también en el día del martirio de esta Virgen Sacratísima al pie de la cruz cuando, por vuestra gran misericordia, me vi revestido de vuestra librea, es decir, del santo hábito clerical que ahora llevo. Aún más, por un favor señaladísimo de Vos, Señor, celebré por vez primera mis tres primeras misas en el día en que esta bienaventurada Madre y Virgen os dio a luz, y en un lugar y altar a Ella especialmente dedicados. Por todo lo cual, sin hablar de una infinidad de otras consideraciones que me consagran a Vos y a Ella totalmente, estoy particularmente obligado a ofrecerme gustoso a vuestro servicio con todo cuanto soy y tengo.

En vista de lo cual, ioh mi Salvador!, habiéndoos ofrecido y consagrado éste mi trabajo, dignaos permitirme ofrecerlo y dedicarlo a vuestra dichosa Madre, como homenaje de la vida toda de amor que Vos en Ella tenéis y Ella en Vos tiene.

0s Ofrezco, pues, este libro, oh Madre de vida y de amor, os lo dedico y consagro con todo el afecto de mi corazón, con todo cuanto en mí ha habido, hay y habrá por la misericordia de Dios. Oh Madre bendita, bendecid al autor, a su obra y a cuantos de ella se sirvieren. Ofrecedlos a vuestro Hijo Jesús, fuente de toda bendición, y suplicadle que El los bendiga Y los consagre perfectamente a su gloria y a su amor.

Oh mi buen Jesús, este libro está lleno de actos y

ejercicios de alabanza, de amor, de contrición, de humildad y de otras virtudes cristianas: imprimidlo, os lo ruego, en mi corazón Y en los corazones de quienes los leyeren. En cuanto a mí, os ofrezco todos estos mismos actos y ejercicios con la intención y el deseo de hacéroslos continua y actualmente de corazón y espíritu, como los hago constantemente por escrito en este libro, en el cual por siempre quedarán impresos; y esto os lo pido para mí y para todos los hombres del mundo, en especial para aquellos que lean este libro y muy particularmente aún, os lo pido, para quienes yo tenga el deber de salvar para Vos. Colmad este mi anhelo e intención, oh mi querido Jesús, por vuestra inmensa bondad, por el amor entrañable que tenéis a vuestra amabilísima Madre y por el que Ella por Vos siente.

Mirad y recibid, en virtud de la intención actual, todos estos actos y ejercicios, como si de continuo los practicara por una aplicación constante de mi espíritu y de mi corazón, ya que para siempre permanecerán grabados en este libro.

En fin, oh Dios mío, tomad esta obra bajo vuestra protección, defendedla de sus enemigos que con los vuestros, bendecidla, llenadla de vuestro espíritu y de vuestra virtud divina, tomad posesión de ella, para que por ella, o mejor, por Vos mismo, seáis bendecido, santificado, amado y glorificado en todos cuantos la leyeren. Destruíd cuanto en ella veáis ser mío y haced que todo en ella sea vuestro. Bendecid todas las palabras que la componen paria que sean otros tantos actos de bendición, amor y alabanza a Vos; para que sean otras tantas fuentes de bendiciones y de gracias para quienes las leyeren; otras tantas flechas que traspasen sus corazones y otras tantas llamas inflamadas, en que de puro amor divino se fundan y derritan las almas por toda una eternidad.

PRIMERA PARTE

LOS PRINCIPIOS

LIBRO PRIMERO

La vida cristiana y sus elementos

CAPITULO 1

Naturaleza de la vida cristiana

La vida cristiana, continuación de la vida santísima de Jesús sobre la tierra.

Jesús, Hijo de Dios e Hijo del hombre, Rey de los hombres y de los Ángeles, no es sólo nuestro Dios, nuestro Salvador y nuestro Soberano Señor; es también nuestra cabeza, pues nosotros, miembros de su cuerpo místico, somos hueso de sus huesos y carne de su carne, según palabras de San Pablo: «Membra sumus córporis ejus, de carne ejus et de ómnibus ejus». Eph.Vo,30.

De consiguiente, estamos adheridos a El por la unión más íntima que puede existir cual es la de los miembros con su cabeza; unidos espiritualmente por la fe y por la gracia que nos otorgó en el santo Bautismo; unidos corporalmente por la unión de su santísimo cuerpo con el nuestro por la santa Eucaristía. Síguese de ahí necesariamente que, como los miembros están animados del espíritu de su cabeza y viven su misma vida, así debemos estar animados por el espíritu de Jesús, vivir de su vida, marchar sobre su senda, revestirnos de sus sentimientos e inclinaciones, ejecutar todos nuestros actos con las mismas disposiciones e intenciones suyas; en suma, continuar y

cumplir la vida de Jesús, su religión y sus devociones sobre la tierra.

Este aserto, perfectamente fundado, se apoya en la sagrada palabra de Aquél que es la verdad personificada. Oídlo decir en diversos lugares del Evangelio: «Yo soy la Vida y Yo he venido para que vosotros viváis»; y, «vosotros no queréis venir a Mi para vivir». «Yo vivo y vosotros también viviréis». <En tal día, vosotros conoceréis que Yo estoy en mi Padre, vosotros en Mí y Yo en vosotros». Joan. Xo10; Vo.40 y XIVo.19 y 20.

Esto es, que, como Yo estoy en mi Padre y vivo su propia vida que sin cesar me comunica, de idéntica forma, vosotros estáis en Mí viviendo de Mí, y de tal suerte YO en vosotros vivo y vosotros en Mí y conmigo viviréis.

El discípulo amado así habla: «Dios nos ha otorgado una vida eterna que radica en su Hijo y, quien en sí posee al Hijo de Dios, dueño es de la vida». Por el contrario, «El que en sí no tiene al Hijo de Dios, carece de la vida>. Añade, en otra parte: <Dios ha enviado a su Hijo al mundo para que vivamos por El>. Io. Joan. Vo.11 y 12; IVo.9.

Y en su Apocalipsis por ventura no exclama, poniendo estas palabras en boca del Esposo de nuestras almas: «Venid, venid a Mí, y que todo aquél que tenga sed acuda y si la desea tome el agua de la vida gratuitamente». Todo lo cual está de acuerdo con el pasaje, evangélico en que se nos narra cómo un día el Hijo de Dios, de pie ante crecida multitud, gritaba: «Si alguien tiene sed, que acuda a Mí y que beba».

Y ¿qué nos predica de continuo San Pablo, el apóstol divino, sino que «estamos muertos y que nuestra vida está oculta con Jesucristo en Dios, y que el Eterno Padre nos ha vivificado con Jesucristo

y en Jesucristo»?, es decir, que nos ha hecho vivir, no sólo con su Hijo, sino en su Hijo y de la misma vida

de su Hijo. Añade que «debemos manifestar la vida de Jesús en nuestro cuerpo». «Vivo yo, prosigue, mas es Cristo quien vive en mí». Pues bien, si estudiáis atentamente el texto en que hallamos estas afirmaciones, veréis que no habla el Apóstol sólo de sí mismo y en su nombre, sino del cristiano en general. Y finalmente, en otro aparte de su 2e. Epístola a los Tesalonicenses nos dice: «Rogamos a Dios que os haga dignos de vuestra vocación y que ejecute en vosotros poderosamente todos los designios de su bondad y la obra de la fe, a fin de que el nombre de Nuestro Señor Jesucristo sea glorificado en vosotros y vosotros en El».

Todas estas citas de la Sagrada Escritura nos enseñan con evidencia que Jesucristo debe vivir en nosotros y nosotros en El sólo existir; su vida debe ser nuestra vida y ésta una continuación y reflejo de la suya y no tenemos derecho de vivir sobre la tierra sino para llevar, manifestar, santificar, glorificar y hacer vivir y reinar en nosotros el nombre, la vida, las cualidades y perfecciones, los designios e inclinaciones, las virtudes y acciones de Jesús.

Para, mejor comprender y grabar con más fuerza en vuestra alma ésta verdad fundamental de la vida, religión y devoción cristianas, considerad que Jesús Nuestro Señor tiene dos clases de cuerpo y de vida. Posee un cuerpo que es el suyo, personal, que recibió de la Santísima Virgen y una vida que es la propia, corporal Y terrena. Su segundo cuerpo es el místico, 0 sea la Iglesia que San Pablo llama: «Corpus Christi»: *cuerpo de Cristo* y su segunda vida es la que El goza en este cuerpo místico y en todos los verdaderos cristianos, miembros de este cuerpo. La vida perecedera Y temporal de Jesús en su cuerpo físico fue la que El en Persona disfrutó hasta el día de su muerte, pero quiere continuarla en su cuerpo místico hasta el fin de los siglos para glorificar a su Padre, no sólo con los actos y sufrimientos de su vida mortal

de treinta y cuatro años, sino también con los sufrimientos y actos de todos los cristianos de todos los tiempos hasta el fin del mundo. Por eso, esta vida aún no ha tenido su cabal desarrollo, se desenvuelve día a día en cada cristiano y no tendrá su desenlace definitivo sino al final de los tiempos.

Por esta razón San Pablo afirma que «cumple, por su parte, lo que falta de las fatigas de Cristo en su carne por el bien de su cuerpo (místico), que es la Iglesia». Cal. 19,24.

Pues bien, lo que San Pablo dice de sí mismo se puede también decir de todo cristiano de verdad cuando sufre algo con espíritu de sumisión y de amor a Dios. Y cuanto el Apóstol dice de los sufrimientos puédese igualmente afirmar de las restantes acciones del cristiano; ya que, como San Pablo nos asegura que completa los sufrimientos de Jesús, se debe también decir con toda verdad que el cristiano, efectivo que con El está unido por la gracia y que es miembro real de su cuerpo, continúa y cumple en todo cuanto ejecuta los actos del mismo Cristo durante su vida mortal. Por lo tanto, cuando un cristiano hace oración, continúa y completa la oración de Jesús en e, mundo; cuando trabaja, continúa y perfecciona la vida laboriosa de Cristo en la tierra; cuando trata con caridad a su prójimo, continúa y cumple la vida social de Nuestro Señor en este suelo; cuando toma sus alimentos o su descanso cristianamente, continúa y complementa el sometimiento de Jesús a estas nuestras necesidades. Y es as! como, según San Pablo, «la Iglesia es el complemento de Jesucristo y Este, que es su cabeza, se ve completado totalmente en nosotros». Ef.1o,22 y 23. Y en el Capítulo IVo de la misma Epístola afirma rotundamente que «nosotros todos contribuimos a la perfección de Jesucristo y a la plenitud de su edad», esto es, de su desarrollo místico en la Iglesia, que no se terminará sino en

el día del juicio.

Ya podéis daros cuenta exacta de la naturaleza de la vida cristiana: ésta no es sino el desarrollo y cumplimiento definitivo de la vida de Jesús; todos nuestros actos no deben ser sino una continuación de los de Cristo, a quien hemos de servir de «alter-ego» sobre la tierra, para en ella proseguir su vida y sus obras y para ejecutar cuanto hagamos y sufrir cuanto padecemos, santa y divinamente, con el espíritu de Jesús o sea con las intenciones y disposiciones suyas santísimas en todos sus trabajos y padecimientos. Por el hecho de ser el Divino Salvador nuestra cabeza y nosotros sus miembros y nuestra unión con El incomprablemente más estrecha, noble y elevada que la existente entre la cabeza y los miembros del cuerpo natural, tenemos que deducir cine debemos estar animados más perfecta y especialmente de su espíritu y de su vida que los miembros naturales de un cuerpo físico lo están al participar de la misma vida y espíritu de su cabeza.

Ciertamente con éstas verdades de la mayor importancia que en nosotros originan graves deberes, que ha de meditar seriamente quien quiera vivir como cristiano; consideradlas, Pues, a menudo atentamente y recordad, que la vida religiosa y devota de! cristiano piadoso consiste propia y verdaderamente en continuar la vida santísima de Jesús en la tierra, motivo por el cual, no sólo los religiosos, sino los cristianos todos están obligados a vivir santamente Y a ejecutar todos los actos de su existencia con gran santidad Y Perfección. Y no es ello tan difícil, ni macho menos imposible, como no pocos imaginan, mas, por el contrario muy suave y sencillísimo si tomamos el hábito de levantar nuestro espíritu y nuestro corazón a Jesús y de entregarnos y unirnos a El en todas nuestras acciones.

CAPITULO 11

FUNDAMENTOS DE LA VIDA CRISTIANA

Puesto que no existimos sino para continuar la vida santa y perfecta de nuestra cabeza, Jesús, hemos de considerar cuatro cosas en su vida terrena y a menudo rendirles él homenaje de nuestra adoración, procurando en cuanto nos sea factible, con el divino en auxilio, reproducirlas y continuarlas en nuestra propia vida; cosas son éstas que constituyen los cuatro fundamentos de la vida, de la piedad y de la santidad cristiana, sin los cuales éstas son imposibles.

SECCIÓN PRIMERA

1e - La Fe, primer fundamento de la vida y santidad del Cristiano

El primer fundamento de la vida cristiana es la Fe. San Pablo, en efecto, así nos lo enseña: « Si queremos llegar hasta Dios y acercarnos a su Divina Majestad, el primer paso a dar es creer, pues, sin la Fe es imposible agradar al Señor. La Fe, añade, es la substancia y base de cuanto esperamos». Hebr. XIo,6. La Fe es la piedra fundamental de la mansión y reino de Cristo; es una luz celeste y divina, una participación de la eterna e inaccesible Luz de Dios: un destello de su Faz, 0, para hablar en términos del Espíritu Santo, «la Fe es un carácter divino por el que la luz de la Divina Faz se ha impreso, en nuestras almas>. Ps.IVo,7. Es una comunicación y cuasi-extensión de la Luz y ciencia divina infusa en el alma santa de Jesús en el momento mismo de su Encarnación. Es la ciencia salvadora, la ciencia de los Santos la ciencia de Dios que Jesús bebió en el seno mismo de su Padre

y trajo a este mundo para disipar sus tinieblas, para iluminar nuestros corazones y darnos los conocimientos necesarios para servir y amar a Dios con perfección, con el fin de someter nuestro espíritu a las verdades que El personalmente nos enseñó y sigue brindándonos por medio de su Iglesia.

Esa fe, que Jesucristo nos dio, cautivando nuestras inteligencias y plegándolos a la creencia de ¡as verdades eternas, es una continuación y como reflejo de la amorosa sumisión del Espíritu humano de Jesús a las verdades que su Padre Eterno le anunció.

Son esta luz y esta ciencia las que nos hacen conocer a perfección todo cuanto en Dios y fuera de El existe. A menudo la razón y la humana ciencia nos engañan, pues en verdad son débiles y limitadas en demasía sus luces para alcanzar el conocimiento de las cosas de Dios de suyo incomprensibles e infinitas; y, por otra parte la ciencia y la razón humana, obscurecidas por el pecado y sus consecuencias, son impotentes para lograr un conocimiento real de los seres existentes fuera de Dios. Mas la luz esplendorosa de la fe, por ser un destello de la verdad y de la luz divina, no ha de engañarnos: nos hace ver las cosas tal como Dios las ve, es decir, en toda la brillantez de su verdad y cual son ante sus ojos divinos.

Así, pues, si miramos a Dios con los ojos de la fe, lo veremos en su verdad tal cual es y como cara a cara. La fe, indudablemente, no carece de obscuridad y nos hace ver a Dios de una manera imprecisa, opaca y como al través de espesa niebla; sin embargo, no tiene la pretensión de abatir la Majestad infinita hasta nuestro espíritu, como lo hace la humana ciencia, pero penetra a través de sus sombras y obscuros velos, en el infinito mismo de Dios y nos lo revela cual es en sí mismo y en todas sus divinas perfecciones. Ella nos enseña que cuanto hay en Dios y en Jesucristo Hombre-Dios es infinitamente grande y admirable y en grado infinito digno de adoración y

amor en si mismo. Ella nos manifiesta que Dios es infinitamente veraz en sus palabras y fiel a sus promesas; que es todo bondad, dulzura y amor para con quienes le buscan y en El ponen su confianza, y todo rigor, severidad y terror para quienes le abandonan o desdeñan y que no hay nada más espantoso que caer en manos de su justicia inexorable.

Ella nos infunde un conocimiento segurísimo de que la Divina Providencia conduce y gobierna todo el universo con sabiduría y santidad infinita y que merece nuestra adoración y amor por cuanto ordena en su justicia o en su misericordia en el cielo, en la tierra y en el infierno.

Si miramos la Iglesia de Dios a la luz de la fe, veremos que, teniendo a Jesucristo por cabeza y por guía al Espíritu Santo, es absolutamente imposible que pueda alejarse de la verdad para caer en el error, y, por lo tanto, que todas las ceremonias, costumbres y funciones de ella están caracterizadas por la santidad de su Fundador; que cuanto ella prohibe u ordena con todo derecho, prohibido o mandado ha de ser; que todo lo que ella nos enseña, sin falta ha de estar ajustado a la verdad y que, de consiguiente, hemos de estar dispuestos a morir mil veces antes que apartarnos una línea siquiera de dichas verdades; y, finalmente, que estamos obligados a respetar y honrar todos las cosas de la Iglesia como santas y sagradas.

Si, en fin, detenernos la mirada en nosotros mismos y en el mundo que nos rodea, a la luz de la fe hemos de convenir que no somos sino nada, pecado y abominación y el mundo todo, humo, ilusión y vanidad.

Es así como hemos de verlo todo, no según la vanidad engañosa de nuestros sentidos, no con los ojos de nuestro cuerpo, no con la corta y engañosa mirada de la razón y de la ciencia humana; sino en cambio, según la verdad de Dios y con los ojos de Jesucristo, es decir, al resplandor de la divina luz que adquirió en el regazo de su Padre, y que nos vino a traer

a este mundo para hacernos participantes de su ciencia y verdad indeficiente.

2e - La Fe debe ser regla de toda nuestro actividad

Si hemos de mirarlo todo a la luz de la fe para conocerlo con certeza, debemos ejecutar todos nuestros actos bajo sus mismos resplandores para proceder santamente. En efecto, Dios se gobierna por su sabiduría infinita, los Ángeles por su poderosa inteligencia, los hombres, carentes de la luz de la fe, por la razón, los mundanos, por las máximas del siglo, los voluptuosos, por sus sentidos; del mismo modo el cristiano se ha de conducir por la misma luz de Jesucristo, su cabeza, es decir, por la fe, que no es sino una participación de su ciencia y de su luz.

Ved aquí Por qué hemos de esforzarnos por todos los medios por aprender esta ciencia divina y por no desdeñar jamás sus directivas. Y así, al principio de nuestras acciones, en especial de las más importantes prosternémonos a los pies del Hijo de Dios, adorémosle como autor y consumador de la fe, como Padre de la verdadera luz que ilumina a todos los humanos .

Reconozcamos que no somos sino tinieblas y que las luces todas de la razón, del saber y aún de la experiencia humana no son a menudo más que ilusoria obscuridad en la cual en forma alguna podemos confiar. Renunciemos a la prudencia de la carne y a la sabiduría del mundo; supliquemos a Jesús que las destruya en nosotros y que jamás permita que sigamos sus leyes y máximas engañosas; que, antes bien, nos ilumine con su luz celestial, nos guíe con su divina ciencia, nos dé a conocer su

voluntad, nos conceda la gracia y la fortaleza para adherirnos firmemente a sus palabras y promesas cerrando nuestros oídos a los

imperativos de la prudencia humana y anteponiéndoles con valor las verdades y máximas de la fe, consignadas en el Santo Evangelio y en la doctrina constante de la Iglesia.

Para ello, sería muy conveniente leer todos los días de rodillas un capítulo de la «Vida de Jesús> en el Nuevo Testamento; así os daríais cuenta del género de vida de vuestro Padre en el mundo: por la consideración de cuanto hizo, de cuantas virtudes practicó y de las palabras que pronunció, deduciríais las reglas y máximas a las que ajustó su vida y que deben ser precisamente las que regulen la vuestra, pues la prudencia cristiana consiste en renunciar a las normas de la humana invocando el espíritu de Jesucristo para que nos ¡lumine y conduzca según sus máximas y nos gobierne de acuerdo con las verdades que nos enseño, imitando sus acciones y virtudes. En esto consiste la vida de fe.

SECCIÓN SEGUNDA

El ocho y la fuga del pecado son el segundo fundamento de la vida y santidad cristiana

Obligados a continuar sobre la tierra la vida santa y divina de Jesús, debernos también revestirnos de sus sentimientos e inclinaciones según la enseñanza de su Apóstol: «Hoc sentíte in vobis quod et in Christo Jesu»: Conformaos al sentir de Jesucristo, quien estaba animado de dos sentimientos totalmente contrarios: uno de amor infinito a su Padre y a nosotros, experimentando a la vez un odio sumo a cuanto se opone a su gloria y al bien de nuestras almas, el pecado. Porque así como ama con infinito amor al Padre y a los hombres, con infinito odio aborrece el pecado: de tal suerte ama a su Padre y nos ama a nosotros

que no vaciló en acometer la empresa infinitamente grande de la Redención, sufriendo toda clase de tormentos y martirios y sacrificando finalmente su preciosa vida por la gloria de su Padre y por el amor de todos nosotros. Y por contraposición, es tal el horror que tiene al pecado, que bajó del cielo a la tierra, se aniquiló a sí mismo tomando la mísera apariencia del esclavo, vivió treinta y cuatro años una vida toda llena de trabajos, desprecios y sinsabores, derramó su sangre hasta la última gota y murió, por fin, en el tormento más vergonzoso, humillante y cruel que imaginar podamos: todo ello, debido al odio inmenso que le tiene al pecado y el deseo infinito de destruirlo en nuestros corazones.

Ahora bien, nosotros debernos tener los mismos sentimientos de Jesús respecto de su Padre y para con el pecado; hemos de proseguir la guerra que hizo al pecado mientras vivió sobre la tierra; Obligados estamos a amar a Dios sobre todas las cosas y con todo nuestro corazón, nos vemos, por tanto, en la necesidad imperiosa de aborrecer el pecado con toda la fuerza de nuestra voluntad.

Y para convenceros mejor de esta obligación, mirad en adelante el pecado, no cual lo consideran los hombres con miras carnales y ciegas, sino, como Dios lo ve, a la divina luz de sus ojos, con la luz de la fe.

A sus resplandores y con la mirada misma de Dios veréis que el pecado es en cierta manera infinitamente contrario y opuesto a Dios y a sus perfecciones todas, ya que nos priva de la posesión de Dios. Por ende, entraña en sí tanta malicia, tal locura, fealdad y horror, como Dios encierra de

bondad, de sabiduría, de belleza y de santidad. Por lo mismo tan odiado y perseguido merece ser como merece ser amado y anhelado nuestro Divino Señor. Comprenderéis, entonces, que el pecado es algo tan horrible que no pudo ser borrado sino con la sangre de un Dios; tan detestable, que no pudo ser extirpado y destruido

sino con la muerte y destrucción de un Hombre-Dios; tan abominable, que no pudo ser aniquilado sino con el aniquilamiento del Hijo de Dios; tan execrable a sus divinos ojos, que la injuria y deshonra infinita que le ocasionan, no pudo repararse sino con los trabajos, sufrimientos, agonías y muerte de un Dios.

Veréis que él pecado es un homicidio cruel, un deicidio horrendo y una total abominable destrucción de cuanto existe. Homicidio lo es, ya que él es la única causa de la muerte del cuerpo y del alma humana; deicidio lo es, pues el pecado y el pecador han hecho morir a Jesucristo sobre el madero de la cruz, y a diario lo vuelven a crucificar todos los pecados y pecadores del mundo; finalmente, total aniquilamiento y destrucción de la naturaleza, de la gracia, de la gloria y de cuanto existe lo es, puesto que, al destruir en cuanto puede, al autor de todo esto, por lo mismo acaba con ello.

Aún más, veréis que el pecado es tan detestable ante Dios, que la primera, la más noble y la más cara de todas sus criaturas, el Ángel, al caer en un solo pecado, y de pensamiento nada más y que no duró sino un instante, al punto fue precipitado por la Divina Justicia desde lo más alto de los cielos a lo más profundo de los infiernos, sin haberle otorgado un momento siquiera para arrepentirse, ya que era indigno de penitencia o incapaz de ella.

Y cuando a la hora de la muerte halla un alma en estado de pecado mortal, a pesar de ser El todo misericordia y bondad infinita para su creatura, a pesar de experimentar un anhelo inmenso de salvar a todo el mundo, ya que por su salvación vertió toda su sangre, sin embargo se ve constreñido por su justicia a Pronunciar una sentencia de eterna condenación contra esta alma miserable y pecadora.

Pero, lo más asombroso y desconcertante es que el Eterno Padre, al ver a su propio Hijo, a su único Y amadísimo Hijo, santo e inocente cual ninguno, cargar

con los pecados ajenos, «no lo perdonó, dice San Pablo, antes bien, lo entregó a la cruz y a la muerte». Decidme, ¿no os parece ahora, después de considerar todas estas verdades, abominable y odioso el pecado? Veréis también que el pecado está tan lleno de malicia que transforma a los siervos de Dios en esclavos del demonio, a los hijos de Dios en hijos de satanás, a los miembros de Jesús en miembros del diablo y aún, a quienes por gracia y participación en cierta manera son dioses, los convierte en demonios por analogía e imitación, según palabras mismas de la Eterna Verdad, cuando refiriéndose a Judas, el traidor, dijo: «Unus ex vobis diábolus est»: uno de vosotros es un demonio.

Conoceréis, por último, que el pecado es el mal de los males y la desgracia de las desgracias; que es la fuente de cuantas desdichas y calamidades colman la tierra y el infierno; en suma, que es el único mal que merezca el nombre de tal; que es lo más terrible y espantoso que existe: más horrible que la muerte, más repulsivo que el demonio y más temible que el infierno, ya que cuanto de horrible, repulsivo y temible tienen la muerte, el demonio y el infierno, al pecado y sólo al pecado se lo deben. Oh pecado! cuán detestable eres! ... Oh! si los hombres te conocieran!... Oh! preciso es decirlo: hay en tí algo que es infinitamente peor y más espantoso de lo que imaginar y decir podamos,

puesto que el alma manchada por tu podredumbre corrompida no puede ser lavada y purificada sino con la sangre de Dios y tú no puedes ser destruido y aniquilado sino con la muerte y el aniquilamiento del Hombre-Dios!

Oh! Dios mío! No me maravilla el que aborrezcáis tanto a este monstruo infernal y el que de tal suerte lo castiguéis. Asómbrense los que no Os conocen y quienes ignoran la injuria que con el pecado se os irroga. En verdad, Señor, no seríais Dios si no odiarais infinitamente la iniquidad, pues teniendo por feliz

necesidad que amaros con infinito amor a Vos mismo, por lo mismo estáis obligado a Odiar con infinito aborrecimiento cuanto a vuestra infinita bondad se opone. Oh cristianos que leéis estas eternas verdades, si aún os queda una chispa de amor a Dios y de celo por la gloria de Aquél a quien adoráis, tened el mismo horror y el mismo odio que El tiene al enemigo jurado de su amor y de su gloria. Temed y huí el pecado más que la peste, más que la muerte, más que todos los males del mundo. Tomad la firme resolución de sufrir mil muertes en medio de los más horribles tormentos antes que alejaros de Dios por un solo pecado.

Y, para que el Señor os libre de semejante desgracia, guardaos de cometer aún un solo pecado venial deliberado; pues debéis recordar que fue preciso que Nuestro Señor derramara íntegra su sangre y sacrificara su divina existencia para borrar no sólo el pecado mortal sino también el venial y que, quien tiene poco o ningún escrúpulo de caer en faltas veniales pronto incurrirá en las mortales. Si carecéis de tales propósitos y disposiciones, rogad a Nuestro Señor os las imprima en el alma y no os sintáis tranquilos mientras no lo hayáis logrado. Porque, en tanto no estéis resueltos a morir y a sufrir toda clase de desprecios 0 tormentos antes que cometer la menor falta, sabed qué no seréis verdaderos cristianos. Y si os acaeciere incurrir en un pecado cualquiera, procurad levantaros cuanto antes por medio de la contrición y de la penitencia, confesando al sacerdote de Dios vuestra culpa para recobrar, con la paz interior, la gracia de Dios.

SECCIÓN TERCERA

1e - El desprendimiento del mundo y de sus bienes, tercer fundamento de la vida y santidad cristiana

No le basta a un cristiano el verse libre del vicio y aborrecer todo pecado; tiene igualmente la obligación indeclinable de trabajar por desprenderse del mundo y de sus bienes. Y entiendo por mundo la vida corrompida y desordenada que en él se sigue, el espíritu perverso que en él impera, los sentimientos e inclinaciones perniciosas que fomenta y estimula, las leyes y máximas culpables que lo gobiernan; y los bienes del mundo son las cosas que él aprecia, ambiciona y desea: los honores y alabanzas humanas, los placeres, las diversiones, las riquezas, las comodidades temporales, las amistades y afectos carnales y la permanente satisfacción del amor propio y del propio interés.

Contemplad la vida de Nuestro Señor Jesucristo y observaréis que vivió en medio del mayor desprendimiento y pobreza. Leed su Evangelio, escuchad sus palabras y aprenderéis que «quien no renuncia a todo no puede ser su discípulo Luc. XIV, 33. Así, pues, si anheláis ser verdaderos cristianos y discípulos de Jesús, para continuar y reproducir en vosotros su vida de santidad y perfecto desprecio de los bienes terrenales, es preciso esforzaros por fundamentar vuestra vida sobre esa doble renuncia del mundo y de todo lo que él pueda brindaros.

Para lograrlo, a menudo deberéis considerar que en todo tiempo fue y será siempre el enemigo declarado de Jesús, que él lo persiguió y colgó de una cruz, que sin descanso lo perseguirá y crucificará de nuevo hasta la consumación de los siglos; que los sentimientos, inclinaciones, máximas, leyes, vida y espíritu

del mundo serán invariablemente opuestos al espíritu, vida, leyes, máximas, inclinaciones y sentimientos de Jesús y que pretender amalgamarlos en el mismo individuo es una utopía moral, pues los sentimientos e inclinaciones de Nuestro Señor no tienden sino a la gloria de su Padre y a nuestra santificación, en tanto que él mundo por su misma naturaleza nos arrastra necesariamente al pecado y a la perdición.

Las leyes y máximas de Cristo son suaves, santas y razonables en grado sumo, las del inundo, en cambio, son infernales, diabólicas, tiránicas e insoportables. ¿Qué podrá haber de más diabólico y deprimente que las leyes execrables de esos esclavos del demonio que se ven en la necesidad imperiosa de sacrificar su bien, su alma, su salvación misma un maldito punto de honor? Y lo que es más horrible, si cabe, es el hecho de verse a menudo constreñidos por la tiranía rabiosa de las abominables leyes del mundo a batirse a sangre fría. sin motivo ni razón alguna, por la loca pasión de un impertinente a quien en Ocasiones ni siquiera conocen, con el mejor de sus amigos, a clavarle con la espada la muerte en el corazón para arrancarle el alma y entregarla indefensa en manos de Satanás y a las llamas del infierno. i Oh, Dios mío!. . . ¡qué crueldad tan detestable! ¿Podrá haber nada más duro y tiránico?

La de Jesús es una vida santa y adornada de toda suerte de virtudes; la del mundo, es depravada, llena de desórdenes y vicios Odiosos.

El espíritu de Jesús irradia luz, verdad, amor y confianza; el del mundo, rebosa el error, la incredulidad, las tinieblas, la ceguera, la desconfianza, la murmuración. El de Jesús resplandece de celo y reverencia por Dios, mientras que el de los mundanos se caracteriza por su impiedad, irreverencia y frialdad hacia el Creador.

El de Jesús es un espíritu de humildad, modestia, desconfianza de sí mismo, mortificación abnegada y

firme constancia en los que lo poseen; por el contrario, el que gobierna a los secuaces del mundo, no les dicta sino orgullo, presunción, amor desordenado de sí mismos, frivolidad e inconstancia.

Espíritu de misericordia, de caridad , de paciencia, de dulzera y de unión con el prójimo es el de Jesús; el del mundo es un espíritu de venganza, de envidia, de impaciencia, de cólera, de maledicencia y de discordia.

En suma, el espíritu de Jesús es el de Dios, Espíritu santo y divino, dotado de todas las gracias, virtudes y bendiciones, fuente de paz y tranquilidad, que no busca sino los intereses de Dios y de su gloria; y, antítesis pasmosa, el espíritu del mundo no es otro que el de Satán, pues, siendo éste el príncipe y jefe del mundo, do, necesariamente imprime su espíritu en las leyes y normas con que lo gobierna: espíritu terreno, carnal y mezquino, espíritu pecaminoso y maldito, espíritu de revuelta y turbación, espíritu inquieto de huracanes tempestuosos: «Spíritus procellarum», que no busca anhelante sino sus propias comodidades, placeres y conveniencias personales. Juzgad, cristianos, ahora si podrá haber compatibilidad posible entre estos dos espíritus: el de Dios y el de Satanás.

Hé aquí por qué, si deseáis ser cristianos a carta cabal, es decir, pertenecer de verdad a Jesucristo, vivir de su vida, estar animados de su espíritu, regiros por sus máximas, es de todo punto indispensable que os decidáis a renunciar enteramente al mundo y a darle un adiós eterno. No quiero decir que sea preciso abandonar el mundo para encerraros dentro de cuatro paredes, a menos que Dios os llame al claustro, sino que os esforcéis por vivir en el mundo pero sin pertenecerle, esto es: que hagáis pública, generosa y constante profesión de no vivir de su vida, de no gobernar vuestra conducta por sus normas y leyes, de no seguir su espíritu; que, lejos de sentiros avergonzados de vuestra fe, os manifestéis orgullosos de ser cristianos

de pertenecer a Jesucristo, de preferir las santas máximas y verdades de su Evangelio a las perniciosas falsedades que el mundo enseña a sus adeptos y que al menos tengáis tanto valor y firmeza para distanciaros de las leyes, sentimientos e inclinaciones mundanas y para despreciar las vanas conversaciones del siglo y sus engañosas opiniones, cuanta impía audacia y temeridad ingañosas ostenta el mundo en despreciar las leyes y máximas de Cristo y en hacer burla de sus nobles seguidores.

Porque en esto consiste el verdadero valor y la generosidad perfecta; lo que el mundo llama coraje y fuerza espiritual no es sino cobardía y debilidad lamentable de la voluntad. Hé aquí, a mi juicio, lo que significa desprenderse del mundo, renunciar a él y en él vivir sin dejarse contagiar de su espíritu perverso y corrompido.

2e - Jesucristo y el Mundo

A fin de afirmar mejor en vuestros corazones la necesidad del desprendimiento del mundo, es indispensable que no sólo os esforcéis por alejaros de él, sino que le profeséis el mismo horror y aborrecimiento qué le inspiró siempre a Nuestro Divino Maestro. Ahora bien, Jesús experimenta tal horror para con el mundo que no sólo nos exhorta por boca de su discípulo Predilecto a «no amar el mundo y sus bienes Perecederos», I Joan.11o,15 -sino que declara, por labios del apóstol Santiago que «la amistad del mundo es enemiga de Dios», Jac.IVo,4-, es decir, que considera Nuestro Señor como enemigos suyos a los que son amigos del mundo. Y El mismo nos asegura que «su reino no pertenece a este mundo», Joan.XVIIIo,36, que «El no es del mundo, así como tampoco los que el Padre le confió», Joan.XVI1o,12-16. Y la víspera de su muerte, en día y hora en que hace mayor gala de su

amor y misericordia por los hombres, en la última Cena con sus apóstoles, protesta solemnemente, dejándonos espantados con la dureza de esta declaración, que «El no ruega por el mundo», Joan. XVIIo,9. Fulmina así el anatema, la maldición, la excomunión más horrenda que han escuchado los siglos, afirmando con indignación y cólera divina que el mundo es enteramente indigno de participar de sus oraciones y misericordias.

Por último nos asegura que «la sentencia sobre el mundo ya ha sido pronunciada y que el príncipe de las tinieblas, el amo del mundo, será expulsado», Joan. X11o,31. Efectivamente, desde que el mundo incurrió en la consumación de los siglos. Ved de qué manera gó inmisericorde de inmediato, condenándolo a la destrucción por el fuego de su ira. Sentencia ésta, que no por diferida en su ejecución, dejará de realizarse en la consumación de los siglos. Ved de qué manera tan implacable persigue Jesucristo con su odio y maldición justiciera al mundo, al que tiene el anhelo y designio de reducir a cenizas en el día de su cólera.

Penetraos, pues, de estos sentimientos e inclinaciones de Jesús respecto del mundo y de cuanto con él se relaciona. Miradlo en adelante como nuestro adorable Salvador, es decir, como objeto de su odio y maldición, que os prohibe amar bajo pena de incurrir en su enemistad, como algo que El en persona maldijo y excomulgó y con el cual. por consiguiente, no debéis tratar, para no caer bajo el peso tremendo de la misma maldición; consideradlo, en fin, corno una cosa aborrecible y perversa que Jesús anhela quemar y reducir a pavezas. Mirad cuanto el mundo aprecia y desea, a saber: los placeres, los honores, las riquezas, las relaciones y afectos mundanos, como algo perecedero, según el oráculo divino: «Mundus transit et concupiscentia ejus», I, Joan, 11o,17. Los bienes terrenos, en efecto, no son sino humo, ilusión engañosa, vanidad y aflicción espiritual. Leed y meditad frecuentemente estas

verdades y pedid cada día a Nuestro Señor las grabe profundamente en vuestro espíritu.

Y para disponeros a ello con eficacia, emplead cada día algún tiempo en adorar a Jesucristo en su total desprendimiento del mundo y suplicadle os arranque enteramente del corazón todo afecto mundano e imprima en él un odio, un horror y un desprecio absoluto de todos sus bienes. Por vuestra parte, procurad no dejaros enredar en visitas y relaciones sociales de carácter netamente mundano. Si es que ya estáis esclavizados a este inútil pasatiempo de la vida de sociedad, renunciad a él, por Dios, cueste lo que cueste y huíd de los lugares, personas y compañías en que sólo se habla del mundo y sus vanidades; pues, como no se trata en tales reuniones sino con aprecio y estima de estas cosas, es casi imposible dejen de influenciar vuestro espíritu con peligro para vuestra salvación. Además, ¿qué ganaríais en la sociedad de los mundanos? No hallaréis en su trato sino inútil pérdida de tiempo, triste disipación y vacío espiritual, desengaños, amarguras, frío en el alma, abandono de Dios y ocasión de ofender a Nuestro Señor continuamente. Y mientras andéis en pos del trato y familiaridad con los mundanos, Aquél que pone toda su dicha en vivir con los hijos de los hombres, no se gozará en estar con vosotros; no os hará saborear la delicia de su presencia, de su suave amistad. Huíd, pues, del mundo, os lo repito una vez más; huíd de él y aborrecedlo porque su vida, su espíritu y sus máximas son perversas; y, en cuanto podáis, evitad su amistad y trato, no relacionándoos sino con aquellos a quienes podéis ayudar o de quienes podéis recibir un estímulo para amar más y más a nuestro amabilísimo Jesús, para vivir de su espíritu y para detestar cuanto a El se opone y a su santo amor.

SECCIÓN CUARTA

1e - El desprendimiento de sí mismo

Mucho es haber logrado renunciar al mundo en la forma que acabamos de exponer, mas no hasta esto para poseer el total desprendimiento, base principal de la vida cristiana. Proclama, en efecto, Nuestro Señor con toda claridad que «quien desee ir en seguimiento suyo ha de renunciarse a si mismo y seguirle» Mat. XVIo,24. Por consiguiente, si anhelamos ser del séquito de Jesús y pertenecerle, es preciso renunciar a nosotros mismos, a nuestro espíritu propio, a nuestras ideas personales, a nuestro propio querer, a nuestros caprichos; deseos e inclinaciones, a nuestro amor propio, sobre todo, que nos induce a odiar y evitar cuanto apena y mortifica nuestro espíritu y nuestro cuerpo, y a apreciar y buscar todo cuanto puede procurarles algún placer o satisfacción a los mismos.

Dos razones poderosas nos obligan a esta abnegación y renunciamiento. Primeramente, es tal la depravación y el desorden, consecuencia de la corrupción del pecado, que experimentamos dentro de

nosotros mismos, que en verdad nada hay en nosotros que en cuanto de nosotros dependa, no sea contrario a Dios, no sea un obstáculo invencible casi a sus designios, a su amor y a su gloria. Así, pues, si deseamos ser de Dios, es indispensable renunciar a nosotros mismos, olvidarnos, aborrecernos, perseguirnos, perdernos y aniquilarnos totalmente en su Divina presencia.

En segundo lugar, Nuestro Señor Jesucristo, nuestro modelo y jefe, en quien todo era santo y divino, vivió, con todo, en tal desprendimiento de sí mismo y en tal aniquilamiento de su voluntad, de su espíritu y de su amor propio que jamás ejecutó acción alguna guiado por su propio parecer o por la iniciativa de su espíritu humano sino siempre por inspiración del espíritu de su Padre celestial; y tratándose a sí mismo

como si en vez de amor sólo por su persona experimentara un odio extremo, ya que, por una parte, se privó en la tierra de una gloria y felicidad infinita y de todo placer y humana satisfacción, mientras buscaba, por otra, cuanto podía ocasionar algún dolor o sufrimiento a su cuerpo y a su alma.

De tal suerte, si de verdad somos suos miembros, debemos compenetrarnos de sus sentimientos y disposiciones y tomar una firmísima resolución de vivir en adelante en el más completo desprendimiento, olvido y odio de nosotros mismos . Para lograrlo, adorad a menudo a Jesús en su desprendimiento personal, y entregaos a El, suplicándole os deslígue de vosotros mismos, de vuestro espíritu, voluntad y amor propio para uniros perfectamente a El y conduciros siempre y en todo por su espíritu, voluntad y puro amor.

Al empezar cada acto del día, elevad hasta El vuestro corazón, diciéndole: «Oh Jesús! renuncio firme y decididamente a mí mismo, a mi propio espíritu, a mi voluntad y amor propio, para darme del todo a Vos, a vuestro santo espíritu y divino amor; liberadme de mí mismo, y conducidme en esta acción según vuestro beneplácito». En las discusiones que necesariamente ocurren a cada paso por razón de la diversidad de opiniones, -aun creyendo tener vosotros toda la razón de vuestra parte, renunciad de buen grado a vuestro parecer personal para adheriros al ajeno, siempre y cuando la gloria de Dios en modo alguno por ello quede afectada.

Al experimentar un deseo o capricho cualquiera, destruídlo de inmediato a los pies de Jesús, protestándole que no queréis nada distinto de lo que El ordene respecto de vosotros. Tan pronto como sintáis nacer en vuestro corazón un afecto o inclinación sensible a cualquier objeto o persona, dirigíos al punto a Jesús para decirle: «Oh! mi amado Señor, os doy mi corazón con todos sus afectos y haced, amor de mis amo

res, que nunca ame a nadie ni nada sino en Voz y para Vos!>

Cuando se os tribute una alabanza, deponedla a los pies de Nuestro Señor con estas o parecidas palabras: «Oh! Jesús, mi única gloria, no aspiro a otra gloria que no sea la vuestra, porque a solo Vos se debe honor, gloria y alabanza, a mí, abyección, desprecio y humillaciones».

Si se os presentan mortificaciones morales o corporales, ocasión de privaros de algún placer, (lo que a menudo acontece), aceptadlas gustosos por amor a Dios, bendiciéndolo por proporcionaros la oportunidad de mortificar vuestro amor propio y de honrar las privaciones y sufrimientos que El soportó por nosotros en la tierra. Sentía alguna alegría o consuelo, brindádselos a Quien es fuente de felicidad, diciéndole: «Oh! Jesús, jamás quiero otro contento que no sea el vuestro; me basta para ser feliz, saber que Vos, Se.ñor, sois Dios y por lo mismo, mi Dios. Oh! Jesús, sed siempre Jesús, lleno

de gloria, de grandeza y de felicidad; con esto soy perfectamente dichoso. Oh! mi Jesús, no permitáis que finque yo algún día mi felicidad fuera de Vos; haced que pueda repetir con la reina Ester: «Vos sabéis, Señor Dios, que nunca me he regocijado sino en Vos!> Esth.XIV,18.

2e - La Perfección del desprendimiento cristiano

La perfección de la abnegación o desprendimiento Cristiano no consiste tan sólo en vivir desprendidos del mundo y de nosotros mismos; va más allá y nos lleva aún a desprendernos, en cierto modo, de Dios mismo. ¿Ignoráis acaso que Nuestro Señor cuando vivía en medio de sus apóstoles les aseguró en cierta ocasión que les habría de convenir su separación para volar al lado de su Padre y enviarles el Espíritu Santo?

Y, ¿por qué razón? Porque estaban demasiado apagados a su persona y a los consuelos que la presencia de su humanidad sagrada y su amable Compañía les proporcionaba, constituyendo esto, en cierto modo, un impedimento a la venida del Espíritu Santo a sus almas. Dedúcese de este episodio evangélico cuán necesario es estar totalmente desprendido de todo, aún de las cosas santas y divinas, para que el espíritu de Jesús, que es el del Cristianismo nos penetre y vivifique.

Y por este motivo me atrevo a afirmar que en cierta manera debemos desprendernos aún de Dios. es decir, de las dulzuras y consuelos que suelen producir la gracia y el amor divino en nuestras almas, de los designios piadosos que ideamos para glorificar mejor a Dios, de las ansias que sentimos de mayor perfección y de amor a Dios, y aún del anhelo vehemente que podamos talvez tener de vernos liberados de esta carne de pecado para ver a Dios, unirnos a El y amarlo con perfección y seguridad definitiva.

As! pues, cuando Dios nos da a gustar la dulzura de su bondad en los ejercicios de piedad, debernos guardarnos del apego a esa dicha espiritual, y humillarnos al punto, considerándonos indignos en grado sumo de todo consuelo y estando dispuestos a la privación de tales gracias, al Dios tal cosa dispusiera. Hemos, entonces, de protestar a Nuestro Señor que deseamos servirlo y amarlo, no por los consuelos que concede en este mundo y en él otro a quienes le aman y sirven, sino por amor a El y por agradarlo. ¿Hemos decidido hacer algo por la gloria de Dios? Es evidente que debernos entregarnos de lleno a su cabal realización, pero dispuestos, eso sí, a que, si por una causa cualquiera nos viéramos en la necesidad de interrumpir su total ejecución, no perdamos la calma y la paz interior y nos enfrentemos resignados y satisfechos ante el fracaso aparente, felices de someternos a la

voluntad de Dios que en definitiva preside todos los acontecimientos que nos conciernen.

Igualmente, debemos luchar con toda firmeza por vencer nuestras pasiones, vicios y defectos hasta lograr la perfección, pero hemos de trabajar en ello sin afanes y desmedida ambición, de suerte que, al comprobar que aún distamos mucho de la virtud perfecta y del amor debido a Dios, no perdamos la paz interior y el control de nuestros esfuerzos, humillándonos por los obstáculos que nosotros mismos levantamos a este piadoso designio, felices de nuestra propia abyección y satisfechos con lo que a Nuestro Señor le parezca bien otorgarnos y perseverando siempre en el deseo de progresar, esperando sólo de su bondad infinita nos conceda las gracias requeridas para servirlo con la perfección que de nosotros exige.

También hemos de vivir deseosos, anhelantes, ansiosos de ver llegar la hora y el momento que nos separarán totalmente de la tierra, del pecado y de nuestras imperfecciones para arrojarnos en los

brazos de Dios y en las llamas de su santo amor; mas, en el desarrollo de los planes divinos sobre nuestra santifica, santificación personal, a pesar de nuestras ansias de liberación de la carne pecadora y de la unión perfecta con nuestro Dios, cuidémonos de contrariar la voluntad divina, observando una santa indiferencia y un tranquilo abandono a sus quereres y designios sobre nosotros; de suerte que si fuere voluntad de Dios el que aún por muchos años tengamos que permanecer lejos de El en este suelo privados de su contemplación beatífica hasta el juicio final, dichosos de cumplir esta voluntad soberana, sepamos siempre manifestarle nuestra conformidad, resignación y alegría ante tan dura prueba.

Es esto lo que llamo yo desprendimiento de Dios, Y lié aquí la esencia de la perfección en cuanto se refiere al total renunciamiento del mundo, de sí mismo y de todo, a que estamos obligados como cristianos que

somos. Oh! cuán dulce es verse así libres y desligados de todo lazo.

Se creerá talvez que es sumamente difícil lograr esto; mas no, todo se nos facilitaría si nos entregáramos sin reserva y totalmente al Hijo de Dios, y si fincáramos nuestra seguridad y confianza, no en nuestras pobres fuerzas y buenos propósitos sino en la grandeza de su bondad y en el poder de su gracia y de su amor; pues donde el amor divino impera y domina, todo se realiza con una dulzura es que tenemos que violentar nos penas y sacrificios, por mil amarguras pero a pesar de ello, en las sendas del amor de Dios hallaremos más suavidad que amargas hieles, más dulzuras que rigores.

Ah! Salvador mío, qué gloria obtenéis, cuántas delicias disfrutáis, cuán grandes cosas ejecutáis en el alma que camina valerosamente por vuestra senda, abandonándolo así todo, despojada de todo, aún en cierta manera de Vos mismo, para darse con mayor perfección toda a Vos! Cuán estrechamente la unís a Vos! Cuán santamente os la apropiáis!... Cuán divinamente la sumergís en el piélago infinito de vuestro santo amor!... Cómo la transformáis en Vos mismo, revistiéndola de vuestras cualidades, de vuestro espíritu y de vuestro amor!...

¡Oh, qué dicha, qué felicidad para el alma que de veras puede exclamar: «Dios mío, héme, al fin libre y desprendida de todo! ¿Quién podrá ahora impedirme amaros? Ya no tengo apegos ni trabas de ninguna clase; atraedme, arrastradme en pos vuestra, oh Jesús!» «Trahe me post Te, curremus in odorem unguentorum tuorum» . Cant. 1o, 3. : Ah! qué consuelo para el alma que puede decir con la mística Esposa: «Mi Amado para mí y yo para El», y con Jesús: «Todo lo mío es tuyo, y lo tuyo a Mí sólo pertenece» Joan. XVIIo, 10.

Provoquemos en nosotros un grandísimo deseo de este santo desprendimiento; démonos enteramente y

sin reserva a Jesús, suplicándole emplee El mismo todo el poder de su brazo para romper nuestras cadenas y las ligaduras que aún nos atan al mundo, a nosotros mismos y a cualquier, objeto, para que pueda El realizar en nosotros sin obstáculo alguno cuanto tenga a bien ejecutar en nuestro ser, para su mayor gloria.

SECCIÓN QUINTA

1e - La Oración, cuarta fundamento de la vida y

santidad cristiana

El santo ejercicio de la oración debe ser catalogado entre los principales fundamentos de la vida del cristiano. En efecto, toda la vida de Jesucristo no fue sino una perpetua oración que nosotros hemos de continuar y reproducir en nuestra vida. Tan importante es esto y tan necesario, que la tierra que pisamos, el aire que nosotros respiramos, el pon que nos nutre y alimenta, el corazón que palpita en nuestro pecho, no son tan necesarios a nuestra existencia como la oración a nuestro cristianismo y a nuestra vida sobrenatural. He aquí por qué:

1e) La vida cristiana, que el Hijo de Dios llama eterna, consiste en conocer y amar a Dios: «Haec est autem vita aeterna ut cognoscant Te solum Deum verum». Joan. XVIIo, 3. Ahora bien, en la oración es donde aprendemos esta divina ciencia.

2e) Nosotros, por naturaleza, nada somos, nada podemos y no tenemos sino pobreza y miseria. Así, pues, grandísima necesidad experimentamos en todo momento de recurrir a Dios, por medio de la oración para implorar y recibir de su bondad cuanto nos falta. La oración es una elevación respetuosa y llena de amor de nuestro espíritu y de nuestro corazón a Dios. Es una dulce conversación, una santa familiaridad y

entretenimiento del alma cristiana con su Dios. En ella, lo considera y contempla en sus divinas perfecciones, misterios y obras; en ella, lo bendice, adora, ama y glorifica, se entegra a El, se anonada a la vista de sus pecados e ingratitudes, implora misericordia, aprende a asemejarse a El por la imitación de sus perfecciones divinas y le pide cuanto necesita para servirle y amarlo..

Es una participación de la vida de los Ángeles y de los Santos, de la de Jesucristo y su Madre Santísima, de la de Dios mismo y las tres personas divinas. Porque la vida de los Ángeles, de los Santos, de Más y de María no es sino un ejercicio continuo de oración y contemplación ocupados como están sin cesar en contemplar, glorificar y amar a Dios pidiéndole para nosotros cuanto necesitamos. Y en cuanto a las tres divinas Personas, perpetuamente están sumidas en un arrobamiento y contemplación mutua de sus perfecciones infinitas y en la glorificación y amor eterno de las unas para con las otras.

Pues bien, esto es lo que primera y principalmente se hace en la oración.

Más aún, la oración es la felicidad perfecta, la dicha soberana y el verdadero paraíso en este suelo. Por este canto ejercicio el alma cristiana se une con su Dios, &u centro, su fin y su bien deseado; en ella posee a su Dios y es por El poseída; en ella le tributa sus homenajes, adoración y amor, y recibe de El bendiciones, luces y las mil pruebas de su infinito amor para con su criatura predilecta. En ella, en fin, nuestro Señor pone toda su felicidad y contento, según sus propias palabras: «Deliciae meae case cum fillis hominum»: mi dicha suprema es morar entre los hombres. Prov. VIIIo, 31. y en ella también nos hace saborear todas las delicias de su amable compañía y nos prueba que cien, aún mil años de los placeres engañosos del mundo no equivalen a un momento siquiera de las ver. daderas dulzuras que Dios da a gustar a quienes ponen

toda su dicha en conversar con El en la oración. Finalmente es ésta la acción, la ocupación más digna, noble y elevada, la más grande e importante que podáis realizar, ya que es el empleo y ocupación constante de los Ángeles y Santos, de la Santísima Virgen, de Jesucristo y de la Santísima Trinidad durante toda la eternidad; tal ha de ser también la nuestra por siempre jamás en el cielo. En suma,

ésta es la verdadera y propia función del hombre y del cristiano, puesto que no ha sido creado sino para Dios, para vivir en El y con El y para continuar en este suelo cuanto Jesús en él ejecutó.

Hé aquí el motivo por el cual según mis capacidades os exhorto y os conjuro en el nombre de Dios, a vosotros que leéis esta obrita, que, pues nuestro amable Jesús se complace en estar y conversar con nosotros por medio de la oración, no lo privéis de ese gozo sino que, por el contrario, experimentéis cuán verdadero es el oráculo del Espíritu Santo al afirmar que «no hay amargura en su sociedad, ni fastidio alguno en su compañía, sino contento y felicidad»: «Non enim habet amaritudinem conversatio illíus, nec taedium convictus illíus, sed laetitiam et gaudium». Sep. VIIIo, 16. Mirad este asunto como el primero, el principal, el más necesario, urgente e importante de vuestra vida, y desechad los demás para consagrar a éste el mayor tiempo posible por la mañana, por la noche y al medio día, en cualquiera de las formas que en seguida paso a proponeros.

2e - Diversas formas de oración: La oración mental

Hay varias formas de oración. La primera es la *oración mental o interior.* En ella el alma trata interiormente con Dios, siendo el tema de esta conversación alguna de sus divinas perfecciones, o un misterio,

o una virtud, o una palabra del Hijo de Dios, o lo que El ha ejecutado y sigue ejecutando ahora en el orden de la gloria, de la gracia, de la naturaleza, en su santa Madre, en sus Santos, en su Iglesia y en el mundo en general. Se sirve uno, en un principio, del entendimiento para considerar con una dulce a la par que fuerte atención y aplicación espiritual las verdades que hay en el sujeto escogido de meditación capaces de excitar al amor de Dios y a la fuga y odio del pecado; luégo aplica uno su corazón y su voluntad a producirse en los más variados afectos y actos de adoración, alabanza, amor humildad, contrición, oblación y propósito de enmienda, etc., según se los vaya dictando el espíritu mismo de Dios.

Es tan santa, útil y beneficiosa esta forma de oración que no hay palabras que lo puedan expresar; así que, si Dios os llama a emplearla, debéis rendirle mil gracias por semejante favor y corresponder de inmediato a tal beneficio; si aún no disfrutáis de él, suplicadle os lo conceda y apresurad su otorgamiento correspondiendo a su gracia y ejercitándoos en esta acción que El mejor que todos los libros y doctores del mundo os enseñará sin duda, si váis a prosternaros a sus pies con humildad, confianza y pureza de corazón.

3e - La oración vocal

La segunda forma de oración es la que se designa con el nombre de *vocal.* Se ejecuta hablando a Dios, recitando, sea el oficio divino, sea el rosario o cualquiera otra oración vocal. Este género de oración no es casi menos útil que el precedente, con tal que la lengua se una al corazón, es decir, que al hablar con Dios oralmente lo hagáis también con el espíritu y el corazón, pues as!, vuestra oración a la vez será vocal y mental. Por el contrario, si os acostumbráis a recitar

varias oraciones vocales por rutina y sin la menor atención, saldréis de la presencia de Dios más disipados, fríos y flojos en su amor de lo que erais antea. Por tanto, os aconsejo que, fuera de vuestras oraciones obligatorias, recitéis pocas, pero, eso sí, santamente para habituaros a cumplir con ellas atentamente y con el espíritu y el corazón fijos en solo Dios. Para ello, ocupad vuestro espíritu y vuestro corazón con algún pensamiento o afecto piadoso mientras vuestra lengua articula

las palabras; recordad que debéis continuar la oración que hacía JESÚS mientras vivió con nosotros y daos a El para lograrlo; uníos al amor, humildad, pureza y santidad y a la atención Jesús con que El oraba y suplicadle imprima en vosotros las disposiciones e intenciones santas y divinas con que El ejecutaba esta acción.

Podéis también ofrecer vuestra oración a Dios junto con todas las oraciones y santas preces que han sido y serán hechas sin cesar en el cielo y en la tierra, por la Virgen Santísima, por los Ángeles, por todos los Santos, uniéndoos al amor, a la devoción y a la atención con que fueron y serán realizadas.

4e - Espíritu de Oración

La tercera forma de oración consiste en ejecutar todos los actos de nuestra vida, cristiana y santamente, ofreciendo a Dios, aún los más pequeños e insignificantes, al comienzo de los mismos y de cuando en cuando, durante su desarrollo, elevando los ojos y el corazón hasta El. Procediendo de esta manera, hacemos todas nuestras acciones en espíritu de oración y permaneceremos fieles al precepto del Señor que nos pide que roguemos de continuo sin desfallecer, según sus palabras: «Opórtet semper orare et non deficere Luc. XVI11o,1. Esta es igualmente la manera Más excelente y fácil de vivir siempre en la presencia de

Dios. «Sine intermissione orate». *Orad sin descanso.* 19 Thess. Vo,17.

5e - Las buenas lecturas

La cuarta forma de oración es la lectura de libros buenos, hecha sin precipitación ni apresuramiento, sino despacio y con atenta aplicación espiritual. Deteneos a considerar, a rumiar, a ponderar y saborear las verdades que más directamente os atañen, para grabarlas en vuestro espíritu y de esa meditación derivad afectos y actos varios como en la oración mental. Este ejercicio es importantísimo y produce en el alma los mismos efectos que la oración interior; por tal motivo, nada os recomiendo tanto como el que no dejéis transcurrir un sólo día sin hacer una buena lectura siquiera durante media hora en un libro piadoso. Los más indicados son, entre muchos, *El Nuevo Testamento, La Imitación de Cristo, La Vida de los Santos,* las obras del Padre Granada, especialmente *La Guía de pecadores, El Memorial de la vida cristiana,* los libros de San Francisco de Sales, los del Cardenal de Bérulle, fundador del Oratorio de Francia, y El *Tesoro Espiritual,* del Padre Quarré.

Mas tratad al principio de vuestra lectura, de entregar vuestro espíritu y corazón a Nuestro Señor, rogándole os dé la gracia de sacar el fruto apetecido de tan santo ejercicio Y que El mismo realice en vuestra alma el bien que le plazca, por tal medio, dispensaros.

6e - Las conversaciones espirituales

Aquí tenéis otra práctica útil sobremanera y muy santa, que suele inflamar los corazones en el amor divino: hablar a veces familiarmente de Dios y de cuanto

a El se refiere, con nuestros amigos y relacionados. Buena parte del tiempo debieran emplear los cristianos en ello, y no otro debería ser el tema obligado de sus conversaciones. El Príncipe de los Apóstoles nos exhorta a esto cuando nos dice: «Si quis lóquitur, quasi sermones Dei», lo que significa: «si alguno habla, que sea acerca de Dios» la. Petr.1Vo,2. En efecto, siendo nosotros hijos de Dios, deberíamos deleitarnos usando el mismo lenguaje de nuestro Padre todo él santo, divino y celestial.

Además hemos sido creados para el cielo, habituémonos desde este suelo a hablar el idioma de los bienaventurados. Oh! que lenguaje tan santo y delicioso!... Y, i cuán dulce es para un alma enamorada de Dios hablar y oír hablar de Aquél a quien ama sobre todas las cosas! ¡Qué gratos son estos piadosos coloquios de Aquel que dijo: «Ubi sunt duo vel tres congregati in nomine meo, ibi sum in medio eorum», doquiera hubiere dos o tres reunidos en mi nombre, estaré Ya en medio de ellos. ¡Cuán diferentes son estas santas conversaciones de las que de ordinario tienen los mundanos! No hay tiempo mejor empleado que éste para bien de nuestras almas. Hemos de seguir en el trato social el ejemplo y la regla de San Pablo: «Sicut ex Deo, coram Deo, in Christo loquimur», hablamos como de Dios, ante Dios, en Jesucristo. IIa Cor.IIo,17. Palabras son éstas que nos indican las tres condiciones que hemos de observar para hablar de Dios dignamente.

1e)- *Debemos hablar como de Dios,* esto es, tomando de Dios cuanto hayamos de decir y dándonos a su Divino Hijo al principiar nuestras conversaciones piadosas, para poner en nuestro espíritu y en nuestros labios sus propias palabras de suerte que nuestro lenguaje sea el suyo y podamos afirmar también con El: «Padre, les he dado las palabras que Tú me diste»: «Pater, verba quae dedisti mihi dedi eis». Joan. XVIIo,8.

2e)- *Tenemos que hablar en la presencia de Dios,*

es decir, sin perder de vista a Nuestro Señor, presente en todas partes, y con espíritu de oración y de recogimiento, entregándonos a El, para cumplir en nosotros cuanto decimos u olmos decir, según su santa Voluntad.

3e)- *Debemos hablar en Jesucristo,* es decir, con las intenciones y disposiciones de Nuestro Señor y tal cual El hablaba mientras vivió con nosotros y como El hablarla de hallarse en nuestro lugar. Para ello, démonos a Jesús, uniéndonos a las intenciones con que conversaba en la tierra que no eran ni podían ser otras que la mayor gloria de su Padre; identifiquémonos igualmente con El en las disposiciones que adoptaba para la conversación y en los sentimientos de humildad para consigo mismo, de dulzura y caridad para con sus semejantes a quienes enseñaba el amor y la gratitud hacia su Padre. De tal suerte, nuestras conversaciones le serán gratas en extremo, permanecerá en medio de nosotros feliz al considerar que el tiempo empleado en tan santo esparcimiento será una verdadera oración.

7. - Disposiciones y cualidades de la oración

El gran Apóstol San Pablo nos enseña que, para ejecutar santamente todos nuestros actos es indispensable hacerlos en nombre de Jesucristo; y Nuestro Señor en persona nos asegura que cuanto pidamos a su Padre en su nombre, nos será otorgado, de donde se sigue que para orar santamente, es preciso hacerlo en nombre de Jesús. Mas ¿en qué consiste la oración en nombre de Jesucristo, nuestro Salvador? De paso lo he ya indicado, pero no está demás insistir en cosa de tanta monta y que os ha de ser de tanta utilidad en todas vuestras actividades. Es, repito, continuar la oración de Cristo en este mundo; porque, siendo los cristianos todos miembros del cuerpo mismo

de Jesús, según palabras de San Pablo, son sus lugartenientes en la tierra, lo representan, y, al obrar en su nombre, es decir con su espíritu, disposiciones e intenciones, desarrollan y perpetúan su actividad entre los hombres. Exactamente como un embajador que tiene la representación de su rey ante otro soberano debe proceder en todo de acuerdo con su jefe, siguiendo puntualmente su espíritu, disposiciones e intenciones, as! nosotros hemos de tomar a pecho la personería de Nuestro Señor en la

tierra. Esta es la razón por la cual afirmo que orar en nombre de Jesucristo es continuar la plegaria y la oración de nuestro Divino Salvador, con sus mismas disposiciones, espíritu e intenciones, es orar como El mismo oró sobre la tierra y como de nuevo oraría si aún viviera en medio de nosotros. Y es as! como debe orar el cristiano .

Por tanto, el entregaros a la oración, recordad que vais a continuar la oración de Cristo, y que debéis seguir rogando como El rogaba, ruega y seguirá rogando en la tierra, en el cielo y en nuestros altares, donde vive en constante oración a su Padre. Uníos, pues, al amor, humildad, pureza, santidad y disposiciones e intenciones de Jesús orante en el Sagrario.

Ahora bien, entre estas disposiciones hay cuatro que jamás hemos de omitir, si es que deseamos glorificar de veras a Dios en nuestra oración y alcanzar de su bondad cuanto le pedimos.

PRIMERA DISPOSICIÓN PARA LA ORACIÓN

la primera disposición para orar digna y eficazmente es presentarnos ante Dios con humildad profunda, reconociendo que somos en extremo indignos de comparecer ante El, de mirarlo y de ser por El mirados y escuchados, y que somos absolutamente incapaces por nuestra propia iniciativa de tener un solo

buen pensamiento y de producir un acto siquiera o afecto de su agrado. Por tal motivo tenemos que aniquilarnos a sus pies, entregarnos a Nuestro Señor Jesucristo y suplicarle que El mismo nos ilumine y sustituya en nuestra oración ante su Padre, ya que sólo El es digno de comparecer ante el Eterno para glorificarlo, amarlo y obtener de su bondad cuanto le pida.

Así, pues, hemos de pedir al Padre llenos de confianza en nombre de su Hijo, por los méritos de su Hijo y por la gloria de su Hijo que mora en nosotros.

SEGUNDA DISPOSICIÓN PARA LA ORACIÓN

La segunda disposición con que hemos de orar es una reverente y amorosa confianza de que cuanto pidamos para la gloria de Dios y bien de nuestra alma nos ha de ser otorgado infaliblemente, sin contar, eso al, con nuestros méritos ni con el valor de nuestra, oración, sino con el poder del nombre de Jesús y de sus merecimientos, confiados tan sólo en la bondad y fidelidad de su palabra: «Pedid y se os dará; todo cuanto pidiéreis en mi nombre se os otorgará; cuando pidáis algo a Dios en la oración, creed firmemente que se os concederá». Pétite, et accipiétis. Luc. X1,9; Si quid petiéritis Patrem in nomine meo, dabit vobis. Joan.XVI,23. Omnia quaecumque orantes pétitis, crédite quia accipiétis, et evénient vobis, Marc. X1,24.

Ciertamente, si Dios nos tratara de acuerdo con nuestros méritos, nos rechazaría de su Divina presencia para arrojarnos a un abismo siempre que tuviéramos la osadía de presentarnos ante El; por lo tanto ' siempre que nos concede una gracia cualquiera, estémos convencidos que no la otorga debido a nuestros méritos y al valor de nuestra plegaria sino en consideración de su Hijo Jesús y en virtud de sus méritos y súplicas de infinito poder y valimiento.

TERCERA DISPOSICIÓN PARA LA ORACIÓN

La tercera disposición para orar es la pureza de intención. Al comenzar nuestro ruego, hemos de protestar a Nuestro Señor que de buen grado renunciamos a toda curiosidad espiritual, a todo amor

propio y que anhelamos cumplir con este deber no para satisfacción y consuelo personal sino exclusivamente por su gloria y único agrado, pues es cierto que su dicha y mayor gozo está en conversar con los hijos de los hombres. Cuanto le pidamos, pues, sea con este objeto, único y exclusivo.

CUARTA DISPOSICIÓN PARA LA ORACIÓN

La perseverancia es la cuarta disposición que ha de informar nuestras oraciones. Si deseáis glorificar a Dios en la oración y alcanzar de su bondad lo que le pedís, es preciso perseverar costantes en tan santo ejercicio. Porque hay muchísimas cosas que pedimos a Dios que no nos otorga de inmediato; quiere le pidamos repetidos veces y por largo tiempo lo mismo, manteniéndonos así humillados ante El y sometidos a su poder y bondad. Así dejándonos en la dulce obligación de recurrir a menudo a su misericordia y ayuda poderosa, nos tiene rendidos ante su presencia adorable, probándonos con hechos que en verdad su felicidad es estar con nosotros sin cesar.

Y por último, el colmo de todas estas santas disposiciones sería el que, al iniciar vuestra oración, os entregárais de espíritu y de corazón a Jesús y a su Espíritu divino, suplicándole imprima en vuestro espíritu y corazón las ideas, afectos y sentimiento que quiera, abandonándoos enteramente a su dirección para que os guíe según su divino querer en este santo ejercicio, seguros de que en su infinita bondad lo hará, si no según vuestros deseos, de una manera más provechosa aún y más acorde con vuestras necesidades espirituales.

CAPITULO 111

FIN DE LA VIDA CRISTIANA

1e - La triple profesión de Jesús a su entrada en el mundo, modelo de la de nuestro bautismo

Jesucristo, Nuestro Señor, puso todo su empeño y devoción en cumplir perfectamente la voluntad de su Padre, fincando en ello su mayor felicidad. Se dedicó devotamente a servir a su Padre y aún a los hombres por amor a su Padre, pues quiso tomar la forma y calidad baja y abyecta del siervo para rendir un mayor honor y homenaje a la grandeza de su Padre con tal abatimiento. Dedicóse a amar y glorificar, a hacer amar y glorificar a su Padre en el mundo, a hacer todas sus acciones por la mayor gloria y el más puro amor de su Padre y a ejecutarlas con las más santas, puras y divinas intenciones, es decir, con una humildad muy profunda, con una caridad sin límites por los hombres, con un total desprendimiento de sí mismo y, de todo, con una consagración y una muy íntima unión a su Padre, con una sumisión perfecta a sus divinos quereres, y todo ello con alegría y gozo de corazón. Por último, se entregó a la inmolación y al sacrificio de si mismo a la gloria exclusiva de su Padre, ya que le plugo tomar la forma de hostia y de víctima, pasando así por toda clase de desprecios, humillaciones, privaciones, mortificaciones externas e internas y en fin por la muerte más cruel y desdorosa que imaginar podamos, todo por tributar a Dios, su Padre, una gloria infinita.

Hé aquí tres profesiones solemnes, tres votos hechos por Jesús en el instante mismo de su Encarnación y que cumplió a perfección en su vida y en su muerte.

1e) En el momento preciso de su Encarnación hizo profesión de obediencia a su Padre, esto es, de no guiarse nunca por su propia voluntad sino de obedecer puntualmente la voluntad de su Padre, fincando en ello toda su dicha y toda su alegría.

2e) Hizo profesión de servidumbre y esclavitud a su Padre, pues tal es el título que El le atribuye, cuando hablando por boca de Isaías dice: «Servus meus es tu, Israel, quia in te gloriabor». Siervo mío eres, Israel, pues en tí me he de gloriar. Is.XLIX,3. Es el título que Jesús mismo se da al tomar las apariencias de un siervo: «Formam servi accipiens» Filip.II,7., abatiéndose a una condición y forma de vida humilde y sumisa a sus criaturas, hasta el oprobio y el suplicio cruel de los esclavos, el de la cruz, por amor nuestro y por la gloria de su Padre.

3e) Hizo profesión de ser hostia y víctima, totalmente consagrada e inmolada a la gloria de su Padre, desde el primero hasta el último momento de su existencia.

Ved ahí en qué consiste la devoción de Jesús y, como la devoción cristiana no es diferente de ella, sino su continuación, en esto mismo hemos de fincar la nuestra. Y, por esto, tenemos que contraer con Jesús un pacto de unión estrecha y en sumo grado íntima, para adherirnos a El identificándonos con su divina persona en toda nuestra vida, en todos sus actos y en el desarrollo perenne de todas sus actividades.

Es éste el voto y la profesión solemne y pública, primera y principal que emitimos en el bautismo a la faz de la Iglesia universal. Porque entonces, según San Agustín, Santo Tomás y él Catecismo del Concilio de Trento, hacemos el voto Y Profesión solemne de renunciar a Satanás y a sus obras y de unirnos a Jesucristo, como los miembros a la cabeza, de entregarnos y consagrarnos por entero a El y de permanecer siempre unidos a El. Ahora bien, hacer profesión de adherirnos a Jesús y

permanecer a El unidos, es

adherirnos a su devoción, a sus disposiciones e intenciones, a sus leyes y máximas, a su espíritu y dirección, a su vida, cualidades y virtudes y a cuanto El ejecutó y padeció.

Hé aquí por qué, al hacer este voto y profesión de adherir a Jesucristo y de permanecer unidos con El, lo que es el mayor de todos nuestros votos, «máximum votum nostrum», como lo llama San Agustín, realizamos tres muy grandes, santas y divinas profesiones, que a menudo hemos de meditar.

1e) Profesamos con Jesucristo no hacer jamás nuestra propia voluntad, sino someternos invariablemente en todo al querer divino, y obedecer a toda clase de personas en todo aquello que no contraríe u ofenda a Dios, poniendo en ello nuestra dicha y cielo anticipado.

2e) Hacemos profesión de servidumbre y esclavitud a Dios y a su Hijo Jesús Y a todos sus miembros, según estas palabras de San Pablo: «Nos servos vestros per Jesum» IIa Cor. IV,5. De esta profesión se sigue que todos los cristianos nada poseen, exactamente como siervos que son, y que no tienen siquiera el derecho de valerse de sí mismos, de los miembros y sensaciones de su cuerpo, de las facultades de su alma, de su vida, de su tiempo, de los bienes temporales de que disfrutan, sino para Jesucristo y para los miembros de Este que son cuantos en El creen.

3e) Profesamos ser hostias y víctimas perpetuamente sacrificadas e inmoladas en eras de la gloria de Dios, «Spirituales host¡as», como nos califica el Príncipe de los Apóstoles. 1a Pet.II,5. «Obsecro vos, fratres, per misericordiam Dei ut exhibeatis córpora vestra hostiam viventem, sanctam, Deo placentem», nos pide San Pablo en su epístola a los Romanos, cap. XII,1. «Os ruego, hermanos míos, por la misericordia de Dios, que ofrezcáis vuestro cuerpo en sacrificio vivo, santo y grato a Dios». Y lo que del cuerpo aquí se afirma débese por igual entender de nuestra alma.

Razón es ésta por la cual estamos obligados a glorificar y amar a Dios con todas nuestras facultades corporales y espirituales, a hacerlo glorificar y amar cuanto podamos, a no buscar en todo y en nuestras acciones todas sino su mayor gloria y amor, a vivir de tal modo que nuestra existencia toda no sea sino un sacrificio perenne de alabanza y amor hacia El, y a estar dispuestos en todo momento a ser inmolados, consumidos y anonadados por su gloria.

En una palabra, «Christianismus est professio vitae Christi», el cristianismo es una profesión de la vida de Cristo, dice San Gregorio de Nicea. San Bernardo nos asegura que Nuestro Señor no inscribe en las filas de sus adeptos a quienes no viven de su vida: «Non inter suos députat professores, quos vitae suae cernit desertores». Y por esto, nosotros hacemos profesión de Jesucristo en el santo Bautismo, es decir, de la vida de Jesucristo, de su devoción, disposiciones e intenciones, de sus virtudes y de su desprendimiento total. Hacemos profesión de creer firmemente cuanto El nos enseña por sí mismo o por medio de su Iglesia, y de morir antes que apartarnos lo más mínimo de esta fe. Hacemos profesión de combatir incansables junto con El el pecado, de vivir como El en espíritu de continua oración, de llevar con El su cruz y sus sufrimientos en nuestro cuerpo y en nuestra alma, de continuar la práctica de su humildad, de su confianza en Dios, de su sumisión y obediencia, de su caridad, de su celo por la gloria del Padre y la salvación de las almas, y de todas sus virtudes en general. En fin, hacemos profesión de no vivir en la tierra y en el cielo sino para Jesús, para amarlo y honrarlo en todos los estados y misterios de su vida y en cuanto es en al mismo y con relación a todo lo que existe, de estar siempre listos a sufrir toda clase de suplicios, a morir mil veces, si posible fuera, aún a ser aniquilados otras tantas, en aras de su amor y de su gloria.

Hé aquí el voto y la profesión de todos los cristianos

en el bautismo; hé aquí la esencia de la verdadera devoción, y toda otra que por un imposible pudiera haber, no sería más que engañosa falsedad y extravío deplorable.

Para compenetraros de esta santa devoción, adorad a Jesús en su devoción perfecta en grado sumo y en la profesión que hizo a su Padre desde el mismo instante de su Encarnación y que a cábalidad habría de realizar durante toda su vida. Bendecidlo por la gloria que tributó así a su Padre; suplicadle os perdone las faltas cometidas contra el voto y profesión de vuestro bautismo, rogándole las repare por su gran misericordia. Considerad en su divina presencia las enormes obligaciones inherentes a tal voto y profesión; renovad a menudo vuestros deseos y voluntad de corresponder a tan grandes compromisos, pidiendo a Jesús os otorgue la gracia de saturaros de su santa devoción. Poned todo vuestro empeño en ello y en cuanto hagáis o sufráis procurad uniros a la devoción de Cristo, diciendo:

«Oh, Jesús! me doy a Vos para ejecutar esta acción, o para soportar esta pena, uniéndome a la perfecta devoción con que habéis ejecutado todos vuestros actos y padecido por mí».

Procediendo de esta manera viviréis devotamente, formando as! a Jesús en vosotros, según el deseo del Apóstol San Pablo: «Dónec formetur Christus in vobis», *hasta que Cristo informe vuestra vida,* y se realizará en vosotros ese ideal santo de vida «In eamdem imáginem transformámur», al transformarnos en su misma imagen, es decir, que haréis vivir y reinar a Jesús en vosotros: «Consummati in unum, et omnia in ómnibus»: que es precisamente la meta y fin de la vida, piedad y devoción del cristiano. Comprendéis ahora por qué es necesario haceros ver la importancia de esta gran obra de la formación de Jesús en vuestras almas y los medios para llevarla a feliz término.

2e - Formación de Jesús en nosotros

El misterio de los misterios y la obra de las obras es la formación de Jesús, como lo señalan estas palabras de San Pablo: «Filioli, quos iterum parturio, dónec formetur Christus in vobis»: *hijitos míos, a quienes de nuevo hago vivir, hasta que se forme Cristo en vosotros.* Gal. IV,19. Es éste el mayor misterio y la obra más importante del cielo y de la tierra, realizada por las personas más dignas del cielo y de la tierra: por el Padre Eterno, por el Hijo de Dios y por el Espíritu Santo, por la Santísima Virgen y por la Iglesia católica.

Es la acción más grande del Padre Eterno, ocupado como está desde toda la eternidad en producir a su Hijo en sí mismo, y, fuera de sí, no realizó nada más grande que la formación de ese su Hijo Divino en el seno purísimo de la Virgen en el momento de la Encarnación. Es la obra por excelencia ejecutada por el Hijo de Dios en la tierra la de formarse a sí mismo en su santa Madre y en la Eucaristía; y es ésta también la más noble que hizo el Espíritu Santo, al formarlo en las entrañas benditas de María, la cual tampoco hará jamás nada superior y más notable como el hecho de haber cooperado a esta divina y maravillosa formación de Jesús en su casto seno. Es esta la obra máxima y más santa de la Iglesia, cuya misión principal es por boca de sus sacerdotes producir de manera cierta y admirable a Jesús en la Eucaristía y formarlo en el corazón de sus hijos; para esto fue instituida por Cristo.

Igualmente, nuestro anhelo, nuestra preocupación principal y empeño de todos los momentos ha de ser formar a Jesús en nosotros, o sea, hacerlo vivir y reinar en nosotros, por su espíritu, su

devoción, sus virtudes, sus sentimientos inclinaciones y disposiciones. Este tiene que ser el objetivo de todos nuestros ejercicios

de piedad; tal es la obra que Dios nos ha encomendado y en la que quiere vernos de continuo empeñados.

Dos razones poderosísimas deben entusiasmarnos en el cumplimiento de este deber: primera, la realización de los designios y voluntad del Padre celestial de ver a su Hijo vivir y reinar en nosotros, porque, después de haberlo visto anonadado por su gloria y por nuestro amor, quiere que, en premio de su aniquilamiento y humillaciones, reciba el cetro y la corona real como soberano de todo lo creado. Es tanto lo que ama a su amabilísimo Hijo que nada fuera de El desea ver y no quiere tener otro objeto de sus miradas, de su amor, de sus complacencias. Hé aquí por qué su único anhelo es ver a Jesús en todo: «Omnia in ómnibus, Christus». Segunda razón que ha de animarnos en nuestra empresa es que una vez formado y entronizado Jesús en nuestros corazones, comienza a amar y glorificar dignamente en nosotros a su Padre, según palabras de San Pedro: «Ut in ómnibus honorificetur Deus, per Jesum Chriatum», pues sólo El es capaz de amar y rendir gloria al Eterno como se debe, y sólo El puede por igual manera amarse y glorificarse a Si mismo. Este doble motivo ha de encender en nosotros un vivo deseo de formar a Jesús en nuestras almas, y de someternos a su dulce imperio, sin escatimar esfuerzos y poniendo de nuestra parte todos los medios para lograrlo. Hé aquí algunos:

3e - Medios para formar a Jesús en nosotros

Cuatro cosas son necesarias para formar a Jesús en nosotros.

1e) Hemos de ejercitarnos en mirarlo en todo y tenerlo como objetivo único de todos nuestros ejercicios de piedad y de todas nuestras acciones, imitando su vida, estados, misterios, virtudes y actuaciones.

Porque El es, en suma, el gran todo de cuanto existe: es el ser de todos los seres, la vida de todo lo que vive, la belleza de lo bello, la potencia de lo poderoso, la sabiduría de los sabios, la virtud de los virtuosos y la santidad de los santos. Y nada ejecutamos que El no haya hecho en este mundo, y esto es lo que hemos de imitar al realizar cualquiera de nuestros actos. En tal forma, saturaremos nuestro entendimiento de la mentalidad de Jesús, y pensando en El y meditando en El, lo reconoceremos como Rey y Señor de nuestro espíritu y de las facultades superiores de nuestra alma.

2e) Y así hemos de formar a Jesús no sólo en nuestro espíritu con la contemplación y meditación asidua de su vida, sino también en nuestros corazones con el ejercicio habitual de su divino amor. Tenemos, pues, que acostumbrarnos a elevar a menudo nuestro corazón amorosamente hacia El, a hacer todos los actos de nuestra vida sólo por su amor y a consagrarle todos los afectos de nuestro ser.

3e) Hay que formar a Jesús en nosotros por un total aniquilamiento de nuestra persona y de lo que nos interesa. Porque si deseamos que Jesús viva y reine perfectamente en nosotros, es preciso destruir y aniquilar todas las criaturas en nuestro espíritu y en nuestro corazón, no mirándolas ni amándolas ya en sí mismas sino en Jesús, único objeto de nuestra consideración y afecto. Hay que considerar al mundo y cuanto él encierra como definitivamente repudiado por nuestro espíritu y corazón, para no ver sino a Jesús en él digno de todo nuestro amor.

Tenemos, también, que empeñarnos en el aniquilamiento total de nosotros mismos, es decir, de nuestro propio parecer, de nuestra voluntad personal, de nuestro amor propio, de nuestro orgullo y vanidad, de todas nuestras inclinaciones y hábitos perversos, de todos los apetitos e instintos de la naturaleza depravada, de cuanto, en suma, radica en nuestra individualidad.

Pues, ya que nada hay en nosotros que no esté inficionado y corrompido por el pecado, y que, por lo mismo no se oponga a Jesucristo, a su gloria y a su amor, es preciso que todo sea destruido y reducido a la nada para que Jesucristo viva y reine en nosotros.

Este es el principal fundamento, el verdadero principio, el primer paso en la vida cristiana. Es lo que en boca del Maestro y de los Santos Padres se llama, perderse, morir a sí mismo, sacrificarse, renunciarse. Es éste uno de los más importantes empeños y desvelos a que hemos de consagrar nuestra existencia: por la práctica de la abnegación, de la humillación, de la mortificación tanto interior como exterior, lograremos, seguramente, formar y hacer reinar a Jesús dentro de nosotros mismos.

4e)- Mas, siendo esta gran obra de la formación de Jesús en nuestras almas algo infinitamente superior a nuestras fuerzas, como cuarto medio y muy principal, tenemos que acudir al poder de la divina gracia y a los ruegos de la Santísima Virgen y de los Santos. Supliquemos, por lo tanto a menudo a nuestra Madre celestial, a los Ángeles y a los bienaventurados nos socorran con sus oraciones; entreguémonos al poder del Padre Eterno, a su amor y celo ardentísimo por la gloria de su Hijo, pidiéndole nos aniquile del todo para que Jesús viva y reine como soberano en nuestro corazón. Ofrezcámonos igualmente al Espíritu Santo con el mismo fin, haciéndole idéntica petición.

Anonadémonos con frecuencia a los pies de Jesús, sus, suplicándole por el gran amor que lo impulsé a aniquilarse a si mismo, emplee todo su poderío para reducirnos a la nada y para imponerse como rey y soberano de nuestras almas, diciéndole:

«Oh Jesús bueno! os adoro en vuestro divino anonadamiento, según palabras del Apóstol: *«Exinanivit semetipsum*»; adoro vuestro inmenso y poderosísimo

amor hacia el Padre y para con nosotros que de tal suerte os ha abatido. Me abandono y entrego sin reparos al poder de tan gran amor para que también a mi me aniquile de un todo. Oh potentísimo y bondadoso Señor! servíos de todo vuestro poder y bondad ¡limitada para aniquilarme y estableceros dentro de mí para destruir mi amor propio, mi voluntad, mi espíritu, mi orgullo y mis pasiones, sentimientos e inclinaciones personales, reemplazándolo todo con el reino de vuestro amor, de vuestra santa voluntad, de vuestro espíritu divino, de vuestra profunda humildad, de todas vuestras virtudes, sentimientos e inclinaciones. Aniquilad también en mí a todas las criaturas y a mí mismo en el espíritu y corazón de todas ellas sin excepción, y suplantadlas poniéndoos Vos mismo en su lugar y en el mío, para que así, no viéndoos sino a Vos, Señor, en todo, no aprecie, no desee, no busque y no ame a nada ni a nadie fuera de Vos, no hable sino de Vos, no haga nada sino para Vos; y que, por este medio, Vos lo seáis todo y todo lo hagáis en vuestras criaturas, y améis y glorifiquéis a vuestro Padre y a Vos mismo en nosotros y en nuestro nombre, tributándole un amor y una gloria digna de El y de Vos».

CAPITULO IV

IDEAL DE LA VIDA CRISTIANA

1 - El martirio, perfección o ideal de la vida cristiana: su naturaleza

El ideal, la perfección y la quintaesencia de la vida cristiana es el martirio, que es indudablemente el mayor portento de la divina gracia realizado en el cristiano, quien, a su vez, tampoco podría ejecutar acción más extraordinaria, admirable y gloriosa que la de soportarlo por amor a su Dios. El favor más insigne que otorga Cristo a los que ama con amor de predilección es el de hacerlos semejantes a El en su vida y en su muerte, capacitándolos para morir por El de la misma manera que El murió por su Padre y por ellos .

En los santos Mártires ostenta Dios el poder máximo del amor divino, y entre todos los santos, los Mártires son los más admirables a los ojos de Dios; tales fueron San Juan Bautista y todos los Ángeles. Son ellos los santos de Jesús, como los llama por boca de la Iglesia: «Sancti mei»: mis santos, pues, aunque todos los santos pertenecen a Jesús, los que por El Padecieron le son de manera muy especial propios, ya que vivieron y murieron sólo por El y para El. Por esto los distingue con un amor de singular predilección al prometerles las más notables recompensas. «Dabo Sanctis meis locum nominátum in regno Patris méi»: *daré a mis santos un lugar preferencial en el reino de mi Padre,* leemos en el Oficio de los Mártires, en la primera antífona del 29 Nocturno. En el Apocalipsis está escrito con relación al premio de los mártires o testigos de Dios lo siguiente: *«Vincenti dabo édere de ligno vitae quod est in paradiso Dei mei»: daré al triunfador en recompensa el*

privilegio de alimentarse del árbol de la vida, que hay en el paraíso de mi Dios, como si dijera, comentan los doctores de la Iglesia, otorgaré al vencedor la gracia de alimentarse de Mi mismo, verdadero árbol de vida, ya que por Mí habéis perdido la vida humana y temporal, recibiréis, en cambio, una eterna y divina, porque os haré vivir mi propia vida y Yo mismo seré vuestra vida por toda la eternidad.

«Vincenti dabo manna abscónditum>: *daré al mártir victorioso un maná omito,* maná que no puede ser otra cosa que el amor divino que reina en el corazón de los mártires y que trueca desde este suelo las amarguras del sufrimiento y el infierno de las torturas en un paraíso de delicias y dulzuras inefables, colmándolos en el cielo de gozo, alegría y felicidad perdurable a cambio de las penas pasajeras soportadas en la tierra.

Asegura Nuestro Señor que *«les dará sobre todos los pueblos un poder semejante al que El mismo ha recibido de su Padre, poder tan grande que podrán quebrantarlos como el alfarero puede hacerlo con la obra de suos manos»: Qui* vícerit... dabo, illi potestátem super gentes; et réget eas in virga férrea, tánquam vas fíguli confringéntur, sícut et Ego accepi a Patre méo. Apoc. 11,26- 28. Con ello quiere decir, que los hará reyes y señores, como El, del universo; *«que los constituirá junto con El jueces del mundo entero»:* Judicábunt nationes et dominabúntur pópulis. Sab. III,8.; y que juzgarán y condenarán con El a los impíos en el día del juicio.

Jesús promete a sus mártires revestirlos de sus colores, blanco y rojo, que son los del Rey de los mártires, según expresión de su Amada: «Diléctus méus cándidus et rubicúndus»: *blanco y rojo o rubicundo es mi amado,* Cant.V,10. Estos, pues, han de ser los colores de los mártires: llevan las libreas de su Maestro y van, por ello, vestidos de blanco: «Lavérunt stolas suas, et dealbavérunt in

sánguine Agni» -lavaron

sus ropas y las blanquearon con la sangre del Cordero, Apoc.V11,14. Y añade el Hijo de Dios: «Ambulábunt mécum in vestiméntis álbis... Qui vícerit, sic vestiétur vestiméntis albis»: *Irán a mi lado con albas vestiduras... Así, de blanco, se vestirán los vencedores.* Apoc.III,4 y 5., pues el martirio es un bautismo que borra toda clase de pecados y que reviste las almas de los santos mártires de la gloria y de la luz eterna. Van también vestidos de rojo, símbolo de la sangre vertida. «Rubri sánguine fluido», canta la Iglesia en el Himno de Vísperas, para significar que estos santos perecieron bañados en roja sangre, señal del amor ardiente con que la derramaron por su Señor.

Promételes Cristo a sus mártires que *«escribirá sobre ellos el nombre de su Dios y el de la Ciudad celestial»:* Scríbam súper eum nómen De¡ méi et nómen civitátis Dé¡ méi, Apoc.III,12., lo que significa, según el docto y piadoso Ruperto: «Serán ellos, y, los mártires, mi Padre y mi Madre; Yo los miraré y trataré como tales. Por ventura, en ocasión inolvidable, no declaró El mismo que «su *Madre era todo aquél que cumpliera la voluntad de su Padre»:* Quicumque enim fécerit voluntatem Patris méi, qui in coelis est, ipse méus fráter, et sóror, et máter est. Mat.XII,50 . A hora bien, nada hay que sea más grato al querer de Dios que el martirio. Hé aquí por qué el Hijo de Dios, hablando de su Padre y de su santos Mártires, afirma que *maravillosamente cumplió en sus santos su voluntad:* «Sanctis, qui sunt in térra ejus, mirificávit omnes voluntátes méas in eis». Ps. XV,3. Les asegura, además, que *escribirá también sobre ellos su nuevo nombre,* que es JESÚS, Scríbam súper eúm... nómen méum nóvum. Apoc.III,12., pues los untos Mártires, habiendo imitado tan perfectamente a Jesús en su vida y muerte, mientras vivieron acá en la tierra, de tal suerte se le asemejarán allá en el cielo, que serán llamados Jesús, ya que con toda verdad lo

serán por la perfecta similitud con El y por la transformación admirable que experimentarán en su personalidad.

Por último afirma Nuestro Señor que «los *hará sentar sobre su propio trono como El mismo lo hace con su Padre en el de El»:* Qui vícerít, dabo éi sedere mécum in throno méo: sicut et Ego vici, et sédi cum Patre méo, in throno ejus. Apoc.III,21. Y la santa Iglesia, en las fiestas de los mártires, nos representa al Hijo de Dios ante el Padre con esta oración en los labios: «Volo, Páter, ut úbi Ego sum, illic sit et minístẹr méus»: *Quiero, Padre que en donde esté Yo, se halle mi siervo,* es decir que more y descanse conmigo en vuestro regazo y paternal corazón.

Bien sé que la mayor parte de las promesas hechas a los Mártires se dirigen también a los demás santos; sin embargo, de una manera muy Particular se enderezan a los Mártires, por ser éstos los Santos de Jesús, los que marcados con su nombre, lleven su divisa, pues los ama con un amor de predilección y por ello, los colma de privilegios inefables.

¡Oh bondad! ¡oh amor! ¡oh exceso del amor y de la bondad de Jesús para con sus mártires!.. ¡Oh buen Jesús! cuán felices ¡son los que Voz así amáis y buen as! corresponden a vuestro amor!... oh, cuán dichosos los que llevan grabada con tal perfección vuestra imagen en su vida y en su muerte! *Bienaventurados dos aquéllos que han sido llamados por Vos al festín de las bodas del Cordero:* «Beáti qui ad caenam nuptiárum Agni vocati sunt». Apoc.XIX,9. *Bienaventurados los que han lavabo su vestiduras en la sangre del Cordero:* «Beáti quí laverunt stolas suas in sánguine Agni». Apoc.XXII,14. Bienaventurados los que no quieren vivir en este suelo, sino para emplear su vida y sacrificarla a la gloria y al amor de este dulcísimo y amabilísimo Cordero, sabedores de que, según el Espíritu Santo, el hombre nada puede hacer más noble y grande por Dios que sacrificar lo que le

es más caro, su sangre y su vida, muriendo por El: «Majorem hanc dilectiónem némo hábet, quam ut ánimam súam pónat quis pro amicis súis». Joan.XV,13. Y esto es el martirio verdadero y perfecto.

Hay diversas clases de mártires y de martirios. Mártires son, en cierto modo, quienes ante Dios, viven dispuestos a morir gustosos por Nuestro Señor, aunque de hecho esto no llegue a suceder. Son también, según San Cipriano, mártires de verdad los que están resueltos a morir antes que ofender a su Señor. Mortificar la carne y las pasiones, resistir a la concupiscencia desordenada y a los malos apetitos, y perseverar así hasta el fin por amor a Nuestro Señor, es, según San Isidoro, una especie de mart¡rio. Soportar por el mismo motivo las necesidades y extremos de la pobreza u otra penalidad cualquiera, sufrir con paciente dulzura las injurias, calumnias: y persecuciones sin espíritu de venganza, antes bien, bendiciendo a quienes nos maldicen y amando a quienes nos odian, es igualmente un martirio meritorio, como con sobra de verdad lo afirma San Gregorio, Papa.

Sin embargo, el verdadero y perfecto martirio no consiste tan sólo en sufrir sino en morir. De suerte que la esencia misma del martirio completo y cabal es la muerte; luego, para merecer el título de mártir que otorga la Iglesia a muchos de sus santos, es preciso, no sólo padecer por Cristo, sino morir por El, sacrificándole la vida. Con todo, es cierto que al alguien ejecuta una acción por amor a Nuestro Señor 0 Por El Padece algo capaz de producirle, la muerte de la que por intervención directa de Dios se ve preservado, si viviere luégo largo tiempo, viniendo a la postre a morir de una muerte común y ordinaria, Dios, que lo libró milagrosamente de la muerte que estaba dispuesto a sufrir por su amor, no lo privará de la corona del martirio si persevera en su gracia y en su santo amor. Prueba de ello, San Juan Evangelista, Santa Tecla, la primera mujer que sufrió la pena del

martirio por Jesucristo, San Félix de Nola, y otros que la Iglesia venera como verdaderos mártires, aun cuando no murieron a manos del verdugo entre tormentos que supieron soportar por Nuestro Señor, quien les concedió largos años de vida, y habiéndolos librado por milagro de la muerte violenta en medio de torturas indecibles, les otorgó una muerte natural y tranquila.

Pero fuera de esa intervención milagrosa de Dios, es necesario morir para ser mártir de verdad, y morir por Cristo, es decir, o por su sagrada persona o por sostener el honor de sus misterios o sacramentos o por defender los derechos de la Iglesia, o alguna verdad por El enseñada, o alguna de las virtudes que El practicó, o por evitar algún pecado que lo ofenda, o por amarlo con tanto ardor que la misma violencia de nuestro amor nos haga morir, o, en fin, por realizar cualquier acto relacionado con su gloria, capaz de acarrearnos la muerte; esto último lo sostiene Santo Tomás de Aquino en la Sumía Teológica.

Por tanto, os aconsejo procuréis al principio de todos vuestros actos elevar vuestro corazón a Jesús Para ofrecérselos y protestarle que sólo por su amor y gloria los ejecutáis. Porque, si por ejemplo, la asistencia corporal o espiritual que dispensáis a un enfermo os acarrea un mal que luego sea causa de vuestra muerte, si en verdad habéis hecho esto por amor a Nuestro Señor, El os ha de considerar como mártir efectivo y como tal seréis partícipes de la gloria de los mismos en el Cielo.

Y con mayor razón aún, si lo amáis tan fuerte, tan entrañablemente que la fuerza misma de ese amor santo viene a la postre a consumir y destruir vuestra vida corporal, Pues tal muerte es el martirio por excelencia, de todos el más noble y envidiable. Tal fue el martirio de la Madre del amor, María Santísima, el del gran San José, el de San Juan Evangelista, el de la Magdalena, el de Santa Teresa, el de Santa Catalina

de Génova, el de muchos otros santos y santas. Aún más, éste fue el martirio de Jesús quien murió, no sólo en el amor y por el amor, sino por el exceso y poder de este mismo amor.

2. - Todos los cristianos deben su mártires y vivir en espíritu de martirio. Naturaleza de este espíritu.

Todos los cristianos, sea cual fuere su estado o condición, deben estar siempre dispuestos a sufrir el martirio por Jesucristo, Nuestro Señor; y ello, por razones poderosísimas.

1e - U pertenecen a Cristo por una infinidad de títulos: así, pues, ya que no deben vivir sino por El, han de morir, es su obligación, sólo por El, según estas palabras de San Pablo: «Nemo énim véstrum sibi! vivit et némo síbi móritur; sive énim vívimus, Dómino vívimus, sive mórimur, Dómino mórimur. Sive ergo vívimus, sive mórimur, Dómini sumus. Rom.XIV, 7-10. Pues *ninguno* de vosotros vive para sí y ninguno para sí muere; porque, ora vivamos, para el Señor vivimos, ora muramos, para el Señor morimos. Sea, Pues que vivamos, sea que muramos, del Señor somos».

2e - Habiéndonos Dios otorgado el ser y la vida sólo para su gloria, estamos en la obligación de glorificarle con la mayor perfección posible, sacrificándole nuestro ser y nuestra vida en homenaje de su vida y Ser para protestarle que sólo El es digno de existir y de vivir y que toda otra vida ha de ser inmolada y aniquilada ante su vida soberana e inmortal.

3e - Nos exige Dios que le amemos con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas, es decir, con el amor más perfecto que podamos experimentar. Pues, para amarlo así, tenemos que estar dispuestos a derramar nuestra sangre y a sacrificar nuestra vida por El. En ello está la prueba máxima del amor, según palabras del mismo Jesucristo: «Majórem

hanc dilectiónem nemo hábet, ut ánimam súam pónat quis pro amicis suis»: *no hay major amor que el morir por los que se ama*, Joan.XV,13.

4e - Nuestro Señor Jesucristo tuvo desde el momento de su Encarnación una ardentísima sed y un vivísimo anhelo de verter su sangre y de morir por la gloria de su Padre, deseo que no pudo realizar entonces porque la hora indicada por la voluntad de Dios no habla aún sonado. Hé aquí por qué escogió a los Santos Inocentes como mártires y testigos de su querer para cumplir por medio de ellos este anhelo y en cierto modo, con ellos y por ellos, morir. De igual manera, después de haber resucitado y subido al cielo siguió experimentando siempre el deseo de sufrir y morir por la gloria de su Padre y por amor nuestro, mas, no pudiendo personalmente realizar este anhelo santo, quiere por medio de sus miembros ejecutarlo y por doquiera busca almas generosas que se presten de buen grado a complacerlo. Si, pues, nosotros tenemos algún celo por la ejecución de los designios y demos de Jesús, debemos ofrecernos a El, pon que calme en nosotros, si cabe, la indecible sed y el anhelo inefable de derramar una vez más su sangre y de morir de nuevo por el amor infinito a su Padre.

5e - En el Bautismo hicimos el voto de adherirnos a Jesucristo, de seguirlo e imitarlo, y por consiguiente, de ser hostias y víctimas consagradas y sacrificadas a su gloria. Esto nos obliga a seguirlo e imitarlo, no sólo en su vida, sino también en su muerte y a estar siempre listos a inmolarle nuestra existencia y todo lo que nos pertenece, según lo declara el Salm¡sta: «Própter te mortificámur tóta die: aestimáti sumus sícut oves occisiónis». *Por tí a diario nos sacrificamos: se nos considera como ovejas de sacrificio.* Ps. XLIII,22.

6e - Siendo Jesucristo nuestra cabeza y nosotros sus miembros, hemos de vivir de su misma vida; por tanto, *es* preciso que muramos también de su misma

muerte, pues, según la enseñanza de San Pablo, los miembros han de correr las mismas contingencias de su cabeza: «Sémper mortificatiónem Jésu in corpore nóstro circumferéntes, ut et vita Jésu manifestétur in corpóribus nostris. Sémper énim nos, qui vívimus, in mortem trádimur própter Jésum, ut et vita Jésu manifestétur in cárne nóstra mortáli». *Siempre llevando por doquiera en nuestro cuerpo el estado de muerte de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Porque siempre nosotros los que vivimos somos entregados a la muerte por causa de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal.* IIa. Cor. IV,10-11.

7e - Mas, la más poderosa y convincente razón que nos obliga al martirio es el martirio sangriento en extremo y la muerte dolorosísima de Jesucristo en la cruz por amor nuestro. Porque este amabilísimo Salvador no se contentó con gastar íntegra su vida por nuestro bien, sino que quiso también morir por nosotros, y murió, en efecto, con la muerte más cruel e ignominiosa que ha habido y habrá jamás.

Sacrificó una vida, un solo instante de la cual vale mil veces más que todas las vidas de los hombres y de los ángeles, y estaría dispuesto, si preciso fuera, a morir mil y mil veces aún. Y, en efecto, de continuo está sobre nuestros altares en calidad de hostia y de víctima, y en ellos, de hecho es y será inmolado diariamente y a toda hora hasta el día del juicio, tantas veces cuantas se celebre el Santo Sacrificio de la Misa. Así nos atestigua que está siempre dispuesto, si fuera necesario, a soportar infinitas veces por nuestro amor el martirio doloroso y sangriento de la Cruz, que muchos siglos ha, sufrió en el Calvario.

Oh! qué bondad!... ah! cuánto amor!... No me maravilla el ver cientos, miles, millones de mártires que han vertido su sangre por Jesucristo y han dado por El su vida, habiendo El entes muerto por todos

los hombres; es lógico que todos hayamos de morir por El. Tampoco me admiro de que los santos mártires y todos aquellos a quienes Jesús ha hecho sentir los santos ardores del divino amor que lo clavó en el madero de la cruz, hayan experimentado una sed ardiente y un deseo inmenso de sufrir y de morir por El. Ni mucho menos me asombro de que gran número de mártires de hecho hayan soportado tormentos tan atroces y con tanta alegría que los mismos verdugos se fatigaran de torturarlos antes que ellos de sufrirlos, y de que cuanto padecían por cruel y doloroso que fuera, nada les parecía en comparación del anhelo insaciable que sentían de sufrir por su Dios. Pero mucho me maravillo de vernos ahora tan fríos en el amor de tan amable Salvador, tan flojos y cobardes para soportar las menores incomodidades, tan a~ dos a una vida tan insignificante y despreciable cual es la de este suelo vil, y tan distantes de querer sacrificarla por Aquél que sacrificó la suya tan digna y preciosa, por nosotros. ¿Puede uno, por ventura, llamarse cristiano y adorar a un Dios crucificado, a un Dios agonizante y moribundo sobre una cruz, a un Dios que pierde por nosotros una vida tan noble y excelente, a un Dios que se sacrifica todos los días ante nuestros ojos sobre el ara santa de nuestros templos, y no estar dispuesto a sacrificarle cuanto de más caro tenemos en el mundo, y la vida misma que por tantos títulos le pertenece? En verdad, no somos cristianos sino de nombre, si tales no son nuestras disposiciones. Hé aquí por qué afirmo, y ello es evidente para quien haya meditado las verdades que acabo de exponer, que todos los cristianos deben ser mártires, si no de hecho, al menos en espíritu y con todo el corazón.

Tan cierto es esto, que al no fueren mártires de Jesús, lo serán de Satanás. Escoged. Si vivís bajo la tiranía del pecado, seréis mártires de vuestro amor propio y de vuestras pasiones, y por tanto, mártires

del demonio. Mas, si anheláis ser mártires de Cristo, debéis procurar vivir en el espíritu del martirio.

Espíritu de martirio. Su naturaleza.

¿Qué es el espíritu del martirio? Es un espíritu que tiene cinco cualidades maravillosas.

1e - Es un espíritu de *fortaleza y constancia,* que no puede ser quebrantado ni vencido por promesas ni amenazas, por dulzuras ni por rigores, y que nada teme sino a Dios y al pecado.

2e - Es un espíritu de profundísima humildad, que odia la vanidad y la gloria mundana y que ama sólo los desprecios y humillaciones.

3e - Es un espíritu de *desconfianza* de sí mismo y de *confianza* firmísima en Jesús, Nuestro Señor, nuestra fortaleza, y en cuya virtud todo lo podemos.

4e - Es un espíritu de total desprendimiento del mundo y sus riquezas, puesto que los que han de sacrificarle su vida a Dios, deben inmolarle también lo demás.

5e - Es un espíritu de ardentísimo *amor* a Nuestro Señor Jesucristo que determina a quienes anima a hacerlo y soportarlo todo por el amor del que todo lo ha hecho y sufrido por ellos, y que, de tal suerte los abrasa y embriaga, que miran, buscan y desean por su amor las mortificaciones y padecimientos como su verdadera felicidad y huyen y detestan los placeres y delicias mundanas como el mismo infierno.

Hé aquí el espíritu del martirio. Rogad a Nuestro Señor, Rey de los Mártires, que os llene de ese espíritu y pedid a la Reina de los Mártires y a ellos mismos os obtengan por su intercesión poderosa es. te deseo de sufrir del Hijo de Dios. Venerad de modo muy especial a todos los Mártires y no dejéis de pedir a Dios por cuantos hayan de sufrir el martirio para que les otorgue su gracia y su espíritu de fortaleza

sin olvidar en vuestras oraciones especialmente a quienes en los tiempos del Anticristo habrán de sufrir persecuciones y tormentos en defensa de su fe y de sus convicciones religiosas.

Finalmente, procurad grabar en vosotros, imitándolos, una perfecta imagen de la vida de los santos Mártires, y lo que es más, de la vida del Rey y de la Reina de los Mártires, Jesús y María, para que os hagan dignos imitadores de su muerte.

Elevación a Jesús sobre el martirio

«¡Oh amabilísimo Jesús!, prosternados ante Vos, desde lo más profundo de nuestra nada, en unión de toda la humildad, devoción y amor del cielo y de la tierra, os adoramos, bendecimos y glorificamos como Primer y soberano Mártir de vuestro Padre Eterno y como Rey de todos los Mártires. Os adoramos y bendecimos en el martirio dolorosísimo que habéis sufrido en vuestra

Pasión y sobre la Cruz. Os honramos y veneramos en el martirio insufrible de vuestra santísima Madre al pie de vuestra cruz, en donde su alma santa fue traspasada por la espada del dolor y su corazón maternal tuvo que sufrir el mismo martirio que vuestro cuerpo sacrificado. Os alabamos también y os ensalzamos en los múltiples y diversos martirios de vuestros santos, que tantos y tan atroces tormentos soportaron por vuestro amor.

Mil y mil gracias os damos por la inmensa gloria que habéis tributado a vuestro Padre por las infinitas torturas y sufrimientos que habéis soportado en vuestra sacrosanta persona, en la de vuestra santísima Madre y en las de vuestros Santos con el martirio. Oh! cuánta felicidad experimentan nuestros corazones al ver la gloria infinita que habéis tributado a vuestro Padre por vuestros sufrimientos y por vuestra muerte y la que El os rinde a trueque de esos

mismos tormentos y muerte cruelísima sufrida por su amor y por el de nuestras, almas. ¡Oh!... cómo me consuela veros tan amado y glorificado por vuestros santos Mártires y el considerar a éstos tan glorificados y amados por Vos!

Oh Jesús! amor y fortaleza de los mártires, adoramos y bendecimos infinidad de veces todos los pensamientos, designios y amor infinito que desde toda la eternidad habéis tenido para con todos los Mártires que ha habido desde el principio en vuestra Iglesia y para con los que habrá hasta el fin de los tiempos. Bendito seáis por siempre, dulcísimo Jesús, por todas las gracias y maravillas que habéis obrado y habréis de obrar en ellos y por ellos! iOh amantísimo Jesús! ya no podéis sufrir ni morir y sin embargo deseáis grandemente sufrir y morir hasta el fin del mundo en vuestros miembros para glorificar a vuestro Padre por sus sufrimientos y por su muerte hasta la consumación de los siglos. Por doquiera buscáis en quien satisfacer este anhelo de vuestro corazón. Hé nos aquí, buen Jesús, hénos aquí a vuestro mandar: nos ofrecemos a Vos con todo nuestro corazón mil y mil veces a fin de que os dignéis serviros de nosotros para realizar vuestros designios. Aquí tenéis nuestro cuerpo con todos sus miembros dispuestos, mediante vuestra gracia, a sufrir toda clase de tormentos para que se colmen vuestros deseos y se aplaque la sed ardentísima que tenéis de sufrir y de morir en vuestros miembros por amor de vuestro Padre.

Oh adorabilísimo Jesús! ya que no nos habéis creado sino para vuestra gloria, haced que os glorifiquemos de la manera más perfecta que tenemos a la mano, cual es, sufriendo la muerte por vuestro honor.

iOh Jesús, único objeto de nuestro amor! nos mandáis amaros con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas. Es también éste, Señor, nuestro mayor deseo; por ello, anhelamos derramar toda nuestra sangre y sacrificar nuestra vida toda en aras de

vuestro amor. Pero es lo único que podemos hacer: experimentar anhelo tan santo; toca a Vos, Señor, cumplir nuestros deseos, dándonos la corona del martirio.

¡Oh dulcísimo Salvador!, puesto que os dignáis por un exceso admirable de bondad ser nuestra cabeza y hacer de nosotros los miembros de vuestro cuerpo, por esta misma bondad, disponed que vivamos la misma vida de nuestra cabeza y que tengamos su misma muerte. A ello nos habéis obligado al incorporarnos a Vos por el Santo Bautismo, admitiéndonos a hacer voto y promesa solemne de adherirnos estrechamente a Vos para seguiros siempre, y por tanto, para, a imitación vuestra, ser víctimas destinadas al sacrificio por vuestra gloria. Otorgadnos, pues, la gracia de cumplir perfectamente esta promesa y este voto el más santo, y solemne de nuestra vida. Haced que os sigamos

en la vida y en la muerte, y que seamos, como Vos, inmolados a vuestro amor y a la gloria de vuestro Padre.

¡Oh Amor de nuestras almas !. . . cuando os contemplamos en la Cruz, vemos vuestro cuerpo adorable todo cubierto de llagas, de sangre y de dolores desde los pies hasta la cabeza. Ay de mí! amado Salvador, os veo morir de muerte la más cruel y humillante que haber pueda, y, no satisfecho aún, os veo en calidad de víctima sobre nuestros altares, inmolándoos todos los días y todas las horas para testimoniarnos así que estáis todavía dispuesto a sufrir y a morir mil veces, si fuera necesario. Y todo ello, por amor del hombre, criatura despreciable e indigna, en grado sumo. ¡Ah! bondadosísimo Jesús... y nosotros, ¿qué os daremos en cambio? ¿qué podremos hacer?, ¿qué podremos sufrir por amor vuestro?

Demasiado poco, muy poco es no tener sino un cuerpo para sacrificarlo a Quien ha inmolado el suyo tan santo y tan digno por nosotros!. . Demasiado poco es no tener sino una vida para inmolarla a

Quien ha perdido la suya, tan excelsa, tan divina que uno solo de sus instantes vale infinitamente más que todas las vidas de los hombres y de los Ángeles reunidas. Demasiado poco es morir tan sólo una vez por Quien murió por amor nuestro y de una muerte infinitamente preciosa. Ay! carísimo Jesús... en verdad, si tuviéramos los cuerpos de todos los hombres que han existido, existen y existirán, con el mayor gusto, mediante vuestra gracia, los entregaríamos, por Vos, a toda suerte de tormentos. Y si tuviéramos la vida de todos los hombres y de todos los Ángeles, con muchísimo agrado os las ofreceríamos en sacrificio y holocausto a vuestro amor, a vuestra gloria. Oh! si fuera posible morir tantas veces por vuestro amor cuantos momentos tienen los siglos pasados, presente, y futuros de mil amores os haríamos tal sacrificio en aras de vuestro amor y de vuestra gloria... !

¡Oh amor, único amor de nuestros corazones! si al menos nos fuera dado ver nuestro cuerpo bañado en sangre y todo cubierto de llagas y dolores por vuestro amor, como visteis Vos el vuestro, por mi bien, qué de alabanzas y bendiciones os tributaríamos! Oh! bendito mil y mil veces el día en que colméis este anhelo íntimo de nuestras almas de ser hostias inmoladas sobre el ara santa de vuestro amor! Oh fuego! oh hogueras! Oh espadas! oh rueras torturadoras! oh patíbulos infamantes! oh cárceles! oh humillaciones, desprecios y oprobios! oh torturas, tormentos y sevicia de los hombres y de los demonios, de la tierra y del infierno!... lloved sobre nosotros con tal que siempre amemos a nuestro amabilísimo Jesús, y que lo amemos muriendo y que muramos amándolo, para amarlo y bendecirlo por siempre en toda la eternidad!...

Bien sabemos, Señor, que abandonados a nosotros mismos no sabríamos soportar la menor pena, pero confiamos en vuestra infinita bondad y en que, unidos a Vos, de todo seremos capaces.

Tampoco ignorarnos, Jesús, que somos absolutamente

indignos de tan grandes destinos, pero habiendo muerto Vos por nosotros, sois sobradamente merecedor de que nosotros muramos por Vos y suficiente bondad y poderío tenéis para hacernos dignos de tal favor.

Esto es, bondadosísimo Jesús, lo que con instancia y humildísimo ruego de Vos imploramos: otorgádnoslo por el amor ardentísimo que os ha hecho morir por nosotros sobre una cruz, por vuestra preciosa sangre, por vuestra muerte dolorosísima, por vuestro inmenso amor a María, Reina de los Mártires, por el que a todos éstos profesáis y por el que ellos con su sangre os demostraron, en

una palabra, hacedlo, Señor, por lo que más queráis en el cielo y en la tierra!... Hacednos dignos de esta insigne gracia, por vuestra infinita bondad, por vuestro propio amor y por la gloria de vuestro santo nombre. Dadnos, pues, si os place, desde ahora el espíritu del martirio, o sea, la gracia y las disposiciones requeridas para soportarlo. Hacednos fuertes y constantes para hacerlo y soportarlo todo valerosamente por vuestra gloria y para no temer en el mundo a nadie sino a Vos y a cuanto os ofenda y disguste. Que nunca nos apoyemos en nuestras propias fuerzas sino que pongamos nuestra confianza toda en Vos solo y en vuestra bondad infinita; que detestemos más que el infierno, la gloria, la vanidad, los placeres y las delicias del mundo y que finquemos toda nuestra dicha y felicidad en los desprecios, humillaciones, trabajos y penalidades de la vida; que vivamos en medio de un total olvido y perfecto desprendimiento, de nosotros mismos, del mundo y de todos sus bienes y sobre todo, que el fuego santo de vuestro amor de tal suerte nos inflame y abrase, que en adelante no aspiremos a ningún Otro amor y que de continuo nos consuma un deseo ardiente de amaros siempre más y más y de hacer y sufrir los mayores sacrificios por vuestro solo amor y que, en fin, nuestra vida toda se consuma

y aniquile en las llamas y divinos ardores de vuestro amor. Inculcad poderosamente en nosotros, oh buen Jesús!, el espíritu del martirio y en el corazón de los que desde la eternidad habéis escogido para asociarlos a vuestros santos Mártires y muy especialmente en el de aquellos que han de sufrir y morir por Vos en la última y más terrible persecución: la del Anticristo.

iOh Madre de Jesús, Reina de todos los Mártires! iOh Santos Mártires de Jesús! dignaos pedir al mismo Jesús se valga de nosotros para saciar su sed de sufrimiento y de martirio en nuestros cuerpos para su única gloria y por su solo amor.

Finalmente, oh amabilísimo Jesús! concedednos que en adelante vivamos imitando perfectamente vuestra vida santísima, la de vuestra Madre y la de vuestros untos Mártires para así asemejarnos a Vos y a ellos no sólo en la vida sino también en la muerte y merezcamos cantar con Vos y can ellos por toda la eternidad el dulcísimo canto de vuestra gloria y de vuestro divino amor.

CAPITULO V.

CONSUELOS Y PENAS ESPIRITUALES DE (A VIDA CRISTIANA

1 - De¡ buen uso o provecho de los consuelos espirituales

Dos estados diferentes caracterizan la vida del Hijo de Dios en la tierra: uno de consuelo y alegría y otro de aflicción y sufrimiento. Disfrutó la parte superior de su alma toda clase de delicias y goces divinos y la inferior Y su cuerpo humanado soportó las más variadas amarguras y tormentos. LO mismo acontece en la vida de sus servidores y miembros, que, siendo, como ya lo hemos visto, continuación e imitación de la suya, es una mezcla de alegrías y tristezas, de consuelos y aflicciones.

Ahora bien, el Hijo de Dios en ambos estados glorificó por igual a su Padre Eterno; debemos, pues, nosotros procurar hacer lo mismo que nuestro Jefe y Maestro, tributando a Dios en una y otra condición de ánimo toda la gloria que El espera de nosotros para poder exclamar con el santo Rey David: «Bendeciré y glorificaré al Señor en todo tiempo; por siempre cantarán mis labios sus alabanzas>: *Benedicam Dóminum in omni témpore; sémper láus ejus in ore méo.* Ps. XXXIII,2.

Hé aquí por qué vamos a señalar ahora cuanto es preciso hacer para permanecer fieles en el servicio de Dios y para glorificarlo tanto en la alegría como en la aflicción. En cuanto a los consuelos espirituales, quienes tratan de la materia nos aseguran que no debemos darles mayor importancia, por grandes que sean, ya espirituales y ya materiales, ni desearlos, ni pedirlos, cuando carecemos de ellos, ni, favorecidos

con ellos, temer ansiosos su pérdida, ni considerarnos superiores a los demás por tener ideas elevadas, luminosas percepciones, o sentimientos y afectos sensibles de devota ternura que nos hagan derramar lágrimas de amor a Dios, porque no estamos en este mundo para gozar sino para sufrir y la felicidad ha de ser en el Cielo la recompensa de cuantos en la tierra supieron rendir homenaje a las penas y sufrimientos del Hijo de Dios uniéndose de corazón en la amargura y aflicción a su Redentor Crucificado.

Sin embargo cuando a Dios place inundar nuestra alma de consuelos no hemos de rechazarlos o menospreciarlos con orgullosa presunción, sino que, vengan de donde vinieren, de Dios o de sus criaturas, es preciso servirnos santamente de tales gracias para la mayor gloria de Nuestro Señor.

1e- Tenernos que humillarnos profundamente ante Dios, reconociéndonos indignos en grado sumo de toda gracia y de todo consuelo y pensar que nos trata como a seres débiles e imperfectos, incapaces de tomar alimento sólido y por lo mismo nos nutre con la leche y la miel de sus consuelos y nos lleva en sus brazos para evitarnos tropiezos y caídas talvez de fatales consecuencias.

2e- No hay que permitir a nuestro amor propio refocilarse en estos goces y sentimientos espirituales, ni a nuestro espíritu sumergirse, reposar y complacerse en ellos, sino, por el contrario, elevándonos sobre nosotros mismos, volvernos a Dios, fuente de todo gozo y de todo consuelo, protestándole que no queremos otra dicha que no sea la suya propia, y que, mediante su gracia, estamos dispuestos a servirle eternamente tan sólo por su amor, desinteresadamente, sin buscar jamás consuelos y recompensas de ningún género .

3e- Es preciso deponer en manos de Nuestro Señor Jesucristo nuestros buenos pensamientos, deseos y consuelos, suplicándole se sirva de ellos para su major

gloria y tratando nosotros mismos de utilizarlos siempre con el mismo fin. Nos animaremos así a amarlo con más ardor, a servir más valerosa y fielmente a quien con tanta suavidad y amor nos trata a nosotros, merecedores mil veces de ser despojados de toda gracia y consuelo y de ser abandonados por El.

2 - Del uso santo de la aridez y aflicciones del espíritu

La vida entera de Jesucristo Nuestro Señor, nuestro Padre y cabeza, estuvo colmada de trabajos, amarguras y sufrimientos, tanto exteriores como interiores; no es, pues, justo ni razonable que sus hijos y miembros sigan sendas diferentes. Nos otorga una gracia inmensa, sin que tengamos derecho a quejarnos, cuando nos concede lo que para sí mismo escogió al hacernos dignos de beber con El el cáliz que de su Padre con amor tan grande recibiera y que El, con idéntico amor nos brinda con las penas y contrariedades de la existencia. Es esta la señal infalible de su amor de predilección para con nosotros y la prueba más segura de que los insignificantes servicios cine le hacemos le son agradables y dignos de su aprecio. Por esto San Pablo nos enseña que «los que piadosa y santamente quieren vivir en Jesucristo, han de sufrir persecuciones y amarguras»: *Omnes qui pie volunt vívere in Christo Jesu, persecutiónem patiéntur».* IIa Tim. 111,12. Y el ángel Rafael dice a Santo Tobías: «Porque eras grato a Dios, *fue preciso,* (notad bien sus palabras), que fueras probado con tentación y aflicciones»: *Quía accéptus eras Deo, necesse fúit ut tentatio probáret te».* Tob.X113. El Espíritu Santo, por boca del Eclesiástico, nos habla en los términos siguientes: «Hijo, si te acercares a servir al Señor Dios, prepara tu alma a la tentación. Gobierna tu corazón y muéstrate firme y no te apresures en tiempo de

invasión. Pégate a El y no te alejes, para que crezcas en los últimos momentos. Todo cuanto te aconteciere, recíbelo, y en las vicisitudes de tu humillación, ten paciencia. Porque en fuego se prueba el oro, y los hombres aceptos, en el horno de la humillación». Eccli. 11,1-6. Palabras divinas que nos enseñan que la verdadera piedad y devoción se caracterizan invariablemente por alguna prueba o sufrimiento, sea de parte del mundo o del demonio, sea de parte de Dios mismo, que aparenta a veces retirarse de las almas predilectas para probar y ejercitar su fidelidad.

No os engañéis, por consiguiente, imaginándoos que en el sendero del Señor no hay sino rosas y delicias. Hallaréis, y muy a menudo, espinas y penalidades; mas, suceda lo que sucediere, amad siempre a Nuestro Señor con fidelidad y su amor trocará en mieles las hieles de la vida y sus amarguras en dulzuras inefables. Mejor aún: tomad la firme resolución de fincar toda vuestra felicidad y contento en el peregrinaje de la existencia, en las cruces y penas, seguros de que así glorificaréis mejor a Dios y le testimoniaré¡s mejor vuestro amor, imitando a Jesús, vuestro Padre, esposo y cabeza, quien, mientras vivió entre nosotros, amó el sacrificio y el dolor y consideró el día de su pasión como el más feliz de su vida: «In díe laetitiae cordis ejus». Cant. 111,12.

Tal es el uso que debéis hacer de las aflicciones del cuerpo y del alma. No quiero, sin embargo hablaros ahora de las penas corporales y externas; pretendo, más bien, enseñaros a utilizar los sufrimientos espirituales e interiores, como la aridez, las tristezas y hastíos, los temores y turbaciones interiores, el aburrimiento de la vida espiritual y las demás penas que sufren a menudo las almas consagradas al servicio de Dios. Efectivamente, es de capital importancia saber servirnos de todo ello para permanecer fieles a Nuestro Señor. Para lograrlo, hé aquí algunos medios muy

apropiados:

1e) Adorad a Jesús en los sufrimientos, privaciones, abatimientos, turbaciones, tristezas y abandono que más de una ocasión experimentó su alma santísima, según estas palabras: «Repleta est malis ánima mea»: Llena de males está mi alma. Ps.LXXXVII, 4.; «Nunc ánima méa turbata est». Ahora se ha conturbado mi espíritu: «Tristis est ánima méa usque ad mortem»: Triste está mi alma hasta morir. Joan.XII, 27 y Math.XXI1,38. Adorad las disposiciones de su alma divina en estos momentos angustiosos y el buen uso que supo hacer de ellos para la gloria de su Padre. Entregáos a El para abundar en los mismos sentimientos e imitarlo en las horas dolorosas de la vida, ofreciéndoselas en honor de sus dolores infinitos. Suplicadle junte vuestras penas con las suyas, y así unidas, las bendiga y santifique, supliendo vuestras deficiencias.

2e) No perdáis vuestro tiempo en averiguar ansiosamente la causa de la situación en que os véis, ni en examinar vuestras faltas; humillaos, más bien, a su vista, y adorad lo, justicia divina, ofreciéndoos a Dios para soportar todas las penas que en castigo quiera enviaros, considerándoos indignos sobremanera de que esa misma Justicia soberana se digne pensar en vosotros para castigaros. Porque, reconocedio, cristianos, el menor de nuestros pecados bien merece que seamos totalmente abandonados por Dios. Y, cuando nos veamos en este estado de sequedad y de hastío por las cosas de Dios, en que apenas seamos capaces de pensar en El para orar, y ello con mil distracciones, recordad que somos infinitamente indignos de toda gracia y de cualquier consuelo; que mucho es que Nuestro Señor permita que aún la tierra nos pueda soportar y que miles de veces hemos merecido ser como los réprobos que por toda la eternidad no podrán abrigar sino blasfemos pensamientos de odio a Dios, Nuestro amable Salvador. Así hemos de humillarnos ante Dios en medio de la aridez espiritual.

Tales son los designios del Señor sobre nosotros y El espera que en manera alguna nos opongamos a ellos. Quiere que reconozcamos lo que somos, abandonados a nuestras propias fuerzas y que nos convenzamos de nuestra miseria, de nuestra nada. Así, al experimentar por su Divina Misericordia algún buen pensamiento o piadoso afecto, nuestro orgullo o insensata vanidad no se lo atribuirán como fruto de personales esfuerzos, meritoria vigilancia o decidida cooperación, sino que todo lo referiremos a Dios y a su infinita Bondad y pondremos siempre en El toda nuestra confianza.

3e) Cuidaos mucho de no afligiros y desalentaros; por el contrario, debéis alegraros por las siguientes razones:

1a) Alegraos de que Jesús sea siempre Jesús, es decir, siempre Dios, siempre grande y admirable, siempre glorioso, siempre feliz y dichoso, sin que nada pueda disminuir su felicidad y gozo soberano: «Scitóte quóniam Dóminus ipse est Deus»: *Sabed que* el *Señor es el mismo Dios. Ps.XCIX,3., y decid:* «Oh Jesús! bástame saber que eres siempre Jesús! i iOh Jesús! sed siempre Jesús y yo viviré siempre feliz, suceda lo que sucediere!»...

11a) Alegraos de que Jesús sea vuestro Dios y vuestro todo y de que pertenezcáis a un Señor tan bueno y amable, recordando las palabras del Profeta: «Beátus pópulus, cujus Dominus Déus ejus»: *Feliz la nación cuyo Señor es su Dios. Ps.* CXLIII,15.

111a) Alegraos con el pensamiento de que es entonces cuando con mayor pureza podéis servir a Nuestro Señor y manifestarle que le amáis tan sólo por su amor y con desinterés, sin tener en cuenta los celestes consuelos que antes os dispensaba. Y para probarle en efecto la verdad de estos sentimientos, procurad ejecutar todas vuestras acciones con la delicadeza y perfección posibles. Y

mientras mayor frialdad, pereza y debilidad sintáis con mayor confianza

y seguridad acudiréis a Quien es vuestra fuerza y vuestro todo, abandonándoos sin reserva a su querer y ofreciéndole a menudo vuestro espíritu y vuestro corazón atormentados. No dejéis entonces de hacerle repetidas protestas de vuestro amor, aun cuando no experimentéis en ello el acostumbrado fervor y el consuelo de otras veces; porque, ¿qué importa que seáis o no dichosos, si Jesús lo es? Ahora bien, a menudo cuanto hacemos en estado de aridez y desolación espiritual le agrada mucho más, con tal que procuremos ejecutarlo con ánimo de honrarlo, que lo que realizarnos con intenso fervor y sensible devoción, pues estos actos de ordinario están viciados de amor propio, mientras que los otros se caracterizan por su amor y desinterés.

Finalmente no os desalentéis por vuestras faltas y debilidades del momento, humillaos ante nuestro Señor, suplicadle las repare con su gran misericordia, confiad en El, pues ciertamente así lo hará; sobre todo conservada siempre una firme resolución y un ánimo decidido de servirle, pase lo que pasare, y de amarlo perfectamente, permaneciéndole fiel hasta el último suspiro, seguros de que, en su benignidad infinita os concederá esta gracia a pesar de todas vuestras infidelidades e ingratitudes.

LIBRO SEGUNDO

Las Virtudes Cristianas

CAPITULO I

LAS VIRTUDES CRISTIANAS EN GENERAL

Luego de haber echado en vuestra alma los Principales fundamentos de la vida y santidad cristiana, que son la fe, el odio al pecado, el desprecio del mundo, de sí mismo y de todos los bienes y la oración, es preciso además, si deseáis vivir cristiana y santamente, o mejor, si anheláis hacer vivir y reinar a Jesús en vosotros, ejercitaros cuidadosamente en la práctica de las virtudes cristiana que practicó Nuestro Señor Jesucristo durante su vida mortal. Dado que debernos continuar y completar la vida Santa de Jesús sobre la tierra, hemos también de continuar y completar las virtudes que El mismo en ella practicó. Por consiguiente, con tal fin, expondré algunas generalidades acerca de la excelencia de las virtudes cristianas y de la manera de practicarlas santamente, enumerando luego algunos detalles particulares de ciertas virtudes que más directamente atañen a la Perfección y santidad de la vida cristiana.

1 - Excelencia de las virtudes cristianas

Muchos aprecian la virtud, la desean, la buscan y ponen gran empeño en adquirirla y sin embargo raros son los que verdaderas y sólidas virtudes cristianas demuestran en su vida. Una de las principales razones de su fracaso estriba en que no buscan la virtud con espíritu cristiano sino con una mentalidad

de filosofía pagana, herética o de marcada tendencia política. En otras palabras, no persiguen la virtud según el espíritu de Jesucristo y de la gracia divina que con su sangre nos adquirió sino más bien guiados por la naturaleza y la humana razón.

¿Queréis ver la diferencia que hay entre estos dos espíritus en cuanto se relacionan con la práctica de la virtud? Prestadme atención.

1e) Quienes buscan la virtud a la manera de los filósofos paganos, de los herejes o de los políticos, la consideran simplemente con los ojos de la razón humana, estimándola como una cosa excelente, muy puesta en razón y necesaria a la perfección del hombre para diferenciarlo de los irracionales que se gobiernan tan sólo por los sentidos, y movidos por estas consideraciones más humanas que cristianas, se animan a desearla y adquirirla.

2e) Imaginan los tales que podrán lograrla por su propio esfuerzo, empleando en dicha labor cuidados y minuciosa vigilancia sobre sí mismos, consideraciones, propósitos y prácticas de invención personal. Engañase miserablemente por no considerar que sin la gracia divina nos es absolutamente imposible ejecutar el menor acto de virtud cristiana.

3e) Aman la virtud y se esfuerzan por obtener. la no tanto por Dios y por su gloria sino más bien por sí mismos, por su propio mérito, interés y satisfacción y para volverse más perfectos y cumplidos, pues as! era como los paganos, herejes y políticos anhelaban la virtud; los demonios mismos, no de otra manera la desean, ya que, llenos de orgullo, ambicionan cuanto pueda hacerlos sobresalir, y, como la virtud es una cosa muy noble y en extremo excelente, querrían poseerla, no

para ser más gratos a los ojos de Dios, sino por espíritu de soberbia y por amor de su propia superación.

No ocurre lo mismo a quienes se guían por el

espíritu y la gracia de Jesucristo en el ejercicio de la virtud:

1- La consideran no tan sólo en sí misma, sino en su principio y fuente, Jesús, de quien se deriva toda gracia y que contiene en grado soberano toda clase de virtudes. Pues todo cuanto hay en Jesús es santo, divino y adorable, y, por consiguiente, en El la virtud se santifica y deifica hasta el punto de hacerse merecedora de honores y adoraciones infinitas. Hé aquí por qué, si consideramos la virtud en Jesucristo, tal consideración nos obligará a estimarla, amarla y buscarla con más decidido empeño que si la consideráramos únicamente en su excelencia intrínseca y de acuerdo con los dictados del espíritu y de la razón natural.

2- Quienes en la práctica de las virtudes se gobiernan por un espíritu cristiano, de sobra comprenden la incapacidad absoluta en que están de producir por sí solos el más insignificante acto de virtud y que, de consiguiente, si Dios los dejara de su mano por un instante siquiera, caerían al punto en el abismo de todos los vicios y que, siendo la virtud un don de la Divina Misericordia, es preciso de ella impetrarlo con repetidas y confiadas oraciones. Por ello, de continuo están pidiendo a Dios con instancia admirable las virtudes de que carecen sin jamás fatigarse de hacerlo y sin omitir de su parte la vigilancia, el cuida, do y el esfuerzo de que son capaces para ejercitarse en la virtud. Guárdanse, con todo, de fiarse de sus esfuerzos, prudente vigilancia y ejercicios como tampoco de sus buenos deseos, propósitos y oraciones personales encaminados a alcanzar la virtud, para esperarlo todo de la bondad infinita de Nuestro Señor, sin inquietarse por el aparente fracaso de todos estos medios para lograrla. En vez de turbarse y desanimarse por ello, permanecen tranquilos y humildes ante Dios, reconociendo su propia miseria y abyección, atribuyendo a sus muchas faltas y debilidades

su imperfección y confesando sinceramente que si Dios los tratara según sus méritos, no sólo no les otorgaría jamás gracia alguna sino que los privaría de las anteriormente acordadas y que gran beneficio de su bondad es el que hasta el presente los haya soportado en su divino acatamiento. Consideraciones son éstas que en sus corazones reavivan el fuego del amor de Dios y fortalecen la confianza en la bondad infinita del Creador, reanimando en sus almas el deseo de adquirir todas las virtudes necesarias para servir y glorificar mejor a su Señor.

3- Anhelan la virtud y se esfuerzan en practicarla con frecuentes actos internos y externos de amor a Dios, de caridad para con el prójimo, de paciencia, de obediencia, de humildad, de mortificación y de las demás virtudes cristianas, no para sí mismos ni en su provecho o personal interés, buscando la satisfacción o recompensa de sus buenos deseos y fructuosos esfuerzos, sino para servicio de Dios y de su gloria, para asemejarse a su cabeza Jesucristo, para glorificarlo y paya continuar el ejercicio de las virtudes que en la tierra El practicó; tal es la verdadera esencia de la virtud cristiana.

Efectivamente, si la vida del cristiano no es sino una prolongación de la de Jesucristo, las virtudes cristianas no pueden ser sino la continuación y cabal desenvolvimiento de las de Jesús; y para practicarlas cristianamente hay que hacerlo guiados por el mismo espíritu, motivos e intenciones que informaron la vida toda de Cristo entre nosotros. Así, pues, la humildad cristiana es una prolongación de la humildad de Jesucristo, la caridad cristiana una continuación de la caridad de

Jesucristo y lo propio sucede con todas las virtudes restantes.

Juzgad, pues, ahora cómo sobrepujan las virtudes cristianas en excelencia y santidad a las llamadas virtudes morales que en realidad son las de los paganos, herejes y católicos de nombre. Estas tales

virtudes morales no son más que virtudes humanas y naturales, virtudes de relumbrón o de simple apariencia, sin fondo ni solidez alguna, ya que se apoyan sobre la fragilidad del espíritu y de la razón humana, sobre la movediza arena del amor propio y de la vanidad. Pero las virtudes cristianas son verdaderas y sólidas virtudes, divinas y sobrenaturales; en una palabra son las mismas virtudes de Jesucristo de que hemos de revestir y adornar nuestras almas, virtudes que El comunica a quienes están unidos con El, a quienes con humildad y confianza se las piden y procuran practicarlas pomo El las practicó.

2 - Manera de ejercitar las virtudes cristianas y de reparar las humanas deficiencias en su práctica cuotidiano

De cuanto hemos dicho podéis deducir con cuánta santidad tenemos que practicar las virtudes cristianas, puesto que en ello hemos de imitar a Jesucristo. Por lo tanto, si deseáis avanzar en la perfección de una virtud cualquiera:

1e) *Adoradla* en Nuestro Señor y considerad cómo sobresalió El en su práctica y a qué grado de perfección la elevó en persona durante su vida mortal.

2e) *Humillaos* ante El, al veros tan distantes de esta perfección, pidiéndole perdón por todas las deficiencias que hayáis podido cometer en la práctica de dicha virtud, reconociendo que, por vuestras propias fuerzas, sois totalmente incapaces de practicar el menor acto de ella, y que sois en extremo indignos de que os otorgue tal gracia. Suplicadle, con todo, os conceda el favor de practicar esta virtud a la primera oportunidad que para ello se os ofrezca.

3e) *Entregaos* a menudo a Jesús, con un gran deseo de practicar esta virtud con la perfección que El espera de vosotros, y rogadle destruya en vuestro ser cuanto se oponga a ella, imprimiéndola y grabándola en vuestras almas para su mayor gloria.

4e) Procurad practicar actualmente esta virtud

por medio de actos *exteriores e interiores, u*niéndoos a las disposiciones e intenciones con que Jesús mismo la practicó.

5e) Al cometer una falta cualquiera contra esta virtud, no os turbéis ni os *desaniméis,* antes, por el contrario, humillaos ante Dios, pedidle perdón y ofreced en satisfacción todo el honor que su Hijo amadísimo y su Santísima Madre le tributaron con la práctica de tal virtud. Una vez más *entregaos a Jesús,* con crecientes ansias de serle fiel en el futuro en la práctica de esta virtud y suplicadle que por su infinita misericordia se digne suplir vuestra deficiencia y concederos la gracia de en próxima ocasión practicarla con mayor esmero y perfección.

3 - Aplicación del método anterior a la dulzura y humildad de corazón

Para facilitar más y generalizar en la práctica de todas las virtudes el anterior sistema, me permito ahora aplicarlo a una virtud en particular para que vosotros lo hagáis con todas las demás. Tomemos, por ejemplo, la dulzura y humildad de corazón tan recomendada por el dulce y humildísimo Jesús. Si deseáis informar vuestra vida espiritual en estas dos divinas virtudes, emplead diariamente algunos momentos para prosternaros ante Jesús y excitar en vosotros los sentimientos y afectos que contiene la siguiente oración:

«Oh dulcísimo y humildísimo Jesús! adoro vuestra dulzura y humildad sacrosanta y os glorifico en todos los actos interiores y exteriores que de estas virtudes practicasteis. Ah! Señor, cuán admirable sois en éstas como en todas las virtudes que os dignasteis enseñar a los mortales! Al considerar el curso de vuestra existencia toda, os veo, mi adorable Jesús, en un perenne ejercicio y en una constante disposición espiritual de dulzura y humildad en pensamientos, palabras, acciones y penas. i Cuánta gloria habéis tributado a vuestro

Padre con la práctica de estas dos virtudes, y cuánta, a su vez, os ha rendido El al exaltaros hasta su diestra en compensación de las humillaciones y abatimientos que soportasteis por su gloria y por nuestro amor en este mundo!... Por siempre sea bendecido el Eterno Padre, y sedlo Vos, también, i oh buen Jesús!, El, por haberos glorificado tanto a causa de vuestras humillaciones, y Vos, por haberlo honrado tanto con la práctica de vuestra dulzura y humildad! i iOh Jesús!, Vos sois mi Cabeza y yo soy uno de vuestros miembros; Vos sois mi Padre y yo soy uno de vuestros hijos; Vos sois mi Maestro y Doctor y yo soy uno de vuestros discípulos; debo, por consiguiente, seguiros, imitaros y, en cuanto de mí dependa, asemejarme a Vos en éstas como en todas las demás virtudes. ¡Y sin embargo, cuán lejos estoy de ello!, antes bien: ¡cuán lleno de orgullo y de vanidad estoy! ¡Cuánta aspereza y cuánta impaciencia me dominan! «Cuántas faltas y flaquezas hay en mi vida toda contra la dulzura y la humildad en pensamientos, palabras, acciones y sentimientos!. . . ¡Perdón! Salvador mío, perdón!, Señor. Ansío imitaros de hoy en adelante en vuestra dulzura y en vuestra humildad admirable; mas, ¡ay! reconozco que por mi mismo soy incapaz del menor acto de virtud e indigno de que me concedáis tal gracia, y, con todo, humildemente os la pido fía, do de vuestra gran misericordia.

iOh Jesús!, os adoro en el acto de pronunciar esas divinas palabras: «Díscite a Me, quia mitis sum et húmilis corde, et inveniétis requiem animábus vestris»: *Aprended de mí, pues soy* manso *y humilde de* corazón y hallaréis *el* reposo de vuestras almas. Mat, XI,29. Adoro los pensamientos y amorosos designios que sobre mi persona tuvisteis al pronunciarlas, pues, ciertamente al hacerlo en mi estabais pensando, bondadoso Jesús, con particular predilección anhelando que yo os imitara. i iOh amabilísimo Jesús me entrego totalmente a Vos para satisfacer ese deseo de vuestro

corazón dando cabal cumplimiento a vuestros designios sobre mi! No permitáis que de hoy en adelante te en forma alguna me oponga a ellos; destruíd en mí cuanto sea contrario a la dulzura y a la humildad, y por vuestro mismo amor estableced y acrecentad en mi esas dos virtudes predilectas de vuestro Corazón».

Al presentarse una ocasión cualquiera de practicar la dulzura y la humildad, elevad el corazón a Jesús, diciéndole: «Oh Jesús, a Vos me entrego para practicar ahora la dulzura, la paciencia y la humildad en honor de vuestra humildad, paciencia y dulzura y al hacerlo, me uno a las disposiciones e intenciones con que Vos mismo practicasteis estas virtudes».

Al incurrir en alguna falta contra tales virtudes, procurad repararla cuanto antes, prosternándoos a los pies del Hijo de Dios para decirle: «¡Oh misericordiosísimo Jesús! os pido perdón desde el fondo de mi corazón por la ofensa que acabo de irrogar a vuestra Divina Majestad. i Oh Padre de Jesús!, yo os ofrezco todo el honor que vuestro Hijo amadísimo y su santísima Madre os tributaron con la práctica de su dulzura y humildad, en satisfacción de la ofensa que yo os he causado con mi pecado contra esta doble virtud. iOh Jesús! iOh Madre de Jesús!, dignaos suplir mi deficiencia, ofreciendo Vosotros mismos vuestra dulzura y humildad al Eterno Padre, en reparación de mi orgullo e impaciencia. iOh buen Jesús!, una vez más me doy a Vos con el más vivo deseo de ser en lo futuro más dulce y humilde; aniquilad en mí el orgullo y la impaciencia y otorgadme la gracia, en interés de vuestra mayor gloria y satisfacción, de ser fiel en adelante a la práctica de la dulzura y de la humildad de corazón».

Estas mismas normas podéis aplicar a la caridad, a la obediencia y a todas las demás virtudes con gran provecho espiritual.

CAPITULO II

VIRTUDES PRINCIPALES DE LA VIDA CRISTIANA

SECCIÓN PRIMERA

1 - Dignidad, importancia y necesidad de la humildad cristiana

Si tenéis un verdadero y perfecto propósito de vivir cristiana y santamente, una de vuestras principales preocupaciones ha de ser la de adquirir de inmediato la humildad cristiana, pues no hay virtud más necesaria e importante. Esta es la virtud que Nuestro Señor nos recomienda con mayor insistencia con estas divinas y amables palabras que debernos con amor y respeto meditar interiormente y a menudo repetir: «Aprended de Mí, pues soy dulce y humilde de corazón, y hallaréis así el descanso para vuestras almas» *Díscite a Me quia mitis sum et húmilis et inveniétis réquiem animabus vestris.*

Es esta la virtud que San Pablo considera como la virtud por excelencia de Jesucristo. Es la virtud propia y característica de los cristianos, sin la cual es imposible merecer tan noble título. Es ella el fundamento de la vida y de la santidad cristiana; ella es la guardiana de todas las demás gracias y virtudes. Ella es la que derrama toda suerte de bendiciones sobre nuestras almas, puesto que sólo en las almas humildes el divino y humildísimo Jesús finca su reposo y felicidad, según estas palabras: «A éste es al que Yo miro: al humilde y abatido de espíritu, y a aquél que tiembla a mi palabra» *Ad quem respiciam, nisi ad paupérculum, et contrítum spíritu, et trementem sermónes méos?* Isaías, LXVIo,2.

Es ésta la virtud que, unida al amor sagrado, forma

los santos y los grandes santos, pues la verdadera medida de la santidad es la humildad. Dadme un alma que sea verdaderamente humilde, y yo os diré que es santa de verdad; si es inmensamente humilde, será santa sin medida; si es en grado sumo humilde, tendrá que ser también santa en sumo grado, y me atrevería a afirmar que está adornada de todas las demás virtudes y que Dios, inmensamente glorificado en ella, se complace en habitar en ella, como en un paraíso de delicias, y que la glorificará y ensalzará en el Reino de los cielos sobre toda ponderación, según su divina promesa: «El que se humillare, será exaltado: *Qui se humiliaverit, exaltábitur»* Math. XXIII, 12. En cambio, un alma sin humildad, carece de virtud, es un infierno, es la morada de los demonios y un abismo de todos los vicios.

Finalmente, puédese decir, sin exageración, que la humildad es la madre de Jesús, ya que debido a ella, la Santísima Virgen mereció llevarlo en su seno; por esta virtud, igualmente nosotros mereceremos formarlo en nuestras almas y hacerlo vivir y reinar en nuestros corazones. Hé aquí por qué hemos de amar, apetecer y buscar esta santa virtud durante toda nuestra vida. Dada su real importancia, me extenderé un poco más sobre este tema de palpitante interés.

2 - Humildad de espíritu

Hay dos clases de humildad: la de espíritu y la de corazón; unidas una y otra constituyen la perfección de la humildad cristiana.

La humildad de espíritu es un conocimiento profundo de lo que en realidad somos a los ojos de Dios. Porque, para conocernos perfectamente, es preciso mirarnos no según lo que aparentamos ante el juicio engañoso de los hombres, o a la luz de la vanidad y presunción

de nuestro espíritu, sino según lo que realmente somos ante Dios, y, por lo tanto hemos de considerarnos a la luz de la divina Verdad, por medio de la fe.

Pues bien, si nos considerarnos al resplandor de esta celeste luz y con estos divinos ojos, veremos:

1e) Que en cuanto hombres, no somos sino tierra, polvo, corrupción y nada; que nada tenemos, nade podemos y nada somos, pues ¡a creatura extraída de la nada, nada es, nada tiene y nada puede por si misma.

2e) Que, hijos de Adán y pecadores, nacimos en el pecado original, enemigos de Dios, esclavos del demonio, objeto de la abominación del cielo y de la tierra, incapaces de todo bien y capaces de todo mal, abandonados a nuestras propias fuerzas; que no nos queda otro camino de salvación sino el de renunciar a Adán y a cuanto de él heredarnos, a nosotros mismos, a nuestro propio parecer, a nuestras débiles fuerzas para entregarnos a Jesucristo y entrar por la senda de su espíritu y virtud. Cuán ciertas son éstas sus divinas palabras: «No podréis libertaros de la servidumbre del pecado, si Yo no os liberto; sin Mí, nada podéis hacer; y después de que hayáis ejecutado cualquier acción, podéis y debéis decir con toda verdad que no sois sino siervos inútiles» *Si ergo vos Filius liberáverit, vere líberi éritis. .. Sine Me, nihil potéstis fácere . . . Quum fecéritis ómnia quae praecepta sunt vobis, dícite: servi inútiles sumus, quod debú¡mus fdcere, fécimus.* Joan.VIII,36 y XV,5.Luc.XVII,10. Y estas otras de San Pablo: «No que por nosotros mismos seamos capaces de discurrir algo como de nosotros mismos, sino que nuestra capacidad nos viene de *Dios» Non quod suficientes simus cogitare áliquid a nobis, quasi ex nobis, sed sufficientia nostra ex Deo est*. IIa Cor.III,5. Y «no sabríamos pronunciar el santo nombre de Jesús sin la asistencia de su Espíritu» *Nemo potest dícere Dóminus JESÚS, nisi in Spíritu*

Sancto. Todo lo cual se explica debido a que la creatura en realidad nada es y nada puede, como también por causa del pecado al que estamos sometidos por la herencia de Adán, nuestro primer padre. Indudablemente él nos engendró a la vida, pero en su condenación, él nos dio la naturaleza y la existencia, pero bajo el poder y cautiverio del pecado, consecuencia de su propia falta. Así pues, siendo él mismo esclavo, mal podía engendrarnos libres y trasmitirnos la gracia y la amistad divina que tan tristemente perdiera. De suerte que, por un justísimo juicio de Dios, nosotros todos soportamos ese yugo de iniquidad que la Escritura llama, reino de la muerte, *«Regndvit mors ab Adam usque ad Moysen... Unius delicto, mors regnávit».* Por culpa de uno solo reinó la muerte y reinó desde Adán hasta Moisés. Rom.V,15 y 17. No podemos, en consecuencia realizar obra alguna de libertad y de vida verdadera, con la libertad de los hijos de Dios, sino obras de muerte y oprobiosa servidumbre, carentes de la gracia, justicia y santidad de Dios. iOh, cuán grande es nuestra miseria y nuestra indignidad! puesto que ha sido necesario que el Hijo de Dios nos comprara a costa de su sangre el más mínimo designio de servir a Dios y, sin exagerar pudiéramos decir que hasta la licencia de comparecer ante El.

Aún más, si nos examinamos con los resplandores de la luz divina, tendremos que convenir en que como hijos de Adán, y de consiguiente, pecadores, no merecemos el ser ni la vida, ni que la tierra nos soporte, ni que Dios se ocupe de nosotros ni siquiera para juzgar nuestras iniquidades. Este es el

motivo para que, lleno de asombro, el santo Job exclame ante tal misterio: «Et dignum ducis super hujuscémodi aperíre óculos túos; et addúcere éum técum in judícium!» Y te dignas, Señor, mirar tan despreciable criatura y hacerlo comparecer ante tu tribunal! Job. XIV,3. Gracia inmensa es de su parte el soportar nuestra presencia y el permitir que la tierra no se abra

debajo de nuestros pies, porque, sin un milagro de su bondad tal debería ser nuestra suerte: todo, lógicamente, debería unirse para nuestra ruina y perdición. Propio es, en efecto, del pecado que, al apartarnos de la obediencia de Dios, nos. priva de todos nuestros derechos, y, por lo tanto, el ser, la vida, el alma y el cuerpo, con todas sus facultades, ya dejan de pertenecernos; el sol no nos debe ya su luz, mi los astros su benéfica influencia, ni la tierra el sostén, ni el aire la respiración, ni sus frutos las plantas, ni su servicio los animales; todas las criaturas, en cambio deberían confabularse contra nosotros con todos sus fuerzas, ya que nosotros hemos empleado las nuestras contra Dios, para vengar las injurias que hemos cometido contra su Creador, y la terrible venganza que de nosotros tomará al fin de los tiempos la creación entera, a diario y desde ahora, debiera ejecutarse a cada nueva ofensa que hagamos a su Señor. En castigo de un solo pecado nuestro, Dios podría con sobrada justicia despojarnos del ser, de la vida y de cuantas gracias espirituales y corporales nos ha concedido, después de infringirnos toda clase de tormentos. Es lo que merecemos.

Así, pues, en cuanto hombres, en cuanto pecadores, no somos sino demonios en carne humana, Lucieres y Anticristos, porque nada hay en nosotros que no se oponga a Jesucristo; por el pecado, llevamos dentro de nosotros al demonio, a Lucifer, al Anticristo en nuestra voluntad propia y en nuestro propio orgullo Y empecinada maldad. Porque, cuanto de perversidad y de malicia alienta en los demonios, en Lucifer y en el Anticristo, de su voluntad y orgullo personal procede. Abandonados de la mano de Dios, no somos sino un infierno de horrores, maldiciones, pecados y abominaciones; llevamos dentro de nosotros mismos el germen de todos los crímenes de la tierra y del infierno, Puesto que la corrupción, heredada con el pecado original, es raíz y fuente de todo pecado,

según palabras del Profeta-Rey: «Ecce énim, in ¡niquitátibus concéptus sum, et in peccátis concépit me máter méa» *Pues, hé aquí, que he sido concebido en la iniquidad, y en pecado* me concibió mi madre. Ps. L,7. Por tanto, si Dios no nos tuviera siempre de su mano poderosa y no realizara un como milagro perpetuo de su amor misericordioso para librarnos de caer en el pecado, nos arrojaríamos constantemente en un abismo insondable de crímenes. En fin, somos de tal suerte odiosos y horribles que si nos pudiéramos ver como nos ve Dios, no seríamos capaces de soportarnos a nosotros mismos, horrorizados de nuestra propia vileza. Leemos de cierta santa que, habiendo pedido a Dios el conocimiento pleno de sí misma, al verse tal cual en realidad era, experimentó tal espanto que gritó: «Señor!, por favor, no más, que desfallezco!» Y el Beato Padre Avila nos refiere que conoció a alguien que se atrevió a pedir la misma gracia a Nuestro Señor, y se vio tan deforme y abominable que exclamó, poseído de espanto: «Ah!, no, Señor, os suplico por vuestra infinita misericordia que apartéis ya de mis ojos tan espantosa visión; ya no me interesa ver mi propia imagen». Y, después de todo esto, estimarnos en algo y pensar que somos algo y que algo merecemos! Y, después de esto, amar la grandeza y buscar anhelosos la vanidad y complacernos en la estima y alabanza de los hombres! . . i Oh! qué raro y extraño es el ver creaturas tan infelices y despreciables como nosotros pretender levantarse y enorgullecerse! ¡Oh!, con cuánta razón el Espíritu Santo nos asegura en el Eclesiástico que «aborrece y abomina al pobre orgulloso» Tres spécies odivit ánima méa, et ággravor *valde ánimae* illórum: páuperem supérbum, divitem *mendacem, sénem fatuum et insensátum*». Eccli. XXV.3-4. Porque si el orgullo es intolerable en un individuo cualquiera, ¿qué decir de aquel a quien una extrema pobreza debería mantener en suma humildad? Y, sin embargo es un vicio común a todos los

humanos. Por elevada que parezca ser su posición ante los hombres, aún el más noble lleva el estigma de su infamia, la marca vil del pecado, que debiera mantenernos a todos en profundo abatimiento ante Dios y ante todo lo creado, y, no obstante, i oh desgracia deplorable!, mientras el pecado nos infama y envilece, no queremos reconocer nuestra miseria, con un orgullo semejante al de Satanás, que siendo el más vil esclavo del pecado, se yergue paria gritar por toda la eternidad: «No obedeceré!... *Non sérviam!...* Esto es lo que particularmente provoca el horror y el odio de la Divina Majestad hacia el orgullo y la insensata vanidad: conociendo nuestra bajeza e indignidad, tiene que ver cómo un ser tan vil y despreciable se engríe y trata de elevarse. Esto es algo inaudito e intolerable, para quien como El, no puede olvidar los abatimientos y extremos de humillación a que sometió su Divina Majestad y su excelsa grandeza para redimir nuestro orgullo culpable. Y, con todo, el hombre pecador quiere subir, quiere anteponerse a todo el mundo, orgulloso y engreído a pesar de su miseria y de su nada.

Por consiguiente, si deseáis agradar a Dios y servirle con perfección, poned todo vuestro empeño en la adquisición de esta ciencia divina del conocimiento de vosotros mismos, grabad profundamente estas verdades en vuestro espíritu meditando en ellas a menudo ante Dios y suplicando a diario a Nuestro Señor que las imprima El en persona en vuestra alma.

Notad, empero, que si como hombres, como hijos del pecador Adán, sois tales cual acabo de informaros, con todo, en vuestra condición de hijos de Dios y miembros de Jesucristo, si os conserváis en su gracia, Poseéis un ser y una vida nobilísima y sublime, sois dueños de un tesoro infinitamente rico y precioso; y, así como la humildad de espíritu debe inclinaros a reconocer lo que sois como hijos de Adán y de vuestras propias fuerzas, no ha de encubriros lo que en Jesucristo

y por Jesucristo habéis llegado a ser, tampoco ha de induciros a ignorar o desconocer las gracias que Dios ha derramado sobre vosotros por medio de su Hijo, sino, antes bien, ha de moveros, a reconocen humildemente que cuanto de bueno y apreciable hay en vosotros, de El, y sólo de El procede, sin merecimiento alguno de parte vuestra. Tal es la verdadera humildad de espíritu, y tal ha de ser la vuestra.

3 - De la Humildad de corazón

No basta tener la humildad de espíritu, que nos enseña nuestra miseria e indignidad, sin la humildad de corazón, no seria sino una humildad diabólica. Los demonios, que no tienen la humildad de corazón, poseen la de espíritu, pues no ignoran su indignidad y la maldición que sobre ellos pesa. Por esto tenernos que aprender de Jesús, nuestro divino Maestro, a ser humildes, no sólo de espíritu, sino, más aún, de corazón.

Ahora bien, la humildad de corazón estriba en el amor a nuestra propia bajeza y abyección y consiste en sentirnos felices de ser pequeños, abyectos y despreciables y en tratarnos como tales, alegrándonos de que en la misma forma nos consideren y traten los demás, sin pretender jamás excusarnos o justificar nuestra conducta, sin grave necesidad. Humilde de corazón será el que nunca se queja de nadie, pues tiene siempre presente esta gran verdad: llevamos dentro la fuente de todo mal, y, por tanto, somos dignos de toda censura y de los mayores desprecios. Humilde de corazón será el que ama y abraza con toda su alma los desprecios, las humillaciones, los oprobios y cuanto pueda abatirnos. Y esto, por dos razones:

1e) Porque toda suerte de desprecios y humillaciones merecemos, ya que todas las criaturas

tendrían el derecho de perseguirnos y pisotearnos, si valiera

la pena que de tal cosa se preocuparan, vista nuestra insignificancia.

2e) Porque debemos amar lo que el Hijo de Dios amó tanto y fincar toda nuestra felicidad en la tierra en lo que constituyó el objeto de todos sus amores en el mundo, a saber, en los desprecios y en las humillaciones que llenaron su vida, para, en tal forma, glorificar mejor a su Padre.

Por otra parte, la humildad del corazón consiste no sólo en amar las humillaciones, sino también en odiar con toda el alma la grandeza y la vanidad, según el divino oráculo de Nuestro Señor: «Lo que ante los hombres es grande, odioso es ante Dios» *Quodhomínibus altum est, abominatio est ante Deum.* Luc. XVI,15.

Y repito: debemos odiar toda grandeza, pues no hasta despreciar las grandezas temporales y odiar la vanidad del aprecio y de las humanas alabanzas, sino que hemos de experimentar mayor repulsión por la vanidad que pudiera derivarse de lo espiritual hasta temer y huir cuanto maraville y pueda parecer extraordinario ante los demás en los ejercicios de piedad, como las visiones, los éxtasis, las revelaciones y el dón de hacer milagros y cosas portentosas. Y no sólo no debemos desear ni pedir a Dios tales gracias extraordinarias, sino que, si el alma reconociere que Nuestro Señor le brinda alguno de dichos favores preternaturales, debería entonces abismarse en el fondo de su nada, juzgándose indigna en absoluto de semejantes gracias, y pedirle, en vez de tal beneficio demasiado llamativo, otra manifestación de su bondad menos deslumbrante y más conforme con la vida oculta Y menospreciada de Jesús en la tierra.

Porque, si en su excesiva bondad Nuestro Señor se complace en colmarnos de gracias ordinarias y extraordinarias, también es cierto que más se deleita al ver que por un sentimiento sincero de nuestra indignidad y por el deseo de asemejarnos más a El en la

práctica de la humildad, huimos de cuanto es grande a los ojos de los hombres. Y quien no tuviere estas ideas y sentimientos estará muy expuesto a engaños e ilusiones del espíritu de vanidad.

Conviene, sin embargo, anotar que hablo de cosas extraordinarias y en modo alguno de las acciones comunes y corrientes en los verdaderos siervos de Dios, como de la comunión frecuente, de la oración de la mañana y de la noche con que rendimos al Señor nuestros homenajes de natural sujeción, del acto de acompañar a la Divina Majestad en su visita a los enfermos, de la mortificación de la carne por el ayuno. la disciplina o cualquier otra penitencia, del rezo del santo rosario, de la oración en el templo, en la casa o en cualquier parte, de la caridad para con los pobres y de la visita de consuelo a los encarcelados, o, en suma de cualquiera otra obra de misericordia... Debéis, en efecto, precaveros de que al querer omitir tales actos so pretexto de falsa humildad, no los descuidéis en realidad, por cobardía y dejadez. Si el respeto humano o el temor al qué dirán de los mundanos se oponen al cumplimiento de vuestros deberes para con Dios, es preciso vencer tales prejuicios, recordando que no debéis avergonzaros sino por el contrario, enorgulleceros de ser cristiano, de vivir y obrar como tal y de servir y glorificar a vuestro Dios ante los hombres y a la faz de todo el universo... Por lo tanto, si el temor de la vanidad y la apariencia engañosa de una fingida humildad, os inducen a apartaros del verdadero servicio de Dios, habréis de rechazar tales ideas, protestando ante Nuestro Señor que no queréis ejecutar nada que no sea para su gloria única y exclusivamente, y considerando que todas estas obras son tan comunes y naturales a los verdaderos servidores de Dios y deberían ser tan corrientes entre todos los cristianos, que en verdad no pueden dar pie a la vanidad y al engreimiento actos que son en la vida del cristiano,

obligada consecuencia de su condición de discipulos de Cristo y seguidores de su doctrina maravillosa.

Bien sé que Nuestro Señor Jesucristo nos enseña a ayunar, a dar limosna y a orar en secreto; pero el gran San Gregorio declara que esto se aplica no al acto, sino a la intención. (Cfr. P. 138... nota ad calcem.). No quiere Nuestro Señor que omitamos tales actos u otros semejantes en público o ante los hombres, ya que en Otro lugar nos dice: «Sic lúceat lux vestra coram homínibus ut vídeant ópera vestra bona, et glorífícent Patrem vestrum qui in coelis est». Math. V.16: Brille así vuestra luz ante los hombres, de suerte que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos». El desea, pues, que nuestra intención sea secreta y oculta, esto es, que en nuestras acciones exteriores y públicas tengamos interiormente la intención de ejecutarlas, no para agradar a los hombres o buscar sus alabanzas, sino para la mayor gloria de Dios a quien sólo deseamos complacer.

Finalmente la verdadera humildad de corazón, que Nuestro Señor Jesucristo quiere aprendamos de El y que es la humildad perfecta del cristiano, consiste en ser humildes como Cristo lo fue en la tierra; odiemos, a su ejemplo, todo espíritu de grandeza y de vanidad, amemos el desprecio y la abyección, prefiramos siempre Y en todo lo que hay de más vil y humillante y vivamos en una disposición constante de ser humillados hasta asemejarnos a Jesús en sus humillaciones de la Encarnación, vida, pasión y muerte que por nuestro amor quiso de todo corazón sufrir.

En la Encarnación, según expresión feliz de San Pablo, «se aniquiló a sí mismo, al tomar la forma de un esclavo»; quiso nacer en un establo, sometiéndose a las debilidades y bajezas de la infancia: «Exinanivit semetipsum, formam servi accipiens». Philip.II, 7. «Ego autem sum vermis et non homo: opprobrium hóminum et abjectio plebis»: soy un gusano, no un

hombre; soy el oprobio y la hez de la plebe, nos dice al hablar de sí mismo, en su pasión, en la que carga sobre sí con toda la cólera de su Padre, cólera tan grande y tan severa que lo hace sudar sangre en tal abundancia que la tierra del Huerto de las Olivas queda de ella empapada. Sometióse el poder de las tinieblas: «Haec est hora vestra et potéstas tenebrarum», Luc., XXIIo,53, es decir al poder de los demonios, que por medio de los judíos de su espíritu poseídos y de Pilatos y Herodes, indignos instrumentos de su odio, le hacen sufrir las más crueles afrentas. El, la Sabiduría Eterna, vese tratado por Herodes y su soldadesca como un insensato, luego es flagelado y colgado de una cruz como vil esclavo o como un ladrón de la peor estofa; Dios, que debería ser su amparo y refugio, lo abandona, considerándolo como autor de todos los crímenes del mundo; en fin, según el rudo lenguaje de San Pablo, «factus pro nobis maledictum», hecho por nosotros objeto de maldición, oh extraño y espantoso envilecimiento! Fue convertido todo El en pecado por la Justicia de Dios y mirado por El como tal: «Deus eum pro nohis peccatum fecit». Así, pues, soportó no sólo la vergüenza y desprecio que merecen los pecadores, sino todas las ignominias e infamias debidas al pecado mismo, situación ésta la más vil y abyecta a que Dios pueda reducir al mayor de sus enemigos. ¡Ay! Dios mío, qué humillación para un Dios, para el Hijo único de Dios, para el soberano Señor del universo verse así tratado. ¡Ay, mi Jesús! ¿es posible que de tal suerte améis al hombre que no hayáis vacilado en aniquilaros y abatiros así por su amor? y ¿cómo puedes tú, oh hombre! envanecerte y engreírte, viendo así humillado a tu Dios por tu amor?... i Oh Salvador mío! sea yo humillado y despreciado con vos, comparta con vos los sentimientos de vuestra profunda humildad y esté yo siempre dispuesto a soportar toda la confusión y vergüenza debidas al pecador y al pecado mismo por su inmensa maldad!

En esto estriba la verdadera humildad: en estar dispuesto a ser tratado como merecido lo tiene el picador, más aún, en estar dispuesto a soportar toda la ignominia y afrenta debidas al pecado, puesto que Jesús, nuestro jefe, el Santo de los Santos, la santidad suma se dignó sufrirlas de todo corazón, siendo inocente, mientras nosotros, -pecadores, nosotros pecado y maldición, reventamos de orgullo y vanidad. i Ah! si estas verdades estuvieran indeleblemente grabadas en nuestro espíritu comprenderíamos cuánta razón asistía a Santa Gertrudis para exclamar a menudo con ella: «¡ Señor, Jesús!, uno de los mayores portentos que podéis realizar en este mundo, es a no dudarlo, el permitir que la tierra soporte mi presencia»...

4 - Práctica de la humildad cristiana

Siendo la humildad cristiana tan importante y necesaria, debéis buscar toda clase de medios para adquirirla a toda costa. A este fin, os exhorto nuevamente a leer y releer a menudo, a considerar y pesar atentamente las verdades anteriores sobre la humildad de espíritu y de corazón, y a meditar en las que aún voy a señalaros a continuación, suplicando a Nuestro Señor las grabe El mismo en vuestra mente, os las haga saborear, y experimentar en vuestro corazón y en vuestra alma sus maravillosos efectos. No basta, en efecto, que sepáis vaga y superficialmente 'que nada sois, que nada podéis frente al bien o al mal, que *todo bien procede de lo alto, del Padre de las luces,* «Omne datum óptimum et omne donum perfectum desursum est, descendens a Patre lúminum» Jac.1o-17., Y que toda obra meritoria nos viene de Dios por su Hijo: necesitáis aún más adquirir el convencimiento Profundo de vuestra esclavitud bajo la ley del pecado, de vuestra incapacidad e indignidad en el servicio de Dios, de vuestra insuficiencia para el bien, de

vuestra nada, de vuestra extrema miseria y de la absoluta necesidad que tenéis de Jesucristo y de su gracia.

Hé aquí por qué de continuo debéis de clamar en pos de vuestro libertador, y de recurrir a todas horas a su gracia en busca de su poder y bondad infinita. Permite Dios a veces que trabajemos dura e intensamente para vencer cualquier pasión o para adquirir alguna virtud sin mayor éxito personal; esto nos sucede para que reconozcamos por propia experiencia que nada somos y nada podemos por nosotros mismos, y que esto nos Obligue a buscar fuera de nosotros en Nuestro Señor Jesucristo la fuerza para servir a Dios, Quien no ha dado su Hijo al mundo sino después de cuatro mil años de anhelarlo y desearlo éste, y de experimentar por más de dos mil años Su impotencia, para observar la ley y liberarse del pecado, do, y la necesidad de un espíritu nuevo y de una nueva fuerza para resistir el mal y practicar el bien. De tal suerte nos ha hecho comprender que para otorgarnos su gracia quiere que reconozcamos plenamente nuestra lastimosa miseria.

De acuerdo con esta verdad, debéis diariamente reconocer ante Dios vuestra miseria tal cual Dios la conoce, y renunciar a Adán y a vosotros mismos, ya que no sólo él sino también vosotros habéis pecado y sometido vuestra naturaleza al demonio y al pecado. Renunciad, pues, totalmente a vosotros mismos, a vuestro espíritu y a las fuerzas de que os creáis capaces, puesto que las que Adán os ha dejado en herencia nada son sino incapacidad e impotencia; la confianza que en ellas pudiéramos tener no es sino ilusión y presumida y engañosa opinión de nosotros mismos. Tenernos que convencernos de que jamás estaremos en capacidad y libertad de hacer el bien sin antes renunciar a nosotros mismos y a todo lo nuestro para vivir del espíritu y poder de Jesucristo.

Hecha esta renuncia, *adorad* a Jesús, *entregaos*

a El de un todo y *suplicadle* que ya que por su sangre y muerte ha adquirido los derechos de los pecadores, que tome en vosotros los derechos de Adán y los vuestros igualmente, que se digne vivir en vosotros en lugar de Adán y que os despoje de vuestra naturaleza y se adueñe de cuanto sois para consagrarlo a su uso. Protestadle que queréis despojaros de todo cuanto sois entre sus manos, y que anheláis renegar de vuestro propio espíritu orgulloso y vano y de todas vuestras intenciones, tendencias y deseos para no vivir ya sino de su espíritu, intenciones, tendencias y deseos divinos y adorables.

Rogadle que en su gran misericordia os libre de vosotros mismos como de un infierno, para incorporaros a él y para identificaros en su espíritu de humildad, no por propia satisfacción o personal interés, sino para su mayor gloria y divino beneplácito. Pedidle aún que se valga de su divina omnipotencia para aniquilar vuestro Orgullo y que haga caso omiso de vuestra flaqueza para glorificarse a sí mismo en vosotros por medio de una perfecta humildad. Y, al recordar que en calidad de pecadores no sois más que un Lucifer, un Anticristo y un demonio encarnado, a causa del pecado, del orgullo y del amor propio que siempre alienta en vosotros, prosternaos a menudo, especialmente al principio del día, a los pies de Jesús y de su santísima Madre, diciéndoles: «Oh Jesús!, Oh Madre de Jesús!, mantened bien seguro bajo vuestras plantas a este miserable demonio, aplastad a esta serpiente, exterminad a este Anticristo con el soplo de vuestra boca; amarrad a este Lucifer para que nada Pueda hacer durante el día de hoy contra vuestra santa gloria».

Con todo, no pretendo que a diario le habléis a Nuestro Señor en idéntica forma, sino que se lo manifestéis ya de una manera ya de otra, según El mismo (>S lo sugiera de acuerdo con vuestras disposiciones espirituales.

Cuando formuléis vuestros deseos y propósitos de humildad, hacedlo siempre, después de entregaros al Hijo de Dios para su eficaz cumplimiento, diciéndole: «A Vos me entrego, Señor Jesús, para compenetrarme de vuestro espíritu de humildad; quiero en unión vuestra pasar toda mi vida en esta santa virtud. Sobre mi persona invoco el poder de vuestro espíritu de humildad para que destruya mi orgullo y me mantenga humilde unido a Vos. Os ofrezco las ocasiones de humillarme que me brindare la vida, bendecidlas, si os place. Renuncio a mí mismo y a cuanto pueda impedirme practicar con Vos esta virtud».

Mas, luego, no os fiéis de vuestras resoluciones y aún de esta práctica: apoyaos tan sólo en la infinita bondad de Nuestro Señor Jesucristo.

Lo mismo exactamente podéis hacer cuando se, trate de cualquier otra virtud o piadosas intenciones que queráis ofrecer a Dios. Y, de tal suerte, su ofrecimiento no descansará en vosotros mismos sino en Nuestro Señor Jesucristo y en la gracia y misericordia de Dios.

Que deseamos manifestar a Dios nuestros deseos e intenciones de servirlo? Pues bien, ello no será factible sin la convicción profunda de que ni siquiera esto podemos y merecemos hacer, sin su divina intervención, puesto que si El nos tratara con toda justicia y rigor, ni aún nos permitiría pensar en tal cosa, y que sólo por su gran bondad y por los méritos y la sangre de su Hijo nos soporta en su presencia y nos permite esperar de El la gracia de servirle.

Que faltamos a nuestras resoluciones?... No debe ello turbarnos, pues, siendo pecadores, no está Dios obligado a concedernos su gracia. «Yo *bien lo sé,* dice San Pablo, *que el bien no mora en mi:*

desearlo está a mi alcance, mas no el poder cumplirlo. «Scio enim, quod non hábitat in me, hoc est, in carne mea, bonum. Nam velle, ádjacet mihi; perfícere áutem non invenio».

Tan enorme es nuestra flaqueza, que no basta que Dios nos otorgue un buen pensamiento; necesitamos aún recibir de El la voluntad y la resolución de hacerlo realidad; y, logrado esto, si Dios nos niega su cumplimiento y cabal realización, de nada nos sirve tal cosa; más aún, quedamos todavía pendientes de la perseverancia final hasta el fin de nuestra vida, sin la cual todo habrá sido inútil y vano en la obra de nuestra eterna salvación.

Por todo lo cual debemos tender a la virtud con sujeción plena a Dios; -hemos de desear su gracia y pedírsela, maravillándonos de que nos la otorgue, y, en nuestras caídas, adorar sus designios sobre nosotros, sin desanimarnos, antes bien, disponiéndonos a perseverar con mayor ahínco en la práctica de entregarnos siempre a Dios para mejor lograr sus gracias y virtudes. Es preciso vivir permanentemente agradecidos a Nuestro Señor que nos soporta e inspira el buen pensamiento de servirle; más aún, si después de mucho bregar, no nos concediera el Señor sino un solo buen Pensamiento, deberíamos reconocer que no lo merecemos y considerarnos felices de nuestros esfuerzos. Ay!... si los condenados, después de mil años de tormento, pudieran tener un solo buen pensamiento de Dios, lo considerarían como un glorioso honor, y el demonio se enfurece porque sabe que nunca lo logrará, pues mira el bien como una cualidad y una excelencia que su ambicioso orgullo anhela inútilmente alcanzar, Porque tal es la mayor maldición que so. sobre él lanzó la Justicia de Dios. Nosotros somos pecadores como los condenados; sólo la misericordia divina nos diferencia de ellos y nos obliga a estimar sus dones y a contentarnos con ellos, pues por insignificantes que sean, siempre estarán por encima de nuestros merecimientos. Entrad cuidadosa y profundamente en este espíritu de humilde reconocimiento de vuestra indignidad, y alcanzaréis así bendiciones sin cuento

de Dios sobre vuestras almas, siendo El mucho más glorificado de tal suerte en ellas.

Cuando os haya otorgado Dios un beneficio cualquiera en vuestro provecho o en el del prójimo, no lo atribuyáis al mérito de vuestras oraciones sino a la misericordia infinita. Si en las buenas obras que Dios os da la gracia de realizar, sentís alguna vana complacencia y gustosa vanidad, humilláos ante Dios con el pensamiento de que todo bien sólo de El procede y que de vosotros mismos no puede originarse sino maldad y pecado y que tenéis mayores motivos de temor y humillación a la vista de las deficiencias e imperfecciones con que realizáis vuestras buenas obras que de complacencia y orgullo por lo poco que hacéis y eso con ayuda del Todopoderoso.

Os critican y os desprecian?... Aceptad desprecios y críticas como merecidos y en honor de las calumnias y desdenes a que se vio sometido el Hijo de Dios. Os honran, alaban y bendicen?. . . Ofreced esos honores, alabanzas y bendiciones a Nuestro Señor, cuidándoos de apropiároslos y engreíros de ello, temerosos de perder vuestra recompensa y de que en vosotros se cumpla la palabra divina: «Ay de vosotros!... cuando los hombres os bendigan como lo hicieron para con sus falsos profetas!»: Vae cum benedíxerint vobis hómines, secúndum haec énim faciébant pseudoprophetis patres eorum». Luc. VIo,26. Palabras son éstas que nos enseñan a estimar y temer las alabanzas y loas mundanas no sólo como viento, humo y engañosa ilusión, sino como verdadera desgracia y positiva maldición.

Gustosos ejercitáos en desempeñar oficios abyectos y viles para mortificar vuestro orgullo, mas procurad hacerlo con espíritu de humildad y con los sentimientos y disposiciones interiores conformes a tales acciones.

Al comienzo de todos vuestros actos, humilláos ante Dios, recordando que sois indignos de existir y,

por ende, de obrar y que sois absolutamente incapaces de todo acto meritorio sin la ayuda eficiente de su divina gracia.

Grabad, en suma, profundamente en vuestro espíritu estas palabras del Espíritu Santo, practicándolas con esmero: «Humilia te in ómnibus, et coram Deo invénies gratiam, quóniam magna potentia De¡ solíus, et ab humílibus honorátur: Humilláos en todo y haliaréis la divina gracia, porque grande es el poder de Dios y es honrado por los humildes». Eccli.IIIo,20.

SECCIÓN SEGUNDA

1 - La confianza y santo abandono en Dios N. Señor

La humildad es la madre de la confianza. Viendo que estamos desprovistos de todo bien, de toda virtud y de todo poder y capacidad para servir a Dios y que somos un verdadero infierno de maldad y de espanto nos vemos materialmente obligados a no apoyarnos en nosotros mismos sino fuera de nosotros, a salir de nosotros como de un infierno para buscar a Jesús como nuestro paraíso, en donde hallaremos con abundancia todo aquello de que carecemos; y, por consiguiente, nos apoyamos en El confiadamente como en quien nos ha sido dado por el Padre Eterno para ser nuestra redención, nuestra justicia, nuestra virtud, nuestra santificación, nuestro tesoro, nuestra fortaleza, nuestra vida y nuestro todo. A ello nos exhorta, al invitarnos tan amorosa y poderosamente con estas sus propias palabras: «Venid a Mí, todos los que estáis fatigados y cargados: Yo os aliviaré!: Veníte ad Me omnes, qui laboratis et oneráti estis, et Ego refíciam vos». Mat.X1o,28.; Yo os aliviaré, vale decir, Yo os libraré del peso de vuestras miserias, pues nos asegura que no rechazará a ninguno de cuantos a El acudan: «Eum qui vénit ad Me, non ejíciam foras». Joann . VIo,37.

Y, a fin de obligarnos a buscarle y confiar en El, nos pone de manifiesto diversos textos de la Sagrada Escritura: «Maldito el hombre que en el hombre confía y se apoya en un brazo miserable de carne, y aparta del Señor su corazón... dichoso el varón que confía en el Señor, aquel cuya confianza está puesta en El». Jerem. XVI1o,54. (1) «El Señor me rige y nada me faltará: me ha puesto en lugar abundante en pastos; me ha conducido junto a aguas que recrean y restauran». Psalm..XXIIo,1-2 (2) «Hé aquí que los ojos del Señor están sobre los que le temen y sobre los que esperan en su misericordia». Psalm.XXX11o,18. (3) «Bueno es el Señor para quienes en El esperan». Jerem. IIIa Lament., 25. (4) «A quien en el Señor espera, rodearále su misericordia» Psalm.XXXI,1O. (5) «A tu lado estará el Señor y guardará tus pies a fin de que no seas cogido en el lazo» Prov.111o,26. (6) «Mi Dios es fuerte, esperaré en El; es mi escudo y el ejército de mi salvación; El es el escudo de todos cuantos en El esperan» Reyes, Libro 2o,XXII,131. (7) «Los que temen al Señor, en El han esperado: El es su ayuda y protección». Psa1m.CX111o,11. (8) «Los esconderás

(1) Maledictus homo qui confidit in homine, et ponit carnem brachium suum, et a Domino recedit cor ejus... Benedictus vir qui confidit in Domino, et erit Dominus fiducia ejus. Jerem. 17,5 4.

(2) Dominus regit me et nihil mihi deerit: in loco pascuae ibi me collocavit. Salm.22,1-2.

(3) Ecce oculi Domini super metuentes eum: et in eis qui sperant super misericordiam ejus. Sal.32,18.

(4) Bonus est Dominus sperantibus in eum. Lam.3,25.

(5) Sperantem in Domino misericordia cicumdabit. Sal.31,10.

(6) Dominus erit in latere tuo, et custodiet pedem tuum ne capiaris. Prov.3,26.

(7)Deus fortis meus sperabo in eum; scutum meum et cornu salutis meae... Scutum est omnium sperantium in se. 2 Re. 22,3 y 31.
(8) Protector est omnium sperantium in se. Sal.17,31. Qui timent Dominum, speraverunt in Domino: adjutor eorum si protector eorum est. Sal.113,11.

en lo más recóndito de tu rostro de la persecución de los hombres; los protegerás en tu tienda de las murmuraciones y lenguas adversas». Psalm.XXXo,21. (1) «Porque en Mi ha esperado, he de librarlo; he de protegerle, puesto que ha reconocido mi nombre; con él estaré en la tribulación; le libraré y le glorificaré». Psalm.XLo,14-15. (2) «Cuán inmensa la multitud de tus dulzuras, oh Señor! las que reservas ocultas a cuantos te temen». Psalm.XXXo,20. (3) «Los que en Tí esperan, eternamente se alegrarán, Y habitarás en medio de ellos». Psalm.Vo,12. (4) «Cúmplase, Señor, tu misericordia sobre nosotros, ya que hemos esperado en Tí». Psalm.XXX11o,22. (5). «Quienes en El confían, comprenderán la verdad». Sab.IIIo,9. (6) «Y no pecarán quienes en El esperan». Psalm.XXXII1,23. (7) «Y todo aquel que tiene esta esperanza puesta en El, se santifica a sí propio, así como El es santo». Joann. Epist. 11a, 111o,3. (8) «Nadie ha esperado en el Señor y se ha visto confundido». Eccli. 11o,2. (9) «Y todo cuanto pidiéreis esperanzados en la oración, lo re

(1) Abscondes eos in abscondito faciei tuae a conturbatione hominum; proteges eos in tabernaculo tuo a contradictione linguarum. Sal.30,21.
(2) Quoniam in me speravit liberabo eum; protegam eum quoniam cognovit nomen meum.... Cum ¡pso sum in tribulatione; eripiam eum et glorificabo eum. Sa1,40,14-15,
(3) Quam magna multitudo dulcedinis tuae, Domine quam abscondisti timentibus te! Perfecisti eis qui sperant in te, in conspectu filiorum hominum. Salm.30,20.
(4) Sperant in te, in aeternum exultabunt et habitabis in eis. Sal.5,12.
(5)Fiat misericodia tua, Domine, super nos, quemadmodum speravimus in te. Sal.32,22.
(6)Qui confidunt in illo intelligent veritatem. Sab.8,9.
(7) Et non derelinquent omnes qui sperant in eo. Sal.33,23.
(8) Et Omnis qui habet hanc spem in eo, sanctificat se sicut et ille sanctus est. 1 Juan 3,3.
(9) Nullus speravit in Domino et confusus est. Ecli. 2,2.

cibiréis». Math. XX1o,22. (1) «Si puedes creer, todo es posible a quien así cree». Marc.IXo,22. (2)

Me hubiera hecho interminable de haber querido aducir aquí todos los pasajes de los Libros Santos en los que Dios nos recomienda la virtud de la confianza. Nunca parece satisfecho de todos los testimonios que en mil lugares de la Sagrada Escritura nos brinda para ponderarnos la excelencia de esta virtud y la estima que tiene por quienes la poseen y cuánto ama y favorece a los que en El confían y se abandonan totalmente en brazos de su paternal providencia.

En el libro tercero de las «Sugerencias de piedad divina» de Santa Gertrudis leemos lo siguiente:,«Jesús Nuestro Señor dijo un día a esta gran santa que la confianza filial en El del alma cristiana es el ojo de la mística Esposa de que habla el Amado en el Cantar de los cantares: «Vulnerasti cor méum, soror mea, sponsa; vulnerasti cor méum in uno oculórum tuorum. Has herido mi corazón, hermana mía, esposa mía; lo has herido con uno de vuestros ojos», porque, me traspasa el corazón, dice, aquel que tiene plena confianza en Mí de que Yo puedo, de que Yo sé y de que Yo quiero asistirlo en todo con absoluta fidelidad; y tal confianza de tal suerte violenta mi corazón piadoso que me imposibilita a alejarme de su lado, a abandonarlo» (3).

Y en el *Libro de la Gracia Especial,* de Santa Matilde encontramos estas palabras de Nuestro Señor: «Es para Mí un placer inmenso el que los hombres confíen en mi bondad y se apoyen en Mí.

Por consiguiente, a quien de Mí se fía humildemente, favoreceré

(1) Et omnia quaecumque petieritis in oratione credentes accipietis. Mat. 21,22.
(2) Si potes credere omnia possibilia sunt credenti, Marc.9,22.
(3) Unus oculorum electae qui transvulnerat cor meum secura confidentia est, quam habere debet de me, quod vere possim, sciam et velim sibi in omnibus fideliter adesse: quae confidentia tantam, vim facit pietati mae, quod nullatenus possum ipsi abesse. Legatus divinae pietatis 1.III, c.VII.

en la vida presente y en la futura le trataré mejor de lo que es digno. Mientras más confíe en Mí y se beneficie de mi bondad, mayores favores obtendrá, pues es imposible que no alcance el hombre cuanto cree y espera santamente lograr, según mis promesas. Así pues, utilísimo es al hombre que de Mí grandes gracias espera alcanzar, creer y confiar en Mí». (1)

Y como la misma Santa preguntara a Nuestro Señor qué era lo que debía pensar y esperar de su divina bondad, Este le contestó: «Cree firmemente que después de tu muerte te acogeré como un padre a su hijo predilecto y que jamás padre alguno dejó su herencia con tanto gusto y fidelidad a su hijo único como Yo lo haré contigo al hacerte partícipe de todos mis bienes. Dichoso el que así piense y espere de mi bondad con segura confianza y filial amor». (2)

2 - Práctica de la Confianza y del Santo Abandono en Dios Nuestro Señor

Para mejor afirmarnos en esta santa confianza, nuestro dulcísimo y amable Salvador escoge en relación

(1) Multum placet mihi ut homines de me confidenter magna praesumant; nam quisquis mihi crediderit quod post hanc vitam supra meritum suum illi benefaciam et proinde me laudans gratias egerit in hac vita, in tantum mihi acceptum erit, quod eum in quantumcumque credere aut praesumere potest, tantum et in infinitum amplius; supra omne meritum suum remunerabo: quia impossibile est hominem non percipere ea quae credidit et speravit. Ideoque utile est homini ut a me magnum sperando, bene mihi credat. Liber spec. grat, p. 111. c. V.
(2) «0 dulcissime... die quaeso quid credere debeam tuae ineffabili bonitati». Respondit «Certa spe credere debes quod te post mortem suscipiam, sicut pater filium suum amantissimum, et quod nunquam aliquis pater tam fideliter cum unico filio haereditatem suam divisit, sicut ego omnia bona mea et meipsum communicabo». *Liber spec.* grat.loc.cit.

con nosotros los más dulces y amorosos nombres. Y así, se llama, y de veras lo es, nuestro amigo, nuestro ahogado, nuestro médico, nuestro pastor, nuestro hermano, nuestro padre, nuestra alma, nuestro espíritu y el esposo de nuestras almas; a nosotros, en cambio nos dice sus ovejas, sus hermanos, sus hijos, su porción, su herencia, su alma, su corazón y a nuestras almas las considera como esposas de su corazón.

En diversos pasajes de las Sagradas Escrituras nos asegura que constantemente cuida de nosotros desveladamente (1) ; que nos lleva y llevará siempre en su regazo, sobre su corazón y en sus entrañas; y no se conforma con decírnoslo una o dos veces, sino que lo afirma y repite hasta cinco veces en el mismo pasaje (2). Y en otro texto de Isaías nos asegura que «si una madre llegara a olvidarse del hijo que un día llevó en su seno, El sin embargo. jamás nos olvidaría y que ha escrito nuestro nombre en sus manos para no olvidarnos nunca; (3) que si alguno nos tocara lo heriría a El en la niña de sus ojos; (4) que no tenemos por qué preocuparnos de lo necesario para la vida y el vestido, pues El en persona lo hace por nosotros

(1) Cui (Deo) cura est de omnibus. Sab,12,13. Ipsi (Deo) cura est de vobis. I Pet. 5,7.
(2) Audite me, domus Jacob, qui portamini a meo utero, qui gestamini a mea vulva. Usque ad senectam ego ipse, et usque ad canos ego portabo: ego feci, et ego feram; ego portabo et salvabo. Is.46,34. De tal manera gustaba a Juan Eudes este capítulo de Isaías que lo ha insertado en su oficio al Sagrado Corazón de Jesús. Constituye la segunda lección para el día de la octava.
(3) Numquid oblivisci potest mulier infantem suum, ut non misereatur filio uteri sui? Et si illa oblita fuerit ego tamen non obliviscar tui. Ecce in manibus meis descripsi te: muri tu¡ coram oculis meis semper. Isa.49,15-17. San Juan Eudes ha tomado este pasaje de Isaías para la tercera antífona de las segundas Vísperas de su oficio al Sagrado Corazón de Jesús.
(4) Qui enim tetigerit vos, tangit pupillam oculi mei Zac.2,8.

ya que de sobra conoce nuestras necesidades (1) ; que ha contado todos los cabellos de nuestra cabeza y que ninguno de ellos caerá sin su licencia (2) ; que su Padre nos ama igual que a El, y que su propio amor a nosotros es idéntico al que profesa a su Padre (3) ; Que El desea estemos en donde El esté, es decir que anhela vernos reposar en el mismo regazo de su Padre (4) ; que quiere vernos sentados con El en el mismo trono (5) ; y que, en una palabra, no seamos con El sino una misma y sola persona unida a la del Padre (6) ; si le hubiéramos ofendido, nos promete que de volver a El arrepentidos, llenos de confianza y humildad y resueltos a nunca más pecar, habrá de recibirnos con los brazos abiertos, y, olvidando todos nuestros pecados, nos revestirá con el ropaje de su gracia y de su amor perdido por nuestra culpa (7).

(1) Nolite solliciti esse, dicentes: quid manducabimus, aut quid bibemus, aut quo operiemur? Haec enim omnia gentes inquirunt. Scit enim Pater vester quia his omnibus indigetis. Quaerite primum regnum De¡ et justitiam ejus et haec omnia adjicientur vobis. Mat. 6,31-33.
(2) Vestri capilli capitis omnes numerati sunt. Mat.10,30. Et capillus de capite vestri non peribit. Luc.21,18.
(3) Pater juste... dilectio qua dilexisti me in ipsis sit. Juan 17,26. Sicut dilexit me Pater et ego dilexi vos. Juan 15,9.
(4) Pater, quos dedisti mihi volo ut ubi sum ego et illi sint mecum. Juan 17,24.
(5) Qui vicerit dabo e¡ sedere mecum in trono meo. Apoc. 3, 21.
Cf. Oficio del Sagrado Corazón de Jesús, primeras vísperas, antífona quinta.
(6) Ut omnes unum sint sicut tu Pater, in me et ego in te, ut et ipsi in nobis unum sint... Juan 17,21-28. Cf. Oficio del Sagrado Corazón de Jesús segundas vísperas, antífona cuarta.
(7) Si autem impius egerit poenitentiam ab omnibus peccatis suis quae operatus est, et custodierit omnia praecepta mea, et fecerit judicium et justitiam, vita vivet et non morietur. Omnium iniquitatum ejus quas operatus est non recordabor. Ezech.XVII,21. Cito proferte stolam primam, et induite illum. Luc. 15,22.

Después de saber todo esto, quién no tendrá confianza y quién no se abandonará totalmente al cuidado y dirección de un amigo, de un hermano, de un padre, de un esposo cuya sabiduría infinita conoce lo que mejor nos conviene, prevé cuanto pueda acontecernos y elige los medios más conducentes a nuestra felicidad soberana; cuya extrema bondad anhela para nosotros el bien sumo y cuya infinita omnipotencia aparta de nosotros el mal que pudiera sobrevenirnos y nos hace el bien que desea para los que en El esperan y le aman?...

Pero, para que no vayáis a pensar que sus palabras y promesas son vanas, considerad un poco cuanto ha hecho y sufrido por vosotros en su Encarnación, vida, pasión y muerte, y cuanto hace aún hoy día en vuestro favor en el Santísimo Sacramento del Altar. Ved cómo ha bajado del cielo a la tierra

por vuestro amor; cómo se humilló y aniquiló hasta querer ser niño, nacer en un establo, someterse a todas las necesidades y miserias de una vida humana, pasible y mortal; cómo ha gastado en vosotros todo su tiempo, todos sus pensamientos, palabras y acciones; cómo entregó su cuerpo santísimo a Pilatos, a los verdugos y a la cruz; cómo sacrificó su vida y derramó su sangre hasta la última gota; cómo os da, y con cuánta frecuencia, por la sagrada Eucaristía, su cuerpo, su sangre, su alma, su divinidad, todos sus tesoros todo cuanto El es y todo cuanto de más precioso y caro posee. Oh bondad!... oh amor! ... oh bondadoso y amabilísimo Jesús! que en Vos confíen cuantos conocen tu santo nombre!: «Et spérent in Te qui noverunt nómen tuum!» Psalm. IXo,1 11.; nombre santo que no es sino bondad y amor, puesto que eso sois Vos: bondad, amor y misericordia.

No me maravilla, con todo, que haya tan pocos que confíen en Vos ya que son tan pocos los que tratan dio conoceros y de meditar en los efectos maravillosos de vuestra bondad infinita.

Oh mi Salvador adorado! preciso es reconocer que somos bien desgraciados al desconfiar de vuestra bondad, después de habernos dado tantos tantos testimonios de vuestro amor hacia nosotros!...Porque si tanto habéis hecho y tanto habéis sufrido y si tanto nos habéis dado, qué haríais todavía al presente y qué más nos daríais si acudiéramos a Vos llenos de humildad y confianza?

Procuremos, pues, penetrarnos de un gran deseo de adquirir esta divina virtud; desechemos todo temor y tratemos valerosamente de formar altos designios de servir y amar perfecta y santísimamente a nuestro adorabilísimo y amabilísimo Jesús y de acometer las mayores obras por su gloria, según el Poder y gracia que para ello El nos dé. Porque, aunque nada podamos por nosotros mismos todo lo podemos con El y no nos faltará su auxilio si confiamos en su bondad infinita

Pongamos en sus manos y abandonemos enteramente al paternal cuidado de su Divina Providencia cuanto nos concierna corporal y espiritualmente, nuestra salud, nuestra reputación, nuestros bienes, nuestros negocios, los seres queridos, nuestras faltas pasadas, el progreso espiritual de nuestras almas en las vías de la virtud y del amor, nuestra vida, nuestra muerte, nuestra misma salvación y nuestra eternidad, todo, absolutamente todo lo nuestro, seguros y confiados de que su bondad de todo ello habrá de cuidarse disponiéndolo todo para nuestro mayor bien y provecho personal.

Guardémonos de apoyarnos en el poder o influencias de nuestros amigos, o en nuestra fortuna, o en nuestro espíritu e inteligencia, o en nuestras fuerzas y buenos deseos y propósitos, o en nuestras oraciones, o siquiera en nuestra confianza en Dios, o en los humanos recursos, o en cosa alguna creada y perecedera, sino sólo en la Misericordia Divina. No pretendo con todo negar la necesidad de emplear todo esto y aportar

de nuestra parte la indispensable colaboración personal para vencer el vicio, adquirir y practicar la virtud y desarrollar y llevar a cabo las obras que Dios ha puesto bajo nuestro cargo y cuidado y el cumplimiento de los deberes inherentes a nuestro estado y condición social. Mas de nuevo afirmo y sostengo que estamos obligados a renunciar a todo apoyo y confianza en todo esto y a abandonarnos a la ayuda eficiente de la Bondad de Nuestro Señor. De suerte que hemos de preocuparnos y trabajar de nuestra parte como si nada esperáramos de Dios; y sin embargo, desdeñando nuestro esfuerzo y personal capacidad como vana e insignificante que es para no esperar el éxito sino de la misericordiosa Omnipotencia del Altísimo.

A ello nos exhorta el Espíritu Santo cuando hablando por boca del Rey Profeta, nos dice:

«Revela Dómino viam tuam, et spera in eo et ipse faciet,» «Manifiesta al Señor tus designios y confía en El, que El los realizará» Psalm, XXXVIo,5. Y en otro lugar «Jacta super Dóminum curam tuam, et ipse te enútriet» «Abandona al Señor tus cuidados y preocupaciones que El te alimentará» Psalm. LIVo,23. Y por boca del Príncipe de los Apóstoles nos advierte exactamente lo mismo acerca de nuestros desvelos y proyectos que debemos endosar enteramente en manos de Dios. «Omnem solicitúdinem vestram projicientes in eum, quóniam Ipsi cura est de vóbis» Epís. Ia Petr. Vo, 7. Es ésta la misma recomendación que hizo Nuestro Señor a Santa Catalina de Sena, cuando le dijo: «Hija mía, olvídate de ti y piensa en Mí que de mi parte no hare otra cosa que pensar en tí». (Raimundo de Capua, «VIDA DE SANTA CATALINA DE SENA», 1e Parte, cap. VIo) .

Aplicáos esto mismo a vosotros: poned todo empeño en evitar cuanto pueda desagradar a Dios, y en servirle y amarle con perfección y El hará redundar

en vuestro bien todos los actos de vuestra existencia, aún vuestras faltas y pecados.

Acostumbraos a hacer frecuentemente actos de confianza en Dios N. Señor, en especial cuando sentimientos o ideas de temor y desconfianza combatan vuestra alma, sea a causa de vuestras caídas anteriores o por cualquier otro motivo de índole personal.

Levantad de inmediato vuestro corazón a Jesús y decidle con el Real Profeta: «Ad Te, Dómine levávi ánimam méam: Deus méus, in Te confido: non erubéscam» «A Ti, Señor, he alzado mi alma: Dios mío, confío en Ti y no me veré avergonzado» Psalm. XXIVo, 2. «Neque irrídeant me inimici méi, étenim universi qui sústinent te, non confundéntur» «Que mis enemigos no se burlen alegremente de mí; ya que cuantos en Ti confían, jamás serán confundidos». Psalm. XXIVo, 3. «In Te, Dómine, sperávi: non confundar in aeternum» «En TI, Señor he esperado y jamás seré confundido» Psalm.XXXo,2. «Deus méus sperábo in Eum» «Dios es mi Dios, hé aquí por qué he puesto en El toda mi esperanza». Psalm. XCo, 2. «Dóminus mihi adjútor, non timébo quid fáciat mihi homo» «El Señor es mi auxilio, y nada temeré de parte de los hombres». Psalm. CXVIIo, 6. «Dóminus adjútor: et ego despíciam inimícos meos: El Señor es mi protector: y así, despreciaré a mis enemigos» Psalm. CXVII9o, 7. «Bónum est confídere in Dómino quam confidere in hómine» «Más vale fiarse del Señor que de los hombres». Psalm. CXVIIo, S. «Et si ambulávero in médio umbrae mortis, non timébo mála, quóniam Tu mécum es» «Y si caminara yo por entre las sombras de la muerte, no temeré el mal, porque Tú estás a mi lado». Psalm. XXIIo, 4.

Otras veces diréis a Nuestro Señor con el Profeta Isaías: «Ecce Déus salvátor méus, fiduciáliter agam, et non timébo» «Hé aquí mi Dios que es mi

salvador: trabajaré confiadamente y sin temor». Is. X11o,2.; o con el Santo Job: «Etiam si occíderit me, in ipso sperábo». «Aun cuando me quitara la vida, en El confiaría». Job. XIIIo,15.; o bien, exclamaréis como aquel infeliz del Evangelio: «Credo, Domine, ádjuva incredulitatem meam!». «Creo, Señor! ayuda y sostén mi poca fe!». Marc.IXo,23.; o mejor, aún, le diréis con los Apóstoles: «Dómine, adáuge nobis fidem». «Acrecienta nuestra fe, Señor». Luc.M1o,5.

«Oh! dulce amor mío!... Oh! carísima esperanza mía!... en vuestras manos entrego y sacrifico mi ser, mi vida, mi alma y todo lo que me pertenece para que de todo ello dispongáis en el tiempo y en la eternidad según vuestro beneplácito y para vuestra gloria».

La confianza es, después de todo, un don de Dios, corolario de la humildad y del amor; por lo

cual pedídsela a El y El os la dará; tratad, pues, de hacer todas vuestras acciones con espíritu de humildad y únicamente por el amor de Dios, y gozaréis pronto de la dulzura y paz que engendra la virtud de la confianza

SECCIÓN TERCERA

1 - La Sumisión y Obediencia cristiana

La constante sumisión a la santa voluntad divina es la más universal de las virtudes, y cuyo uso ha de ser para nosotros ordinario ya que a toda hora y en todo momento se nos brindan ocasiones de renunciar a nuestra propia voluntad para someternos a la divina. Pues bien, la voluntad de Dios es siempre manifiesta y ostensible, pues ha querido Dios que las cosas absolutamente necesarias e indispensables nos sean de fácil conocimiento. Por ejemplo, el sol, el aire, el

agua y los otros elementos son de todo punto necesarios a la vida humana, y por lo mismo, son cosas comunes y al alcance de todo el mundo.

De igual modo, no habiéndonos Nuestro Señor colocado en esta tierra sino para cumplir su voluntad, y, dependiendo de ello nuestra salvación, es del todo indispensable que conozcamos con facilidad la voluntad divina en cuanto nos toque hacer. Y as!, nos la ha hecho muy fácil de conocer, manifestándonosla de cinco diferentes maneras seguras y de suma evidencia: 1e) por sus mandamientos, 2e) por sus consejos, 3e) por las reglas, leyes y obligaciones de nuestro estado, 4e) por las personas que tienen autoridad sobre nosotros y a cuyo gobierno hemos sido confiados, y 5e) por los acontecimientos, ya que cuanto sucede a nuestro alrededor es la señal infalible de cuanto Dios quiere y ordena o por voluntad absoluta o por simple permisión suya. Por consiguiente, si abriéramos los ojos de la fe, siquiera medianamente, nos sería fácil en extremo en todo momento y lugar conocer la santísima voluntad de Dios, llevándonos tal conocimiento a amarla y someternos a ella con indecible docilidad.

Pero para penetrarnos mejor de esta sumisión, preciso es grabar profundamente en nuestro espíritu estas cuatro verdades que nos enseña la fe:

1e) No hay sino un solo Dios creador de cuanto existe, y este Dios infinito ordena y gobierna todas las cosas sin excepción por su voluntad absoluta o por la de beneplácito; y nada ocurre en el mundo sin su mandato o licencia y nada sucede sin que antes su querer positivo y su complaciente permiso no lo haya decretado y definido, según el texto de la Sabiduría:

«Páter, providentia gubernat»: «Tu providencia Padre, todo lo ordena». Sap.XIVo,3.

2e) Dios nada quiere y nada permite que no vaya encaminado a su mayor gloria, y en efecto, de todas sus creaturas proviene su glorificación permanente

te y segura. Porque si Dios es el creador y conservador del mundo, si todo lo ha hecho para si mismo, si es inmensamente celoso de su gloria y, si por otra parte es infinitamente sabio y poderoso para dirigirlo todo a este fin, con toda seguridad nada quiere y nada permite en el orbe universo que no tienda a su mayor gloria y al mayor bien de cuantos le aman y se someten a su divino querer, según lo afirma el Apóstol al decir que «todas las cosas contribuyen a favorecer a los que aman al Señor»: «Diligéntibus Deum omnia cooperántur in bonum». Rom.VIIIo,28. De suerte que si queremos amar a Dios y plegarnos a sus mandatos en toda circunstancia, contribuimos a nuestro personal interés y

bienestar; esto, naturalmente, sólo depende de nuestra voluntad.

3e) La Voluntad divina, sea absoluta o sea de simple beneplácito, es infinitamente santa, justa, adorable y digna de nuestro amor y en todo merece nuestra adoración, amor y glorificación incondicional.

4e) Desde el primer instante de su vida y de su arribo al mundo, Nuestro Señor Jesucristo hizo profesión solemne de renunciar a su voluntad para siempre, según el testimonio auténtico de San Pablo en su carta a los Hebreos: «Ideo ingrédiens mundum dicit: Hostiam et oblationem, noluisti; corpus áutem aptasti mihi. Tunc dixi: ecce vénio; in cápite libri scríptum est de Me: ut fáciam, Déus, voluntatem tuam»: «Al entrar Jesús al mundo dijo: Héme aquí que ya vengo: al principio del libro de Mí está escrito que he de hacer, oh Dios mío, tu voluntad». Hebr. Xo,5-7. Y luégo, en persona exclamó: «He bajado del cielo no para hacer mi voluntad sino la de Aquel que me ha enviado»: «Descendi de coelo, non ut fáciam voluntatem méam, sed voluntatem ejus qui misit me». Joan.,VIo,38. Y en realidad, Cristo jamás obró de otra manera, ya que nunca hizo su voluntad, por más que fuera santa, deifica y adorable, constantemente renunció a ella y la aniquiló para seguir la de su Padre,

protestándole de continuo como en el Huerto de los Olivos la víspera de su muerte: «Padre mío! . . . no se cumpla mi voluntad sino la tuya!»: «Páter, non mea voluntas, sed tua, fíat». Luc.XX11o,42.

Si meditamos detenidamente en estas verdades, experimentaremos una facilidad enorme para someternos en todo a la adorabilísima Voluntad de Dios. Pues, si consideramos que Dios ordena y dispone cuanto sucede en la tierra; que todo lo dispone para su gloria y para nuestro mayor bien y que su Providencia es en grado sumo justa y adorable, jamás atribuiremos los diversos acontecimientos a la fortuna o a la casualidad, ni a la perversidad del diablo o de los hombres, sino exclusivamente al divino querer, digno de nuestro afecto y rendida adoración. Y así sabremos, por fin, que su Voluntad es santísima y amable en grado infinito, que no ordena ni permite nada que no tienda a nuestro mayor bien ni a su mayor gloria, gloria que hemos de amar sobre todas las cosas puesto que no hemos sido creados sino para amarla y procurarla con todas nuestras fuerzas.

Y si meditamos atentamente en que nuestro Jefe Jesús menospreció y anuló una voluntad tan santa y divina como la suya para seguir la rigurosísima y en extremo severa de su Padre por cuyo querer sufrió tan extraordinario martirio y murió de un modo tan cruel y humillante por sus propios verdugos, experimentaríamos la menor dificultad en renunciar a una voluntad tan depravada y corrompida por el pecado como la nuestra, para hacer vivir y reinar en su lugar la santa, dulce y amable sobre manera Voluntad de Dios, Nuestro Señor?

En esto estriba la sumisión y cristiana obediencia que en suma no vienen a ser sino la continuación de las mismas perfectísimas virtudes de Jesús en acatamiento a los divinos quereres y designios de su Padre que le fueron por El mismo claramente significados, o por medio de su Madre Santísima, o de San

José, o por el Ángel que lo llevó a Egipto, más aún, por los judíos, por Herodes y Pilatos, sometiéndose así a todas las creaturas por la gloria de su Padre y amor a los hombres.

2 - Práctica de la sumisión y obediencia cristiana

A fin de poner en práctica las verdades precedentes, adorad en Jesús esta divina y adorable

sumisión por El tan perfectamente ejercitada. Aniquilad a menudo a sus pies vuestro querer, deseos e inclinaciones, protestándole que no queréis tener sino su Voluntad, deseos e inclinaciones y suplicándole haga reinar en vuestras almas tales disposiciones.

Vivid dispuestos siempre a morir, sufriendo toda clase de tormentos antes que contrariar el menor de los mandatos divinos y en una permanente disposición de seguir estas normas y consejos, conforme a las luces y gracias que El os Otorgue al respecte y de acuerdo con las directivas de vuestro confesor y maestro de vida interior.

Considerad y honrad a vuestros superiores como a representantes de Dios cerca de vosotros y obedecedles en todo siempre que no sean sus órdenes manifiestamente contrarias a la Ley del Señor.

El Príncipe de los Apóstoles va mucho más lejos al exhortarnos a someternos a toda creatura por amor a Dios: «Subjecti estóte omni humanae creaturae, própter Deum». Epíst. D. Petr. 119,13, y San Pablo quiere que nos consideremos superiores los unos a los otros: «Superiores sibi ínvicem arbitrantes» Philipp. 11o,3. De acuerdo con estas divinas enseñanzas, hemos de mirar y honrar a toda clase de personas como superiores a nosotros y estar dispuestos a renunciar a nuestro propio juicio y propia voluntad para someternos al juicio y voluntad de los demás. En efecto, como cristianos que debemos vivir de los sentimientos

y disposiciones de Jesucristo, a la par de El tenemos que hacer profesión de renunciar a nuestra propia voluntad, de obedecer a todas las disposiciones de Dios, y, en caso de duda, es decir, cuando deseonozcamos con certeza qué es lo que Dios quiere o ex¡, exige de nosotros, en determinadas situaciones de la vida, tenemos que plegarnos a la voluntad ajena, considerando a todos los hombres como superiores a nosotros y doblegándonos a su voluntad en lo posible, siempre que no sea ésta positivamente contraria a Dios y a las obligaciones de nuestro estado, prefiriendo naturalmente la sumisión y obediencia de aquellos que sobre nuestras personas tienen mayor derecho o autoridad.

Mirad y observad las leyes, reglas y obligaciones de vuestro estado, oficio o condición como señales inequívocas de lo que Dios exige de vosotros, y en honor de la obediencia exactísima y del sometimiento perfecto de Jesús no sólo a las órdenes de su Padre hasta en el detalle de la hora y momento en que debía cumplir su santa Voluntad, sino aún a las leyes y prescripciones humanas, sometéos a las reglas y obligaciones de vuestro estado, a las horas y momentos en que debáis cumplir los deberes y funciones de vuestro oficio y aún a las leyes humanas y civiles; todo ello por amor a Aquél que quiso antes que nadie daros ejemplo de esta virtud.

En todos los acontecimientos que os sobrevengan, sea por la voluntad absoluta de Dios o por su divino beneplácito, adorad, bendecid y amad la Divina Voluntad con el Hijo de Dios, diciéndole con El, o al menos con el deseo de decírselo en cuanto sea posible, con el mismo espíritu de Jesús, con el mismo amor, con la misma sumisión y humildad suya, las siguientes palabras: «Páter, non quod ego volo, sed quod Tu; non mea voluntas, sed tua fiat»: «Padre, no se haga lo que yo deseo sino lo que Tú quieres; no se cumpla mi voluntad, sino la Tuya». Marc.XIVo,36 y Luc. XXIIo,42.

«Ita, Páter, quóniam sic fuit plácitum ante Te: «Sí, Padre mío, así lo quiero pues tal es tu voluntad».

Cuando experimentéis una inclinación o deseo cualquiera, aniquiladlos en segu¡da a los pies de Jesús; y, si la inclinación o el deseo persisten, no cejéis en vuestra renuncia, y suplicadle al mismo Jesús que los destruya personalmente hasta que os sintáis dispuestos a querer o anhelar lo contrario

si tal es su voluntad.

Si de pronto os acomete la idea o el temor de perder vuestra salud, o vuestra reputación, o vuestra fortuna, o vuestros padres, o vuestros hijos, o vuestros amigos, o cualquier Otra cosa Semejante, doblegad vuestra voluntad a los pies de Jesús, para adorar, amar y bendecir la suya, como si tal desgracia ya os hubiera sucedido o para el momento en que esto os sobrevenga, valiéndoos más o menos de la siguiente oración: «Oh! Jesús, aniquilo a vuestros pies todos mis deseos e inclinaciones. Adoro, amo y bendigo de corazón vuestra santísima y adorabilísima Voluntad; y a pesar de toda mi repugnancia y sentimientos en contra, quiero amaros, bendeciros y glorificaros en todo cuanto os ha parecido o parezca bien mandarme, en el tiempo y en la eternidad con relación a mi persona o a las de mis seres queridos. Viva Jesús! ... Viva la santísima Voluntad de mi Jesús!... desaparezca la mía y esfúmese para siempre, para dar lugar a la suya en mi corazón por toda la eternidad así en la tierra como en el cielo»!...

3 - Perfección de la sumisión y obediencia cristiana

Jesucristo, Nuestro Señor, cumplió no sólo todas las órdenes de su Padre y le estuvo sujeto en todo por su amor, sino que fincó en ello toda su felicidad y pleno gozo: «Méus cibus est, ut fáciam voluntatem Ejus qui misit me»: «Mi alimento es cumplir la voluntad

de Aquél que me ha enviados. Joann.1Vo,34., es decir, nada tengo, nada es para mí más apetecible que el cumplimiento de la voluntad de mi Padre. Efectivamente, Jesús experimentaba un gozo infinito en cuanto hacía, puesto que no buscaba sino la realización del divino beneplácito. Afligíalo alguna pena o contrariedad?... fincaba en ello toda su alegría y felicidad espiritual, convencido de que tal era el querer de su Padre. Por esto, el Espíritu Santo, al hablar del día de su pasión y muerte, lo denomina el «día alegre de su corazón»: «In die laetitiae cordis méi». Cant. 111o,2. De igual modo, cualquier suceso que aconteciera o previera debía llegar, encontrábalo serenamente imperturbable y espiritualmente feliz, ya que en todo no veía sino la expresión segura de la Voluntad de Dios sobre todas sus creaturas.

Así pues, como cristianos que en todo momento han de estar revestidos de los mismos sentimientos y disposiciones de su Jefe, hemos de estar constantemente sujetos en todo por amor a Nuestro Señor y poner en ello toda nuestra dicha, alegría y felicidad.

Consiste en ello la perfección suprema de la sumisión cristiana. No es, por ventura, esta nuestra oración cuotidiana: «Fiat voluntas tua sicut in coelo et in terra»: «Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo»? Pues bien, en el cielo los bienaventurados de tal modo fincan su dicha en el cumplimiento de la voluntad divina que varios de ellos, viendo a sus padres, hermanos, esposa e hijos en el infierno, se alegran de los efectos terribles de la Justicia Divina en la persona de sus mismos seres queridos, porque, no forman con Dios Nuestro Señor sino un mismo ser y no tienen, ni pueden por lo mismo, tener sino la misma voluntad y el mismo criterio y modo de sentir y de apreciar los acontecimientos y personas que sólo de Dios dependen. Pues bien Dios quiere que su Justicia caiga inexorable sobre' estos desgraciados que bien merecido se lo tienen, y se goza infinitamente en

el castigo que su Justicia impone a los culpables como se complace en los premios y recompensas que otorga su Misericordia y Bondad a los justos y fieles servidores de su Ley. Hé aquí por qué el alma santa puede exclamar con el Salmista: «Laetábitur justus cum víderit vindictam; manus súas lavábit

in sanguine peccatóris»: «Se regocijará el justo ante la venganza y lavará sus manos en la sangre del pecador». Psalm. LV11o,2. Es así corno debemos nosotros de alegrarnos siempre ante los designios de Dios, por duros y terribles que sean, ya que hemos de tender siempre en la tierra y en el cielo al cumplimiento perfecto de su Divina Voluntad.

A ello nos impelen dos razones poderosas: 1e) No habiendo sido creados sino para glorificar a Dios, y siendo su gloria nuestro fin último, síguese de ahí que hemos de fincar nuestra única felicidad en la gloria divina y, por consiguiente en el beneplácito y voluntad de Dios que todo lo ordena y endereza a este fin necesario e indeclinable.

2e) Nuestro Señor ha manifestado terminantemente su voluntad de que no formemos con El sino una misma persona y un mismo ser en unión con su Padre celestial, de donde resulta que no podemos tener sino sus mismos pensamientos y, su mismo espíritu y su misma voluntad como ocurre a los bienaventurados en el cielo; por lo tanto, nuestra felicidad, nuestra alegría y gozo supremo en la tierra lo han de constituir necesariamente el cumplimiento perfecto del querer de Dios en el tiempo y en la eternidad.

Los santos, la Virgen Santísima, el Hijo de Dios y el Eterno Padre encuentran la plenitud de la dicha en todo porque los bienaventurados y la Madre de Dios en todo ven la Voluntad Divina y en ella se recrean y Dios mismo se goza plenamente en)a realización de su voluntad en todas sus creaturas y acontecimientos «Laetábitur Dóminus in opéribus suis»: «En sus obras se regocijará el Señor». Psalm. C111o,31. Dejaría

Dios de ser Dios si no se alegrara de todo cuanto hace. Y esto es tan cierto que lo mismo se alegra de los efectos de su divina justicia sobre los condenados como de los de su infinita misericordia en los bienaventurados: «Et sicut ante laetátus est Dóminus super vos, bene vóbis fáciens. . ., sic laetábitur dispérdens vos atque subvértens»: «Y si antes se regocijó el Señor favoreciéndoos..., también luégo se alegrará al perderos y aniquilaros». Deut. XXVIIIo,63. Y hé aquí por qué también si nosotros hemos de poner toda nuestra dicha y felicidad en la voluntad de Dios acerca de sus obras y creaturas y en general en toda cosa, menos en el pecado de suyo detestable y odioso, tenemos sin embargo la obligación de adorar y bendecir el querer y la permisión de Dios que, en orden a su justicia, tolera la maldad y por justos e inescrutables designios permite que en castigo del pecado, el pecador una y muchas veces más recaiga en sus mismas culpas y criminales acciones.

Esta es la única forma de vivir con la gracia de Dios siempre contentos en el mundo como en un paraíso anticipado. Y en verdad que seríamos muy difíciles de contentar si no nos alegráramos con lo que a Dios deja plenamente feliz y con lo que constituye el paraíso de los ángeles y santos, quienes no se alegran tanto por su gloria y felicidad inenarrable como por el cumplimiento de la Voluntad divina en sus personas al glorificarlos y engrandecerlos sin medida. Por lo tanto, es evidente que no podremos quejarnos de compartir anticipadamente el mismo gozo, la misma dicha y el mismo cielo de la Madre de Dios, de Nuestro Señor Jesucristo y del Padre celestial cumpliendo y amando siempre la divina Voluntad así en la tierra como en el cielo.

4 - Práctica de la perfecta sumisión y obediencia cristiana

Si pues anheláis disfrutar en la tierra de un paraíso anticipado, rogadle a Jesús que grabe en vosotros estas santas disposiciones de sumisión irrestricta a la voluntad divina. Y para cooperar, en

cuanto de vosotros dependa, a lograrlo, tratad no sólo de someteros en todo a lo que Dios quiere y ordena sino poned en ello vuestro mayor empeño y felicidad.

Cuando vayáis a hacer cualquier cosa, procurad hacerlo no sólo por amor a Dios, sino de tal suerte influenciados por esa intención que en ello pongáis toda vuestra dicha, felicidad y gozo ya que por ese solo y exclusivo fin lo hacéis y porque tal es su gusto y voluntad. Si algo desagradable os aconteciere, aceptadlo con todo alegremente, pues ese es a no dudarlo el querer de Dios; si, por el contrario todo os viene a pedir de boca y según vuestros deseos, regocijaos igualmente, no de que se realicen vuestras aspiraciones y anhelos, sino de que se cumplan los de Nuestro Señor. En todo cuanto ocurra en el mundo no veáis sino la voluntad divina, pensando que Dios en ello busca su mayor gloria y felicidad; detestad, si, los pecados que contra El se cometen en el desarrollo de los sucesos humanos, sin dejar de alegraros de todo cuanto a El procura siempre mayor gozo y glorificación.

No pretendo con esto decir que experimentéis en todo evento que os concierna una alegría y gozo sensible, privilegio único de los bienaventurados, sino que en todo conforméis vuestra voluntad espiritualmente a la de Dios, lo que fácilmente lograréis diciendo: «Dios mío!... yo quiero, si tal es vuestra voluntad, regocijarme siempre en querer, hacer o soportar esto o aquello, porque tal es vuestro querer y adorable beneplácito». Así disfrutaréis siempre del espiritual gozo que nos trae el cumplimiento y plena aceptación de la voluntad divina; aún más, esta práctica

mil veces reiterada, disminuirá y hasta llegará a eliminar totalmente la repugnancia natural que pudierais sentir en muchos casos y a haceros encontrar dulzuras y escondidos gozos aún naturales y sensibles, en donde, de otra manera, no hallaríais sino motivos de tristezas y amarguras indecibles.

Para lograr familiarizaros mejor con esta práctica, habituáos en todas las circunstancias de la vida a elevar vuestro corazón a Jesús para decirle férvidamente: «Oh Jesús!.., sois Vos quien ordena o permite todo cuanto acontece y ello, con un placer infinito. Pues bien, oh Dios mío!, me entrego a Vos, haced, si tal es vuestro querer, que yo no tenga otro espíritu, otro sentimiento, otra disposición y otra voluntad que la vuestra; que yo no quiera sino lo que Vos queréis, que lo quiera gozosamente como lo queréis Vos y que finque toda mi alegría y paraíso en todas vuestras obras y mandatos».

En los casos desagradables y adversos, decidle sin vacilar: «Oh Jesús!..., a pesar de toda la repugnancia y contrariedad que experimenta mi amor propio y mi propia voluntad, yo quiero soportar esta pena y aflicción, (o ejecutar esta acción), por amor vuestro y de tal modo quiero sufrirla, (o realizarla), sólo por amor a Vos, que pongo en ella toda mi felicidad, gozo y paraíso, porque Vos así lo queréis>.

En los acontecimientos felices de vuestra vida y que os procuren gozo y consuelo espiritual, exclamad, igualmente: «Oh Jesús!... me alegro de todo lo sucedido, (o quiero hacer esto), no porque haya ello ocurrido según mis deseos, (o porque me agrade ejecutar tal acción), sino porque tal ha sido la expresión de vuestro divino querer».

Procediendo así en todo, comenzaréis desde esta vida a gozar las delicias del paraíso, y disfrutaréis de una paz y serenidad espiritual indecibles, puesto que obraréis como Dios y Nuestro Señor Jesucristo obran en la tierra y en el cielo, es decir, con espíritu alegre

y satisfecho de cumplir en todo las órdenes y designios del Padre Celestial realizando en vosotros los votos y anhelos de Nuestro Señor: «Ut hábeant gáudium méum implétum in semetípsis»: «Que gocen mis discípulos, oh Padre mío!, de mi propia felicidad indeficiente». Joann. XVIIo,13.

En esto radica la perfección suprema de la sumisión cristiana y del mayor amor a Dios, ya que el amor perfecto a Nuestro Señor consiste en hacerlo todo, en sufrirlo todo y en aceptarlo todo únicamente por amor a Dios con alegría y gozo supremos. Y quien así se enfrentara a todos los acontecimientos de la vida y con tales disposiciones soportara todas las penas del vivir, proporcionará mayor gloria y felicidad a Dios y avanzará más seguramente en la senda del amor divino en un solo día que en todos los de su existencia obrando de modo diferente, y atendiendo a sus personales caprichos y deseos.

CUARTA SECCIÓN

1 - La Caridad cristiana

No sin motivo después de habernos enseñado en el Santo Evangelio Nuestro Señor que el primer mandamiento del decálogo es amar a Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas, añadió que el segundo, en un todo semejante ante al primero, es el que nos prescribe amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. En efecto, estos dos amores son inseparables; mejor dicho, no son dos amores diferentes, sino uno mismo y único amor informado y enderezado al mismo fin, puesto que hemos de amar a nuestros semejantes con el mismo corazón y afecto con que amamos a Dios, puesto que debemos amarlo, no en sí mismo, ni por lo que el prójimo

represente para nosotros sino en Dios y por Dios, o mejor dicho, es Dios mismo a quien tenernos que amar en nuestro prójimo, imagen y figura de Dios.

Y es así como nos ama Jesús: en su Padre y por su Padre, o mejor, ama en nosotros a su Padre y quiere que nosotros nos amemos mutuamente como El nos ama: «Hoc est praecéptum méum ut diligátis ínivicem, sícut diléxi vos»: «Este es mi mandato: que os améis los unos a los otros así como Yo Os he amado». Joan. XVo,11. Así, pues, la caridad cristiana consiste en amarnos mutuamente como Cristo nos ha amado. Pues bien, El nos ama tanto, que nos da todo lo que posee, todos sus tesoros y aún se nos da a Sí mismo y se vale de todo su poder y sabiduría para con bondad infinita colmarnos de beneficios. Su caridad para con nosotros es ¡limitada al sufrir nuestras imperfecciones y defectos, disimulándolos con dulzura y paciencia infinitas; caídos en su desgracia, es el primero en buscar de nuevo nuestra amistad y tendernos su mano generosa, sin tener en cuenta lo inmerecido de nuestras ofensas y desacatos ya que nos ama de verdad y no quiere en todo sino nuestro bien y felicidad, como nos lo probó al someterse en su vida mortal a toda suerte de incomodidades, miserias y sufrimientos para libertarnos del yugo de satán y devolvernos la felicidad.

En una palabra, tal es su amor hacia nosotros, que su vida toda, su cuerpo, su alma, su tiempo, su eternidad, su divinidad, su humanidad, todo cuanto es y todo cuanto tiene y puede lo pone a nuestro favor y disposición, realizando así su definición perfecta: «Déus cháritas est»: «Dios es amor», todo caridad, todo amor para con nosotros en pensamientos, palabras y obras.

Hé aquí la norma y modelo de la caridad cristiana; hé aquí lo que nos exige, al ordenarnos amar a nuestros semejantes tal cual El nos ama. Y así es como debemos amarnos mutuamente,

conduciéndonos

los unos con los otros como El mismo lo hizo con respecto de cada uno de nosotros, con una caridad infinita, según nuestros propios alcances multiplicados y reforzados por su divina gracia.

Para mejor alentarnos en este propósito, ved a vuestro prójimo en Dios y a Dios en él: consideradlo, es decir, como algo que ha salido del corazón y de la bondad de Dios, como una participación divina, como un ser creado para volver al seno de Dios en fusión perfecta con El para glorificarle por toda la eternidad y como una creatura suya que de hecho lo glorificará eternamente sea en los efectos de su infinita misericordia o en los de su justicia implacable con las recompensas celestiales de la virtud o los tremendos castigos del infierno justamente merecidos por el pecado. Miradlo como objeto del amor divino en cualquier estado o condición en que se halle, pues Dios ama y estima cuanto creó, aún a los demonios, como creaturas, obra de su mano, y no aborrece nada de cuanto ha hecho: no existe sino el pecado que El no ha creado y por lo mismo lo odia y detesta con todo su poder, por su maldad intrínseca e inconcebible. Miradlo como a alguien que tiene vuestro mismo origen, que es hijo como vosotros de un mismo Padre, que ha sido creado con el mismo fin, que pertenece a un mismo Señor, que ha sido rescatado por el mismo precio, por el de su sangre preciosa, del yugo abominable del pecado, como a miembro de un mismo Jefe, Jesucristo, y de un mismo cuerpo místico, su Iglesia inmortal, que se alimenta con el mismo manjar, con la carne y la sangre preciosa de Jesús, y en unión del cual, por consiguiente, no debéis tener sino el mismo espíritu, la misma alma y el mismo corazón. Consideradlo como templo del Dios vivo, que en sí encierra la imagen de la Trinidad beatísima y el carácter de Jesucristo, porción del mismo Jesús, hueso de sus huesos, carne de su carne; como alguien por quien tanto trabajó Jesucristo y por quien tanto sufrió sin

escatimar (un solo instante de su vida, ni una sola gota de su sangre que en cuerpo y alma por él se entregó a la muerte ignominiosa de la cruz; miradlo, en suma, como a su propio representante y recomendado ya que nos asegura solemnemente que toma como hecho a Sí mismo el favor 0 el daño que ocasionemos al más pequeño de los que en El creen: «Amen dico vobis, quámdiu fecístis un¡ ex his frátribus méis mínimis, Mihi fecistis». Math. XVo,40.

Oh! si midiéramos y pesáramos bien la importancia de estas verdades, qué caridad, qué respeto, qué honores dispensaríamos a nuestros semejantes!.. . Cómo temeríamos ofender la unión y caridad cristianas por nuestras palabras, pensamientos o acciones! Qué no haríamos, qué no soportaríamos los unos por los otros!... Con cuánta caridad y paciencia no toleraríamos y excusaríamos los ajenas faltas y debilidades! ... Con cuánta dulzura, modestia y miramiento trataríamos a los demás!.. . Qué cuidado pondríamos en agradar a nuestro prójimo para su propia edificación ... según deseo de San Pablo expresado en estas palabras: «Unusquísque véstrum próximo suo pláceat in bonum ad aedificationem». Rom.,XVo,2. Oh Jesús! Dios de amor y de caridad, grabad estas verdades y disposiciones en lo más hondo de nuestro espíritu y de nuestro corazón.

2 - Prácticas de la caridad cristiana

Si deseáis vivir en espíritu de caridad cristiana, que no es sino la continuación y perfecto desarrollo de la caridad de Jesús, es indispensable que os ejercitéis en las prácticas siguientes.

Adorad a Jesús, todo caridad; bendecidlo por toda la gloria que ha tributado a su Padre con el ejercicio de su caridad perpetua e inagotable. Pedidle perdón por las faltas cometidas contra esta virtud en

vuestra vida pasada, suplicándole ofrezca a su Padre su propia caridad por vosotros y en reparación de vuestras deficiencias en esta materia. Entregaos a El para que destruya en vuestros pensamientos, palabras y acciones cuanto sea contrario a la caridad y haga reinar en vuestros corazones esta santa virtud con toda perfección.

Releed y meditad a menudo estas palabras de San Pablo: «La caridad es paciente y benigna; no es envidiosa, insolente o vanidosa; carece de ambiciones y ,es desinteresada; no se irrita ni piensa mal de los demás. No se alegra de la iniquidad, sino de la verdad. Todo lo tolera, todo lo cree, todo lo espera y todo lo sufre. La caridad no desfallece jamás» :Cháritas pátiens est, benigna est; cháritas non aemulátur, non agit pérperam, non inflátur, non est ambitiosa, non quaerit quae sua sunt, non irritátur, non cógitat málum, non gáudet súper iniquitáte, congáudet áutem veritáti; ómnia suffert, ómnia crédit, ómnia spérat, ómnia sustinet. Cháritas núnquam éxcidit. 1a Cor. XIIIo, 4-8.

Adorad a Jesús en la actitud de pronunciar estas palabras por boca de su Apóstol, daos a El para practicarlas suplicándole que os otorgue su gracia para hacerlo con toda perfección.

Al prestar un servicio cualquiera a uno de vuestros hermanos, sea por obligación o por pura caridad, elevad vuestro corazón para decir a Nuestro Señor: «Oh, Jesús!, quiero ejecutar esta acción, si es de vuestro agrado, en honor y unión de vuestra caridad para con esta persona y sólo por Vos a quien anhelo ver y servir en esta misma persona».

Cuando, impulsados por la necesidad, deis algún descanso a vuestro cuerpo o algo de alimento o de refrigerio al mismo, hacedlo con la misma intención, considerando vuestra salud, vuestra vida y vuestro cuerpo, no como cosa vuestra sino como un miembro de Cristo a quien pertenecéis, según este divino oráculo:

«Corpus áutem. Dómino»: «El cuerpo es para el Señor». 111 Corint.1Vo,13; por consiguiente, debéis cuidar de él, no por interés personal, sino por amor a Dios, en cuanto pueda necesitar de vuestro cuerpo Para su servicio, sin olvidaros, a ejemplo de Santa Gertrudis que en ello pensaba siempre, de estas palabras de Jesús: «Quámdiu fecístis un¡ ex his frátribus méis mínimis, mihi fecístis»: «Cuanto se haga en bien o en mal del más pequeño de los suyos, es a El mismo a quien se le hace». Math.XXVo,40. Al saludar o tributar alguna muestra de respeto a cualquier persona, saludadla y honradla como a templo y semejanza o imagen de Dios, más aún, como a un miembro de Jesucristo.

En los discursos o felicitaciones no permitáis a vuestra lengua explayarse en palabras de vana complacencia y carentes de sinceridad. Las almas santas y cristianas se valen de los mismos cumplidos y palabras, de las mismas maneras de hablar en sus visitas y relaciones sociales que las mundanas, pero con la diferencia de que éstas las utilizan para el engaño, la adulación y la maledicencia y aquellas, en cambio las ponen al servicio de la caridad, mutua comprensión y expresión de la verdad.

No quiero con esto deciros que sea necesario tener siempre el espíritu en tensión y de continuo aplicado a formular estos pensamientos e intenciones cada vez que saludéis a alguien y Os entretengáis en modesta y sencilla charla con él, aunque ello fuera evidentemente lo más perfecto, sino que al menos sería lo mejor mantener de un modo general y habitual este espíritu caritativo en vuestras relaciones con vuestro prójimo, y renovar varias veces al día tan felices y nobles disposiciones.

Cuando sintáis alguna repugnancia o aversión o envidia hacia determinada persona, procurad desde un principio rechazar y aniquilar a los pies de Nuestro Señor tales sentimientos, pidiéndole que El mis

se encargue de borrarlos de vuestro corazón y de llenaros de su divina caridad, sin dejar de hacer setos interiores de caridad para con dicha persona, más o menos en la forma siguiente:

«Oh, Jesús! quiero amar a esta persona por amor vuestro. Sí, Salvador mío adorado, en honor y unión de la caridad que Vos le demostráis, yo quiero amarla con todo mi corazón, y me entrego a Vos para hacer y sufrir por ella cuanto sea de vuestro agrado». Esforzáos igualmente por hablarle, y demostradle con actos externos de caridad tales sentimientos Y no os canséis de obrar así con ella hasta tanto no hayáis logrado extirpar de vuestra alma tales pensamientos de aversión y antipatía personal.

Si se os ha ofendido, o si habéis ofendido a alguien, no esperéis a que la contraparte dé en la vía de la reconciliación los primeros pasos, sino que recordando las palabras de Nuestro Señor, sed los primeros en solucionar el problema: «Si ergo offers munus tuum ante altáre et ibi recordátus fúeris quia frater tuus hábet áliquid advérsus te; relínque ibi munus tuum ante altáre et vade príus reconciliári fratri tuo» «Si pues ofreces tu sacrificio ante el altar del Señor y ahí recuerdas que tu hermano tiene algún resentimiento contra tí, deja ahí tu ofrenda y vete en busca de tu hermano para reconciliarle con él». Math. Vo,24. Y para obedecer en esto a Nuestro Divino Maestro, como también para honrar su caridad infinita que invariablemente le mueve a buscar de nuevo nuestra amistad cuando por nuestras culpas la hemos perdido, ofendiéndole, id siempre a buscar a quien os haya ofendido o a quien vosotros hayáis contristado con vuestro mal proceder, para reconciliaros con él, dispuestos a hablarle en adelante con dulzura y caritativa sencillez.

Si en vuestra presencia alguien se permite hablaros mal de otro , tratad de cerrarle el paso a su murmuración, con prudente suavidad si es posible,

procurando que vuestras palabras no contribuyan a exacerbarle más su lenguaje, pues en caso contrario, más valdría callar manifestando con vuestro silencio cuánto os desagrada la maledicencia y la chismografía. Rogad al Señor especialmente que imprima en vuestro corazón una caridad y un afecto tierno hacia los pobres, los extranjeros, las viudas y los huérfanos. Miradlos como los recomendados predilectos del mejor de vuestros amigos, Cristo Nuestro Señor, quien os pide a menudo en los libros sagrados con persistente ansiedad los acojáis como lo haríais si de El mismo se tratara: habladles, pues, con dulzura, tratadlos con caridad y prestadles cuantos servicios estén a vuestro alcance.

3 -Caridad y celo por la salvación de las almas

Manifestad de modo muy especial una gran caridad para con las almas de todos vuestros semejantes, pero particularmente por las de vuestros familiares y amigos o subordinados y contribuid a su salvación según vuestras posibilidades. Porque San Pablo nos declara que «quien no se preocupa por los suyos, Y principalmente por los miembros de su familia, ha renegado de la fe y es peor que un infiel»: «Si quis áutem suórum, et máxime domesticórum curam non hábet, fidem negávit et est infidéli detérior». 1 Tim. Vo,8. No olvidéis que las almas han costado treinta y cuatro años de trabajos y de sufrimientos, la sangre y la vida de un Dios y que la obra máxima, la más divina Y grata a Jesús y a la que vosotros podríais consagraros en este mundo es la de trabajar con El en la

salvación de las almas, que le son tan caras y preciosos objetos de su predilección.

Entregaos, por consiguiente a El para trabajar en ello en todas las formas que os sugiera la gracia divina. Consideraos indignos en grado sumo de ser

los obreros del Señor en una empresa tan noble y sublime; con todo, cuando se os brinde la oportunidad de colaborar con vuestro esfuerzo en la salvación de un alma desgraciada, (y estos casos no son nada raros), no la dejéis escapar, sino que, después de pedirle fervorosamente su gracia a Dios Nuestro Señor, consagraos con todo empeño a esta buena obra según vuestra condición y las posibilidades que tengáis a vuestra disposición, con diligencia suma y gran caridad, como si se tratara de un negocio de capital importancia y en que os fuera la vida o la salvación de vuestro patrimonio y fortuna personal. Y todo esto habréis de ejecutarlo únicamente por amor de Dios, para que sea eternamente amado y glorificado en las almas, convencidos de que debéis estimar como un insigne favor y un honor indecible el poder consumir todo vuestro tiempo, toda vuestra salud , toda vuestra vida y todos los tesoros del mundo, si os pertenecieran para ayudar a la salvación de una sola alma ya que por ella Jesucristo ha dado toda su sangre y ha empleado y consumido todo su tiempo y su vida entera sin escatimar esfuerzos y penalidades.

Oh Jesús! celoso amante de las almas, Vos que anheláis salvar las almas de toda la humanidad, grabad, si os place, los sentimientos y el celo de vuestro caritativo corazón en todas las almas de los cristianos para que con Vos colaboren a la salvación del mundo entero.

LIBRO TERCERO
Las devociones de la vida cristiana

CAPITULO 1

DEVOCIÓN A LOS MISTERIOS DE NUESTRO SEÑOR

1 - Motivos y medios de honrar anualmente los estados y misterios de la vida de Jesús

Tenemos tantas y tan apremiantes Obligaciones de honrar y amar a Jesús en Si mismo y en todos los estados y misterios de su vida que quien pretendiera tan sólo enumerarlas únicamente se vería abocado a un imposible. Sin embargo yo os señalaré a continuación algunas y comencemos por la primera.

Así como nosotros tenemos que continuar y cumplir en nosotros mismos la vida, las virtudes y los actos de Jesús, de igual modo hemos de continuar y complementar en nuestras personas los estados y misterios de Jesús y de suplicarle que El mismo los realice plenamente en nosotros, y los lleve a su total desarrollo y perfección definitiva, en la Iglesia universal. Esta es una verdad sobre la que nunca se insistirá lo suficiente: los misterios de Jesús no han alcanzado todavía su perfeccionamiento total sino en nuestro Jefe y cabeza pero su desarrollo progresivo continúa en nosotros sus miembros y en la Iglesia católica que es su cuerpo místico. Los designios del Hijo de Dios han querido establecer una participación y prolongado desenvolvimiento en nosotros y en su Iglesia del misterio de su Encarnación, de su nacimiento, de su

infancia, de su vida oculta y pública, de su vida apostólica, de su Pasión y muerte y, en suma, de todos sus misterios restantes por medio de las gracias que ha decidido comunicarnos y por los efectos saludables que quiere derramar sobre nuestras almas por la conmemoración de los mismos misterios: en tal forma pretende Dios realizar en nosotros y en su cuerpo místico su vida misteriosamente divina.

Y así San Pablo nos manifiesta que Jesucristo se completa en su Iglesia y que nosotros todos cooperamos a su cabal perfección y a la plenitud de su vida> :«Et Ipsum dédit caput supra omnem Ecclésiam, quae est corpus ipsíus, et *plenitudo ejus»:* Dónec occurramus omnes in unitátem fídei... in virum perfectum in mensúram aetátis plenitúdinis Christi». Eph., Io, 22-23 y Eph. IVo, 13. Este perfeccionamiento definitivo, esta plenitud de la vida de Cristo no podrá tener su total desarrollo y verificativo final sino en el día del Juicio universal, en el día del balance, de la liquidación definitiva de la creación y de la entrega de cuentas por parte de la Humanidad entera al Soberano Juez. Hasta ese instante la vida y misterios de Cristo habrán de influir en la historia de las almas cristianas y en la conducta y gobierno de la Iglesia. Por esto San Pablo nos habla repetidas veces de «la plenitud divina que en nosotros se realiza y del crecimiento y desarrollo progresivo de Dios en nuestra humanidad»: en otro pasaje nos dice que «él, (Pablo), completa en sí mismo lo que faltó a la Pasión de Cristo»: «Impleámini in ómnem plenitúdinem Dei». Eph., 1119, 19. «Adímpleo ea quae désunt passiónum Christi in carne méa». Col. Io, 24. Y notemos que lo que es cierto con referencia al misterio de la Pasión, lo es igualmente respecto de todos los demás estados y misterios de la vida de Jesús.

De esta manera ha resuelto el Hijo de Dios consumar y desarrollar en nosotros todos los estados y misterios de su existencia. Proyecta realizar en nuestras

almas el estado de su vida divina y eterna en el seno de su Padre, imprimiendo en nosotros una participación de la misma, haciéndonos vivir con El una vida pura, santa y divina.

Decide consumar en nosotros el estado de su vida pasible y mortal, haciéndonos vivir en la tierra, con el auxilio de su gracia divina, una vida pasible y mortal que honre e imite en todo la suya santa e impecable.

Pretende Jesús consumar en nosotros el misterio de su Encarnación, de su nacimiento y de su vida oculta, formándose y como reencarnándose en nosotros, renaciendo en nuestras almas por el Santo Bautismo y la Sagrada Eucaristía y haciéndonos vivir una existencia espiritual e interiormente oculta en su Corazón Divino unidos a su Padre Celestial.

Quiere perfeccionar en nosotros el misterio de su Pasión y muerte y el de su Resurrección, haciéndonos sufrir, morir y resucitar con El y en El de misteriosa manera; quiere cumplir en nosotros el estado de su vida gloriosa e inmortal en el cielo, haciéndonos vivir con El y en El, en su misma gloria y con su misma vida gloriosa e inmortal.

Y de esta suerte tiene Jesús el designio de consumar, cumplir y prolongar en nosotros y en su Iglesia todos los demás estados y misterios de su vida por la comunicación y participación que en ellos se ha dignado concedernos, exigiéndonos nuestra colaboración en la realización de ese maravilloso plan divino.

Y estos planes de Dios no tendrán su total desenvolvimiento y definitiva realización antes del fin de los tiempos, Pues tal es el plazo que Dios ha concedido a la humanidad para su completa santificación; nuestra cooperación en obra tan maravillosa no puede, no debe faltar, pues hemos recibido de Dios el ser Precisamente para realizar los planes del Altísimo sobre su obra creadora. Debemos, por lo tanto, emplear todo nuestro tiempo, los días y años de nuestra

existencia en contribuir a la medida de nuestras fuerzas y colaborar con Jesús en la realización perfecta de sus planes providenciales; esa colaboración nuestra ha de ser total, y tenemos que poner a su servicio, nuestras buenas obras, nuestras oraciones, la constante aplicación espiritual de nuestro talento y de nuestra voluntad a meditar en los diversos estados y misterios de la vida de Jesús, a adorarlos y honrarlos en los diferentes tiempos del cielo litúrgico en que la Iglesia los conmemora y a entregamos a Dios para que El opere en nosotros por estos mismos misterios cuanto sea de su agrado para lograr así en colaboración nuestra una mayor glorificación de su Divinidad. Tal es la razón primera que nos obliga a tener una devoción especial a todos los estados y a todos los misterios de la vida de Nuestro Señor Jesucristo.

2 - Nuevos motivos de tener una devoción especial a todos los estados y misterios de la Vida de Jesús y de honrarlos cada año

Otras razones nos impelen a tener una devoción particular a todos los estados y misterios de la vida de Jesús. Hé aquí cuatro de ellas y de las más convincentes:

1e) Debemos imitar a nuestro Padre celestial, según la doctrina de San Pablo: «Estote imitatóres De¡, sicut filii charíssimi»: «Sed imitadores de Dios, como hijos amantísimos». Eph.,Vo,1. Pues bien, el Eterno Padre perennemente entregado a la contemplación, glorificación y

amor de su Hijo Jesús, lo hace amar y glorificar en sí mismo y en todos sus estados y misterios.

2e) Tenemos que amar y honrar todo cuanto en una u otra forma ama y glorifica a Dios. Ahora bien, cuanto hay en Jesús tributa a Dios una gloria infinita,

y por lo mismo hemos de honrar particularmente y sin medida todos los estados y misterios de Jesús, agradeciéndole la gloria que con ellos ha tributado a su Padre más aún que las gracias que con los mismos nos ha dispensado para el logro de nuestra salvación, puesto que los intereses de Dios han de primer necesariamente sobre los de nuestras almas.

3e) La Iglesia, o mejor el Espíritu Santo, hablando por boca de la Iglesia nos invita constantemente a adorar y glorificar los diversos estados y misterios de Jesús. Por qué, en efecto, al principio y al final, lo mismo que en la mitad y en las partes más importantes del Santo Sacrificio, o sea en el «Gloria in excelsis Deo», en el «Credo in unum Deum» y en el último Evangelio, «In principio erat Verbum» de San Juan, y por qué, de igual manera en el Símbolo o Credo que recitamos los Sacerdotes en el Santo Breviario con marcada frecuencia, el Espíritu Santo nos pone de presente y como ante los ojos de continuo los varios estados y misterios de la vida de Jesús sino para que con frecuencia meditemos en ellos como objeto de nuestra adoración y el punto esencial de nuestra piedad y a fin de que sean el pan y alimento cuotidiano de nuestra vida espiritual, ya que nuestras almas no deben vivir sino de la fe, de la contemplación y del amor a los misterios de Dios y de su Hijo Jesús, según la afirmación categórica del Apóstol: «Justus ex fide vivit»: «El justo vive de la fe»? Hebr.X,38.

4e) Estamos obligados a venerar todo lo que es de Jesús, puesto que toda grandeza merece acatamiento y honra, y una grandeza infinita es digna de un homenaje y honor infinito, no es, por ventura, Jesús el grande entre los grandes, la Grandeza personificada, la Grandeza infinita, y que no puede comprender nuestra limitada inteligencia? Todo cuanto se relaciona con su Divinidad, con su santa Humanidad, con los estados y misterios de su vida maravillosa en el tiempo y en la eternidad reviste un carácter de grandeza

y una dignidad infinita que sobrepujan nuestra comprensión humanamente limitada, y por lo mismo todo ello merece nuestro respetuoso homenaje y la perenne glorificación de nuestra mente y de nuestro corazón.

Y sin embargo, cosas tan grandes, tan dignas y tan santas permanecen casi totalmente ignoradas u olvidadas aún por muchos que se llaman hijos de Dios, que llevan su nombre y que no han sido creados sino para conocer, amar y servir al Señor en todos sus misterios, y que no pueden verdaderamente vivir sino de esta ciencia y de este amor sublime. «Haec est áutem vita aeterna, ut cognoscant Te solum Déum verum, et quem misisti Jesum Christum»: «La vida eterna está en que Te conozcan como a único Dios verdadero y a Jesucristo tu enviado» Joann. XVIIo,3.

En esto consiste la vida de los bienaventurados en el cielo y en lo mismo estriba la vida verdadera de los justos sobre la tierra y de tal conocimiento y amor a los estados y misterios de Jesús tendremos que rendir cuenta a Dios a la hora de la muerte. El juicio universal que pronunciará el Hijo de Dios al fin de los tiempos no ha de tener otro objeto que el de tributar mediante la justicia tremenda de Nuestro Señor un supremo homenaje a todos sus misterios, proclamando a la faz de toda la humanidad cuanto ésta ha hecho u omitido en la meditación y amor de los misterios de Cristo a través de todos los siglos y en todos los lugares del universo. Estarán allí presentes justos y

pecadores y justos y pecadores recibirán entonces recompensas o castigos eternos, de acuerdo con su conducta; en tal forma, justos y pecadores rendirán a Dios el solemne homenaje de acatamiento y sujeción a su Justicia inexorable. El infierno de los condenados y el cielo de los elegidos, han sido la obra de Dios para obligar al hombre a buscarle, amarle y servirle de acuerdo con estos planes sapientísimos de su Divina Voluntad.

Queremos librarnos *de la cólera de Dios y no* pertenecer en ese día terrible a la falange de los réprobos infelices?... pues entonces, desde ahora, que nuestro mayor empeño y espiritual cuidado sea la contemplación y amor de los estados y misterios todos de la vida de Jesús; celebremos siempre las fiestas de Jesús y de María Santísima a todo lo largo del cielo litúrgico, año tras año, y ordenemos nuestra vida espiritual y nuestros ejercicios piadosos de suerte que en el curso de cada año de nuestra vida mortal desfilen ante la amorosa consideración de nuestra alma todos los misterios y estados de la vida de Jesucristo, Nuestro Señor.

3 - Orden en que hornos de honrar anualmente todos los estados y misterios de Jesús. Conveniencia 0 interés nuestros en elegir un misterio particular para honrarlo todo nuestra vida y otro para cada año de la misma

El primer estado de Jesús es el de su vida divina en el seno de su Padre desde toda la eternidad. Conviene honrarlo en el tiempo inmediatamente anterior al Adviento, o sea en Octubre y Noviembre, adorando a Jesús que vive eternamente en el regazo de su Padre y en su vida de nueve meses en el seno de la Santísima Virgen, al llegar la plenitud de los tiempos, momento anhelado de la Redención del mundo.

Tenemos que reservar, sin embargo, las dos últimas semanas de Noviembre para honrar en ellas la vida de Jesús en el mundo antes de su Encarnación, durante cinco mil años, es decir, desde la creación del mundo hasta el día en que su Autor se hizo carne para redimirlo. En efecto, durante todos estos siglos de espera, Jesús vivía en cierto modo en la mente y en el corazón de los Ángeles del cielo y de los Patriarcas, Profetas y Justos de la tierra que no ignoraban su futuro

advenimiento y cuya realización de continuo anhelaban, esperándolo con ansias infinitas y con sus votos y oraciones tratando de apresurar el instante feliz de su ejecución: «Roráte, coeli, désuper et nubes plúant Justum»: «Derramad, oh cielos vuestro rocío! y que las nubes lluevan al Justo», tal era la esperanzada súplica de la humanidad por siglos y siglos de anhelante expectativa. La misma oración subía fervorosa de los labios de los santos padres que desde allí suspiraban por el santo advenimiento del Salvador, demostrando así que El en sus corazones vivía y reinaba por la esperanza amorosa de su próxima llegada.

En todo el Adviento hemos de venerar el misterio de la Encarnación del Verbo y de su residencia de nueve meses en el seno de María Santísima.

Desde Navidad hasta la Purificación la santa Infancia de Jesús y todos los misterios relacionados con ella, en el orden en que loa Liturgia sagrada los va brindando a nuestra consideración y afecto, a saber: la Natividad de Cristo, su residencia en el pesebre de Belén, su Circuncisión, su Epifanía, su Presentación en el templo, su fuga a Egipto, su permanencia en este destierro durante siete años, su retorno a Nazaret, su morada en este humilde caserío, sus peregrinaciones anuales con

María y José a Jerusalén, su pérdida y hallazgo en el templo de la Ciudad Santa y su presencia en medio de los Doctores de la Ley a los doce años.

Desde la Purificación hasta el Miércoles de Ceniza honraremos su vida oculta y laboriosa con su Madre Santísima y San José hasta la edad de treinta años y, luégo, después del Miércoles de Ceniza hasta el Domingo inmediato, primero de Cuaresma, el Bautismo de Jesús en el Jordán en que se manifestó su gloria por las palabras de encomio que pronunció ante la multitud de creyentes el Eterno Padre: «Este es mi Hijo amadísimo en quien he puesto todas mis complacencias»: «Hic est Fílius méus dilectus in quo mihi

complácui». Matth.111o17, y por la maravillosa aparición del Espíritu Santo en forma de paloma sobre la cabeza adorable de Cristo, mientras su Heraldo y Precursor, Juan Bautista hacía de El un cálido elogio de bienvenida.

En la primera semana de Cuaresma hemos de honrar la vida solitaria y penitente de Jesús en el desierto; en la segunda, su vida pública y evangélica desde los treinta años hasta los treinta y tres y tres meses, esto es, hasta su muerte: tal m al menos la disposición litúrgica de la Iglesia al ofrecernos en los diversos Evangelios de cada día de este tiempo la meditación de los diversos misterios de la vida Evangélica de Nuestro Señor. Mas como, a nuestro juicio una semana es tiempo muy limitado para honrar este estado de los trabajos evangélicos de Jesús ya que tenemos que meditar en muchos otros misterios de esta temporada de la vida de Nuestro Señor en las semanas restantes de la Cuaresma, volveremos sobre el mismo asunto, después de la Fiesta del Corpus Christi.

Las otras cuatro semanas de Cuaresma estarán consagradas a honrar la vida penitente de Jesús, que se caracteriza por cuatro modalidades diferentes de penitencia, a saber: humillaciones, privaciones, sufrimientos externos e internos. Durante la primera de estas cuatro semanas honraremos todas las humillaciones de la vida de Jesús tanto exteriores como interiores; en la segunda, sus privaciones así corporales como espirituales; en la tercera, los sufrimientos físicos de su cuerpo y en la cuarta, sus sufrimientos de orden espiritual e interior.

El Jueves Santo tenemos que honrar a Jesús en la institución de la Divina Eucaristía y en el Lavatorio de los pies de sus Apóstoles. Desde el Viernes Santo hasta el Domingo de Resurrección, adoraremos a Jesús en sus dolores, en su agonía, en su Cruz, en su muerte, en la bajada de su Alma al Limbo y en su Sepultura.

El Domingo de Pascua debemos honrar la Resurrección de Jesús y su ingreso a la Vida gloriosa, conmemoración ésta que debemos prolongar y proseguir en los demás Domingos del año litúrgico, dada su capital importancia en nuestra vida espiritual.

Desde Pascua hasta la Ascensión, honraremos la vida gloriosa de Jesús y su estadía en la tierra después de su Resurrección; de Ascensión a Pentecostés nuestra devoción tendrá por objeto la vida gloriosa de Jesucristo en los cielos desde su Ascensión, misterio éste que honraremos. también de modo especial en cada Domingo del año.

Después de Pentecostés hasta la fiesta de la Santísima Trinidad debemos honrar la venida del Espíritu Santo de Jesús, y todas las grandezas, virtudes y misterios del Espíritu Santo. En la fiesta ¡esta de la Santísima Trinidad rendiremos el tributo de nuestro honor a la vida de la Trinidad Beatísima en Jesús y de Este en Aquélla, práctica que continuaremos en los restantes Domingos del

año litúrgico, pues tal es la voluntad de nuestra Madre la Iglesia. Los tres días subsiguientes a la Fiesta de la Santísima Trinidad estarán consagrados al honor de las Tres Divinas Personas: el Lunes, honraremos al Padre, el Martes, al Hijo y el Miércoles, al Espíritu Santo.

Durante la Octava del Corpus, e igualmente todos los jueves del año, hemos de venerar el estado y la vida de Jesús en el Santísimo Sacramento del Altar. Dividiremos en dos partes iguales el espacio de tiempo que va de la Octava del Corpus hasta el mes de Agosto para honrar en la primera la vida pública y evangélica de Cristo y en la segunda, el misterio del último Advenimiento del mismo cuando vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos al fin del mundo. Este misterio de la vida gloriosa de Jesús es el primero que en el Símbolo de la fe nos ofrece la Iglesia después del de la Ascensión de Jesús a los cielos para sentarse allí en su trono a la diestra del Padre celestial.

Desde principios de Agosto honraremos a Jesús, en todo su ser, esencia y divinos atributos en el orden siguiente:

1e) Su divinidad o esencia divina que comparte con el Padre y el Espíritu Santo y que en todo lo aquípara a esas dos divinas Personas, siendo lo mismo que Ellas, infinito, incomprensible, eterno, inmortal, omnipotente, omnisapiente, todo bondad, y dotado de todas las perfecciones que constituyen la Esencia de Dios.

2e) Su persona divina, que le es propia y particular, haciéndolo el Hijo de Dios, el Verbo, la imagen y esplendor del Padre y el divino ejemplar y modelo según el cual el Padre hizo todo cuanto existe.

3e) Su alma santa con todos sus facultades, su inteligencia, su memoria y su voluntad.

4e) Su cuerpo sacratísimo con todos sus miembros, sus sentidos y partes adorables de ese mismo cuerpo deificado, principalmente su Sangre preciosa y su Corazón divino, dignos por mil títulos de nuestra veneración ¡limitada.

En el mes de Septiembre tenemos que honrar los siete estados y dominios de Jesús, en el siguiente orden:

1e) Su estado y dominio en el mundo natural, compuesto de cuatro elementos: la tierra, el aire, el agua y el fuego y de todos los demás organismos que lo forman.

2e) Su estado y dominio en el mundo espiritual y místico, es decir, en la Iglesia militante.

3e) Su estado e imperio en la muerte, en donde honramos su soberanía, su justicia, su eternidad, su muerte y su vida inmortal.

4e) Su estado y dominio absoluto en el juicio particular que ejerce a diario y a cada instante sobre las almas que abandonan la vida corporal y en el que honramos su justicia, su equidad, su verdad, su poder y majestad sin límites.

5e) Su estado y dominio en la Iglesia purgante,

es decir, en el Purgatorio, en que se honra su voluntad y justicia todopoderosa, como también su bondad e infinitos sufrimientos.

6e) Su estado y dominio en el infierno, en donde todas sus perfecciones divinas y todos sus misterios son honrados y glorificados de manera terrífica y admirable.

7e) Su estado e imperio en la Iglesia triunfante que está en el cielo.

Hé aquí siete estados y dominios de Jesús que podemos honrar en el mes de Septiembre. Así los he designado porque Jesús reina y triunfa en todos estos lugares y en todo esto y porque esto todo y estos lugares en su totalidad están llenos de su gloria, honor, poder, presencia y majestad infinitas. «Pleni sunt coeli et terra majestatis gloriae tuae»: «Llenos están los cielos y la tierra de la majestad de vuestra gloría>.

En las fiestas de la Santísima Virgen y en todos los Sábados del año honramos la vida de Jesús en la Virgen y todas las maravillas y misterios que ha operado en ella.

En las fiestas de los Ángeles y de los Santos. celebradas en el curso del año eclesiástico hemos de honrar la vida de Jesús en los Ángeles y en los Santos.

Nada que con Jesús tenga relación debe dejar indiferente nuestra devoción y por lo tanto lo honraremos en todo tiempo y lugar y en todos los seres. Mas, para facilitaros aún más los medios de hacerlo, permitidme proponeros lo que debéis meditar y honrar principalmente en cada estado y misterio de Cristo y la manera de alcanzarlo. Sobre este asunto tengo en preparación otra obrita que con la ayuda de Dios terminaré pronto, y, a no dudarlo os ha de servir mucho para adelantar en el camino de la perfección (1)

(1) Se trataría de una obra de San Juan Eudes, intitulada: «Tout Jésus», o sea, «Todo Jesús», según el Padre Costil, y el Padre de Montigny en su biografía del Santo nos habla del mimo libro probablemente pero con otro título: «Exercices intérieurs sur les Mystères de Jésus», es decir, «Ejercicios interiores sobre los Misterios de Jesús». Desgraciadamente cata obra de gran mérito permaneció mucho tiempo manuscrita y al fin se perdió.

Mas antes, se impone una observación: así como estamos obligados a tributar homenajes especiales a ciertos Ángeles y Santos de nuestra devoción, y como, por otra parte, debemos elegir cada año una categoría determinada de Santos o un orden particular de los coros angélicos, para que reciban de nuestra parte un culto especial, del mismo modo hemos de escoger un misterio de la Vida de Nuestro Señor para que en el curso de nuestra vida entera sea el objeto preferencial de nuestros homenajes. Para hacer esta elección acertadamente, tomemos consejo de nuestro Director espiritual, recomendemos tan importante determinación a Dios y busquemos en la oración las luces del Espíritu Santo. Fuera muy conveniente también aprovechar la Fiesta de la Ascensión de Nuestro Señor a los cielos cada año para renovar esta elección y para hacer igualmente escogencia de otro misterio de Jesús como objetivo de nuestra devoción particular del año en que vivamos.

4 - Siete consideraciones sobre cada misterio de Jesús

Entre la infinidad de maravillas que cada misterio de la vida de Jesús encierra hay siete que de modo especial atraen nuestra atención y cuyo conocimiento nos ha de servir de modo admirable en la práctica de nuestra vida interior.

La Primera es la composición de lugar, esto es, según los autores de espiritualidad, lo que constituye propiamente la esencia del misterio en cuestión con todas las circunstancias de tiempo y de lugar del mismo. Por ejemplo, se trata de honrar el misterio de la Navidad de Jesús: para ello, meditemos en todo lo que entonces sucedió, en la extrema pobreza y desnudez del Portal de Belén, en los rigores de esa noche invernal, en las pajas, mísero alimento del asno y del buey, en las lágrimas y lamentos del Divino Niño, en los primeros graciosos movimientos de sus pies y manos, en sus ojitos candorosos, en su boquita preciosa, en una palabra, en su cuerpecito infinitamente bello y perfecto, en su reposo en el regazo de su Madre Santísima, que, amorosa lo alimenta colmándolo de besos y caricias, mientras José lo adora reverente casi sin atreverse a tocarlo con sus rudas manos, en la visita de los pastores y en cuanto se dijo y sucedió en esa noche feliz y gloriosa.

Hé aquí lo que llamo composición de lugar del misterio del nacimiento de Jesús. De idéntica forma hay que proceder en la meditación de todos los demás misterios de Cristo: en su Encarnación, en su Circuncisión, en su Presentación en el Templo, en su huida a Egipto, en su Pasión y muerte, etc., etc. Todo esto es digno de nuestra consideración atenta y reverente ya que nada hay pequeño e insignificante en Cristo Nuestro Señor, sino que en El todo es grande, divino y adorable.

Si el Hijo de Dios en persona se toma la pena do, pensar en nosotros con tal solicitud que cuenta nuestros pasas y nuestros cabellos, según palabras del Espíritu Santo: «Gressus méos dinumerásti», «Vestri capilli cápitis omnes numerati sunt». Job XIVo,21 y Matth.Xo,30, y se preocupa hasta de anotar en su Corazón y en los libros de la Vida Eterna nuestras menores obras buenas hechas con ánimo de honrarlo y glorificarlo eternamente, con cuánta mayor razón no

deberíamos nosotros de aplicar nuestro espíritu y nuestro corazón a la consideración, adoración y glorificación de los menores detalles de los misterios todos de su vida divina e inolvidable.

La segunda cosa que hemos de meditar y honrar en cada misterio del Hijo de Dios es el espíritu y las interioridades del mismo, es decir: la virtud, el poder y las gracias que le son inherentes y como lógica resultancia del mismo; pensamientos e intenciones, afectos, sentimientos, disposiciones y ocupaciones interiores con que se ha verificado este misterio de parte de Jesús y de las personas y seres que en él tomaron parte. Por ejemplo, se trata de meditar en el misterio de la Encarnación, del Nacimiento, de la Pasión o de otro misterio de la vida de Jesucristo, pensemos entonces atentamente en los pensamientos de su espíritu, en los afectos y sentimientos de su Corazón, en sus interiores disposiciones de humildad, caridad, amor, sumisión, dulzura, paciencia y demás virtudes que con tal motivo practicó; consideremos las ocupaciones interiores que desempeñó Jesús con respecto a su Padre, a Sí mismo, a su divino Espíritu, a su santísima Madre, a sus Ángeles y Santos y a nosotros los hombres en general y a cada uno de nosotros en particular, como también, la virtud, el poder y el espíritu sobrenatural con que realizó su Encarnación, su Nacimiento, su Pasión o cualquier otro misterio de su vida santísima: tal es, a mi juicio, el lado sobrenatural e íntimo y como el alma de los misterios de Cristo Nuestro Señor. Por supuesto que, a pesar de lo que habitualmente sucede, esta meditación debería ser la más cuidadosamente practicada por el cristiano que de veras quiere honrar los misterios de Jesús. Muchas almas, en efecto, se contentan con la contemplación de las exterioridades de determinado misterio, sin tener en cuenta las intimidades sobrenaturales y los detalles internos del mismo, a pesar de no ser lo primero más que la corteza, lo aparente, accidental y accesorio

de dicho ejercicio, y lo segundo, lo verdaderamente esencial y constitutivo del mismo. U composición de lugar y el aspecto externo del misterio es pasajero y temporal; el lado sobrenatural, el aspecto espiritual de él y su meditación dejan en el alma huellas indelebles y eternas y saludables lecciones para nuestra vida espiritual.

La tercera cosa que debemos honrar en los misterios de Jesús, es los efectos que ha operado y sigue operando indefinidamente por cada uno de ellos. En la Sagrada Escritura, en efecto, se designa el Hijo de Dios como Cordero inmolado desde el principio del mundo: «Agnus qui occísus est ab origine mundi». Apoc.XIIIo,8, pues, desde la creación ha obrado y continúa obrando por su Encarnación y misterios subsiguientes, efectos admirables de gloria, de felicidad, de luz, de gracia, de misericordia, de justicia y de terror en el cielo, en la tierra y en el infierno sobre los hombres, los ángeles y las creaturas todas del universo, corno lo veremos más adelante, si Dios quiere.

La cuarta cosa que hemos de adorar en los misterios de la vida de Nuestro Señor es los designios particulares que El tuvo en su realización. Porque existe una razón especial, un fin determinado en cada misterio, como el de honrar al Padre Eterno y glorificarse a Sí mismo por medios y caminos que ignoramos, santificando las almas y logrando otras admirables ventajas de orden espiritual que escapan a nuestro conocimiento.

La quinta cosa digna de ser meditada y honrada en los misterios de Cristo es la participación que en ellos tiene la Santísima Virgen, pues es innegable que a Ella corresponde un papel importantísimo y especial en la mayoría de los estados y misterios de la vida de su divino Hijo, de suerte que ella sola tiene más parte en ellos que todos los Ángeles y Santos y que todo el mundo, porque el Hijo de Dios obró en Ella mayores y más maravillosos efectos de gracia que en

todos los Ángeles y Santos del cielo y de la tierra. De igual manera, esta bienaventurada Virgen por si sola ha tributado mayor honor y gloria a Dios en cada uno de sus misterios que todos los Ángeles y Santos de la creación entera.

La sexta cosa que merece nuestra atenta meditación y homenajes especiales en los misterios de Jesús es el papel que en ellos tuvieron o tienen determinados Ángeles y Santos. Por ejemplo, en el misterio de la Encarnación, participaron de modo directo y muy especial, la Santísima Virgen y San José, el Arcángel San Gabriel y todos los Santos que han tenido una devoción particular a este misterio y alguno de los coros angélicos, tal vez el de los Serafines, por tratarse de un misterio de amor ya que tal es su misión y su razón de ser: cantar y ensalzar eternamente las grandezas del Amor Increado.

Los Ángeles y Santos del misterio del Nacimiento de Nuestro Señor son la Santísima Virgen, San José, San Gabriel, los santos Pastores de Belén y los Santos que han demostrado una especial devoción a este misterio, como San Bernardo y algunos Otros.

Los Ángeles y Santos del misterio o estado de la santa Infancia de Jesús son igualmente la Virgen María, San José y San Gabriel, puesto que los tres participaron en todos los misterios de nuestro adorable Salvador, y además, San Juan Bautista, santificado en el regazo materno por su visita a las montañas de Hebrón antes de su nacimiento, San Zacarías y Santa Isabel, el santo anciano Simeón que recibió y cargo en sus brazos el Niño Jesús el día de su Presentación en el Templo, la canta Profetisa Ana que se encontraba en el mismo lugar y fecha, y que como es fácil imaginar igualmente lo cargó y estrechó amorosamente en su seno, los Reyes Magos, los Santos Inocentes, primeros mártires del Evangelio y los Ángeles custodios de estos mismos Santos y algunos más cuyos

nombres ignoramos.

Los Ángeles y Santos de la Vida Pública y evangélica de Jesús son todos los Apóstoles y discípulos de Cristo y todos los Santos y Santas con quienes trató el Salvador durante estos años de su vida mortal, así como también los Ángeles Custodios de los mismos.

Los Ángeles y Santos del misterio de su Pasión, de su Cruz y de su Muerte son, de modo especial ¡a Santísima Virgen, San Gabriel, San Juan Evangelista, Santa Magdalena, Santa Marta, Santa María Salomé, las otras santas mujeres que estaban al pie de la Cruz en el Gólgota, todos los santos Mártires y los Santos que en general se han distinguido por su especial devoción a este santo misterio de la Redención.

Y así todos los demás misterios de la vida de Nuestro Señor tienen sus Ángeles y Santos determinados por haber desempeñado papel preponderante en asocio de Cristo en su ejecución y desarrollo, y el Hijo de Dios ha obrado y prosigue obrando en ellos particulares efectos de gracia, de santificación, de luz, de amor y de gloria en sus almas debido precisamente a esa participación directa en su vida mortal o eterna.

La séptima cosa que hemos de considerar y reverenciar en los misterios de Jesús es el papel especial que a nosotros nos tiene en su realización reservado. Nos toca, en efecto, una participación determinada en cada uno de sus misterios e indudablemente el Hijo de Dios nos ha tenido presentes en su pensamiento y en sus eternos designios al dar cumplimiento a determinados misterios y estados de su vida. Ha abrigado el designio de comunicarnos alguna gracia o de concedernos algún favor particular sea en la tierra, sea en el cielo, por medio de alguno de estos misterios; y esta debe ser, cabalmente, una de las principales razones que nos obligan a venerar y adorar los misterios todos de la Vida de Nuestro Señor Jesucristo.

5 - Siete maneras de honrar los misterios de Jesús

Los misterios de Nuestro Señor son tan admirables y dignos de nuestra veneración y culto y tan obligados estamos a rendirles nuestro homenaje y acatamiento, que no sólo nada hemos de omitir de cuanto nos imponga este deber, sino que debemos glorificarlos en cuantas formas nos sea factible. Hé aquí siete medios o maneras de honrarlos:

Primero. Por pensamientos, consideraciones, afectos, disposiciones y actos interiores de nuestro espíritu y de nuestro corazón, consagrando nuestra inteligencia y voluntad a contemplar y meditar en estos divinos misterios y a adorarlos y glorificar a Dios en los mismos.

Segundo. Por nuestras palabras, conversaciones y relaciones familiares, puesto que toda palabra, toda conversación y todo entretenimiento familiar o social no debería entre cristianos tener otro tema u objeto que la persona adorable de Jesús y las virtudes y misterios de su vida, ya que tal ha de ser nuestra principal ocupación en el cielo.

Tercero. Por todos nuestros ejercicios y actos externos de piedad, como celebración o audición de la Santa Misa, Sagrada Comunión, confesión de nuestros pecados o administración a las almas del mismo sacramento, rezo del Oficio divino y demás ejercicios habituales de devoción y toda clase de buenas obras de la vida ordinaria, ejecutándolas por amor a Jesús y con la intención de honrar determinado misterio de su vida santísima. Por ejemplo, si queremos honrar el misterio de la

Encarnación, haremos a Nuestro Señor el siguiente ofrecimiento: «Oh! Jesús, os ofrezco esta santa Misa, esta sagrada Comunión y todo cuanto tenga que hacer hoy en honor del misterio adorable de vuestra Encarnación».

Cuarto. Por los actos de humillación, mortificación y penitencia que se nos presenten, ofreciéndolos

todos al Señor para honrarlo en determinado misterio de su vida.

Quinto. Por imitación, tratando de imitar e imprimir en nosotros el misterio que deseamos honrar, si es que en algo es de posible imitación. Por ejemplo, si tenernos que honrar el misterio de la Infancia de Jesús, procuraremos imitarlo en la sencillez, humildad, dulzura, Obediencia, pureza e inocencia de su niñez encantadora y de esta suerte lograremos reproducir en nosotros el vivo retrato del Niño Jesús. Indudablemente este es el mejor modo de venerar honrar los misterios del Hijo de Dios.

Sexto. Por estado, es decir, no sólo honrando los misterios de Jesús con actos pasajeros, internos o externos, sino con una actitud permanente y habitual que nos lleva a reverenciar los diversos estados y misterios de la vida de Nuestro Señor. Por ejemplo, si os halláis en un estado de pobreza exterior o interior alarmante y sufrís esa pena con paciencia y sujeción a lo que Dios dispone, honráis así por vuestro estado la pobreza de Jesús en su vida mortal, virtud que nos recomendó tanto con su palabra y ejemplo.

Si os veis reducidos por una enfermedad cualquiera a un estado de debilidad y fatiga tan grande que apenas si os permite medio moveros y valeros penosamente de vosotros mismos sin ajena ayuda, al aceptar pacientes y resignados al divino querer vuestra triste situación, honraréis así de la manera más perfecta la impotencia voluntaria a que se redujo el Niño Dios en su Infancia por vuestro amor.

Si lleváis una vida retirada y solitaria, aceptando con amorosa sumisión a los designios de Dios ese aislamiento social que deprime el espíritu, honraréis con vuestra actitud y estado permanente de soledad la vida oculta y solitaria de Nuestro Señor. Si estáis por decirlo así, crucificados en el dolor y acosados por el sufrimiento y las penas de todo orden, físicas o morales, y recibís como de la mano de Dios, sin protestar,

antes bien con resignada alegría esta situación de prolongado martirio, honráis así por estado el misterio de la Pasión y de los tormentos de Jesús que precedieron y acompañaron su muerte redentora.

Séptimo. Debemos honrar los misterios de Cristo por el reconocimiento humilde y sereno de nuestra incapacidad espiritual para hacerlo de una manera más digna de su excelencia infinita, reconociendo que en nosotros nada hay digno de ser puesto al servicio de la gloria de Dios, y que, antes por el contrario, todo lo nuestro en cuanto de nosotros depende, se opone temerariamente a su glorificación y que sólo Jesús es capaz de tributar a sus divinos misterios el homenaje cabal que les corresponde y por consiguiente, tenemos que unirnos a El para venerarlo como se merece en todos los misterios de su vida divina.

6 - Otras siete maneras de honrar los misterios de Jesús

Hemos dicho anteriormente que una de las maneras de honrar a Jesús en sus misterios estriba en nuestras disposiciones interiores de hacerlo a cabalidad. Pues bien, hé aquí siete de ellas que podréis con gran provecho espiritual poner al servicio de tan santo ejercicio:

Primera. Debemos contemplar, adorar, glorificar y amar a Jesús en cuanto El es con relación al estado o misterio que veneramos y en todos los detalles y circunstancias del mismo. Luégo, si queremos estudiar en detalle dicho misterio o estado de la vida de Cristo, tenemos que contemplarlo, adorarlo, amarlo y glorificarlo en todo cuanto es: 1e) en todos los aspectos externos del misterio; 2e) en el aspecto sobrenatural e interior del mismo; 3e) en los efectos alcanzados por Cristo Nuestro Señor con la ejecución de él; 4e) en los designios y finalidades que se trazó Jesús para ejecutarlo; 5e) en el papel que correspondió

desempeñar a María Santísima en su realización; 6e) en la parte que tocó a los Ángeles y Santos en su desarrollo y cumplimiento, y 7e) en la que a nosotros nos incumbe por voluntad divina en su ejecución total y definitiva.

Segunda. Tenemos que alegrarnos de ver a Jesús tan grande, admirable, caritativo, amoroso, santo y perfecto en el misterio objeto de nuestros homenajes; debemos regocijarnos igualmente del honor y glorificación infinita que rinde a su Padre en el mismo, como también del amor y gloria que Cristo a su vez recibe de su Padre, del Espíritu Santo, de su Madre santísima y de sus Ángeles y Santos, en dicha oportunidad.

Tercera. Hemos de bendecir y agradecer a Jesús por todo el amor y gloria que ha tributado y eternamente tributará a su Padre y a Sí mismo en cada uno de sus misterios y por todos los beneficios y gracias que con ocasión del mismo nos ha concedido a nosotros en particular y a todos los hombres en general. Sin embargo, debemos insistir más en la primera manifestación de este homenaje a Dios que en la segunda, porque los intereses divinos han de primer sobre los nuestros: bastaría, pues, agradecer a Jesús la gloria rendida a su Padre Celestial y la que El mismo obtiene en tal o cual misterio de su vida, sin ocuparnos de las gracias y favores que nosotros de los mismos derivamos, porque por los mismos beneficios recibidos por nosotros se acrecienta esa misma glorificación del Padre y del Hijo en nosotros. En tal forma, nuestros homenajes serán en extremo gratos a Dios, pues los caracteriza *el* más puro amor a la divina Majestad y el desinterés total para no hacernos pensar sino en la mayor gloria de Dios con prescindencia completa de nuestras conveniencias personales.

Cuarta. Tenemos que humillarnos a los pies de Jesús, pidiéndole perdón de nuestra negligencia en honrarlo en el misterio que ahora meditarnos, de las ofensas

que le hemos irrogado con nuestros pecados, de los obstáculos que hemos puesto a su gloria en nosotros y en los demás en el cumplimiento de este misterio. Hemos de suplicarle supla nuestras deficiencias y se tribute a Si mismo todo el honor que nosotros hubiéramos debido rendirle a pecar de nuestra abyección e indignidad y debemos, finalmente rogar al Padre Eterno, al Espíritu Santo, a la Santísima Virgen, a los Ángeles y a los Santos se dignen reparar nuestras faltas y rendir , a nombre nuestro y por centuplicado, a Jesús todo el honor y toda la gloria que a nosotros correspondía tributarle.

Quinta. Debemos atribuir a Jesús todos los efectos de gracia, gloria y santidad que ha operado

en cada misterio en el cielo y en la tierra y ofrecerle la gloria, el amor y las alabanzas que se le han tributado y se le tributarán eternamente por su Padre celestial, por el Espíritu Santo, por su bendita Madre, por sus Ángeles y Santos y por las creaturas todas del cielo, de la tierra y del infierno mismo, pues como ya lo hemos dicho, aún en aquel lugar terrible y maldito todos los misterios de Cristo son glorificados por el poder de su Justicia soberana. Debemos unirnos a todo ese concierto de alabanzas de todas las creaturas del universo del pasado, del presente y del futuro para glorificar todos los misterios de Jesús y suplicarle al Padre Eterno, al Espíritu Santo, a María Santísima, a los Ángeles y Santos que nos asocien a sus homenajes en cada uno de los misterios de Nuestro Señor.

Sexta. Entreguémonos a Jesús para honrarlo en todos los misterios de su vida según sus deseos y en la forma que El quiere inspirarnos, y, después de haberlo hecho nosotros de la manera más perfecta posible, pidámosle se digne agotar los recursos de su omnipotencia para lograr en nosotros la perfección de nuestros homenajes, destruyendo cuanto en nuestra persona se oponga a su gloria, comunicándonos todos los

frutos espirituales de santidad que de dichos misterios se originan, rigiendo nuestra conducta según el espíritu y la gracia de los mismos. Supliquémosle también que imprima en nuestras almas una imagen perfecta del misterio que veneramos, que lo termine y le dé cabal cumplimiento en nosotros, si tal es su querer, aún a costa de sacrificios y sufrimientos de nuestra parte siempre que éstos encajen en los planes de su Providencia y Sabiduría infinitas.

Séptima. Tenernos que pedir, por último, a Jesús que grabe profundamente en el corazón de todos los cristianos un celo inmenso por la gloria de sus divinos misterios, que aniquile en ellos todo obstáculo a su glorificación, que los haga conocer y enaltecer por todo el mundo según su beneplácito, que los complete y realice de un todo en su Iglesia y en cada uno de sus miembros. Para la realización de esta obra maravillosa del Hijo de Dios tenemos que aceptar cualquier sacrificio que nos corresponda hacer y mantenernos unidos a las intenciones de Cristo para no apartarnos un momento de sus designios soberanos.

Estas son varias formas de honrar los misterios de Jesús; escoged las que mejor acomoden a vuestra devoción y servíos ya de una, ya de otra o de varias a la vez, siempre de acuerdo con lo que os sugiera Nuestro Señor y su Espíritu divino.

Para facilitaros la práctica de este ejercicio, voy a presentaros en forma de oración, debidamente desarralladas estas siete maneras de honrar un misterio de Jesús; se trata del de la Santa Infancia en esta elevación, pero es evidente que bastará cambiar sólo el nombre del misterio, y todo lo demás se acomoda perfectamente a cualquier otro pasaje de la Vida de Nuestro Señor.

7 - Elevación a Jesús sobre el misterio de su Infancia, aplicable a cualquier otro de los misterios de su vida adorable

ORACIÓN

1. «Oh, mi buen Jesús!, os adoro, amo y glorifico en todo cuanto sois y en cuanto habéis obrado y continuáis obrando en el estado de vuestra adorable Infancia. Yo adoro y reverencio todos los pensamientos, designios, sentimientos, disposiciones y ocupaciones interiores de vuestra alma santísima en tal estado para con vuestro Padre, para con Vos mismo, respecto a vuestro Espíritu

Santo y vuestra Madre Santísima, y hacia vuestros Ángeles y Santos y hacia mí en particular.

2. Me regocijo, oh, buen Jesús!, al contemplaros en el estado de vuestra Infancia encantadora, y al veros amar y glorificar en él tanto a vuestro Padre y en la misma forma ser por El correspondido, y tan lleno de virtudes, perfecciones y grandezas infinitas.

3. Infinitamente os agradezco todo el amor y toda la gloria que habéis tributado a vuestro Padre y a vuestra divina Persona, con este estado de vuestra vida adorable.

4. Os pido perdón, oh, Salvador mío! por todas mis deficiencias y fallas en honrar este misterio y por todos los obstáculos que he puesto a la acción de vuestra gracia en mi alma como fruto especial de tal misterio a ella destinado por vuestra bondad infinita. Suplid, os lo ruego, mis faltas e incapacidad para honraros debidamente y tributáos a Vos mismo y en mi nombre todos los homenajes que de mí hubierais debido esperar. Oh, Padre de Jesús!, oh, Espíritu de Jesús!, oh, Madre de Jesús!, oh, Ángeles, Santos y Santas de Jesús!, glorificad a Jesús por mí, ahincadamente y con toda humildad os lo ruego.

5. Oh! mi Jesús, os atribuyo todos los frutos de

gracia y glorificación que habéis alcanzado en el cielo y en la tierra por medio de vuestra santa Infancia. Os ofrezco todo el amor y toda la gloria que por este misterio se os ha tributado y se os ha de rendir por toda la eternidad en la tierra y en el cielo por vuestro Padre celestial, por vuestro Espíritu Divino, por vuestra Madre santísima y por todos vuestros Ángeles y Santos a todos los cuales uno mis alabanzas y homenajes para que os sean más gratos y aceptables a vuestra Infinita Majestad.

6. Oh, Divino Niño Jesús!, me doy a Vos para honrar el misterio adorable de vuestra Infancia admirable. Destruíd en mí cuanto se oponga a vuestra gloria: hacedme participe de vuestra ingenuidad, humildad, dulzura, pureza, inocencia y sumisión y de las demás virtudes características de vuestra Niñez encantadora, para que logre así asemejarme cada día más a Vos, Niño Divino, con la imitación t práctica de esas vuestras virtudes predilectas.

7. Oh, amabilísimo Jesús!, imprimid en los corazones de todos los cristianos un gran celo por la glorificación de este misterio admirable de vuestra vida, destruyendo en ellos todo obstáculo a su realización. Haced que todos glorifiquen y ensalcen a porfía las grandezas de vuestra Infancia adorable para que se cumplan a perfección todos vuestros designios y voluntades. Me entrego totalmente a Vos para hacer y sufrir cuanto os plazca con este fin. Así sea.

CAPITULO 11

DEVOCIÓN A LA SANTÍSIMA VIRGEN

1 - Manera de honrar a Jesús en María y a María en Jesús

La devoción a la Santísima Virgen Madre de Dios es tan grata a su Hijo y tan recomendable, cara y familiar a los verdaderos cristianos que nos parece inútil encarecerla a quienes de veras desean vivir cristianamente como los que han de leer este libro.

Permitidme, tan sólo, deciros que no podemos separar lo que Dios ha unido tan estrechamente. Jesús y María están unidos tan íntimamente que quien ve a Jesús ve a María, quien ama a Jesús ama de igual modo a María y su devoción por uno de ellos, necesariamente se extiende al otro. Jesús y María son los dos fundamentos básicos y esenciales de la religión cristiana, fuentes vivas de todas sus gracias y bendiciones, objetos inseparables de nuestra devoción, fin último y obligado de todas nuestras acciones y ejercicios de piedad. No es, no puede ser cristiano de verdad, quien no profese una devoción sincera a la Madre de Cristo, Nuestro Señor, y de toda la cristiandad, María Santísima. San Anselmo y San Buenaventura nos enseñan que es imposible que Jesús ame a los que no a= en santísima Madre, e imposible más aún, que se pierdan aquellos que ella mira con ojos de misericordia y bondad (1).

(1) «Sicut enim, o Beatissima, omnis a te aversus, a te despectus necesse est ut intereat; ¡ta omnis a te conversus et a te respectus impossibile est ut pereat. -S. Anselmo, Orat. LI ad B. Mariam «Ipse sine ea (Maria) non salvabit te. Quemadmodum infans sine nutrice non potest vivere, ¡ta sine Domina nostra nec possis habere salutem». - S. Buenaventura.

Y, puesto que tenemos que continuar las virtudes y reflejar en nosotros los sentimientos de Jesús, debemos reproducir en nuestras almas sus sentimientos de amor, piedad y devoción para con su Madre Santísima. Ahora bien, El la ha amado con todo su afecto y la ha honrado con cariño y veneración infinita, escogiéndola por Madre suya entre todas las mujeres, otorgándose a ella en calidad de Hijo único, tomando en ella un ser y una vida nueva, sometiéndose a ella durante los años de su vida privada de niño y artesano en Belén, Egipto y Nazaret y constituyéndola Reina y Soberana de cielos y tierra el día de su Asunción gloriosa a los Cielos.

Para continuar en la tierra este amor filial y devoción de Jesús a su madre santísima estamos obligados dos a tenerle el mismo afecto y reverencia a quien es por mil títulos nuestra madre celestial. Para honrarla dignamente según los deseos de Nuestro Señor y de su Madre querida, tenernos que ejecutar tres cosas:

Primero. Hemos de mirar y adorar a Jesús en ella únicamente; es así, efectivamente, corno ella quiere, ser honrada, pues en sí y de por sí nada es y nada vale sin Jesús, quien es su vida, su santidad, su gloria, su poder y su grandeza. Debemos agradecerle la gloria que para Sí en ella y por ella obtiene; ofrecernos a El y suplicarle nos entregue a ella para consagrarnos a honrar con nuestra vida y todos nuestros actos su vida y sus acciones meritísimas y que nos haga participar del amor que ella le tiene y en sus demás virtudes, y que se valga de nosotros, si tal es su voluntad, para honrarla, o mejor, para honrarse a Sí mismo en ella.

Segundo. Es nuestro deber reconocerla como Madre de Dios y reverenciarla como tal y a la vez

como madre y reina nuestra soberana; darle gracias por todo el amor, gloria y servicios que rindió a su Hijo Jesucristo, Nuestro Señor; ponernos bajo su patrocinio pidiéndole nos rija y gobierne en todo; darnos a ella

sin reserva para servirla como esclavos sumisos de su voluntad soberana, listos a trabajar denodadamente por la gloria de su divino Hijo siempre acatando en todo sus órdenes y deseos; brindarle nuestras acciones para que con ellas honre las de Jesús y unirnos a todo el amor y a todas las alabanzas que ella misma le ha tributado y le tributará por toda la eternidad.

Tercero. Podemos y debemos honrar a la Santísima Virgen con nuestros pensamientos, considerándola santa y perfecta en su vida y virtudes; con nuestras palabras, complaciéndonos en hablar, o en oír hablar de Ella, de sus grandezas y perfecciones; con nuestros actos, ofreciéndoselos en honor y unión de los suyos; con nuestra imitación, tratando de reproducir en nosotros sus virtudes, especialmente su humildad, su caridad, su amor puro y acendrado, su desprendimiento de las creaturas y su pureza divinal. La meditación de esta última virtud, la más grata al corazón de María, sin duda engendrará en nuestras almas un anhelo poderoso de huir, temer y aborrecer más que la muerte, hasta los menores pensamientos, palabras y acciones que puedan empañar esta virtud angelical.

Finalmente podemos honrar a la Santísima Virgen con cualquier oración o devoto ejercicio, como el santo Rosario, práctica piadosa tan cara a todo buen cristiano; con el rezo del Oficio Parvo que debemos re. citar unidos al amor y devoción de su hijo divino para con ella y en honor de la vida de su Jesús, tan íntimamente ligada a la suya en virtudes, palabras y obras.

Una palabra más: como tenernos que honrar cada año, algún misterio de Jesús en particular, sería bueno también escoger todos los años, el día de la Asunción de Nuestra Señora algún misterio determinado de su vida para hacerlo objeto especial de nuestro culto y devoción durante el año entero.

2 - Estados y misterios principales de la de la Santísima Virgen (1).

Los principales estados y misterios de la vida de María Santísima son: su Inmaculada Concepción, su morada en el seno materno de Santa Ana, su Natividad, el día de su santo Nombre (2), su Presentación en el Templo, el estado de su Infancia hasta la edad de 12 años, su permanencia en el Templo y los diversos oficios a que entonces se dedicó hasta los 15 años (3), su Matrimonio con San José, (cuya fiesta se celebra en

(1) San Juan Eudes hizo celebrar en su Congregación fiestas en honor de los desposorios de la Santísima Virgen con San José de Nuestra Señora de la Piedad, de la aparición de Nuestro Señor a su Santísima Madre después de la resurrección, de las alegrías de la Santísima Virgen de Nuestra Señora de la Victoria, de la Santa infancia a de María, de la Expectación del parto virginal, y particularmente del santísimo Corazón de María. Compuso además el Santo Oficio para varias de estas fiestas. Cf. Le Doré, Les Sacrés Coeurs, y le V. J. Eudes, tomo 1, pg. 18.

(2) «Entre los hebreos existía la costumbre de imponerles a los niños el nombre el día octavo en el que además se les circuncidaba, conforme a la ley: respecto a las niñas nada sabemos con certeza. Quizás también se les imponía en el día octavo, en apoyo de lo cual algunas iglesias de España, como la de Toledo y otras más de Castilla, establecieron fiestas, aprobadas por la autoridad pontificia, el día 15 de septiembre, o el 17, pues el 15 solía caer una festividad de rango mayor, en honor de la

¡imposición del nombre a Nuestra Señora... Otros profesan la opinión de que así como a los varones, pasados los siete días de impureza, al octavo día por la circuncisión, se les daba un nombre, así igualmente, pasadas las dos semanas en que era impura la madre, según la ley de Moisés (Lev.12), ella misma imponía el nombre a su hija. Según esta sentencia el nombre de la Santísima Virgen le habría sido impuesto el día decimoquinto de su nacimiento, es decir el 22 de septiembre. En todo lo cual nada he podido averiguar con certeza». Vega, Teología Mariana, Palestra, XVIII, cert. 1.

(3) Para fijar la edad de la Santísima Virgen en id momento de su salida del templo y de sus desposorios con San José, se apoyan los autores por lo regular en el texto de Evodio, primer sucesor de han Pedro m la sede de Antioquía, que cita Nicéforo, Hist. Lib. II c.3: «Trimula cum esset in templum praesentata, ibi... traduxit undecim: deinde vero sacerdotum manibus Joseph ad custodiam est tradita; apud quem quum menses peregisset quator, ab angelo laetum illud (Incarnationis) accepit nuntium. Peperit autem hujus mundi lucem, annum agens quindecimum, vigesima quinta die mensis decembris.» Cristóbal de Castro, Hist. Deiparae, c. 1V. Concluye de esto que la Santísima Virgen celebró su matrimonio con San José a la edad de trece años y tres meses, y que concibió al Salvador cuatro meses más tarde, y por consiguiente cuando estaba en el décimo cuarto año de edad. Pero Baronio en su libro Apparatus ad annales ecclesiasticos, nn.XLVII-LIV, y más tarde el Cardenal de Bérulle en su Vida de Jesús, c.VII, piensan que la Santísima Virgen se quedó en el templo hasta cumplir los quince años. Naturalmente San Juan Eudes adopta la opinión del Cardenal de Bérulle su maestro. Cfr. Vega, Teología Mariana, Palestra, XX11,3.

varias iglesias el 15 de Enero), la Encarnación de JESÚS en su seno purísimo, y, por concomitancia, su elevación a la dignidad de Madre de Dios, a los 15 años, de edad; la morada de Jesús en su seno durante nueve meses; su Visita a Santa Isabel y su permanencia al lado de su prima durante tres m~ (1); su viaje de Nazaret a Belén; su divino alumbramiento; su Purificación; su huida a Egipto y su permanencia en dicho país con el Niño Jesús y San José; su retorno a Nazaret y su morada en tal lugar con su esposo y su Divino Hijo hasta que Este cumplió los 30 años de edad; todos los viajes que hizo en compañía de Jesús en el curso de su vida pública de misionero del Evangelio; su martirio al pie de la Cruz; su alegría en la Resurrección y en la Ascensión de Nuestro Señor; su estado y Permanencia en la tierra desde la Ascensión de su Hijo a los cielos hasta el día de su Propia Asunción de esta vida mortal a la eterna; su asiento a la diestra de su Hijo como Reina y Soberana de todo lo

(1)«Mansit autem María cum illa quasi tribus mensibus, et reversa est in domum suam» Luc.1,56.

creado, y, por último, su vida gloriosa y feliz en el cielo desde su Asunción admirable.

3 - Elevación a Jesús para honrarla en su Madre Santísima y en todos los misterios de su vida en general o de una solo, en particular

Oh, Jesús!, Único Hijo de Dios e Hijo único de María, os adoro en cuanto sois y en cuanto habéis obrado en vuestra Madre Santísima. Particularmente os adoro, amo y glorifico en lo que sois y en lo que habéis operado en ella en el misterio de su Concepción, de su Nacimiento, de su Presentación, etc....

Infinitamente me alegro, Jesús mío!, de veros tan grande, tan admirable, tan glorificado y amado en vuestra dichosa Madre. Agradézcoos de todo corazón la gloria que os habéis rendido hasta ahora y la que obtendréis de ella y en ella por toda la eternidad. Os pido perdón, oh mi Salvador!, de todas mis deficiencias en venerar dignamente a vuestra Madre dignísima y de cuanto he hecho en mi vida que hubiera podido ofenderla. Suplid, os lo ruego, mis faltas y rendidle en mi nombre todo el

honor que me correspondía tributarle en toda mi vida. Oh, Jesús!, os atribuyo todos los frutos de santidad y de amor que habéis alcanzado en vuestra Madre amorosa y os ofrezco toda la gloria y todo el amor que en ella y por su mediación se os ha tributado.

Oh, buen Jesús!, totalmente a Vos me entrego; destruíd en mi cuanto desagrade a vuestra Divina Madre y dadme del todo a ella. Haced que mi vida toda y todas mis acciones se consagren al honor de su vi. da y de sus actos. Hacedme partícipe del amor y celo que tenéis por su glorificación, o mejor, de la vuestra en ella, como también, del purísimo amor que ella os tiene, del celo ardiente que inflama su corazón por vuestra gloria y de su humildad y demás virtudes admirables. Dignaos, en fin, valeros de mí, oh Jesús,

mi dueño y Señor, para glorificar y hacer glorificar a vuestra Santísima Madre, o mejor, para glorificaros a Vos y para haceros glorificar en ella por toda el mundo en todo tiempo y lugar. Así sea.

4 - Elevación a la Santísima Virgen, propia para honrarla en cualquier misterio de su vida

Oh, Virgen Santa! adoro y reverencio en cuanto me es posible a vuestro Hijo Jesús en Vos, a quien igualmente honro y venero según mis capacidades Y posibilidades en lo que sois en El y por El. Y muy especialmente os honro y reverencio en el misterio de vuestra Concepción, de vuestro Nacimiento, etc... Quiero honrar todos los sentimientos y disposiciones de vuestra alma y cuanto ocurrió con motivo de este misterio.

Bendita seáis, Virgen sagrada, por toda la gloria que habéis dado a Dios con este misterio y con toda vuestra vida. Os pido perdón, oh Madre misericordiosa! por todas los faltas y pecados de mi vida para con Vos y para con vuestro Divino Hijo y en reparación, os ofrezco todo el honor y todas las alabanzas que se os ha tributado en el cielo y en la tierra.

Oh Madre de Jesús!, me entrego a Vos totalmente para que a vuestro turno me pongáis, os lo suplico, a la disposición de vuestro Hijo; Aniquilad en mí, por vuestros méritos y súplicas todo cuanto en mi persona le ofende y desagrada. Hacedme partícipe de vuestro Purísimo amor a Dios, de vuestra humildad y de todas vuestras virtudes maravillosas. Haced que toda mi vida Y sus actos todos los consagre a honrar la vida y acciones de vuestro Hijo Divino. Asociadme al amor Y a la gloria que le tributáis y eternamente le tributaréis y servíos de mi indigna persona, de mi ser, de mi vida y de cuanto soy y tengo, como de cosa totalmente vuestra Para glorificarlo en todas las formas que queráis ordenarme.

CAPITULO 111

DEVOCIÓN A LOS SANTOS

1 - Modo de honrar a Jesús en los Santos y a éstos en Jesús manera de dirigirles nuestras oraciones y de llevar sus reliquias

Debemos nosotros tener devoción a todos los Santos y a todos los Ángeles, especialmente a nuestro Ángel Custodio y al Santo de nuestro nombre, a los Santos y Santas que tuvieron relaciones con Nuestro Señor en la tierra, al coro de Ángeles y al grupo de Santos, en cuya compañía estaremos en el cielo y a los Santos y Ángeles protectores de los lugares en que vivimos o por donde pasamos a menudo y de las personas con quienes tenemos trato y amistad habitual.

Y debemos honrarlos, porque Jesús los ama y honra: «Quicúmque glorificáverit Me, glorificábo eum»:« A quien me glorificare, yo también le glorificaré» 1o Reg., 119, 30 y porque el Eterno Padre igualmente honra a los que sirven a su Hijo: «Si quis mihi ministráverit, honorificábit eum Pater méus»: «Si alguien me sirve, dice Jesucristo, mi Padre lo honrarás. Joan. XIIo, 26, y también debemos hacerlo, porque ellos aman y honran a Jesús, que los considera como sus amigos, sus servidores, sus hijos, sus miembros y parte integral de Sí mismo, de suerte que al honrarlos, en realidad honramos a Jesús en su persona.

Además tenemos que considerar y venerar las reliquias de los Santos como partículas de los miembros de Jesús y llevarlas sobre nosotros con el amor y respeto con que Cristo lleva a sus Santos desde toda la eternidad sobre su corazón, estrechamente unidos a su regazo paternal, y para unirnos al amor y a !as alabanzas que estos mismos Santos, cuyas reliquias poseemos y veneramos, le han tributado, le tributan y le tributarán por los siglos de los siglos.

Para honrar dignamente a los Santos debemos: Primero, adorar a Jesús en su persona, porque El es su todo: «Omnia in ómnibus Christus». Eph. 19,23. Constituye El todo su ser, toda su vida, toda su santidad, toda su felicidad y gloria. Debemos agradecerle la gloria y honor que a Sí mismo se ha tributado en ellos y por su mediación y manifestarle gratitud aún mayor por ello que por las gracias que a los mismos Santos les dispensó o por los beneficios espirituales que nosotros mismos alcanzamos de su devoción y culto: siempre debe primer el interés divino sobre el nuestro.

Estamos obligados a ofrecer a Dios todo este honor y todos estos homenajes de sus santos pidiéndole que nos haga participar del amor, fervor y devoción con que ellos lo glorificaron y continúan ensalzándolo por toda la eternidad.

Según esto, cuando emprendamos algún viaje, o nos dispongamos a comulgar o a celebrar u oír la Santa Misa, o a ejecutar cualquier obra buena en honor de un santo determinado hay que ofrecerle esto a Jesús más o menos en la forma siguiente:

«Oh Jesús! os ofrezco este viaje, esta comunión, esta misa, esta bueno acción en honor de cuanto sois Para este Santo, en acción de gracias por la gloria que en él y por su medio recibisteis, por el acrecentamiento de su gloria o mejor de la vuestra en él, por el cumplimiento de todos vuestros designios sobre él y para que me otorguéis, por su intercesión, vuestro santo amor y todas las virtudes que me hacen falta Para serviros mejor.

Segundo. Al dirigirnos a los Santos, nos es necesario humillarnos ante ellos, estimándonos indignos en sumo grado de pensar en ellos y de que ellos particularmente Piensen en nosotros; debemos agradecerles 108 servicios y la gloria que han procurado a Nuestro Señor, ofrecernos a ellos Para que nos presenten a Jesús y le rueguen destruya en nuestros corazones

cuanto le desagrade en nuestra persona y nos comuniquen parte de las gracias que de El han alcanzado; pidámosles, también, que lo honren y lo amen en nombre nuestro y lo glorifiquen con centuplicado fervor en reparación de la negligencia con que nosotros hemos cumplido ese deber con la divina Majestad en toda nuestra vida; que nos asocien al concierto de sus alabanzas y homenajes en el cielo y se sirvan de, nuestra persona para honrarlo y glorificarlo de la mejor manera posible en los años que aún nos Testan de vida.

Tercero. Cuando realicemos algún viaje, al pasar por una ciudad o por un caserío cualquiera, o al llegar al término de nuestro viaje, es bueno saludar a los Ángeles y Santos protectores de dichos lugares, Conviene también pedir a nuestro Ángel Custodio lo haga a nombre nuestro y les ruegue, como a Señores de la comarca, nos den permiso de detenernos en ella y de permanecer en sus dominios, ya que siendo pecadores, podrían con todo derecho, prohibirnos su acceso temerosos de que nuestros, pecados atraigan algún castigo a la región confiada a su custodia y protección. Imitemos a Santo Domingo que, al entrar a una ciudad rogaba a Dios que no la fuera a destruir por causa de sus pecados. Conviene también pedir a los Ángeles y a los Santos protectores de los lugares por donde pasamos o en donde moramos, que glorifiquen y amen a Nuestro Señor en nombre nuestro y que se dignen reparar las faltas que cometamos nosotros durante nuestra permanencia en dicho lugar. Si tenemos algún asunto que tratar con determinada persona, es también costumbre laudable saludar a su Ángel de la guarda y a su Santo protector para rogarles le sugieran en la solución de nuestro problema lo más equitativo y conducente a la mayor gloria de Dios. Plausible es también en sumo grado, escoger en el día de Todos los Santos, primero de Noviembre, una categoría especial de santos y en la fiesta del Arcángel San Miguel un Coro determinado de Ángeles,

para hacerlos objeto de un culto especialísimo de parte nuestra durante todo el año. Hé aquí la lista de los Coros Angélicos y de las diversas categorías de Santos: Coros angélicos: Serafines, Querubines, Tronos, Dominaciones, Virtudes, Potestades, Principados, Arcángeles y Ángeles, o sea, nueve coros angélicos en total.

Categorías de Santos: Patriarcas, Profetas, Apóstoles, Mártires, Sacerdotes, Confesores, Vírgenes, Viudas y Santos Inocentes. En total, nueve categorías o grupos particulares de Santos. Para ayudaros a honrar a Jesús en sus Santos y a éstos en Jesús, hé aquí dos Elevaciones que he redactado en honor de San Juan Evangelista, fácilmente aplicables a cualquier otro Santo en particular.

2 - Elevación a Jesús para honrar a San Juan Evangelista, y que fácilmente se puede acomodar para honrar a otro Santo cualquiera en particular

Oh Jesús ! os adoro en cuanto sois y en cuanto habéis operado en todos vuestros Santos, y especial. mente en vuestro bienaventurado Apóstol y Evangelista San Juan. Oh gran Jesús! Vos sois el gran Todo de cuanto existe, y no quiero mirar ni honrar a nadie más que a Vos en todo y especialmente en vuestros Santos y en vuestro discípulo amado San Juan. Porque Vos sois su gran Todo: sois su ser, su vida, su santidad, su dicha y su gloria. Oh! cuán admirable sois, Señor, en vuestros Santos y en éste de modo particular! Oh, cuán amado sois y cuán glorificado en el y cómo me alegro de ello, oh

Salvador mío, y no me canso de bendeciros por toda la gloria que para Vos alcanzáis de este Santo Apóstol! Oh, mi buen Jesús! os ofrezco todo el honor y todo el amor que os ha tributado este divino Evangelista y os tributará por toda la eternidad. A Vos me entrego totalmente;

aniquilad en mí cuanto os desagrade y hacedme participar de las gracias que habéis otorgado a este gran Santo, especialmente de su humildad, de su amor para con Vos y de su caridad para con el prójimo y demás virtudes en general.

3 - Oración a San Juan Evangelista, que puede aplicarse a cualquier otro Santo con ligeras modificaciones

Oh bienaventurado Apóstol y Evangelista San Juan! en vos adoro y bendigo a Jesús y os reverencio y venero en su divina Persona de la mejor manera que puedo. Os agradezco de corazón todo el amor y todos los servicios que le habéis dispensado. Me ofrezco a vos y os ruego me presentéis y entreguéis a mi Salvador incondicionalmente. Destruíd en mí, por vuestras oraciones y por vuestros méritos cuanto se oponga a su gloria y servicio. Valeos de mi persona, si tal es vuestro agrado, como de algo que enteramente os pertenece, para glorificarle y amarle en todas las formas imaginables. Hacedme participante de vuestro purísimo amor hacia El y de todas vuestras demás virtudes preferidas. Amadlo y glorificadlo en mi nombre; suplid todas las deficiencias de mi vida y las que aún pueda tener en el amor y servicio que para con El tengo que cumplir y tributadle por centuplicado y en mi lugar, todos los homenajes y honores que a mi, miserable pecador, me correspondía hacer. Asociadme a vuestro amor y a vuestras alabanzas a Jesús del pasado, del presente y del futuro, para que en adelante no viva yo sino para amarlo v. servirle con toda perfección y pedidle que muera yo mil veces, si posible fuera, antes que volver a ofenderle con mis culpas y pecados y que todo cuanto soy y tengo y todo cuanto seré y poseeré en adelante, se transforme en amor y alabanzas a su Divina Majestad, para morir finalmente en el ejercicio de su más Puro Y santo amor. Así sea.

SEGUNDA PARTE

PRÁCTICAS DE PIEDAD

LIBRO PRIMERO

Día del Cristiano

CAPITULO 1

EJERCICIOS DE LA MAÑANA, DEL DÍA Y DE LA NOCHE

PRIMERA SECCIÓN

EJERCICIOS DE LA MAÑANA

1- Jesús debe ser el principio y el fin de todas nuestras acciones. - Despertar del cristiano

Jesús, hijo único de Dios e hijo único de María, es, según palabras de San Pablo, <el autor y el consumador de la fe» y de la piedad cristianas, «alfa y omega, primero y último, principio y fin de todas las cosas»: «Aspicientes in auctórem fidei et consummatorem Jesum». Heb. XIIo,2. «Ego sum Alpha et 0méga, primus et novíssimus, princípium et finis». Apos.XXIIo,13. Justo es, por lo tanto, que sea el principio y fin de toda nuestra vida, de todos nuestros años, meses, semanas y días y de todos nuestros actos. Por lo cual, ya que hubiéramos debido dedicarle el principio de nuestra existencia, si por falta de discernimiento no hubiéramos estado incapacitados para hacerlo entonces, y puesto que anhelamos terminarla en su gracia y en el ejercicio de su amor, si deseamos alcanzar este beneficio de su bondad, tenemos que procurar consagrarle por algún acto piadoso, el principio y el fin de cada año, mes y semana, y en especial de cada día de nuestra vida. Es en verdad muy importante comenzar bien cada día, llenando nuestro espíritu desde temprano con algún buen pensamiento y ofreciendo a Nuestro Señor nuestras primeras

acciones, pues de ello depende la bendición y espiritual provecho del día entero.

Tan pronto, pues, os hayáis despertado, elevad vuestra mirada al cielo y vuestro corazón a Jesús para consagrarle en tal forma el primer uso de vuestros sentidos y los primeros pensamientos y afectos de vuestro espíritu y de vuestro corazón.

Que vuestras primeras palabras sean los dulcísimos nombres de JESÚS y de MARÍA, diciendo así: «Viva Jesús y María!», o bien: «Oh Jesús!, oh María, Madre de Jesús!», o mejor aún: «Oh, buen Jesús! os doy para siempre mi corazón; oh María!, Madre de Jesús, os entrego mi corazón y si os place, dádselo a vuestro Hijo!». Ven*i*, Dómine Jesu!», Venid, Señor Jesús, venid a mi espíritu y a mi corazón para que los llenéis totalmente con vuestra presencia». Oh!, Jesús! sed siempre para mí mi Jesús!»

Que vuestra primera acción exterior sea la señal de la cruz, diciendo oralmente: «En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo», mientras os entregáis de corazón a las tres divinas personas para que tomen plena posesión de la vuestra.

Llegada la hora de levantaros, acordaos del amor inmenso con que el Hijo de Dios en el momento de su Encarnación salió del Seno de su Padre, lugar, (el tal término pudiera emplearse), lleno de delicias, reposo y gloria, para venir a este mundo a someterse a nuestras miserias, dolores y sufrimientos. Y en honor y unión de este mismo amor, saltad pronta y valerosamente del lecho,

diciendo: «Surgam et quaeram quem díligit ánima méa»: «Me levantaré y buscaré al amado de mi corazón». Cant. 111o2.

Después, prosternándoos en tierra, adorad a Cristo, diciéndole: «Adorámus te, Dómine Jesu, et benedícimus tibi, et dilígimus te ex toto corde nostro, ex tota ánima nostra, et ex totis víribus nostris»: «Os adoramos, oh Jesús, dueño adorado, os bendecimos, y os amamos con todo el corazón, con toda el alma y

con todas las fuerzas». Y, al pronunciar estas palabras, hacedlo, si posible fuere, con toda la humildad, devoción y amor del cielo y de la tierra y en nombre de todas las creaturas del universo.

2 - Disposiciones cristianas para vestirnos

Al vestiros, llenad vuestro espíritu de buenos pensamientos no sea que el espíritu del mal lo colme de pensamientos inútiles cuando no de positiva maldad. A este fin, recordad que Nuestro Señor Jesucristo se revistió, por su Encarnación, de nuestra humanidad perecedera y mortal y de todas las miserias y necesidades inherentes a ella, reduciéndose a un estado en que le fue Preciso vestirse como vosotros y todo ello por vuestro amor, luégo, levantad vuestro corazón hacia El para decirle: «Oh Señor! por siempre seáis bendito y ensalzado por haberos de tal suerte humillado por mi amor. Oh, Jesús mío!, os ofrezco esta acción en honor de lo que habéis hecho al revestir vuestra Divinidad con nuestra humanidad y a ésta con ropas semejantes a las nuestras; deseo hacer esta acción con las mismas disposiciones e intenciones con que Vos lo hicisteis en la tierra».

Pensad también en los millones de pobres infelices que carecen de lo indispensable para cubrir su desnudez a pesar de no haber ofendido a Dios tanto como vosotros, y sin embargo Nuestro Señor, en el colmo de su bondad, os ha preferido a ellos, dándoos con qué vestiros. Elevad, pues, a Dios vuestro pensamiento para decirle: «Oh Dios mío!, os bendigo mil y mil veces por todas las misericordias que me dispensáis y os pido encarecidamente remediéis tantas miserias de mi prójimo. Revestid mi alma de vos mismo, es decir, de vuestro espíritu, de vuestro amor, de vuestra caridad, de vuestra humildad, de vuestra dulzura, de vuestra Paciencia, de vuestra obediencia y en una palabra,

labra, de todas vuestras virtudes, para que, ya que me dais los medios de vestir con decencia mi cuerpo miserable, quede también mi alma ataviada con el ropaje de vuestra gracia celestial.

3 - Nuestra vida entera pertenece a Jesús, y, por ende, a El debemos consagrarla para emplearla exclusivamente en procurar su gloria

Toda nuestra vida y cuanto de ella depende, pertenece, por cinco títulos que comprenden muchísimos más, con todo derecho a Jesucristo.

Primero. El es nuestro Creador: nos ha dado el ser y la vida y en ellos ha impreso la imagen y semejanza de su vida y de su ser. Así que nuestro ser y nuestra vida son de su propiedad absoluta y universal y deben tender a El, como la imagen a su modelo, prototipo y ejemplar.

Segundo. El es nuestro Conservador: nos sostiene y conserva a cada instante en el ser que nos ha dado, llevándonos permanentemente en sus brazos, con el cuidado y el amor de la madre más solícita y cariñosa.

Tercero. El es nuestro Dueño soberano: según palabras sagradas, su Padre le ha dado desde toda la eternidad, le da actualmente y le dará por siglos desiglos, eternamente el dominio de todos los seres y de cada uno de nosotros en particular.

Cuarto. El es nuestro Redentor: nos ha librado de la servidumbre del demonio y del pecado al precio de su sangre y de su vida. Por lo tanto ha comprado cuanto nos pertenece, nuestra vida, nuestro tiempo, nuestros pensamientos, palabras y obras, cuanto hay en nuestro cuerpo y en nuestra sima, el uso de nuestros sentidos y facultades corporales y espirituales y el de las creaturas a nuestro servicio. Puesto que, no sólo nos ha adquirido al precio de su sangre todas las

gracias indispensables a la santificación de nuestras almas, sino también todo lo necesario para la conservación de nuestro cuerpo. Y tan cierto es ello, que, como consecuencia de nuestros pecados, no tendríamos derecho de caminar ni de respirar, ni de comer un pedazo de pan, ni de beber ni una gota de agua, ni de servirnos de nada en absoluto, si Jesucristo no nos hubiera recuperado estos derechos al costo de su sangre y muerte sobre la cruz. Y por tal motivo cuanto en nosotros y fuera de nosotros existe pertenece enteramente a Jesucristo, y no podemos disfrutar de ello sino para su servicio, pues lo pagó con su, sangre y al precio de su misma vida.

Quinto. El es nuestro Bienhechor: nos ha dado todo cuanto posee, sin exceptuar su propia persona. Nos ha regalado a su Padre para que lo sea de nosotros, elevándonos así a su misma condición de hijos de Dios; nos ha concedido su Espíritu Santo para que sea El nuestro espíritu que rija y gobierne nuestras acciones e ilumine nuestras tinieblas; nos ha otorgado en calidad de madre nuestra a su propia madre María Santísima; nos ha dado sus Ángeles y Santos como Patronos y valiosos intercesores ante la Divina Majestad; nos ha dado, en una palabra todas las cosas del cielo y de la tierra para nuestro uso y remedio de nuestras necesidades. Nos ha entregado aún su propia persona en la Encarnación, dándonos su vida entera, con todos sus instantes, pensamientos, palabras y obras que ha consagrado sin reserva a nuestra salvación eterna. En fin, nos ha dado en la Sagrada Eucaristía su cuerpo y sangre, su alma, su divinidad con todas las maravillas e infinitos tesoros que ésta encierra y su humanidad deificada para que sean el alimento de nuestra vida cristiana, todos los días o al menos cuantas veces estemos en disposición de recibirlo en la Sagrada Comunión.

Cuán obligados estamos, por consiguiente, a consagrarnos enteramente a El y a ofrecerle y dedicarle

todas las funciones y ejercicios de nuestra vida! Ciertamente, si poseyéramos la vida de los Ángeles y de los hombres que han existido, existen y existirán, deberíamos consumirla totalmente en su Obsequio y servicio, aunque El no hubiera gastado sino un instante solo de la suya preciosísima en favor nuestro, pues un solo momento de ella vale más que mil eternidades, si así podemos hablar, de todas las vidas de los Ángeles y de los hombres habidos y por haber. Cuán obligados, pues, estamos a consagrar y emplear en su santo servicio y glorificación el poco tiempo de vida que nos resta aún sobre la tierra!

A este fin, vuestro primer empeño ha de ser conservaros en estado de gracia y amistad divina, temiendo y huyendo más que la muerte y las mayores desgracias de] mundo, cuanto puede hacéroslas perder, es decir, toda clase de pecados y debilidades. Si desgraciadamente os sucede caer en alguna falta, levantaos cuanto antes por medio de la Confesión y humilde contrición de vuestra flaqueza. Porque, si ramas, hojas, flores y frutos que hay en un árbol pertenecen a quien es dueño de su tronco, mientras pertenezcáis a Jesucristo y a El estéis unidos por su gracia, toda vuestra vida con todas sus

dependencias, y todos los actos que realicéis, siempre que no sean positivamente malos, a El pertenecerán. Sin embargo, para que con mayor perfección y santidad empleéis vuestra vida en amar y glorificar a Jesús, hé aquí otros tres medios en extremo fáciles y agradables.

4 - Tres medios para hacer de toda nuestra vida un ejercicio perpetuo de alabanzas y amor a Jesús

Para consagrar y emplear toda nuestra vida para glorificación de Jesús, fuera de lo antes dicho, os ofrezco aún tres nuevas formas de uso práctico:

Primera. Vestidos ya, ponéos de rodillas antes de

abandonar vuestra habitación y de hacer cualquier oficio, y, de las veinticuatro horas que tiene la jornada, dedicad siquiera unos diez minutos a Aquel que os ha dado su vida toda, para adorarle, darle gracias, ofreceros a El con todo lo que os propongáis hacer en el dios, con intención de realizarlo todo por su amor y gloria. Leemos en las obras de Santa Gertrudis, que Nuestro Señor le aseguró en más de una ocasión que la ofrenda de sus menores acciones, aún los latidos de su corazón y la respiración de su pecho le eran gratas sobre manera. En virtud de esta oblación, todos vuestros pasos, todas vuestras respiraciones, todos los latidos del corazón y de vuestras venas, el uso integro de vuestros sentidos internos y externos, y, en general de todas vuestras actividades, que de por al no sean malas, pertenecerán a Jesucristo y serán otros tantos actos de glorificación de su Divina Majestad.

Y notad que al hablaros de este acto de ofrecimiento de vuestras buenas obras a Jesús, no pretendo excluir del mismo a la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, pues si Jesús no forma con su Padre y con su Espíritu Divino sino un mismo Ser y en El habita, según nos lo enseña San Pablo, la plenitud de la Divinidad: «In Ipso hábitat plenitudo omnis divinitatis corporáliter». Col.I19o,9, necesariamente hay que concluir que adorar a Jesús es adorar al Padre y al Espíritu Santo y glorificar a Jesús, es, por lo mismo glorificar a las otras dos Divinas Personas.

Segunda. Ofreced a este mismo Jesús todo el amor y gloria que le serán tributadas en el día en el cielo y en la tierra y uníos a las alabanzas que le rendirán su Padre, el Espíritu Santo, su santísima Madre, sus Ángeles y Santos y todas sus creaturas .

Tercera. Rogad a todos los Ángeles, a todos los Santos, a la Santísima Virgen, al Espíritu Santo y al Eterno Padre que glorifiquen y amen a Jesús por vosotros durante todo el día, con la seguridad de que Oirán vuestra súplica, puesto que nada en materia de

oración puede serles más grato y aceptable. De esta suerte participaréis en el amor y en la gloria que de continuo recibe Jesús de estas santas y divinas personas y El recibirá estos homenajes como vuestros, lo cual por fuerza ha de regocijaros y llenaros de gratitud a Dios Nuestro Señor.

Si diariamente y todas las mañanas practicáis este triple ejercicio, vuestra vida toda entera será un perenne acto de amor y glorificación a Jesús. Suponed que hubiera en el mundo un hombre tan perverso que quisiera que todas sus acciones y latidos de su corazón fueran otras tantas blasfemias contra Dios, y que además, deseara unirse a todas las blasfemias y ofensas que a diario se cometen contra nuestro Soberano Señor, y si para colmo de maldad, no contento con esto, excitara e invitara a todos los demonios y a todos los hombres malos de la tierra y del infierno a blasfemar y maldecir a nuestro Dios, en su nombre, no es verdad que por esta detestable intención, todas sus acciones y

respiraciones serían otras tantas blasfemias y que todas las que otros cometieran en la tierra y en los infiernos le serían imputadas y con toda razón por la Justicia Divina? Pues bien, lo mismo ocurrirá con vosotros si os servís de las tres prácticas que os he aconsejado; en virtud de vuestras santas intenciones, todas las acciones de vuestra vida serán otros tantos actos de alabanza a Dios y os veréis asociados a todo el honor que a diario se le tributa en el cielo y en la tierra.

Es bueno también que todas las mañanas hagáis un acto de aceptación por el amor de Dios de todos los contratiempos y disgustos que hayan de sobreveniros durante el día, como también un acto de renuncia a todas las tentaciones del espíritu maligno y a todo sentimiento de amor propio y de otras malas pasiones sienes que pudieran atormentaros en el día. Esto es importantísimo, pues suele ocurrir que con el correr de las horas, se presentan mil detalles desagradables,

mil pequeñas molestias, no por insignificantes menos mortificantes, y que inadvertidamente dejamos de ofrecer a Dios; presentase también no pocas tentaciones y movimientos de amor propio que demeritan nuestras buenas obras. Pues bien: en virtud del primer acto que os he sugerido, Dios será glorificado en todas las penas corporales y espirituales del día, puesto que ya por anticipado las habéis aceptado por su amor; y, en virtud del segundo, os dará fortaleza suficiente para resistir las malas tentaciones y para destruír más fácilmente los efectos del amor propio y de los demás vicios. Estos dos actos y las tres prácticas piadosas de que os he hablado están contenidas en la Elevación siguiente.

5 - Elevación a Jesús para la hora de despertar

Oh adorable y amabilísimo Jesús!, prosternado a vuestros pies humildemente, en la inmensa extensión de vuestro espíritu, en la grandeza infinita de vuestro amor y en todas las virtudes y potencias de vuestra Divinidad y humanidad santísima, os adoro y glorifico, os bendigo y amo en vuestra esencia soberana y en todas las cosas, y adoro, bendigo y amo en Vos, por Vos y con Vos a la Santísima Trinidad. Gracias infinitas os doy por el cuidado y vigilancia paternal que habéis ejercido sobre mí en la noche que ahora termina. Os consagro y ofrezco todas las bendiciones y alabanzas que durante ella se os han tributado en cielos y tierra.

Oh Salvador mio!, me ofrezco y consagro a Vos, y por Vos, a vuestro Eterno Padre de una manera absoluta, íntegra y definitiva. Os ofrezco mi cuerpo, mi alma, mi espíritu, mi corazón, mi vida,. todas las partes de mi cuerpo, todas las potencias de mi alma, lodos mis pensamientos, palabras y acciones, todas mis respiraciones, los latidos todos de mi corazón y de mis

venas, todos mis pasos, todas mis miradas, el uso de todos mis sentidos externos e internos, en una palabra, cuanto ha habido, hay y habrá en mí; y deseo que todo ello se consagre a vuestra santa gloria y eterna alabanza. Haced, os lo ruego, oh Dios mío!, que por vuestro infinito poder y misericordia así sea para que toda mi persona os rindo honor y homenaje perpetuo, de adoración y gratitud indeficientes.

Os ofrezco igualmente, oh mi amabilísimo Jesús, y por Vos, a la Santísima Trinidad todo el amor y toda la gloria que os serán dados hoy por toda la eternidad en el cielo y en la tierra; me uno a todas las alabanzas que en todo tiempo se tribute, se ha tributado y se tributará al Padre, por el Hijo y por el Espíritu Santo; al Hijo y al Espíritu Santo, por el Padre y a toda la Trinidad beatísima, por la Santísima Virgen, Por todos los Ángeles, por todos los Santos y por todos los seres del universo.

Oh Jesús!, adorad y amad al Padre y al Espíritu Santo por mí. Oh Padre de Jesús, amad y glorificad a vuestro Hijo Jesús por mí. Oh Divino Espíritu de Jesús! amad y glorificad a Jesús por mí. Oh Madre de Jesús!, bendecid y amad a vuestro Hijo Jesús por mi.. Oh bienaventurado San José, oh Ángeles de Jesús!, oh Santos y Santas de Jesús!, amad y adorad a mi Salvador por mí.

Acepto, además desde ahora, por amor vuestro, oh Jesús, Dueño mío adorado, todos los disgustos, contratiempos y aflicciones que me reserve este día y mi vida entera me depare, sean físicos o morales y me ofrezco a Vos para sufrir todo lo que queráis por vuestra gloria y personal beneplácito.

Protesto igualmente que renuncio desde ahora a todas las sugerencias y tentaciones del espíritu del mal, y que desapruebo y rechazo todos los movimientos, sentimientos y afectos de orgullo, amor propio y demás pasiones e inclinaciones perversas que me caracterizan. Os suplico, en fin, amable Salvador!, imprimáis

en mi corazón un odio, horror y miedo tan intenso al pecado que ningún mal de cuantos en el mundo existen pueda inspirarme semejante aversión y temor como el de ofenderos; haced que muera mil veces antes que disgustaros con un solo pecado voluntario y concededme la gracia de serviros en el día de hoy y en todos los días de mi vida con fidelidad y amor y de comportarme con mi prójimo con toda caridad, paciencia, dulzura, obediencia y humildad. Así sea.

6 - Nueva Elevación a Dios para santificar todas nuestras acciones, haciéndolas gratos y aceptables a su Divina Majestad

Oh Dios mío!, mi Creador y Dueño soberano!, ya que por infinidad de títulos soy todo vuestro, todo cuanto hay en mí os pertenece por entero. Me habéis creado para Vos: debo, pues, consagrarme a Vos con todas mis actividades, que carecerán de valor si no os las dedico. Por consiguiente, yo, despreciable creatura de vuestras manos, os ofrezco ahora y para cada instante de mi existencia, mi persona y todas sus obras, particularmente las de hoy, buenas o indiferentes, tanto las libres como las naturales. Y a fin de que os sean más aceptas y agradables, oh Dios mío!, las uno a las de Jesucristo Nuestro Señor, a las de su Madre Santísima, la Virgen María, a las de todos los Espíritus bienaventurados y a las de todos los justos que son, fueron y serán en la tierra y en el cielo. Yo os consagro todos mis pasos, palabras, miradas y movimientos de mi cuerpo así, como todos los pensamientos de ni¡ espíritu, todos los suspiros de mi corazón, en una Palabra, todos mis actos, con la intención y el deseo de tributaros una gloria infinita y de amaros con infinito amor por cada uno de ellos. Y no solamente os ofrezco mi corazón, mi voluntad, mi entendimiento Y toda mi persona del modo que mejor os Plazca, (cosa que pretendo en todos mis actos), sino

que, con estos mismos os ofrezco y dedico todas las acciones de todas las creaturas, y en especial, las de aquellas que dejan de consagrároslas. Os ofrezco la perfección de todos los Ángeles, la virtud de los Patriarcas, de los Profetas y de los Santos Apóstoles, los sufrimientos de los Mártires, la penitencia de los Confesores, la pureza de las Vírgenes, la santidad de todos los bienaventurados y finalmente os ofrezco vuestra misma Persona adorable, y todo ello lo hago, no para alcanzar algún favor de vuestra parte para mi personal interés, ni siquiera la gracia de la salvación, sino para agradaros mejor y rendiros más cumplida homenaje de glorificación y amor.

Además, pretendo ofreceros desde ahora, que gozo de libertad plena, todos los actos de amor que necesariamente haré en la eternidad feliz que espero lograr de vuestra Bondad Soberana. Os ofrezco

también todos los actos de toda clase de virtudes que haré y que conmigo practicarán todos los bienaventurados en la gloria; y, por cuanto algo es más excelente y meritorio, según que a vuestros divinos ojos le sea más grato, y mejor se ajuste a vuestra soberana Voluntad, en todo cuanto yo haga, no sólo deseo conformar mi querer al vuestro sino que quiero tan sólo hacer lo que más os guste. SI, que vuestra Voluntad y en manera alguna la mía, se cumpla en todo y que yo diga siempre de corazón y de boca y por todas los acciones de mi vida: «Fíat, Dómine, Voluntas tua sicut in coelo, et in terra», «Señor, hágase tu Voluntad, así en la tierra como en el cielo>.

Dignaos, Dios mío!, concederme esta gracia a fin de que puede siempre amaros con mayor perfección serviros con mayor ardor y obrar con mayor celo y pureza por vuestra gloria. Oh! que de tal suerte me transforme en Vos, que viva sólo en Vos y sólo para Vos, y que todo mi paraíso, toda mi dicha en el tiempo y en la eternidad consista en daros plena satisfacción

y gozo con mi conducta y cristiano comportamiento. Amén.

Oración a la Santísimo Virgen

Oh Madre de Jesús, Reina del cielo y de la tierra, os saludo y venero como mi soberana Señora a quien pertenezco por entero y de quien, después de Dios, dependo incondicionalmente. Os tributo todo el honor y homenaje que puedo según los deberes que Dios y vuestra grandeza me imponen. Me doy todo a Vos; entregadme, si os place, a vuestro Hijo Jesús, y haced de modo que cuanto in mí poseo se consagre a su gloria y a la vuestra, y que muera más bien antes que perder su gracia y amistad. Amén.

Oración a San José

Oh bienaventurado San José!, dignísimo padre de Jesús y esposo incomparable de María, sed mi padre, y protector, y guía en el día presente y en todo el curso de mi vida. Amén.

Oración a los Ángeles Custodios

Oh Santo Ángel de mi guarda!, me ofrezco a vos, Para que me entreguéis a Jesús y a su Madre Santísima, rogándoles me conceden la gracia de honrarlos y amarlos con toda la perfección y el ardor que de mí esperan. Amén.

Oración a todos los Ángeles y Santos

Oh Ángeles Santos!, oh bienaventurados Santos y Santas de Jesús!, yo me ofrezco a vosotros, a fin

de que me ofrezcáis a Jesús; dignáos suplicarle que me conceda su santa bendición, para emplear fielmente este día en su servicio y que muera antes que ofenderle.

Oración para pedir la bendición a Nuestro Señor y a su Santísimo Madre

Oh!, Jesús!, oh María!, Madre de Jesús, dignaos darme vuestra santa bendición. «Nos cum Prole Pía benedicat Virgo María. In nómine Patris, et Filii et Spíritus Sancti». Padre Nuestro..., Ave María..., Creo en Dios, etc... ....

SEGUNDA SECCIÓN

EJERCICIOS EN EL CURSO DEL DÍA

1 - Jesús, nuestro centro y nuestro paraíso, debe ser el objeto único de nuestros pensamientos y afectos

El primero y principal, o más bien, el único objeto de las miradas, del amor y de la complacencia del Padre Eterno es su Hijo Jesús. Y digo el ÚNICO OBJETO, porque si este Padre divino ha querido que su Hijo «Jesús sea todo en toda cosa» y que «todos los seres tengan de El y por El vida y existencia», según expresión de su Apóstol, del mismo modo estima y ama todo lo que existe en El y tan sólo a El mira y ama en todo lo que es. Por otra parte, de acuerdo con las enseñanzas del mismo Apóstol, «si El todo lo ha hecho en El y por El y para El únicamente, en El ha puesto los tesoros todos de su ciencia y sabiduría», de su bondad y de su belleza, de su gloria y de su felicidad y de todas sus demás perfecciones divinas. Hé

aquí por qué El mismo nos lo declara en varias ocasiones y sin reserva alguna: «que ha puesto toda su complacencia y sus delicias en este Hijo Único y amadísimo»: «Hic est Fílius méus dilectus in quo Mihi complácui». Matth.IIIo,17. Luc.IIIo,35. Petr. Epíst. 11o,1o,17.

Es evidente que con estas palabras no pretende excluír de su amor al Espíritu Santo, puesto que éste es el espíritu de Jesús y, por tanto, no forma con él sino una misma cosa en esencia y naturaleza.

A imitación de este Padre celestial, cuyos ejemplos debemos seguir como hijos, Jesús ha de ser el objeto único de nuestro espíritu y de nuestro corazón, mirando y amando en El todas las cosas y a El sólo en todas ellas. Todas nuestras acciones debemos ejecutarlas en El y para El; toda nuestra felicidad tiene que venirnos exclusivamente de El, así como El constituye el verdadero paraíso y gozo de su Padre celestial, que nos ha otorgado a su Hijo Único Jesucristo para ser nuestra alegría en esta vida y en la otra. Por tal razón Jesús nos manda que establezcamos en El nuestra morada: «Manete in me Joan.XVo,4 y el Apóstol amado nos repite el mismo precepto por dos veces, diciéndonos: «Permaneced en El, hijitos míos, permaneced en El»: «Et sicut dócuit vos, manéte in eo. Et nunc, filíoli, manéte in eo». Epíst. Ia Joann. 119,27. Y San Pablo, para convencernos de la necesidad de esta vida íntima con Nuestro Señor nos dice: «Nihil ergo nunc dammationis est iis qui sunt in Christo Jesu»: «Para quienes viven en Cristo Jesús, no hay desde luego condenación (posible).. Rom.VIIIo,19 y podemos concluir nosotros que, por el contrario, fuera de él, no hay sino perdición, ruina, maldición e infierno

Pero, fijaos bien en lo que os digo, al afirmar que Jesús debe ser el único objeto de nuestros pensamientos y afectos, no pretendo excluir de ellos al Padre celestial y al Espíritu Santo, puesto que esas dos divinas

Personas no constituyen, con el Hijo, sino un solo Dios y un solo Ser soberano, como lo enseña, el mismo Maestro: «Qui videt me, videt et Patrem»: «Quien me ve a mí, ve también al Padre». Joann. XIo,9, y por ¡o tanto, el que habla del Hijo, habla por igual de su Padre y de su Espíritu Santo y el que honra y ama a Jesús, por lo mismo, ama y honra con él a su Padre y a su Espíritu Divino.

En consecuencia, que este amabilísimo Salvador sea el objeto único de vuestros pensamientos,

deseos y afectos, el fin exclusivo de todas vuestras acciones, vuestro centro, vuestro paraíso, vuestro gran Todo. Doquiera estéis, refugiaos dentro de él como en lugar seguro, levantado hasta él vuestro espíritu y vuestro corazón y permaneced invariablemente unidos a él, es decir, que vuestro espíritu y vuestro corazón, vuestros pensamientos, deseos y afectos estén siempre en él y que las acciones de vuestra vida toda sean en su totalidad ejecutadas en él y para él solo.

Meditad a menudo en estas palabras de Jesús: «Unum est necessarium»: «Sólo hay una cosa necesaria». Luc.Xo,42, a saber, servir, amar y glorificar a Nuestro Señor. Considerad que fuera de esto, «todo lo demás no es sino locura, engaño, ilusión, tiempo perdido, aflicción de espíritu, nada, vanidad y vanidad de vanidades»: «Vánitas vanitátum, díxit Ecelesiástes; vánitas vanitátum et omnia vánitas... Vid¡ cuncta quae fíunt sub sole, et ecce universa vánitas et afflictio spíritus»... Eccl. 19,2 y 14. Pensad en que no estáis en este mundo sino para un solo fin, que es el principal, el más importante y necesario, el más apurado, más aún, el único asunto que sea digno de toda vuestra atención, interés y cuidado; a él solo han de tender todos vuestros pensamientos, palabras y acciones: vuestra unión con Dios, de la que depende vuestra eterna salvación. Y por esto, al principio de todas vuestras obras, debéis ofrecerlos a Nuestro

Señor, protestándole que queréis ejecutarlas exclusivamente por su amor y por su gloria.
Si caéis en una falta cualquiera, no os desaniméis, aunque hubierais incurrido en ella repetidas veces; humillaos profundamente ante Dios, y si es posible, arrodillaos para pedirle perdón por un buen acto de contrición, suplicándole repare vuestra culpa y os conceda gracias y fuerza para resistir nuevas tentaciones de pecar e imprima una vez más en vuestro corazón la resolución de morir más bien antes que ofenderle en lo porvenir.

Recordad a menudo que estáis en presencia de Dios, mejor aún, en Dios mismo. «Non longe est ab unoque nóstrum. In ipso énim vívimus, et movémur, et sumus»: «Dios no está lejos de nosotros. En El efectivamente vivimos, y nos movemos y existimos». Act.XVIIo,27. No olvidéis que Nuestro Señor, como Dios que es, nos rodea y penetra con su presencia soberana, que de continuo piensa en nosotros, mirándonos y cuidándonos con amor incesante. Que este pensamiento os mueva a pensar en Nuestro Señor si no constantemente al menos con frecuencia, no dejando pasar más de una hora sin elevar vuestro espíritu y vuestro corazón hasta El para decirle vuestro amor con alguna de las jaculatorias siguientes:

2 - Jaculatorias o aspiraciones a Jesús Nuestro Señor, durante el día

Oh Jesús! oh buen Jesús!, único amor de mi corazón.

Oh Jesús, objeto de todos mis amores! cuándo será que Os ame con toda perfección?

Oh Sol divino!, iluminad las tinieblas de mi espíritu, abrasad y derretid el frío de mi alma.

Oh Jesús!, luz de mi vida, haced que os conozca y que me conozca; que os conozca a Vos, para amaros y que me conozca a mí, para odiarme.

Oh dulcísima luz de mi alma! haced que yo vea con claridad que fuera de Vos todo es nada, engaño y vanidad.

Oh mi Dios y mi Todo!, alejadme de cuanto se aleje y me aleje de Vos y unidme estrechamente a Vos!

Oh mi Jesús!, sed siempre mi Jesús.

Oh vida de mi alma y Rey de mis amores; vivid y reinad en mí perfectamente!

Viva Jesús!... Viva el Rey de mi corazón!... Viva la vida de mi vida!.. y que sea por siempre y en todo amado y glorificado!

Oh fuego divino, hoguera inmensa que todo lo abrasáis y consumís! Por qué no me abrasáis y consumís con vuestras llamas de divino amor?

Oh fuego celestial! venid sobre mí, aniquiladme y transformadme integramente en una hoguera de amor a Vos?

Oh Jesús! sola todo mío; haced que yo su todo vuestro!

Oh Dios de amor!, oh única herencia de mi corazón!, a quién puedo querer en el ciclo y en la tierra fuera de Vos?

«0 unum necessarium! Unum quaero, unum desídero, unum volo, unum mihi est necessarium, Jésus méus et ómnia!: «Oh! el único necesario! A El sólo es a quien busco!, a El sólo deseo!, a El sólo quiero, pues El sólo me es necesario, ya que El, mi Jesús, es mi Todo y fuera de El, todo es nada y vanidad!

«Véni, Dómine Jesu!»: «Venid, oh Señor Jesús!, venid a mi corazón y a mi alma para amaros allí perfectamente!»

Ay! Jesús!... cuándo será que no haya en mí nada opuesto a vuestro santo amor?

Oh Madre de Jesús!, mostradme que sois la Madre de Jesús, formándolo y haciéndolo vivir en mi alma!

Oh Madre de amor! amad a vuestro Hijo por mi!

Oh Jesús! rendíos a Vos mismo todo el amor y toda la gloria que yo hubiera debido rendiros en toda mi vida y todo el que hubierais debido recibir de todas las creaturas del universo!

Oh Jesús!, os ofrezco todo el amor del cielo y de la tierra!

Oh Jesús!, os doy mi corazón, llenadlo con vuestro santo amor!

Oh Jesús!, que todos mis pasos rindan homenaje a todos los pasos de vuestra vida en la tierra.

Oh Jesús!, que todos mis pensamientos sean consagrados a honra y gloria de los vuestros.

Oh Jesús!, que todas mis acciones glorifiquen las vuestras.

Oh Jesús!, mi gloria y mi todo, que yo me sacrifique eternamente en aras de vuestra gloria.

Oh mi Jesús y mi Todo!, renuncio a todo cuanto no seáis Vos y me consagro por siempre a Vos.

TERCERA SECCIÓN

EJERCICIO PARA LA NOCHE

No es menos importante terminar bien el día que empezarlo de la misma manera, y consagrar especialmente a Dios nuestras últimas acciones tal como lo hemos hecho con las primeras de la jornada. Para ello, procurad, antes de entregaros al descanso, poneros de rodillas por lo menos durante un cuarto de hora, para dar gracias al Señor de los beneficios que os ha concedido durante el día, para hacer el examen de conciencia y para consagraros de nuevo a El por medio de las prácticas y ejercicios siguientes:

1 - Acción de gradas a Dios, Nuestro Señor

Oh Jesús!, mi dueño y Señor, os adoro como a principio y fuente de todo bien, de toda santidad, de toda perfección en el cielo y en la tierra, en el orden de la naturaleza, en el de la gracia y en el de la gloria. Atribuyo a Vos todos los dones y bienes celestes y terrenos, temporales y eternos que siempre habéis concedido al mundo y especialmente en el día de hoy.

Os bendigo una y mil veces y una mil veces os doy gracias por todos los efectos de bondad que habéis obrado especialmente hoy sobre todas vuestras creaturas, pero de modo particular por los que habéis obrado para conmigo, la más miserable y ruin de todas ellas.

Os ofrezco todo el amor y todas las alabanzas que desde la eternidad os han tributado, y en particular, las que habéis recibido hoy en todo el mundo. Que todos vuestros Ángeles y Santos, que todas vuestras creaturas y las potencias todas de vuestra Divinidad y de vuestra Humanidad Santísima os bendigan y alaben por toda la eternidad.

2 - Para el examen de conciencia

Oh Jesús!, Señor mío, os adoro como mi soberano Juez y me someto espontáneamente al poder que tenéis de juzgarme, feliz y dichoso de que disfrutéis de tal potestad sobre mi persona. Hacedme partícipe de la luz con que me haréis ver mis faltas en la hora de mi muerte, y cuando me toque comparecer ante el tribunal de vuestra divina Justicia inmediatamente después de ella, para desde ahora conocer con precisión todos mis pecados contra vuestra Majestad soberana. Hacedme participar igualmente del celo de vuestra Justicia y del odio indecible que tenéis al pecado,

para aborrecer los míos con la mima intensidad y ardor.

Terminada esta oración, haced un breve examen de todas vuestras actividades del día, para ver en qué habéis ofendido a Dios, y al reconocer vuestras faltas, acusadlas ante El, pidiéndole perdón de ellas con profunda humildad y contrición, en la forma siguiente:

3 - Actos de contrición para la noche

Oh Salvador mío!, ante Vos, ante vuestros Ángeles y Santos me acuso de todos los pecados de mi vida y en especial de los del día de hoy, suplicándoos por vuestra misericordia infinita, por vuestra

sangre preciosa y por las oraciones y merecimientos de vuestra Santísima Madre y de vuestros Ángeles y Santos, que me deis la gracia de una verdadera contrición y sincero arrepentimiento de mis culpas.

Oh Dios mío!, detesto mis pecados con toda mi alma y los aborrezco porque os ofenden y desagradan sobremanera, porque ellos han sido la causa de vuestros sufrimientos y de la muerte ignominiosa que padecisteis en el madero de la cruz. Ay!, quién me diera experimentar todo el dolor y arrepentimiento de San Pedro, de Santa María Magdalena y de todos los santos penitentes para llorar mis faltas! Oh Jesús! otorgadme la gracia de aborrecer mis pecados con la misma aversión y odio de los Ángeles y Santos. Oh! si pudiera odiarlos como Vos mismo los aborrecéis!

Oh amabilísimo Señor mío!, muera yo mil veces antes que volver a ofenderos gravemente! Muera yo mil veces, Señor, antes que ofenderos de nuevo en cualquier forma deliberadamente! Protesto, mediante vuestra gracia, acusar todos mis pecados en mi próxima confesión, renunciando a ellos por siempre firmemente por vuestro amor. Sí, Dios mío! de todo corazón, desde ahora y para siempre, renuncio a toda clase de

pecados y me ofrezco a Vos para hacer y sufrir cuanto os plazca en satisfacción de mis ofensas. De buen grado acepto, en homenaje a vuestra divina Justicia todas las penas y penitencias que queráis enviarme en esta vida y en la otra en expiación de mis culpas y os consagro en satisfacción de la ofensa que os he irrogado con mis pecados, toda la gloria que hoy habéis recibido de Vos mismo, de vuestra Madre Santísima, de vuestros Ángeles y Santos y de todos los justos de la tierra.

Oh buen Jesús!, a Vos me entrego; aniquilad en mí cuanto os desagrade, reparad por mí las ofensas cometidas contra vuestro Padre celestial, contra Vos mismo, contra vuestro Espíritu Santo, contra vuestra Santísima Madre, contra vuestros Ángeles y Santos y dadme fortaleza y gracia para no volver nunca a caer en pecado.

Oh Ángeles de Jesús!, oh Santos y Santas de Jesús!, oh Madre de Jesús!, suplid, os lo pido, mis defectos; reparad por mí las ofensas que he cometido contra Dios por mis pecados y tributadle por centuplicado todo el amor y toda la gloria que yo debía haberle rendido en el día de hoy y en todo el curso de mi vida.

Oh Madre de Jesús!, Madre de misericordia, rogad a vuestro Hijo se apiade de mí. Oh Madre de gracia! suplicad a vuestro Hijo me otorgue la gracia de no volver a ofenderle y de servirle y amarle con fidelidad en lo porvenir.

Oh bienaventurado San José!, oh santo Ángel de mi guarda!, oh bienaventurado San Juan!, oh Santa María Magdalena!, interceded todos vosotros por mí para alcanzar de Dios el perdón de mis pecados y la gracia de servirle en adelante con toda fidelidad y amor. Páter, Ave, Credo.

4 - Ofrecimiento de vuestro descansa a Dios

Oh Jesús!, Os ofrezco el reposo que voy a tomar en honor de] descanso eterno que Vos tuvisteis en el se no de vuestro Padre por toda la eternidad y del que Vos y vuestra Madre Santísima disfrutasteis durante vuestra vida en este mundo.

Os consagro todas mis respiraciones, todos los latidos de mi corazón y de mis venas durante

esta noche, deseandose transformen en otros tantos actos de adoración y alabanza a Vos; me asocio a todas las alabanzas que os serán dadas en la tierra y en el cielo en esta noche y por toda la eternidad. Suplico a todos vuestros Ángeles y Santos, a vuestra bienaventurada Madre y a Vos mismo que os amen y glorifiquen por mí esta noche y por toda la eternidad.

Luégo, al acostaros, trazad sobre vuestra persona el signo de la cruz, y, ya en vuestro lecho, repetid la última oración de Jesús a su Padre en el postrer instante de su vida: «Pater, in manus tuas commendo spíritum méum!»: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». Luc.XXX111o,46. La misma súplica debéis dirigir a Jesús, diciéndole: «In mánus túas, Dómine Jesu, commendo spíritum méum!», en tus manos, oh mi Señor Jesús entrego mi alma! Y al pronunciar estas Palabras solemnes pensad en la última hora de vuestra vida, para que desde esta noche tratéis de cumplir con ese deber por si entonces no tuviereis oportunidad de hacerlo, y a fin de que vuestra oración sea hecha con la mayor devoción y confianza en Dios Nuestro Señor. Decidla, pues, con la misma confianza y abandono, con el mismo amor y humildad, con las mismas disposiciones divinas con que Jesús las pronunció en lo alto de la Cruz. Uníos desde ahora para el trance de vuestra muerte a las últimas disposiciones con que Jesús terminó su existencia sobre la tierra y repetid sus propias palabras con el mismo fervor para que Nuestro Señor os dé la muerte de los justos,

según el divino oráculo: «Beati mortui qui in Dómino moriuntur»: «Dichosos los que mueren en brazos del Señor». Apoc.XIVo,13.

Finalmente, procurad que vuestra última acción antes de dormiros sea la señal de la cruz, que vuestro último pensamiento, sea el de Jesús, que vuestro postrer acto de piedad sea un acto de amor a Jesús y que vuestras postreras palabras sean los nombres de Jesús y de María, para merecer la gracia de terminar vuestra vida repitiéndolas hasta lo último: «Jesús, María!, Viva Jesús y María!, oh buen Jesús, sed siempre mi Jesús!, oh María, Madre de Jesús!, sed siempre mi madre amantísima!»

CAPITULO 11

EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA

1 - Modo de asistir dignamente al Santo Sacrificio de la Misa

Para asistir santamente al Santo Sacrificio y glorificar dignamente a Dios en la santa Misa, es preciso hacer cuatro cosas:

Primera: Desde vuestra salida de casa para ir a la Santa Misa, debéis pensar que no vais sólo a contemplar sino a realizar la acción más santa y divina, más grande e importante, más digna y admirable del cielo y de la tierra; y, por lo tanto, debéis ejecutarla santa y divinamente, es decir, con disposiciones santas y divinas y con el mayor fervor y recogimiento espiritual de que seáis capaces, por tratarse del asunto más importante y trascendental de vuestra vida. Y notad que he dicho se trata del acto más *importante que vais a realizar,* porque todo cristiano, formando con Cristo un solo ser, y, en razón de su divino sacerdocio, participando de esa calidad excelsa, tenéis derecho no ya de asistir al Santo Sacrificio sino también de ofrecerlo en unión del celebrante y del mismo Sacerdote Eterno, Jesucristo.

Segunda: Al entrar a la iglesia, debéis humillaros profundamente, reconociéndoos indignos en grado sumo de penetrar a la casa de Dios, de comparecer en su presencia y de participar en tan excelso misterio que encierra todos los misterios y maravillas del ciclo y de la tierra. Y, qué fácil os será esto, al considerar vuestra nada y vuestros innumerables pecados! A su vista, os penetraréis de espíritu de penitencia, de humildad y de contrición tales que ya para, el comienzo de la. Misa, espontáneamente unidos al Celebrante confesaréis vuestras culpas en el rezo del

CONFITEOR, pediréis de ellas perdón a Nuestro Señor y la gracia de¡ arrepentimiento y conversión definitiva de vuestra vida anterior; ya entonces, podréis en satisfacción de vuestras faltas, ofrecer a Dios el Sacrificio de su cuerpo y sangre preciosa, renovando en el ara de] altar con el Sacerdote la muerte de Cristo Redentor en la cima del Calvario.

Tercera: Adorad a Nuestro Señor Jesucristo que una vez más se hace presente a vuestros ojos sobre el altar para recibir los homenajes de vuestra devoción y amor. Pedidle convierta y transforme vuestra pesadez, frialdad y aridez espiritual en los ardores, ternuras y afectos divinos de su Corazón adorable como convierte en su cuerpo y sangre el pan y el vino Sacramental. Recordad que los cristianos no constituyen sino un solo ser con Jesucristo, como miembros de un mismo Jefe y cabeza, y que, por lo tanto, participan de todas sus cualidades y grandezas. Por ende, si Jesús está en este sacrificio en calidad de sacerdote y víctima, los que a él asisten deben por igual tomar parte en él como sacrificadores para ofrecer con Jesucristo, Sumo Sacerdote, el mismo sacrificio que El ofrece a su Padre celestial, y como hostias y víctimas que junto con Jesús han de ser inmoladas a la gloria de Dios en este acto sublime de nuestra religión sacrosanta.

Más aún, puesto que participáis del divino sacerdocio de Jesús y que, como cristianos y miembros de,¡ mismo, ostentáis el título y el oficio sacerdotal, debéis ejercer tan maravilloso ministerio de ofrecer a Dios el sacrificio del cuerpo y de la sangre del Hijo de Dios, con las mismas disposiciones e intenciones con que lo hace Jesucristo. Y, cuán santas y divinas son éstas!... Qué humildad, qué pureza y santidad!, qué desprendimiento personal y de todo lo creado!, qué esmero y aplicación espiritual en el servicio divino!, qué caridad para con el prójimo y qué amor hacia el

Padre Celestial caracterizan el divino sacerdocio de Cristo! Pues

bien, las mismas deben ser, en lo posible, vuestras disposiciones en la Santa Misa. Uníos a las de Nuestro Señor; suplicadle las grabe profundamente en vuestro corazón a fin de lograr en la oblación del Santo Sacrificio tales disposiciones e intenciones para mejor agradar a Jesús, Nuestro Señor.

Uníos también a las intenciones con que Cristo ofrece su sacrificio a su Eterno Padre. Estas son las cinco principales: en primer término, honrar a su Padre en sí mismo y en relación con todos los seres, de una manera digna de su Majestad infinita. En segundo lugar, rendirle acciones de gracias dignas de su bondad por todos los beneficios con que ha colmado a todas sus criaturas. En tercer lugar, darle cumplida satisfacción por todos los pecados del mundo. En cuarto lugar, asegurar el cumplimiento de los designios y voluntades del Eterno sobre toda la creación y, por último, en quinto lugar, alcanzar del Altísimo todo cuanto la humanidad necesita en el orden material para la salvación de todas las almas. Tales son las intenciones de Cristo, Sumo Sacerdote y tales deben ser también las vuestras.

1) As! pues, ofreceréis el Santo Sacrificio, en honor de la Santísima Trinidad, en honor de Jesús en sí mismo y en todos sus estados y misterios, cualidades, virtudes, acciones y sufrimientos, y en honor de cuanto es y ejecuta por su misericordia o por su justicia, en su Santísima Madre, en sus Ángeles y Santos, en su Iglesia triunfante, militante y purgante, y en todas las creaturas, del cielo, de la tierra y del infierno.

2) En acción de gracias a Dios por todos los beneficios, y gracias temporales y sobrenaturales que ha dispensado en todo tiempo a la Humanidad sagrada de su Hijo. a la Santísima Virgen, a todos los Ángeles, a los hombres en general y a vosotros en particular. y a las creaturas todas del universo.

3) En satisfacción a su divina Justicia por todos

dos vuestros pecados, por los del mundo entero, y particularmente, por los de las pobres almas del Purgatorio

4) Para que se realicen y ejecuten todos los planes y designios divinos sobre toda la humanidad y sobre vosotros mismos en particular.

5) Para obtener de su divina Bondad todas las gracias que necesitáis; y que todos los hombres requieren para servirlo dignamente y lograr la salvación eterna, fin último de todas las almas por El creadas.

Esto es lo que tenéis que hacer en calidad de sacerdotes, en calidad de hostia y víctima, estáis en la obligación, al ofrecer a Jesucristo al Eterno en la Santa Misa, de ofreceros con El como víctima en su sacrifico, uniéndoos tan estrechamente a El en su oblación que el Eterno Padre no os considere como ofrenda distinta e indigna, sino como una misma y aceptísima víctima inmolada a su gloria y honor.

Y puesto que la hostia debe ser inmolada y consumida por el fuego, rogadle os haga morir a vosotros mismos, a vuestras pasiones, a vuestro amor propio y a todo cuanto le desagrade y os consuma y aniquile en el fuego sagrado de su divino amor y que trasforme vuestra vida toda en un sacrifico perpetuo de alabanzas, de amor y de gloria a su Eterno Padre y a su Divina Persona.

Cuarta: Debéis preparar vuestra Comunión sacramental o al menos espiritual, porque Nuestro Señor, que os ama infinitamente, no se hace presente en el Santo Sacrificio sólo para estar con vosotros, para trataros familiarmente por breves momentos y para comunicaros sus gracias y dones inapreciables, sino especialmente para permanecer con vosotros, darse a vosotros y perteneceros enteramente por la sagrada Comunión.

Y por lo tanto debéis prepararos a recibirle, procurando entrar en las disposiciones con que habréis de comulgar sacramentalmente, es decir, de humildad

y de amor. Humillaos ante El, considerándoos indignos de recibirle, y con todo, por ser ese su deseo, anhelad su visita e invitadlo por variados actos de amor a que venga a vuestras almas a vivir y reinar en ellas por siempre.

Quinta: Concluída la Misa, dad gracias a Dios de los beneficios que en ella habéis recibido, marchaos luégo, con el firme propósito de emplear el día en su servicio.

Grabad en vuestro espíritu el pensamiento de que en adelante deberéis ser una hostia sacrificada y viviente a la par: muerta a cuanto no es Dios y vivienta en Dios y para Dios, consagrada y sacrificada integramente a su gloria y amor exclusivo. Protestad a Nuestro Señor que tal es vuestro mayor anhelo y ofreceos a El para hacer y sufrir con este fin cuanto sea de su agrado. Pedidle ejecute en vosotros por su gran misericordia este anhelo ardiente de vuestros corazones, elevando a menudo vuestra alma en el curso del día a Dios para renovarle vuestra intención de no hacer nada sino para su gloria y de morir antes que ofenderle. Para ello implorad su santa bendición.

Tal es el uso que debéis hacer de una cosa tan santa y sublime como es el Santo Sacrificio de la Misa. Si no habéis menester de tantas consideraciones para ocuparos santamente durante la Misa, escoged entre todas las que os he, expuesto, las que mejor cuadren a vuestro espíritu. Mas, para facilitaros su empleo, paso a exponéroslas en forma de Elevaciones para que las leáis con fervor y devoción a su debido tiempo.

2 - Elevaciones para oír bien la Santo Misa

1e- *Elevación a Dios para el principio de la Misa.*

Oh Dios soberano Señor mío!, vedme aquí, postrado ante vuestra misericordia; dignaos echar una mirada de bondad sobre esta miserable creatura que

se reconoce, a la faz del cielo y de la tierra, por La más indigna e ingrata de todas.

Oh Padre misericordioso!, me acuso ante Vos y ante vuestros Ángeles y Santos, de todas las vanidades de mi vida pasada, de todas las ofensas que he irrogado a vuestra divina Majestad; de mi gran frialdad en vuestras inspiraciones, y de muchísimos otros defectos míos que Vos conocéis. Mas, cuando considero que vuestro Hijo amadísimo, a quien vengo a adorar, me dio aún el primer instante de su vida, me confieso grandemente culpable, por no haberos consagrado al salir de mi infancia, el primer uso de la razón que recibí de vuestra divina Majestad.

Señor mío Jesucristo!, Vos pasasteis todos vuestros días en pobreza y sufrimiento, Y los acabasteis en la cruz por mi amor; gastasteis vuestra vida en obras y ejercicio continuo de excesiva

caridad con mi alma; y yo, disponiendo de mis días y de mi tiempo como de cosa propia, los paso inútil e indiferentemente, cuando no, ofendiendo a vuestra Majestad infinita. Oh Salvador mío!, haced que deteste todas mis faltas, ya que la menor de ellas os obligó a nacer en un establo y a morir en una cruz, para expiarla ante la justicia de vuestro Padre.

Oh amadísimo Jesús!, la menor de las acciones que ejecutasteis y repetisteis tantas veces por mi bien durante los treinta y cuatro años de vuestra vida en el mundo tiene tanto valor y mérito, que, aun cuando hubiera sido ejecutada una sola vez, exigiría que consagrase mi vida entera al cumplimiento de vuestra voluntad en acción de gracias a vuestra divina Majestad. Mas, ay!, es precisamente lo que no hago: antes, por el contrario, parece que no hubiera nacido sino para ofenderos de mil modos. Qué ingratitud e infidelidad! Cuánto detesto mi perfidia! Cómo me pesa, amabilísimo Jesús!, seros tan infiel e ingrato, corresponder tan mal a vuestro amor infinito! Oh Dios mío!, arrojo todos mis pecados en vuestra preciosa Sangre,

en el abismo de vuestras misericordias y en la hoguera de vuestro divino amor; borradlas y destruidlas. por completo. Reparad todas mis faltas, oh buen Jesús!, y recibid, en satisfacción de mis pecados, este santísimo Sacrificio de vuestro cuerpo y sangre preciosa, que a este fin, Vos ofrecisteis en la cruz, y yo ahora os ofrezco. Oh mi dulce Amor!, el amor desordenado de mí mismo y del mundo con sus vanidades es la fuente de todos mis delitos; renuncio al mismo para siempre y con toda la fuerza de mi alma. Aniquiladlo en mí y estableced en mi corazón el reino de vuestro amor. Así sea.

2e- Elevación a Jesús durante la Santa Misa.

Oh Jesús, Señor y Dios mío! Os hacéis presente en este altar para que os contemple y adore, os ame y glorifique, para comunicarme vuestros méritos y hacerme recordar ese gran amor que os hizo sufrir y morir por mí en una cruz. Oh Jesús! os adoro, bendigo y glorifico en la medida de mis capacidades. Oh abismo de amor, bondad infinita, caridad inmensa! ojalá me devorara totalmente el fuego de vuestro amor. 0h amadísimo, amantísimo y amabilísimo, cuándo será que os ame dignamente? Quién me diera que todos los miembros de mi cuerpo y mi alma toda se convirtieran en otros tantos corazones de Serafines! Quién me concediera que me transformara en fuego ardentísimo y en purísima llama de amor a Vos? Oh Serafines, Ángeles, Santos y Santas del Paraíso!, dadme vuestro amor para amar a mi Jesús. Oh hombres todos y vosotras todas, creaturas capaces de amar a Dios!, prestadme vuestros corazones para sacrificarlos a mi Salvador. Oh dulcísimo Señor! ojalá nosevera todo el amor del cielo y de la tierra para rendirlo en aras de vuestro amor indecible. Oh Jesús! hijo amadísimo del Eterno, delicia y tesoro de cielos y tierra. cómo os adoran, aman Y glorifican ahora en este altar los millares

de Ángeles que os rodean penetrados de pasmosa reverencia! Cómo deberían los hombres honrares, alabaros y amaros, ya que no por amor a los Ángeles sino a éstos, estáis aquí presente en este altar! Ah!, que todos los Ángeles, que todos los hombres, que las creaturas todas del cielo y de la tierra se conviertan en adoración, amor y glorificación hacia vuestra divina Majestad y que todas las potencias de vuestra Humanidad Santísima y de vuestra Divinidad adorable se dediquen a amaros y glorificaros por toda la eternidad!

Oh Jesús omnipotente!, adoro el poder inefable de vuestras sagradas palabras capaces de transformar la vil substancia del pan y del vino en vuestro Cuerpo y Sangre divina! Me entrego sin reservas a la acción de ese mismo poder admirable para que se digne transformar mi frialdad, pesadez y sequedad espiritual en los santos ardores, ternuras y fervores de su amantísimo Corazón y

a mi mismo, por entero, convertirme de tal suerte en Vos mismo que en adelante no posea otro corazón, otro espíritu y otra vida que los vuestros.

Oh dulcísimo Redentor mío!, estáis presente en este altar para recordarnos y reiterar a nuestra vista, vuestra dolorosa Pasión y muerte; haced que conserve siempre vivo el recuerdo de cuanto por mí habéis hecho y sufrido en la tierra, y que sufra con humildad, resignación y amor a Vos todas las penas y aflicciones que me reserva este día y mi vida entera. Oh Jesús!, es tanto lo que aborrecéis el pecado que ne vaciláis en sacrificar vuestra vida preciosa para darle muerte y tanto es lo que me amáis y apreciáis mi alma que no dudasteis en perder vuestra vida para devolverme la mía y rescatar con vuestro sacrificio mi alma infeliz, del yugo del demonio y del pecado. Haced, oh Salvador mío! que yo no tema ni aborrezca nada más que el pecado, que no estime ni anhele nada

más que vuestra gloria y que considere todo lo demás como indigno de mi amor o de mi odio. Amén.

3e - Elevación a Jesús, considerado como Sacerdote que se sacrifica, a Sí mismo en el altar

Oh Jesús!, os adoro como Sumo Sacerdote que de continuo estáis en función de sacrificaros tanto en la tierra como en el cielo, al inmolaros hora tras hora y minuto a minuto a la gloria de vuestro Padre y en aras de nuestro amor. Sed mil veces bendito, oh buen Jesús! por el honor infinito que rendís a vuestro Padre y por el amor inefable que nos mostráis en este divino sacrificio. No os contentáis con sacrificaros por nosotros tantas veces, sino que queréis asociarnos a Vos en esta sublime acción, haciéndonos participar de vuestra calidad de Sacerdote y dándonos la potestad de ejecutar con Vos y vuestros santos sacerdotes este acto supremo de nuestra religión para gloria ría de vuestro Eterno Padre y provecho de nuestras almas. Unidnos, pues, a Vos, oh divino Señor!, ya que os place que ofrezcamos con Vos este Santo Sacrificio. Haced que lo hagamos con las disposiciones santas y divinas con que Vos lo ofrecéis. Ah!, con qué devoción, pureza y santidad, con qué caridad por nosotros y celo y amor a vuestro Podre ejecutáis esta acción maravillosa! Grabad en nosotros estas mismas disposiciones para que hagamos con Vos y como Vos lo que realizáis tan santa y divinamente. Oh Padre de Jesús!, nos disteis vuestro Hijo, nos lo habéis, por así decir, puesto en nuestras manos y a discreción nuestra Por medio de este misterio admirable. Por eso, os 10 Ofrecemos como cosa que es verdaderamente nuestra, y deseamos ofrecéroslo en unión de la humildad, de la pureza, de la caridad, del amor y de todas las demás disposiciones con que El se ofrece a Vos .

Yo quiero también ofrecéroslo por las intenciones

por las cuales se sacrifica El a Sí mismo; así, pues, os lo ofrezco:

1) En honor de cuanto sois, oh Dios mío!, en vuestra esencia divina, en vuestras inenarrables perfecciones, en vuestras Personas eternas y en todas vuestras obras. Os lo ofrezco en honor de cuanto es vuestro divino Hijo en Sí mismo, en todos sus estados, misterios, cualidades, virtudes y sufrimientos y de cuanto fuera de Sí mismo realiza por su misericordia o por su justicia, en el cielo, en la tierra y en el infierno.

2) Os lo ofrezco *en acción de gracias* por todos los beneficios y gracias que habéis comunicado siempre en el tiempo y en la eternidad a la Humanidad santa de vuestro Hijo, a su Madre Santísima, a todos los Ángeles, a todos los hombres y creaturas en general, y muy especialmente, a mi indigna persona, la más ruin y despreciable de todas ellas.

3) Os lo ofrezco *en satisfacción* de las ofensas innumerables que en todo tiempo os han irrogado, os irrogan y os irrogarán los pecados de todo el mundo, en particular los míos, y los de las personas, a&! vivas como fallecidas, por quienes estoy obligado a orar.

4) Os lo ofrezco por *el cumplimiento de todos vuestros designios,* especialmente de los que a mi persona o a las de aquellas con quienes tengo vínculos de sangre, amistad u obligación de caridad o gratitud particular, conciernen, para que no permitáis que los frustremos en forma alguna.

5) Os suplico, Dios mío!, que en virtud de esta oblación santa y de este don inapreciable que os ofrezco, *nos concedáis todas las gracias* espirituales y corporales que necesitamos para serviros y amaros perfectamente y para ser todos vuestros ahora y siempre. Así sea.

4e - *Elevación a Jesús Hostia y Víctima inmolada a Dios en la Santa Misa*

Oh Jesús!, os contemplo y adoro en este misterio como Víctima santa que carga y borra los pecados del mundo, al inmolaros Vos mismo sobre este altar por la gloria de Dios y la salvación de los hombres. Vuestro Apóstol nos enseña que deseáis seamos todos hostias vivas y santas, dignas de ser sacrificadas con Vos a la gloria de vuestro Padre (1).

Oh Salvador mío!, en honor de la oblación y sacrificio que de Vos mismo hacéis a vuestro Padre, y al que me uno estrechamente, me entrego a Vos para ser hostia cruenta e incruenta de todos los días y de todos los instantes, de vuestra divina voluntad y víctima perenne inmolada a la gloria de vuestro Eterno Padre y a la vuestra por igual. Unidme a Vos en calidad de hostia, oh buen Jesús!, para ser sacrificado con Vos y por Vos en este altar. Y ya que es indispensable que la hostia sea inmolada y consumida por el fuego, hacedme morir a mí mismo, a mis vicios y pasiones y a cuanto en mí os desagrada; consumidme totalmente en el fuego sagrado de vuestro divino amor y transformad mi vida en un sacrificio perpetuo de alabanza, de gloria y de amor a vuestro Padre y a vuestra Divina Persona. Amén.

5e - Elevación a Jesús para la Comunión espiritual

Oh bondadosísimo Jesús!, no soy digno de pensar en Vos ni de que Vos penséis en mí, y mucho menos, de comparecer en vuestra soberana presencia y de que os manifestéis a mí. Y sin embargo, no sólo Pensáis en mí y os reveláis a mis miradas en la Sagrada

(1) «Obsecro vos, *fratres, per misericordiam Dei, ut exhibeátis córpora vestra hostiam viventem, sanctam, Deo placentem.* Rom. 12,1.

Eucaristía, sino que queréis daros a mí y anheláis fijar vuestra morada en mi pobre corazón. Ah Señor!, cuán admirables son vuestras misericordias y qué inefables vuestras bondades! Qué tengo yo, creatura ruin, llena de miseria y de pecado, capaz de atraer vuestras miradas cariñosas? En verdad, sólo a ello os impulsa el colmo de vuestra caridad. Venid, venid, pues, amadísimo Jesús, porque os amo y deseo vuestra visita con todo el corazón! Ah!, si me fuera dado transformarme todo entero en suspiros, deseos y anhelos amorosos de vuestra Presencia Divina! Venid, dulcísima luz de mi vida! Venid, amor de mis amores, apresuraos a morar en mi corazón, que desdeña todo lo demás para no pensar sino en Vos y en vuestro cariño. Oh Rey de mi corazón, vida de mí alma, tesoro inapreciable, alegría inefable de todo mi ser, venid vivir en mí! Oh Jesús!, mi amor y mi Todo, venid a mi espíritu, venid a mi alma para destruir mi orgullo, mi amor propio, mi propia voluntad y todos mis vicios e imperfecciones! Venid a establecer en mi corazón vuestra humildad, vuestra caridad, vuestra

dulzura, vuestra paciencia, vuestra obediencia, vuestro celo y todas vuestras virtudes en general. Venid para que en mí os améis y glorifiquéis Vos mismo dignamente y unáis perfectamente mi espíritu con vuestro divino Espíritu, mi corazón con vuestro sagrado Corazón, mi alma con vuestra santa alma. Haced que mi corazón, cuerpo y alma, que con tanta frecuencia se unen a los vuestros por la Sagrada Eucaristía, no tengan jamás otros sentimientos, afectos, deseos y pasiones que los de vuestro Santo Corazón, que los de vuestro Cuerpo adorable y los de vuestra alma divina. En fin, venid oh mi Jesús!, venid a mí para que viváis y reinéis en mí como soberano ahora y siempre por toda la eternidad. Amén.

6e - *Elevación a Jesús para el final de la Santa Misa*

Oh amabilísimo Jesús!, os alabo, os doy infinitas gracias, y pido a todos los Santos, a todos los Ángeles y a las creaturas todas del universo os bendigan y glorifiquen conmigo por todos los favores y gracias que me habéis otorgado por este Santo Sacrificio. Conservad, os lo suplico, y acrecentad en mí todos los santos deseos, pensamientos, afectos y sentimientos que habéis suscitado en mi alma durante esta Misa, dadme la gracia de producir todos los frutos que de mí esperáis. Os rebajasteis haciéndoos presente a mis miradas y homenajes en este sacrificio admirable, haced que durante este día no deje yo pasar hora ninguna sin elevar mi corazón y mi amor hasta Vos. Vinisteis a este altar para tomar posesión de nuestros corazones y recibir los homenajes que os debemos como a Señor y Dueño Soberano de nuestras almas. Poseed, pues, mi corazón, oh buen Jesús!, os lo doy y consagro para siempre. Os reconozco y adoro como Rey y Soberano. Os rindo pleitesía y homenaje de mi ser, de mi vida y de todas mis acciones, especialmente de las de hoy; disponed de todo ello según vuestra voluntad. Concededme la gracia de morir antes que ofenderos; que yo sea una hostia sacrificada y viviente a la vez: muerta a todo cuanto no seáis Vos y vivo en Vos y para Vos. Que mi vida entera sea un perpetua sacrificio de alabanzas y de encendido amor a Vos y que finalmente me inmole y consuma todo mi ser por vuestra gloria y por vuestro único amor. Y para ello, os suplico de corazón me deis vuestra santa bendición. Amén.

CAPITULO 111

LA SAGRADA COMUNIÓN

Nuestro Señor Jesucristo viene a nosotros en la Sagrada Eucaristía con gran humildad que lo hace abatirse hasta tomar la forma y apariencia de pan para darse a nosotros y con amor ardentísimo que le lleva a darnos en este sacramento cuanto posee de más grande, querido y precioso. Debemos, por consiguiente, acercanos a El y recibirle en este mismo sacramento con profundísima humildad y amor indecible. Son éstas las principales disposiciones para comulgar bien. y para penetraros de ellas podréis serviros de la siguiente Elevación:

1 - Elevación a Dios para disponernos a recibir la Sagrada Comunión

Oh Jesús!, mi luz y mi santificación, abrid los ojos de mi mente y llenad mi alma con vuestra gracia para que comprenda la importancia de la acción que voy a hacer, y para que la ejecute santa y dignamente por vuestra gloria.

Oh alma mía!, considera atentamente cuánta es la grandeza y maravilla del acto que va a realizar , la santidad y dignidad de Aquél a quien vas a recibir. Vas a ejecutar la acción más grande, la más importante, la más santa, la más divina que puedas realizar. Vas a recibir en tu boca, en tu corazón, en tu pecho y en lo más íntimo y recóndito de tu ser a tu Dios, a tu Creador, a tu Salvador, a tu Rey, a tu Jesús. Sí, vas a recibir en tu pecho y en tus entrañas, real y verdaderamente, a este mismo Jesús, que es la vida, la gloria, el tesoro, el amor y las delicias del Eterno, a este mismo Jesús a quien tantos Patriarcas, Profetas

y Justos del Antiguo Testamento anhelaron ver, sin lograrlo, a este mismo Jesús, que moró nueve meses en las entrañas sagradas de la bienaventurada Virgen María, al mismo que ella alimentó a sus pechos, llevo en su regazo y cargo amorosa en sus brazos benditos, a este mismo Jesús, a Quien se vio caminar y vivir sobre la tierra, beber y comer con los pecadores, a este mismo Jesús que fue colgado de una cruz; vas a recibir su mismo cuerpo que fue maltratado, desgarrado e inmolado por tu amor; vas a recibir su misma sangre que fue derramada sobre la tierra; vas a recibir su mismo Corazón, que fue atravesado por la lanza de Longinos, en el tuyo; vas a recibir el alma misma de Jesús, que El moribundo en la cruz, entregó en manos de su Padre, en tu propia alma! Qué de maravillas, Dios mío! que yo recibe dentro de mí al mismo Salvador que subió glorioso y triunfal a los cielos, que está sentado a la diestra del Altísimo y que ha de venir con poder y majestad al fin de los tiempos a juzgar al Universo?

Oh admirable Jesús!, los Ángeles más puros que el sol se creen indignos de miraros, alabaros y adoraros, y, hoy, no sólo me permitís hacer esto, sino que deseáis ardientemente alojaros en mi corazón y en mi alma, trayéndome así con vuestra Persona adorable, toda la Trinidad Beatísima, toda la Divinidad y todo el Paraíso. Ah, Señor!, cuánta bondad! De dónde a mí tanta dicha que el Soberano Señor de cielos y tierra se digne fijar su morada en mí, que soy un abismo. de miserias y de pecados, para transformarme en paraíso de gracias y bendiciones? Oh Dios mío!, cuán indigno soy de semejante favor! Reconozco a '¡a faz del cielo y de la tierra que merezco más bien ser sepultado en lo más profundo del infierno antes que recibiros en mi corazón tan lleno de vicios e imperfecciones.

Mas, Ya que os Place, oh Salvador mío!, entregaros así a mí, deseo recibiros con toda la pureza, amor

y devoción posibles. Con este fin, os doy mi alma, para que la preparéis Vos mismo en la forma conveniente; destruíd en ella cuanto os desagrade y colmadla de vuestro amor divino, y de todas las gracias y disposiciones con que queréis que os reciba.

Oh Padre de Jesús!, aniquilad en mí cuanto ofenda y desagrade a vuestro Hijo, y hacedme participar del amor inmenso que vosotros le profesasteis y conen vuestro seno paternal el día de su Ascensión a la gloria. Oh Espíritu Santo de Jesús!, os entrego mi alma para que la adornéis con todas las gracias y virtudes requeridas para recibir a su Salvador. Oh Madre de Dios!, hacedme partícipe, os lo pido, de la fe y devoción, del amor y humildad, de la pureza y santidad con que comulgasteis tantas y tantas veces después de la Ascensión de vuestro Hijo. Oh Santos Ángeles!, oh Santos y Santas del Cielo!, os ofrezco también mi alma para que se la entreguéis a mi Jesús, rogándole que la prepare El mismo y me conceda la gracia de participar de vuestra pureza y santidad y del amor inmenso que vosotros le profesasteis y continuáis manifestándole por toda la eternidad bienaventurada.

Oh mi amado Jesús!, os ofrezco toda la humildad y devoción, toda la pureza y santidad, todo el amor y todas las dignas disposiciones con que habéis sido recibido por todas las almas santas que ha habido y hay en todo el mundo. Oh!, y cómo deseara yo poseer todo su amor y todas sus virtudes y bellas disposiciones para recibiros en mi alma! De buena gana me apropiaría el fervor y amor divino de todos los Ángeles, de todos los Serafines, de todos los Santos de la tierra y del cielo, si estuviera a mi alcance, para recibíros más santa y dignamente. Oh mi dulce Amor!, Vos sois todo amor hacia mí en este sacramento de amor y Vos bajáis a mi corazón con un amor infinito; y yo, ay de mí!, no sé amaros como lo merecéis y no puedo

recibiros en mi alma fría y miserable, insensible a los carismas y gracias del fuego de vuestro amor.

Mas, oh Salvador mío!, no hay lugar digno de Vos fuera de Vos mismo; no hay amor con que dignamente podáis ser recibido con excepción del vuestro. Por ello, a fin de recibiros, no en mí, ya que soy indigno en demasía, sino en Vos mismo, y con todo el amor que Vos mismo os tenéis, yo me anonado a vuestros pies lo más que puedo, y con todo lo que soy me doy a Vos, suplicándoos me aniquiléis y os establezcáis en mí a fin de que, viniendo a mí por la Santa Comunión, seáis recibido, no ya en mí sino en Vos mismo y con el mismo amor que os tenéis. Amén.

Notad bien este último párrafo de la anterior oración, puesto que encierra la verdadera disposición con que se ha de comulgar. Es ésta la mejor preparación que podamos llevar a tan sublime acto de nuestra vida, pues comprende todas las demás y por tal motivo la he puesto al final para uso de las almas de mayor cultura espiritual y más enamoradas de Dios.

Observad igualmente que desear para si toda la devoción y todo el amor de las almas santas es algo en extremo grato a Nuestro Señor y de mucho provecho para nuestra perfección. Dijo, en efecto un día Nuestro Señor a Santa Matilde, religiosa de la Orden de San Benito, que cuando se dispusiera a comulgar Y no sintiera mayor devoción para hacerlo, debía desear vivamente toda la devoción y todo el amor de las almas justas que comulgaran dignamente, para en tal forma, suplir la imperfección de sus disposiciones con lo cual El se contentaría y daría por satisfecho.

Algo parecido leemos en la vida de Santa Gertrudis, religiosa de la misma Orden, del mismo monasterio Y hasta contemporánea de Santa Matilde. Un día que se preparaba para comulgar y como no experimentaba la devoción conveniente para tal acto, se le ocurrió dirigirse a Nuestro Señor Para Ofrecerle la devoción y el amor de todos los Santos y de la Virgen

Santísima para suplir la deficiencia de sus disposiciones, y entonces se le apareció JESÚS y le dijo: «Has logrado con esta oración comparecer ante mis ojos y a los de los Santos de mi reino con los atavíos y adornos que deseabas».

2 - Para después de la Sagrada Comunión

Después de la Comunión tenéis que hacer tres cosas:

1) Debéis postraros en espíritu a los pies del Hijo de Dios, que reside en vosotros, para adorarle y pedirle perdón de todas vuestras faltas e ingratitudes, y de haberle alojado en un lugar tan inmundo y con un amor y disposiciones tan deficientes.

2) Tenéis, luégo, que darle las gracias por haberse dignado, no obstante venir a vuestro corazón e invitar a todos los seres del cielo y de la tierra a bendecirlo y alabarlo en unión vuestra.

3) Y as! como El se ha dado a vosotros, debéis corresponder a esa dádiva, entregándoos también a El para que destruya en vuestras almas cuanto le es contrario y establezca en ellas en cambio el reino de su amor y de su gloria por siempre. A este fin podéis valeros de la siguiente Elevación:

ELEVACIÓN A JESÚS PARA DESPUÉS DE LA SAGRADA COMUNIÓN.

Oh Jesús!, Dios y Creador mío, mi Salvador y Dueño soberano!, qué maravilla albergar en mi pecho a Aquel que desde toda la eternidad reside en el seno del Padre Celestial! Llevo en mis entrañas al mismo Jesús que habitó en las purísimas de María Santísima. El mismo amabilísimo Corazón de Jesús sobre el que se reclinó la cabeza del discípulo amado y que fue atravesado por una lanza en la cruz, ahora

reposa en mí y descansa muy cerca de mi propio corazón! Su alma santísima vive en mi alma! Toda la Divinidad, toda la Trinidad beatísima, cuanto de más grande y excelso hay en Dios, en una palabra, el Paraíso todo entero ha bajado hasta mi, creatura indigna y miserable como ninguna! Ay, Dios mío! qué colmo de misericordia y de beneficios! Qué diré, qué haré yo ante tantas maravillas y bondades? Oh Señor mío, Jesucristo!, que todas las potencias de mi alma y de mi cuerpo se prosternen ante vuestra Divina Majestad, para adorarlo y rendirle el condigno homenaje de mi amor! Que el cielo y la tierra con todas sus creaturas vengan a derretirse ahora a vuestras plantas para tributaros conmigo mil homenajes de adoración y acatamiento. Pero, Dios mío, cuánta es mi temeridad al haberos recibido en un lugar tan indigno, con tan poco amor y preparación, a Vos que sois el Santo de los Santos! Perdón, Salvador mío, por esto yo os pido perdón de todo corazón, como también por todos mis pecados y por las ingratitudes de mi vida pasada.

Oh dulcísimo, deseadísimo, y amabilísimo Jesús, único amor de mi corazón, amado de mi alma, objeto de todos mis amores, mi dulce vida, mi único amor, mi tesoro y mi gloria, toda mi alegría y mi única esperanza! Jesús mío, qué he de pensar de vuestras bondades tan excesivas para conmigo? Qué haré Para amaros a Vos que hacéis tantas maravillas Para mí? Cómo os agradeceré? Salvador mío, os ofrezco todas las bendiciones que os han sido dadas y lo serán eternamente por vuestro Padre, por el Espíritu Santo, por vuestra Santísima Madre, por todos los Ángeles y por todas las almas santas que os han recibido en la Santa Comunión. Dios mio, que todo cuanto soy se cambie en alabanza y en amor a Vos! Que vuestro Padre, vuestra Santísima Madre, todos vuestros Ángeles y Santos, y todas las creaturas

ras os bendigan eternamente por mí! Padre de Jesús, Espíritu Santo de Jesús, Madre de Jesús, Ángeles de Jesús, Santos Y Santas de Jesús, bendecid a Jesús por mí!

Oh buen Jesús, os habéis dado enteramente a mi y con un amor inmenso. Con este mismo amor yo me entrego a Vos; os doy m¡ cuerpo, mi alma, mi vida, mis pensamientos, mis palabras y acciones y todo cuanto depende de mí, y así me entrego todo a Vos, para que dispongáis de mí y de cuanto me pertenece, en el tiempo y en la eternidad, como os plazca, únicamente para vuestra gloria. Señor y Dios mío, usad del poder de vuestro brazo para que me separéis de mí mismo, del mundo y de todo lo que no es Vos, para que me poseáis enteramente. Destruid m¡ amor propia voluntad, mi orgullo y todos mis demás vicios y malas inclinaciones. Estableced en mi alma el reino de vuestro amor, de vuestra santa gloria y de vuestra Voluntad divina, para que en adelante os ame a perfección; que no quiera nada sino en Vos y para Vos; que toda mi dicha sea contentaros, toda m¡ gloria glorificaros y haceros glorificar y mi mayor felicidad, cumplir vuestra unta Voluntad. Jesús mío, haced reinar en mí vuestra humíldad, vuestra caridad, vuestra dulzura y paciencia, Obediencia, modestia. castidad y todas vuestras virtudes; revestidme de vuestro espíritu, de vuestros sentimientos e inclinaciones, para que no tenga otros sentimientos, deseos e inclinaciones que los vuestros. Finalmente, destruid en mí cuanto se os Opone; amaos y glorificaos en mí como os plazca.

Salvador mío, os ofrezco todas las personas por quienes debo orar, especialmente N. N. ; quitad de ellas cuanto os desagrade; colmadlas de vuestro amor divino; realizad todos vuestros designios de gracia y bendición sobre sus almas y otorgadles cuanto os he pedido en mi propio interés y beneficio. Amén.

Podéis igualmente serviros de los tres actos siguientes de devoción que he redactado para facilitaros el cumplimiento de vuestros deberes de cristiano para después de la Comunión:

ACTO DE ADORACIÓN PARA DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Oh Jesús! Os adoro y venero como a mi Dios y Señor, de quien dependo y al que por entero pertenezco, y lo hago con todas las fuerzas de mi ser y en todas las formas que están a mi disposición, ofreciéndoos todas las adoraciones y homenajes del cielo y de la tierra en lo pasado, en el presente y en el porvenir. Ah!, si me fuera dado convertirme todo entero en adoración y abalanza en vuestro honor! Oh!, que todas las creaturas del cielo y de la tierra rivalicen a porfin en el concierto de universal homenaje en alabanza y glorificación de vuestra Majestad infinita y adorable!

ACTO DE OFRECIMIENTO PARA DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Oh Jesús!, Señor mío adorado, yo os pertenezco necesariamente y por mil y mil títulos soy todo vuestro es mi mayor anhelo perteneceros por propia voluntad y personal determinación. Y por esta razón, os ofrezco, entrego y consagro sin reservas mi cuerpo, mi alma, mi vida, mi corazón, mi espíritu, todos mis pensamientos, palabras y acciones, todas las dependencias y propiedades de mi ser y de mi existencia, anhelando que todo cuanto soy y tengo, cuanto fui y tuve y cuanto seré y tendré os pertenezca total, absoluta, exclusiva y eternamente.

Y os hago esta oblación y entrega de mí mismo no sólo con toda la resolución y energía de que soy capaz , sin que para hacerlas más eficaz y santamente, me ofrezco y me doy a Vos con toda la virtud de vuestra gracia, con todo el poder de vuestro espíritu y con

todas las fuerzas de vuestro amor divino, que me pertenece, puesto que todo lo vuestro es mío también. Y os suplico, oh mi Salvador!, que por vuestra infinita misericordia, empleéis Vos mismo la fuerza de vuestro brazo y el poder de vuestro espíritu y de vuestro amor, para arrancarme de mí mismo y de todo lo que existe fuera de Vos, y para adueñaros de mí entera y definitivamente para mayor gloria de vuestro santo nombre. Amén.

ACTO DE AMOR PARA DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Oh amabilísimo Jesús!, puesto que sois todo bondad y amor, y que me habéis creado exclusivamente para amaros, contentándoos con mi amor únicamente, quiero amaros, queridísimo Jesús con todo el corazón, con toda mi alma y con todas mis fuerzas. Más todavía, quiero amaros con toda la capacidad de vuestra divina voluntad, con todas las fuerzas de vuestro Corazón y con toda la energía y ardor de vuestro amor, pues todo esto me pertenece ya que al daros a mí nada os habéis reservado para Vos y por tanto, puedo disponer libremente de todo vuestro Ser según me plazca. Oh! Salvador mío!, quiero aniquilar en mí cuanto os ofende y contraría vuestro amor; me doy a Vos para amaros con toda la perfección que de mí esperáis.

Destruíd Vos mismo en mí cuanto obstaculice vuestro amor y amaos Vos mismo en mí de cuantas maneras queráis, ya que me entrego a Vos para hacer y sufrir todo lo que dispongáis por puro amor vuestro.

Oh Jesús!, os ofrezco todo el amor que se os ha tributado, se os tributa y se os tributará en todo tiempo en el cielo y en la tierra; que el mundo entero os ame ahora conmigo y que todo cuanto existe se convierta en una hoguera inmensa de amor a Vos! Oh

padre de Jesús!, oh Espíritu Santo de Jesús!, oh Madre de Jesús!, bienaventurado San José, San Gabriel, oh Ángeles, Santos y Santas de Jesús!, amad a Jesús por mi y rendidle por centuplicado todo el amor que yo hubiera debido tributarle en mi vida entera, y que todos los ángeles malos y todos los hombres en general hubieran debido manifestarle en todo tiempo y lugar.

ORACIÓN A LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA, MADRE DE DIOS

(Cardenal de Bérulle).

Oh Virgen Santa, Madre de Dios, Reina de los hombres y de los Ángeles, maravilla del cielo y de la tierra, os reverencio en la medida de mis fuerzas y según los merecimientos de vuestra excelsa grandeza, Y porque vuestro Hijo Unico, Jesucristo Señor nuestro, quiere que la tierra y el cielo os honren y veneren. Os ofrezco mi alma y mi vida; quiero perteneceros siempre, rendiros el tributo especial de mi homenaje y juraros obediencia y sumisión absoluta en el tiempo y en la eternidad. Madre de gracia y misericordia, os elijo por madre de mi alma para honrar vuestra calidad de Madre de Dios, título con que le plugo glorificaros Reina de los hombres y de los Ángeles!, os acepto y reconozco como Soberana, en honor de la sumisión del Hijo de Dios, mi Salvador, a vuestra autoridad maternal; en tal *condición, os* entrego mi alma *y* mi vida entera para que hagáis de mí lo que os Plazca según el querer de Dios. Oh Virgen santa!, miradme como cosa vuestra, y en vuestra bondad sin límites tratadme como a vasallo de vuestros dominios Y objeto de vuestras misericordias.

Oh fuente de vida y de gracia, refugio de pecadores, acudo a Vos para que me libréis del pecado y me preservéis de la muerte eterna.

Me Pongo bajo vuestra protección y aspiro a participar

de vuestros privilegios y a lograr por vuestra grandeza y derechos de soberanía sobre mi persona, lo que no me es dable obtener por la multitud de mis ofensas. Bajo vuestro amparo pongo la hora de mi muerte que ha de decidir de mi eternidad, en honor del momento feliz de la Encarnación, en que Dios se hizo hombre y Vos llegasteis a ser Madre de Dios.

Oh Virgen y Madre a la par!, Oh! templo sagrado de la Divinidad, oh maravilla del cielo y de la tierra! Oh Madre de mi Dios!, yo soy todo vuestro por el título general de vuestra grandeza y majestad, pero deseo igualmente perteneceros por propia voluntad y personal determinación. Así pues, me doy a Vos y a vuestro Hijo Unico, Jesucristo Nuestro Señor y no quiero pasar un solo día sin rendirle, lo mismo que a Vos, algún homenaje especial y alguna muestra de mi sujeción y esclavitud, condiciones gloriosas en que quiero vivir y morir. As! sea. Ave María.

CAPITULO 1V

REZO DEL OFICIO DIVINO. (Santo Breviario).

1 - Preparación para recitar dignamente el Oficio Divino, o Santo Breviario

La razón principal de las distracciones Y pensamientos inútiles y extravagantes que nos molestan en nuestras oraciones es que nuestro espíritu quiere vivir siempre ocupado en una idea cualquiera, buena o mala. As! que, para librarnos de las malas e inútiles, procuremos desde el principio de nuestra oración consagrar nuestro espíritu y nuestro corazón a Jesús para que los posea totalmente; y de nuestro lado, acostumbrémonos a llenarlos de santos pensamientos y piadosos afectos, cuidándonos de hacer una acción tan santa con flojedad y dejadez y más por rutina que por piadosa devoción.

Al comenzar el rezo del Oficio Divino recordad que esta acción es una de las más importantes que hay en la tierra y aún en el cielo, acción tan noble y sublime que no sólo ocupe de continuo y ocupará eternamente a millones de Ángeles y Santos en el Paraíso con su Reina la Virgen María, sino también a las Tres divinas Personas cuya única ocupación consiste en alabarse, bendecirse y glorificarse mutuamente por siglos de siglos en toda la eternidad. Oficio divino se le llama, precisamente por ser propio de la Divinidad y por ende, debe ejecutarse con disposiciones santas y divinas: «Sancta sancte, et divina digne Deo».

Luégo, pensad en la grandeza y santidad de esta acción, reconociendo que nada tenéis en vosotros que os haga dignos y capaces de ejecutarla santamente, sino que por el contrario, todo en vuestra persona Os inclina a su imperfecta realización y que sois indignos en grado sumo aún de comparecer ante Dios; humillaos, Pues, en su presencia, daos a Jesús y pedidle

le os aniquile y se establezca El mismo en vosotros para realizar en vuestro nombre y lugar este acto, es decir, para que en vosotros se digne alabar y glorificar a su Padre y a Sí mismo, ya que sólo El es digno de hacerlo en debida forma. Entregaos al celo y al amor infinito con que sin cesar alaba a su Padre en el cielo, en la tierra, en el infierno y por todo el mundo: porque, hablando en propiedad, Jesús es el única glorificador de su Padre en la Creación entera. Le alaba y glorifica eternamente en el cielo, por sí mismo, por su Madre Santísima, por sus Ángeles y Santos; le alaba y bendice de continuo en la tierra, por sí mismo en el Santísimo Sacramento del Altar, en donde mora en función permanente de alabanza y adoración a su Padre y por medio de todas las almas santas que, ya en público, ya en privado, glorifican a Dios en este mundo; le alaba y ensalza en el infierno, en donde está por su omnipotencia soberana y en donde por lo tanto, hace respecto de su Padre, cuanto respecto del mismo realiza en el cielo; lo alaba, en fin, y lo exalta sin cesar a través de todo el mundo, que colma y llena con su presencia y Majestad divina y con el cúmulo de perpetuas alabanzas y bendiciones que entona en honor de su Eterno Padre.

Uníos a todas estas alabanzas que Jesús rinde a su Padre y a la Santísima Trinidad en todo tiempo y lugar y a la humildad, atención, amor, pureza, santidad y demás divinas disposiciones con que no cesa de glorificar a su Padre.

2 - Método maravilloso para recitar santamente el Oficio Divino honrando todos los días la vida entera de Nuestro Señor Jesucristo

Después de haberos preparado así a ten sublime acción como es la recitación pública o privada del Breviario, podéis diariamente honrar toda la vida de Jesús, en la forma siguiente:

Ofreced a Jesús el primer Nocturno de *Maitines,* en honor de su vida divina en el seno de su Padre desde toda la eternidad y antes de la Creación del mundo.

El segundo Nocturno en honor de su vida en el mundo, desde la Creación hasta la Encarnación.

El tercer Nocturno, en honor de su vida en el seno de María Santísima durante nueve meses.

Laudes, en honor del estado y de la vida de su santa Infancia hasta la edad de doce años.

Prima, en honor de su vida Oculta y laboriosa de Nazaret hasta la edad de treinta años.

Tercia, en honor de su vida Pública y evangélica desde los treinta años hasta su muerte.

Sexta, en honor de su Pasión, muerte y sepultura.

Nona, en honor de su Resurrección, de su Ascensión y de su vida gloriosa en el cielo, tanto en sí mismo como en su Santísima Madre, en sus Ángeles y en sus Santos.

Vísperas, en honor de la vida que Jesús lleva en la tierra desde la Ascensión, tanto en la Eucaristía como en su Iglesia.

Completas, en honor del estado y dominio universal que tiene Jesús en el mundo, en el cielo, en la tierra, en el purgatorio, en el infierno, en el mundo natural tanto como en el de la gracia y de la gloria, sobre los hombres, sobre los Ángeles y sobre toda creatura; y, en general, en honor de cuanto ha sido, es y será en su divinidad y humanidad y de cuanto ha hecho y hará eternamente para con su Padre, para consigo mismo, para con su Espíritu Santo, para con su Santísima Madre, para con sus Ángeles y Santos y Para con todas sus creaturas en general.

Ahora bien, al decir cada parte del santo Breviario, es preciso aplicar vuestro espíritu a considerar la Parte de la Vida de Jesús en cuyo honor os corresponde recitarla, es decir, a meditar en lo que pasó entonces con Jesús, en sus pensamientos, designios, afectos, disposiciones, actos, virtudes, ocupaciones internas

respecto de su Padre, de sí mismo, del Espíritu Santo, de su santísima Madre, de sus Ángeles y Santos, y de manera. particular, en sus pensamientos, designios y amor sobre vosotros; como también la gloria y las alabanzas que en esta etapa de su vida recibió de su Padre, de su Espíritu Santo, de su Bienaventurada Madre, de sus Ángeles y de sus Santos.

Y después de esto, reflexionaréis sobre vosotros mismos: y al ver cuán distanciada de la perfección y santidad de la vida de vuestro Jefe es la vuestra, os humillaréis profundamente,

pidiéndole perdón; os daréis luégo a El para imitar y honrar esta época de su vida según la perfección que os exige; le suplicaréis que imprima en vosotros su imagen y que se glorifique a Sí mismo en vosotros, destruyendo de paso cuanto se oponga a ello, y, finalmente, os uniréis a todas las alabanzas presentes, pasadas y futuras que ha recibido, recibe y recibirá de parte de su Padre, de su Espíritu Santo, etc....

Si se trata de honrar una etapa de la vida temporal de Nuestro Señor, es preciso consagrarle la correspondiente de la vuestra, pidiéndole destruya cuanto de malo y torcido ha habido en ella y logre que todo do lo en ella sucedido rinda homenaje de gloria y adoración a lo que aconteció en la suya santísima en parecidas circunstancias.

Por ejemplo, al recitar LAUDES, luego de haber considerado lo que sucedió a Jesús en el estado de su Infancia adorable, y lo que vosotros en la vuestra hicisteis, al reconocer la enorme diferencia entre vuestra niñez y la de Jesús, humillaos profundamente en su presencia, daos a Nuestro Señor para honrar su santa infancia en la forma que más le agrade y ofrecedle y consagradle la vuestra en honor de la suya, suplicándole destruya cuanto de malo e imperfecto hubo o hay en la vuestra, para que lo poco bueno y aceptable de esa época de vuestra vida rinda homenaje

de gloria a su adorable niñez. Y lo mismo haréis en todas las partes restantes de vuestro Breviario.

Observad, empero, que no es necesario deteneros e interrumpir vuestro rezo para practicar estos ejercicios de devoción, sino que hasta en general aplicar vuestro espíritu a ello, mientras proseguía la recitación o el canto del Oficio Divino; de suerte que, si tenéis ya algún hábito de vida interior, esto no os pedirá ni un minuto más del tiempo que ordinariamente invertís en el rezo de vuestro Breviario. Antes bien, ahora el tiempo del rezo del Oficio Divino, así sobrenaturalizado por estas consoladoras y dulces prácticas piadosas se os hará mucho más breve y agradable que antes, y lo que anteriormente era una carga y yugo oneroso se volverá fuente de consuelos espirituales inenarrables al mantener a&! constantemente vuestro espíritu y vuestro corazón unidos estrechamente, al espíritu y Corazón de Cristo, fuente inagotable de dicha y felicidad.

Otro método para recitar dignamente el Oficio Divino

1) Después de haberos preparado como se ha dicho anteriormente, levantad al cielo vuestra mente y considerad con qué amor, pureza, atención y santidad el Hijo de Dios s sin cesar bendecido y glorificado por su Padre, por su mismo y por el Espíritu Santo y unios a todas estas alabanzas y bendiciones, a todo este amor y atención con que se le bendice y alaba en el cielo.

Durante el primer salmo, uníos a todas las alabanzas que el Padre Eterno da a su Hijo y a todo el amor con que le glorifica sin cesar; ofreced a Jesús todas esas alabanzas en satisfacción de vuestra desidia y negligencia en glorificarlo y alabarlo en vuestra vida. Durante el segundo salmo, uníos a toda la gloria que Jesús se da a Si mismo por su Persona Divina

y su Santa Humanidad; ofrecedle esta gloria en reparación de vuestras faltas en su servicio.

Durante el tercer salino, uníos a todas las bendiciones que el Espíritu Santo tributa a Jesús, ofreciéndoselas en reparación por las maldiciones con que cargó al tomar sobre Sí nuestros pecados para borrarlos con su muerte en la Cruz.

Durante el cuarto salino, uníos a las alabanzas que la Santísima Virgen tributa a su Hijo, honrándolo con ellas por al sola más dignamente que los Ángeles y Santos reunidos con las suyas. Uníos a la atención, al amor indecible y a las demás virtudes y santas disposiciones con que ella canta sin cesar las glorias de Jesús, ofreciéndoselas a éste en satisfacción de vuestra negligencia y frialdad espiritual.

Durante el quinto salmo, uníos a todas las alabanzas de los Serafines y al fervor ardiente y amoroso con que ellos cantan las glorias de Jesús eternamente, ofreciéndole también estas alabanzas en reparación de vuestra falta de fervor, de vuestras continuas distracciones y negligencias en su santo ser

Lo propio tenéis que hacer a cada nuevo salmo que comencéis a recitar, uniéndoos sucesivamente a cada coro y cada orden de los Ángeles y de los Santos, en las alabanzas que rinden a porfía a Dios. Hé aquí, una vez más, la lista en que se dividen las diversas categorías de Ángeles y Santos, para que tratéis de retenerlos en vuestra memoria.

Los nueve coros angélicos son: Serafines, Querubines, Tronos, Dominaciones, Virtudes, Potestades, Principados, Arcángeles y Ángeles.

Las nueve órdenes o categorías de Santos son: Patriarcas, Profetas, Apóstoles, Mártires, Sacerdotes, Confesores, Vírgenes, Viudas e Inocentes.

2) Hecho esto, bajad del cielo a la tierra, uníos a todas las alabanzas que han sido, son y serán tributadas a Jesús por las distintas órdenes que hay en

su iglesia: por la orden de los pastorea y Obispos, de los Pontífices y Sacerdotes, por la Orden de Son Benito, por la de San Bernardo, por la de San Norberte, por la de San Francisco, por la de Santo Domingo, por la de Santa Teresa, por la de San Ignacio de Loyola y por todas las órdenes religiosas en general y por muchísimas almas buenas que viven en todo el mundo y en él glorifican de mil maneras a Nuestro señor.

Luégo, pensad en los millares de miles de personas del mundo entero que desconocen, y por lo mismo, no aman al Hijo de Dios, antes bien, lo ofenden sin cesar; tratad de bendecirlo y glorificarlo en su lugar.

Alegraos, además, de ver a todas las creaturas del universo as! irracionales como insensibles, destinadas a bendecir y glorificar a su Creador con su sola existencia. No nos dice, por ventura, el discípulo Amado que ha oído a todos los seres del cielo, de la tierra, del mar y de los infiernos bendecir, honrar y glorificar a Dios y a su Cordero, que es Jesús, aunque de diferente manera: unos, lo hacen espontáneamente Y movidos por una feliz necesidad y otros, a la fuerza y contra todo su querer y voluntad. Uníos a todas estas bendiciones y alabanzas así tributadas a Jesús Por todas las creaturas del Universo. «Et omnem creaturam quae in coelo est, et súper terram, et sub terra, et quae sunt in mar¡, et quae in eo, omnes audívi dicentes: Sedenti in trono et Agno, benedíctio, et honor et gloria» Apoc.Vo,13.

3) De la tierra, descended en espíritu al Purgatorio, Para uniros allí a todas las alabanzas que las benditas almas de ese lugar terrible le tributan el Hijo de Dios. Bajad aún más, y siempre, en espíritu, a' infierno Para allí alabar y adorar a Jesús en medio de sus enemigos por lo menos con tanto fervor y atención como odio y perversidad impulsa a los demonios y a los réprobos a maldecir a Nuestro adorable Señor Y a blasfemar de su nombre inmortal; uníos

también a toda la gloria y a todas las alabanzas que allí El recibe de su Eterno Padre y de su Espíritu Santo, que igualmente allí están con su Omnipresencia Infinita y que no menos que en el cielo lo ensalzan y glorifican en ese tremendo lugar de su Justicia y rigor soberano.

Finalmente, desead que todo cuanto en cielos, tierra e infierno existe, especialmente cuanto hay en vosotros, así en el cuerpo como en el alma, se convierta en alabanza, gloria y bendición hacia Aquel que ira puede nunca ser dignamente alabado cual se merece: «Bénedic ánima méa Dómino, et omnia quae intra me sunt nómini sancto ejus»: «Bendiga mi alma al Señor y cuanto en mí existe alabe su santo nombres. Psalm. CIlo,1o.

3 - Disposiciones para recitar santamente el

Oficio Parva de Nuestra Señora

La preparación que hemos expuesto para la recitación del Oficio Divino, o sea, del Santo Breviario debe serviros para disponeros a rezar devotamente el Oficio Parvo de la Santísima Virgen. Aquí tenéis ahora un método, que Dios mediante os ha de ayudar enormemente en este santo y devoto ejercicio. Se ajusta en todos sus detalles a las normas anteriores. Lo mismo que en los métodos precedentes aplicables al rezo del Santo Breviario, en el del Oficio Parvo podéis honrar cada día toda la vida de Jesús, o si os gusta más, toda la vida de la Santísima Virgen, o mejor aún, la vida de Jesús en María y la vida de María en Jesús, ya que a nuestro juicio, es imposible separar estos dos seres, que mútuamente se complementan y compenetran maravillosamente.

Ofreced, pues, a Jesús: *Maitines,* en honor de la vida que El llevó en María y ésta en Jesús desde la Concepción de la Santísima Virgen hasta su nacimiento, puesto que, desde entonces el Hijo de Dios vivía

en el espíritu y en el alma de la que habría de ser su Madre; estaba en ella, santificándola e iluminándola, adornándola de toda clase de virtudes y colmándola de gracia, santidad y amor. Y, recíprocamente, ella vivía en El de un modo santo y admirable, ya que su espíritu, su alma y su corazón estaban, desde ese entonces más en el objeto de su sagrado amor que en si misma.

Laudes, en honor de la vida que Jesús tuvo en María Santísima y de la de ésta en El, desde su nacimiento hasta la Encarnación, por los admirables efectos de gracia, de virtud y amor que el Hijo de Dios operaba sin cesar durante este tiempo en el alma privilegiada de esta niña bendita y por los ejercicios de fe, de esperanza, de santos deseos, de contemplación, amor y alabanza hacia El, en que de continuo el alma excelsa de la santísima Virgen vivía arrobada.

Prima, en honor de la vida maravillosa y encantadora de Jesús en María y de María en Jesús durante los nueve meses en que el Hijo de Dios moró en su seno virginal.

Tercia en honor de la vida de Jesús en María y de María en Jesús desde el nacimiento de Este hasta sus doce años, que ponen fin a su Infancia adorable.

Sexta, en honor de la vida de Jesús en María y de María en Jesús, desde el término de su Infancia hasta el último día de su vida oculta y privada, esto es, hasta los treinta años.

Nona, en honor de la vida de Jesús en María y de María en Jesús, desde el principio de la vida pública Y evangélica de Jesús hasta el comienzo de su vida gloriosa, o sea, desde sus treinta años cumplidos hasta el día de la Resurrección.

Vísperas, en honor de la vida de Jesús en María y de María en Jesús desde la Resurrección y Ascensión de Este a los cielos hasta la Asunción de su Madre Santísima. Porque aun cuando Jesús se haya ido al lado de su Padre por su Ascensión gloriosa, con todo

permaneció por modo maravilloso e inefable con su Madre y dentro de ella hasta su Asunción, viviendo en ella, en cierta manera durante este tiempo, más que en el mismo cielo puesto que ejecutaba en María mayores efectos de gracia y santidad que en todos los moradores del Paraíso, como también hay que reconocer que María estaba más en el cielo con su Hijo adorado que en la tierra, pues su pensamiento y si¡ corazón de continuo estaban en Jesús y con Jesús, vida de su vida y alma de su corazón.

Completas, en honor de la vida gloriosa e inmortal de Jesús en María y de ésta en Jesús, desde que ambos habitan en el cielo.

Pues bien, al recitar cada una de las partes principales del Oficio Parvo, es necesario ocuparos suavemente y sin atención exagerada en la meditación de la etapa de esta doble vida de Jesús y María a ella correspondiente, según las normal; anteriores. Debéis, pues, considerar lo que pasó entre Jesús y María, sus sentimientos, disposiciones y afectos recíprocos, sus conversaciones y charlas piadosas, sus acciones divinas y sus virtudes extraordinarias y el modo como la Madre contemplaba, glorificaba y amaba sin cesar a su Hijo, y cómo Este colmaba el alma de su Madre de luces, gracias y amor divino.

Fijaos, luégo, en vosotros mismos y al notar vuestra vida llena de pecados e imperfecciones, tan diferente de las de Jesús y de María tan perfectas y tan santas que deben serviros de ejemplar y modelo, humillaos profundamente pidiendo a Jesús perdón; ofrecedle todo el honor que le ha tributado su Madre Santísima, o mejor, el que El mismo se procura en ella, por esta vida perfectísima que El ha llevado en ella y ella en El, en reparación de las ofensas y ultrajes que le habéis inferido con vuestra vida pecadora e imperfecta, y suplicadle, por último, que haga que vuestra vida pasada, presente y futura rinda eterno homenaje y gloria a su vida adorable y a la de su santísima

Madre, por la total destrucción de vuestros defectos, vicios y pecados.

Nuevo método para recitar devotamente el Oficio Parvo

El segundo método Propuesto en páginas anteriores para rezar dignamente el Santo Breviario Puede también aplicarse al Oficio Parvo de la Santísima Virgen. Para ello, asociad en vuestra mente, al Hijo y a la Madre de Dios, en la forma a siguiente:

Durante el primer salmo, uníos a todas las alabanzas que el Padre Eterno ha dado y dará por toda la eternidad a su Hijo Jesús y a la Santísima Virgen; ofreced al Hijo y a la Madre todas estas alabanzas en satisfacción de vuestra negligencia en alabarlos y glorificarlos.

Durante el segundo salmo, uníos a toda la gloria que Jesús se ha dado y se dará eternamente a Sí mismo y que rinde y rendirá a su Madre admirable, ofreciendo al Hijo y a la Madre toda esta gloria

en reparación de vuestras faltas.

Durante el tercer salmo, uníos al Espíritu Santo en las alabanzas que ha tributado y tributará siempre a Jesús y a María, ofreciéndole tales alabanzas en satisfacción de vuestras negligencias y pecados.

Durante el cuarto salmo, uníos a los Serafines, y así, sucesivamente en todos los restantes, según se dijo en el método anteriormente explicado.

CAPITULO V

EL ROSARIO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

1 - La práctica de¡ Santo Rosario es muy santa y grata sobra manera a Dios Nuestro Señor

Sólo una extrema ceguera o una ignorancia crasa e invencible, puede incitarnos a dudar de que la práctica del Santo Rosario en honor de la Santísima Virgen no sea una devoción inspirada por el mismo Dios y bajada del cielo, ya que está aprobada en toda la Iglesia Católica y en toda ella se la practica con amor extraordinario; ya que se compone de las oraciones más bellas que hay, como son: el Padre Nuestro, el Ave María y el Credo y ya que es un medio excelente para honrar el principal misterio de la vida de Cristo y la maravilla más asombrosa que pudo realizar el amor de Dios a los hombres, cual es el Misterio de la Encarnación del Hijo de Dios en el seno de María Santísima. Porque esta incomparable maravilla y este Portentoso misterio que mantiene el cielo todo en perpetuo arrobamiento y extática adoración, debe ser también adorado sin cesar en la tierra, puesto que ésta fue el escenario de tal prodigio y los hombres, sus moradores, los primeros en beneficiarse con su realización, miembros como son de la Iglesia militante, deben imitar en sus adoraciones y homenajes a los Ángeles y Santos que constituyen la Iglesia triunfante del cielo, que así nos alecciona y da ejemplo de gratitud y amor a Dios, autor de tales maravillas.

Ahora bien, en el Santo Rosario, se adora al Eterno de mil maneras y con más detenimiento y devoción que con el rezo del ANGELUS, que a mañana, mediodía y noche, se usa en casi todo el mundo. Como lo sabemos, dicha oración encierra el rezo de tres Ayo Marías en honor del misterio de la Encarnación del Verbo en el seno de María, misterio inefable, anuncia

do Por el Ángel a la Virgen Santísima para constituirla Madre de Dios al aceptar ésta, humilde y ruborosa, tan excelsa dignidad.

Pero con la práctica de dicha oración no conmemoramos tal misterio admirable y no lo agracemos a Dios sino tres veces. Sin embargo, nunca podremos exagerar nuestros homenajes al Altísimo y la expresión de nuestro eterno agradecimiento por el beneficio inefable de la Encarnación del Verbo de Dios y de la Redención del humano linaje que encabezó con tan excelso misterio de amor infinito: «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros para redimirnos>, Ave María! Tan bella oración debernos repetirla sin cansarnos jamás de ella, recordando que constituyen esas palabras del Arcángel San Gabriel el saludo del cielo a la creatura más perfecta y sublime de la tierra, a la Santísima Virgen, que llegaron hasta nosotros por medio de los labios purísimos de un Serafín, que por orden expresa de la Divinidad transmitió el trascendental mensaje a María, Virgen de vírgenes Y Madre del Omnipotente, en el instante preciso en que le confería la mayor dignidad que podamos siquiera imaginar, la de Madre de Dios y en el día, por consiguiente, más grande de su vida y de la Historia de la humanidad.

No podemos pronunciar demasiadas veces palabras que son tan santas y gratas al Hijo de Dios, tan apreciables y caras a su gloriosa Madre, y que, por lo mismo, deben sernos tan preciosas y saludables. Agradables son y en grado sumo al Hijo de Dios, porque tiene que complacerle muchísimo el que se salude Y honre a su dignísima Madre, ya que todo honor que a ella se rinda, necesariamente redunda en su propia gloria y todo cuanto por ella se hace lo aprecia corno hecho en su Propio y divino interés y porque, además, las Palabras del mensaje del Arcángel San Gabriel encierran el recuerdo del primer misterio de su vida, misterio de su bondad y de su amor sin medida el Padre

celestial y al hombre pecador. Gratísimas son y honrosas sobremanera para su beatísima Madre, porque fueron portadoras de la mejor, de la más anhelada y favorable nueva que en su vida jamás pudiera recibir. Preciosas palabras y Para nosotros también amables en extremo las de tal oración, puesto que nos anuncian la venida al mundo de Aquél que fue tan esperado, tan deseado y objeto de los votos y anhelos de la humanidad entera por espacio de más de cinco mil años, y que al fin llegó a la tierra para traernos la libertad e independencia del yugo tiránico de Satanás y del pecado, para reconciliarnos con Dios y para ejecutar así cosas grandes y maravillosas en nuestro favor.

Hé aquí por qué la práctica del Santo Rosario, que se compone de esta salutación angélica muchas veces repetida, es muy santa y muy grata a, Dios y a la Santísima Virgen, y debe ser común y familiar a los cristianos de verdad que aspiran agradar a Nuestro Señor y a su Madre Santísima. Y mucho me temo que los que a la hora de la muerte se encuentren sin esta marca, que es una de las más características libreas de los hijos y servidores de la Virgen Santísima, sean por ella rechazados y, en consecuencia, por *su* Divino Hijo, como indignos de participar en las misericordias de uno y otra. Mas no basta con llevar consigo el rosario, lo esencial es recitarlo con respeto y devoción singular. Hé aquí cómo debéis hacerlo.

2. - Manera de rezar santa y dignamente el Rosario de la Santísima Virgen

Para recitar piadosamente el Rosario de la Virgen Santísima, hé aquí lo que podéis hacer. Después de besar la cruz de vuestro rosario y de hacer con la misma sobre vosotros su señal, en honor y unión del amor inmenso con que el Hijo de Dios besó y cargó

sobre sus hombros la cruz de su pasión, besando, aceptando y adorando en unión de este mismo amor todas las cruces, penas y aflicciones que en toda vuestra vida le plugiere enviaros, después de esto, repito, es preciso rezar el Credo que contiene los principales misterios de la vida de Jesús y que es un verdadero compendio de nuestra fe.

Y por esto, al decir el *Credo,* hemos de darnos a este mismo Jesús, en unión del amor ardentísimo que lo indujo a morir por nosotros, y del amor de todos los Santos Mártires que por El dieron su vida, hemos, repito, de entregarnos a El para morir y derramar si posible fuera mil veces nuestra sangre, por su amor, por la gloria de sus misterios, antes que renegar, por nada en el mundo, de nuestra santa fe y de nuestra religión sacrosanta. Debemos igualmente darnos a El para que nos conceda un amor inmenso y una devoción sin límites a los misterios de su vida y de su Iglesia, grabándolos en nuestra alma y haciéndolos producir frutos de santificación.

Llégo, al decir el primer *Padre -nuestro y las* tres primeras Ave *Marías,* que preceden a la primera decena, hemos de humillarnos a los pies del Hijo de Dios y de su Madre Santísima, considerándonos indignos de comparecer ente ellos, de pensar en ellos y de que, a su vez, ellos se cuiden de nosotros y de oír nuestros ruegos. Debemos entregarnos a Jesús, suplicarle que El mismo nos aniquile y se establezca en nuestros corazones, para honrar El mismo en vosotros a su Santísima Madre, ya que sólo El es capaz de hacerlo dignamente; hemos de darnos igualmente y unirnos al celo, amor y devoción que El le profesa. Después, es necesario ofrecer esta acción u oración a la Santísima Virgen, en unión de la devoción, del amor, de la humildad y pureza de su Hijo Jesús y en unión de todas las oraciones santas que se han hecho, y de toda la gloria y alabanza que se ha tributado en todo tiempo y que eternamente se tributará a su Hijo y en

honor de su propia persona, para alcanzar el logro y realización de todos sus designios sobre nosotros en particular. Luégo, al recitar cada decena del Rosario, se la ofreceréis al Hijo y a la Madre, en honor de cualquiera de sus mayores virtudes que practicaron mientras vivían en el mundo, guardándoos de separar en vuestra devoción a Jesús de su Madre y a ésta de su Hijo Divino.. Así, al rezar la primera decena, dedicadla a Jesús y a María, en honor de la profunda humildad que practicaron en pensamientos, palabras y obras. Al rezar la segunda, en honor de la pureza maravillosa del Corazón de Jesús y de María, virtud que consiste en dos cosas principales, a saber: en primer lugar, en un odio, horror y alejamiento del pecado y de cuanto nos aleje de Dios y, en segundo lugar, en una estrecha unión con Dios, y con cuanto lo glorifique y haga conocer, amar y servir, que fue, cabalmente lo que tanto Nuestro Señor como su Madre Santísima realizaron siempre en la tierra. La tercera, debéis recitarla en honor de la divina dulzura y caridad que Jesús y María practicaron para con el prójimo en pensamientos, palabras, obras y sufrimientos. La cuarta decena la recitaréis, en honor de la perfecta sumisión y obediencia de Jesús y María a la Voluntad de Dios y aún, a la de los hombres, y, lo que es más, aún a la de sus mismos enemigos, por amor de Dios. En efecto, tanto Jesús como María Santísima, hicieron invariablemente profesión de no hacer jamás su propia voluntad, sino en todo y por todo la de Dios y la de su prójimo, por amor a Dios, fincando en ello siempre su mayor satisfacción y alegría.

Dedicaréis la quinta decena a honrar el amor purísimo de Jesús a su Padre y el de María a su Hijo Jesús, ya que tanto el uno como la otra vivieron en un continuo ejercicio de amor divino que se reflejaba en sus pensamientos, en sus palabras y en todos los actos de su vida.

Así, pues, en cada decena, meditad en cada una

de estas virtudes de Jesús y de María, considerando cuánto se distinguieron en ellas y con qué perfección las ejercitaron durante su vida mortal. Examinad vuestra propia conducta y pensad cuán alejados habéis vivido de dichas virtudes, y cuán diferentes habéis sido de vuestros divinos modelos, Jesús y María, en lo que a su práctica se refiere; humillaos profundamente y pedidles perdón de ello, suplicándoles reparen por vosotros vuestra desidia y negligencia espiritual, y ofrezcan al Padre celestial todo el honor que con la práctica de tales virtudes le rindieron, en satisfacción de vuestra imperfección y de vuestras culpas.

Entregaos a Jesús y a su Madre Santísima con el deseo y propósito firme de practicar en lo sucesivo con mayor diligencia esta santa virtud por su amor, suplicándole a Nuestro Señor que con su poder infinito y a la Santísima Virgen por sus méritos y oraciones, se dignen destruír en vosotros cuanto obstáculo para ello pueda surgir de parte vuestra y que establezcan ellos mismos en vuestro corazón esta amable virtud, por la glorificación de Aquél que en las Sagradas Escrituras es llamado, «Dios y Señor de las Virtudes». Mas recordad que, conforme lo dije anteriormente, en todos estos ejercicios de piedad, aunque os haya sugerido varias prácticas y piadosas insinuaciones, no es preciso ejecutarlas todas juntas cada vez, sino sólo las que mayormente exciten vuestra devoción, según lo que Nuestro Señor os inspire como más apropiado y conforme a vuestra piedad.

3 - El Rosario de Jesús, María, bella devoción netamente eudística

Debemos aspirar a que nuestras últimas palabras al morir sean los dulcísimos nombres de Jesús y de María; y, para alcanzar esta gracia de la divina misericordia,

sería conveniente terminar cada día de nuestra vida con el rezo de un pequeño rosario que no consta sino de la repetición de los nombres adorables de Nuestro Señor y de la Santísima Virgen. Es éste, a mi juicio, un ejercicio maravilloso de piedad, ya que esos dos nombres sublimes nos recuerdan lo que hay de más santo y admirable en el cielo y en la tierra y encierra toda la virtud y santidad de las más hermosas oraciones que hay en nuestra religión.

Este rosario consta de treinta y cuatro granos o cuentas en honor de los treinta y cuatro años de vida de Nuestro Señor en la tierra y de la participación que en ellos correspondió a la Virgen María y de la gloria que ella le tributó durante su vida mortal. Al principio, se dirá por tres veces: «Véni Dómine Jesu»: «Venid, Señor Jesús!», con las intenciones propuestas para la mayor gloria de Jesús. En cada granito o cuenta de la camándula, se dice «JESÚS, MARIA!», procurando pronunciar estas palabras con todo el amor y devoción con que deseáramos decirlas en el postrer instante de nuestra vida. Con tal fin, es preciso tener la intención y el deseo de pronunciarlas con todo el amor que en todo tiempo y lugar, así en la tierra como en el cielo, se ha profesado a Jesús y a María, ofreciéndolo en satisfacción de las faltas cometidas en toda nuestra vida en su servicio.

En los granos o cuentas mayores, es decir a cada decena de advocaciones, hay que decir: «Benedicta tu in muliéribus, et benedíctus fructus ventris tu¡, Jésus!»: «Bendita tú, entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús>; y, al decir esto, ofreced a Jesús y a María, todas las bendiciones y alabanzas que les han sido, son y serán tributadas por doquier en la tierra y en el cielo, en reparación de la negligencia que hemos tenido en bendecir y glorificar durante todo nuestra vida a Nuestro Señor y a su santísima Madre.

283-

CAPITULO VI

SANTIFICACIÓN DE NUESTRAS ACCIONES ORDINARIAS

1 -Estamos obligados a ejecutar santamente todos nuestros actos. Método para lograrlo

Os he indicado en capítulos anteriores la manera de comenzar y terminar bien cada día. Pretendo ahora señalaros algunas prácticas fáciles que os ayudarán, con la gracia de Nuestro Señor, a realizar todas vuestras acciones santamente, a lo cual estáis obligados, ya en calidad de religiosos, ya como simples cristianos. Porque, importa mucho saber que no sólo los religiosos y religiosas, sino también todos los cristianos, de cualquier estado o condición, están obligados como tales y como miembros de Jesucristo, a vivir la vida misma de su Jefe, es decir, santamente, y a hacer todas sus acciones, grandes y pequeñas, cristianamente.

Y qué es vivir cristianamente? Es vivir santamente, divinamente; es hacer todas nuestras acciones como Jesucristo hizo las suyas; es obrar en Jesucristo Y para Jesucristo, este> es, de acuerdo con su espíritu y según sus santas y divinas intenciones.

A ello estamos obligados por infinidad de razones, muchas de las cuales ya he señalado en páginas anteriores. Pero no está demás considerar que Jesucristo es nuestro Jefe y Cabeza y nosotros somos sus miembros, y que, en estado de gracia, conservamos con El una unión mucho más estrecha y perfecta que la que los miembros tienen con su cabeza. Y esta es la razón por la cual estamos obligados a ejecutar todas nuestras acciones para El y en El. Para El, porque son propiedad suya, ya que todo lo que es de los miembros es también de la cabeza; y en El, es decir, según su espíritu, según sus intenciones y disposiciones,

puesto que los miembros deben seguir e imitar a su cabeza, deben estar animados del mismo espíritu y no de intenciones y disposiciones distintas de las de su Jefe y Cabeza.

Y esto es importantísimo. En efecto, la mayor parte de nuestra vida está formada da de una serie ininterrumpida de actos insignificantes, como son el comer, el beber, el dormir, leer, escribir, conversar, etc., acciones que bien ejecutadas, tributarían una gloria inmensa a Dios y nos harían adalentar muchísimo en las sendas de su amor. Ahora bien, nuestra dejadez y negligencia privan a Dios de tal gloria y nos hacen perder innumerables gracias de santificación. Hé aquí por qué San Pablo nos exhorta diciendo: «Sea que comáis, sea que bebáis, sea que hagáis cualquier otra cosa, por pequeña o indiferente que fuere, hacedlo todo por la gloria de Dios y en el Nombre de Nuestro Señor Jesucristo>: «Sive manducatis, sive bíbitis, sive áliud quid fácitis, omnia in gloriam De¡ fácite. 1a Cor.Xo,31 y «Omnia in nómine Dómini Jesu». Col. 111o,17. Y, qué significa hacer sus acciones en nombre de Jesucristo?... Es hacerlas, según el espíritu de Jesucristo, o para hablar con mayor precisión, con las disposiciones e intenciones con que Jesús hacia, cuando estaba en la tierra, las mismas acciones que nosotros ejecutamos. Es evidente que el que obra en nombre de otra persona, debe hacerlo en cuanto pueda, según su espíritu, según sus intenciones y deseos, y como si en verdad ella estuviera presente y en su lugar haciendo tal cosa. Vosotros me diréis: «Y cómo, y quién puede conocer las disposiciones e intenciones con que Jesucristo Nuestro Señor hizo todas sus acciones?»; y yo os respondo:

1) La luz de la fe nos lo enseña. Las disposiciones con que hizo sus actos fueron de humildad, dulzura, paciencia, caridad paria con el prójimo y de toda suerte de virtudes. Y en cuanto a las

intenciones que haya podido tener al hacer sus acciones, éstas fueron:

el amor a su Padre, la glorificación del mismo, como también el deseo de complacerlo en todo y cumplir su divina voluntad.

2) No es indispensable conocer tales disposiciones e intenciones de Jesús y es más que suficiente tener la intención y el deseo de realizar nuestras obras con el espíritu de Jesús y de acuerdo con sus intenciones y disposiciones; y así es muy fácil, con la gracia divina, hacerlo todo santa y cristianamente.

Procurad, pues, al principio de vuestras obras, al menos de las más importantes, elevar vuestro corazón a Jesús para decirle: 1) que renunciáis a vosotros mismos, a vuestro amor propio y a vuestro espíritu, esto es, a vuestras intenciones y disposiciones personales, y, 2) que os entregáis a El, a su amor, a su Espíritu divino y que deseáis hacer vuestras acciones todas con las disposiciones e intenciones que El tuvo en la realización de las suyas. Por este medio, le tributaréis gran honor y adelantaréis muchísimo en el camino de la perfección. A continuación os señalo, en diversas elevaciones lo que debéis decir a Nuestro Señor oral o espiritualmente, al comienzo de vuestras obras, para sacar de ellas el mayor fruto espiritual.

2 - Elevaciones diversas a Jesús, para hacer santamente nuestras obras

Primera Elevación: «Oh buen Jesús!, renuncio a mí mismo, a mi propio espíritu, a mi amor propio y a cuanto me pertenece. Me doy a Vos, a vuestro Espíritu Santo, a vuestro divino Amor, para hacer este acto por Vos y movido por vuestro espíritu y por vuestro amor unicamente».

Segunda Elevación: «Oh Jesús!, aniquilo a vuestros pies en cuanto puedo, mi propio espíritu, mi amor Propio mis disposiciones e intenciones personales y todo ¡o que es mío, para darme enteramente a

Vos. Aniquiladme Vos mismo, y estableceos en mí, a fin de que seáis Vos quien en mí hable y opere, al seguir vuestro espíritu y de acuerdo con vuestras disposiciones e intenciones habituales».

Tercera Elevación: «Oh mi buen Jesús!, totalmente me entrego a vuestro divino poder y a vuestro santo amor. Arrancadme, si os place, enteramente fuera de mí mismo, retiradme y escondedme, absorbedme santamente en Vos, para que no viva, no hable y no, trabaje sino en Vos, por Vos y para Vos».

Cuarta Elevación: «Bondadosísimo Jesús!, os ofrezco esta acción en honor de las que Vos mismo hicisteis en la tierra. Deseo, pues, tal es vuestro querer, hacerla con las mismas disposiciones e intenciones con que realizasteis las vuestras y en unión de las mismas».

Quinta Elevación: «Oh Dios mío!, puesto que es cierto que siempre estáis con nosotros y que cooperáis en todas nuestras Obras, haced, os lo pido, que yo viva siempre con Vos y que ejecute todas mis acciones en unión vuestra y con las mismas disposiciones e intenciones que Vos tenéis, como también, con el mismo amor, la misma perfección y la misma santidad con que Vos ahora lo hacéis en mi mismo».

Sexta Elevación: «Oh buen Jesús!, nada para mí, todo para Vos, nada para mi amor propio, nada para el mundo, sino todo, os lo repito, para Vos, todo para vuestra gloria, todo para vuestro amor unicamente!»

3 - Nuevas Elevaciones para consagrar cada una de nuestras obras o acciones de la vida cuotidiana y ordinaria a Nuestro Señor

1e *Elevación, para el principio de nuestras conversaciones.* «Oh Jesús!, me doy a Vos: poned en mis labios las palabras que deba pronunciar y haced que todas ellas rindan homenaje a las vuestras. Oh Jesús!,

que todas mis conversaciones con el prójimo tiendan a honrar vuestras conversaciones con los hombres cuando vivisteis en medio de ellos. Hacedme participe, os lo suplico, de la humildad, dulzura, modestia y caridad con que tratasteis a toda clase de personas».

2e *Elevación, para antes de tomar nuestros alimentos.* «Oh Dios mío!, cuántas personas hay que carecen de alimento, a pesar de no haberos ofendido tanto como yo! Y, sin embargo, por un exceso de bondad, me dais esta comida más bien que a ellas. Ah, Señor mío!, quiero tomarla por vuestro amor, ya que tal es vuestra voluntad y en unión del mismo amor con que me la regaláis. Deseo que todos los bocados que tome sean Otros tantos actos de alabanza y de amor hacia Vos. Oh Jesús!, os ofrezco esta comida en honor de las que tomasteis en la tierra; rénuncio de corazón, a mi amor propio, y deseo tomarla en unión del amor con que os habéis sometido a la necesidad de comer y beber, y con las mismas intenciones y disposiciones con que lo habéis hecho>.

3e *Elevación, para antes de un recreo u honesta diversión.* «Oh Jesús!, os ofrezco este recreto o modesta diversión, en honor y unión de los santos recreos o entretenimientos que tuvisteis durante vuestra vi. da mortal, con el Eterno Padre, con vuestro Espíritu Santo, con vuestra Madre amantísima, con vuestros Ángeles y Santos. Por ventura, no habéis dicho, refiriendo e Vos mismo: «Detectaba coram eo per síngulos díes, ludens coram eo omni témpore, ludens in Orbe terrarum; et deliciae meae esse cum fíliis hominum»:
«Me regocijaba diariamente, jugando ante El en todo momento, jugando sobre la tierra y poniendo mi felicidad en estar entre los hijos de los hombres»? Prov. V111o,30. Vuestro Santo Evangelio nos cuenta, además, que os alegrasteis en el Espíritu Santo, Y que habéis ordenado a vuestros Apóstoles descansar después de trabajar.

4e *Elevación, Vara las varias ocupaciones* o diligencias

habituales del día. «Oh Jesús!, que todos mis viajes, mis ¡das y venidas, mis salidas y entradas, en una palabra, que todos mis pasos, rindan honor y gloria a vuestros viajes, a vuestras ¡das y venidas, a vuestras salidas y entradas, y a todos los pasos que disteis en vuestra vida mortal en este mundo».

5e Elevación, para antes de una ocupación cualquiera. «Oh Jesús!, que mi trabajo honre los trabajos que por mi amor ejecutasteis en la tierra; bendecidlo, Señor, si os place».

6e Elevación, para prepararnos a oír la palabra de Dios. «Oh Jesús!, os ofrezco esta predicación en honor de vuestros sermones evangélicos. Quiero asistir a ella, en honor y unión de la devoción con que vuestra Madre Santísima escuchaba vuestra divina palabra. Oh buen Jesús!, hacedme partícipe, si tal es vuestra voluntad, del amor, atención y devoción con que Vos escucháis los palabras

de vuestro Padre, pues El os habla constantemente y os da a conocer de continuo su voluntad y Vos lo escucháis con atención indecible para dar pleno cumplimiento a cuanto os dice>.

7e Elevación, para el ejercicio de la lectura espiritual. «Oh Jesús!, os ofrezco esta lectura en honor de las que Vos hicisteis; quiero leer en unión del amor y de las disposiciones e intenciones con que hicisteis idéntica acción cuando vivíais en la tierra. Me doy a Vos para que operéis en mí por este acto los beneficios espirituales con que deseáis favorecerme>.

8e Elevación, para antes de escribir. «Oh buen Jesús!, os ofrezco esta acción en honor de lo que escribisteis en vuestra vida mortal. Quiero hacer esto en unión de la caridad y de las disposiciones e intenciones que tuvisteis cuando hacíais idéntico trabajo en la tierra. Que todas las palabras y letras que escriba sean otras tantas alabanzas y bendiciones en vuestro honor. Oh mi querido Jesús!, guiad mi espíritu y ni! pluma para que no escriba cosa alguna que no sea de Vos, por Vos y para Vos. Mientras escribo en este papel,

escribid, si os place, y grabad en mi corazón la ley de vuestro santo amor y todas las virtudes de vuestra vida admirable».

9e Elevación, para antes de dar alguna limonsa. «Oh Jesús!, por puro amor vuestro y en honor y unión de vuestra caridad para con los pobres y necesitados, quiero ejecutar esta buena obras.

10e Elevación, para visitar a los pobres, a los afligidos y a los enfermos. «Oh Jesús!, os ofrezco esta acción en honor y en unión del mismo amor con que bajasteis del cielo a la tierra para visitar a los pobres y consolar a los afligidos. Me doy a Vos para confortar y ayudar a los afligidos y a los pobres, según vuestros deseos y mis modestas capacidades. Hacedme participar de la caridad inmensa con que Vos los tratasteis cuando vivíais en el mundo>.

11e Elevación, para ayunar o hacer otro acto cualquiera de mortificación. «Oh mi buen Jesús, os ofrezco esto en honor de vuestra divina Justicia y de vuestra Pasión sangrienta. Yo quiero soportar esta privación, esta penitencia, esta mortificación únicamente por vuestro amor y en honor y unión del que os indujo a soportar tantas y tales privaciones y sufrimientos en la tierra, como también en satisfacción de mis pecados y para que se cumplan en mi todos los designios de santidad que en mí habéis puesto desde la eternidad>.

12e Elevación, para hacer un acto de humildad. «Oh humildísimo Jesús!, os ofrezco este acto de humildad, junto con todos los que se hayan realizado y los que se habrán de realizar en el mundo, en honor de vuestras santas humillaciones y las de vuestra santísima Madre. Oh buen Jesús!, destruíd en mí el orgullo y vanidad radicalmente para que no reine en mi corazón sino vuestra santa humildad>.

13e Elevación, para hacer un acto de caridad. «Oh Jesús, todo caridad y amor! , os ofrezco este acto de caridad junto con todos los que a través de los tiempos

se os han ofrecido y se os ofrecerán por las almas buenas de todo el mundo, en honor y unión de vuestra caridad infinita. Aniquilad en mí todo amor e interés propio y estableced en mi alma el reino de vuestra caridad».

14e Elevación, para hacer un acto de obediencia. «Obedientísimo Jesús!, os ofrezco este acto de obediencia a mi superior, a mi padre, o a mi madre, o bien, este acto de sumisión a la regla, o a las

obligaciones de mi estado, en honor de vuestra perfectísima obediencia y de vuestra total sumisión a las reglas y leyes no sólo de vuestro Eterno Padre, sino a las de los hombres, aunque fueran enemigos de vuestra persona. Aniquilad en mí mi propio parecer y mi voluntad propia, y haced que no tengo más voluntad que la vuestra y la de quienes ante mí os representan».

Para ejecutar cristiana y santamente cualquier otra acción de vuestra vida, podéis seguir el mismo método, puesto que no hacemos casi ningún acto o ejercicio de virtud que Nuestro Señor no haya realizado en el transcurso de su vida mortal; y si de veras anhelamos ejecutarlos santamente, es preciso ofrecérselos en honor y unión de los suyos.

Os he indicado estas prácticas piadosas de la vida cristiana con todo detalle, y aún a riesgo de hacerme pesado, para señalaros el camino seguro de] cielo, y para enseñaros a vivir del espíritu de Jesús. El mismo se encargará de mostraros muchos otros medios de servirle, si tenéis el cuidado de daros a El al comienzo de todas vuestras buenas obras. Porque, notadlo bien, la práctica de las prácticas, el secreto de los secretos, la devoción de las devociones, consiste en no tener apego alguno a ninguna práctica o ejercicio devoto determinado, sino en enetregaros al principio de vuestras obras más importantes al Espíritu de Jesús con humildad, confianza y total desprendimiento de vuestro propio parecer y criterio, para que El tenga

plenos poderes y libertad absoluta de acción para guiaros como le plazca por las vías de la perfección. Entregaos, pues, sin reservas a la acción de Dios; El os dirá si debéis serviros de los métodos que yo os señalé anteriormente, o si, por el contrario, debéis seguir otros medios de perfección que El mismo se encargará de indicaros.

4 - Esa práctica, basada en el ofrecimiento de nuestras obras a Dios, es el verdadero medio de vivir en su presencia, y es dulce y fácil de emplear en la vida del cristiano

Por medio de las prácticas precedentes, y por las frecuentes elevaciones de vuestro espíritu y de vuestro corazón a Dios, toda vuestra vida pertenecerá por entero a Jesús, todas vuestras obras le glorificarán y os mantendréis habitualmente en su divina presencia, ejercitándoos de continuo en su amor.

Sé muy bien que el que vive en estado de gracia y ofrece a Dios desde por la mañana todas sus acciones al Señor, aunque en el curso del día no vuelva a pensar en ello, glorifica su nombre en gran forma. Pero, habiendo Nuestro Señor Jesucristo ofrecido a su Padre, por nosotros todas las acciones que ejecutó en vida, y no habiendo dejado un solo instante de pensar en todos y cada uno de nosotros al realizarlos, bien ingratos seríamos para con El si no pensáramos en su divina Persona más de una o dos veces al día. Ciertamente, si de veras amamos a Dios, debemos fincar nuestra mayor alegría en pensar en El y en elevar a menudo hasta El nuestro corazón y nuestra mente para testimoniarle nuestro cariño y gratitud. Y esto lo Podemos hacer sin mayor trabajo y contención, antes bien, con su divina gracia, por medio de una prudente y cuidadosa aplicación espiritual a este santo ejercicio, tendremos que llegar paulatinamente a habituarnos

a pensar con afecto y amor creciente en Nuestro amable Salvador y en sus bondades inefables, sin sentir la menor fatiga y aburrimiento.

En prueba de ello, os puedo informar que conozco a un sacerdote, cuyo nombre debe estar

inscrito er: el Libro de la Vida, que con el uso frecuente de tales prácticas, ha llegado a alcanzar tal facilidad en vivir íntima y estrechamente unido con su Señor, que al tomar sus alimentos puede ejecutar casi tantos actos de amor a su Persona sacratísima como cucharadas o porciones de comida pone en su boca, y ello, con tal naturalidad, que ninguno lo note y lo que es más, en manera alguna le impide participar en la conversación de los demás asistentes al refectorio ni entretenerse con ellos honesta y caritativamente.

Y no os lo cuento para que hagáis exactamente lo mismo, pues, estoy cierto que me criticarían por exigiros cosas en extremo difíciles, sino para que veáis cuánto puede la fuerza de la costumbre y cúan equivocado anda el inundo en sus apreciaciones al imaginar mil dificultades y amarguras sin cuento, en cosas que no comprende su criterio materialista y que son fuente de verdaderos consuelos interiores y de dicha insospechada.

5 - Podemos y debemos hacer por la gloria de Dios un útil empleo de las obras y sufrimientos de nuestro prójimo

No sólo podemos y debemos servirnos santamente te de cuanto en nosotros sucede para la mayor gloria de Nuestro Señor, sino que aún podemos echar mano de cuanto ha sucedido, sucede y sucederá en todo el mundo. Y lo podemos hacer, porque tenemos derecho de disponer a voluntad de cuanto nos pertenece, y San Pablo nos asegura que todo cuanto existe, sin excepción, lo pasado, lo presente y lo futuro, nos pertenece:

«Omnia vestra sunt>: «Todas las cosas son vuestras»11 Cor. IIIo, 22. Así que podemos disponer de todo para mayor gloria de Dios, y debemos hacerlo, porque ese poder lo hemos recibido exclusivamente de Nuestro Señor y para ese fin: para que as! le sirvamos mejor , empleándolo todo para rendirle todo honor y gloria.

Hé aquí por qué, al ejecutar cualquier trabajo, el amor y celo que debemos mostrar por la gloria de Nuestro Señor, deben inducirnos no sólo a consagrarselo de modo especial sino al juntarlo con todas las obras semejantes que hayan sido, sean o hayan de ser realizadas en todo tiempo y lugar para ofrecerlas con la nuestra a la mayor gloria de Dios.

Así por ejemplo, cuando os ponéis a trabajar, pensad en la cantidad de personas, que, en lo pasado, en lo presente y en lo porvenir, han hecho, hacen o habrán de hacer un trabajo idéntico al vuestro, sin dedicárselo a Nuestro Señor; juntad todas esas obras a la que ahora estáis ejecutando, para ofrecerlas junto con la vuestra a Dios, como al fueran también de propiedad y pertenencia vuestra, en honor de todos los trabajos del Hijo de Dios en este mundo. Y lo mismo debéis hacer cuando os sobrevenga alguna pena o aflicción corporal o espiritual, o cuando realicéis otra obra cualquiera.

Y es así como debemos hacer un uso santo de todo para la gloria de Dios, continuando en nosotros la manifestación del gran celo que tuvo Jesús por la gloria de su Padre, no desdeñando medio alguno para lograr ese fin, razón única de nuestra existencia. Nuestro Señor no escatimó medios por insignificantes que parecieran para honrar a su Eterno Padre y se valió ciertamente de todos los seres de la creación y de todas las actividades de los mismos para asociarlos a sus homenajes de amor y glorificación del Ser Infinito. Imitémoslo, que tal es nuestra obligación y tal es también nuestra conveniencia particular.

6 -Medio de santificar nuestras penas y aflicciones

Cuando os ocurra alguna pena o sufrimiento, sea corporal, sea espiritual, arrojaos inmediatamente a los pies de Aquél que dijo: «No rechazaré a quien a Mi acuda»: «Eum qui venit ad Me, non ejíciam foras». Joann.V1o,37 y «Venid a Mí todos los que trabajáis y estáis cargados, y yo os aliviaré»: «Venite ad Me omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam Vos». Matth.1Xo,28. Adorad su divina Voluntad, humillaos en su presencia a la vista de vuestros pecados, causa de todos vuestros males, ofrecedle vuestra aflicción, pidiéndole gracia para soportarla santamente, y reconciliaos con El por una buena confesión y comunión. Porque, si no perseveráis en su gracia y amor, aunque tuviérais que soportar todas las penas y martirios del mundo, de nada os serviría ni para vuestra santificación, ni mucho menos, para la gloria de Dios. Priváis a Dios del honor inmenso que podríais rendirle con la oblación de vuestras penas si vivierais en estado de gracia y perdéis igualmente tesoros de gracia y de santificación que ni siquiera nos es dable conocer en su justo valor.

7 - Elevación a Jesús, en nuestras penas y sufrimientos

Oh Jesús, Señor mío adorado!, héme aquí prosternado a vuestros pies; adoro, bendigo y amo de todo corazón vuestra divina Providencia en cuanto tenga a bien ordenar o permitir acerca de mi persona o de lo que me concierna directamente; porque, vuestros mandatos y permisos son por igual, oh Dios mío 1 dignos de nuestra adoración y acatamiento. Sí, oh mi Salvador!, que se cumpla vuestra voluntad en todo y por doquiera, a pesar de todas las repugnancias y contrariedades de la mía y que todos adoren y bendigan vuestras órdenes y permisos. Reconozco, oh mi

Dios, y confieso a la faz del cielo y de la tierra vuestra Justicia y que yo merezco esta pena, y mil penas y castigos más, por el menor de mis pecados. Hé aquí por qué, y, a pesar de toda mi contrariedad y disgusto interior, yo quiero abarazarme a esta cruz con todo mi amor y con toda mi voluntad, en homenaje a vuestra divina Justicia, sometiéndome a vuestra Santa Voluntad en honor de los sufrimientos y angustias terribles que soportasteis por mis pecados y para que en mí se cumplan todos vuestros designios, aunque en ocasiones hieran mi sensibilidad y me hagan sufrir. Todo lo recibo, aún lo más cruel y doloroso, como de vuestra mano adorable y como efecto del amor incomprensible de vuestro paterno Corazón para conmigo. Bendito seáis, oh buen Jesús!, al darme ocasión de sufrir algo por vuestro amor. Hacedme partícipe, si os place, del amor, humildad, paciencia, dulzura y caridad con que Vos sufristeis en vuestra vida mortal y concededme la gracia de soportarlo todo por vuestra gloria y por vuestro amor incomparable.

8 - Del buen uso de las tentaciones del cristiano

Cuando os asalte cualquier mal pensamiento o una tentación cualquiera, no os turbéis, sino antes bien, levantad vuestros ojos y vuestro corazón a Jesús, para decirle con humildad y confianza:

«Bien reconozco, oh Salvador!, que mis pecados merecen permitáis que no sólo me vea asaltado, sino derrotado y vencido por toda clase de tentaciones. Confieso igualmente que carezco de toda fortaleza para resistir por mí mismo a la menor de ellas y que, si Vos no me sostenéis y ayudáis ahora y en todo momento, caeré en un infierno espantoso de toda clase de pecados. Ay, mi Jesús!, en qué peligro tan horrible estoy ahora mismo! Me veo abocado al infierno, al alcance de las garras del demonio, a punto de perder

vuestra gracia, de verme alejado de vuestra amistad, y reducido una vez más, al yugo de satanás, y lo que es peor, a crucificaros de nuevo con nuevas ofensas deshonrando vuestra Majestad infinita, al dejarme. vencer por esta tremenda tentación. Oh, Señor!, no lo permitáis, libradme de este peligro, dadme vuestra gracia para aprovechar esta tentación y glorificaros en ella. Dios mío!, renuncio de corazón al espíritu del mal, al pecado y a cuanto os disgusta; os doy mi voluntad, conservadla y no dejéis que se adhiera ni por un instante a la de vuestros enemigos. Oh mi Salvador!, os conjuro por vuestra santa Pasión y por todas vuestras bondades y misericordias apartéis de mí semejante desgracia y que me concedáis el favor de soportar todas las humillaciones y penas del mundo y la muerte misma, si preciso fuere, antes que ofenderos.

CAPITULO VII

PROFESIONES CRISTIANAS QUE CONVIENE RENOVAR DIARIAMENTE

La vida y santidad cristiana están basadas sobre ocho fundamentos principales. El primero es la Fe; el segundo, el odio al pecado; el tercero, la humildad; el cuarto, la abnegación de nosotros mismos, del mundo y de todas las creaturas; el quinto, la sumisión y abandono de nosotros mismos a la voluntad de Dios; el sexto, el amor a Jesús y a María Santísima; el séptimo, el amor a la Cruz y el octavo, la caridad para con el prójimo. Estos son los principios de la teología celestial, de la filosofía cristiana y de la ciencia de los Santos que Nuestro Señor Jesucristo trajo del seno mismo del Padre Eterno a la tierra y que nos enseñó con sus palabras, y más aún, con sus ejemplos y que nosotros estamos obligados a seguir si queremos ser cristianos de verdad. Y a ello nos comprometimos solemnemente en el día de nuestro Bautismo; por lo tanto, es necesario renovar a menudo, ojalá todos os días esta promesa, esta profesión y no de cualquier modo y en carrera, sino lentamente y pesando el significado y el valor de nuestras palabras, para grabar más y más en nuestro espíritu el contenido y la significación de, estos ocho artículos de fe religiosa, base y fundamento cada uno de ellos de nuestra espiritualidad,

1 - Profesión de fe cristiana

Oh, Jesús!, os adoro como a autor y consumador de la fe y como luz eterna y fuente de toda luz. Os doy infinitas gracias de que, por vuestra gran misericordia, os plugo llamarme de las tinieblas del pecado

y del infierno a las claridades de la fe. Os pido una y mil veces perdón de no haberme conducido antes según esta luz divina; reconozco que he merecido infinidad de veces verme privado de la luz maravillosa de la santa fe por el mal uso que de ella he hecho, y os protesto, que en adelante no he de vivir sino de acuerdo con lo que vuestro Apóstol nos enseña: «El justo vive de la fe»: «Justus ex fide vivit». Rom.lo,17.

A este fin, me doy al espíritu de vuestra santa fe, y confortado con el poder de este espíritu, unido a la fe vivísima y perfecta de vuestra bienaventurada Madre, de vuestros santos apóstoles y de toda vuestra Santa Iglesia, hago profesión a la faz del cielo y de la tierra, y estoy dispuesto a hacerlo también, mediante vuestra gracia, ante todos los enemigos de esta misma fe: 1e) de creer íntegra y firmemente todo cuanto nos enseñáis por Vos mismo o por medio de vuestra Santa Iglesia; 2e) de preferir dar mi sangre toda y mi vida misma, después de padecer todos los tormentos y martirios habidos y por haber, antes que renunciar a uno solo punto de mis creencias para adherirme al más insignificante error en materia de fe, y, 3e) de querer vivir y comportarme en lo futuro, no ya según mis instintos como los animales, ni según la simple razón humana como los filósofos, sino de acuerdo con las normas luminosas de la fe cristiana que nos habéis dejado en las páginas del Evangelio. Conservad y acrecentad en mí, oh Divino Salvador!, estas santas resoluciones y concededme la gracia de cumplirlas perfectamente para honra y gloria de vuestro santo Nombre. Así sea.

2 - Profesión de odio y abominación del pecado

Oh, Jesús!, os adoro en vuestra santidad incomprensible y en el odio infinito que tenéis al pecado. Os pido perdón humildemente de todos los pecados de

mi vida. Me entrego a vuestro espíritu de santidad y de odio contra el pecado. De acuerdo con tal espíritu, hago profesión: 1e) de odiar y detestar el pecado más que a la muerte, más que al demonio, más que al infierno y más que a cuantas cosas dignas de aborrecimiento pueda haber; 2e) de no odiar nada fuera del pecado, y de no afligirme por cosa alguna diferente de las ofensas que se cometen contra vuestra divina Majestad, pues no hay en el mundo nada digno de nuestro aborrecimiento o de nuestras lágrimas distinto de este monstruo infernal, y, 3e) de odiar el pecado de tal manera que, mediante vuestra gracia, si viera de un lado todos los tormentos de la tierra y del infierno y del otro un pecado solo, escogería lo primero a lo último. Oh Dios mío! , conservad y aumentad más y más cada día este odio en mi corazón. Así sea.

3 - Profesión de humildad cristiana

Oh adorable y humildísimo Jesús!, os adoro y bendigo en vuestra profunda humildad y me anonado y confundo ante Vos, a la vista de mi orgullo y vanidad que os pido muy humildmente perdonéis. De todo corazón me doy a Vos y a vuestro espíritu de humildad para reconocer ante todo el mundo y con toda la humildad del cielo y de la tierra: 1e) que yo no soy nada, que nada poseo, que nada puedo, que nada sé Y nada valgo y que, en consecuencia, soy incapaz por mis propias fuerzas de resistir al menor mal y de ejecutar la menor y más insignificante obra buena; 2e) que, abandonado a mis fuerzas y personal incapacidad, soy capaz de todos los crímenes de Judas, de Pilatos, de Herodes, de Lucifer, del Anticristo, y, en general de todos los Pecados de la tierra y del infierno y, que, si Vos no me sostuvierais, por vuestra bondad inefable, caería en un infierno de toda suerte de abominaciones; y, 3e) que he merecido la ira de Dios y de todas

sus creaturas y los castigos eternos. Esta es MÍ herencia, esto es lo que tengo para abonar a mi orgullo, y nada más.

Por lo tanto, hago profesión: 1e) de querer abatirme por debajo de todas las creaturas, estimándome y considerándome, y queriendo ser mirado y estimado, en todo y por doquiera, como el último de todos los hombres; 2e) de tener odio y aversión a toda alabanza, honor y gloria como si se tratara de veneno y maldición, puesto que habéis dicho, oh mi Salvador!, «Ay! de vosotros, cuando los hombres os bendigan»: «Vae cum benedíxerint vobis hómines!. Luc.VIo,26; y de abrazar y amar el desprecio y las humillaciones como merecidas por este réprobo infeliz que soy en calidad de pecador e hijo de Adán, ya que, según vuestro Apóstol, yo soy «NATURA FILIUS IRAE», por nacimiento, hijo de ira, Eph. 11o,3., y 3e) de querer ser totalmente aniquilado en mi espíritu y en el de los demás, a fin de no echar de menos consideración, es, tima o interés por mi persona y de que los demás, en vez de estimarme y buscarme, a mí, que nada soy, sólo a Vos os busquen y aprecien.

Oh buen Jesús!, verdad eterna, grabad indeleblemente en mi corazón estas verdades y sentimientos para producir frutos de humildad, por vuestra gran misericordia y acrecentamiento de vuestra gloria inmortal.

4 - Profesión de abnegación cristiana

Oh Jesús! mi Señor y mi Dios, os adoro al pronunciar estas palabras: «Si quis vult post Me venire, ábneget semetípsum et tollat crucem súam, et sequatur Me» y, «Sic ergo omnis ex vóbis qui non renúntiat ómnibus quae póssidet, non pótest méus esse discípulus»: «Si alguien quiere venir en pos de MI, renuncie a sí mismo, cargue su cruz y sígame», y, «Así, pues,

todo aquél que no renuncia a cuanto posee, no puede ser mi discípulo». Matth.XVIo,24, y Luc.XIVo,33. Me doy el espíritu de luz y de gracia con que esto dijisteis, para conocer su importancia excepcional y lograr en mí su cabal cumplimiento. Reconozco tres grandes verdades, que me obligan a renunciar a mí mismo y a todas las cosas.

Pues bien, de sobra comprendo: 19) que Vos sólo sois digno de existir, de vivir, de obrar, y, por tanto, que todo otro ser debe eclipsarse y aniquilarse ante Vos; 29) que para existir y vivir en Vos necesito salir de mí mismo y renunciar a todas las creaturas, debido a la corrupción que el pecado arrojó sobre todas ellas, y, 39) que yo merezco por mis culpas el ser despojado de todo, aún de la existencia y de mi vida misma.

Hé aquí por qué, con todo el poder de vuestra gracia y unido al amor con que quisisteis vivir en un total desprendimiento de las cosas terrenales, como también, en virtud del espíritu divino con que pronunciasteis esas tremendas palabras: «Non pro mundo rogo»: «Yo no ruego por el mundo», Joan.XVIIo,9, hago pública y solemne profesión: 1e) de querer en lo sucesivo mirar y aborrecer el mundo como un excomulgado, como un réprobo del infierno, y de renunciar por entero y para siempre a todos los honores, riquezas y Placeres del mundo presente; 2e) de no querer voluntariamente fincar mi gozo, mi felicidad y espiritual reposo en cosa alguna de éstas; si acaso, servirme de ellas con santa indiferencia y sólo en cuanto materialmente no puedo muchas veces prescindir de ellas para remedio de mis necesidades, descartando todo apego a lo perecedero y terreno, y para ajustar mi conducta en su uso a vuestra manifiesta voluntad que la.¡ creó para mi servicio y utilidad a la par que para glorificación de vuestro poder y bondad; y, 3e) de procurar vivir en este mundo del viejo Adán como sin pertenecer al mismo y como al de veras y por anticipado,

viviera en el Cielo, patria y morada del nuevo. Adán; de vivir en la tierra, como en un infierno, esto es, no sólo con entero desprendimiento de la misma y de las criaturas que en ella habitan, sino con positivo odio, aversión y horror de las mismas, y sin dejar de suspirar por el advenimiento de días mejores en la Patria celestial, teniendo, no obstante, paciencia con el mundo, y, a imitación vuestra, a pesar de la aversión espiritual que me inspire, soportándolo con todos sus defectos y miserias tal cual es. Vos, Señor, pudierais destruirlo, reducirlo a cenizas desde ahora, mas no lo hacéis, porque la bondad y misericordia de vuestro Corazón dulcísimo moderan los arrebatos de vuestra cólera y de vuestra Justicia. Os ruego, pues, amadísimo Jesús mío!, me concedáis la gracia de vivir en el mundo como si en realidad no perteneciera al mismo; y de que mi espíritu y mi corazón vivan desde ahora en el cielo, en donde Vos moráis para ser mi verdadero cielo mi paraíso, mi alegría y mi todo.

Oh Señor mío!, quiero ir más lejos en mis anhelos de perfección: quiero seguir al pie de la letra vuestras palabras según las cuales me manifestáis que si deseo seguir en pos de vuestras huellas, tengo por fuerza que -renunciar no sólo a todas las creaturas, sino aún a mi propia persona. Con esta intención, me doy al poder del amor infinito que os indujo a anonadaros Vos mismo, y, unido al mismo amor, hago profesión: 1e) de renunciar de una vez y para siempre a todo lo mío y a todo lo del viejo Adán; 2e) de querer aniquilar a vuestros pies, en cuanto de mí depende, mi espíritu, mi amor propio, mi propia voluntad, mi vida y mi ser, suplicándoos con toda humildad me aniquiléis Vos mismo con todo el poder de vuestro brazo, para estableceros en mí, para vivir y reinar en mi corazón abandonándome sin reservas a vuestro divino querer, de suerte que no sea yo quien viva, obre y hable en mi sino Vos en persona; y, 3e) esta profesión la hago, no sólo valedera para el momento presente,

sino. con miras a todos los instantes y actividades de mi vida futura, y os suplico, con toda mi alma, la miréis y aceptéis como si la renovara a cada acción y a cada momento a fin de realizar en mí plenamente vuestras palabras admirables puestas en boca del Apóstol: «Vivo, jam non ego: vivit vero in me Christus» «Vivo, mas no soy yo quien vive, sino es Cristo quien vive en mí». Gal. 11o,20.

5 - Profesión de sumisión y santo abandono en manos de ¡Dios

Oh mi adorable Salvador!, os adoro al pronunciar estas divinas palabras: «Descendi de coelo non ut fáciam voluntatem méam, sed voluntatem ejus qui misit me»: «He bajado del cielo, no para hacer mi voluntad sino la de Aquél que me envió». Joann.V1o,38. Os adoro en vuestra perfectísima sumisión a la voluntad de vuestro Padre; os pido perdón por todos los impedimentos que he puesto a sus designios soberanos y me entrego al Espíritu Santo para imitaros de hoy en adelante en la práctica de esta virtud. A la luz de este divino Espíritu reconozco que vuestra Voluntad omnipotente es la que todo lo dispone y gobierna en la creación; igualmente, reconozco que me habéis colocado en el mundo para cumplir vuestra divina volundad, siendo ésta, por consiguiente, mi centro, mi objetivo final, mi elemento vital y mi bien soberano. Por ende, unido a la total sumisión de vuestra Persona, a la de vuestra santísima Madre y a la de todos vuestros Santos, hago profesión: 1o) de renunciar definitiva y enteramente a todos mis deseos, voluntades e inclinaciones para no tener en lo futuro otro querer que el vuestro, de vivir siempre pendiente de vuestra voluntad sacrosanta para seguirla por doquiera y en todo momento, abandonándome totalmente a ella, material y espiritualmente, en la vida y en la muerte, en el

tiempo y en la eternidad y de preferir la muerte y. los tormentos del infierno mismo, antes que ejecutar deliberadamente acto alguno contrario a vuestra adorable voluntad, y, 29) de no querer, ni vivo ni muerto, ni en este mundo ni en el otro, otro tesoro, otra gloria, otra felicidad, otra recompensa, ni Otro paraíso que no sea el reinado de vuestra divina voluntad. Oh queridísima Voluntad de mi Dios!, en adelante seréis mi corazón, mi alma, mi vida, mi fuerza, mi tesoro, mi dicha, mi gloria, mi corona, mi reino y mi soberano bien! Vivid y reinad eternamente en mi alma y en todo mi ser!

6 - Profesión de amor a Jesús y a María, su Santísima Madre

Oh amabilísimo Jesús!, oh queridísima María, Madre de mi Jesús!, os reverencio en todas las perfecciones que os adornan y en el inmenso amor que mutuamente os profesáis. Os pido mil perdones de haberos amado con tanta frialdad hasta el presente y de haberos ofendido tantísimas veces. Me doy por entero a vuestro divino amor, y, unido al mismo y a todo el amor del cielo y de la tierra, reconociendo que no ~y en el mundo sino para amaros y glorificaros y que es ésta mi principal obligación, mi mayor y único deber, hago profesión: 1e) de querer dedicarme con todas mis energías a serviros y amaros; 2e) de querer hacer cuanto deba ejecutar con toda perfección y única y exclusivamente por vuestro amor; 3e) de preferir verme reducido a la nada antes que dar a nadie ni siquiera la menor partícula del amor que sólo a Vos debo; 4e) de fincar todas mis delicias y dicha personal en honraros, serviros y amaros; y 5e) de haceros amar y glorificar por todo el mundo y en todas las formas imaginables según mis capacidades.

7 - Profesión de amor a la Cruz y al sufrimiento

Oh Jesús! mi amor crucificado!, os adoro en todos vuestros sufrimientos y os pido perdón de todas las faltas que he cometido hasta hoy en las amarguras y aflicciones que habéis tenido a bien enviarme. Me doy al espíritu de vuestra cruz, y en virtud del mismo, y con todo el amor del cielo y de la tierra, de todo corazón me abrazo con todas las cruces y sufrimientos que me tengáis destinados, por puro amor a Vos. Hago profesión de fincar toda mi gloria, mi riqueza y felicidad en vuestra cruz, es decir, en todas las humillaciones, penalidades y privaciones de la vida, diciendo con San Pablo: «Mihi áutem ábsit gloriari, nisi in cruce Dómini Nostri Jesu Christi»: «Lejos de mí gloriarme en algo distinto de la cruz de mi Señor Jesucristo!» Gal.VIo,14.

8 - Profesión de caridad cristiana para con el Prójimo

Oh Jesús!, Dios de amor y de caridad!, os adoro en el exceso de vuestra divina caridad, pidiéndoos Perdón de todas las faltas cometidas por mí en el ejercicio de esta santa virtud, reina de todas las demás. Me doy a vuestro espíritu de caridad, y en virtud del mismo, y con toda la caridad de vuestra santísima Madre y de todos los Santos, hago profesión: 1e) de no odiar nada fuera del pecado; 2e) de querer amar a todo el mundo por amor vuestro; 3e) de no pensar, ni decir, ni hacer mal a nadie, sino, por el contrario, de beneficiar a mi prójimo con mis juicios, palabras deseos y obras, excusando y soportando los defectos ajenos e interpretando caritativamente aún sus peores intenciones, Y, al compadecer las miserias espirituales

y corporales de mi prójimo, conducirme con todas las personas, con benevolencia, dulzura y caridad a toda prueba. Oh Caridad eterna!, me doy a Vos para que destruyáis en mí cuanto os contraría y ofende, estableciendo vuestro reino en mi corazón y en el de todos los cristianos.

LIBRO SEGUNDO

La Semana del Cristiano
CAPITULO 1

EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA

1 - Para antes de la Confesión

Es algo muy necesario, santo y útil -sobre manera a la gloria divina y a la santificación de las almas el uso frecuente del Sacramento de la Penitencia, siempre y cuando se llenen por parte de los fieles los requisitos debidos para recibir dignamente las gracias que de él se derivan.

Desgraciadamente hay que deplorar el abuso que, muchos cristianos hacen de este sacramento al acercarse a los pies del sacerdote para recibir la absolución de sus pecados y que, lejos de lograrlo, se llevan !,a sentencia de su eterna condenación, por carecer de las disposiciones debidas de verdadera y sincera penitencia. Y más de temer es dicho mal para quienes se acercan con frecuencia al Santo Tribunal impulsados más por la costumbre rutinaria de confesarse que Por verdadero espíritu de penitencia de sus pecados, en especial cuando no se nota cambio alguno de vida en sus costumbres ni adelanto apreciable en la virtud. Así, pues, mientras más frecuentéis el sacramento del perdón mayor preparación y cuidado debéis aportar en su digna recepción y aprovechamiento. Para lograrlo, debéis hacer tres cosas, a saber:

1e) Debéis arrodillaros a los pies de Nuestro Señor en lugar retirado y silencioso, si es posible, para contemplarlo y adorarlo en la penitencia rigurosa

y en la contrición y humildad infinita con que cargó sobre sí todos los pecados del mundo en su vida mortal y especialmente en el Huerto de los Olivos. Suplicadle insistentemente os comunique su espíritu de penitencia y os dé la gracia de conocer vuestros pecados, de odiarlos y detestarlos sobre todas las cosas, de confesarlos con claridad y franqueza y de convertiros resueltamente renunciando a todas las ocasiones de pecar y utilizando los remedios necesarios para curar las llagas de vuestra alma. Para ello, os será de gran utilidad la siguiente oración:

«Oh mi muy querido Jesús!, al contemplaros en el Monte de los Olivos, al principio de vuestra santa Pasión, os veo prosternado en tierra ante vuestro Padre, en nombre de todos los pecadores, cargados con todos los pecados del mundo y con los míos, en particular, ya que os apropiasteis nuestras miserias para repararles. Pienso que, por vuestra divina luz os ponéis ante los ojos todas estas culpas para confesarlas a vuestro Padre en nuestro nombre y para llorarlas cubriéndoos de humillación ante su Majestad infinita a fin de rendirle el homenaje de vuestra satisfacción y arrepentimiento infinitamente valioso. Y la consideración de nuestros crímenes horrendos y del ultraje que con ellos inferimos a Dios os hunde en una extraña agonía, en una honda tristeza y en un dolor y contrición tan terrible que la violencia del dolor os produce una tristeza mortal y os hace sudar gotas de sangre que bañando vuestro cuerpo, empapan la tierra.

Oh Salvador mío!, os adoro, os amo y os glorifico en este estado y espíritu de penitencia, a que as han reducido vuestro amor y mis ofensas. Me doy a Vos para penetrarme del mismo espíritu y para participar, si tal es vuestro querer, de vuestra luz divina para conocer como Vos en su totalidad y fealdad espantosa todos mis pecados y confesarlos con sincero pesar a vuestro ministro en el sagrado Tribunal.

Hacedme participar igualmente de vuestra propia humillación y contrición ante el Padre celestial como también del amor con que os habéis ofrecido a El para hacer penitencia de nuestras faltas; concededme, Señor, el mismo odio y horror que Vos tenéis al pecado y dadme la gracia de confesar mis culpas con sinceridad, arrepentimiento y humildad y con una firme resolución de no volver jamás a ofenderos en el resto de mi vida. Oh Madre de Jesús!, alcanzadme, os lo ruego, estas gracias de vuestro Hijo. Oh santo Ángel de mi guarda!, rogad a Nuestro Señor por mi para que me otorgue la gracia de conocer mis pecados, de confesarlos debidamente con corazón contrito y humillado y de convertirme definitivamente al servicio de la Divina Majestad.

2e) Hecha esta oración examinaos cuidadosamente procurando recordar vuestros pecados desde la última confesión y, luégo, después de haberlos reconocido, tratad de formar en vuestro corazón sentimientos de pesar, sincero arrepentimiento y verdadera contrición de haber ofendido a un Dios tan bueno, pidiéndole perdón de vuestras culpas, detestándolas y renunciando a ellas porque le ofenden, tomando el firme propósito de evitarlas en lo futuro, y mediante su gracia, de huir de las ocasiones de pecar y de emplear los medios conducentes para alcanzar una verdadera conversión.

3e) Por último os recomiendo, para hacer una buena confesión, presentaros ante el sacerdote con la convicción de que él es el representante de Cristo y vosotros, criminales de lesa Majestad divina, que, por consiguiente, llenos de humildad y confusión, acudís ante su tribunal misericordioso, dispuesto a revestiros del celo de su divina justicia contra el pecado y del odio infinito que contra él lo anima, para protestarle que no queréis volver a ofenderle en vuestra vida. Id con una firme resolución de confesar humilde, entera y claramente todos vuestros pecados, sin disfraces ni excusas y con las disposiciones que de

tener en la hora de la muerte. Pues debéis considerar que más vale decir ahora vuestras culpas al oído de un sacerdote que experimentar la vergüenza del pecador impenitente el día del juicio a la faz de todo el mundo. No debemos, por lo demás de buen grado soportar la confusión inherente a la acusación actual de nuestros pecados para rendir homenaje a la humillación y a los sufrimientos que a causa de ellos tuvo que padecer Nuestro Señor en su Pasión y muerte?

2 - Para después de la confesión

Después de haberos confesado y recibido el perdón de vuestros pecados por el sacramento de la Penitencia, dad gracias a Nuestro Señor de haberos concedido tan insigne favor, pues, cuando nos libra de algún pecado, sea preservándonos de caer en él, sea perdonándonoslo, si hemos delinquido aunque sólo fuera venialmente, nos otorga una gracia mayor que si nos preservara de todas las pestes, enfermedades y aflicciones corporales que pudieran sobrevenirnos. Dadle las gracias, pues, con la siguiente oración y pedidle a la vez, os preserve de nuevas faltas en lo porvenir.

«Bendito seáis, oh buen Jesús!, bendito seáis mil y mil veces! Que todos vuestros Ángeles y Santos con vuestra santísima Madre os bendigan ahora y siempre, por haber establecido en vuestra Iglesia el sacramento de la Penitencia y por habernos dado un medio tan fácil, poderoso y eficaz de borrar nuestros pecados y reconciliarnos con Vos. Bendito seáis por toda la gloria que os ha tributado y os habrá de tributar hasta el fin del mundo este admirable Sacramento! Bendito seáis por toda la gloria que Vos mismo habéis dado a vuestro Padre por la confesión, si así podemos decir, que de nuestros pecados le hicisteis en

el Monte de los Olivos y por la humillación, contrición y penitencia que por su causa sufristeis! Oh Señor mío!, grabad en mí un odio, horror y temor del pecado superior al temor, horror y odio que todos los de más males de la tierra y del infierno pudieran inspirarme y haced que muera mil veces antes que volver a ofenderos en adelante». Así sea.

3 - La Contrición

Es tan poderosa, santa y amable la contrición que un solo acto de la mismo es capaz de borrar mil pecados mortales y mil y mil más que pudieran afear el alma de un cristiano. La contrición es un acto de aversión y horror, de dolor y arrepentimiento del pecado cometido, porque ofende a Dios y le disgusta sobremanera. Es un acto de la voluntad por el cual protestamos a Dios que queremos odiar y detestar nuestros pecados, que estarnos hondamente afligidos y desolados de haberlos cometido y que los rechazamos y deseamos, consultando no tanto nuestro interés cuanto el suyo, es decir, no tanto por el perjuicio y desgracias que nos acarrean cuanto por el desacato y Ofensa que a El le infieren, y por los tormentos y muerte crudelísima que le ocasionaron a Nuestro Señor Jesucristo, nunca más volver a cometerlos, aun a costa de nuestra propia vida.

Y aquí es del caso hacer dos observaciones muy importantes:

1e) Si bien es cierto cine la menor ofensa irrogada a una bondad infinita como es la de su Divina Majestad es tan odiosa e irreparable que aunque la lamentáramos con lágrimas de sangre hasta el fin del mundo y que aun cuando finalmente el dolor y el arrepentimiento de la misma fuera tan extraordinario que nos quitara la vida, con todo insignificante y sin ningún valor expiatorio sería todo ello; sin embargo,

no es necesario, ni mucho menos, para exteriorizar una verdadera contrición, derramar lágrimas de dolor ni experimentar una tristeza sensible o una sensación de pesar física de nuestras faltas. Siendo la contrición un acto espiritual e interior de la voluntad, podemos realizar un acto de contrición sin sentir dolor alguno material, puesto que basta protestar a Nuestro Señor, con sinceridad, que queremos odiar y detestar nuestros pecados y evitarlos en lo sucesivo porque le ofenden y que tenemos la intención y el deseo de confesarlos a la primera oportunidad.

2e) Notad igualmente que la contrición es un dón de Dios y un efecto de su gracia y que, por consiguiente, de nada os serviría saber en qué consiste y emplear todas las fuerzas de vuestro espíritu y de vuestra voluntad para hacer un solo acto, de dicha virtud, si el Espíritu Santo no viniera en vuestro auxilio. Mas lo que ha de animaros es el pensamiento de que Este no os rehusará nunca dicha gracia si se la pedís con humilde confianza y con perseverancia, sin esperar para ello el momento de la muerte, pues, con demasiada frecuencia niega tan insigne favor en la hora suprema a quienes en toda la vida descuidaron el cumplimiento de este gravísimo deber.

Para tener una verdadera contrición cuatro cosas son además indispensables. La primera consiste en devolver cuanto antes el bien ajeno injustamente habido, aunque para ello tengamos que privarnos de algunas comodidades, y en restituir la fama al prójimo si lo hemos difamado con alguna calumnia.

La segunda consiste en poner de nuestra parte los medios conducentes para reconciliarnos con nuestros enemigos, si en algo hemos faltado a la caridad cristiana.

La tercera, en mantener el firme propósito de confesar nuestras faltas con la decidida voluntad de renunciar a ellas definitivamente, sin descuidar los medios aconsejables para vencer nuestras malas inclinaciones

y comenzar una vida nueva de regeneración espiritual.

La cuarta, finalmente, consiste en abandonar las ocasiones de pecar y de hacer caer a otros con nuestros malos ejemplos. Y, cuáles serían estas ocasiones de pecado? Para los concubinos y adúlteros, la compañia de sus cómplices; para los borrachos y amigos de la embriaguez, la frecuentación de las tabernas; para los jugadores y blasfemos, las casas de juego, los garitos, los bares y cabarets en que suelen perder tiempo, dinero y con ello la paz interior, de donde nacen riñas y escándalos que avergüenzan nuestra sociedad; para las señoras y señoritas, las desnudeces e inmodestias de la moda en el vestido y el exceso en los afeites y maquillaje; para no pocas almas, las lecturas pornográficas de novelas y revistas desvergonzadas, los bailes y danzas escandalosas, el teatro inmoral y la concurrencia a ciertos lugares en que se prostituye toda moral a la satisfacción de los más viles apetitos, la compañía de ciertas personas de costumbres depravadas y hasta el desempeño de determinados oficios y profesiones que no se pueden ejercer sin grave peligro para la salvación eterna. Porque, cuando el Hijo de Dios nos dice: «Si la mano, el pie, o la vista te escandaliza, córtalos o arráncalos y arrójalos lejos de tí, pues más vale entrar cojo, o manco o ciego al cielo que ser lanzado a las llamas del infierno con ojos, manos y pies intactos»: «Si áutem manus túa, vel pes tuus scandalizat te, ábscide eum et prójice abs te; bónum tibi est ad vitam íngredi débilem vel cláudum, quam dúas manus vel dúos pedes habentem mitti in ignem aeternum. Et si óculus túus scandalízat te, érue éum et prójice abs te: bónum tibi est cum uno óculo in vitam intráre, quam dúos óculos habentem mitti in gehennam ignis» Math. XVIIIo,8- 9. Trata de inculcarnos un verdadero precepto bajo la amenaza de la eterna condenación, según doctrina de los santos Padres, de la obligación en que

estamos de cortar por lo sano y sin ambages toda la ocasión de ruina espiritual para nosotros mismos y para nuestro prójimo. Podemos hacer actos de contrición en todo tiempo y en cualquier circunstancia, pero de modo especial no debemos omitirlos:

1e) Cuando nos acercamos al Santo tribunal de la penitencia, porque la contrición, (o al menos la atrición, que es un sentimiento menos perfecto), es parte necesaria e integral del sacramento. Y, precisamente, por esta razón lo dije con anterioridad y una vez más lo repito, es indispensable, hecho el examen de conciencia, y antes de confesarnos, pedirle a Dios la contrición y tratar de hacer actos repetidos de esta virtud.

2e) Cuando tenemos la desgracia de incurrir en alguna falta, sobre todo grave, a fin de levantarnos de nuevo a la vida de la gracia, por medio de la contrición.

3e) Por la mañana y por la noche, a fin de que, si se ha cometido algún pecado en el curso de la noche o del día, nos sea perdonado por la contrición y podamos de nuevo recobrar con la gracia la amistad divina.

A fin de facilitaros más el ejercicio de la contrición, fuera de los actos que de ella os ofrezco en la Oración de la noche, ahora os presentaré varias otras fórmulas piadosas para exteriorizar a la Divina Majestad el dolor y el arrepentimiento de nuestras culpas. Con todo, no os engañéis pensando que con leer y releer sin mayor atención dichas oraciones, ya todo queda perfectamente arreglado entre Dios y el pecador; es preciso que la contrición sea verdadera y por tanto, debe estar acompañada

de las condiciones anteriormente anotadas, y, además, como se trata de un don sobrenatural, debéis pedírselo a Dios con humilde confianza, seguros de que no os desoirá.

Oración para pedir a Nuestro Señor una verdadera contrición

«Oh buen Jesús!, deseo tener la contrición y pesar de mis pecados que Vos me exigís; mas, os consta que soy incapaz de tales sentimientos si Vos mismo no los ponéis en mi corazón. Otorgádmelos, pues, amable Salvador mío!, por vuestra gran misericordia. De sobra reconozco que no merezco me miréis y escuchéis mis ruegos, pero confío en vuestra bondad infinita que me concederéis lo que con tanta instancia os pido por los méritos de vuestra Pasión santísima, de vuestra Madre adorada y de todos vuestros Ángeles y Santos. Oh Madre de Jesús!, oh, Santos Ángeles!, oh bienaventurados Santos y Santas, rogad a Jesús que me concede un perfecto arrepentimiento de mis pecados».

A continuación, procurad hacer actos de contrición, más o menos en la forma siguiente:

Actos varios de contrición

«Oh amabilísimo Jesús!, quiero odiar y detestar mis pecados por vuestro amor. Oh Salvador mío!, renuncio para siempre a todo pecado porque os disgusta. Oh mi Jesús!, quiero odiar y aborrecer mis pecados por la ofensa y el desacato que con ellos os irrogo.

«Oh Dios mío!, cuánto desearía no haberos ofendido jamás, puesto que sois digno de todo honor, de toda gloria y de todo amor».

«Oh Dios mío!, cómo quisiera tener todo el dolor Y toda la contrición de los santos Penitentes de todos los tiempos y de todo el mundo, para llorar mis pecados!»

Oh buen Jesús!, hacedme partícipe de la contrición que Vos mismo tuvisteis de mis pecados, porque, en cuanto sea posible, yo quisiera experimentar el mismo dolor, vergüenza y pesar que Vos tuvisteis de ellos».

«Oh Padre de Jesús!, os ofrezco la contrición y penitencia que vuestro amadísimo Hijo tuvo de mis pecados y me uno de corazón a sus sentimientos de la oración del Huerto de los Olivos en la víspera de su muerte en la Cruz».

«Oh amantísimo Jesús!, que yo odie y deteste mis pecados porque fueron la causa de vuestros padecimientos y de vuestra muerte en el madero ignominioso de la Cruz».

«Oh Dios mío! quiero aborrecer mis pecados con el mismo odio con que vuestros Ángeles y Santos los abominan y detestan».

«Oh Dios mío!, quiero odiar y aborrecer mis culpas con la misma, intensidad con que Vos mismo las detestáis».

Podéis, además, hacer un acto de contrición golpeándoos el pecho como el pobre publicano del Evangelio, y diciendo como él: «Deus, esto propitius mihi peccatori: «Sedme propicio pues soy un pecador!» Luc.XVIIIo,13. Pero procurad pronunciar tales palabras con el mismo sentimiento de dolor

y pesar con que él las decía y que le valieron poder regresar a su casa perdonado, según lo atestigua el mismo Hijo de Dios.

Hé aquí, pues, varios actos de contrición capaces todos ellos de borrar vuestros pecados siempre y cuando los hagáis con las debidas disposiciones, no únicamente de labios para afuera sino con el corazón y la firme resolución de renunciar por siempre al pecado y a las ocasiones de pecar, de confesaros y hacer penitencia de vuestras culpas, gracia que sin duda alcanzaréis con la gracia de Dios si fervorosamente se la pedís y sin desmayar en vuestro empeño de vivir cristianamente.

CAPITULO 11

ADVERTENCIAS PARA LA SANTIFICACIÓN DE LA SEMANA

1 - Tres días de la semana que debemos pasar lon particular fervor y devoción

Entre los días de la semana que se imponen a nuestra particular devoción y que hemos de tratar de santificar de manera especial hay tres, a saber: el Lunes, el Viernes y el Sábado.

El LUNES primer día de la semana, lo hemos de consagrar a honrar el primer día de la vida de Jesús en el mundo, renovando nuestro deseo de comenzar una nueva vida para Nuestro Señor y de emplear la semana en su santo servicio.

El VIERNES, dedicado al último día de Jesús en la tierra, hemos de considerarlo y pasarlo como si hubiera de ser el día postrero de nuestra existencia.

El SABADO, consagrado al honor de la vida de Jesús en María y de María en Jesús, a la que todos los cristianos deben tener una devoción especial, tenemos que tributar particulares homenajes a la Santísima Virgen y esforzarnos por reparar las faltas cometidas durante la semana contra ella y contra su divino Hijo. Igualmente, al final de tal día, bueno fuera honrar a la Virgen Santísima en la última hora y en el postrer momento de su vida terrenal, ofreciéndole la hora postrera y el instante final de nuestra vida sobre la tierra.

2 - Método para honrar toda la vida de Jesús en el curso de la Semana

Para Pasar santamente el resto de la semana, fuera de lo que hemos aconsejado hacer durante los días Lunes, Viernes y Sábado, sería bueno dedicar es

da uno de los días restantes a honrar ya una, ya otra de las etapas de la vida de Jesús, como tema de nuestras meditaciones e imitación particular.

En efecto, según palabras del Apóstol: «Et sicut in Adam omnes moriuntur, ita et in Christo omnes vivificabúntur»: «Así como todos mueren en Adán, también todos han de revivir en Cristo», Ia Cor.XV,22 y, «Cum Christus apparuerit vita vestra»: «Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste», Col.111o,4, no tenemos ya el derecho de vivir sobre la tierra sino de la misma vida de Jesús y Dios no nos deja en este mundo sino para trabajar en nuestra santificación destruyendo la vida perversa y pecadora del viejo Adán y restableciendo en nuestros corazones la vida y el reinado de Jesús. Por eso la principal ocupación de nuestra vida cristiana ha de ser la meditación, adoración e imitación de la vida de Nuestro Señor para reproducir en nosotros su imagen perfecta y fiel. Para ello, en el capítulo siguiente encontraréis una serie de meditaciones para cada día de la semana, que, en breve síntesis encierran todos los misterios y estados de la Vida de Cristo, a fin de que todas las almas de buena voluntad hallen en ellas, en forma de elevaciones, e! alimento de la vida espiritual, primordial preocupación del cristiano.

CAPÍTULO 111

MEDITACIONES PARA TODOS LOS DÍAS DE LA SEMANA SOBRE LOS DIVERSOS ESTADOS DE LA VIDA DE JESÚS

Meditación para el día domingo

La Vida divina de Jesús en el seno de su Padre, desde toda la eternidad

Punto Primero. «Oh Jesús!, mi Dios y Señor, os contemplo, adoro y glorifico en la vida divina que desde toda la eternidad tenéis en el seno de vuestro Padre antes de encarnaros en el seno de la Virgen María. Oh!, qué vida tan santa, pura y divina', qué vida tan admirable y tan llena de gloria, de grandezas y de encantos para vuestra adorable Persona!... Oh! y cuánto me alegra el veros así disfrutar de una vida tan perfecta, tan feliz y maravillosa desde toda una eternidad! Bendito seáis, oh Padre de Jesús!, por haber dado a vuestro amadísimo Hijo una vida tan gloriosa y admirable! Oh Jesús! os ofrezco toda la gloria, todo el amor y todos las alabanzas que recibiréis de vuestro Padre y de vuestro Espíritu Santo por toda la eternidad».

Punto Segundo. «Oh Jesús!, al contemplaros en vuestra vida eternamente divina, veo que vuestra principal Ocupación consiste en contemplar, amar y glorificar a vuestro Padre, en daros a El como a vuestro principio, en consagrarle y entregarle vuestro Ser, vuestra vida con todas sus perfecciones y atributos, como algo que de El sólo habéis recibido para su gloria y honor y para rendirle eternos homenajes de alabanza y amor que El solo merece, Bendito seáis por todo esto, amadísimo Jesús! Oh Padre amabilísimo!, cuán feliz me siento al veros tan dignamente amado y glorificado por vuestro Hijo adorable! Os ofrezco

todo este amor y toda esta gloria que El os tributa y tributará desde toda la eternidad y por toda ella antes y después de su Encarnación admirable.

Punto Tercero. «Oh mi buen Jesús!, habéis empleado toda vuestra eternidad en mi favor y beneficio, pues durante todo vuestra vida eterna y divina no habéis hecho sino pensar en mí, amarme a mí, ofrecerme a vuestro Padre en asocio de Vos mismo, para venir un día a encarnaros en el seno de María, para poder así, hecho hombre, sufrir y morir por mi amor. Oh amantísimo Jesús!, indudablemente me amáis desde toda la eternidad, y, aún ignoro si de veras yo he comenzado por fin a amaros dignamente! Perdón!, oh Salvador mío!, haced que ya no viva yo sino para amaros ahora y siempre, y por toda la eternidad!

Meditación para el lunes

Primer momento de la vida temporal de Jesús.

Punto Primero. «Oh Jesús!, os adoro en el instante de vuestra Encarnación, primero de vuestra vida temporal. Adoro todas las maravillas que en Vos se cumplieron entonces y por Vos respecto de vuestro Padre, de vuestro Espíritu Santo, de vuestra humanidad santísima y de vuestra bienaventurada Madre. Qué pensamientos, afectos y amor de vuestra alma adorable en ese momento feliz hacia vuestro Padre y cuántos actos de adoración, glorificación y alabanza de vuestra parte al ofreceros generoso para cumplir en todo su voluntad soberana. Oh Jesús!, yo adoro vuestros primeros

pensamientos y vuestros primeros actos de adoración, de amor, de oblación y alabanza a vuestro Eterno Padre. Ah!, y cómo lo glorificasteis y amasteis en ese primer momento de vuestra vida terrena! Ciertamente le tributasteis entonces honor y amor infinitamente superiores a los que los Ángeles

y los Santos de todos los siglos que precedieron a vuestra Encarnación admirable le rindieron con toda su alma y con todo el corazón. Oh Padre de Jesús!, cómo se regocija mi alma a¡ veros así amado y glorificado por vuestro Divino Hijo! Oh Jesús! bendito seáis por siempre y mil veces amado y adorado por la gloria y el amor que disteis a vuestro Padre en el momento dichoso de vuestra Encarnación maravillosa!»

Punto Segundo. «Oh Jesús!, al contemplaros en este misterio a la luz de la fe, veo que tuvisteis altísimos designios para con aquella creatura admirable en quien realizasteis tan grandes maravillas e incomprensibles misericordias. Oh Jesús!, adoro rendido los primeros pensamientos los primeros actos de amor y las primicias de gracia: luz y santificación que en favor de vuestra Madre dignísima en tal ocasión operasteis; y en idéntica forma alabo y venero los primeros actos de amor, adoración y alabanza de vuestra querida Madre para con Vos en ese instante memorable de vuestra vida mortal. Bendito seáis, oh Jesús!, hijo de María, por las maravillas que en vuestra Madre amantísima realizasteis con este misterio admirable de amor y de bondad infinita! Bendita seáis, oh Madre de Jesús!, por toda la gloria que tributasteis a vuestro Divino Hijo con ocasión de su Encarnación en vuestras purísimas entrañas! Asociadme, os lo suplico, a todo el honor y amor que en este primer instante de su vida temporal le rendisteis y hacedme participar en el amor que le profesáis y en el celo que tenéis por su gloria! »

Punto Tercero. «Oh amabilísimo Jesús!, en el preciso instante en que, al encarnaros, os volvisteis a vuestro Padre, lo mismo hicisteis con relación a mi pobre persona! En el momento mismo en que comenzasteis a pensar en El, a referiros a El y amarlo a El, principiasteis a pensar en mí, a daros a mí y a amarme a mí. En el mismo instante en que comenzasteis a vivir, empezasteis a vivir para mí, a prepararme y otorgar

me gracias excepcionales de santificación y a formar sobre mi persona designios admirables de bondadosa misericordia. Porque desde entonces, concebisteis el deseo y el proyecto de trazar en mi alma la imagen del misterio de vuestra Encarnación y de encarnaros en mi ser de manera misteriosa e inefable, esto es, uniéndome a Vos y Vos mismo uniéndoos a mí corporal y espiritualmente por vuestra gracia y por vuestros santos sacramentos, para llenarme de Vos mismo al estableceros en mi corazón como dueño y soberano Señor. Oh, qué bondad!, y cuánto amor! Bendito seáis eternamente, oh mi dulce Jesús! y que mil y mil veces te canten y bendigan las maravillas y finezas que habéis obrado entre los hijos de los hombres! Os pido humildemente perdón por la oposición sistemática que en lo pasado he hecho a vuestros planes redentores sobre mi persona; no permitáis que ésta se repita en lo sucesivo. Sí, quiero en adelante aniquilar en mí, y cueste lo que cueste, todo cuanto sea contrario a vuestro divino querer, y espero confiado, oh mi Jesús! me concedáis gracia y favor tan singular».

Meditación para el martes

La Santa Infancia de Jesús

Punto *Primero.* «Oh admirable Jesús!, no os habéis contentado con haceros hombre por amor a los hombres, sino que habéis querido haceros niño y someteros a las debilidades y flaquezas de la

infancia para honrar a vuestro Padre en todos los estados de la vida humana y santificar todos los estados y condiciones de nuestra vida. Bendito seáis, oh buen Jesús, por todos los Ángeles y Santos eternamente. Oh amabilísimo Niño, os ofrezco el estado de mi infancia, suplicándoos humildísimamente borréis, por los méritos de vuestra divina Niñez, los pecados, defectos y vicios

de la mía, y me concedáis la gracia de honrar con mi edad infantil las glorias y grandezas de vuestra Infancia admirable.

Punto Segundo. «Oh divino Jesús!, al contemplaros en vuestra santa Infancia, observo que no estáis ocioso sino, por el contrario, preocupado de ejecutar grandes obras en honor de vuestro Padre celestial, meditando sin cesar en sus grandezas y amándolo y adorándolo constantemente. Os miro dedicado por entero a amar a vuestra divina Madre colmándola de toda suerte de gracias y bendiciones; y en todo el curso de vuestra niñez, cumplía todos los deberes inherentes a vuestra edad y condición para con San José, para con vuestro primo San Juan Bautista, heraldo y Precursor vuestro, y para con todos los Santos con quienes tuvisteis ocasión de tratar en esa amable etapa de vuestra vida mortal, operando en todos ellos maravillosos efectos de gracia y santidad. Os adoro, os amo y bendigo en todas estas divinas ocupaciones de vuestra niñez y os ofrezco todo el honor y amor que habéis recibido durante ese tiempo de parte de vuestro Padre, de vuestro Espíritu Santo, de vuestra Madre Santísima, de San José, de San Juan Bautista, de San Gabriel y de los demás Ángeles y Santos relacionados particularmente con vuestra Divina Infancia.

Punto Tercero. «Oh amabilísimo Jesús!, en Vos adoro todos los pensamientos y designios y el acendrado amor que de niño me profesasteis. Porque, ciertamente, en mí pensabais sin cesar y me amabais ya constantemente, y, desde entonces teníais el anhelo y el designio de imprimir en mí una imagen perfectísima de vuestra infancia adorable, es decir, de inculcarme las virtudes y cualidades indispensables para que mi niñez fuera un fiel reflejo de la vuestra divinamente adorable en su dulzura, sencillez, humildad, pureza, sujeción e inocencia. Oh mi Jesús!, me doy a Vos para la entera realización de estos vuestros planes en mi persona y para entrar de lleno en el espíritu de

vuestra santa Infancia. Trataré, pues, en adelante y mediante vuestra gracia, de ser dulce, humilde, sencillo, puro, obediente, amable, alegre e ingenuo como un niño, para de tal suerte, rendir algún homenaje menos indigno a vuestra Santa Infancia, espejo de todas estas virtudes».

Meditación para el miércoles

Vida oculta y laboriosa de Jesús en Nazareth

Punto Primero. «Oh Jesús!, teniendo tantas y tan grandes cosas que decir o hacer en este mundo, corno, por ejemplo, la conversión de millones y millones de almas, la realización de innumerables milagros y la predicación por años y años de vuestra doctrina salvadora en todo el mundo, cosas todos que hubierais podido lograr con sólo haber destinado la mayor parte de vuestra vida oculta de Nazareth a la vida apostólica que caracterizó el final de vuestra preciosa existencia, y, sin embargo, no lo hicisteis así. Otros eran vuestros planes y muy diversos vuestros designios. Habéis llevado una vida oculta y silenciosa en este mundo hasta la edad de treinta años, sin haber querido realizar nada especial en lo exterior que hubiera podido revelar vuestra verdadera personalidad y naturaleza. Os habéis mantenido siempre oculto y retirado en el seno de vuestro Padre, en el cual, de continuo estaban fijos vuestros pensamientos, deseos y afectos. Y habéis querido proceder de esta suerte, manteniéndaos retirado y escondido a la vista del mundo, para honrar la vida

oculta que llevasteis en el seno de vuestro Padre desde toda la eternidad y para enseñarnos cuán grato es a los divinos ojos el retiro y la soledad puesto que de los treinta y cuatro años de vida terrena que en el mundo vivisteis, treinta de ellos transcurrieron en el recogimiento tranquilo del hogar

de Nazareth y sólo escasos cuatro años empleasteis en los menesteres importantísimos de vuestro apostolado público.

Bendito seáis, oh buen Jesús!, por toda la gloria que tributasteis a vuestro Padre con los treinta años de vuestra vida privada y oculta. Haced, os lo ruego, que en honor de vuestra vida oculta y solitaria, en adelante saboree yo los encantos de la soledad, del recogimiento y del silencio tanto exterior como interior. Alejadme, Jesús mío!, de todo bullicio mundano y escondedme en el silencio tranquilo de vuestro amable corazón! Retirad mi espíritu en el vuestro, mi corazón en vuestro corazón, mi vida en vuestra vida; os prometo, por mi parte, en lo sucesivo y ayudado de vuestra gracia, concentrarme cada día más en Vos por mis pensamientos, por mis afectos y por mis deseos; de hoy en adelante, Vos seréis, el lugar de mi refugio, mi centro, mi Paraíso, mi elemento vital ya que fuera de Vos no hay sino infierno y perdición. Quiero vivir siempre unido a Vos, para cumplir vuestros deseos: «Manete in me». «Permaneced en mí». Joan.XVo,14, tal es vuestra voluntad y yo procuraré daros ese gusto, viviendo de vuestro espíritu y de vuestro amor y en un todo de acuerdo con vuestros sentimientos e inclinaciones, sin apartarme jamás de vuestras directivas y mandatos.

Punto Segundo. «Oh adorabilísimo Jesús!, quisisteis soportar una vida callada e ignorada, toda llena de desprecios y abyección ante los hombres, vida pobre, laboriosa y humilde de artesano que dignificasteis con) vuestro nombre para enseñarnos con el ejemplo que 'lo que *humanamente es* grande, en realidad es despreciable a los ojos de Dios»: «Quod homínibus altum est, abominatio est ante Deum». Luc.XVIo,15. Imprimid, oh Jesús! muy hondo en mi corazón esta verdad y grabad en mi alma con caracteres indelebles vuestro odio y horror a toda gloria, alabanza, grandeza, vanidad, brillo y humana apariencia y vuestro a

precio por la bajeza, abyección y humildad evangélica.

Punto Tercero. «Oh Jesús!, Vos sois Dios como vuestro Padre y con El no sois sino un mismo Dios, cuyos atributos de infinita majestad y poder compartía por igual, en unión de vuestro Padre habéis creado el universo, y, junto con El, lo conserváis y gobernáis. Vuestra eterna ocupación y la suya por igual, es la de producir un Dios y una Persona Divina: el Espíritu Santo, que es Dios tanto como Vos y como vuestro Padre. Y sin embargo, si os contemplo en vuestra vida oculta y laboriosa en este mundo, os veo sujeto a las acciones más viles y abyectas de la vida humana, cuales son, la de alimentaros, vestiros, entregaros al sueño y al reposo, al trabajo, a ganar el pan con el sudor de vuestra frente y, en una palabra, a todos los demás menesteres de los hombres. Mas, lo que nos conforta y maravilla, es que no por ello dejáis de ser el omnipotente y el Grande por excelencia aún en esas ocupaciones y humildes oficios, pues en estos menesteres por bajos y humildes que sean tributáis una gloria infinita e inmensa a vuestro Eterno Padre, porque desempeñáis aún los más abyectos y humillantes oficios y hacéis aún las más ordinarias y comunes obras del diario vivir con tales disposiciones y con tal rectitud de intención que es para nosotros una lección Permanente de santificación y perfeccionamiento espiritual. No permitáis, pues, amable Jesús!, que yo desperdicie vuestras santas enseñanzas y haced que, en adelante santifique todas mis acciones, aún la más insignificantes, ajustando en todo mi conducta a la vuestra. Tal es mi anhelo y mi firme determinación que con vuestra bendición y auxilio he de cumplir en lo sucesivo».

Meditación para el jueves

La Vida conversante y relaciones sociales de Jesús en la tierra y en el Santísimo Sacramento del Altar.

Punto Primero. «Oh amabilísimo Jesús!, vivís, reináis y conversáis con vuestro Padre desde toda la eternidad y lo propio hacéis con relación a vuestro Divino Espíritu. Ah!, cuán dulce y deliciosa es esta conversación y cuánta gloria, amor y alabanzas en ella recibís de Uno y Otro. Y, sin embargo, habéis querido abandonar el seno de vuestro Padre para venir a este mundo a conversar, a beber y a comer familiar y visiblemente, no sólo con vuestra Madre amantísima, con San José y con vuestros Santos Apóstoles y Discípulos, sino aún con los pecadores de quienes no obstante no habéis recibido sino indignos ultrajes e inconcebibles ofensas. Y habéis querido hacer esto: 1e) para tributar, con vuestra conversación con María Santísima, vuestros santos Apóstoles y discípulos, un homenaje de infinita significación a vuestra santa y divina conversación con el Padre y el Espíritu Santo por toda la eternidad; 2e) para librarnos, por la pena que os produjo la conversación y el trato con los pecadores, de las penas que habíamos merecido por nuestros innumerables pecados en compañía de los demonios en el infierno y para hacernos dignos de vivir en la eterna compañía de los Ángeles, de los Santos, de vuestra Madre Santísima y de las Tres Divinas Personas en la Patria celestial; 3e) para probarnos la verdad irrefutable de vuestras palabras: «Deliciae meae esse cum filiis hóminum»: «Mis delicias están en vivir en medio de los hijos de los hombres». Prov.VIIIo,31; 4e) para proporcionarnos, por los merecimientos de vuestra vida conversante y de vuestro trato social, las gracias requeridas para tratarnos santa Y caritativamente los unos a los otros; y 5e) para

que vuestra conversación y trato social santo y divino, nos sirva de norma y modelo en nuestras relaciones sociales y en nuestras conversaciones diarias con el prójimo.

Punto Segundo. «Os adoro, oh mi Jesús!, os bendigo y os amo por todo esto; os adoro en el estado de vuestra vida conversante y pública y en vuestro trato social desde los treinta años hasta el día de vuestra muerte. Os adoro y os glorifico por todo cuanto pasó exterior e interiormente en vuestra adorable persona durante este tiempo, es decir, en vuestras acciones, palabras, predicaciones, milagros, viajes, trabajos y penalidades como también, en vuestros pensamientos designios, afectos, sentimientos y disposiciones. Os bendigo infinidad de veces por toda la gloria que habéis dado a vuestro Padre con todo ello y os ofrezco todo el honor y amor que se os tributó en el curso de vuestra vida pública de misionero de la buena nueva por todas las almas santas que tuvieron la dicha de trataros. Ofrézcoos también todas las conversaciones que he tenido y las que habré de sostener con mis semejantes, en honor de las vuestras y os ruego que aceptéis la oblación que de ellas os hago en homenaje de las que Vos tuvisteis con los hombres en este período de vuestra existencia sobre la tierra.

Punto Tercero. «Oh Jesús!, adoro las disposiciones e intenciones santísimas y divinas de vuestra conversación con los hombres; qué humildad, qué caridad, qué dulzura, qué paciencia y qué modestia!, cuánto desprendimiento de las creaturas y cuánta unión con Dios en vuestro trato social! Oh mi Salvador adorado!, de hoy en adelante así deseo yo conversar con mi prójimo; mas ay! cuán distante estoy de poseer tales disposiciones y cuántas faltas tengo que lamentar en mis relaciones sociales pasadas! Os pido perdón de todas ellas y os ruego fervorosamente imprimáis en mi espíritu y en mi corazón vuestras Santas disposiciones para reglamentar mi vida social.

punto Cuarto. «Oh Señor!, no os contentáis con haber permanecido entre nosotros y conversado con los hombres durante vuestra vida mortal, sino que, cuando estabais a punto de retornar al cielo, vuestro amor hacia nosotros siempre insaciable y el extremo deseo de probarnos hasta qué punto vuestras delicias consistían en permanecer en medio de los hombres, os llevaron a idear una invención admirable para vivir siempre con nosotros y para hacer donación de vuestra misma persona a los humanos con todos los tesoros y maravillas que encerráis, en nuestro beneficio exclusivo, instituyendo el Sacramento de la Eucaristía, suma y compendio de todas vuestras maravillas y prueba elocuente de vuestra caridad infinita y de vuestra omnipotencia soberana. Oh amor', oh bondad! que me vea yo todo entero convertido en una hoguera de amor y de alabanzas hacía Vos 1 Oh Jesús 1, perdonadme, os lo suplico, el haber abusado antes de gracias tan inefables y concededme que, en lo futuro, me sirva mejor de tan maravilloso Sacramento. Vuestra mayor satisfacción es estar conmigo, que yo, a mi vez, finque in¡ más gran felicidad en conversar con Vos, en pensar en Vos, en amaros a Vos y en buscar siempre y en todo vuestra mayor gloria».

Meditación para el viernes

Pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo

Punto *Pr¡mero.* «Oh Jesús!, Vos sois el amor y las delicias de Dios y de los Ángeles, del cielo y de Iba tierra; Vos sois el Dios de todo consuelo, la fuente de toda alegría y felicidad y el contento y gozo supremo. Y, sin embargo, si os contemplo en el estado de vuestra vida mortal, y, especialmente en el día postrero de vuestra existencia, os miro convertido en el blanco de la cólera del cielo, de la tierra y del infierno, y

de la ira de Dios, de los hombres y de todas las creaturas: los seres todos se han coligado contra Vos y están acordes en haceros sufrir, haciéndoos objeto único de toda clase de ultrajes y persecuciones.

Y en tal forma os veo acribillado de dolores, amarguras y tormentos así corporales como espirituales, que más parecéis Vos la imagen viva del dolor y del sufrimiento. Hé aquí por qué vuestro Profeta os llama: Virum dolorum»: «Varón de dolores>. Is. LIIIo, 3. Ay!, m¡ querido Jesús!, quién os ha reducido a tal estado? Es vuestra bondad, Salvador mío adorado, es vuestro amor la causa de vuestra pasión despiadada y cruel. Oh, dulce Amor mío!, yo os adoro, amo y bendigo en todos vuestros sufrimientos internos y externos y confundido contemplo y adoro las santas y divinas disposiciones con que padecisteis tan terribles tormentos. Oh!, con qué sujeción. a la divina voluntad de vuestro Padre, con qué profunda humildad de vuestra alma santísima a la vista de todos los pecados del mundo que pesaban sobre Vos, con qué caridad para con nosotros y con qué paciencia y dulzura hacia vuestros verdugos y enemigos sufristeis ese horrendo alud de suplicios, de humillaciones y de ultrajes indecibles!...

Ah! me confundo al ver a mi Jesús sufrir tan espantosos tormentos y con tan generosa abnegación siendo yo tan cobarde para el sufrimiento y tan flojo ante las penas y cruces que me enviáis. Oh buen Jesús! me doy a Vos para sufrir en unión vuestra cuanto queráis y os ofrezco todas las contrariedades de mi vida pasada y las que todavía me reserve el porvenir.

Juntad, si os place, mis trabajos y mis penas con las vuestras; bendecidlas y valeos de ellas como de algo que os pertenece para glorificar a vuestro Padre y para honrar vuestra Pasión dolorosa y hacedme partícipe del amor, de la humildad y de las demás disposiciones santísimas con que santificasteis el dolor.

Punto Segundo. «Oh amabilísimo Jesús!, soportasteis

todos los sufrimientos de vuestra pasión y muerte con un amor tan grande hacia vuestro Padre y hacia nosotros, que vuestro Espíritu Santo, al hablar en las Escrituras del día de vuestra inmolación, lo llama «el día de la alegría de vuestro Corazón»: «In die laetitiae cordis ejus» Cant. 111o, 2, para manifestar el gozo y la felicidad con que abrazasteis la cruz. Oh Jesús!, que a imitación vuestra, finque yo mi dicha y contento en este valle de lágrimas en las penas y trabajos, en los desprecios y aflicciones y me sirva del dolor y de la cruz como de medios eficaces para glorificaros y probaros mi amor y devoción irrestricta. Imprimid estas disposiciones en mi alma y grabad en mi corazón un odio inmenso a las delicias y placeres terrenales y un aprecio y amor sin límites al dolor y al sufrimiento.

Punto Tercero. «Oh Jesús!, os contemplo en vuestra agonía y muerte en la cruz. Adoro cuanto os sucedió en los últimos momentos de vuestra vida, a saber: vuestros últimos pensamientos, vuestras postreras palabras, acciones y penas; el último uso que hicisteis de los sentidos de vuestro cuerpo y de las facultades de vuestra alma; las últimas actuaciones de vuestra gracia en el alma de María Santísima y en las de vuestros amigos al pie de la Cruz; vuestros últimos actos de amor y adoración a vuestro Padre; los últimos sentimientos y disposiciones de vuestro corazón y de vuestra alma y el postrer aliento de vuestra vida nobilísima. Yo os ofrezco mi muerte y el último instante de mi vida en honor de vuestra muerte preciosa y del postrer susprio de vuestro ser. Bendecidla, oh Jesús, Salvador mío adorado, y santificadla por los méritos de la vuestra; unidla a la vuestra y hacedme participar de las santas y divinas disposiciones con que terminasteis vuestra vida en este mundo. Haced que los últimos sucesos de mi vida rindan homenaje a los hechos finales de vuestra existencia temporal; que el postrer suspiro de mi vida este consagrado a honrar el último

de la vuestra y que constituya el más puro y perfecto acto de amor de mi existencia a vuestra adorable majestad.»

Meditación para el sábado

La vida de Jesús en María y de María en Jesús

Punto Primero. «Oh Jesús!, Hijo único de Dios y único de María, os contemplo y adoro en la vida y reinado que establescisteis en vuestra Santísima Madre, como autor en propiedad de cuanto ella realiza y principio de su excelencia personal. Pues, si, según palabras de vuestro Apóstol, «Vos sois todo y el autor de todo cuanto se hace>,: «Omnia in ómnibus adimpletur». Eph. 19, 23, y, «Operatur ómnia in ómnibus», le Cor. XIIo, 6, ciertamente Vos sola el Todo de María y quien en ella ejecuta cosas maravillosas. Vos sois su vida, su alma, su corazón, su espíritu y su tesoro. Vos residís en ella, santificándola en este mundo y glorificándola en el ótro. Vos estáis en ella operando maravillas de inefable grandeza y logrando en ella y por medio de ella, una gloria mucho más grande que la que deriváis del culto y devoción de todas las creaturas del Cielo y de la tierra reunidas. En ella moráis, revistiéndola de vuestras cualidades y perfecciones, de vuestros sentimientos y disposiciones, al imprimir en ella una imagen perfectísima de vuestra Persona adorable, de todos vuestros estados, misterios y virtudes y al hacerla en forma tan igual y semejante a Vos mismo, que quien contempla a Jesús, necesariamente piensa en María y quien mira a María, sin falta, tiene que ver a Jesús. Bendito seáis, Jesús!, por todo cuanto sois y hacéis en vuestra Madre; os consagro todas las delicias, todo el amor y toda la gloria que en ella alcanzasteis y alcanzaréis por todos los siglos de los siglos.

Punto Segundo. «Oh Madre de Jesús!, os venero y admiro en la vida santa y maravillosa que disfrutasteis en vuestro Hijo Jesús y en la que aún en El gozáis y gozaréis eternamente, vida adornada de toda clase de perfecciones y virtudes, vida tan meritoria que un solo instante de ella es más grato a Dios que todas las de los demás seres, hombres y Ángeles del universo, vida, en suma, que no es sino la propia vida de vuestro Hijo Jesús que, de manera por demás misteriosa e indecible, en vos prolonga y desarrolla sin cesar. Bendita seáis, oh Virgen Santa!, por todo el honor que habéis tributado en toda vuestra vida a vuestro amadísimo Hijo; os consagro mi vida entera, oh madre de vida y de gracia, para honrar la vuestra meritísima, suplicando de todo corazón a vuestro Hijo Jesús, Dios de vida y de amor, me conceda por su gran bondad que mi vida toda sea homenaje perenne de alabanza a su vida santísima y a la vuestra, sin par digna y admirable.

Punto Tercero. «Oh Jesús!, Dios de mi vida y de mi corazón, Vos anheláis vivir en mí y hacerme vivir en Vos santamente una vida celestial. Perdonadme, os lo ruego, los obstáculos y trabas que hasta hoy he puesto a vuestros deseos con mis pecados e infidelidades.

Extinguid en mí la vida corrompida y depravada del viejo Adán, reemplazándola con la vuestra santísima y perfecta. Vivid de lleno en mi espíritu, en mi corazón y en mi alma; obrad en mi ser cuanto queráis para vuestra mayor gloria; amaos y glorificaos Vos mismo en mi persona, según vuestro querer. Oh Madre de Jesús!, alcanzadme de vuestro Divino Hijo el cumplimiento de sus designios admirables sobre mi, en todo lo que de un modo u otro me concierna, en el tiempo y en la eternidad».

Otra, meditación para el domingo

Vida gloriosa de Jesús en la gloria, después de su Resurrección y Ascensión

Punto Primero. «Oh Jesús!, luégo de haberos contemplado y adorado en vuestra vida mortal y pasible, en las agonías de vuestra cruz, en las sombras de la muerte y en el polvo de la tumba, quiero contemplaros y adoraros ahora en las grandezas, esplendores y delicias de vuestra vida gloriosa y feliz que siguió a vuestra Resurrección de que gozáis en el cielo desde el día triunfa] de vuestra Ascensión prodigiosa y memorable, en el seno de vuestro Eterno Padre. Oh vida de mi Jesús!, inmortal y en forma alguna sujeta al sufrimiento y al dolor!, vida totalmente libre de las miserias y necesidades terrenales, vida toda ella oculta y retirada en el regazo del Eterno, vida íntegra de amor y del más puro amor, ya que Jesús, desligado de las ataduras de la carne, no tenía otra ocupación que la de amar a su Padre, y a nosotros mismos en El, bendiciendo y glorifica do por nosotros al Altísimo y ofreciéndonos a El, sin dejar un solo instante de interceder por nosotros ante su Majestad Soberana. Oh vida santísima, oh vida purísima, oh vida divina! Oh vida feliz y dichosa sobre toda ponderación! *Oh* vida que irradia toda la plenitud de gloria, grandeza y felicidad que hay en Dios! *Oh* mi querido Jesús!, cuán feliz se siente mi corazón con vuestra propia felicidad! Bendito sea mil veces vuestro Padre amabilísimo por proporcionaros tal bienandanza y tan venturosa existencia por todo la eternidad.

Punto Segundo. «Oh amable Jesús!, no sólo sois feliz por naturaleza e intrínsecamente, sino que sois dichoso también en vuestros Ángeles y Santos que con Vos moran en el cielo. Porque sois Vos quien en ellos vivís, comunicándoles vuestra vida gloriosa e inmortal

tal y en tal forma, constituyendo su verdadera felicidad. Vos sois todo para los bienaventurados: «Omnia in ómnibus» 1 Cor.X11o,16; Vos sois el que en ellos y a su nombre ama, alaba y adora a vuestro Padre Celestial. Bendito seáis por todo ello, oh buen Jesús!, o¡ ofrezco la vida gloriosa y bienaventurada de todos los habitantes del cielo, con todos los homenajes de amor y perpetua alabanza que os rinden y rendirán por infinitos siglos en honor de vuestra vida dichosa en la gloria celeste, suplicando a los Ángeles y a todos los Santos del Paraíso os amen y glorifiquen por mí y se dignen asociarme al concierto de alabanzas que sin cesar entonan en vuestro loor.

Punto Tercero. « Oh mi suspirado Bien!, oh mi adorado Jesús!, sobradamente reconozco que si me amáis con infinita pasión y con insaciable anhelo deseáis, por el celo ardentísimo que tenéis de vuestra, gloria, veros en mí perfectamente amado y glorificado, experimentáis igualmente deseos infinitos de atraerme a Vos en el cielo, para vivir en mí y fijar vuestro reino y vuestro trono en mi corazón para siempre, ya que no habéis logrado colmar vuestras aspiraciones mientras viva en este mundo pecador y miserable. Hé aquí por qué, oh Salvador!, ya no quiero vivir en la tierra sino suspirando de continuo por el cielo de vuestra gloria. Oh cielo!, cuán deseable, cuán amable eres! Ay!, y cuándo me será dado traspasar vuestras puertas para saciarme en la contemplación de la faz adorable de mi Dios y Señor? Ah!, y cuándo será que Vos, oh Señor y Dios mío!, viváis de verdad en mí, para amaros dignamente? Oh!, qué vida esta tan dura e insoportable, lejos de Vos, Señor! Oh Dios de mi vida y de mi corazón!, cuán larga y cruel se me hace ya esta vida en la que tanto se os ofende y tan poco se os ama! Mas, con todo, me consuela, oh mi Señor!, lo que me asegura vuestro Apóstol al afirmar que Yo estoy con Vos desde ahora en el cielo y que yo vivo en Vos y por Vos de vuestra propia vida,

merced a esa maravillosa obra de vivificación y resurgimiento espiritual que vuestro Padre ha Obrado en todos y cada uno de vuestros discípulos: «Convivificavit nos in Christo, et conresuscitavit, et consedere fécit in coelestibus in Christo Jesu»: «Nos revivió en Cristo, y juntamente con El nos resucitó y nos hizo sentar con El en las eternas moradas de la gloria». Eph. 11o,5. De esta suerte, oh Jesús!, vivo verdadera. mente con Vos en vuestra gloria y hago parte del concierto de alabanzas, de amor y de gloria que rendís, en unión de vuestros Ángeles y Santos, a vuestro Padre. Puedo aún afirmar, siempre y cuando esté unido a Vos por los vínculos de la gracia y del amor divino, que yo amo, alabo Y glorifico sin cesar y con toda perfección, en Vos y por Vos, a mi Padre celestial; y con el mismo amor, con las mismas alabanzas, y con la misma gloria que Vos le dais, lo amo, lo alabo y lo glorifico yo, desde este bajo suelo. No constituyendo, en efecto, sino un mismo ser con Vos, como el miembro y la cabeza no forman sino un mismo cuerpo, puedo decir con San Agustín que yo estoy donde está mi cabeza, que vivo de su vida, que cuanto en él hay a mí me pertenece, que participo de todas sus acciones y ejercicios como de actos y realizaciones de mi propiedad y pertenencia, y, lo que es más, que yo en unión con El y en El, ejecuto y realizo lo que El realiza y ejecuta por sí mismo.

En consecuencia, oh mi queridísimo Jesús!, yo vivo desde ahora en el cielo con vuestra Madre Santísima, con vuestros Ángeles y Santos; participo de todas las alabanzas y del amor que os tributan, y puedo decir con toda verdad que amo y glorifico sin cesar en ellos y por ellos a vuestro Padre y a vuestra Persona adorable, pues siendo tanto ellos como yo, miembros de la misma cabeza y del mismo cuerpo no constituirnos sino un mismo ser, y, por tanto, lo que es de ellos mío es en propiedad, y lo que ellos hacen también exige mi colaboración personal. Ay!, y cómo

me conforta y consuela el pensamiento de que ya vivo en el cielo por anticipado para amar y glorificar a Dios dignamente! Ah!, Señor mío Jesucristo!, qué amor y qué acciones de gracias debo daros a cambio de una unión tan estrecha y tan santa con Vos y con vuestros santos y de los medios tan eficaces y favorables que por medio de la misma me brindáis para alabaros y amaros perpetua y dignamente así en la tierra como en el cielo? Oh Salvador dulcísimo!, haced que os ame y bendiga siempre en esta tierra lo mismo que en el cielo; haced que viva en este mundo según la vida que con Vos y con vuestros Santos llevo ya en la gloria, y que, lo mismo que allá, desde este suelo viva totalmente consagrado a honraros, amaros y serviros con toda perfección y santidad, anticipando así mi paraíso en la tierra y poniendo todo mi alegría y felicidad en bendeciros y amaros, en cumplir en todo tiempo y lugar vuestra voluntad adorable y en trabajar con tesón y fidelidad en mi propia santificación según vuestros designios de gracia y de bondad sobre mi persona a fin de merecer un día verme a vuestro lado en vuestro reino cantando el himno del amor eterno y ensalzando por siglos de siglos vuestro nombre bendito y adorado!

Meditación sobre todos los estados y misterios de

la vida de Jesús, y para consagrarlo todos los estados de la nuestra

Punto Primero. «Oh Jesús, mi dueño y Señor, humildemente prosternado a vuestros pies, me anonado y entrego Por entero al poder de vuestro Divino Espíritu y de vuestro amor infinito para adoraros, glorificaros y amaros en Vos mismo y en todos los misterios y estados de vuestra vida.

Yo os adoro en la vida divina que desde toda eternidad

gozáis en el seno de vuestro Padre y en la temporal que por espacio de treinta y cuatro años pasasteis con nosotros sobre la tierra. Os adoro en el primer instante de esta existencia terrena, en vuestra amable niñez, en vuestra vida oculta y laboriosa, en vuestra vida pública y social en medio de vuestras labores evangélicas y en el silencioso retiro de vuestra vida Eucarística. Os adoro también en los sufrimientos dolorosísimos de cuerpo y alma que por amor nuestro soportasteis y en el postrer momento de vuestra vida mortal sobre la tierra. Os adoro en vuestra vida gloriosa y feliz en el cielo después de vuestra Ascensión como también en la que tenéis en vuestra Madre Santísima y en vuestros Ángeles y Santos del cielo y de la tierra. En general, os adoro, os amo y o glorifico en todos los demás misterios y maravillas de vuestra vida divina, temporal y gloriosa y os bendigo y tributo rendidos homenajes de gratitud y alabanza por toda la gloria que habéis dado y que daréis a vuestro Padre en todos los estados y misterios de vuestra vida.

Punto Segundo. «Os ofrezco, oh mi Jesús!, todos los honores de amor y alabanza que habéis recibido y que recibiréis en todos los misterios y estados de vuestra vida de parte de vuestro Padre, de vuestro Espíritu Divino, de vuestra Madre dignísima, de todos vuestros Ángeles y Santos, suplicándoles con toda humildad os amen y glorifiquen por mí en todas las formas imaginables y según Vos lo merecéis. A Vos me entrego, oh m¡ Jesús!, Y os pido con todo el corazón vengáis a mí para grabar en mi espíritu y en todo mi ser una imagen perfectísima de Vos mismo, de vuestra vida, de vuestros estados y misterios, de vuestras cualidades y virtudes admirables. Venid, oh mi Señor!, venid a mí para aniquilar todo cuanto me separe de Vos, y para fijar en mí vuestra morada y ser de hoy en adelante mi todo, mi vida y mi ser. Os consagro mi persona con todas sus propiedades y dependencias

Para honrar siempre y por doquiera a vuestro Ser infinito y adorable. Que mi nacimiento temporal y sobrenatural, mi niñez, mi adolescencia, mi juventud, mi edad madura, mi agonía, mi muerte y mi sepultura con todos los demás estados de mi vida temporal y eterna se consagren por entero a honrar vuestro nacimiento, vuestra infancia, vuestra adolescencia, vuestra juventud, vuestra vida oculta y laboriosa así como la pública y evangélica, vuestra agonía, vuestra muerte, vuestra sepultura y todos los estados restantes de vuestra existencia temporal y eterna. Que mis pensamientos todos y todas mis palabras y acciones rindan honor y gloria a las acciones, palabras y pensamientos de vuestra Persona adorable; que todos mis pasos, trabajos y sufrimientos glorifiquen los vuestros; que todas las potencias de mi alma, y todos los miembros y sentidos de mi cuerpo ensalcen y alaben todas las potencias de vuestra alma santísima y los miembros y sentidos de vuestro cuerpo deificado y que, en fin, todo cuanto hay, ha habido y habrá en mí se convierta en un canto perpetuo de adoración, amor y alabanzas a Vos, oh mi Señor y Dueño Soberano.

Punto Tercero. «Venid, Jesús amadísimo, venid a mí!, venid a vivir y reinar plenamente en mi corazón, para amaros. y glorificaros ¡caros como lo merecéis, venid a cumplir vuestros designios de bondad y de misericordia sobre mi persona y a consumar en ella la obra santificante de vuestra divina gracia, con el establecimiento definitivo y absoluto de vuestro reinado inmortal: «Veni, Dómine Jesu, véni in plenitúdine virtútis tuae, in sanctitáte Spíritus tu¡, in perfectione mysteriorum tuórum et in puritáte viárum tuárum. Véni, Dómine Jesú!,: «Venid, Señor Jesús!, venid a mí en la Plenitud de vuestro poder para destruir en mí cuanto os desagrada y para operar en mi ser según vuestros designios la obra de vuestra glorificación. Venid en la santidad de vuestro Espíritu, para

desligarme enteramente de cuanto esté fuera de Vos y para unirme perfectamente a Vos y dirigir mis pasos y mis actividades todas por la senda del bien y de la santidad. Venid en la perfección de vuestros misterios, es decir, venid a actuar con toda perfección en mi ser lo que pretendéis por medio de vuestros misterios y a encauzar y dirigir mi vida según el espíritu de los mismos y a cumplir y realizar a cabalidad en mi persona lo que aún os falte por ejecutar mediante la gracia santificadora de los misterios de vuestra Persona adorable. Venid en la pureza de vuestras vías, es decir, venid a cumplir en mí, cueste lo que cueste y sin ahorrarme sacrificios y lágrimas, todos los designios de vuestro purísimo amor y para dirigirme por las sendas rectas de vuestra caridad para que no me aparte en lo más mínimo del buen camino ni en cosa alguna ceda a las torcidas inclinaciones de la naturaleza corrompida y del amor desordenado de mí mismo. Venid, oh Señor Jesús!»

341-

LIBRO TERCERO

El mes del cristiano

CAPITULO 1

DIVERSAS PRACTICAS PIADOSAS PARA LA SANTIFICACIÓN DEL MES

1 -Ejercicio piadoso para el primer día de cada mes y para el último día del mismo

Debemos conceder gran importancia al primero y al último día de cada mes. Efectivamente, hemos de considerar el primero como si fuera el primero de nuestra vida para renovar en él el deseo y propósito firme de servir y amar a Dios perfectamente y de emplear bien el nuevo mes que se nos brinda para, el servicio y gloria de Nuestro Señor como si hubiera de ser el último de nuestra vida. Principalmente tenemos que mirar el último día del mes como si se tratara del último de nuestra existencia y tratar, por consiguiente, de pasarlo como quisiéramos pasar dicho día. Así, pues, debemos consagrar esas dos fechas, la primera y la última de cada mes a honrar el primero y el último día de la vida de Jesús, para comenzar y terminar de esa suerte todos y cada uno de los meses de nuestra vida en el mundo estrechamente unidos a Nuestro Señor. Los ejercicios que expondremos más adelante para empezar y finalizar bien el año; podrán emplearse con gran provecho espiritual, con las debidas mutaciones, al principio y el fin de cada mes.

2 - Conviene escoger un Santo cada mes para que nos ayude a amar a Jesús

La oración principal que hemos de dirigir a los Ángeles y a los Santos, y la que con mayor agrado acogen y despachan favorablemente siempre, es la que nos sirve para pedirles se dignen amar a Jesús en nuestro lugar y nos ayuden a amarlo de veras, pues el amor de Dios constituye su única felicidad. Por lo tanto, fuera de los santos por quienes debemos tener una devoción particular en toda nuestra vida, m muy aconsejable escoger uno cada mes, para pedirle diariamente que ame a Jesús en nuestro nombre y nos ayude a amarlo dignamente y que se sirva de nosotros para amarlo y glorificarlo, supliendo nuestras deficiencias en el amor divino en el curso del mes al asociarnos a sus sentimientos de amor a Dios, como también para suplicarle nos permita unir nuestras alabanzas y actos de amar a Dios a las que él mismo le tribute en todo el mes y nos obtenga de Dios la gracia de imitar sus virtudes y las buenas obras que practicó para demostrar su amor a Nuestro Señor durante toda su vida en la tierra y en el cielo.

3 - En el mes de Marzo

Entre todos los meses del año, el de Marzo debe ser para los cristianos de excepcional importancia, pues en él han ocurrido los acontecimientos más trascendentales de la humanidad. Según el Cardenal de Bérulle en su libro «Obras de piedad», (Cap. XXII, *«Grandezas del mes de Marzo»),* y apoyándose en los Comentarios hermenéuticos de Cornelio a Lápide, en este mes tuvieron lugar no sólo los mayores sucesos de la historia sino también los principales misterios de la Divinidad. Así, según la opinión de varios Doctores, en Marzo tuvo lugar la Creación del mundo; en Marzo se retiraron las aguas del diluvio que cubrieron la tierra; en Marzo se operó la liberación

de la esclavitud del pueblo de Dios del yugo de los Egipcios y en el mismo mes, pasaron los Israelitas a pie seco el Mar Rojo en su viaje a la Tierra de Promisión. En Marzo se realizó la Encarnación del Verbo; en Marzo tuvo verificación la Pasión, crucifixión, muerte, sepultura y resurrección de Cristo. Muchos santos Padres de la Iglesia enseñan, en efecto, que Jesús murió el mismo día de su Encarnación, o sea, el 25 de Marzo (1).

En este mismo mes fue instituido el Sacramento de la Eucaristía y mereció también la Santísima Virgen el título excelso de Madre de Dios, y los Apóstoles recibieron del mismo Jesucristo en la Ultima Cena el orden sacerdotal. Así que el mes de Marzo puede ser considerado con razón como el mes propio de Jesús, ya que en él comenzó y terminó su vida temporal sobre la tierra y en el mismo mes realizó, como hemos dicho, los más grandes misterios de su poder y de su amor en favor de la humanidad. Igualmente. podemos considerarlo como el mes de la Madre de Jesús, pues en él fue adornada con el título más maravilloso que podamos, imaginar, el de Madre de Dios. Es éste también el mes del Amor Divino, puesto que en él el Hijo de Dios realizó los más elocuentes misterios de su caridad en beneficio de los hombres, a saber: el de la Encarnación, el de la Redención y el de la Eucaristía. Finalmente, en este mismo mes se celebra la Fiesta de San José, padre de Jesús y esposo de María Santísima, y la de San Gabriel, que fue escogido como Ángel servidor inmediato de Jesús y Ángel custodio de la Virgen Santísima. Estas son, a nuestro juicio, las razones que nos obligan a santificar de manera Particular el mes de Marzo, aprovechando dichos días para renovarnos en la devoción y en nuestras prácticas piadosas de la vida cristiana.

(1) Entre otros así lo aseguran San Agustín, San Crisóstomo, Tertuliano, Santo Tomás, San Antonio, Platina y Usuardus, a quienes sigue y cita el Padre Suárez.

CAPITULO 11

EL RETIRO MENSUAL, UN EXCELENTE TE MEDIO DE SANTIFICACIÓN

1 - Ventajas y naturaleza de¡ retiro mensual

Además del retiro anual de que hablaremos en e¡ libro siguiente, es muy provechoso para nuestra alma elegir un día cada mes, como el primer jueves o cualquier otro, para renovar y acrecentar en nosotros los buenos sentimientos, deseos y resoluciones tomadas en el retiro anual, para reparar las faltas cometidas en el curso del mes en el servicio de Dios y para consagrar de modo particular dicho día al amor de Nuestro Señor y a la práctica de ejercicios especiales de piedad que trataremos de ejecutar con el mayor fervor y devoción posibles. Paria lograr esto, os presento a continuación diversos ejercicios de alabanza, de gloria y de amor a Jesús, de los que podéis a voluntad serviros, ya de uno, ya de otro, siguiendo vuestras inclinaciones y las sugerencias de la divina gracia.

Para excitaros e inflamaros más a alabar y amar a Jesús, haréis bien en destinar algunos momentos de tal día para meditar atentamente el contenido de la meditación que os ofrezco en seguida.

2 - Ejercicios diversos para el retiro mensual

1). MEDITACIÓN PARA EXCITAROS A ALABAR Y ADORAR A JESÚS

Punto Primero. Considerad que Jesús es infinitamente digno de toda alabanza, de toda gloria y de toda bendición por infinidad de razones. Merece, en

efecto, infinitas alabanzas por cuanto es en al mismo, por lo que hace con relación a su Padre Celestial, a quien sin cesar y por toda la eternidad ama y glorifica, por lo que es intrínsecamente considerado, es decir, en su divinidad, en sus divinas perfecciones, en su divina Persona, en su humanidad sagrada, en su cuerpo, en su alma, en todas las partes de su cuerpo y en las facultades de su alma, dignas todas ellas, aún la más pequeña de infinitos homenajes, por todo cuanto es en los varios estados y misterios de su vida, en sus cualidades y oficios u ocupaciones, en todas sus palabras, acciones, ideas y sufrimientos, en todas sus virtudes, de las que la más insignificante merece las alabanzas de todos los Ángeles y Santos reunidos en todos los siglos de la eternidad sin lograr en verdad dignamente glorificar al que está por sobre toda alabanza y bendición.

Además merece una alabanza inmortal por cuanto es y hace con relación a su Espíritu Santo, a su Madre Santísima, a sus Ángeles y Santos, a todos los hombres, a todos los cristianos y a todas las criaturas de la tierra y aún del infierno, pues no es menos digno de adoración en los efectos de su justicia que en los de su bondad y misericordia, ya que todos por igual son atributos de la misma Divinidad. Oh!, cuántos motivos tenemos para alabar y bendecir al adorabilísimo y amabilísimo Jesús! Recordad, sin embargo, que lo que más debe incitaros a amar y bendecir a Jesús es lo que El es con relación a su Eterno Padre, a su Espíritu Santo y para consigo mismo, que lo que es y hace con respecto a vosotros y a las restantes creaturas del universo, pues deben primer siempre los intereses divinos sobre los humanos y, de consiguiente, deben sernos infinitamente más caros que los nuestros

Punto Segundo. Pensad que no estáis en este mundo sino para glorificar y amar a Jesús y que a

ello os obligan infinidad de razones, especialmente lo mucho

que ha hecho por vuestro bien, y, que, por lo tanto, esa debe ser vuestra principal preocupación y vuestro único fin y razón de existir. Toda vuestra vida debe ser un perpetuo ejercicio de amor y alabanzas a Jesús y en ello debéis emplear todos vuestros pensamientos, palabras, acciones y afectos, lo mismo que todo vuestro tiempo y todas las potencias y facultades espirituales y corporales de que Dios en su bondad os dotó. Mas, ay!, que en vez de amarlo y glorificarlo, casi no habéis hecho otra cosa en el curso de vuestra vida que ofenderlo de mil maneras con vuestras palabras, pensamientos y acciones y con todos los órganos de vuestro cuerpo y con las facultades de vuestra alma desagradecida. Humillaos por ello profundamente ante su divina Majestad y pedidle perdón, penetrados del más vivo deseo de reparar todas vuestras faltas y de glorificarlo y amarlo más dignamente en lo pervenir.

Punto Tercero. Pasad revista de vuestra vida, examinando todas vuestras acciones y vuestra conducta en general en vuestras relaciones con Jesús, tratando de averiguar los obstáculos más ordinarios que soléis poner a la gloria y al amor a Nuestro Señor, tanto de parte de vuestro cuerpo como de vuestra alma, para tomar luégo la firme resolución de combatirlos, vencerlos y destruirlos a cualquier precio con la gracia de Dios a quien pediréis se encargue El mismo de hacerlo con su omnipotencia soberana y con la gracia poderosa de su amor infinito. Finalmente, servíos de todas las potencias de vuestra alma para alabar y glorificar al divino Salvador, valiéndoos de la fórmula siguiente o de otra similar que os dicte vuestra devoción.

2) EJERCICIO DE ALABANZA Y GLORIFICACIÓN A JESÚS

«Oh adorabilísimo Jesús!, grande y perfecto en grado sumo y digno de toda alabanza, ya que no estoy en este mundo sino para glorificaros, vivamente deseo valerme de todas las potencias de mi alma y de mi cuerpo para bendeciros y ensalzaros! Suplico a vuestro Eterno Padre, a vuestro 'Espíritu Santo, a vuestra excelsa Madre, a vuestros Ángeles y Santos y a los seres todos del cielo y de la tierra, que os bendigan junto conmigo por todo lo que sois para con vuestro Padre, para con Vos mismo, para con vuestra dignísima Madre, para con vuestros Ángeles y Santos y para con todos los hombres en general, y, en particular, para con los cristianos, y para conmigo de modo especialísimo y para con vuestras creaturas de todo el universo.

Oh buen Jesús!., os pido perdón con toda mi alma de que en vez de alabaros y glorificaros hasta el presente yo no he hecho otra cosa que ofenderos y ultrajaros con mis pecados. En satisfacción os ofrezco todas las alabanzas que desde toda la eternidad por siempre jamás se os ha tributado y se os tributar perpetuamente, así en la tierra como en el cielo.

Oh mi querido Jesús!, me entrego totalmente a Vos, aniquilad en mí cuanto se oponga a vuestra gloria y transformadme todo entero en cuerpo y alma en alabanza y bendición a vuestra Divina Majestad. Ah!, mi Jesús, Vos sois infinitamente digno de todo honor y gloria, concededme la gracia de que yo pueda alabaros y bendeciros dignamente. Ojalá tuviera yo todas las posibilidades de amaros de todos los seres de la creación que de mil amores las aprovecharía para hacerlo!, aceptad, al menos, mis personales e indignos homenajes. Que todo cuanto tengo se gaste y consuma en bendeciros y ensalzaros: «Bénedic, anima méa, Dómino, et omnia quae intra me sunt, nómini sancto ejus». Psalm. CIIo,1.

Oh admirable Jesús!, Vos me exigís os bendigo desde y por toda la eternidad: «Benedícite Dómino Deo vestro, ab aeterno et usque in aeternum»: «Bendecid al Señor, vuestro Dios, desde la eternidad y por toda la eternidad» 11o,Esdr.IX9,5. Con este fin, os ofrezco todas las bendiciones que eternamente os han dado vuestro Padre y vuestro Espíritu Santo como también las que aún de ellos recibiréis a perpetuidad; me uno a estos homenajes de infinito valor y os suplico no me rechacéis de tan noble compañía por vuestros méritos e infinita bondad.

Oh gran Jesús!, estáis presente en todo lugar: como Dios, llenáis los cielos y la tierra y el infierno mismo con la majestad de vuestra gloria y en donde quiera que estéis sois infinitamente digno de toda gloria y de todo amor. Y en verdad en los cielos, en la tierra y en los infiernos infinitamente os aman vuestro Padre y vuestro Espíritu Santo ya que por todas partes os acompañan para amaros y ensalzaros cual lo merecéis.

De suerte que el cielo, la tierra y el mismo infierno están llenos de vuestro amor, de vuestra gloria y de vuestra alabanza, según las palabras de Isaías: «Pleni sunt coeli et terra gloria tua!»: <Ah! mi querido Jesús!, me regocijo y alegro infinitamente de veros así amado y glorificado por doquier! Me asocio, pues, y os ruego me unáis vos mismo, a este concierto de alabanzas que en cielos, tierra e infierno os rinden y os rendirán sin cesar.

Quiero además en espíritu bajar ahora al infierno, y allí, en medio de vuestros enemigos, a pesar de su rabia y de su odio indecible contra Vos, unido, al inmenso amor de vuestro Padre y de vuestro Espír¡tu Divino, hacia vuestra adorable Persona, amaros, adoraros y bendeciros con toda el alma, oh m¡ Divino Señor!, por todo cuanto sois en Vos mismo y por todo cuanto hacéis, y aún por los efectos terribles de

vuestra justicia inexorable sobre los demonios y los réprobos merecedores de vuestra venganza.

Oh adorabilísimo Jesús!, lástima grande no tener yo las fuerzas y capacidades de amaros y glorificaros que tuvieron en otro tiempo estos miserables y que tan torpemente malgastaron en ofenderos, que de buena gana las empleara en vuestro amor, glorificación y servicio!

Qué pesar!, oh mi Señor!, estos infelices no pueden sino ofenderos. Y yo no ser capaz al menos de alabaros con el fervor y entusiasmo con que los réprobos os ultrajan y blasfeman! Ay de mí!, desdichado pecador, que no alcanzo a reparar las ofensas, y maldiciones que os irrogan los habitantes del infierno.

Oh buen Jesús!, estos miserables, no obstante haber recibido de vuestra bondad el ser, la vida y las perfecciones naturales de que gozan para glorificaros, no piensan sino en ofenderos; por eso yo debo y quiero suplir su deficiencia y hacer por ellos lo que a ellos correspondería cumplir para con Vuestra Divina Majestad . Siendo propiedad vuestra el ser, la vida y las cualidades naturales de los demonios, oh Dios mío!, ya que Vos así los creasteis, también a mí me pertenecen, según lo que asegura el Apóstol: «Omnia vestra sunt»: «Todo cuanto hay es vuestro» la Cor. 111o,22 y, además, al daros a m!, por lo mismo me disteis todo lo que tenéis. Yo puedo, pues, y yo debo emplear el ser, la vida y las perfecciones naturales de los demonios y de los condenados en vuestra glorificación, puesto que esos pérfidos e ingratos se niegan a hacerlo. Por lo tanto, os ofrezco y consagro, oh mi Jesús!, todas estas cosas como propias, y, al haceros homenaje de ellas, os suplico, destruyéndolos a vuestros pies y sacrificándolas enteramente y para siempre ante vuestra Majestad infinita, las aceptéis favorablemente como hostia de expiación y alabanza que de todo corazón os inmolo, para en tal forma,

y a pesar de

que esos desgraciados no lo quieran, en ellos seáis eternamente glorificado .

Quiero, todavía más, bajar en espíritu al infierno y colocarme en el lugar de Vos conocido, oh Dios mío!, justamente merecido por mis pecados, y que, en efecto, en realidad me hubiera correspondido ocupar, si vuestra infinita misericordia no se hubiera dignado librarme de semejante desgracia. Una vez allí, quiero adoraros y amaros, oh mi Juez Soberano!, en todos los efectos de vuestra justicia sobre mí durante toda la eternidad, si vuestra misericordia no hubiera tenido compasión de mi miseria.

Oh benignísimo Jesús!, tengo una fe ciega en que vuestra infinita bondad me ha de otorgar la gracia inapreciable de ser del número de los que os bendecirán eternamente! No obstante, si yo fuera tan desgraciado como para resistir a los designios de vuestra bondad y hacerme por mis culpas la víctima de vuestra justicia, yo querría desde ahora, oh gran Dios!, hacer de grado y por amor, lo que debería entonces ejecutar, sin llegar a hacerlo, y amar y bendecir con toda mi alma y con todas mis fuerzas vuestro juicio más que justo y los efectos eternos de vuestra sentencia sobre mi persona, diciendo con el real Profeta: «Justus es Dómine, et réctum judicium tuum»: «Justo eres, Señor, y recto vuestro juicio» Psalm. CXVIIIo,137. Mas con todo, oh mi amado Jesús!, firmemente espero que vuestra infinita misericordia me librará seguramente de semejante desgracia. Porque, ay Señor!, «Non mortui laudábunt te, Dómine, neque omnes qui descendunt in infernum»: «Los muertos no te han de alabar, ni los que bajan al infierno!» Psalm. CXIIIo,17. Hé aquí por qué os digo una y mil veces: «Hic ure, hic seca, modo in aeternum parcas»: «Quemadme, desgarradme y hacedme pedazos y hacedme sufrir mil infiernos en este mundo, con tal que me perdonéis en la eternidad, destinándome al número de

los que hayan de alabaros y amaros por siglos infinitos».

Habiéndoos as! amado y adorado en el infierno, oh amabilísimo Jesús!, deseo igualmente pasar al Purgatorio para rendiros los homenajes que vuestra justicia merece por cuanto allí opera en las benditas. almas de la Iglesia Purgante y por los efectos de esa misma Justicia que casi seguramente ejerceréis sobre mi persona después de mi muerte y también para unirme a todo el amor y gloria que en dicho lugar se os ha tributado y se os ha de tributar hasta el fin de los tiempos.

Del Purgatorio paso a este mundo visible en el que veo tres estados de cosas diferentes en los que también anhelo bendeciros y ensalzaros, oh Jesús!, Soberano Señor del universo.

El primer estado es el de los seres irracionales e inanimados de los que los Sagrados Libros dicen que, no sólo os dignifican y alaban de continuo conforme a su naturaleza y según toda la extensión de su misma esencia, sino que de por sí constituyen el mayor testimonio de vuestra gloria, magnificencia y poderío: «Confessio et magnificentia opus ejus»: «La obra de la creación es toda una confesión de grandeza y magnificencia divinas» Psalm. CXo,3. Oh! y cuánto me alegra el veros así glorificado sin cesar, oh mi Creador!, por todas vuestras creaturas, dignos exponentes de vuestra gloria: «Gloria Dómini plenum est opus ejus»: «Y la obra del Señor resplandece con su gloria». Eccli. XLIIo,16; Oh!, y cuán culpable y avergonzado me siento al ver que las creaturas insensibles me dan ejemplo en la forma como debo cumplir con el sagrado deber de glorificaros y bendeciros! Oh Señor! permitidme que me una a todas las bendiciones y homenajes que os tributan todas las creaturas del universo. Oh creaturas carísimas de mi Dios!, bendecidle, alabadle y ensalzadle por siglos

infinitos: «Benedícite omnia ópera Dómini Dómino; laudáte et superexaltáte eum

in saecula». Dan. 111o,57. Oh mi Creador adorable!, no permitáis que en lo sucesivo siga yo viviendo en este mundo sino para bendeciros con todas vuestras creaturas.

Otro estado de¡ inundo es el de los malos, es decir, el que forman los individuos que os desconocen y no os aman, oh mi Jesús!, y que, por consiguiente han empezado desde la tierra a hacer lo que los réprobos hacen en el infierno, esto es, a ultrajaros y ofenderos sin descanso. Quiero, Señor!, suplir con el auxilio de vuestra gracia este desorden, quiero amaros y bendeciros en su lugar por cuantos favores les habéis otorgado, por esos dones y beneficios que reciben con indiferencia e ingratitud y que yo, como algo personal y propio os agradezco y sacrifico a vuestra gloria junto con el ser, la vida y las perfecciones naturales de que dotasteis a todos esos ingratos que por ignorancia o perversidad ni os aman ni os adoran.

El tercer estado que noto en el mundo que me rodea es el de los buenos, y que comprende gran número de almas santas que viven en la tierra, en medio de las tentaciones y peligros mundanales o en el amable retiro de la vida religiosa, ocupadas sin cesar en alabaros y serviros con acendrado amor y celo incomparable, sin que transcurra una hora ni un segundo siquiera, ni de día ni de noche, en que no recibáis de su parte rendidos homenajes de amor y bendición; por ello me regocijo inmensamente y deseo asociarme a ese concierto de alabanzas que de todo el globo y en todo momento se eleva poderoso y consolador, Oh Dios mío!, en honor de vuestra Majestad infinita.

De la tierra me traslado el cielo en donde contemplo a vuestro Eterno Padre, a vuestro Espíritu Santo, a vuestra santísima Madre con tantos millones de Serafines, de Querubines, de Tronos, de Dominaciones, de Virtudes, de Potestades, de Principados, de Arcángeles y de Ángeles y que en unión de los innumerables Patriarcas, Apóstoles, Mártires, Pontífices, Sacerdotes,

Confesores, Vírgenes, Viudas e Inocentes y mil y mil santos más de toda clase o condición, se ocupan única y exclusivamente en amaros y glorificaros perpetuamente con todas sus fuerzas y con todo su corazón. Ah!, mi Jesús!, cómo me alegra el veros tan amado y ensalzado. Os ofrezco toda esta gloria y todas estas alabanzas. Oh Padre de Jesús!, oh Espíritu Santo de Jesús!, oh Madre de Jesús!, oh Ángeles de Jesús!, oh Santos y Santas de Jesús!, unidme, os lo suplico, a todas las bendiciones que tributáis a mi Señor y hacedme participar en el amor, consagración, pureza y santidad con que alabáis sin cansaros a la Divina Majestad de mi Jesús, a fin de que yo desde este suelo comience a hacer lo que espero y anhelo hacer eternamente en el cielo junto con todos vosotros.

Oh divino Jesús!, infinitamente me alegro de vuestra grandeza y perfecciones incomparables y de que seáis tan digno de honor y gloria que todas las creaturas del cielo y de la tierra sean incapaces de glorificaros en debida forma, ya que vuestros méritos y magnificencia soberana sobrepujan las posibilidades limitadas de la creación entera para tributaros el condigno homenaje de su admiración rendida, según lo expresó el Profeta Rey diciendo: «Confessio ejus súper coelum et terram»: «Su alabanza supera los cielos y la tierra» Psalm.CXLVIIIo,14. Ten sólo vuestro Padre y vuestro Espíritu divino os dan el merecido testimonio de vuestra grandeza infinita, y el que os rinden todas las creaturas ha de ser necesariamente deficiente y limitado a su capacidad de seres finitos e imperfectos.

Oh Padre de Jesús!, *oh* Espíritu Santo de Jesús', qué podré yo hacer por vosotros? Y qué podré daros a cambio de la gloria que proporcionáis a mi amado dueño y Señor? Ciertamente, si por un imposible yo no hubiera recibido ni hubiera ya de recibir de vosotros favor alguno, yo quisiera, con

todo, eternamente serviros y amaros sólo por ese amor y gloria que le

dais a mi Jesús, a quien amo más que a mí mismo y que es, al fin y al cabo, mi única razón de existir.

Oh Padre de Jesús!, oh Santo Espíritu de Jesús!, os suplico con todo el corazón, por el inmenso amor que profesáis a mi Salvador y por el celo ardentísimo que de su gloria tenéis, reparéis todas mis fallas y deficiencias en alabarlo y le rindáis en mi nombre y por centuplicado toda la gloria que yo hubiera debido tributarle en mi vida entera. Oh buen Jesús!, me doy a Vos para alabaros según vuestra voluntad; haced que en adelante mi vida toda sea un perpetuo sacrificio de adoración, bendición y alabanza en vuestro honor y bendecíos y ensalzaos Vos mismo por mí: «Benedicite, omnes virtutes Dómini, Dómino»: «Que todas las virtudes, es decir, que todas las fuerzas y potencias de vuestra divinidad y de vuestra humanidad, oh Señor!, se consagren a bendeciros, exaltaros y magnificaros sin cesar en mi nombre y por siglos infinitos». Amén.

3) EL ROSARIO DEL PADRE ETERNO DE JESÚS

En el día de retiro mensual, para dedicaros más particularmente a amar y glorificar a Jesús, podréis recitar una especie de rosario en honor del Padre Eterno de Jesús, para dirigiros a su Divina Majestad suplicándole alabe y glorifique a su Hijo en nosotros y por medio de nosotros. Este rosario se compone de treinta y cuatro granitos o cuentas, en honor de los treinta y cuatro años de la vida de Jesús en la tierra. Dícense, al principio, por tres veces estas palabras: «Veni, Páter Jesu!»: «Venid, oh Padre de Jesús!, para invocar y atraer a nosotros al Padre Celestial y para darnos a El a fin de que aniquile en nuestros corazones cuanto se opone a su gloria y a la de su Divino Hijo y lo glorifique en nosotros según su beneplácito. En cada cuenta, se dice lo siguiente: «Páter,

clarifica Fílium tuum, ut Fílius tuus claríficet Te»: «Oh Padre, glorifica a vuestro Hijo para que Este a Vos os glorifique!» Joann.XVI1o,1. Esta es la oración que el Hijo de Dios elevó a su Padre eterno la víspera de su muerte, y, constituye, por consiguiente la Oración más grata que podamos hacerle también nosotros debido a su noble contenido y significación. Mas, al pronunciarla, recordad que salió de los labios y del corazón de Jesús, y que debéis uniros a la humildad, pureza, amor y demás disposiciones santas e intenciones perfectas con que Jesús la recitó, para pedir al Eterno Padre glorifique a su Hijo Jesús en el mundo, destruya en vosotros y en todos los hombres todos los obstáculos y trabas a su gloria, poniendo en su lugar las virtudes y gracias requeridas para la dilatación del reinado de Jesús en los corazones, y, que finalmente, emplee El mismo todo el poder y la eficacia de su celo y de su amor a su Divino Hijo para ensalzarlo en todas las formas imaginables.

En las cuentas grandes, correspondientes a los «Glorias», diréis: «Gloria tibi, Dómine Jesu!, qui natus es de Vírgine, cum Patre et almo Spíritu in sempitérna saecula»: «Gloria a Tí, oh Señor mío Jesús, que naciste de una Virgen; gloria al Padre también! y gloria al Espíritu Divino! por siglos infinitos. Amén!» Naturalmente, al decir esta oración, trataréis de ofrecer a Jesús toda la gloria que le ha sido tributada, se le tributa y se le tributará en el cielo y en la tierra en todo tiempo y lugar.

4) EJERCICIO DE AMOR A JESÚS

Entre los ejercicios y deberes de un alma verdaderamente cristiana, el más noble, el más santo, el más sublime Y el que Dios exige de nosotros con toda razón es el del amor divino. Hé aquí por qué debéis tratar diligentemente en todas vuestras prácticas de

piedad y en todas vuestras acciones de protestar a Nuestro Señor que las hacéis, no por temor al infierno o por interés de] premio del cielo, ni por los méritos o consuelo y gusto espiritual que talvez de ello derivéis para vosotros mismos, sino por puro amor divino, y para glorificar y complacer a su divina Majestad única y exclusivamente.

Debéis también a menudo ejercitaros en la meditación y fervorosos actos de amor a Dios y, para ello, con anterioridad os he señalado muchísimas práticas saludables que tienden a desarrollar intensamente en vuestras almas estos nobles sentimientos. Os brindo ahora otros treinta y cuatro actos de amor a Dios en honor de los treinta y cuatro años de la vida de Jesús en el mundo, toda ella dedicada a amar a Dios y a los hombres. Podéis serviros de ellos en cualquier tiempo, pero de manera especial, en el día del retiro mensual que consagraréis particularmente a esta divina ocupación que es la más santa, grande y digna de los Ángeles, de los Santos y de Dios mismo quienes por perpetuas eternidades no se cansan de esta nobilísima ocupación.

1e) «Oh Jesús!, dueño mío adorado, sois infinitamente amable y digno por mil títulos de todo nuestro amor. Y ya es más que suficiente conocer tan consoladora verdad; y, qué haré ante tan luminosa ciencia? Me basta saber que mi Jesús es el ser más amable que existe y que en él no hay nada indigno de ser infinitamente amado. Que mi espíritu se contente con este conocimiento, pero que mi corazón no se sacie nunca de amar a quien jamás podrá ser suficientemente amado»,

2e) «Ay de mi!, Señor, verdad es, lo reconozco cine este mi despreciable e ingrato corazón es indigno de amaros a Vos que sois infinitamente digno de todo amor y que me creasteis con ese único fin, hasta el punto de imponerme por expreso mandamiento ir bajo pena de muerte, y de muerte eterna, la obligación

indeclinable de amaros sobre todas las cosas. Ahí, Dios de mi corazón, no era preciso tal mandato: lo que yo quiero, lo que yo anhelo es amaros apasionadamente. Sí, oh mi Jesús amado!, yo no suspiro sino por vuestro amor, y de buen grado renuncio a todo otro afecto y cariño si Vos llegáis a ser el centro de todos mis amores. Adiós! digo para siempre a todo otro querer, adiós!... . . a toda otra inclinación!, Adiós!, repito, a todo otro ajeno pensamiento!... Ya no deseo sino una sola cosa, ya no quiero sino amar a Jesús, que es el amor y el encanto del cielo y de la tierra. Ay! Jesús!, ay!, amadísimo Jesús!, y qué puedo yo anhelar en este mundo fuera de amaros a Vos, mi vida, mi todo y mi ser?»

3e) «Oh ansiado Jesús!, seguramente yo quiero amaros, mas no de cualquier manera, sino con todas las fuerzas de mi flaca voluntad, y, mejor aún, con toda la capacidad y eficiencia de vuestra Voluntad omnipotente, ya que, al daros a mí sin reservas ni limitaciones, me habéis traspasado también el dominio de vuestro propio querer junto con el de todos los Ángeles y de todos los hombres, que no vacilo igualmente en poner a contribución para acrecentar la fuerza de mi amor personal. Ah, Señor!, ojalá me convirtierais todo entero en deseos, suspiros y anhelos inefables de amaros cada día más y más!»

4e) «Oh Encanto de mi alma!, escuchad mis ruegos, por favor, oíd los suspiros de mi corazón y tened piedad de mí! Bien lo sabéis, Señor, pues mil veces os lo ha dicho mi corazón: lo único que os pido sin descanso es la perfección de vuestro divino amor en todo mi ser! Nada deseo sino amaros tan sólo a Vos y cada día decíroslo con creciente y férvido ardor! Oh único objeto de todos mis deseos, de todos mis anhelos y de toda mi pasión! acrecentad en mí, día tras día y minuto a minuto esta sed insaciable de amaros de suerte que llegue a desfallecer y a morir de amor a Vos, verdadero amor de todos mis amores!»

5e) «Oh amabilísimo Jesús!, dulce anhelo de mi corazón, encended en mi alma una sed tan ardiente y un hambre tan devoradora de amaros que constituya mi mayor tormento en este mundo el no amaros bastante y que no me entristezca nada tanto como la frialdad de mi amor hacia Vos!»

6e) «Oh buen Jesús!, quién no querrá amaros?, y amaros siempre con creciente ardor, a Vos, que sois todo bondad? Oh mi Dios, mi vida!, mi Todo, no puedo darme por satisfecho con deciros que deseo amaros con la mayor perfección posible y de tal suerte, tal es mi mayor anhelo, que quisiera, de ser ello factible, ver todo mi espíritu transformado en deseos, mi alma en anhelos, mi corazón en suspiros y mi vida toda en deliquios de inefable amor a vuestra adorable Persona!»

7e) «Oh Rey de mi corazón, tened piedad de mi, miserable pecador. Quiero amaros, bien lo sabéis; mas ay!, que mil cosas se oponen en mí a vuestro amor, y Vos no lo ignoráis. La enorme cantidad de mis pecados, mi propia voluntad, mi amor propio, mi orgullo y todos los demás vicios e imperfecciones personales me impiden amaros dignamente. Oh!, y cómo odio y detesto todos estos obstáculos a vuestro amor; decidme, Dios mío!, qué es lo que tengo que hacer para destruirlos, pues estoy dispuesto a cualquier sacrificio por lograrlo! Ah, Señor!, si pudiera volverme pedazos, o reducirme a polvo y ceniza y aniquilarme totalmente para aniquilar en mí todo lo que contraría y obstaculiza vuestro amor, con cuánto gusto lo haría, mediante vuestra gracia! Mas, Vos, oh mi Salvador!, Vos sí lo podéis; venid en mi ayuda; extended vuestro brazo omnipotente y emplead su fuerza irresistible para exterminar de mi alma a todos los enemigos de vuestro amor!»

8e) «Oh Jesús!, nada hay en Vos que no sea todo amor, y amor hacia mí; y, por el contrario, cuando todo en mí debiera tender a amaros a Vos sólo, oh

dolorosa realidad!, todo mi ser, en cuerpo y alma, se opone sistemáticamente a vuestro amor! Qué angustia! Qué desgracia! Ya ni yo mismo me puedo soportar! Oh, Amor divino!, en dónde estáis?, en dónde está vuestro poder?, en dónde la fuerza de vuestro brazo? Oh fuego devorador!, que todo lo consumía, en dónde están vuestros célicos ardores? Por qué no me consumís totalmente, sabiendo que todo mi ser se opone a vuestro reinado? Por qué no aniquiláis enteramente en mí esta vida mía perversa y pecadora, para suplantarla con la vuestra santa y divina?»

9e) «Oh Amor omnipotente!, me rindo y abandono totalmente a vuestro poder soberano. Venid, venid a mí, os lo suplico para destruir cuanto en mí os desagrada y ofende y establecer en mi corazón el dulce imperio de vuestro amor. Si tan sólo hay que sufrir para lograr este favor inmerecido, dispuesto estoy a soportar todos los martirios y tormentos habidos y por haber! No me escatiméis, Señor!, ninguna pena o sufrimiento, con tal que me liberéis de cuanto en mí os disgusta o impide vuestro amor, nada me importa sufrir; pues, el fin y al cabo, yo quiero amar a mi Jesús sobre todas las cosas, y, cueste lo que cueste, tengo que lograrlo».

10e) «Oh Dios de Amor!, Vos sois todo amable, todo amante, todo amor y amor hacia mí! Ah! haced que yo sea también todo amor a Vos, y que el cielo y la tierra se conviertan en una hoguera inmensa de amor a Dios!»

11e) «Oh mi dulce Amor!, quién podrá impedirme ya amaros, conociendo como conozco vuestra inmensa bondad? Será mi cuerpo? Lo reduciré a polvo; serán mis pecados? Los arrojo en el mar sin fondo de vuestra preciosa Sangre, y además, hé aquí mi cuerpo y mi alma para que me hagáis sufrir cuanto queráis a fin de borrarlos enteramente y no sigan obstaculizando mi amor a vuestra adorable Persona. Y, qué más?... Será el mundo? Serán las creaturas?

No!, y mil veces no! Renuncio con todas mis fuerzas a todo apego terreno y consagro mi corazón entero y todos sus afectos a Jesús, mi Creador y mi Dios. Y, tú, oh mundo desgraciado que has sido reprobado por mi Jesús, ya que afirmó que El no es de¡ mundo, que los que le pertenecen y siguen, tampoco pueden ser del mundo y que El no ruega por el mundo, entiéndelo bien y sábete de una vez por todas, que yo re. nuncio a tí por siempre jamás, que quiero huír de tí como de un excomulgado y que te considero como un Anticristo. De hoy en adelante, nada me importan tus alabanzas, ni tus censuras, n i tus placeres, ni tus vanidades y que lo que tú más aprecias y estimas es para mi menos que nada. Quiero odiar tu espíritu, tu conducta, tus sentimientos y tus máximas reprobables y, por sobre todas las cosas, quiero perseguir y detestar tu malicia así como tú odias y persigues a mi Señor y Dueño Soberano, Jesucristo. Adiós!, pues, y para siempre, oh mundo engañoso. Jesús ha de ser en adelante mi gloria, mi tesoro, mi felicidad y mi todo. Ya no quiero mirar sino a Jesús: cerraos, ojos míos!, a todo lo que no sea El, pues El sólo si digno de ser contemplado. Ya no quiero agradar sino a mi Jesús y no quiero corazón sino para amarlo a El. No quiero alegrarme sino en el amor de mi Señor y en el cumplimiento de su voluntad adorable y no podrá ya afligirme sino lo que a El contrista y ofende, esto es, el pecado que directamente se opone al imperio de su amor en mi corazón. Oh Amor!, oh Amor!, o amar o morir, o más bien morir y amar! Morir a cuanto no sea Jesús y amar tan sólo y por sobre toda cosa a mi dulcísimo Jesús!

12e) «Oh Dueño de mis amores!, no me habéis colocado en este mundo sino para amaros. Qué noble, qué santa y excelsa misión! Oh, qué favor tan insigne y qué dignidad tan elevada la tuya, pobre corazón mío!: ser creado por Dios para hacer lo mismo que El realiza sin descanso desde y por toda la

eternidad, para amar a Dios. Dios existe únicamente para eso, para contemplarse y amarse a sí mismo: tal es su ocupación exclusiva; y tú, imperfecto y miserable corazón humano, no existes sino para amar y bendecir a tu divino Creador. Que por siempre jamás sea mil y mil veces bendito y amado este Rey de corazones que me ha otorgado un corazón capaz de amarlo y glorificarlo sin cesar! Ah!, Dios mío amadísimo!, puesto que no me habéis creado sino para amaros, no permitáis que falte a tan noble vocación, antes bien, acrecentad siempre más y más en mí las llamas de vuestro divino amor. No quiero ya vivir sino para amaros, y prefiero mil veces morir antes que perder vuestro amor!»

13e) «Oh divino Amor!, sed la vida de mi vida, el alma de mi alma y el corazón de mi corazón. Que yo no viva ya sino en Vos y de Vos y sólo por Vos; que no piense sino en Vos, que no hable sino de Vos y que nada haga que no sea para Vos y por Vos!»

14e) «Oh Jesús!, único objeto de mi corazón, sólo Vos sois digno de amor. Todo cuanto existe fuera de Vos, nada es y no merece nuestras miradas. Así pues, sólo a Vos busco, sólo a Vos amo y sólo por Vos suspiro! Vos sois mi Todo; todo lo demás me deja indiferente y nada quiero ver ni amar sino en Vos Y por Vos, o mejor dicho, no quiero ya ver y amar a nadie más que a Vos en todas las creaturas. Oh amadísimo Jesús!, Vos sois el mayor de mis amigos, mejor diré mi único amigo de verdad. Vos sois mi hermano, mi padre, mi esposo y mi jefe. Vos sois todo para mí y yo quiero ser todo para Vos por toda la eternidad».

15e) «Oh Jesús, el único amable, el único amante y el único amado del Eterno Padre y de todos los amantes del cielo!, haced que, no sólo os ame eternamente por sobre todas las cosas, sino que únicamente a Vos ame en todas ellas, y que, si llego a amar a alguna creatura, que no la ame sino en Vos y por Vos!»

16e) «Oh único amor de mi corazón!, objeto exclusivo de mis amores, nada hay en el cielo y en la tierra fuera de Vos digno de mi amor; cuándo será, pues, que en cielo y tierra sólo os amen a Vos con verdadera pasión?»

17e) «Oh Jesús!, único y verdadero encanto de mi corazón, desprendedme enteramente de m í mismo y de todas las creaturas; atraedme a Vos y arrebatadme totalmente evolviéndome en las redes de vuestro amor, para que me poseáis entera y absolutamente de suerte que nada fuera de Vos ocupe el más mínimo lugar en mi espíritu y en mi corazón!>

18e) «Oh mi querido Jesús!, cuán amable eres y cuán poco se os ama. El mundo no piensa en Vos y. por lo mismo, tampoco os ama; no piensa sino en ofenderos y en perseguir a los que os aman. Que yo, al menos, piense en Vos y en amaros a Vos sólo. Ah!, quién me diera el poder de amaros en nombre de toda la humanidad para expiar de tal suerte la general indiferencia de los hombres ingratos?»

19e) «Oh Hijo eterno del Padre!, amable y amante cual ninguno desde toda la eternidad empezasteis a amarme, motivo por el cual, si yo hubiera también eternamente existido, hubiera desde entonces debido amaros; mas, no habiendo sido esto posible, justo hubiera sido al menos el haberos amado desde que e<>meneé a disfrutar de la razón. Mas, ay!, bien tarde comencé a amaros, y , aún más, no me atrevería a asegurar que ya os amo como debiera. Eterno Dios en vuestra eternidad jamás dejasteis ni un sólo instante de amarme, y aún ignoro si yo al presente os he amado siquiera un momento dignamente; lo que sí he de confesar lleno de confusión y de pesar, es que no he dejado ni un sólo día de ofenderos. Y cómo es que no me muero de pena y no estalla en mil pedazos mi indigno corazón al ahondar en mi ingratitud incomprensible? Y mis ojos permanecen insensibles e indiferentes ante semejante tragedia espiritual, cuando debieran

verter un mar de lágrimas, y de lágrimas de sangre, para deplorar y borrar mi enexplicable ingratitud para con vuestra bondad infinita! Oh amor!, oh amor!, no más ingratitudes, no más ofensas, no más pecados, no más infidelidades para con Aquél que es todo bondad y todo amor!>

20e) Oh Amor eterno!, desde toda la eternidad os aman el Padre y el Espíritu Santo, de lo cual sobremanera me alegro. Me uno, a este amor y me pierdo en el abismo de amor que vuestro Padre y vuestro Divino Espíritu os profesan desde la eternidad».

21e) «Oh Belleza eterna!, oh bondad eterna!, si dispusiera en este mundo de una eternidad para amaros, ciertamente en ello la emplearía gustoso; ahora bien, no teniendo ya sino los años restantes de mi vida para hacerlo, con el mayor gusto los consagraré a vuestro santo amor. Haced que ya no viva yo sino para amaros y que ni un solo momento de mi vida pierda de vista el cumplimiento de tan dulce obligación! 0 morir!, o amar!, pero más que nada, haced que os ame eternamente y suceda lo que suceda, desde ahora mismo me uno a todo el amor que se os rendirá por toda la eternidad. Oh eternidad de amor!, Queridísimo Jesús mío!, quemadme, cortadme, reducidme a polvo y hacedme sufrir mil tormentos en esta vida si tal es vuestra voluntad, con tal que os ame por los si.. siglos de los siglos.»

22e) «Oh Rey de los siglos y de los tiempos!, oh amado de mi alma!, que habéis comprado a costa de vuestra sangre todos los instantes de mi vida para que los dedicara a vuestro amor, mas ay! que me he entregado demasiado a amarme a mí mismo, y el efecto desordenado del mundo y de todas las creaturas, desperdiciando así un tiempo precioso comprado a un precio tan elevado! Ya es tiempo, oh

mi Jesús!, de que yo empiece a amaros de verdad, empleando mi vida toda en tan santo ejercicio, como si no existiéramos en el mundo sino Vos y yo para amarnos y como si no

tuviera otra cosa que hacer yo que pensar en Vos, que hablar con Vos de corazón a corazón, y sin preocuparme de cuanto a mi rededor ocurra, embebido totalmente mi espíritu en el anhelo insaciable de amaros cada día más y más.

«Oh Jesús!, acrecentad en mí este deseo y hacedlo tan ardiente y abrasador que se convierta en un constante suspiro de amor y en suave deliquio de divina pasión; que sin cesar suspire por Vos, Señor! y día y noche languidezca de amor a Vos! Transformad oh mi Jesús!, todo mi ser en una hoguera gigantesca de apasionado amor a Vos!»

23e) «Oh Amor inmenso!, oh Dios mío!, llenáis los cielos y la tierra y os hacéis presente por doquier en todos los seres, y en donde quiera que os encontréis sois todo amor e infinitamente digno de ser amado. En todo lugar con un amor infinito amáis a vuestro Padre y a vuestro Divino Espíritu y en la mismo forma sois por Ellos correspondido; igualmente me amáis y con el mismo amor inagotable en todas partes y en todas las creaturas; concededme la gracia de corresponderos cada día más con renovado fervor. A este fin, me uno y entrego a vuestra divina inmensidad, para extender mi espíritu y mi voluntad hasta todos los confines del universo, y así amaros, glorificaros y adoraros infinidad de veces y con la eficacia ¡limitada de vuestro propio corazón. Además me uno a todo el amor que vuestro Padre y vuestro Espíritu Santo os manifiestan por doquiera en todos los seres del cielo, de la tierra y del infierno mismo.>

24e) «Oh Bondad infinita!, sería necesario para amaros dignamente disponer de un amor infinito, y cuánto gozo y qué felicidad experimenta mi corazón al saber que sois, oh buen Jesús!, tan bueno y tan amable que, aunque todos los seres del cielo y de la tierra aunaran sus fuerzas aún por toda la eternidad para expresaros su amor, jamás lograrían satisfacer sus anhelos insaciables. Sólo Vos, con vuestro Padre y

vuestro Espíritu Santo, podéis amaros como merecéis con un amor verdaderamente infinito!»

25e) «Oh Bondad infinita!, si yo fuera dueño de todos los corazones y tuviera la capacidad afectiva de todos los hombres y de todos los Ángeles, qué digo?, si yo poseyera infinidad de corazones con infinitas posibilidades de amar, debería emplearlos en el amor de Quien es infinitamente amable y de Quien se vale de todos los resortes de su sabiduría, de su poder, de su bondad y de todas sus demás perfecciones divinas en amarme y ejecutar tamañas maravillas de su caridad indeficiente hacia mí. Cuán Obligado estoy, pues, a servirme de mis insignificantes capacidades para amaros, oh mi Señor! As! pues, oh mi queridísimo Jesús!, he de agotar y consumir todas las fuerzas de mi cuerpo y de mi alma en amaros a Vos solo. Y bien poco es, lo reconozco, y por consiguiente, quiero juntar en mí todas las fuerzas del cielo y de la tierra, ya que me las habéis dado en propiedad, para amaros; mas, como aún esto, no os satisface, mi osadía va hasta pretender valerme de todas las potencias de vuestra divinidad y de vuestra humanidad, que también generosamente me regalasteis, para amaros como merecéis! Yo os amo, pues, oh Jesús!, y os amo con todas mis fuerzas, esto es, con todas las de mi cuerpo y las de mi alma, con las de todas las creaturas del cielo y de la tierra y con las de vuestra divinidad adorable y las de vuestra humanidad deificada.»

26e) «Pero, qué estoy haciendo?, Dios mío!, si yo no soy digno de amaros y sólo a Vos corresponde ejercer una acción tan noble y divina. Hé ahí por qué, en cuanto Puedo, me aniquilo a

vuestros pies, confuso y humillado, y me entrego totalmente a Vos, para que, anonadándome Vos mismo en virtud de ese amor omnipotente que os hizo abatiros hasta nuestro propio nivel, toméis posesión de todo mi ser, y, ya establecido sólidamente en él, os améis Vos mismo en mi humilde persona con un amor verdaderamente digno

de Vos, y así pueda yo en lo sucesivo amaros, no por mí mismo, ni con las propias fuerzas de mi espíritu y de mi corazón, sino por Vos y con toda la. omnipotencia de vuestro Espíritu y de vuestro propio divino Corazón».

27e) «Oh amabilísimo Jesús!, Vos nos aseguráis en la Sagrada Escritura que vuestro Padre nos ama como a Vos en persona: «Dilectio qua dilexisti me in ipsis sit», y que Vos nos amáis también con igual amor al que vuestro Padre os profesa, es decir, con un corazón y con un amor infinito: «Sicut diléxit me Pater, et Ego dilexi Vos»: «Como me ama el Padre, os amo a vosotros» Joann.XVI1o,26 y XVo,9. A renglón seguido nos ordenáis amaros del mismo modo, es decir, como Vos amáis a vuestro Padre, exigiéndonos además la perseverancia en vuestro amor, a imitación del vuestro respecto al Padre celestial: «Manete in dilectione mea. Si praecepta mea servavéritis, manébitis in dilectione mea, sícut et ego Patris mei praecepta servavi, et máneo in ejus dilectione»: «Permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, del mismo modo que yo cumplo los mandatos de mi Padre, y permanezco fiel a su amor». Joann. XVo,9.

Mas, oh Señor!, Vos conocéis mi incapacidad e impotencia para amaros y, por lo tanto, os lo ruego, Dios mío!, dadme lo que me ordenáis y luégo, mandadme lo que queráis.: «Da quod jubes, et jube quod vis», os diré con San Agustín. Aniquilad en mí mi propio corazón y mi amor propio, sustituyendo éstos con vuestro corazón y con vuestro amor divino que en nada se diferencian de los del Padre Celestial, a fin de poder amaros en adelante como Vos le amáis a El y como El a Vos os ama; persevere yo siempre en vuestro amor del mismo modo que permanecéis fiel al amor de vuestro Padre y ejecute yo mis acciones todas en virtud y bajo la dirección del mismo divino amor! Sí, oh mi Jesús, así quiero amaros: con el mismo amor

eterno, infinito e inmenso con que vuestro Padre os ama y con que Vos lo amáis a El. Y es este amor infinito del vuestro Corazón y es este Corazón inmenso ardiente de amor lo que yo quiero ofreceros y lo que en realidad os ofrezco como de mi exclusiva propiedad y en lugar de mi propio corazón y de mi amor imperfecto, puesto que me los disteis al entregaros a mí junto con el don maravilloso del Corazón santísimo de vuestra bendita Madre, corazón éste el más amable, el más amado y el más amante de todos los que adoran al Vuestro y en unión también de todos los corazones amantes del Vuestro en el cielo y en la tierra que igualmente me pertenecen, pues, según doctrina del Apóstol, al darnos el Padre en inefable don vuestra adorable Persona, con ella nos otorgó todo cuanto le Pertenecía: «Quómodo non étiam cum illo omnia nobis donavit?»: «Con el don de su Divino Hijo, nos lo dio todo> Rom.VIIIo,32.

28e) «Oh Jesús!, Vos sois puro en grado sumo, sois la pureza personificada, y as! me amáis con un amor purísimo; por mi parte, yo también quiero amaros con el más puro amor de que sea capaz. Y por tanto quiero amaros en Vos mismo, esto es, en vuestro propio y purísimo amor; y amaros, por Vos y sólo por daros gusto, y amaros con el mismo amor purísimo con que os amáis Vos mismo Y con el que os ama vuestro Padre y vuestro Espíritu Santo, vuestra Madre Santísima, y vuestros Ángeles y Santos. Oh Padre Santo de Jesús!, oh Espíritu Santo de Jesús!, amad a mi Salvador en mi nombre y suplíd mis deficiencias en el amor a vuestra divina Persona. Oh Madre de Jesús!, Oh Ángeles, oh Santos y Santas de Jesús!, venid, venid en mi ayuda para que aunemos nuestras fuerzas

para amar mejor a nuestro Dios y Creador. Venid! y amemos a este amabilísimo Salvador, empleando Y consumiendo todo nuestro ser y todas nuestras Potencias en amar a Quien sólo nos creó para que lo amáramos!»

29e) «Oh querido amigo de mi alma, y vida de mi amor!, cuán triste y lamentable y digno de ser llorado con lágrimas de sangre, es el veros tan poco amado y esto hasta de quienes hacen profesión de vuestro amor! Cosa rara, nada hay tan amable como Vos, y parece que nada hay en el mundo menos amado que Vos; muchos hay que aman vuestro Paraíso y los consuelos y delicias de vuestro amor, mas ay!, que apenas si encontramos un uno por mil que os amen pura y desinteresadamente por vuestro único amor! Oh Jesús!, oh mi único amor! a Vos sólo busco, sólo por Vos suspiro y quiero amaros sin buscar mi personal interés y satisfacción ni los consuelos y deleites que procura vuestro afecto, sino porque sois infinitamente digno de ser amado por ser quien sois y con exclusión de toda otra consideración>.

30e) «Cuándo amaré, oh Jesús!, con tal pureza que pueda decir con verdad: «Mi Jesús es mi Todo, nada me importa lo demás; El solo me basta y nada quiero fuera de El, al amarlo, no por mí sino únicamente por El. No; ah!, no! no son las delicias de su reino, ni los consuelos y alegrías que su amor me proporciona lo que busco, sino al Señor del cielo, y al Dios de toda consolación tienden todos los anhelos de mi corazón. Y aunque imaginarlo no más ofende a su infinita bondad, si por un imposible El no me otorgara jamás consuelo alguno ni recompensa de ninguna clase a cambio de mi amor, con todo querría siempre seguir amándolo por ser infinitamente digno en sí mismo de todo mi afecto y rendida devoción. Renuncio a toda otra recompensa a trueque de mi amor que no sea la de poder amarlo siempre más y más» .

Oh Jesús!, grabad estos sentimientos y disposiciones en mi corazón y en el de todos los hombres, particularmente en el de aquellas personas por las que sabéis debo y deseo pediros de manera muy especial. Oh Rey de los corazones!, vedlos ahí, os los ofrezco y sacrifico; todos estos pobres corazones los habéis

creado para amaros, y no quieren ya palpitar sino de amor a Vos. Aceptad este Ofrecimiento, aniquilando en ellos cuanto se opone a vuestro santo amor y abrasándolos en las llamas ardorosas de vuestro divino amor. Oh! Salvador mío!, atraedlos a Vos, cautivadlos con vuestros encantos, unidlos a vuestro Corazón y abismadlos en él y haced que pertenezcan al número de aquellos de quienes está escrito en el Libro de la Vida: «Vivent corda eórum in saeculum saeculum»: «Sus corazones vivirán en el siglo de los Siglos». Psalm. XXIo,27, es decir: sus corazones vivirán en el amor divino y para amar Por siempre al Dios del amor y de la vida. Ah!, y cuán felices estos corazones que por toda la eternidad no harán otra cosa que amar, alabar y adorar al amabilísimo y adorable Corazón de Jesús! Bendito sea el que los ha creado para ser glorificado y amado en ellos por los siglos de los siglos!»

31e) «Oh Dios de mi vida y de mi corazón!, siempre estáis en un continuo ejercicio de amor para conmigo, empleando cuanto hay en Vos y cuanto fuera de Vos habéis creado en el cielo y en la tierra para testimoniarme el amor que me tenéis, por lo cual uno de vuestros más fervorosos amantes, San Agustín, me enseña que el cielo y la tierra y todos los seres que contienen no cesan de gritarme que ame a mi Señor y mi Dios: «Coelum, terra et ómnia quae in eis sunt non cessant mihi dícere, ut amem Dóminum Déum méum». De suerte que cuanto mis oídos oyen, cuanto mis ojos ven, cuanto mis demás sentidos gustan, Palpan o huelen, todo lo que mi memoria, mi inteligencia. y mi voluntad pueden conocer y desear, todos los seres visibles e invisibles del orden de la naturaleza, de la gracia o de la gloria, las gracias todas de Vos recibidas, oh Dios mío! todos vuestros Ángeles y Santos, junto con los buenos ejemplos de sus virtudes y acciones laudables, todas las maravillas que habéis realizado en vuestra Madre Santísima, todas las perfecciones

de vuestra esencia y de vuestra divina Persona, todos los estados y misterios de vuestra divinidad y de vuestra humanidad, todas vuestras cualidades y virtudes, todos vuestros pensamientos, palabras, acciones y sufrimientos, todos vuestros pasos sobre la tierra, todas las gotas de vuestra sangre en ella vertida, todas las llagas de vuestro cuerpo: en una palabra, todo cuanto existe en el orden de lo creado y aún de lo increado, en el tiempo y en la eternidad, todo ello, repito, son otras tantas bocas, oh mi Jesús!, que están publicando sin cesar, vuestra bondad y vuestro amor hacia mí y otras tantas lenguas por las que incesantemente me protestáis vuestro amor y por las que me convidáis a corresponderos de idéntica manera, con voces que me gritan a porfía: «Amo te, amo te; dílige me, quia ipse prior diléxi te. Dílige Dóminum Deum tuum ex toto corde túo, ex tota ánima túa et ex totis víribus túis»: «Yo te amo, yo te amo; ámame tú también, pues yo te he amado primero. Ama a tu Señor y tu Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas!»

AY!, Señor y Dios mío!, cuán bueno sois y cuán maravilloso es vuestro amor para conmigo! Vos me amáis, y me buscáis anhelante con tanto empeño y ardor como si tuvierais necesidad de mí, como si yo valiera en verdad algo y os fuera casi indispensable. Tanto anheláis poseerme y tanto teméis perderme como si se tratara de un tesoro inapreciable cuya pérdida o Posesión entrañara vuestra propia felicidad; buscáis mi amistad con tal insistencia como si de ello dependiera vuestra dicha, y, aún suponiendo que toda vuestra gloria y alegría estribaran en mi afecto y en mi amor, qué más podríais hacer para alcanzarlo?, Oh mi Jesús adorado!

Oh bondad, oh bondad!, me pierdo en los abismos insondables de vuestro amor! Oh bondad!, y será posible que tan poco se os aprecie y se os ame y que, en cambio, se os ofenda y persiga tanto por los

mismos a quienes amáis con infinita pasión? Oh Corazón humano!, cuán duro eres si no te ablandan tantas voces potentes y amorosas!; cuán frío eres si no te inflaman de amor esas llamas y esos divinos ardores! Qué haré yo?, oh mi Salvador! Ya no Puedo resistir los atractivos invencibles de vuestra bondad inefable. Qué diré?, qué responderé a todas estas voces con que me invitáis a amaros? Mi respuesta no puede ser distinta de la del Príncipe de vuestros Apóstoles: «Amo te, amo te!: «Os amo, Señor, os amo!». Mas ay! qué lejos de responderos así hasta la fecha, oh dolor!, oh vergüenza indecible!, he respondido contra Vos con los pérfidos y crueles judíos; con el grito de mis pecados: «Tolle, tolle!, crucifige eum»: «Fuera!, fuera!, crucifícalo!», Porque todos mis pecados, todas mis ingratitudes, mis perversas inclinaciones, mi orgullo junto con mi amor propio y mi propia voluntad y mis demás vicios, todos mis malos pensamientos, palabras y acciones reprobables, todo el mal uso que he hecho de mis sentidos corporales y de las facultades y potencias de mi alma, y de cuanto en mi ser existe de mi propiedad exclusiva, son otras tantas voces censurables que sin cesar gritan contra Vos: «Tolle, tolle!, crucifige eum»: «Fuera!, fuera!, crucifícalo!» Oh ingratitud!, oh crueldad!, oh pérfido y detestable individuo!, es así cómo amas al que es todo amor para contigo? Es así cómo correspondes a quien tan suave y poderosamente te convida a amarle? Y esto es lo que retribuyes a esta inmensa bondad a trueque de los mil favores de ella recibidos? Perdón!, Señor, Perdón!, os lo ruego compungido. Que todas vuestras bondades y misericordias os imploren para mi clemencia Y perdón. Que vuestra Madre Santísima, y todos vuestros Ángeles y Santos se prosternen a vuestros Pies Para interceder por mí, miserable pecador! Que todas estas cosas por las que me gritáis mi obligación Y necesidad de amaros sean otras tantas voces que de Parte mía os clamen ante el trono de vuestra bondad,

y con toda la humildad, contrición y arrepentimiento habidos y por haber: «Perdón!, perdón!, misericordia!, misericordia! para este infeliz pecador!»

Oh misericordiosísimo Salvador!, recibid, os lo suplico, y aceptad con agrado las protestas que ahora os hago para el porvenir. Oh mi amabilísimo Jesús!, puesto que siempre vivía en trance de amarme y que os valéis de cuantos medios están a vuestro alcance dentro y fuera de Vos, para lograrlo, yo quiero, a mi vez, vivir siempre amándoos según todas mis posibilidades y recursos. Y aún, si ello fuera posible, aunque no tuviera obligación alguna de amaros, quisiera, con todo, amaros con toda el alma y con todas las fuerzas de mi ser.

A este fin, quiero, si tal es vuestro agrado, que todos mis pensamientos, palabras y acciones, todos los sentidos de mi cuerpo y las facultades y potencias de mi alma, todas mis respiraciones, todos los latidos de mi corazón, todos los movimientos de mis venas, todos los instantes de mi vida, todo lo que fue, es y será en mí, aún mis mismos pecados, si posible fuera por el poder de vuestra sabiduría y bondad que bien sabe sacar el bien aún del mal en favor de los que os aman, yo quiero, repito, que todo esto se convierta en otras tantas voces, que sin cesar y con todo el amor del cielo y de la tierra, eternamente os griten: «Amo te, amo te, etiam, Dómine Jesu, amo te! : «Yo te amo!, yo te amo!, sí, Señor Jesús!, yo te amo!> Y si algo hubiera en mí, así del cuerpo como del alma, que diga lo contrario, es mi voluntad destruirlo y reducirlo a pavezas, arrojarlo al viento.>

32e) «Oh mi Jesús!, es mi deseo que todo cuanto existió, existe y existirá, en el orden de la naturaleza, de la gracia y de la gloria tanto en el cielo como en la tierra y en el infierno mismo, sea como otras voces que en mi nombre y por siempre jamás por infinitos siglos, os repitan: « Amo te, amo te!, Dómine Jesu»: «Yo os amo, os amo! oh mi Señor Jesús!» Y este es

el uso que debo y quiero hacer de todas estas cosas, que mías son, pues me las disteis para amaros a Vos solo, Dueño único de mi corazón!»

33e) <Además, oh mi Jesús!, yo ansío que todas las potencias de vuestra Divinidad y de vuestra santa humanidad, todos vuestros estados y misterios, vuestras cualidades, virtudes, pensamientos, palabras, acciones y sufrimientos, todas vuestras llagas sagradas, todas las gotas de vuestra Sangre preciosa, todos los momentos de vuestra eternidad, (si así pudiera decirse), y cuanto ha habido y hay en vuestro cuerpo, en vuestra alma y en vuestra Divinidad, sean también otras tantas voces que sin cesar por toda la eternidad os digan por mi: <Amo te, sino te!, amantíssime Jesu, amo te, Bónitas infinita!, amo te, ex toto corde meo, ex tota ánima mea, et totis víribus méis, et mágis atque mágis te amáre volo!»: «Yo te amo, te amo, oh amantísimo Jesús!, yo te amo, oh bondad infinita!, te amo con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas y más y más siempre te quiero yo amar!» En fin, yo quiero, oh mi Salvador!, si tal es vuestro deseo, que nada haya en mi ser y en mi vida, ni en mi cuerpo, ni en mi alma, ni en el tiempo, ni en mi eternidad, que no sea trasformado en ardentísima hoguera de amor a Vos!

Y para que estos anhelos y quereres que formulo Sean tan eficaces como sinceros, quiero todo esto, no con mi frágil voluntad humana y natural, tan indigna de emplearse en tan sublime amor, sino con la vuestra, que es divina, oh mi Jesús!, y por tanto omnipotente e irresistible, y que es mía p es con el don de Vos mismo a mi mísera persona, para que os amara, dignamente, me la disteis. Oh!, Señor mío, si yo tuviera tanto Poder como voluntad de amar, ciertamente haría realidad todos mis anhelos y todas mis ansias de amaros! Mas, a mi me toca desear y a Vos os corresponde actuar, a Vos, que todo lo podéis y que siempre complacéis los deseos y voluntades de los que os aman

y reverencian! Cumplid, pues, os lo suplico, todos mis deseos,os lo ruego por lo que sois, es decir, por vuestra bondad y misericordia, por todo lo que más queráis y por todos los que te aman en el cielo y en la tierra, y todo ello, para vuestra mayor gloria y plena felicidad! Mal, como vuestra voluntad es mía, y ya que todo esto lo deseo con esa propia voluntad todopoderosa, tengo la más absoluta seguridad en vuestra bondad infinita de que mis anhelos serán cumplidos, según vuestros sabios designios y consultando siempre los más caros intereses de vuestra gloria y de vuestra adorable grandeza».

34e) «Oh buen Jesús!, cuándo será que nada haya en mí que se oponga a vuestro amor? Ah!, bien lo comprendo: esto no puede ser en este mundo, sino sólo en el cielo. Oh cielo! cuán deseable eres!, pues sólo en ti se ama a Jesús dignamente, sólo en ti reina su amor con plenitud, y sólo en ti los corazones palpitan únicamente de amor a mi Dios! Oh tierra!, oh mundo!, oh cuerpo!, prisión obscura de mi pobre alma, cuán intolerables sois! Desgraciado de mí!, quién me librará de este cuerpo carnal y perecedero? Será preciso permanecer aún por largos años en este destierro miserable, sobre esta tierra inhóspite y hostil, en estos lugares de pecado y maldición? Y, no habrán de llegar nunca ni el día, ni la hora, ni el instante tan ansiado en que por fin pueda yo empezar a amar perfectamente a mi Dios y Salvador?

Ah!, mi Jesús, mi querido Jesús, mi queridísimo Jesús!, es que no podré amaros jamás como lo merecéis! Oh Dios de las misericordias!, nunca os apiadaréis de mi desgracia? y acaso, no escucharéis mis ruegos y gemidos? Ay, Señor mío y Dios mío!, oíd mis ruegos: a Vos clamo, por Vos suspiro y sólo a Vos quiero amar con loca pasión, Vos lo sabéis de sobra: a nadie más quiero en el cielo y en la tierra, en vida y en muerte, pues sólo Vos sois digno de todo mi amor!

Oh Madre de Jesús!, oh Ángeles, Santos y Santas

de Jesús!, oh creaturas de Jesús!, tened compasión de mi horrendo martirio; interceded por mí ante el Amado de mi alma y decidle cómo languidezco y muero de amor por El, manifestadle que nada quiero en el tiempo y en la eternidad sino su puro amor: ni el cielo, ni las glorias y grandezas del Paríso, ni las dulzuras de su gracia ambiciono, sino únicamente su amor divino; decidle que ya no puedo vivir sin su amor, y que se apresure a cumplir sus designios de amor y de misericordia para conmigo, a fin de que, consumido en las llamas ardientes de su amor, me lleve pronto al reino eterno de su amor!, «Amen!, ven¡, Dómine Jesu»: «Así sea!, venid Señor Jesús» Apoc. XXIIo, 20. Venid, vida mía!, venid, mi luz, mi amor, mi Todo, venid a mí! para aniquilar cuanto en mi ser se opone al imperio de vuestro amor. Venid a transformarme totalmente en encendido amor a Vos Señor! Venid a atraerme hacia Vos y a establecerme en ese lugar en que reina el verdadero y perfecto amor, allí en donde todo es amor, y amor eterno, continuo, indeficiente e invariable. Ay!, Jesús! Ay, mi Jesús!, único amor de mi corazón! Venid!»

5) ACTOS DE AMOR A JESÚS, CAUTIVO EN LAS PURAS ENTRARAS DE LA VIREN MARÍA

«Oh Jesús!, amor mío, os contemplo cautivo en el purísimo seno de vuestra santísima Madre, y más aún, en los sagrados vínculos de vuestro divino Amor. Cuánto os amo, oh Jesús!, en el amor que os ha reducido a este estado, concededme la gracia de verme yo también reducido al dulce cautiverio de vuestro sagrado amor!»

«Oh amor que cautivas a Jesús en María y a María en Jesús!, cautivad mi corazón, mi espíritu, mis pensamientos, deseos y afectos en Jesús y estableced a Jesús en mí para compenetrarme totalmente con El mediante su vida y reinado en todo mi ser.»

«Oh Jesús!, mi dulce amor, os amo con todo el afecto que os dispensaron durante los nueve meses de encierro en el purísimo seno de vuestra Madre querida, el Eterno Padre, vuestro Espíritu Santo, vuestra misma Madre santísima, San José, San Gabriel y todos los Ángeles y Santos que en una u otra, forma par, participaron de cerca en este misterio de vuestra vida adorable!»

«Oh abismo de amor!, al contemplaros en el casto seno de vuestra santísima Madre, me parece veros divinamente sumergido y abismado en el océano infinito de vuestro amor! Ay!, pueda yo, también, perderme santamente junto con Voz en este mismo amor divinos

6) ACTOS DE AMOR A JESÚS EN SU NACIMIENTO Y EN SU SANTA INFANCIA

«Oh Jesús!, Vos sola todo amor en todos los momentos, estados y misterios de vuestra vida, pero muy especialmente irradiáis amor y dulzura infinita en vuestro nacimiento y durante el tiempo de vuestra niñez encantadora. Que os ame, pues, en este momento y en este estado y que el cielo y la tierra se unan a mí para amaros y que el mundo entero se convierta en una inmensa hoguera de amor a su Creador y a su Dios, todo dulzura y amor, en la hora de su nacimiento y en todo el tiempo de su Infancia adorable! »

«Oh amabilísimo Niño Jesús!, nacisteis por amor y para amar y ser amado, y amáis mucho más a vuestro Padre en el momento de vuestro nacimiento que todos los Ángeles y que todos los hombres reunidos lograrían amarlo en toda la eternidad!»

«Igualmente vuestro Padre os ama en este, mundo infinitamente más de lo que ha amado y habrá de amar jamás a todos los hombres y a todos los Ángeles reunidos. Oh Jesús!, os ofrezco todo el amor con que vuestro Padre os amó en vuestro nacimiento junto

con el que os tributaron vuestro Espíritu Santo, vuestra dignísima Madre, San, José, San Gabriel y todos los Ángeles y Santos que tuvieron particular participación en este amabilísimo misterio» .

Estos actos de amor acerca del nacimiento y de la Infancia de Jesús os bastarán para facilitaros el modo de hacer otros de vuestra propia invención sobre los demás estados y misterios de lo vida de Jesús.

7) ACTOS DE AMOR A JESÚS CRUCIFICADO

Hé aquí otros diez actos de amor a Jesús Crucificado que podéis recitar besando él crucifijo y que fuera bueno hicierais diariamente por la noche después de vuestro examen de conciencia y las oraciones subsiguientes, a fin de terminar el día con estos actos de amor a Jesús y para alcanzar de Dios la gracia de terminar santamente vuestra vida amando a Jesús hasta vuestro último suspiro.

1e) Besad, primeramente el pie de la cruz diciendo de todo corazón: «Oh Jesús!, en honor y unión del amor con que besasteis y abrazasteis la cruz que os presentaron en el día de vuestra santa Pasión, la misma que entrevisteis desde el momento de vuestra Encarnación, amo yo y abrazo de todo corazón todas las cruces, tanto corporales como espirituales¡ que tengáis a bien enviarme en el curso de toda mi vida; las uno a las vuestras y os suplico que me hagáis partícipe del amor inmenso con que soportasteis las penas, cruces y aflicciones de vuestra vida mortal!»

2e) Besad luégo las llagas de los pies sagrados de Jesús, y, al hacerlo, decid fervorosamente: «Oh Jesús!, deseo besar vuestros pies sagrados con el mismo amor purísimo con que la Magdalena lo hizo en casa del fariseo, cuando mereció oír de vuestros divinos labios estas dulces palabras: «Tus pecados te son perdonados!»

3e) Besad una vez más los pies de Jesús, con la siguiente oración: «Oh Jesús!, deseo besar vuestros

sagrados pies con todo el amor de las almas buenas de todo el mundo, ofreciéndoos todo este amor en satisfacción de las deficiencias del mío en toda mi vida!»

4e) En seguida, besad la llaga de la mano izquierda, diciendo mientras tanto: «Oh Jesús!, quiero besar esta llaga venerable en unión de todo el amor que vuestro Arcángel San Gabriel, vuestros Serafines y Ángeles en general, y vuestro Ángel custodio en particular, os profesan; os ofrezco todo este amor en expiación de la frialdad del mío en todo el curso de mi vida para con vuestra adorable Persona!»

5e) Besad después la llaga de la mano derecha, diciendo más con el corazón que con los labios: «Oh Jesús!, deseo besar esta santa llaga en unión de todo el amor que vuestros Santos y Santas del cielo os profesan, ofreciéndoos todo este amor en satisfacción de todos mis pecados contra vuestro divino amor!»

6e) Besad la llaga sagrada del costado de Jesús, en unión del amor de la Santísima Virgen; o mejor, estimándoos indignos de besar esta llaga adorable, suplicad a la Virgen Santísima se digne Ella hacerlo en vuestro nombre, diciendo: «Oh Madre de Jesús!, besad, os lo suplico, en mi nombre la sacratísima llaga del costado de vuestro Hijo, y con este beso santo, tributadle, por centuplicado, todo el amor que yo hubiera debido rendirle en toda mi vida!»

Y, entonces, en vez de besar la llaga del costado, besad la de los pies, diciendo: «Oh Jesús!, yo quiero besar vuestros sagrados pies en unión del amor que os profesa vuestra santísima Madre y os ofrezco este mismo amor en reparación de las imperfecciones de mi amor a Vos!»

7e) Besad las llagas de la cabeza adorable de Jesús, producidas por la corona de espinas, o más bien, juzgándoos demasiado indignos de ello, dirigíos al Padre celestial, diciéndole: «Oh Padre de Jesús!, dad, os lo ruego, un santo ósculo a vuestro Hijo amadísimo, tributándole así mil veces y por centuplicado todo el

amor que yo hubiera debido manifestarle durante toda mi vida!»

Y, en vez de besar las llagas de la cabeza de Jesús, besad una vez más los pies del crucifijo, diciendo: «Oh Jesús!, voy a besar vuestros pies sacrosantos con todo el amor que vuestro Eterno Padre os profesa 1 en cuanto me sea posible, ofreciéndoos todo este amor en satisfacción de las faltas por mí cometidas contra vuestro divino amor!>

8e) Besad también los pies de Jesús, en unión del amor del Espíritu Santo, diciendo con fervor: «Oh Jesús!, beso yo vuestros pies sagrados con el amor que os tiene vuestro Espíritu Santo, ofreciéndoos todo este amor en satisfacción de las faltas que he cometido contra vuestro divino amor!»

9e) Besad nuevamente estos pies adorables, en unión del amor que Jesús se tiene a Sí mismo, y decidle con toda el alma, lo que vuestros labios afirman: «Oh Jesús!, besaré una vez más vuestros pies sagrados con todo el amor que Vos mismo os tenéis, en cuanto me es posible, y os ofrezco este amor en reparación de mis defectos, suplicándoos que os rindáis en centuplicado y por infinitas veces todo el amor que yo hubiera debido daros desde el día de mi nacimiento!»

10e) En fin, besad por última vez estos pies divinos, con todo el amor del cielo y de la tierra, diciendo fervorosamente: «Oh Jesús?, permitidme que bese todavía una vez vuestros sagrados pies, con todo el amor de que soy capaz, con el que os han amado, os aman y os amarán siempre todas las almas santas que ha habido, hay y habrá en el cielo y en la tierra y con el de vuestro eterno Padre y el de vuestro Espíritu Santo, amor eterno e indeficiente, que unido a todos los amores creados, os ofrezco en satisfacción de todos mis pecados e infidelidades y de las deficiencias de mi amor Para con Vos en todo el curso de mi vida!

Notad por favor que al hacer estos actos de !amor en forma alguna se requiere hacerlos de viva voz y tampoco

poco es preciso tener en la mente en cada caso estas ideas o pensamientos similares, sino que hasta besar el crucifijo todas las veces con las intenciones señaladas. Así podréis en un momento satisfacer vuestra devoción a Jesús Crucificado sin menoscabo de vuestras ocupaciones habituales: es cuestión de hábito, que una vez adquirido os facilitará enormemente el cumplimiento de este piadoso deber. Es más, hasta podéis prescindir del crucifijo, diciendo diez veces las palabras: «Oh Jesús!, con las intenciones que ya conocéis.

8) ROSARIO DEL AMOR SAGRADO DE JESÚS

Se compone este rosario de treinta y cuatro cuentas o granitos en honor de los treinta y cuatro años de la vida de Nuestro Señor en, la tierra, que se caracterizó por un amor ardentísimo a nuestras almas y a la gloria de su Padre y de su Espíritu Divino.

Al principio del mismo diréis: «Veni, Sancte Spíritus, reple tuórum corda fidélium, et tu¡ amóris in éis ignem, accende!»: «Venid, Espíritu Santo!, llenad el corazón de vuestros fieles y encended en ellos el fuego de vuestro amor!». Tales palabras os servirán para invocar y atraer sobre vosotros el santo amor de Jesús, que es su Espíritu Santo, y para daros a El a fin de que destruya en vosotros cuanto se opone a su acción en vuestros corazones y supla las imperfecciones de vuestro amor a Jesús. En cada grano pequeño, repetiréis las palabras sacadas en parte del Evangelio y en parte de San Agustín, a imitación de San Pedro, que dijo por tres veces a Nuestro Señor después de su Resurrección y como respuesta a su pregunta de si lo amaba de verdad: «Amo te!, amantíssime Jesu; amo te, Bónitas Infinita!, amo te, ex toto corde meo, ex tota ánima mea, et ex totis víribus méis, et mágis atque mágis amáre volo!»: «Os amo, oh amabilísimo Jesús!, os amo oh Bondad infinita!, os amo con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas y quiero amaros siempre más y más!»

Al decir el primer «Amo te!», procurad decirlo con todo el amor que el Padre Celestial siente por su Hijo; al pronunciar el segundo, tened la intención de decirlo con el mismo amor que Jesús se tiene a Si propio, y al enunciar el tercero. hacedlo con todo el amor que el Espíritu Santo profesa a Jesús, recordando que el Padre eterno al darnos a su Hijo todo nos lo dio en su Epístola con El, según enseñanza de San Pablo en su Epístola en 1a a los Romanos, cap. XIIIo,32, y, por consiguiente, el amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo nos pertenece, y as!, podemos servimos de él como de

cosa propia para amar con él a Nuestro Señor.

Cuando decía: «Ex toto corde meo», debéis comprender que se trata del Corazón de Jesús, del de la Santísima Virgen y de los de todos los Ángeles y Santos del cielo y de la tierra, que todos reunidos no forman con el de Jesús y el de María sino un sólo y mismo corazón por la unión existente entre todos esos corazones, y este Corazón es, el nuestro, puesto que según San Pablo, todo cuanto existe nos pertenece por derecho de la donación que de todo ser nos hizo el mismo Dios: «Omnia vestra sunt»: «Todo es vuestro>. 1a Cor. 111o,22.

Al decir: «Ex totis víribus méis«: «con todas mis fuerzas», tened la intención de emplear todas las potencias de la divinidad y de la humanidad de Jesús y todas las fuerzas de cuantos seres hay en el cielo, en la tierra y aún en el infierno, para amar a Jesús.

Y, al pronunciar las últimas palabras: «Et mágis, atque mágis amare volo»: «Y más y más te quiero siempre amar!», váleos no sólo de toda vuestra voluntad de amar a Jesús, sino de toda la extensión y capacidad infinitas de amor de la divina voluntad de Cristo que realmente os pertenece y de la cual, por consiguiente podéis disponer para cumplir santa y dignamente esta dulcísima obligación para con Nuestro adorado Señor.

En las cuentas gruesas del rosario, es decir, a cada decena de advocaciones, decid las palabras de San Agustín: «0 ignis qui semper ardes et núnquam extingueris!, o amor, qui semper ferves et núnquam tepescis, ascende me, accende me totum, ut totus díligam te»: «Oh fuego, que siempre ardes sin extinguirte jamás!, oh amor, que siempre abrasas sin jamás enfriarte!, enciéndeme, inflámame enteramente para que del todo te ame a tí!»

Ahora bien, ningún momento más propicio e indicado para recitar este pequeño Rosario del amor a Jesús, que el que sigue a la recepción de la Sagrada Comunión, pues, poseyendo entonces real y verdaderamente el amor de la Santísima Trinidad con el Corazón de Jesús, con su alma y todas las potencias de su Divinidad y de su sagrado humanidad, entonces, repito, más que nunca tenéis Pleno derecho de amar a Jesús y de decirle con toda el alma: «Te amo, amantísimo Jesús!, te amo, oh bondad infinita!, te amo con todo mi corazón, con toda mi alma, con todas mis fuerzas y más y más siempre te quiero yo amar!»

Es también muy conveniente decir en esos momentos las palabras del Salmista: «Bénedic, ánima mea, Dómino; et ómnia quae intra me sunt, nómini sancto ejus!» :«Bendice, alma mía, al Señor!, y que todo cuanto tengo bendiga su santo nombre!» Psalm. C11o,1, aplicándolas a Jesús, que mora en vosotros para ser el alma de vuestra alma, y a la Trinidad beatísima y a todas las maravillas del cielo y de la tierra que se manifiestan en vuestro Corazón por medio de la Sagrada Eucaristía, real compendio de todos los Portentos divinos, y deseando que todo esto que en vosotros actúa y opera en el sacramento bendito del amor, viva para bendecir y glorificar a Jesús y a las tres Divinas Personas que en toda la plenitud y el esplendor. de la Divinidad habitan en Jesús Eucaristía, huésped de vuestro corazón.

383-

LIBRO CUARTO

El alío del cristiano

CAPITULO I

EL PRINCIPIO DEL AÑO

1 - Modo de comenzar el año en unión de Jesús

El gran Apóstol San Pablo nos enseña «que Jesucristo ha muerto por nosotros a fin de que los que viven no vivan ya para sí sino para Aquél que por ellos murió, y que murió por nosotros a fin de que, sea que velemos, sea que durmamos, vivamos con El»: «Et pro ómnibus mortuus est Christus, ut qui vivunt jam non sibi vivant, sed e¡ qui pro ipsis mortuus est et resurrexit». IIa Cor.V.15 y «Qui (Christus), mortuus est pro nobis, ut sive vigilemus, sive dormiamus, símul cum illo vivamus». Ia Thes.V.10. Y Jesucristo en persona nos asegura que «sus delicias están en vivir siempre con nosotros»: «Delíciae meae esse cum filiis hóminum». Prov. VIIIo,31; y así, para no privarlo de esta felicidad ni de los frutos de su muerte santísima, a nuestro turno debemos fincar toda nuestra dicha en tratar con El y en buscar toda clase de medios ingeniosos para estar siempre en su compañía sin jamás Perderlo de vista, para que sea el único objeto de nuestros pensamientos y afectos, para velar y dormir, para vivir y morir con El y para comenzar y acabar un¡dos a El los años, meses y días de nuestra vida.

Para empezar cada año de nuestra vida con Jesús, es preciso comenzarlo como Jesús dio principio a su vida temporal sobre la tierra. Para ello, al iniciar cada año, hemos de prosternarnos a los pies de Jesús para rendirle nuestros homenajes, sirviéndonos de las prácticas siguientes que, en forma de Elevaciones os propongo a continuación.

2 - Elevación a Jesús para rendirle nuestros homenajes con motivo de¡ Año-nuevo

«Oh Jesús!, Señor y dueño mío, os adoro, os bendigo y os amo lo mejor que puedo en el primer instante de vuestra vida mortal sobre la tierra. Adoro todos los pensamientos, afectos, sentimientos y santas disposiciones de vuestra alma divina y todo cuanto sucedió entonces a vuestra persona adorable. Oh admirable Jesús!, veo que desde el primer momento de vuestra vida temporal, os dirigís a vuestro Eterno Padre para adorarlo, amarlo y glorificarlo y para consagrarle vuestro ser y vuestra vida entera y para daros a El a fin de hacer y sufrir cuanto sea de su agrado para su mayor gloria y por nuestro amor. En el mismo instante también os volvéis a mí para pensar en mi persona, para amarme y forjar vuestros designios de amor para con mi alma y poner a mi disposición toda clase de gracias y favores. Sed, por todo ello, eternamente bendito y que todas las creaturas del cielo y de la tierra y todas las potencias de vuestra divinidad y humanidad por ello eternamente os bendigan y alaben!

Oh Jesús!, a Vos me entrego para comenzar este nuevo año como Vos empezasteis vuestra vida en el mundo y para penetrarme de vuestras santas disposiciones, grabadlas en mí, os lo ruego, por vuestra gran misericordia. Oh adorable Jesús!, en honor y unión de la humildad, amor y demás santas disposiciones con que adorasteis y amasteis a vuestro Padre celestial y con que os disteis a El en el primer instante de vuestra vida, os adoro, amo y glorifico según mis posibilidades, como mi Dios y Salvador, como autor de los tiempos y Rey de los siglos y de los años y como a aquél que para mí, al precio de toda su sangre ha comprado los años las horas y los instantes todos de mi vida sobre la tierra.

Oh Jesús!, yo os dedico, ofrezco y consagro los

instantes, horas, días y años de mi vida entera, protestándoos que no quiero servirme de toda mi ex¡stencia sino para vuestra mayor gloria y que deseo que todos mis pensamientos, palabras, acciones y latidos de mi corazón y las respiraciones de mi ser durante este nuevo año que me concedéis y en todos los de mi vida sean otros tantos actos de alabanza y amor hacia Vos. Dadme, oh mi querido Jesús!, esta gracia insigne por vuestra infinita bondad e innegable misericordia.

Ofrézcoos también, oh Jesús!, todo el amor y toda la gloria que en el presente año os serán tributados por vuestro Eterno Padre, vuestro Espíritu Santo, vuestra Madre Santísima, vuestros Ángeles y Santos en unión de todas las criaturas del universo entero.

Oh amabilísimo Jesús!, adoro todos los designios que os dignáis tener para conmigo en este nuevo año cine me dais; no permitáis, os lo suplico, que ponga obstáculos de ninguna clase a vuestra acción santificante sobre mi persona que se ofrece y entrega a Vos para colaborar con Vos generosamente en la realización de todos vuestros designios sobre ella. En honor y unión del amor con que habéis aceptado, desde e¡ instante mismo de vuestra Encarnación, todos los sufrimientos de vuestra vida, acepto y abrazo gustoso desde ahora por vuestro amor todas las cruces y Penas que me tengáis reservadas en este año y en los restantes de mi vida. Oh Salvador mío!, un año ha de llegar que será el último de mi existencia; puede ser el que hoy comienza. Ah!, sí yo estuviera seguro de ello, con cuánto fervor y diligencia lo consagraría desde de ahora mismo a vuestro santo servicio. Mas, suceda lo que suceda, quiero considerarlo como el último de mi vida y emplearlo todo entero en amaros y glorificaros corno si en realidad no tuviera ya más tiempo para ello en este mundo, tratando así de reparar las faltas de mi vida pasada contra vuestro divino

vino amor. Concededme, oh buen Jesús!, todas las gracias necesarias para lograr este favor inapreciable!»

3 - Elevación a María Santísima con ocasión de¡ Año-Nuevo

«Oh Virgen Santísima!, Madre de mi Salvador, os acato y venero cuanto me es posible en el primer momento de vuestra vida, rindiendo el respetuoso homenaje de mi admiración y amor a vuestras santas disposiciones y virtudes en ese instante el más importante de vuestra existencia.

Desde entonces comenzasteis, oh Virgen Sagrada, a amar y glorificar a Dios con toda perfección y luégo, en el decurso de vuestra vida, vuestro amor y celo por su gloria no hizo sino crecer día por día. Y yo, en cambio, a pesar de haber ya vivido tantos años sobre la tierra, aún no he comenzado a amar a Dios de verdad.

Oh Madre de misericordia!, rogad a vuestro Hijo se apiade de mi; suplid mis defectos, os lo ruego, ofrecedle por mi todo el amor y gloria que le tributasteis en reparación de mis múltiples deficiencias en amarlo y glorificarlo. Hacedme partícipe del amor que le tenéis y pedidle que me conceda la gracia de empezar siquiera ahora a amarlo perfectamente y que todo cuanto me sucede en este año y en el resto de mi vida sea consagrado a su gloria y a vuestro honor.

Oh Ángeles de Jesús!, oh Santos y Santas de Jesús!, rogadle, os lo pido, que me otorgue nuevas gracias y un renovado amor hacia su adorable persona, a fin de que fervorosamente consagre y dedique

yo todo este año y todos los restantes de mi vida a su gloria y amor únicamente».

387-

CAPITULO 11

EL RETIRO ANUAL

1 - Excelencia y práctica del retiro anual

Muy santa e importante práctica, y cuya utilidad sólo pueden apreciar los que la acostumbran regularmente, es la de destinar todos los años algún tiempo a los ejercicios de piedad y al servicio de Nuestro Señor, más cuidadoso que de Ordinario. Los mundanos fuera de sus comidas reglamentarias de cada día, tienen la costumbre de ofrecer de vez en cuando banquetes extraordinarios para divertirse más de lo común y corriente; del mismo modo, los cristianos fervorosos, a más de sus habituales ejercicios devotos, debieran darse de cuando en cuando, por ejemplo, al terminar o comenzar un nuevo año, el placer inefable de un verdadero banquete espiritual en el servicio de Dios, empleando varios días consecutivos para amar Y glorificar a su Divina Majestad con mayor afecto Y devoción que de costumbre. La alegría espiritual Y el gozo perfecto del cristiano está precisamente en esto: en tratar y conversar con Dios Nuestro Señor en la oración frecuente y prolongada, y este es uno de los ejercicios más frecuentes y consoladores del Retiro Anual.

A ello exhorta San Pablo, no ya a los religiosos Y religiosas tan sólo, sino a todos los fieles en general, aún a los casados y que tal vez podrían excusarse alegando la gravedad de sus obligaciones de estado, cuando los aconseja dejar de lado, de común acuerdo, sus mutuos compromisos de esposos para dedicarse a la oración y a la piedad: «No os engañéis mutuamente, a no ser de común acuerdo imponeos la abstinencia Por un tiempo determinado, para dedicaros a

la oración»: «Nolíte fraudare ínvicem, nisi forte ex consensu ad tempus, ut vacetis orationi». la Cor.VI1o,5. Tal ha sido, además, práctica corriente en la Iglesia de todos los tiempo: así leemos de muchos santos y prelados eminentes, que, abandonando sus ocupaciones ordinarias y sus asuntos domésticos, se retiraban frecuentemente por tiempo determinado a lugares apartados y silenciosos, para dedicarse con fervor especial a la contemplación, al amor y al servicio de Dios. A esto llamo yo, el Retiro anual, pues anualmente se practica en todas las comunidades religiosas en que reinan la piedad y el amor de Dios; es también práctica muy común de muchos cristianos ordinarios, que, viviendo en medio del mundo, acostumbran todos los años tomarse ocho o diez días, en los que, despidiéndose enteramente de los cuidados y preocupaciones terrenales, se consagran por entero a los ejercicios de piedad y al amor divino. Si vuestra condición, o la multiplicidad de vuestras ocupaciones habituales, no os permiten imitarlos empleando tanto tiempo en vuestra santificación personal, procurad al menos apartar algunos ratos para entregaros a las prácticas piadosas y al amor de Dios, con mayor asiduidad y fervor una vez siquiera por año, para el mayor aprovechamiento de vuestras almas. En todo caso, vuestro Director espiritual os orientará y ayudará con sus luces y consejos en esta oportunidad: obedecedle con docilidad, y Dios se encargará del resto. Tres son los principales motivos que nos asisten para hacer estos Retiros anuales:

1e) Para continuar y honrar los diversos retiros de Jesús, a saber: el retiro eterno en el seno de su Padre, seguido del retiro temporal de nueve meses de su purísima concepción en el seno de María Santísima: el del establo de Belén durante cuarenta días; el de Egipto, por espacio de siete años; el de Nazaret, que se prolongó todo el tiempo de su vida oculta hasta los treinta años de edad; el del desierto, que le sirvió

de preparación a su vida pública, por cuarenta días de soledad, abstinencias y ayunos rigurosísimos; el del cielo, en medio de los resplandores de la gloria de su Eterno Padre, desde el día de la Ascensión y el del Santísimo Sacramento del Altar, en donde vive como en un permanente retiro, sempiterno prisionero del amor a los hombres, desde hace ya dos mil años y con ánimo de prolongarlo hasta el fin del mundo.

Al hacer nuestro Retiro anual también pretendemos honrar los varios retiros de la Santísima Virgen y la participación que tuvo en algunos de los de su divino Hijo. Así, pues, el objeto principal y la principal intención del Retiro debe ser amar y glorificar a Jesús y a María y unirnos más íntimamente a ellos por el amor y la oración durante esos días de bendición y recogimiento.

2e) El segundo motivo que ha de impulsarnos a hacer el retiro anual ha de ser la necesidad que tenemos de reparar de cuando en cuando las negligencias Y faltas cometidas en el curso del año contra el amor Y la gloria de Nuestro Señor y su Madre Santísima.

3e) Finalmente, motivo poderoso es el de tratar de tomar aliento y renovado vigor espiritual y de recibir nuevas gracias para caminar con mayor decisión por los senderos del bien y de la virtud, empeñándonos en destruir las trabas e impedimentos que de nuestra Parte pudiera haber en esta obra tan meritoria y necesaria de nuestra santificación, al consagrar unos días, ojalá los primeros del año que comienza, a esta digna ocupación.

Por último, tenernos que estimar el Retiro como un paraíso, y el tiempo al mismo destinado, como una Partícula de la eternidad, para tratar de hacer durante esos días lo que hacen los bienaventurados en el cielo y en la eternidad, empezando desde la tierra lo que hemos de hacer por toda la eternidad en el Paraíso, esto es, amar, glorificar y contemplar extasiados a Dios Nuestro Señor con creciente fervor, pensando

que talvez este retiro espiritual haya de ser el último de nuestra vida y que, por ende, tenemos que aprovecharlo íntegramente en reparar nuestras pasadas infidelidades y deficiencias en el amor a Dios y en el cumplimiento de nuestros deberes para con la Divina Majestad en toda nuestra vida. Sobre todo hemos de protestar a Nuestro Señor que queremos entregarnos a estos devotos ejercicios de piedad no en procura de nuestro consuelo, merecimiento e interés personal, sino para satisfacer los divinos anhelos que El mismo abriga acerca de nuestra santificación y aprovechamiento espiritual.

Y, como los religiosos acostumbran en estos días de retiro, renovar sus votos de perfección, me parece oportuno transcribir a continuación una fórmula apropiada para tal fin en forma de piadosa elevación a Jesús.

2 - Elevación a Jesús para la renovación de los tres votos de pobreza, castidad y obediencia

«Oh Jesús!, mi Señor y mi Dios, os adoro, os amo y, os glorifico en vuestra santa pobreza, en vuestra pureza divina y en vuestra obediencia, ejemplar e igual. mente adoro y glorifico todos vuestros designios sobre las almas que voluntariamente os han hecho el voto de honraros con la práctica perfecta de esas tres excelsas virtudes, a cuyo número pertenece la mía por inefable gracia vuestra.

Infinitas gracias os doy, oh buen Jesús!, por toda la gloria que habéis tributado a vuestro

Padre y a Vos mismo, por vuestra pobreza, castidad y obediencia y por la que os han dado vuestra Madre Santísima y las numerosas almas religiosas que han querido honraros con la práctica de esas mismas virtudes. Os pido perdón de todas mis faltas contra estos santos votos y en satisfacción os ofrezco todo el honor que Vos

mismo os habéis rendido por vuestra pobreza, castidad y obediencia y por las mismas virtudes de vuestra Madre dignísima y de los religiosos de todo el mundo. Os suplico muy humildemente que supláis mis defectos y que os rindáis Vos en persona los homenajes que con la práctica de mis tres votos religiosos debía yo tributaros, y que, en parte al menos he dejado de cumplir por mi negligencia; me doy a Vos, Señor!, para hacer y sufrir cuanto os plazca a cambio de semejante gracia.

Oh mi Jesús!, nuevamente os consagro mis tres votos de pobreza, castidad y obediencia, protestándoos a la faz del cielo y de la tierra que quiero observarlos perfectamente hasta mi último aliento, en honor y homenaje a vuestra divina pobreza, castidad y obediencia y a las mismas virtudes de vuestra Madre adorable.

Me entrego a Vos, oh Jesús!, aniquilad en mi, os lo Pido, cuanto se opone al cumplimiento de mis votos religiosos y dadme la gracia de observarlos a perfección, según vuestro querer. Oh Madre de Jesús!, oh Ángeles, Santos y Santas de Jesús!, rogadle que aniquile en mí todo lo que le ofenda y que establezca en mí una fiel imagen de su pobreza, castidad y obediencia incomparables a fin de que mi vida pobre, casta y obediente sea el trasunto fiel de la suya perfecta y divina, modelo de todas las virtudes».

3 - Piadoso ejercicio para reparar nuestras faltas para con Jesús, Nuestro Señor, y para consagrarle todos los años de nuestro vida en honor de los de la suya.

Así como el Hijo de Dios empleó todos los resortes de su ingenio para idear las más peregrinas invenciones de su amor a nosotros y los medios de demostrarnos su amor y de darse a nosotros en todas las formas imaginables, así debemos nosotros buscar toda

clase de industrias piadosas para consagrar todos los instantes y estados de nuestra vida a su honor y glorificación.

Por otra parte, lo hemos honrado tan poco y tanto lo hemos ofendido en nuestra vida entera, ya que hemos sido enemigos suyos, aunque involuntariamente, en los primeros meses de nuestra existencia y hemos pasado los primeros años de nuestra infancia en la más lastimosa ignorancia de su naturaleza e infinitas perfecciones hasta el día en que tuvimos el uso de la razón, y, puesto que aún después de haber comenzado y razonar y discernir, tantas y tantas veces lo hemos ofendido con plena advertencia y osada deliberación, justo es que ideemos ahora toda clase de medios para reparar nuestras infidelidades y pecados en la medida de nuestras posibilidades y ayudados por su gracia todo poderosa.

Hé aquí, a mi modo de ver, algo muy aconsejable a este respecto. Tomad anualmente tantos días como años hayáis vivido en el mundo, y después de humillaros profundamente ante Nuestro Señor a la vista de vuestras faltas e ingratitudes pasadas, pedidle perdón y rogadle ahincadamente que se digne borrar con su preciosa sangre todos vuestros pecados y consumirlos en el fuego devorador de su amor inefable, tomando, por vuestro lado, la firme resolución de cambiar de vida y de comenzar de una vez

por todas a amarlo y glorificarlo de verdad como hubierais debido hacerlo desde el primer momento de vuestra existencia.

Formulad un gran deseo de emplear estos días como si de hecho hubieran sido los primeros de vuestra vida o como si hubieran de ser los últimos, y por lo tanto, no os quedara ya más tiempo para amar y glorificar a Jesús, sobre la tierra. Procurad hacer cada día al menos lo que hubierais debido hacer cada año de vuestra existencia y pasarlo tan santamente y comportaros con tanta perfección en todos vuestros actos de piedad y, en general, en todas vuestras acciones ordinarias,

que así podáis en cierto modo reparar las faltas de la vida pasada. Para lograrlo, hé aquí en breves palabras, lo que diariamente debéis hacer:

El primer día que destinéis a reparar las deficiencias de vuestro primer año de vida, procederéis en la forma siguiente:

1e) Adorad a Jesús en el primer año de su vida y en todo cuánto le sucedió durante ese tiempo. Acusaos ante El, pidiéndole perdón del ultraje que le irrogasteis, aún sin daros cuenta de ello, con el pecado original en que estuvisteis durante algún tiempo de ese primer año de vuestra vida; en satisfacción, ofreced al Eterno Padre todo el honor que su Hijo Jesús le tributó en su primer año de vida terrena, y ofrecedle a Jesús toda la gloria que su Madre Santísima le dio con el primer año de su vida en el mundo.

2e) Ofreced al Padre Celestial todo lo que os sucedió en el primer año de vuestra vida, suplicándole fervorosamente por su celo admirable por la gloria de su divino Hijo y por el ardiente amor que le profesa, se digne aniquilar cuanto de malo e indigno hubo en esa primera etapa de vuestra vida y transformar todo cuanto sufristeis o ejecutasteis, interior y exteriormente, en alabanza gloria y amor a su Hijo y a cuanto a El le ocurrió en su primer año de vida mortal sobre la tierra. Rogad igualmente a Jesús que destruya todo lo malo que habéis de lamentar en el primer año de vuestra existencia y que convierta en alabanza, gloria y amor de cuanto a El le sucedió en el mismo tiempo de su vida terrestre, es decir, que haga de suerte que todos los sufrimientos así espirituales como corporales, todo el uso de vuestros miembros y sentidos y de las facultades superiores de vuestra alma durarte este Primer año de vuestra vida, redunden en honor Y gloria de lo mucho que El sufrió corporal y espiritualmente, del uso que hizo de sus miembros, sentidos .y facultades superiores en el curso de su primer año de vida sobre la tierra. Haced también la misma súplica

al Espíritu Santo, a la Virgen Santísima, a los Ángeles, a los Santos y Santas de Jesús a fin de une, por sus méritos y oraciones alcancéis de Dios la gracia de que todo lo que en el primer año de vida os sucedió, rinda eterno homenaje de honor y alabanza a cuanto le ocurrió a Jesús en el primer año de su vida.

3e) Ofreced a Jesús todas vuestras acciones de este primer día, y todo el amor, las alabanzas y adoraciones que le rendiréis, en unión de todo el amor, de la gloria y de las alabanzas que se le rindieron en el primer año de su vida por su Padre Eterno, por Sí mismo, por su Espíritu Santo, por su dignísima Madre, por sus Ángeles y Santos. Y pedid al Padre y al Espíritu Santo que a vuestro nombre le rindan a JESÚS por centuplicado todo el honor y toda la gloria que hubierais debido tributarle en ese vuestro primer año de vida, si hubierais estado en condiciones de hacerlo. Esto es lo que debéis hacer el primer día de este santo ejercicio y que corresponde al primer año de vuestra vida. El segundo día, y en los siguientes, practicaréis el mismo ejercicio y de la mima manera, salvo

en los días correspondientes a los años respectivos de vuestra infancia en que conservasteis la gracia bautismal: no tendréis entonces por qué pedir perdón a Dios de pecados que en realidad no cometisteis ni pudisteis entonces cometer. Pero, entonces, tendréis que humillaros muchísimo de haber permanecido tanto tiempo sin conocer y amar a Dios y de haber llevado en vosotros el principio y germen de todo pecado, la concupiscencia y los restos del pecado original, que tan nefasta influencia habría de tener e resto de vuestra vida sobrenatural.

Si vuestros años sobrepsan los de la vida de Nuestro Señor, podéis continuar este mismo ejercicio, relacionándolo con los años de la vida gloriosa de Jesús en el cielo, aunque bien es cierto la eternidad no se mide por años, meses ni días, nuestra imaginación ha de

suplir la precisión de los términos en provecho de nuestra propia santificación.

Podéis hacer este ejercicio no sólo por vosotros, sino también por aquellas personas con las que especiales vínculos de sangre o amistad Os unen, juntando los años de su vida a los de la vuestra y haciendo a la vez los mismos ejercicios por ellos y por vosotros diariamente. Y todo ello sin embargo, no por ellos ni por vosotros, sino por Jesús, por su gloria y purísimo amor. Mientras dure este ejercicio, podéis, si vuestra devoción os lo sugiere, serviros también del Rosario de la gloria de Jesús, cuya naturaleza paso a detallaros, a continuación.

4 - El Rosario de la gloria de Jesús.

Compónese este Rosario de tres decenas y cuatro granitos, en total: treinta y cuatro cuentas, en honor de los treinta y cuatro años de vida de Nuestro Señor sobre la tierra.

Al principio se dice por tres veces consecutivas: «Véni, Dómine Jesu»: «Venid, Señor Jesús», palabras éstas con que San Juan remata su Apocalipsis, para invocar y atraer a Jesús a nuestro corazón y para pedirle que venga a nosotros a destruír cuanto le desagrada y ofende en nuestro ser y a llenarnos de sus gracias, de su espíritu y de su divino amor. Es también muy provechoso decir siempre que vamos a comenzar cualquier obra buena, por tres veces esta misma invocación y con las mismas intenciones que acabo de señalar.

En cada granito, o cuenta pequeña, se dice: «Gloria tibi, Dómine Jesu, qui natus es de Vírgine, cum Patre et Sancto Spíritu in sempiterna saecula. Amén»: «Gloria a tí, oh Señor Jesús!, que naciste de una Virgen; gloria! también al Padre y al Espíritu Santo, por siglos infinitos, Amén!» Y al decir esto, se ofrece a

Jesús toda la gloria que le han dado en cada uno de los años de su vida el Padre Celestial, el Espíritu Santo, la Santísima Virgen, y todos sus Ángeles y Santos en reparación de las faltas que hemos cometido contra El en cada uno de los años de nuestra vida, suplicándole, al hacerle oblación de la nuestra, que nos otorgue la gracia de que todo cuanto durante ella nos ha ocurrido rinda homenaje de adoración y alabanza a cuanto le sucedió a El en cada uno de los años de su existencia mortal en este mundo.

Por ejemplo, en la primera cuentecilla del rosario, al decir: «Gloria a tí, oh Señor Jesús!, etc... ofreceremos a Jesús toda la gloria que le ha sido tributada en el primer año de su vida, en satisfacción de todas las deficiencias que hemos cometido en honrarlo durante el primer año de nuestra vida. Es preciso, además, ofrecerle el primer año de nuestra vida, pidiéndole que haga de

suerte que cuanto nos sucedió en dicho año se consagre a honrar todo cuanto a El le pasó en la misma época de su existencia temporal. En el segundo granito, se le ofrecerá toda la gloria que le dio durante el segundo año de su vida el Padre Celestial, etc... Se le ofrece también el segundo año de nuestra vida, suplicándole, etc... Y así, en adelante, en los granitos restantes.

En las cuentas gruesas, correspondientes a las glorias, se dirá: «Gloria Patri et Filio et Spíritui Sancto; sicut erat in principio et nunc et semper et in saecula saeculorum: Amén»: «Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; as! como era en un principio sea ahora y siempre y por todos los siglos de los siglos. Amén!», ofreciendo a la Santísima Trinidad toda la gloria que Jesús le ha dado y le dará eternamente, y en satisfacción de todas las faltas que hemos cometido contra las Tres Divinas Personas en toda nuestra vida.

5 - Disposiciones cristianas para lucrar las indulgencias

A menudo se presentan en el transcurso del año numerosas ocasiones de ganar Indulgencias, y muchísimos cristianos se contentan con buscar por medio de las mismas la exención de la pena debida por sus pecados y casi no consultan con ello sino su propio interés, impidiendo así muchas veces su aprovechamiento y la misma gloria de Dios se perjudica con tal proceder que en gran manera contraría sus designios misericordiosos sobre ellos: conviene, por tanto, enseñaros ahora las disposiciones e intenciones debidas para ganar las Indulgencias y para con ello, tributar mayor gloria a Dios Nuestro Señor. De suerte, pues, que cuando deseéis ganar algún Jubileo o cualquier clase de Indulgencia debéis prepararos a ello en la forma siguiente:

1e) Adorad el amor infinito de Dios que quiere concederos el favor inapreciable de las santas Indulgencias, pues su amor ardentísimo para con nosotros es el que lo impulsa a vernos cuanto antes unidos a El por un perfecto amor, y libres de toda culpa, y como sabe que las penas que hemos merecido por nuestros Pecados retardarían el cumplimiento de este deseo, reteniéndonos en el Purgatorio, de no pagarse en esta vida, se digna otorgarnos las Indulgencias, que son el medio más seguro y apropiado para su definitiva cancelación. Daos, pues, a El para ganarlas, no tanto en atención a vuestro personal interés cuanto para satisfacer los nobles anhelos de Nuestro Señor. Cumplid con todos los requisitos establecidos para lucrar las indulgencias en honor y unión de este purísimo amor de Dios con que El os quiere así favorecer.

2e) Adorad el amor infinito de Jesús que os ha adquirido el don inapreciable de las Indulgencias corno fruto inmediato de su Cruz y de su Pasión y a costa de su sangre divina y de su muerte. Procurad ansiosamente ganar las Indulgencias para no frustrar

los frutos de la Pasión del Hijo de Dios y para que algo que tan caro le costó no se desperdicie y quede, por vuestra incurría y negligencia, sin provecho alguno para vuestras almas.

3e) Adorad la Justicia divina con la cual habéis contraído las deudas imputables a vuestras culpas y tratad de ganar las Indulgencias no tanto para veros libres de las penas debidas por el pecado sino por el deseo de ver en tal forma satisfecha y glorificada la Justicia de la Divina Majestad.

4e) Es bueno además, adorar los designios que desde la eternidad tiene Dios sobre nuestras almas, especialmente el de establecernos en un alto grado de gracia en esta vida y de gloria en la otra. Mas, nosotros hemos puesto con nuestros pecados demasiados obstáculos a estos designios de bondad y misericordia, y, aun cuando la culpa de nuestros pecados se nos perdone por una buena confesión, no

es menos cierto que nos hemos hecho indignos en grado sumo de recibir gracias que Dios nos tenla reservadas de no haber interpuesto el impedimento de nuestros pecados. Pues bien, desea Dios, por medio de las Indulgencias destruir esta indignidad y apartar las trabas puestas por el pecado a la realización de sus designios sobre nuestras almas. Dios quiere capacitarnos para recibir gracias que nos tenía destinadas, a fin de cumplir así sus designios de amor para con nosotros, y por tanto, es nuestra obligación no frustrar tan santos y misericordiosos anhelos de Nuestro Señor, logrando, además, la remisión de las penas debidas por nuestros pecados.

5e) Debernos procurar, en fin, ganar las indulgencias a fin de que nuestra alma, perfectamente purificada por las indulgencias de los efectos malignos dejados en ella por el pecado, puede con mayor pureza y fervor amar a su Dios, libre de tales obstáculos a nuestra santificación. Para ello, al presentarse cualquier oportunidad de ganar alguna indulgencia, digamos así a Nuestro Señor:

«Oh Jesús!, me doy a Vos para hacer cuanto me exigís para ganar esta. indulgencia, en honor y unión del purísimo amor con que me la habéis alcanzado por vuestra preciosa sangre, en homenaje a vuestra divina Justicia, y para que vuestros designios misericordiosos sobre mi alma tengan plena realización y pueda así amaros y glorificaros con mayor perfección!»

6 - La Confesión anual

Después de una confesión general de toda nuestra vida, no debiéramos ya pensar en nuestros pecados sino para detestarlos y humillarnos ante Dios; con todo, es una cosa muy saludable e importante hacer una confesión anual, es decir, acerca de los pecados más graves cometidos durante el año, por ser muy posible que en nuestras confesiones ordinarias hayamos incurrido en varias faltas, sea por no haber aportado a ellas la debida preparación, o por carencia de un dolor verdadero o de cualquier otro requisito indispensable.

Además, no debemos olvidar que todo empeño y diligencia en negocio tan serio como es nuestra salvación, jamás ha de parecernos exagerado e inútil y que bien merece esto y mucho más nuestra alma que ha sido creada sólo para amar y glorificar a su Creador por toda la eternidad.

Esta práctica de la confesión general la acostumbran muchísimas personas deseosas de agradar a Dios y de asegurar de todas maneras su salvación. Aún hay muchos cristianos que la suelen hacer cada seis meses y hasta cada mes.

Seguid, pues, su ejemplo al menos al fin de cada ano para reparar así en cierta manera vuestras negligencias y rara disponeros a servir y a amar a Dios con mayor fervor en el año venidero. Si no lo hacéis a fin de año, no lo omitáis teniendo en cuenta los consejos

de vuestro confesor: el todo es que esa confesión sea verdaderamente extraordinaria por la preparación, la humildad y el dolor con que la ejecutéis.

Sobre todo, tened muy presente, en este acto, como en todos los de vuestra vida, la necesidad de protestar a Dios que no queréis ejecutarla para consuelo y satisfacción de vuestro espíritu ni en vuestro propio interés sino para agradar a Nuestro Señor y para procurarle con ello una mayor glorificación.

CAPITULO 111

EL FIN DEL AÑO

Manera de terminar el año con Jesús

Para terminar cada año de nuestra vida con Jesús, es preciso finalizarlo como Jesús acabó su vida mortal sobre la tierra. Para lograrlo, es necesario tomarnos algún tiempo para rendirle nuestros homenajes a Jesús, en la forma señalada en la siguiente Elevación :

1 - Elevación a Jesús para tributarle nuestros homenajes, con motivo de¡ fin de cada año

«Oh Jesús, mi Dios y Señor!, os adoro y glorifico en el último día, en la última hora y en el postrer instante de vuestra vida mortal y en todas las circunstancias y hechos que acompañaron el final de vuestra carrera en el mundo. As! pues, adoro vuestros últimos Pensamientos, palabras, acciones y penas últimas de vuestra vida; adoro el postrer uso de vuestro cuerpo adorable y las últimas disposiciones de vuestra alma santísima, a las que desde ahora deseo unirme para el último día de mi existencia.

Oh divino Jesús!, a la luz de la fe, veo cómo, en ese día postrero de vuestra vida adoráis a vuestro Padre con infinito amor, dándole gracias por todo cuanto hizo por Vos, y por mediación vuestra, en favor de todo el mundo, durante el tiempo de vuestra permanencia en la tierra. Le pedís perdón por todos los pecados de los hombres, ofreciéndoos generosamente a repararlos con vuestros sufrimientos; pensáis en mí con amor inefable y con ansias divinas de unirme a Vos. En fin, sacrificáis vuestra vida, derramando hasta

la última gota de sangre, para gloria de vuestro Padre y por amor a los hombres ingratos. Bendito seáis eternamente!, oh Jesús!

Oh buen Jesús!, en honor y unión del amor, de la humildad y de las demás santas disposiciones con que hicisteis todo esto, os doy infinitas gracias por toda la gloria que habéis procurado a vuestro Padre, en el tiempo que pasasteis en la tierra y por todos los beneficios que nos habéis concedido, a mí y a todos los hombres, en este año, y en toda nuestra vida, y por los que nos hubierais otorgado si no. hubiéramos puesto obstáculos a vuestros designios de bondad.

Os pido muy humildemente perdón de los ultrajes y del indigno trato que por mi causa tuvisteis que soportar en este mundo y de todas las ofensas que os he irrogado en este año que hay termina. En satisfacción os ofrezco todo el amor y toda la gloria que os tributaron mientras vivisteis en medio de los hombres y todo el amor y gloria que habéis recibido durante este año de parte de todas las creaturas del universo, de los Ángeles y Santos, de vuestra Madre Santísima, de vuestro Espíritu Santo y de vuestro Padre Celestial.

Oh amabilísimo Jesús!, adoro los pensamientos y designios que os dignasteis tener acerca de mi persona en el día último de vuestra vida, y me entrego a Vos para hacer y sufrir cuanto queráis para el cumplimiento de vuestros planes sobre mí, protestándoos que prefiero morir a oponerme a vuestra santa voluntad.

Oh buen Jesús!, os ofrezco el último día, la última hora y el momento final de mi vida junto

con mis últimos pensamientos, palabras, acciones y sufrimientos, el postrer uso de mis sentidos corporales y de las facultades de mi alma. Haced, Señor!, os lo suplico, que todo esto sea consagrado a honrar vuestro último día de vida en la tierra, vuestra hora postrera y el instante final de vuestra preciosa existencia. Haced que

yo muera en el ejercicio de vuestro santo amor; que mi ser y mi vida toda se sacrifiquen y consuman en procurar vuestra gloria y que mi postrer suspiro sea un acto del más puro amor a Dios. Tales son mis intenciones, tales mis anhelos y esperanzas, queridísimo Jesús!, en vuestra Bondad confío que así será por vuestra gran misericordia».

2 - Elevación a la Virgen Santísima con motivo del fin de año

«Oh Madre de Jesús!, Madre de la Vida, Madre del Eterno e Inmortal, os venero y reverencio en el último día, en la última hora y en el último instante de vuestra vida. Venero con respeto vuestros últimos pensamientos, vuestras últimas palabras y acciones, y el postrer uso de vuestros sentidos y facultades, y en especial, vuestro último acto de amor a vuestro Hijo Jesús. Yo os bendigo y agradezco de corazón, oh Virgen Sagrada!, por toda la gloria que habéis procurado a Dios, durante vuestra vida y por todos los bienes que de su Infinita Bondad nos habéis alcanzado para mí y para todos los hombres, particularmente en el año que hoy finaliza.

Os pido perdón, oh Madre de misericordia?, de todas las ofensas que habéis sufrido en este mundo cuando morabais en él, como también de las que yo he cometido contra Vos, especialmente en el presente año, ofreciéndoos en satisfacción todo el honor que os han tributado en el cielo y en la tierra.

Oh Madre de amor!, os consagro el último día, la última hora y el último instante de mi vida en honor del último momento, de la última hora y del día último de vuestra vida terrena. Unidme, si os place, a las disposiciones santas y divinas de vuestro Corazón en tal día. Haced, por vuestros merecimientos e intercesión, que mis últimos pensamientos, palabras, acciones

y suspiros se consagren a honrar vuestras últimas respiraciones, palabras, acciones y pensamientos en unión de los de vuestro divino Hijo; que yo muera en el ejercicio de su santo amor y que mi ser todo sea sacrificado y consumido en aras de su gloria y que el último aliento de mi vida sea un acto purísimo de amor a la Divina Majestad. Oh Ángeles de Jesús!, oh Santos y Santas de Jesús, rogadle a m¡ Señor se digne cumplir todo esto en mí por su infinita misericordia y por su. propio amor».

CAPITULO IV

PIADOSO EJERCICIO CON MOTIVO DE NUESTRO NACIMIENTO

1 - Deberes que hubiéramos debido tributar a Dios en el momento de nuestro nacimiento, si no hubiéramos carecido entonces de¡ uso de la razón

Yo no puedo contentarme con decíroslo y vosotros jamás debéis cansaros de oírlo y de meditarlo, tan importante es esta verdad, que Jesucristo, nuestro Jefe y Cabeza, cuyos miembros somos nosotros, habiendo pasado por todos los estados y condiciones de nuestra vida mortal, habiendo ejecutado casi todas nuestras acciones y habiendo realizado todas sus obras, así internas como externas, para sí y para nosotros al mismo tiempo, la perfección y santidad del cristiano consisten, por lo tanto, en darnos y en unirnos sin cesar a El en calidad de miembros suyos, y en proseguir haciendo lo que El hizo y como El lo hizo, con las mismas disposiciones e intenciones suyas y en conformar en todo nuestra conducta a la de Jesús, imitando cuidadosamente todos sus ejemplos, sin apartarnos jamás de nuestro divino Modelo y Maestro: Cristo, Nuestro Señor. La perfección y santidad cristiana consisten igualmente en ejecutar todos nuestros ejercicios interiores, no sólo para nosotros mismos, sino, a imitación de Jesús, para todo el mundo, y de manera particular para aquellas personas con las que tenemos vínculos especiales de sangre, gratitud o amistad. Tan poco debemos echar en olvido a este respecto a la Santísima Virgen, quien igualmente es nuestro modelo y ejemplar de vida cristiana. Pero, mejor entenderéis todo esto, por medio del siguiente ejercicio que os ayudará muchísimo a rendir a Dios los deberes que hubierais

debido tributarle desde el primer momento de vuestra vida y aún desde el seno de vuestra madre, si hubierais entonces podido hacerlo y de no haber carecido en tal ocasión del uso de la razón.

2 - Elevación a Jesús con «nativo de nuestro nacimiento

1e) «Oh Jesús!, os adoro en vuestro nacimiento eterno y en la divina residencia que desde toda la eternidad fijasteis en el seno de vuestro Padre. Os adoro igualmente en vuestra concepción temporal en las purísimas entrañas de la Virgen María, en la morada que por nueve meses establecisteis en su regazo y en vuestro nacimiento al término de dicho plazo. Adoro y venero profundamente todas las grandezas y maravillas inherentes a estos misterios de vuestro amor y todas las santas disposiciones de vuestra adorable persona en tales circunstancias. Adoro, bendigo y amo con toda mi alma todos vuestros actos de adoración, de amor, de bendición, de alabanza y de consagración de vuestra Persona a vuestro Padre, y todos los demás actos y ejercicios divinos que practicasteis en honor del mismo.

2e) Yo os adoro y os glorifico, oh bondadoso Jesús!, como autor de todas estas grandezas y maravillas para Vos, para mí y para todo el mundo; me doy y me uno a Vos, amado Jesús!, para hacer ahora con Vos, a propósito de mi nacimiento y de mi estadía en el seno de mi madre, lo que Vos hicisteis con motivo (le vuestro nacimiento eterno y temporal, y de vuestra residencia eterna en el seno del Padre y de nueve meses en el de vuestra Madre dignísima, y me entrego y uno a Vos para hacer esto como Vos lo hicisteis, es decir, con el mismo amor, con la misma humildad, pureza y demás santas disposiciones que pusisteis en todo ello. Y, puesto que Vos lo hicisteis, para Vos mismo, para mí y para todos los hombres, de la misma

manera deseo yo en honor de vuestra ardentísima caridad para conmigo y para con todos los hombres del mundo, hacer este ejercicio no sólo para mí, sino también en nombre de mis amigos y en general de todos mis semejantes.

Yo quiero, si os place, oh Salvador mío!, rendiros ahora en cuanto esté a mi alcance con el auxilio de vuestra gracia, todos los deberes que hubiera debido tributaros si hubiera tenido desde el momento de mi concepción o siquiera de mi vida el uso de la razón, con ocasión de mi nacimiento. Deseo también tributaros todos los homenajes de adoración, alabanza, amor y gratitud que con idéntico motivo hubieran debido tributaros mis amigos y todos los hombres del mundo habidos y por haber, y aún los que hubieran debido manifestaros los ángeles malos en el momento de su creación, y, aún más, los que hubieran debido exteriorizaros todas las creaturas del universo que fueron son y serán, en el preciso instante en que de Vos recibieron, reciben y recibirán el ser y la vida si hubieran sido capaces de conoceros, amaros y bendeciros por tan insigne beneficio. A este fin, me doy, oh buen Jesús!, una vez más a Vos; venid a mí, atraedme a Vos, unidme a Vos para que en Vos y con Vos pueda yo cumplir todos estos deseos por vuestra sola gloria y único agrado.

3e) Unido, pues, a la devoción, amor, humildad, pureza y santidad y a las demás divinas disposiciones con que habéis honrado, bendecido, amado y glorifica(lo a vuestro Padre Eterno, en vuestro nacimiento eterno y temporal y en vuestra residencia eterna en el seno de vuestro Padre y de nueve meses en el de vuestra Madre, yo os reconozco, os adoro, os amo, os bendigo y os glorifico, con vuestro Padre y con vuestro Espíritu Santo, como mi Dios, mi Creador y mi soberano Señor; y os adoro, amo, bendigo y glorifico también en nombre y de parte de todas las creaturas angélicas, humanas, irracionales e insensibles. Y, si ello

fuera posible, yo quisiera tener en mí todas sus fuerzas y toda la capacidad que ellas tienen o habrían podido tener de glorificaros y de amaros, para emplearlas ahora en rendiros estos homenajes por mí y por ellas, y particularmente por aquellas de las que debo y quiero tener un cuidado especial ante vuestra Divina Majestad.

4e) Gracias infinitas os doy, Dios mío!, por mí y por todas las creaturas, especialmente por mis am¡gos, por el hecho de habernos otorgado el ser y la vida, y un ser capaz de conoceros y amaros y por habernos conservado la vida en el seno de nuestra madre antes del santo Bautismo. Pues, ay!, de no haber sido así, si hubiéramos muerto en tal estado, como tantos otros, antes de verse libres del pecado original por el santo Bautismo, jamás hubiéramos visto vuestra divina faz y por siempre nos hubiéramos visto privados de vuestro santo amor. Oh!, que todos vuestros Ángeles os bendigan por toda la eternidad por tan señalado favor!

5e) Oh Creador mío!, no me habéis concedido el ser y la existencia sino para consagrarlos a vuestro servicio y a vuestro amor. Y por tanto, mi ser y mi vida, os consagro y sacrifico enteramente con la vida y el ser de todos los Ángeles, de todos los hombres y de todas las creaturas, protestándoos, en cuanto a mí se refiere, que ya no quiero ser ni vivir sino para serviros y amaros con toda la perfección que de mí relamáis.

6e) Oh Dios mío!, qué motivo de humillación y de pena para mi es el pensar que durante los primeros meses de mi vida yo he sido enemigo vuestro y amigo de Satanás, y que, entonces vivía en un estado permanente de pecado que os desagradaba y ofendía infinitamente! Por ello os pido humildemente perdón, oh mi Señor!, y en satisfacción os ofrezco, oh Padre de Jesús!, toda la gloria

que vuestro amadísimo Hijo os procuró con su permanencia eterna en vuestro seno

paternal y durante los nueve meses de su concepción temporal en el de su dignísima Madre la Virgen María. Y a Vos, Jesús!, os ofrezco todo el honor que vuestra Madre os tributó con su residencia en las entrañas de su madre Santa Ana.

7e) Oh benignísimo Jesús!, en honor y unión del mismo amor con que aceptasteis y soportasteis todas las cruces y miserias que vuestro Padre os presentó en vuestro nacimiento temporal, os ofrezco todas las penas y miserias de mi nacimiento y las que me reserve el resto de mi vida, las acepto y estimo por vuestro amor y os ruego las recibáis en homenaje de las vuéstras.

8e) Oh mi Jesús!, os consagro el estado de m¡ nacimiento y el de mi residencia en el seno materno, suplicándoos por vuestra infinita misericordia borréis cuanto en tales situaciones hubo de ingrato y ofensivo hacia vuestra divina Majestad y supláis mis defectos tributando a vuestro Padre y a Vos mismo todo el honor que hubiera yo debido rendiros de estar en condiciones de hacerlo, y que hagáis de suerte que todo este estado rinda homenaje de gloria inmortal al estado divino (le vuestra morada en el seno de vuestro Eterno Padre y en el de vuestra Santísima Madre, como también al de vuestro nacimiento tanto eterno como temporal.

9e) Estos son, oh mi Salvador!, los deberes que hubiera yo debido rendiros de ser capaz desde mi nacimiento, y aún desde mi concepción en el seno de mi madre y que ahora pretendo tributaros aunque demasiado tarde e imperfectamente. Mas, lo que inmensamente me consuela, querido Jesús!, es el saber que con vuestro nacimiento temporal de sobra suplisteis mi incapacidad y deficiencia. Efectivamente, entonces tributasteis Vos a vuestro Padre todos estos homenajes, haciendo santa y divinamente todos estos actos y ejercicios espirituales en vuestro nombre y en el mío también, adorando, glorificando, amando y agradeciendo

a vuestro Padre celestial por Vos y por mí a un mismo tiempo. Habéis entonces dedicado y consagrado a su gloria todo vuestro ser y vuestra vida presente y futura junto con mi ser y con mi vida y con el ser y la vida de todas las creaturas del universo habidas y por haber que en realidad os pertenecen por donación que de todo os ha hecho vuestro Padre, según vuestras propias palabras: «Omnia mihi trádita sunt a Patre meo»: «Mi Padre me ha dado todas las cosas>. Matth.XIo,27.

Ofrecisteis también a vuestro Padre el estado santo y divino de vuestra permanencia en las purísimas entrañas de la Santísima Virgen con amor indecible en reparación de la ofensa que debía irrogarle en mí por la presencia del pecado original todo el tiempo de mi concepción en el seno de mi madre. Y al instante en que aceptasteis y ofrecisteis a vuestro Padre todas las cruces y sufrimientos que la vida os reservaba también le ofrecisteis todas las penas y aflicciones pasadas, presentes y futuras de todos vuestros miembros, pues oficio propio de la cabeza es hacer lo que hace, en su propio nombre y en el de sus miembros, ya que ellos y ella no forman sino un mismo ser.

Así, oh mi divina Cabeza!, Vos hicisteis un santísimo uso de mi ser y de mi vida entera, al tributar por mí a vuestro Padre, en vuestro nacimiento temporal, todos los deberes y homenajes que me hubiera correspondido rendirle con motivo del mío. Bendito seáis por ello eternamente! Oh!, y con cuánto gusto adhiero a todo cuento entonces por mí hicisteis! En verdad yo lo ratifico y apruebo con toda mi voluntad y quisiera firmarlo con la última gota de mi sangre, haciendo extensiva esta solemne declaración a todo cuanto habéis hecho por mí en todos los demás estados y acciones de vuestra vida con ánimo de suplir mis deficiencias para con la Divina Majestad en los mismos estados y actos similares de la mía.

A imitación vuestra, pues, oh mi Jesús!, y en honor y unión del mismo amor que os ha movido a hacerlo

todo por Vos y por todos vuestros hermanos, miembros e hijos, y por todas las creaturas, yo deseo de hoy en adelante, en todos mis ejercicios y en todas mis acciones, rendiros todo el honor y toda la gloria posible, en mi nombre y en el de todos los cristianos, mis hermanos y miembros, como yo, de la misma cabeza y del mismo cuerpo, como también, por todos los hombres y por todas las demás creaturas, indignas o incapaces de amaros y como si me hubieran encargado de amaros y honraros en su lugar.

3 - Elevación a la Santísima, Virgen, con motivo de nuestro nacimiento

«Oh Madre de Jesús!, os saludo y venero en el instante de vuestra purísima Concepción, en vuestra residencia en el seno bendito de vuestra dichosa madre y en el momento de vuestro nacimiento a la vida sobre la tierra. En Vos honro todas las santas disposiciones de vuestra alma, todo el amor, todas las adoraciones, alabanzas, ofrendas y bendiciones que en tal ocasión tributasteis a Dios. En honor y unión del amor, de la pureza y de la humildad con que adorasteis, amasteis y glorificasteis a su divina Majestad y le ofrecisteis vuestro ser y vuestra vida, adoro, bendigo y amo a mi Dios junto con Vos con toda mi alma y con todas mis fuerzas y le consagro y sacrifico para siempre mi vida y mi ser con todas sus pertenencias y propiedades.

Así también, al reconoceros, oh Virgen Santísima!, como Madre de Dios, y por tanto, como mi Dueña N' Señora, os consagro y entrego todo mi ser y mi vida entera, suplicándoos muy humildemente ofrezcáis a Dios por mí el amor, la gloria y los homenajes que le tributasteis en vuestro nacimiento, en reparación de mis deficiencias, y que hagáis de suerte que todos los estados, acciones y sufrimientos de mi vida rindan

dan perenne homenaje a todos los estados, acciones y penas de la vida de vuestro Hijo y de la vuestra.

4 - Deberes para con los Ángeles y los Santos, con ocasión de nuestro nacimiento

Después de haber tributado los homenajes señalados anteriormente a Nuestro Señor y a su Santísima Madre, es preciso saludar y honrar al Ángel Custodio que nos fue asignado por Dios en nuestro nacimiento, a los Ángeles guardianes de nuestros padres, de la casa, del lugar y de la diócesis a que pertenecemos y al coro de los Ángeles con que Dios tiene dispuesto asociarnos en el cielo, a los Santos del día, del lugar y del país de nuestro nacimiento, con el fin de agradecerles los beneficios que de ellos hemos recibido, para Ofrecernos y consagrarnos a ellos con ánimo de honrarlos toda la vida y para suplicarles nos ofrezcan a Dios Nuestro Señor y dispongan de nosotros para su glorificación, rindiéndole en nuestro nombre todos los homenajee que hubiéramos debido tributarle en el momento de nuestro nacimiento a la vida, si hubiéramos estado en condiciones de hacerlo. No debemos olvidar que el Ángel Custodio y nuestro patrón celestial son los llamados a interceder por nosotros ente Dios para obtenernos de su infinita bondad nueva gracia y nuevas fuerzas para comenzar una vida nueva toda ella en lo sucesivo dedicada a la gloria de Dios.

CAPITULO V

EJERCICIO PIADOSO, CON OCASIÓN DEL SANTO BAUTISMO

Habiendo empezado por medio del Santo Bautismo a vivir de verdad, es decir, de la vida que tenemos en Jesucristo, y siendo este divino sacramento el origen de toda nuestra felicidad, de seguro que, de haber tenido entonces el uso de la razón, en el día de nuestro Bautismo, hubiéramos debido rendir a Dios homenajes muy especiales con este motivo. Mas, puesto que entonces no estábamos en posibilidad de hacerlo, justo es tomar cada año algún lugar con motivo del aniversario de nuestro bautismo, por ejemplo, o en cualquier otro tiempo si nos resulta más cómodo y oportuno, para ocuparnos de los ejercicios que a continuación vais a leer.

1 - Jesucristo es autor o institutor del bautismo; deberes que hornos de cumplir para con Jesús, con ocasión del Bautismo

Jesucristo Nuestro Señor es el autor e institutor del santo Sacramento del Bautismo y la fuente de gracias que este sacramento encierra, ya que nos lo adquirió y mereció por su Encarnación, por su propio Bautismo en el río Jordán, por su Pasión y su muerte dolorosa y nos otorgó y aplicó sus maravillosos frutos de santidad, por su Resurrección admirable, movido del más ardiente amor. Justo es, pues, que le rindamos homenajes especiales con este motivo; para ello, nada mejor que recitar de corazón la Elevación siguiente:

1 - Elevación a Jesús Nuestro Señor, con ocasión de¡ Santo Bautismo

«Oh Jesús!, os adoro como autor e institutor del santo Sacramento del Bautismo, cuyas gracias nos habéis alcanzado y merecido por vuestra Encarnación, por vuestro Bautismo en el Jordán y por vuestra pasión y muerte dolorosísima. Igualmente adoro el amor inmenso por el que nos habéis merecido y otorgado este insigne beneficio y los designios admirables sobre toda vuestra Iglesia y sobre mí, en particular, con motivo de la institución de este maravilloso sacramento. 08 doy infinitas gracias por toda la gloria que de ello recabasteis para Vos y por el sinnúmero de gracias espirituales que con este sacramento comunicáis a vuestra Iglesia y a mí, en particular, el más indigno de sus miembros.

Os ofrezco y atribuyo toda la gloria y los admirables efectos de santificación que por este medio habéis obrado en vuestra Iglesia y os pido perdón del poco uso que he hecho de las gracias del bautismo y por haber desdeñado y frustrado con mi ingratitud y con mis infidelidades en vuestro servicio su acción santificante y por haber llegado hasta el punto de aniquilarla en mi alma por mis pecados.

Me doy a Vos, oh buen Jesús!: renovad y resucitad en mí esta gracia y realizad en mí, por vuestra gran misericordia, los designios que tuvisteis sobre mi alma, al instituir el Santo Bautismo. Oh Jesús!, os adoro en el misterio de vuestra Encarnación, de vuestra Pasión y de vuestra muerte por los que nos merecéis la gracia encerrada en este sacramento. Os adoro especialmente en el misterio de vuestro bautismo en el Río Jordán y en las disposiciones de vuestra alma santa al cumplir con este rito y en los designios que con ocasión del mismo tuvisteis acerca de mi persona. Oh!, qué enorme diferencia, Señor, entre vuestro bautismo y el nuestro! En el vuestro, os cargáis

con nuestros pecados para expiarlos y hacer penitencia de ellos ante vuestro Padre en el desierto y en la cruz, y en el nuestro, Vos nos descargáis de toda culpa, lavando y borrando nuestras faltas con vuestra sangre preciosa. Sed por ello eternamente bendito, bondadosísimo Jesús. Me doy a Vos; cumplid, os lo pido, todos los designios que sobre mí tuvisteis en vuestro bautismo, es decir, despojadme enteramente de todos mis pecados y bañadme en vuestra preciosa Sangre, bautizándome con el bautismo del Espíritu Santo y del fuego con que vuestro bienaventurado Precursor nos aseguró bautizabais Vos, esto es: consumid todos mis pecados en el fuego de vuestro santo amor 5, con el poder soberano de vuestro Espíritu Divino.

2 - El nacimiento eterno y el temporal, la muerte, la sepultura y la Resurrección de Jesús son el modelo y ejemplar de nuestra Bautismo. Deberes que tenemos que tributar a Nuestro Señor con motivo del Bautismo

Todo lo que existe fuera de Dios, en El tiene su idea, su ejemplar y su prototipo; y así, nuestro bautismo tiene por prototipo y ejemplar en »¡os cuatro grandes misterios, a saber: 1) el misterio del nacimiento eterno del Hijo de Dios en el seno del Eterno Padre; 2) el de su nacimiento temporal en el seno de la Virgen; 3) el de su muerte y sepultura; 4) el de su Resurrección.

El misterio de su nacimiento eterno: como su Padre en su generación eterna, le comunica su ser, su vida Y todas sus perfecciones divinas, motivo por el cual es Hijo de Dios y la imagen perfecta de su Padre, así por el santo Bautismo, El nos comunica el ser y la vida divina que ha recibido de su Padre, imprimiendo en nosotros una imagen viva de sí mismo para hacernos hijos del mismo Padre cuyo Hijo predilecto es El en Persona, El misterio de su nacimiento temporal:

as! como en el momento de su Encarnación y de su nacimiento en la Virgen unió nuestra naturaleza a El y El se unió a ella, la llenó de sí mismo y se revistió de ella, del mismo modo en el santo sacramento del Bautismo se unió a nosotros juntándonos consigo e incorporándonos a El, se formó y se encarnó en cierta manera en nosotros, revistiéndonos y colmándonos de Sí mismo, según estas palabra del Apóstol: «Quicumque énim in Christo baptizati estis, Christum induístis»: «Todos vosotros los que estáis bautizados en Cristo, os habéis revestido de Jesucristo». Gal.IIIo,27.

El misterio de su muerte y de su sepultura: San Pablo lo declara terminantemente: «Quicumque baptizáti sumus in Christo Jesu, in morte ipsíus baptizati sumus»: «Consepúlti énim sumus cum illo per baptismum in mortem»: «Todos los que hemos sido bautizados en Jesucristo, lo fuimos en su muerte... y hemos sido sepultados con El por el bautismo en la muerte. » Rom. V1o,3 y 4. Palabras éstas que en Dada di difieren de estas otras del mismo Apóstol en su carta a los Colosenses, en el capítulo 1119, versículo 3, en que les dice: «Mortui énim estis et vita vestra abscóndita est cura Christo in Deo»: «Estáis muertos y vuestra vida escondida está en Dios junto con Cristo». Esto quiere decir que por el bautismo habéis entrado en un estado que os obliga a estar muertos a vosotros mismos y el mundo y a no vivir ya sino con Jesucristo de una vida enteramente santa y divina, escondida, enterrada y como absorta en Dios, tal cual es la vida de Nuestro Señor Jesucristo.

El misterio de su Resurrección: como el Hijo de Dios, por su resurrección, penetró en una vida nueva íntegramente separada de la tierra y por entero celestial y espiritual, así el Apóstol en el lugar precitado, nos enseña que: «Hemos sido sepultados junto con Cristo por el Bautismo, a fin de

que como El resucitó después de su muerte para entrar en una nueva vida, también nosotros, después del Bautismo ea

minemos por una vida totalmente nueva»: «Consepúlti énim sumus cum illo per Baptismum in mortem; ut quómodo Christus surrexit a mortuis per gloriam Patris, ita et nos in novitáte vitae ambulémus». Rom. V1o,4.

ELEVACIÓN A JESÚS

Oh Jesús Hijo de Dios e Hijo del hombre!, os adoro en vuestro doble nacimiento eterno y temporal; os doy gracias infinitas por la gloria indecible que en ellos disteis a vuestro Padre celestial. Adoro los pensamientos y designios que tuvisteis sobre mi persona en este doble misterio, puesto que desde entonces tuvisteis fijo en mí vuestro pensamiento y con amor infinito decidisteis formar en mi alma un vivo retrato vuestro y una fiel imagen de vuestro nacimiento y de vuestra vida entera. Porque, así como vuestro Padre os comunica su vida divina e inmortal, al constituiros su hijo y su imagen perfectísima, del mismo modo ideasteis comunicarme vuestra vida santa y celestial por vuestro Bautismo y grabar en mi corazón una imagen perfecta y viviente de vuestra sagrada persona. Haciendo de mí por la gracia lo que Vos sois por naturaleza, un verdadero hijo de Dios, y otro Jesucristo por participación y similitud maravillosa. Ah!, Dios mío?, cómo podré yo agradeceros semejante beneficio? Ay de mí!, cuán culpable soy por haber con mis pecados impedido tantas veces la realización de vuestros designios sobre mi persona! Perdón!, oh Salvador mío!, de todo corazón os lo imploro y me entrego a Vos para que reparéis mis faltas y renovéis en Mí esta imagen vuestra y la de vuestro nacimiento y de vuestra vida. Separadme de mí mismo y de todo lo que de Vos me aleje, para unirme e incorporarme a Vos únicamente. Vaciadme de mí mismo y de toda cosa, para que me colméis de Vos mismo, estableciendo

do sobre todo mi ser vuestro imperio y dominio soberano. Haced que yo sea de hoy en adelante una imagen perfecta de Vos mismo, así como Vos lo sois de. vuestro Padre; haced que yo participe de vuestro amor filial hacia El, ya que yo también soy hijo suyo; que yo viva de vuestra propia vida, es decir, de una vida santa y perfecta, verdaderamente digna de Dios, pues, eso es lo que yo he llegado a ser por participación inmerecida que Vos en persona me otorgasteis. Y haced, finalmente, que en tal forma esté yo revestido de Vos mismo, de vuestras cualidades, virtudes y perfecciones y de tal manera transformado en Vos que no se vea ya sino a Jesús en mí, y que realmente no haya en mí sino su vida, su humildad, su dulzura, su caridad, su amor, su espíritu, y sus virtudes y cualidades restantes, puesto que queréis que yo sea vuestro «doble», o «alter-ego» en la tierra.

Oh Jesús!, os adoro en el misterio de vuestra muerte, de vuestra sepultura y de vuestra Resurrección y Os doy gracias por la gloria que en dichos misterios tributasteis a vuestro Padre y por los pensamientos y designios que sobre mí en ellos tuvisteis. Porque siempre habéis estado pensando en mí en todos los misterios e instantes de vuestra vida con miras a mi santificación personal. El designio especial que acerca de mi persona concebisteis en este triple misterio de vuestra muerte, sepultura y resurrección, por el santo Bautismo fue el de grabar en mi ser una imagen perfecta e imborrable de los mismos misterios, haciéndome morir a mí mismo y al mundo corrompido, ocultándome y sepultándome en Vos y con Vos en el seno de vuestro Padre y resucitándome y haciéndome revivir como Vos de una vida nueva, celeste y divina. Bendito seáis mil veces por todas estas gracias!, oh mi adorado Señor! Mas, ay de mí! que he destruido con mis pecados infinidad de veces estos planes maravillosos de amor y misericordia. Os pido por ello humildemente perdón y me doy enteramente a

Vos, oh mi Jesús adorable!, como también al espíritu tu y poder del misterio de vuestra muerte, sepultura y Resurrección para que una vez más me hagáis morir a todo lo creado, me ocultéis dentro de Vos mismo y me escondáis en el seno de vuestro Padre en unión vuestra y enterréis mi espíritu en el vuestro, mi corazón dentro de vuestro Corazón, mi alma en la vuestra y mi vida en vuestra vida. En una palabra, estableced en mí la nueva vida en que entrasteis por vuestra Resurrección para que ya no viva yo sino en Vos, por Vos y sólo de Vos».

3 - Jesucristo es quien nos bautiza por medio de ministro. Deberes que debernos tributarle con tal motivo y a propósito de las ceremonias del Santo Bautismo

Todos los santos Padres de la Iglesia nos enseñan que Nuestro Señor Jesucristo es quien personalmente nos confiere por la virtud de su Espíritu todos los sacramentos en la persona del sacerdote que lo representa y que en su nombre y bajo su autoridad actúa oficialmente. El es quien consagra en la Santa Misa, El, quien nos absuelve en el tribunal de la Penitencia, y El también es el que nos bautiza, con diversas ceremonias que preceden y siguen al Bautismo, ceremonias que El ha inspirado a su Iglesia, llenas todas de misterioso significado y de maravilloso simbolismo. Hé aquí los homenajes que debemos tributarle con tal motivo:

ELEVACIÓN A JESÚS, CON OCASIÓN DEL BAUTISMO

«Oh mi amabilísimo Jesús!, yo os adoro y reconozco como autor, junto con vuestro sacerdote, de mi Bautismo. Vos sois el autor del sacramento, si bien el instrumento de que os valéis para conferirme su

gracia es el sacerdote administrante. Ay!, Señor!, yo no os conocía entonces, yo no pensaba en Vos, yo no os amaba ni hacia el menor caso en esos momentos del favor insigne que me otorgabais. Y con todo, no dejabais de amarme, recibiéndome en el número de vuestros hijos y de vuestros miembros por medio del Bautismo. Oh mi Salvador adorado!, deseo recordar ahora ese tiempo y momento feliz en que me bautizasteis para adoraros, bendeciros, amaros y glorificaros infinitas veces, suplicando a vuestro Eterno Padre, a vuestro Espíritu Santo, a vuestra sagrada Madre, a todos vuestros Ángeles y Santos y a todas vuestras creaturas os bendigan, os amen y os den gracias por mi eternamente.

Oh Jesús!, os adoro como Institutor e inspirador de todas las ceremonias y ritos que acompañan la administración solemne del Santo Bautismo. Adoro todos vuestros designios al instituir este santo Sacramento y me doy a Vos para que en mí se cumplan a cabalidad, operando en mi ser vuestra gracia misericordiosa todos los frutos maravillosos que en su institución os propusisteis.

Oh bondadoso Jesús!, ahuyentad de mi corazón el espíritu maligno y colmadme de vuestro Espíritu Santo; dadme una fe viva y perfecta, fortificad mis sentidos y facultades superiores con la virtud de vuestra santa cruz contra toda tentación y peligro, consagrándolos a vuestro servicio. Llenad mi boca de vuestra sabiduría divina, esto es, de Vos mismo, ex. citando en mi ser una sed y un hambre devoradora de poseeros, ya que sois el único alimento espiritual que puede colmar mis ansias que nada ni nadie fuera de Vos puede llenar. Conservadme en el regazo de vuestra Iglesia santa como en el seno de mi madre, pues fuera de ella no puede para mí haber vida y salvación y hacedme apreciar y amar todas sus prácticas y ceremonias que Vos mismo le inspirasteis, y respetar y obedecer todas sus

leyes y preceptos maternales fiel

interpretación de vuestro divino querer y seguir en todo sus máximas, sus normas y su espíritu que son los mismos de vuestra adorable Persona.

Oh buen Jesús!, abrid mis oídos a vuestra palabra como lo hicisteis con los de aquel pobre sordomudo con el contacto de vuestra sagrada saliva y cerradlos enteramente a las voces engañosas del mundo y del demonio y haced que doquiera vaya, me acompañe el grato olor de los hijos de Dios. Ungidme con el óleo santo de vuestra gracia y concededme una firme e imperturbable paz con Vos y con mis semejantes. Revestidme la blanca túnica de vuestra inocencia y pureza divinal, disipad las tinieblas de mi espíritu iluminando todo mi ser con vuestras luces celestiales y abrasándolo en el fuego de vuestro amor inefable para que yo mismo me trasforme en antorcha viva y luciente que ilumine y encienda con la luz de vuestro conocimiento y con la llamo de vuestro amor a todos aquellos que vivan en mi compañia. Finalmente, os suplico me concedáis la gracia de que así como por mi bautismo he sido motivo de regocijo para todos los habitantes del Cielo, para vuestra santísima Madre, para vuestro Espíritu Santo y para vuestro Eterno Padre, al verme por la gracia del Sacramento liberado del yugo de satanás para ser admitido en la sociedad divina de los Ángeles, y Santos y aún de las Tres Divinas Personas, por cuya razón repicaron las campanas de mi iglesia después de la sagrada ceremonia, así también yo viva en lo sucesivo de suerte que continúe siendo motivo de gozo y alegría para todos vuestros Ángeles y Santos, para vuestra Madre santísima, y para toda la Trinidad beatísima y que finque toda mi dicha en serviros y amaros con toda perfección».

4 - Profesión solemne de¡ cristiano en el Santo Bautismo

Ya hemos visto cuales son los votos y la profesión solemne y pública que todos los cristianos hacen con ocasión del Bautismo. Así pues, y para no repetir, me contentaré ahora con recorderos esas ideas poniéndolas en forma de Elevación que os servirá para renovar cada año, ojalá en el aniversario de vuestro Bautismo, la Profesión de fe que entonces a nombre vuestro hicieron vuestros padrinos ante Dios Nuestro Señor.

ELEVACIÓN A JESÚS, PARA RENOVAR LAS PROMESAS DEL BAUTISMO

Oh Jesús!, Señor y Dios mío!, os adoro como a Jefe y Cabeza que en todo debo seguir e imitar, según solemne y públicamente lo prometí en el Bautismo, por boca de mis padrinos, quienes a la faz del cielo y de la tierra declararon que yo renunciaba irrevocablemente a Satanás, a sus obras y a sus pompas, esto es, al mundo y al pecado, para unirme estrechamente a Vos, mi Cabeza y mi Jefe, y para darme y consagrarme por entero a Vos, con ánimo de permanecer así a Vos unido por siempre jamás.

Promesas son éstas de gran importancia y que me obligan como cristiano a una gran perfección y santidad, porque hacer profesión de vivir en Vos y unido a Vos como a su propia Cabeza, es hacer profesión de no constituir sino un solo ser con Vos como los miembros y la cabeza de un mismo cuerpo no forman juntos sino un solo ser orgánico, es hacer profesión de no tener con Vos sino la misma vida, el mismo espíritu, el mismo corazón, la misma alma, el mismo ideal y las mismas devociones y disposiciones. Es, por consiguiente, hacer profesión no sólo de

pobreza, o de castidad, o de obediencia, sino de Vos mismo, es decir, de vuestra vida, de vuestro espíritu, de vuestra humildad, de vuestra caridad, de vuestra pureza, de vuestra pobreza, de vuestra obediencia, y, en general, de todas vuestras virtudes. En una palabra, es hacer la misma profesión que Vos hicisteis ante vuestro Padre desde el momento de vuestra Encarnación, y que con toda perfección cumplisteis en toda vuestra vida, a saber: no hacer nunca la propia voluntad, sino fincar toda felicidad en el cumplimiento de la voluntad divina, en una perpetua sumisión a Dios y a los hombres por amor de Dios y en vivir en continuo estado de víctima inmolada a la gloria de Nuestro Señor.

Tal es el voto y tal la promesa que hice en mi Bautismo, oh mi Jesús! Y cuán santa y divina es esta profesión! y cuán distante de la perfección y santidad que ella me impone ha sido hasta hoy mi vida de cristiano! Cuántas veces he quebrantado mis promesas bautismales! Perdón!, oh Dios mío!, perdón! Oh mi divino Reparador!, reparad, os lo suplico todas mis deficiencias y en satisfacción de ellas, ofreced a vuestro Padre todo el honor que le tributasteis en vuestra vida con el perfecto cumplimiento de la profesión que le hicisteis el día de vuestra Encarnación.

Oh Jesús mío!, en honor y unión del inmenso amor con que hicisteis esta profesión, quiero hacer ahora personalmente lo que en mi Bautismo hice por intermedio de mis padrinos, renovando yo mismo la Profesión que ellos en tal fecha hicieron en mi nombre.

Así pues, en virtud del poder de vuestro Espíritu y de vuestro amor, yo renuncio para siempre a Satanás, al pecado, al mundo y a mí mismo; me doy a Vos, oh Jesús!, para unirme estrechamente a Vos, para Permanecer unido a Vos y para no formar con Vos sino un mismo ser, con un mismo espíritu, con un mismo

corazón y con una misma vida. Me entrego a Vos para no hacer jamás mi voluntad sino sólo la Vuestra; me ofrezco, me consagro y me dedico por entero a Vos como eterno esclavo de vuestra adorable Persona y de todos los hombres por amor vuestro. Una vez más me doy a Vos, y me consagro e inmolo en calidad de hostia y de víctima sacrificándome enteramente a vuestra gloria como mejor os plazca. Oh bondadosísimo Jesús!, concededme la gracia, os lo ruego por vuestra infinita misericordia, de cumplir a satisfacción esta solemne promesa. Mas, mejor será que Vos mismo la cumpláis en mí y por mí, o más bien, por Vos mismo y por vuestra propia satisfacción y según toda la perfección que queréis, pues yo me ofrezco a Vos para hacer y sufrir con este objeto todo cuanto fuere de vuestro agrado».

5 - Hemos sido bautizados en el nombre de la

Santísima Trinidad. Homenajes que tenemos que rendir a las Tres Divinas Personas por este motivo

Nuestro Señor Jesucristo es quien nos ha bautizado, mas lo ha hecho en nombre y por la virtud de la Trinidad Beatísima, ya que las tres Divinas Personas están presentes a nuestro Bautismo de una manera muy especial. Ahí está el Padre engendrando a su Hijo en nosotros y a nosotros en su Hijo, es decir, confiriendo un nuevo ser y una nueva vida a su Hijo -en nosotros y dándonos a nosotros nuevo ser y vida nueva en su Hijo.

Está también el Hijo, al nacer y comenzar a vivir en nuestras almas, comunicándonos su divina filiación con la que nos hace hijos de Dios. Y presente está igualmente el Espíritu Santo, formando a Jesús ,en el seno de nuestras almas así como lo formó en el de María Santísima. Él Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se hacen presentes en nuestro Bautismo para

apartarnos de todas las creaturas y consagrarnos a su servicio de una manera especialísima, imprimiendo en nosotros su divino carácter y su imagen adorable, y fijando en nosotros, templo, tabernáculo y trono viviente de su amor, su morada de gloria y el reino de su vida. De suerte que, si nuestros pecados no lo impidieran estas tres eternas y divinas Personas morarían siempre en nosotros en forma maravillosa e inefable, procurándose as! una gloria admirable, reinando y viviendo en nuestros corazones de una vida santísima y realmente divina. Y es así como por el Bautismo llegamos a pertenecer por entero a Dios y a estarle a El sólo consagrados de tal manera que no podamos ya dedicarnos a otra cosa que a su servicio y gloria exclusiva.

Con este objeto bueno será rendirle los debidos homenajes, por medio de la elevación siguiente:

«ELEVACIÓN A LA SANTÍSIMA TRINIDAD»

«Oh Trinidad santa y adorable!, os adoro en vuestra divina esencia y en vuestras tres Personas eternas; os adoro presentes a mi Bautismo, y adoro también todos los designios que con tal motivo tuvisteis acerca de mi persona. Os pido perdón de los obstáculos que he puesto a su realización, y en reparación os ofrezo toda la vida, las acciones y los sufrimientos de Jesucristo y de su Madre Santísima. Me doy a Vos, Divina Trinidad! para la cabal realización de vuestros designios. Oh Padre Eterno!, oh Hijo Unico de Dios! oh Espíritu Santo del Padre y del Hijo!, venid a mí, venid a mi corazón y a mi alma para separarme de cuanto exista fuera de Vos. Vivid y reinad en mí; aniquilando todo lo que en mi ser os desagrade y ofenda y haced que todo él se consagre por siempre a vuestra pura y única gloria».

6 - Rosario de la Santísimo Trinidad

Mientras así celebráis el recuerdo del día de vuestro Bautismo en el nombre de la Santísima Trinidad, fuera muy conveniente para rendir algún homenaje de particular significación a este excelso misterio, recitar el Rosario de la Santísima Trinidad que consta de tres decenas y tres granos o cuentas al final de ceda decena, en honor de las tres divinas Personas.

Para comenzarlo diréis por tres veces: «Veni, Sancta Trínitas!: «Veni, Santísima Trinidad!», para invocar y llamar a nuestra memoria, inteligencia y voluntad al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo y pera daros a ellos a fin de que destruyan en vosotros cuanto se opone a su gloria y para que se glorifiquen a Sí mismos en vosotros según su voluntad.

En cada grano pequeño se dirá: «Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto. Sícut erat; in principio et nunc et semper et in saecula saeculorum. Amén!»: «Gloría al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Como era en un principio, sea ahora y siempre y por todos los siglos de los siglos¡ Amén!», y, al decir esta oración, ofreceréis a las tres divinas Personas toda la gloria que desde toda la Eternidad se han tributado por sí mismas y la que por toda la eternidad les será rendida en la tierra y en el cielo por todas las creaturas del universo en satisfacción por las faltas que hemos cometido contra su gloria en toda nuestra vida.

En los granos mayores, correspondientes a los «Glorias del Rosario>, diréis con todo fervor y con las mismas intenciones: «Tibi láus, tibi gloria, tibi ámor, oh beáta Trínitas!»: «A Tí alabanza!, a Tí gloría!, a Tí amor!, oh beatísima Trinidad!»

Conclusión del ejercicio del Bautismo

Para finalizar este ejercicio con ocasión del Santo Bautismo, es preciso dar gracias a Nuestro Señor por los beneficios que os ha hecho por medio de tan gran sacramento, pedirle perdón de las faltas que habéis cometido en él, ofreceros a la Santísima Virgen, a vuestro Ángel Custodio, a los Ángeles testigos de vuestro Bautismo, al Santo que os ha honrado con su nombre y en general a todos los Ángeles y Santos del cielo, suplicándoles os ofrezcan a Jesús, le den gracias por vosotros y le rindan en lugar vuestro los homenajes que vosotros hubierais debido tributarle en el día de vuestro Bautismo de haber estado en condición de hacerlo y que os alcancen de El la gracia de cumplir a cabalidad todos vuestros buenos deseos y santas resoluciones que os ha inspirado en este devoto ejercicio.

CAPITULO VI

LA MUERTE DEL CRISTIANO

Como la violencia de la enfermedad que suele preceder a la muerte habrá de impedirnos casi de un todo el pensamiento de Dios para rendirle en momentos tan angustiosos los homenajes que le son debidos en tales circunstancias, es muy conveniente y oportuno, separar unos momentos o mejor unos días cada año para entregarnos al cumplimiento de estos ineludibles deberes y a la meditación siempre saludable de nuestras postrimerías.

Leemos en las obras de Santa Gertrudis que esta santa habiendo practicado una vez este ejercicio, Nuestro Señor le manifestó su satisfacción y le aseguró que lo tendría en cuenta como preparación para la hora de su muerte. Hemos de confiar que su Infinita Bondad nos otorgará gustoso idéntico favor, si imitamos a la venerable religiosa en tan devota práctica. A este fin, y para proceder con orden, será bueno escoger unos diez días para hacerla meditando ante Dios acerca de otros tantos temas de vital interés en relación con nuestro paso a la eternidad y la manera de morir cristiana y santamente. Hé aquí el orden que debéis seguir en tales meditaciones.

DÍA PRIMERO

MEDITACIÓN 0 ELEVACIÓN A JESÚS, SOBRE LA SUMISIÓN Y ABANDONO A SU SANTA VOLUNTAD EN RELACIÓN CON NUESTRA MUERTE

Primer Punto.- «Oh Jesús, dueño y Señor mío!, héme aquí prosternado a vuestros pies, adorándoos como a mi soberano Juez al decretar contra mí la sentencia

de muerte por medio de las severas palabras que después del primer pecado dirigisteis a Adán, y en él a todos sus descendientes: «Pulvis es et in púlverem revertéris»: «Polvo eres y a polvo volverás». Gen. 1119,28. En honor y unión del inmenso amor y de la profundísima humildad con que prosternado a los pies de Pilatos escuchasteis y recibisteis de labios de este juez inicuo, la sentencia de muerte pronunciada contra Vos por vuestro propio Padre; para rendir honor y homenaje a su divina Justicia, yo me someto de todo corazón a la sentencia de muerte que contra mí pronunciasteis desde el principio del mundo, reconociendo que la he merecido, no sólo en razón del pecado original en que nací, sino y sobre todo cuantas veces os he ofendido en el curso de toda mi vida por mis innumerables pecados personales».

Segundo Punto.- «Pero, oh Dios mío!, aunque no fuera culpable de falta alguna, ni original, ni actual, con todo reconozco que en virtud del soberano dominio y del poder absoluto que tenéis sobre mí, podéis santísimamente arrancarme la vida, y aún aniquilarme y disponer de mi ser como os plazca. Y por lo tanto, en honor y unión del amor incomparable y de la maravillosa sumisión con que la Santísima Virgen, vuestra Madre, que en forma alguna tenla cuentas pendientes con vuestra Justicia, ni estaba obligada a morir, ya que no había incurrido en ningún pecado, ni original, ni actual, y sin embargo, aceptó gustosa a muerte en homenaje a vuestra divina soberanía, yo también acepto desde ahora mi muerte movido por idénticos motivos, rindiendo con ello homenaje a vuestro soberano dominio y abandonándome enteramente en vuestras manos para que dispongáis de mí en el tiempo y en la eternidad según vuestro beneplácito y para vuestra mayor gloria».

Tercer Punto.- «Oh buen Jesús!, Vos, eterno e inmortal, sois vida y fuente de toda vida, y con todo

queréis morir, y morir en una cruz y con la muerte más cruel e ignominiosa que pudiéramos imaginar, para rendir homenaje a la justicia, a la soberanía y aún a la vida divina y eterna de vuestro Padre y para testimoniarme vuestro amor. Por consiguiente, oh Salvador mío!, aun cuando no estuviera yo obligado a la muerte a causa de mis pecados, y aún más, si por un imposible en forma alguna dependiera de vuestro dominio soberano, y aún más todavía, si no hubierais muerto por mi en particular, yo debería, no sólo aceptar la muerte sino que debería ansiar morir para honrar vuestra muerte santísima, que es tan digna de todo honor que todos los seres vivos de la creación deberían espontáneamente someterse a la muerte, si a ella por fuerza no estuvieran ya sujetos, para rendir homenaje a su Creador.

Mas, aunque no hubierais muerto, Dios mío¡!, todos los seres vivos deberían gustosísimos sacrificaros su vida y su ser, para honrar vuestra vida divina e inmortal y a vuestro eterno y supremo Ser, y para testimoniar con tal sacrificio que sólo Vos sois digno de existir y de vivir y que todos los demás seres no deben tener derecho a la vida sino que deben ser aniquilados en vuestra presencia como ante el sol las estrellas del firmamento pierden todo su esplendor y toda su luz.

En homenaje, pues, a vuestra muerte adorable y a vuestra vida maravillosa, y en honor y unión del amor inmenso con que quisisteis morir, no sólo para satisfacer la justicia de vuestro Padre y para honrar su soberano dominio sino también para sacrificar vuestra vida humana y temporal en homenaje y gloria de la vida divina y eterna que compartís con vuestro Padre y vuestro Espíritu Santo, y para protestar y testificar con este sacrificio a la faz del cielo y de la tierra, que fuera de ésta no hay otra vida digna de existir y que toda otra vida creada debe desaparecer y esfumarse a la vista y en presencia de esta vida suprema

e increada; en honor, digo, y en unión de este inmenso amor por el cual habéis querido así morir con tan nobles y divinas intenciones y en honor y unión, igualmente, del amor ardentísimo con que vuestra Madre y todos vuestros Santos, en particular, vuestros Mártires han aceptado gozosos la muerte con idénticas intenciones, es decir, para honrar vuestra santa muerte y vuestra vida divina, yo acepto y abrazo gustoso la muerte que queráis mandarme, en el lugar y tiempo que juzguéis mejor y de la manera que a bien tengáis disponer.

De suerte que, si ordenáis que mi muerte sea dolorosa, o llena de vergüenza, o que yo en tal trance me vea solo y abandonado de todo humano auxilio, (con tal que no me falte el vuestro), o que me vea privado del uso de mis sentidos y aún de mi razón, cúmplase vuestra santa voluntad. Quiero aceptar y abrazar todo esto en honor de vuestra muerte dolorosísima y colmada de ignominias, en honor del asombroso abandono que padecisteis en la cruz, aún de parte de vuestro Padre, en homenaje a la carencia del uso de vuestros sentidos en los comienzos de vuestra infancia y en honor de habérseos estimado y tratado como a un loco aún por vuestros propios conocidos en los principios de vuestra predicación evangélica, lo mismo que Por Herodes y su lujuriosa corte, en vuestra Pasión.

En fin, mi querido Jesús!, me pongo enteramente en vuestras manos y de un todo me abandono e inmolo de tal suerte a vuestro divino querer en este asunto como en todos los demás, que no quiero ya tener otro querer ni otro deseo que los que Vos me inspiréis según vuestro beneplácito, y conforme a vuestros designios de sabiduría, bondad y omnipotencia inefables que siempre sabe, quiere y puede elegir para mí lo que más me convenga y favorezca, en relación con vuestra gloria. Solamente os pido

que ya que Vos moristeis en amor, por amor y para el amor, aunque sea Yo indigno de morir por vuestro amor y para vuestro

amor, al menos me concedáis la gracia inefable de morir en vuestro amor.

Cuarto Punto.- Yo os suplico, oh mi Jesús!, que, puesto que habéis hecho todas vuestras acciones para Vos y para todos los hombres, especialmente para vuestros hijos y amigos, así también yo quiero aceptéis favorablemente mis ansias de hacer todos estos ejercicios tendientes a honraros, no solamente por mí sino también a nombre de todos mis semejantes, y muy particularmente de aquellas personas por quienes debo y quiero de modo muy especial interesarme ante vuestra Divina Majestad.

Oh Madre de Jesús!, ciertamente parece que Vos no deberíais morir, puesto que sois la Madre del Eterno e Inmortal, y de Aquél que es la Vida por esencia; sin embargo os sujetasteis gustosa a la muerte, para así rendir homenaje a la de vuestro Hijo. Y por esto, vuestra muerte es tan digna de respeto y de veneración, que todas las creaturas deberían espontáneamente someterse a la muerte para honrar con ella la de quien es Madre de su Creador y su excelsa Señora y Reina poderosa.

Hé aquí por qué, oh Virgen Santa!, aunque no tuviera yo obligación alguna de morir, quisiera con todo, como en realidad lo hago, aceptar gustoso mi muerte, ofreciéndoosla junto con la de todos mis semejantes, en homenaje a vuestra muerte santísima y suplicándoos humildísimamente, oh Madre de la vida!, unir nuestra muerte con la vuestra y dignaros serviros de ella para honrar la de vuestro Hijo y alcanzarnos de El la gracia inapreciable de morir en su santo amor».

DÍA SEGUNDO

ACCIÓN DE GRACIAS A NUESTRO SEÑOR POR TODOS LOS BENEFICIOS RECIBIDOS DE SU BON DAD EN TODO EL CURSO DE NUESTRA VIDA

Después de haber aceptado la muerte con las disposiciones ya señaladas, lo primero que hemos de hacer para prepararnos a morir santamente es dar gracias a Nuestro Señor por todos los beneficios que hemos recibido de su mano durante toda la vida, y es más que indicado, emplear un día íntegro en el cumplimiento de dicha obligación, según el tenor de la siguiente meditación:

Punto Primero.- «Oh Jesús!, os contemplo y a(loro como principio y fuente de todo bien y de cuantas gracias, así temporales como eternas, han sido, son y serán dadas en el cielo y en la tierra a todas vuestras creaturas, y en especial a la más ingrata e indigila de todas que ahora reverente y humillado os expresa su gratitud más rendida. Oh buen Jesús!, quién podrá conocer jamás todos los beneficios que de Vos he recibido? Son ciertamente innumerables y yo soy, a no dudarlo, supremamente incapaz de manifestaros mi agradecimiento. Ah!, Señor, que todo cuanto hay, ¡la habido y habrá en mí, que todas las creaturas de la tierra y del cielo, que todos vuestros Ángeles y Santos, que vuestra Madre Santísima, que vuestro Padre con vuestro Espíritu Santo, que todas las potencias de vuestra divinidad y humanidad y todas las gracias Y misericordias que de Vos proceden, que en suma, todo cuanto existe, repito, se dedique a alabaros eternamente, mejor diré, que todo ello se transforme en perenne e inmortal himno de alabanzas a Vos por lo que sois para con vuestro Padre, para con Vos mismo .y Para con vuestro Espíritu Santo y por todas las gracias que habéis derramado sobre vuestra santa humanidad,

sobre vuestra dichosa Madre, sobre vuestros Ángeles y Santos y sobre todas vuestras creaturas en general, y especialmente por las que a mi en persona me otorgasteis y tuvisteis la intención de concederme de no haber yo frustrado vuestros designios con mis pecados y mi mala voluntad.

Oh Padre de Jesús!, Espíritu Santo de Jesús, oh Madre de Jesús!, oh Ángeles y Santos de Jesús!, oh creaturas todas de Jesús!, bendecid y agradeced eternamente a Jesús por mí. Oh Divino Jesús!, glorificaos Vos mismo en mi nombre y rendíos en centuplicado todas las acciones de gracias que a mí me corresponde tributaros por vuestros infinitos beneficios».

Punto Segundo.- «Oh buen Jesús!, Vos conocéis todos los favores y gracias que yo he recibido de vuestra Madre Santísima, de vuestros Ángeles y Santos del cielo, y de innumerables personas que viven en el mundo; os consta igualmente de mi total incapacidad para demostrarles mi gratitud y reconocimiento, por lo tanto, acudo a Vos para suplicaros muy humildemente supláis mi deficiencia y Os encarguéis de tributar a todas esas personas de la tierra como del cielo el homenaje de mi más rendido agradecimiento por todos los beneficios que me han dispensado.

Punto *Tercero.-* «Oh Madre de gracia, oh Madre de Dios!, por vuestra intercesión he recibido todos estos beneficios del cielo; que el cielo y la tierra por ello os bendigan en mi lugar y en el de todos cuantos se han hecho acreedores a vuestros favores y que no se preocupan siquiera de manifestaros la menor muestra de gratitud».

DÍA TERCERO

MEDITACIÓN ACERCA DE LA CONFESIÓN DE NUESTROS PECADOS Y DE LA SATISFACCIÓN DEBIDA POR NUESTRAS CULPAS

Habiendo empleado un día completo en agradecer a Dios las gracias que nos ha concedido durante toda la vida, justo es destinar otro a pedirle perdón de nuestros pecados y a tratar de repararlos de la mejor manera posible. Con este fin, bueno sería hacer en tal fecha una buena confesión, si no extraordinaria, al menos acompañada de una contrición y humildad especial y de una preparación y esmero tan grande como si hubiera de ser la última de nuestra vida. Podréis para ello serviros de los, actos de contrición y demás ejercicios ya indicados en este libro, cuando tratamos este tema. No estaría de Más en tal día destinar un poco de tiempo para meditar en estas verdades ante Dios, en la forma siguiente:

Punto Primero.- «Oh amabilísimo Jesús!, no me habéis creado sino para amaros y serviros; ya que sois infinitamente digno de ser amado y servido y puesto que vuestro servicio y amor son la razón de mi existencia, yo quisiera cumplir a perfección este deber ineludible de mi vida, y, sin embargo, tengo que reconocer, cubierto de confusión, que no he hecho otra cosa que ofenderos de pensamiento, palabra y obra y con todos los órganos y sentidos de mi cuerpo, y con todas la facultades de mi alma, por el abuso de todas vuestras creaturas puestas a mi servicio, quebrantan(lo todos vuestros mandatos y en todas las maneras imaginables. AY, Dios mío!, cuántos pecados!, cuántas ingratitudes!, cuántas infidelidades! Oh mi adorado Salvador!, arrojo todas mis culpas en la hoguera de vuestro amor y en el abismo insondable de vuestra misericordia, Oh!, quién me diera el poder de convertirme totalmente en dolor, contrición y lágrimas de

sangre para borrar y aborrecer las faltas que he cometido contra vuestra bondad infinita, digna de todo amor y alabanza y a la cual he ofendido con mil delitos. Ay!, Dios mío!, qué podré hacer para reparar tantas ofensas? Si con soportar todos los tormentos y todos los dolores del mundo lo pudiera lograr, ciertamente gustoso los sufriría!... Mas ay!, aun cuando empleara todas mis fuerzas en castigarme y aun cuando soportara todos los martirios habidos y por haber en este mundo, jamás podría por mí mismo reparar de manera condigna la injuria y el ultraje horrendo que os he irrogado con la menor de mis faltas.

Punto Segundo.- Empero, yo os ofrezco, oh mi Jesús!, la gloria, el amor, y el servicio que os tributaron en vida todos vuestros Santos con vuestra Madre santísima en pensamientos, palabras y acciones y por el uso santo que de sus sentidos corporales y de sus facultades superiores hicieron en este mundo y con las virtudes que practicaron y los sufrimientos que soportaron en la tierra, en satisfacción de las faltas por mí cometidas desde el día en que nací hasta el día de hoy. Os ofrezco, igualmente, todo el honor que os han tributado y que os tributarán siempre vuestros Ángeles, vuestro Espíritu Santo, vuestro Padre Eterno, y Vos en persona, en reparación de las ofensas y ultrajes que contra Vos he cometido en el curso de mi vida entera».

Punto Tercero.- «Oh Padre de Jesús!, oh Espíritu Santo de Jesús!, oh Madre de Jesús!, oh Ángeles, Santos y Santas de Jesús!, ofreced por mí a mi Salvador todo el amor y la gloria que le habéis procurado, en satisfacción por la injuria que yo con mis culpas le he irrogado sin cesar.

*Punto Cuart*o. - «Ah, miserable de mí!, pecador empedernido, al ofender a mi Dios, he ofendido también a todos los seres; he ofendido al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, a la Madre de Dios, a todos los Ángeles y a todos los Santos y en general a todas

las creaturas, naturalmente interesadas en la honra o en la ofensa de su Creador. Y, cómo hacer, oh Dios mío, para reparar tantas ofensas, para dar satisfacción a tantas personas y para pagar tantas deudas?... Ya sé lo que tengo que hacer: yo poseo un Jesús, que encierra un tesoro infinito de virtudes, de méritos y de buenas obras y que me ha sido dado para ser mi tesoro, mi virtud, mi santificación, mi redención y mi reparación: lo ofreceré al Padre Eterno, al Espíritu Santo, a la Santísima Virgen, a todos los Ángeles y a todos los Santos en reparación de todas las faltas que he cometido contra ellos. Oh Padre Santo!, Oh Espíritu Divino!, os ofrezco todo el honor y todo el amor que mi Jesús os tributó en este mundo por sus pensamientos, palabras y acciones y por el empleo santísimo que hizo en vida de sus órganos y sentidos corporales y de las facultades de su alma, por todas las virtudes que practicó y por todos sus padecimientos, en satisfacción de todas las ofensas que he cometido en toda mi existencia contra vuestra Excelsa Majestad.

Oh Virgen Santísima!, oh Santos Ángeles!, oh bienaventurados Santos y Santas!, os ofrezco mi tesoro y mi todo que es Jesús, sacad de El al queréis cuanto sea necesario para pagaros cuanto os debo por mis pecados y negligencias.

Punto Quinto.- «Oh mi Jesús!, dignísimo Reparador mío!, expiad Vos mismo todas mis faltas y suplid por vuestra gran misericordia todas las faltas de mi vida contra vuestro Padre, contra vuestra Persona adorable, contra vuestro Espíritu Santo, contra vuestra sagrada Madre, contra vuestros Ángeles y Santos y contra todas aquellas personas a quienes haya podido ofender. Me doy a Vos para hacer y sufrir lo que queráis con tal fin, aceptando desde ahora todas las penas corporales y espirituales que me sobrevengan en esta vida y en le otra, en satisfacción de mis pecados.

Punto Sexto.- «Oh Virgen Santísima!, teniendo yo tantas y tantas obligaciones de honraros y serviros, no he hecho otra cosa que ofenderos y ultrajaros, al ofender a vuestro Hijo! Os pido por ello perdón, oh Madre misericordiosa, y en satisfacción os ofrezco todo el honor que en el cielo y en la tierra se os ha rendido en todo tiempo, suplicando a todos los Ángeles y Santos, al Espíritu Santo, a vuestro Hijo y al Padre Eterno que suplan mis deficiencias y os den la gloria que me tocaba daros a mí en toda mi vida».

DÍA CUARTO

LA SAGRADA COMUNIÓN, 0 SANTO VIÁTICO

Siendo la Sagrada Comunión el medio más santo e indicado para rendir a Dios todos nuestros homenajes y para prepararnos a una muerte santa, hemos de procurar destinar un día de los de este ejercicio, para disponernos a comulgar con una preparación y devoción extraordinaria y con tal cuidado y esmero como si hubiera de ser esta la última Comunión de nuestra vida terrena. El ejercicio que anteriormente os indiqué para comulgar dignamente, en realidad bastaría para lograr este objeto, si lo siguierais con toda fidelidad. Por tal razón, no añadiré ahora mayor cosa y me limitaré a daros algunas instrucciones particulares respecto de vuestra última Comunión.

Debéis ofrecerla a Nuestro Señor: 1e) en honor de cuanto El es en sí mismo y en relación con vosotros; 2e) en acción de gracias por todos los efectos de su amor al Padre y a todas las creaturas, y de manera especial, a vosotros; 3e) en satisfacción de todas las ofensas que le han irrogado todos los pecados del mundo, y en especial, los vuestros; y, 4e) por la realización plena de todos sus designios sobre todo el mundo y, sobre vosotros, en particular.

Entregáos, luégo, al Eterno Padre, suplicándole os una al amor inmenso con que recibió a su Hijo en su regazo y en su corazón paternal el día de su Ascensión. Daos a Jesús y rogadle os asocie al amor ardiente y a la humildad profundísima con cual instituyó el Sacramento del Altar, y con que, según opinión de algunos Santos Padres, comulgó en persona la víspera de su muerte, Ofrecéos a la Santísima Virgen, a San Juan Evangelista, a Santa María Magdalena, a Santa María Egipcíaca, y a todos los demás Santos y Santas de la Iglesia, suplicándoles os hagan partícipes de su amor, humildad, pureza, fervor y cantidad manifestada en su última Comunión en este mundo.

Y después de haber comulgado y de haber dado gracias a Nuestro Señor como de costumbre, con extraordinario fervor adorad todos los designios que ha tenido sobre vosotros desde toda la eternidad. Pedidle perdón por los obstáculos que en toda vuestra vida habéis puesto a los mismos, suplicándole de corazón no permita que muráis sin que tengan en vuestra alma cabal realización sus adorables planes de bondad y de misericordia. Entregáos en sus manos con el mayor deseo y con la más firme resolución de trabajar en lo sucesivo en el cumplimiento y consumación de su obra en vosotros y en aniquilar cuanto podría oponerse a sus planes, a fin de poder decirle en el día final de vuestra existencia lo que El dijo a su Padre en el último instante de la suya: «Opus consummavi, quod dedisti mihi ut fáciam»: «He terminado la obra que me encomendaste». Joann. XVIIo,4.

DÍA QUINTO

EL SACRAMENTO DE LA EXTREMAUNCIÓN, PREPARACIÓN INMEDIATA A LA MUERTE

Como ignoramos si estaremos en condiciones de pensar en Dios debidamente al recibir el santo Sacramento

de la Extremaunción, si es servido otorgarnos semejante favor, conviene destinar este día para rendir a Nuestro Señor ¡os homenajea a que con tal motivo estaremos obligados y para prepararnos de la manera siguiente a recibir dignamente este admirable Sacramento:

Punto Primero.- «Oh buen Jesús!, os adoro como autor e institutor del sacramento de la Extremaunción y como fuente de todas las gracias en él contenidas que nos habéis adquirido y merecido al precio de vuestra sangre; os atribuyo todos los efectos de gracia que por este sacramento admirable habéis operado en las almas y mil veces os bendigo por toda la gloria que con su institución os habéis procurado a Vos mismo. Adoro todos los designios que os propusisteis al instituir este Sacramento y me doy a Vos para facilitar su cumplimiento pleno en mi alma en cuanto conmigo se relaciona, rogándoos humildemente me concedáis la gracia de recibir la Santa Extremaunción al fin de mi vida, o en caso de no poder recibirla, os dignéis por vuestra infinita misericordia, obrar en mi alma las mismas gracias que le son inherentes.

Punto Segundo.- «Oh Jesús!, os adoro en la unción santa que en los últimos días de vuestra vida os administró vuestra celestial amante Santa María Magdalena y, ya muerto, y antes de vuestra sepultura San Nicodemus y San José de Arimatea. Os ofrezco todas las sagradas unciones efectuadas en este último sacramento sobre los cuerpos de todos los cristianos del mundo y las que hasta la consumación de los siglos se hayan de realizar sobre los mismos, en honor de esta divina unción que hicieron en vuestro cuerpo deificado.

Punto Tercero.- «Oh buen Jesús!, os adoro en vuestra calidad de soberano Sacerdote, al que por derecho propio pertenece la administración de todos vuestros sacramentos.

Me doy a Vos en calidad de tal, suplicándoos venir a mi para prepararme Vos mismo con las debidas disposiciones a la recepción del sacramento de la Extremaunción y para que me apliquéis personalmente todos los efectos saludables de gracia y santificación que encierran las ceremonias y ritos de tan maravilloso sacramento.

Y con el fin de disponerme a recibir todas estas gracias, me prosterno a vuestras plantas oh Salvador mío!, acusándome ante Vos, y ante vuestros Ángeles y Santos, de todos los pecados de mi vida entera y pidiéndoos muy humildemente perdón de ellos, os ruego de todo corazón con vuestra santa Madre, con todos vuestros Ángeles y Santos pidáis a vuestro Eterno Padre a su vez me los perdone y en satisfacción de los mismos le ofrezcáis todas vuestras obras y los sufrimientos de vuestra vida mortal.

Oh bondadoso Jesús!, venid ahora, venid a mi alma y a mi corazón!, venid a traerles vuestra santa paz y a aniquilar en mí cuanto pueda turbar la tranquilidad y la calma de mi espíritu. Venid a purificarme con vuestra sangre preciosa, lavando en ella todas las impurezas de mis pecados; venid a

darme la absolución, la indulgencia y la remisión plena y total de todos mis pecados.

Oh bondadosísimo Jesús!, os ofrezco y entrego todos los sentidos, miembros y órganos de mi cuerpo y todas las facultades de mi alma; ungidlas, por favor, con el óleo santo que sin cesar brota de vuestro sagrado Corazón, es decir, con el óleo de vuestra gracia y de vuestra misericordia y borrad con tan celeste unción todos los malos efectos que en ellos ha dejado la culpa. Oh mi querido Jesús!, os ofrezco el uso santo que Vos, junto con vuestra Madre santísima, Y todos vuestros Santos, habéis hecho de los órganos Y sentidos corporales y de las facultades espirituales de vuestro ser, en satisfacción del mal empleo que yo hice de mis miembros, órganos, sentidos y facultades

personales. Concededme la gracia, os lo ruego, de no valerme de ellos en adelante sino para vuestra mayor gloria. En fin, oh amabilísimo Jesús!, dadme por favor vuestra santa bendición, rogad a vuestro Padre y a vuestro Espíritu Santo que a su vez me bendigan para que en virtud de esta divina y omnipotente bendición, todo cuanto en mi os desagrada y ofende sea destruido y me vea yo íntegramente convertido en alabanza y bendición eterna a la Santísima Trinidad.

DÍA SEXTO

EL TESTAMENTO DE JESÚS Y EL QUE HEMOS DE REDACTAR NOSOTROS EN HONOR DEL SUYO

Durante este día nos dispondremos a hacer nuestro testamento a imitación y honra del de Jesús, cuyo recuerdo debe ocuparnos en todo el día para considerarlo y adorarlo y así disponernos a ordenar las cláusulas del nuestro conforme a su espíritu y con las mismas intenciones con que Jesús redactó el suyo. Hé aquí la manera como debéis proceder en asunto de tanta trascendencia:

«Oh Jesús!, os adoro en los últimos días de vuestra vida, y en todo cuanto con ellos se relaciona, especialmente en las circunstancias que acompañaron la proclamación de vuestro testamento en el Cenáculo, en el Monte de los Olivos y en el madero de la Cruz. Adoro, bendigo y glorifico el amor infinito hacia vuestro Padre, la caridad ardentísima para con nosotros y los demás virtudes y disposiciones santas con que procedisteis en tal ocasión.

Hay en vuestro testamento cinco cláusulas importantes en sumo grado, a saber.

La primera, se refiere a vuestros enemigos, oh maravilla!, oh exceso de bondad!, vuestra primera palabra y vuestra primera plegaria en la cruz es para

vuestros enemigos y verdugos, al suplicar a vuestro Padre se dignara perdonarlos, y esto, en los momentos mismos en que ellos os crucificaban y quitaban la vida con sevicia y crueldad inhumana.

La segunda cláusula se relaciona con vuestro Padre, en cuyas manos entregasteis vuestro espíritu con estas palabras: «Páter!, in manus túas commendo Spíritum méum»: «Padre! en tus manos entrego mi espíritu». Luc. XXIIIo,46, y al decir esto, no sólo os referís a vuestra alma deificada sino que también lo aplicáis a mi alma y a todas las almas que os pertenecen, todas ellas en tal momento presentes en vuestra mente adorable y a las que considerabais más que nunca vuestras por la unión íntima que a ellas en el misterio de la Redención os unía, en ese instante supremo. Y por esta razón, al decir: «Padre!, en tus manos entrego mi espíritu», hablabais por Vos y por mí a la vez, encomendándole mi alma juntamente con la vuestra y dirigiendo este ruego a vuestro Padre, que lo es mío también, en vuestro nombre y en el mío para la hora en que mi alma salga de mi cuerpo, y

todo ello con el mismo amor con que por Vos mismo así rogabais. Por esto, sin duda, al hablar a vuestro Padre, le dijisteis: «Padre!», y no, «Padre mío!», para manifestarnos que, en tales circunstancias, no lo considerabais como a vuestro Padre personal y exclusivo, sino como Padre común y universal de todos vuestros hermanos y miembros y que le rogabais no sólo en vuestro nombre sino en general por todos los que os pertenecen, y lo hacíais con un amor y una confianza filial tules que obligan mi gratitud eterna hacia Vos. Sed por ello eternamente amado y bendecido!

La tercera cláusula de vuestro testamento se refiere a vuestra santísima Madre, a la que le dais lo que más queréis en el mundo, después de ella misma naturalmente, es decir, a vuestro discípulo predilecto, San Juan Evangelista, y en él representados a todos vuestros demás discípulos e hijos de todo el mundo,

presentes y futuros hasta el fin de los tiempos. Porque, en efecto, al decir estas palabras: «Mulier, ecce filius tuus»: «Mujer, hé aquí a tu hijo!». Joan.XIXo, 26, Vos le regalabais no sólo a San Juan, sino también todos los cristianos representados por él al pie de la Cruz, o sea todos vuestros hijos redimidos por vuestro sacrificio y que, por lo tanto, era lo más querido que teníais sobre la tierra. Igualmente, al decirle a San Juan: «Ecce máter túa!»: <Hé ahí a tu madre!». Joan.XIX,27, Vos le dabais no sólo a él, sino también a todos nosotros, lo que de más precioso teníais en el mundo, es decir, a vuestra propia madre, y nos la otorgabais para que fuera madre nuestra, legándonos, por tanto, vuestro título más estimable o sea, el de hijo de María. Y por tal motivo, al proclamar tal legado la llamáis: «Mulier»: «Mujer», y no madre, para darnos a entender que renunciáis en favor nuestro vuestro título de hijo y que en adelante, habiendo sido ella hasta entonces vuestra madre, dejará por vuestra muerte por algún tiempo, de serlo respecto de vuestra adorable Persona, para ser madre nuestra ya hasta la eternidad. De suerte que, oh buen Jesús!, por vuestro testamento me habéis regalado a vuestra madre queridísima, y a la vez, me habéis dado a ella, no ya en calidad de siervo o de esclavo, sino de hijo. Por consiguiente, si ya no soy el servidor de María sino su hijo, María más que mi señora y mi Reina soberana ha de ser mi madre querida. Oh amor!, oh bondad inefable! que todos los se. res de] universo os bendigan y adoren por tan señaladas muestras de amor hacia mí, infeliz pecador!

La cuarta cláusula de vuestro testamento nos concierne de manera muy especial a nosotros, y en tal forma participamos de su significado que parece que no la hubierais redactado sino en favor nuestro.

En los días últimos de vuestra vida nos manifestasteis por vuestras palabras un amor tan acendrado do como extraordinario. Efectivamente, nos aseguráis

que «Vuestro Padre nos ama tanto como a Vos»: «Dilexisti eos sícut et me dilexisti». Joan.XVIIo,23 y que «Vos nos amáis como vuestro Padre os ama a Vos mismo»: «Sicut diléxit me Pater, et ego diléxi Vos>. Joan. XVo,9; recomendándonos, por lo tanto, «que es amemos como Vos amáis a vuestro Padre» y «que nos amemos mutuamente los unos a los otros, así como Vos nos amáis»: Si praecepta méa servavéritis, manébitis in dilectione mea, sícut et Ego Patris me¡ praecepta servavi, et máneo in ejus dilectione» y «Mandatum novum do vobis: ut diligátis ínvicem sícut diléxi vos» Joan. XIIIo,34.

Es también evidente que al ver acercarse el final de vuestra vida mortal, con un afecto y un cuidado muy particular, quisisteis confiarnos y recomendarnos a las personas más dignas y poderosas del cielo y de la tierra, precisamente a las que más amabais y de quienes erais en igual forma correspondido, esto es, a vuestro Padre celestial y a vuestra dignísima Madre, la Virgen María. Y así,

ya a punto de marchar al suplicio de la cruz dijisteis a vuestro Padre, en vísperas de morir: «Pater sancte!, sérva eos in nómine tuo quos dedísti mihi... non pro eis áutem rogo tántum, sed et pro eis qui credituri sunt per vérbum eórum in me»: «Oh Padre santo!, conserva en tu nombre a los que me habéis dado... Yo no te lo pido un¡camente por éstos (por mis apóstoles), sino también Por los que han de creer en mí, por medio de su predicación». Joan.XVIIo,11 y 20. Y, ya en la cruz, en 01 trance final y decisivo de vuestra existencia, le entregasteis al mismo Padre junto con la vuestra todas las almas de vuestros hijos y discípulos, al decirle: «Páter!. in manus túas commendo Spíritum méum»: ,«Padre!, en tus manos entrego mi espíritu», y, minutos antes de expirar ya nos habíais confiado el cuidado maternal de vuestra santísima Madre al decirle: «Ecce fílius tuus»: «Mujer!, hé ahí a tu hijo».

Además, en vísperas de vuestra muerte, en esa

bellísima y solemne oración que dirigisteis a vuestro Padre, le pedisteis para nosotros las gracias más extraordinarias que pudo idear vuestro amor infinito. Así, le dijisteis con filial confianza: «Páter, quos dedísti mihi volo ut úbi sum ego, et illi sint mecum»: «Yo quiero, Padre mío!, que los que me disteis estén donde yo mismo esté» Joann.XVIIo,24, esto es, que tengan su morada y descanso conmigo eternamente en vuestro seno y en vuestro corazón paternal. Y añadisteis: «Páter juste!, dilectio qua dilexísti me in ípsis sit»: «Que el amor que me tenéis, oh Padre justo!, también los cubra a ellos» Joann.XVI1o,25, es decir: amadlos como me amáis a mí, amadlos con un amor inmenso, divino e infinito. Miradlos con los mismos ojos con que a mí me miráis, amadlos con el mismo corazón con que a mí me amáis, tratadlos en la misma forma en que a mí me tratáis y concededles todo lo que a mí me concedéis. Y todavía añadís: «Ut ómnes unum sint sícut Tu, Páter, in me, et Ego in Te, ut et ipsi in nóbis únum sint. . . ut sint únum sícut et nos únum sumus. Ego in éis, et Tu in me; ut sint consummáti in únum»: «Oh Padre santo!, que sean un sólo ser como nosotros. . . que no sean sino una misma cosa en nosotros, así como Vos, Padre mío!, estáis en mí y como yo estoy en Vos. Yo estoy en ellos y Vos estáis en mí, para que ellos se vean transformados en un solo ser» Joan.XVIIo,21.

No cabe, pues, la menor duda de que en la víspera y en el día de vuestra muerte nos disteis cuanto teníais en mayor estima y afecto: nos disteis a vuestro Eterno Padre para que fuera nuestro Padre, pidiéndole que nos amara lo mismo que a Vos con paternal amor; nos disteis en calidad de madre a vuestra propia Madre; nos disteis vuestro santísimo Cuerpo en la Eucaristía y vuestra alma divina al expirar en la cruz; nos disteis vuestra Sangre preciosa sin reservaros ni una sola gota; nos disteis vuestra vida, vuestros méritos, vuestros sufrimientos, vuestra humanidad

y vuestra divinidad, según vuestras propias palabras: «Animam méam pono pro óvibus méis» y «Et Ego claritátem quam dedisti mihi dédi éis»: «Yo doy m¡ alma y mi vida por mis ovejas... y la luz clarísima que me disteis a ellas se las he dado». Joan.X,15 y XVI19,22. En suma, Señor! nos disteis cuanto teníais sin reservaros nada en absoluto. Ah! cuán admirable es vuestra bondad para con nosotros el colmarnos de tantísimos favores justamente en la hora misma en que os haciamos sufrir en forma tan cruel y despiadada con nuestras culpas y pecados! Ay, querido Jesús!, y Por qué os amamos tan poco y por que pensamos en Vos tan raras veces? Será posible que un amor tan grande sea así desdeñado por aquellos a quienes dispensáis las más señaladas pruebas de vuestra divina caridad!

La quinta y última cláusula de vuestro testamento la disteis a conocer en el Monte de los Olivos, cuando en el momento de separaros de vuestros discípulos Para subir al cielo, les disteis vuestra santa bendición. Nosotros participamos también de tan insigne beneficio, pues al dar vuestra bendición a vuestros Apóstoles y discípulos, nos la disteis igualmente a todos y a cada uno de nosotros

en particular, ya que nos teníais entonces tan presentes en vuestro corazón como lo estamos hoy en vuestro amor. Oh!, que el cielo y la tierra os bendigan y que todas las creaturas del un¡verso se conviertan en un himno de bendiciones y alabanzas eternas a vuestra Infinita Majestad!

Tales son, oh bondadosísimo Jesús!, las cinco cláusulas de vuestro Testamento, en cuyo honor quiero ahora redactar el mío en la forma y en el tenor siguiente:

DÍA SÉPTIMO

TESTAMENTO QUE HEMOS DE HACER EN HONOR Y A IMITACIÓN DEL TESTAMENTO DE JESÚS, NUESTRO ADORABLE SALVADOR

Primer punto.- «Oh dulcísimo Jesús!, en honor y unión del amor con que derramasteis vuestra Sangre, y al morir en la cruz, perdonasteis a vuestros enemigos y verdugos, pidiendo para los mismos perdón a vuestro Padre, quiero yo perdonar de todo corazón a cuantos en cualquier forma hayan podido ofenderme y os ruego también Vos perdonéis a todos aquellos que me han ofendido u ocasionado cualquier disgusto. Me ofrezco a Vos para hacer y sufrir en su favor cuanto os plazca y aún para morir y dar mi sangre por ellos si fuera preciso y Vos me lo exigierais. A mi vez, pido perdón con toda la humildad posible a todos los que he ofendido en toda mi vida y me doy a Vos para ofrecerles la satisfacción debida».

Segundo punto.- «En honor y unión del amor inmenso, de la plena confianza y de las demás disposiciones santas con que entregasteis y encomendasteis vuestra alma y las de todos los vuestros en manos de vuestro Padre, Entrego y abandono mi alma junto con las de todos aquellos de quienes deba de modo especial cuidar o responder ante Vos, en las dulces manos y en el corazón amorosísimo de este Padre Divino, que es mi Dios, mi Creador y mi Padre amabilísimo, para que de ellas disponga según su beneplácito, abrigando no obstante la absoluta confianza, que en su infinita bondad, las alojará con la vuestra, oh buen Jesús!, en su regazo paternal para en él alabarle eternamente con Vos, según vuestro deseo: «Yo quiero, oh Padre!, que los que me disteis estén a mi lado en donde yo me encuentre», Joan. XVI1o,24.

Tercer punto. «En honor y unión de la caridad indecible con que disteis todos vuestros amigos

y todos vuestros hijos a vuestra Madre Santísima, yo también entrego y abandono en manos de esta Virgen querida todos aquellos que habéis querido. confiar a mi cuidado, suplicándoos, oh buen Jesús!, que se los entreguéis y recomendéis a Ella Vos mismo. Como también, de mi parte, yo le pido con toda mi alma, por el infinito amor que le profesáis y por el que Ella os tiene, y por el mismo amor con que le disteis vuestros amigos y vuestros hijos, que en adelante los mire como hijos de su corazón y se digne servirles de Madre.

Cuarto punto.- «En honor y unión del amor omnipotente con que me encomendasteis a vuestro Padre, el último día de vuestra vida, y con que le pedisteis para mí insignes beneficios y copiosas bendíciones, y con que me disteis todo lo que teníais en mayor estima, demostrándome de palabra y obra vuestro afecto y ordenándome amar a, mi prójimo como Vos mismo lo amáis, en honor, repito y en unión de este mismo amor, yo os encomiendo a todos los que sabéis debo en particular recomendaros, y para ellos os pido todo cuanto para mí pedisteis a vuestro Padre en el día último de vuestra vida. A Vos me entrego totalmente y de todo corazón por toda la eternidad, dándome a Vos para

amaros como amáis a vuestro Padre y del mismo modo como El os corresponde.. Me doy igualmente a Vos para amar a mis semejantes como Vos me habéis amado a mí mismo, dispuesto a dar por ellos mi sangre y mi vida si Vos me lo pidierais así».

Quinto punto.- «Oh Jesús!, Dios de todos bendición, os adoro en los últimos momentos de vuestra permanencia en la tierra, sobre el Monte de los Olivos, cuando os disponíais a subir a los cielos. Os adoro en el instante supremo en que disteis vuestra santa bendición a vuestra sacratísima Madre, a vuestros Apóstoles y a vuestros discípulos; adoro el amor infinito y las disposiciones de vuestra alma santa que acompañaron

tan emocionante escena, según la leemos en el Santo Evangelio. Luc. XXIVo,50.

Oh buen Jesús!, vedme prosternado a vuestros Pies, penetrado de la misma humildad y de las mis. mas santas disposiciones con que vuestra Madre Santísima, vuestros Santos Apóstoles y discípulos postrados ante Vos recibieron vuestra postrer bendición; os suplico humildemente, por el amor que les tenéis a ellos y por el que ellos os profesan, que me deis ahora a mí junto con los que os he recomendado, vuestra santa bendición, a fin de que por su virtud todo cuanto os ofende en nosotros sea aniquilado y destruido totalmente y nosotros mismos nos veamos convertidos en alabanza, amor y eterno bendición a vuestra adorable Majestad».

DÍA OCTAVO

NUESTRA AGONÍA Y EL ULTIMO ALIENTO DE NUESTRA VIDA

Miraremos este día como último de nuestra existencia y trataremos de pasarlo con tal devoción y fervor como si en realidad hubiera de ser el postrero para amar en este mundo, a Nuestro Señor. Para ello hemos de dedicarnos a contemplar y a adorar a Cristo en el último día de su vida mortal y a hacer todas nuestras obras con las mismas disposiciones santas y divinas con que El ejecutó las suyas, uniéndonos desde ahora a sus intenciones para el último día de nuestra vida y suplicando a Jesús que nos asocie El mismo a ellas y que las grabe e imprima en nuestro corazón para poder pertenecer el número de aquellos de quienes el Espíritu Santo dice en el Libro del Apocalipsis: «Beati mortui qui in Domino moriuntur». Dichosos ¡os que mueren en el nombre del Señor. Apoc. XIVo,13.

Lo propio, guardadas las debidas porporciones, habéis de hacer con la Virgen Santísima, contemplándola y honrándola en el día último de su vida, uniéndonos

a sus disposiciones y consagrándole el último día de la nuestra en honor del último de la suya. Para esto bien podéis valeros de las Elevaciones a Jesús y a María, que os dejamos señaladas en las páginas precedentes.

Por otra parte, he de añadir que es muy conveniente en este día, adorar a Jesús y honrar a su Madre Santísima en su agonía y en el trance de su muerte ofreciéndoles nuestra muerte y agonía con la súplica ferviente de que las unan a las suyas, bendiciéndolas y santificándolas en tal forma.

También fuera bueno adorar la potencia infinita del amor divino que hizo morir a Jesús y a María consumidos en las ardientes llamas de su caridad, pidiéndole nos haga morir también a nosotros en unión suya abrasados en el mismo fuego de su sagrado amor. Honrad en este día a todos los Santos

Mártires y a todos los Santos y Santas en su agonía y en su muerte, ofreciéndoles las vuestras y rogándoles las unan a las suyas Y os asocien a las santas disposiciones con que se prepararon a morir y os hagan participes del amor y de la gloria que tributaron a Nuestro Señor el último día de su vida y con el postrer instante de su existencia.

De una manera muy particular rogad a San Juan Evangelista, a Santa María Magdalena al Buen Ladrón que murió con Jesús, y a los otros Santos y Santas que asistieron a la muerte de Nuestro Señor, que os acompañen también a vosotros en ese trance terrible y os ayuden a morir santamente.

También sería de desear que en este día procura¡s leer la Pasión de Cristo, el capítulo XVIIo del Evangelio de San Juan que encierra las últimas palabras y oraciones de Jesús, antes de marchar al suplicio de la cruz; las oraciones de la Iglesia para los agonizantes, pues no sabéis si en el día último de vuestra vida estaréis en condiciones de prepararos en debida forma a una muerte santa y meritoria. Hé aquí

por qué es bueno anticiparnos a esa fecha incierta y leer la Pasión de Nuestro Señor y las oraciones ya señaladas, con toda la devoción con que deseáramos hacerlo en el trance de la muerte y con el fervor usado por toda la Iglesia en tan emotiva ceremonia.

Pero sobre todo, al leer el capítulo XVIIo de San Juan, que contiene las últimas palabras y plegarias de Jesús, daos a El para pronunciar estas, palabras y oraciones admirables en unión del amor y de las disposiciones e intenciones con que lo hizo el Hijo de Dios, rogándole imprima en vuestro corazón tales disposiciones en los últimos momentos de vuestra vida y que estas palabras rindan entonces todo el fruto de santificación que en sí encierran.

Prosternaos, por último a los pies de Jesús y de su Madre Santísima para, pedirles os dé su santa bendición en el momento supremo de vuestra agonía, diciéndoles la siguiente oración: «Oh Jesús!, oh Madre de Jesús!, dadme por favor vuestra santa bendición Para el postrer instante de mi vida, y haced por vuestra infinita misericordia que esos momentos supremos de mi existencia rindan un digno homenaje de adoración, a vuestra muerte santísima con el acto más puro de amor que jamás haya podido hacer mi corazón en vuestro honor!>

DÍA NOVENO

EL JUICIO PARTICULAR QUE HA DE SEGUIR A NUESTRA MUERTE

Es una práctica muy recomendable, cuando se asiste a la muerte de algún cristiano, Ponerse de rodillas en el instante preciso en que expira, para adorar la venida del Hijo de Dios que se hace presente con el fin de juzgar su alma en su mismo cuerpo, en que permanece hasta el momento en que por dicho juicio se le adjudique el lugar definitivo que le ha

de corresponder después de la muerte. Fácil sería probar la certitud de este advenimiento de Cristo Nuestro Señor para juzgarnos a la hora de nuestra muerte con no pocos textos de las Sagradas Escrituras que de ello hablan, más no se trata ahora de sentar este dogma (Cfr. Joan XIV,3 y Joann. Vo,22). Bástenos ahora saber que si es bueno adorar al Hijo de Dios en este juicio que ejecuta sobre otros en la hora de su muerte, con mayor razón debemos adorarlo con ocasión del que ejercerá con nosotros en la hora suprema de nuestro fallecimiento, y rendirle desde ahora espontánea y

gustosamente los deberes que entonces tendríamos que tributarle por obligación imperiosa. He aquí por qué emplearemos este día en la forma siguiente:

Punto Primero.- «Oh Jesús!, Vos sois el Santo de los Santos y la santidad personificada, infinitamente distante de todo pecado e imperfección. No obstante os contemplo en el Huerto de los Olivos, prosternado ante vuestro Padre y con el rostro clavado en la tierra, y al día siguiente en idéntica humildísima actitud a los pies de Pilatos, cuando vuestro Padre considerándoos como a quien ha cargado con todos los pecados del mundo, para constituirse en fiador y rescate de la humanidad pecadora, se decide a ejercer su justicia sobre Vos y cargándoos con el juicio de los pecadores os condena a la muerte de cruz. Y Vos aceptáis este juicio con plena sumisión, con humildad inefable y con amor ardiente hacia vuestro Padre y hacia nosotros, pecadores miserables, causa de vuestra muerte. Oh Jesús!, os adoro y glorifico en este juicio y en todas las santas disposiciones de humillación, contrición, sumisión y amor admirables con que lo habéis soportado».

Punto Segundo.- «En honor y unión de estas disposiciones, vedme aquí prosternado a vuestros pies,, oh Jesús!, reconociéndoos y adorándoos como a mi Juez soberano; me someto gustoso al poder que tenéis de juzgarme y me alegro de veros dotado de tan soberano

no dominio sobre los hombres y sobre los Ángeles de todo el universo. Bendigo mil veces a vuestro Padre por habéroslo otorgado, y os protesto que, si por un imposible carecierais de semejante poder y estuviera en mis manos dároslo, de mil amores me despojaría de él para concedéroslo, y que si ya no estuviera yo sujeto a la potestad que os asiste de juzgarme, de buen grado me sometería a ella, en homenaje a vuestra divina Justicia y al juicio que soportasteis de parte de vuestro Padre en vuestra santa Pasión».

Punto Tercero.- «Oh Jesús!, os adoro en vuestro advenimiento a la hora de mi muerte y en el momento en que os acercaréis a mi para juzgarme y en todas las circunstancias que acompañarán dicho juicio. Hacedme participar de la luz divina con que me daréis a conocer mi vida entera para rendiros cuentas de mi conducta y del celo de vuestra justicia con que os vengaréis de mis ofensas, para que desde este momento pueda yo conocer todas mis faltas y vengarme de mis pecados por una perfecta contrición y por un odio y aborrecimiento eficaz de los mismos».

Punto Cuarto.- «Oh Dios mío!, cuánto os he ofendido en pensamientos, palabras y obras durante mi vida entera! En verdad, innumerables son mis pecados, lo confieso, y de ellos me acuso ante Vos, ante vuestra Santísima Madre, ante. vuestros Ángeles y Santos, y, si tal fuera vuestra voluntad, quisiera acusarme de ellos ante el mundo entero tal cual están a vuestra vista que penetra los misterios mismos del corazón. Ah, si me fuera dado conocerme como me conocéis Vos y como me veré y conoceré a vuestra luz en el instante terrible de mi juicio particular!. . . Ah!, qué confusión y qué vergüenza tan espantosa no habré de sentir en tan horrendo trance? Qué horror sentiré entonces de mis crímenes y cuánto pesar y dolor no habré de experimentar en tan angustiosa situación? Ay de mi!, infeliz, haberos amado tan poco y, tanto haberos ofendido!. .. Oh!, y cómo me acusaré

entonces a mí mismo! seguro estoy de ello: yo se seré mi propio juez, pues seré el primero en pronunciar mi propia condenación cuando me dé cuenta cabal de mi miseria e indignidad espiritual».

Punto Quinto.- «Mas, será preciso esperar hasta ese momento tremendo? Desde ahora, Señor!, me entrego al celo de vuestra divina Justicia y al espíritu de odio y horror que os anima para con el pecado, y en honor de estos sentimientos de vuestro corazón, yo odio y detesto con toda mi alma

todos mis pecados, renunciando a ellos por siempre y comprometiéndome a hacer penitencia de los mismos hasta el fin de mi vida y en la forma que queráis. Y prosternado ante vuestra faz, y aniquilándome hasta el colmo del abatimiento y de la abyección en que me veis, oh Dios Eterno!, y que es lo que merezco por mis pecados e ingratitudes, declaro y proclamo a la faz del cielo y de la tierra, que yo, gusano miserable, átomo de polvo y peor que nada, habiendo ofendido de tantas maneras a una Majestad tan excelsa y tan grande, me considero totalmente incapaz de expiar el menor de mis crímenes, aun cuando soportara todos los suplicios y castigos de la tierra, del purgatorio y del mismo infierno, si vuestra misericordia infinita y la virtud omnipotente de vuestra Sangre preciosa no intervinieran en mi favor, porque todos estos tormentos y castigos son finitos y limitados mientras que el ultraje que os he irrogado, oh Majestad infinita!, es infinito y, por lo mismo, infinita ha de ser su expiación y su pena. Por consiguiente, oh mi Juez soberano!, una vez más postrado a vuestras plantas y desde el pavoroso abismo de mis pecados y miserias, yo os adoro, os bendigo y os amo con toda mi alma en la sentencia que pronunciaréis sobre mí en la hora de mi muerte y con todo el amor y sumisión posible me someto a vuestro fallo inapelable, diciéndoos con el Real Profeta y con todo el afecto de mi corazón: «Justus es, Dómine, et réctum judicium túum»: «Justo

eres, Señor!, y rectos son vuestros juicios» Psalm. CXV111o,137. Acepto complacido cuanto queráis ordenar sobre mi en el tiempo y en la eternidad, y me doy a Vos, no sólo para sufrir todos los tormentos del Purgatorio, en homenaje a vuestra Divina Justicia sino cualquier otra pena que os plazca imponerme, sin preocuparme de lo que pueda ocurrirme en esta vida o en la otra, siempre que la injuria y el ultraje que os he irrogado con mis pecados queden totalmente reparados.

Mas, ay, Dios misericordioso!, no permitáis sin embargo que yo llegue a ser del número de los que nunca podrán amaros! Pero, quién soy yo, Señor!, para que os dignéis siquiera mirarme, y hacerme comparecer en vuestra presencia para juzgarme? Bien es cierto que soy infinitamente más indigno de los efectos de vuestra misericordia; mas, oh Salvador amantísimo!, acordáos por favor de que quisisteis ser juzgado en mi lugar y que sois digno sobremanera de que mis pecados os sean perdonados, puesto que así se lo pedisteis a vuestro Padre. No entréis, por tanto en juicio con éste vuestro mísero e indigno servidor, y más bien, ofreced por mí a vuestro Padre el juicio que soportasteis por mis culpas, rogándole las' perdone, no en atención a mi pobre persona, sino a los méritos infinitos de la vuestra adorabilísima. Oh Padre misericordioso!, reconozco que he merecido todo el rigor de vuestros juicios y que soy indigno del más pequeño favor de parte vuestra y de que me perdonéis la más leve falta, pero os ofrezco el juicio terrible que soportó vuestro adorable Hijo a causa de mis pecados y os pido los perdonéis, no ya a mí sino a El, que ha querido constituirse mi defensor desinteresado y fiador de mi causa y que, como tal os ha pedido y aún os pide perdón por mí y le otorguéis todas las gracias que necesito para vuestro servicio. Por lo demás, oh Dios mío!, todos los castigos de esta vida que pudierais emplear contra mí jamás lograrán

satisfaceros debidamente por el menor de mis pecados y ya que sólo vuestro Hijo es capaz de reparar en debida forma la ofensa que os he irrogado por ellos, me atrevo a ofrecéroslo pidiéndole a la vez a El mismo, se digne ofrecer conmigo a vuestra Majestad ofendida, todos los sufrimientos y todos los méritos de su vida y de su Pasión santísima en expiación de todas mis culpas. Uno a esta oblación los merecimientos y penas de vuestra creatura predilecta, la Madre dignísima de Jesús, junto con los méritos y sufrimientos de todos los Santos y Santas del cielo y de la tierra.

Oh Madre de misericordia!, oh Madre de Jesús!, oh Ángeles, oh Santos y Santas de Jesús!, ofreced por mí a Dios todos vuestros méritos y trabajos y toda la gloria que le habéis tributado, en satisfacción de mis ofensas y suplicadle que no me trate según el rigor de su Justicia sino conforme a

su infinita bondad y misericordia para que con vosotros le ame y le bendiga por toda la eternidad».

DÍA DÉCIMO

ESTADO DE MI MUERTE Y SEPULTURA

Habiendo Nuestro Señor Jesucristo querido pasar por todos los estados de la vida humana y mortal a fin de honrar en todos a su Eterno Padre y de bendecirlos y santificarlos por nosotros, debemos nosotros también desplegar un celo extraordinario en honrarlo a El en todos ellos y en dedicarle los nuestros del pasado, del presente y del porvenir, para honra y gloria de todas las etapas y circunstancias de su vida terrena.

Según esto, después de haberlo adorado en el postrer instante de su vida y de haberle consagrado

el último momento de la nuestra, es natural le adoremos ya en su estado de muerte que se prolongó por tres días, dedicándole con tal objeto el estado de nuestra muerte que ha de durar desde el momento en que ésta se produzca hasta el día de la resurrección general de la carne.

Punto Primero.- «Oh Jesús!, Vos sois la Vida, la eterna Vida y la fuente de toda vida, y, no obstante, os contemplo reducido a las tinieblas y envuelto en las sombras de la muerte. Decís por breve tiempo adiós a vuestra amantísima Madre y a vuestros amados Apóstoles y discípulos, quienes, junto con todos vuestros amigos, se quedan solos sumidos en un mar de lágrimas y entregados al más cruel dolor que hay en este mundo cual es el de vuestra ausencia. Contemplo vuestra alma santísima separada de ese cuerpo deificado, con el cual vivió unida estrechamente por espacio de tanto tiempo y ese cuerpo, más santo y sagrado que todos los cuerpos celestes, -- quiero decir que todos los cielos y que el mismo cielo-- , yacente en un sepulcro, rodeado de tierra y de polvo. Oh mi Jesús!, así os adoro, así os alabo y así os glorifico sometido a la obscura abyección de una tumba fría y despiadada! Os ofrezco todo el honor que en tal situación os tributaron vuestra Santísima Madre, Santa María Magdalena, vuestros santos Apóstoles y Discípulos, todas las almas justas que liberasteis del Limbo y la Iglesia Universal junto con la gloria inmensa que os dio vuestro Padre y de la que ahora disfrutáis en el cielo, a cambio de la humillación que entonces recibisteis en la tierra. Os consagro el estado de muerte a que he de verme reducido algún día en homenaje de vuestro cadáver sacrosanto y os ofrezco la separación ineludible de mis parientes y amigos a que entonces he de verme sujeto en honor de la dolorosa despedida y obligada ausencia de vuestra dulce Madre y de vuestros queridos Apóstoles y discípulos. Os ofrezco todo el dolor y las lágrimas de

mis parientes y amigos en honor del luto y del llanto de vuestra afligida Madre y de vuestros Apóstoles en esos días de mortal tristeza. Os ofrezco la separación de mi alma Y de mi cuerpo en honor de la separación de vuestra alma santa y de vuestro cuerpo sagrado. Os ofrezco todo el estado, sea cual fuera, en que mi alma ha de quedar después de la muerte hasta el día de la resurrección en que de nuevo se junte con su cuerpo, en homenaje al estado de vuestra alma mientras vivió separada de vuestro cuerpo. Os ofrezco la sepultura de mi cuerpo y cuanto entonces haya de ocurrir en honor de la sepultura del vuestro. Y, en honor y unión del amor con que quisisteis, oh buen Jesús!, que vuestro cuerpo yaciera en la tierra y en el polvo, y con el que tantas veces me habéis dado ese mismo cuerpo en la sagrada Comunión, a mí, que no soy sino tierra y vil gusano, gustoso entrego mi cuerpo a la tierra, abandonándolo a los gusanos y consiento que sea reducido a polvo y a ceniza, pero con la condición, oh Salvador mío!, de que todas las briznas de polvo el¡ que mi carne y Mis huesos han de convertirse, sean como otras tantas lenguas y voces que alaben y glorifiquen sin cesar el misterio

adorable de vuestra sepultura, para que así pueda yo cantar con el Salmista: «Omnia ossa méa dicent: Dómine!, quis símilis tibi?»: «Mis huesos todos han de clamar: Señor', quién como Tú?» Psalm. XXXIVo,10.

Punto Segundo.- «Oh Divino Jesús!, aunque vuestro cuerpo y vuestra alma estén separados el uno de la otra, con todo, ambos permanecen unidos a vuestra divinidad y por tal razón son igualmente dignos de adoración y honores infinitos. As!, pues, yo adoro vuestra alma santísima en su bajada al Limbo, en todo cuanto le sucedió en tal ocasión y en los efectos maravillosos que operó en las almas de los Santos Padres que en él estaban esperando vuestro santo advenimiento. Adoro también este cuerpo en el sepulcro con todos sus miembros y órganos, pues

nada hay en él que no sea infinitamente adorable. Yo os adoro, ojos santísimos del cuerpo de mi Salvador; os adoro, oídos sacratísimos de mi Dios!, os adoro y alabo, benditísima boca y lengua de aquél que es el Verbo y la Palabra eterna del Padre. Os adoro y bendigo, divinísimas manos y pies de mi Señor; os adoro y os amo, oh amabilísimo Corazón de Jesús! Ay, amado mío!, a qué estado os han reducido mis culpas? Esos ojos sagrados que alegraban con su dulce mirar a cuantos os trataron, están ahora obscurecidos por las sombras de la muerte; esos santos oídos, siempre abiertos a los clamores y plegarias de los desgraciados, están cerrados y no pueden oír ya; esta boca divina que encerraba palabras de vida, ha quedado muda y sin palabras; estas manos benditas que han ejecutado tantos portentos y maravillas, están inmóviles e inactivas; estos pies celestiales, tantas veces fatigados por la salvación de las almas, no pueden ya moverse y sobre todo, este Corazón amantísime de mi Jesús, el más digno y noble trono del amor de Dios, está sin vida ni movimiento. Ah, mi querido Jesús!, quién os ha reducido a tal estado?... Mis pecados y vuestro amor. Ah!, pecado maldito y odioso, cómo te aborrezco!... Oh amor de mi Salvador!, que yo os ame y os bendiga eternamente!»

Punto *Tercero.-* «Oh buen Jesús!, me abandono todo entero al poder de vuestro santo amor; os suplico que desde ahora me reduzcáis a un estado de muerte que imite y honre el de vuestra adorable Persona. Extinguid enteramente en mí la vida pecadora del viejo Adán y hacedme morir perfectamente al mundo, a mí mismo y a cuanto haya fuera de Vos. Mortificad de tal suerte mis ojos, mis oídos, mi lengua, mis manos, mis pies, mi corazón y todas las facultades de mi cuerpo y de mi alma, que no pueda ya ni ver, ni oír, ni hablar, ni gustar, ni actuar, ni caminar, ni amar, ni pensar, ni querer, ni usar cualquier órgano de mi cuerpo o facultad de mi alma sin

contar con vuestro querer y con la dirección y movimiento de vuestro Espíritu Divino».

Punto Cuarto._ «Oh mi amadísimo Jesús!, me doy a Vos para realizar en mi las palabras de vuestro Apóstol: «Mortui éstis, et vita véstra est abscóndita cum Christo in Deo»: «Estáis muertos, y vuestra vida está oculta con Cristo en Dios! » Col. IIIo 3. Escondedme y sepultadme del todo junto con Vos en Dios; sepultad mi espíritu, mi corazón, mi voluntad, mi vida y mi ser en vuestro espíritu, en vuestro corazón, en vuestra voluntad, en vuestra vida y en vuestro ser para que no tenga ya otros pensamientos, otros deseos y afectos, otros sentimientos y disposiciones que difieran en lo más mínimo de los de vuestra adorable Majestad. Y así como la tierra convierte y transforma en sí los cuerpos en ella sepultados, convertidme y transformadme enteramente en Vos. Sepultad también mi orgullo en vuestra humildad, mi frialdad y tibieza en el fervor de vuestro amor divino, y todos mis vicios e imperfecciones en vuestras virtudes y perfecciones infinitas, a fin de que, como la tierra consume todas las impurezas del cuerpo enterrado en su seno, así las impurezas todas de mi alma se consuman y aniquilen en el de vuestra Divinidad!>

Punto Quinto.- «Oh Madre de Jesús!, os venero y reverencio en el estado de vuestra muerte y sepultura, ofreciéndoos todo el honor que en él os rindieron todos los Ángeles y los santos Apóstoles. Os doy gracias por toda la gloria que con el vuestro, tributasteis al estado de muerte y sepultura de vuestro Hijo, y, al ofreceros también mi propia muerte y sepultura, os ruego encarecidamente que por vuestras santas oraciones me alcancéis de la Divina Majestad la gracia de que m¡ estado de muerte y sepultura rinda da eterno homenaje de honor y de gloria al de vuestro Hijo adorado y al vuestro».

DÍA UNDÉCIMO

ENTRADA DE NUESTRAS ALMAS AL CIELO Y A LA ETERNA BIENAVENTURANZA

Aunque en extremo indignos de ver la faz de Dios y de ser admitidos a la dichosa compañía de los moradores del cielo, por haber merecido tantas veces el infierno a causa de nuestros pecados, sin embargo, no se puede negar que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo junto con la Santísima Virgen y todos los Ángeles y Santos suspiran por vernos cuanto antes reunidos con ellos abismados en los torrentes de las celestes e inefables delicias del amor de Dios, que reina en el cielo en toda su plenitud. Y hemos de abrigar una confianza sin límites en la bondad divina de que algún día esto ha de ser maravillosa realidad. Tal ha de ser uno de nuestros mayores consuelos en la vida presente y día llegará en que por fin comencemos a glorificar Y a amar a Dios con toda perfección. Ah! y con cuánto gozo debiéramos cantar con el Real Profeta: «Laetátus sum in his quae dicta sunt mihi: in dómum Dómini íbimus!» y «Beáti qui hábitant in domo túa, Dómine; in saecula saeculórum laudábunt Te»: «Me he regocijado con la buena nueva de que ¡riamos a la Casa del Señor!»; «Felices los que en ella viven. Señor; os alabarán por todos los siglos, Psalm.CXX1o,1 y Luc.XV111o,15.

Y en realidad de verdad, si celebramos la memoria del día de nuestro nacimiento a la vida de la gracia por el Santo Bautismo, con mayor razón tenemos que festejar el día y la fiesta de nuestra entrada al cielo y del nacimiento a la vida de la gloria. Anticipemos, pues, esta fecha y desde ahora celebremos esta fiesta con los ejercicios siguientes:

Punto Primero.- «Oh Jesús!, , os adoro, alabo y glorifico infinitamente en el instante feliz de vuestra

entrada al cielo; os ofrezco toda la alegría que entonces experimentasteis con toda la gloria el amor y las alabanzas que con tal motivo recibisteis de vuestro Padre de vuestro Espíritu Santo, de vuestra Santísima Madre, de todos vuestros Ángeles y Santos. Honro también a vuestra dichosa Madre en el momento en que hizo su entrada al Paraíso, ofreciéndole toda la alegría que sintió ese día con la gloria y las alabanzas que le rindieron vuestro Padre, Vos mismo, vuestro Espíritu Santo, todos los Ángeles y Santos del cielo. Os ofrezco a ambos, la entrada que, por vuestra gran misericordia, espero hacer en día no lejano al Paraíso, en honor de la entrada triunfante y gloriosa que Vos hicisteis el día de vuestra Ascensión a los cielos y vuestra dignísima Madre en el de su Asunción admirable al Paraíso. Así es, adorable Jesús! como yo deseo consagrar todo mi ser en el tiempo y en la eternidad, a honra y gloria del vuestro y del de vuestra excelsa Madre».

Punto Segundo.- «Oh admirable y adorabilísima Trinidad!, yo os adoro, bendigo y ensalzo infinitamente, por cuanto sois en vuestra esencia divina, en vuestras perfecciones infinitas, en vuestras Personas eternas y en todas las obras de misericordia y de justicia que habéis realizado y realizaréis siempre conmigo y con todas vuestras creaturas en el cielo, en la tierra y en el infierno.

Os ofrezco todas las adoraciones, glorias, alabanzas, bendiciones y amor que os han sido, son y serán dadas en el tiempo y en la eternidad; ah, Dios mío!, cuánto me alegro de estar tan lleno de grandeza, de maravilla, de gloria y de felicidad! Ah, Señor!, esto me basta para ser feliz: renuncio a toda otra dicha, a toda otra gloria y a todo otro gozo en mi eternidad que no sea el gozo, la gloria y la dicha de veros a Vos, a quien amo más que a mí mismo, colmado de gozo, de gloria y de majestad. Oh gloria y amor de mi corazón!, que el cielo y la tierra canten sin cesar vuestra grandeza y vuestro amor!

Me doy e inmolo totalmente a Vos, para ser santamente abismado y consumido por siempre jamás; en las purísimas llamas de vuestro divino amor!»

Punto Tercero.- «Oh Jesús!, objeto único de todos mis amores, qué alabanzas os tributaré por todo cuanto sois en Vos mismo y por todos los efectos de bondad para conmigo y para con todas vuestras creaturas? Señor!, que todas ellás, que todos vuestros Ángeles, que todos vuestros Santos, que vuestra Madre dignísima, y que todas las potencias y facultades de vuestra divinidad y humanidad se consagren a bendeciros y amaros eternamente!»

Punto Cuarto.- «Oh Madre de mi Dios!, oh Santos Ángeles!, oh bienaventurados Santos y Santas!, os saludo, venero y agradezco a todos en general, y a cada uno en particular, especialmente a aquellos con quienes estoy más obligado, y con aquellos con los cuales estaré de modo particular unido en la eterna bienaventuranza. Y en acción de gracias por los favores que he recibido de vosotros, y mucho más aún, por toda la gloria y por todos los servicios que habéis prestado y rendido a mi Dios, os ofrezco a todos y a cada uno en particular, el amabilísimo Corazón de mi Jesús, fuente de toda felicidad, de toda gloria y de toda alabanza. Os entrego mi espíritu y mi corazón, unidlos desde ahora a vuestros espíritus y corazones y asociadme a todo el amor y a todas las alabanzas que tributaréis sin cesar a Aquél que me ha creado, para alabarlo y amarlo eternamente con vosotros desde este instante y en espera de¡ día en que dispondrá unirme perfectamente a vosotros y colmar así mis ansias de amaros y bendeciros con todo el corazón».

Punto Quinto.- «Oh!, dichoso el día en que pueda yo comenzar a amar a quien es infinitamente digno de todo amor, con todo mi corazón, con toda mi alma y con todas mis fuerzas! Oh! bendito mil veces, el día en que yo me inflame y abrase enteramente

en las llamas ardientes de vuestra caridad divina! Oh Jesús, dulce amor mío!, cómo me consuela el pensamiento de amaros y bendeciros algún día por toda una eternidad! En verdad, se derriten en lágrimas mis ojos y el corazón desfallece de felicidad con sólo pensar que habrá de llegar un día en que me he de ver convertido todo entero en una hoguera inmensa de alabanzas y de amor hacia Vos! Mas, ay! cuándo será eso?... Cuándo brillará ese día feliz mil y mil veces ansiado? ¿Cuánto tardará en llegar aún? - «Heu mihi, quia incolatus méus prolongatus est»: «Ay de mí!, y cómo se prolonga mi destierro!» Psalm. CXIXo,5. «Usquequo, Dómine, oblivísceris me in finem; úsquequo avertis fáciem túam a me»: «Hasta cuándo, Señor!, me tendréis en el olvido?... hasta cuándo apartaréis de mí tu faz? Psalm.XIIo,1. «Quemádmodum desíderat cervus ad fontes, aquárum, ita desíderat ánima mea ad Te, Deus!»: «Como el ciervo suspira por las fuentes de las aguas así mi alma por Vos, oh Dios! delira». Psalm.XL1o,2.

«El ciervo sin tregua perseguido,
Fugitivo, sediento, fatigado,
Por la clara fuente no delira
Cual mi pobre corazón decepcionado

Por Tí, Señor! mí Dios, suspira!
Mi triste corazón desfallecido
Ansioso, atormentado y anhelante
Grita su pena, su dolor punzante:
Brillará, por fin, Jesús querido!
De ciegos luz, tu faz radiante!

Ay! cuándo brillará el día
De saciar en Tí mis ansias lacerantes
Al posar mi frente enardecida
En tu regazo y corazón amantes!»

(Traducción de Desportes.)

Punto Sexto.- «En espera de tal día, amadísimo Salvador mío!, deseo realizar en mí las palabras de vuestro Apóstol: «Conversatio nóstra in coelis est»: «Nuestra conversación está en los cielos» Phil.IIIo2 y estas otras de vuestros divinos labios: «Regnum De¡ intra vos est»: «El Reino de Dios está en medio de vosotros» Luc.XVI1o,21. Deseo, Señor! vivir en este mundo como si no perteneciera el mismo, viviendo por anticipado de espíritu y de corazón en el cielo. Anhelo trabajar con todas mis fuerzas en establecer el reino de vuestra gloria y de vuestro amor en mi propio corazón. Mas, Vos sabéis, oh Señor!, que por mí mismo de nada soy capaz, y por lo tanto, me doy enteramente a Vos a fin de que destruyáis en mí cuanto se oponga a tan noble empresa y para que Vos mismo establezcáis en mi cuerpo, en mi alma, en una palabra, en todo mi ser, el reino indestructible de vuestro santo amor!»

Conclusión de los ejercicios anteriores

Al final de estos ejercicios, cuyo objeto era la preparación a la muerte, debéis dar gracias a Dios por los favores que os ha concedido, pidiéndole perdón de las faltas que en ellos habéis cometido y suplicándole se digne subsanar vuestras imperfecciones y deficiencias y cumplir en vosotros sus palabras: «Beátus ille servus, quem quum vénerit Dóminus ejus, invénerit sic faciéntem. Amen dico vobis, quóniam súper ómnia bona sua constituet eum»: «Dichoso el siervo a quien su amo encontrare velando, al regresar a su casa; en verdad os aseguro que lo pondrá al frente de todos sus haberes». Math. XXIVo,46-47. Rogadle que El mismo vele por vosotros y en vosotros, para que no seáis sorprendidos Por el enemigo malo y que os reserve estos ejercicios y esta preparación para la hora de vuestra muerte para el día en que ella os haya de suceder,

y que para entonces, sea El mismo, vuestra propia preparación inmediata y divinamente eficaz.

Guardadas las debidas proporciones, haced otro tanto respecto de la Santísima Virgen, de los Ángeles y de ¡os Santos, en especial de los del día en que Dios sabe habréis de morir.

Algunos otros avisos y disposiciones necesarias, para morir cristianamente

Todavía me permitiré añadir otras advertencias y disposiciones cuyo uso podrá serviros muchísimo, cuando sintáis que el fin de vuestra existencia está cerca. Lo primero que habéis de hacer entonces, será ejercitaros lo más que podáis en actos de amor a Jesús, sin descuidar la práctica de la

humildad, pues no hay medio más poderoso y suave a la vez que este santo ejercicio para borrar rápidamente nuestros pecados, para adelantar en las sendas de la virtud y para agradar a Dios.

Si el temor de la muerte os conturba, o si os molestan pensamientos de desconfianza por vuestras muchas culpas, haceos releer lo que anteriormente hemos escrito acerca de la Confianza en Dios, en la página 145 y siguientes.

Si podéis aguantar la lectura sin fatigaros demasiado, haceos leer de cuando en cuando los ejercicios precedentes sobre la preparación a la muerte, como también los de alabanza y glorificación a Jesús, que encontraréis en la página 347 y siguientes.

Haceos leer también algo de la «Vida de los Santos», del año cristiano o de otro libro similar; pero en particular: la Pasión de Cristo, el capítulo XV11o del Evangelio de San Juan, y las oraciones de los agonizantes, en la forma como lo indicarnos en el séptimo día de los ejercicios sobre la muerte.

Mantened a menudo un crucifijo en vuestras manos, para hacer de vez en cuando actos de amor a

Dios, acompañados de ósculos respetuosos a la sagrada imagen del Señor Crucificado, como dijimos en la pagina 377 y siguientes.

Que los sagrados nombres de Jesús y de María broten a menudo de vuestro corazón y de vuestros labios, y tened un anhelo siempre creciente de pronunciar, tan santos nombres con las intenciones señaladas en la página 281 y siguientes.

Elevad a cada instante el corazón a Jesús, diciéndole, con su discípulo amado: «Véni, Dómine Jesu! ven¡, Dómine Jesu!»: «Ven, Señor Jesús!, ven, Señor Jesús!» Apoc.XXIIo,20; o, con San Pedro: «Amo te, Dómine Jesu!, amo te!, amo te!: «Te amo, Señor Jesús!, te amo, te amo» Joan.XXI,15; o bien, con el Buen Ladrón: «Memento me¡ Dómine!, dum véneris in régnum tuum!: «Acuérdate de mí, Señor!, cuando estés en tu reino» Luc.XXIVo,42, y, al pronunciar estas palabras, uníos a la contrición y al amor con que ese santo Ladrón las pronunció, para merecer lo mismo que él, escuchar de labios de Nuestro Señor la promesa inefable: «Amen dico tibi: hódie mécum éris in paradiso»: *«En verdad te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso».* Luc.XX111,43.

Podéis también dirigiros a Jesús con las palabras del pobre publicano del Evangelio: «Déus, propítius esto mihi peccatóri!»: «Oh Dios mío! apiádate de este pobre pecador!> Luc.XVIII,23; o bien, tomando las palabras de David arrepentido: «Miserére me¡, Deus!, secúndum mágnam misericórdiam tuam!» «Ten piedad de mí, Señor!, según tu gran misericordia!» Psalm. Lo,3, o también: «Súscipe me secundum elóquium tuum et vivam, et non confundas me ab expectatione méa!»: «Recíbeme, Señor, según tu palabra y viviré, y no seré defraudado en mi esperanza!» Psalm. CXVIIIo,116; o aún estas otras del mismo salmista: «In te. Dómino sperávi; non confúndar in aeternum!»: «En tí, Señor!, he esperado y jamás me veré confundido!» Psalm. XXXo,2. Igualmente podréis tomar las palabras de San Francisco de Asís:

«Oh Señor!, sacad mi alma de la cárcel de mi cuerpo, para que alabe vuestro santo nombre en unión de todos los justos que en el cielo me aguardan!».

Con la Santa Iglesia dirigíos a María Santísima diciendo: «María, Máter gratiae!, Máter

misericórdiae!: tu nos ab hoste prótege et mórtis hora súscipe!»: «María, Madre de gracia y de misericordia!, defiéndenos del enemigo y recíbenos en la hora de la muerta!» Oh Madre de Jesús!, sed la madre de mi alma!: «Monstra te esse matrem!»: «Manifiesta que eres mi madre», o mejor: «Monstra te esse Matrem Jesu»: «Manifiéstame que eres la Madre de Jesús», aniquilando en mí, por vuestros méritos y oraciones, todo cuanto se oponga a la gloria de Jesús y dándome la gracia de amarlo y glorificarlo con toda perfección.

Decid también, con San Estéban: «Dómine Jesu!, súscipe spíritum méum»: «Señor Jesús!, recibe mi alma!» Act.V11o,58, y, al pronunciar estas palabras y todas las anteriores uníos siempre a la devoción, al amor y a las demás santas disposiciones que tuvieron los que las pronunciaron.

Con Jesús, durante su agonía del Huerto de los Olivos, diréis a la Divina Majestad: «Páter!, non mea voluntas, sed túa fíat!»: «Oh Padre!, no se haga mi voluntad, sino la tuya!» Luc.XXIIo,42, y con Nuestro Señor moribundo sobre el madero de la cruz: «Páter!, in manus túas commendo spíritum méum!»: «Oh Padre, en tus manos entrego mi espíritu!» Luc, XX111o,43.

También podréis serviros de las jaculatorios siguientes:

«Oh Jesús!, amad a vuestro Padre y a vuestro Espíritu Santo, en mi nombre!»

«Oh Padre de Jesús!, oh Espíritu Santo de Jesús!, oh Madre de Jesús!, oh Ángeles y Santos de Jesús!, amad a Jesús en mi lugar!»

«Volo, Dómine Jesu!, te regnare súper me!»: «Quiero, Señor Jesús! que reines en mí».

«Oh mi querido Jesús.!, sed mi Jesús; Oh mi Todo!, sed todo para mi en el pasado, en el presente te Y en el porvenir!»

«Unum necessarium, unum, volo, unum quaero, unum amo!»: «Una sola cosa me es indispensable: adiós! todo lo demás; yo no quiero sino una sola cosa: y todo lo demás nada me importa; es a Jesús a quien quiero y a quien busco y a quien quiero solo amar con todo el afecto y con todo el ardor del cielo y de la tierra».

«Oh Jesús!, oh María!, dadme vuestra santa bendición!»

Procurad, finalmente que vuestras últimas palabras sean: «Jesús!... María!»... o, bien: «Viva Jesús!»... o también: «Jesús!, sed mi Jesús». . .

De tal suerte podréis tratar dulce y santamente con Nuestro Señor, Por medio de estas pequeñas jaculatorios y filiales coloquios. Mas, a fin de que os conceda la gracia de poder valeros de ellas en el trance de vuestra agonía, habituáos a decirlas con frecuencia, especialmente por la noche en vuestro lecho, empleando ya unas ya otras, según lo que el Espíritu Santo y vuestro fervor Os sugieran.

Bueno sería también rogar a los que os rodearán y os asistirán en caso de Peligro, que os lean varias veces todo esto, aún en el supuesto de que perdierais el conocimiento o paulatinamente el uso de los sentidos, no dejen de hacerlo, pues seguramente Nuestro Señor, teniendo en cuenta vuestra intención y buen deseo, recibirá complacido como vuestro, el homenaje que por labios ajenos insistís en tributarle en el momento más solemne de vuestra vida.

Rogad igualmente a la Virgen Santísima, a vuestros Ángeles custodios y a vuestros Santos protectores que ejecuten todo esto en vuestro nombre, pero particularmente, pedid al mismo Jesús se digne suplir vuestras deficiencias en el desempeño de tan santos deberes para con la Divinidad en esos instantes

definitivos de vuestra existencia, con la seguridad absoluta de que, en su bondad inagotable os complacerá gustoso. Y, notadlo bien, pues esto es de importancia capital: Cumplidas así todas vuestras obligaciones para con Dios, y habiendo agotado todos vuestros medios de preparar santamente vuestra alma para morir digna, cristiana y santamente, no os fiéis, con todo, en vuestras disposiciones, y, confiados sólo en la infinita bondad de Dios, dejad a su cuidado vuestra salvación, suplicándole que sea El siempre vuestra preparación, vuestra fortaleza, vuestra santificación y vuestro Todo, en vuestro paso definitivo a la eternidad.

Y es, que, en suma sólo a El corresponde así hacerlo, pues El sólo es y será siempre el Todo en vuestra salvación: «Omnia in ómnibus Christus!»: «Cristo lo es Todo para todos», en sentir de San Pablo, como os dije al principio de esta obra; que El sea, por lo tanto, vuestro gran Todo en el tiempo y en la eternidad.

« Oh Jesús!, sed Todo así en la tierra como en el cielo; sed Todo en todos y en toda cosa. Sed el todo de esta obrita, que en cuanto de bueno tiene enteramente os pertenece, y que sólo habla de Vos y para Vos y que no tiene otro objetivo que el de formaros y haceros vivir en las almas de los que la leyeren. Que en ella no vean sino a Jesús , que en ella no busquen sino a Jesús, que en ella no encuentren sino a Jesús y que en ella no aprendan sino a amar y a glorificar a Jesús. Sedlo Todo también para el que la ha compuesto y para quienes la hayan de leer, pues bien lo sabéis, mi buen Jesús!, que yo, ni en vida, ni en muerte, quiero tener otra intención y otro anhelo distinto que el de haceros vivir y reinar en mí, en todos mis hermanos y en todas las creaturas del universo. Vivid, Pues, Jesús!, vivid y reinad en todos nosotros!, porque, a diferencia de aquellos miserables infelices que gritaban contra Vos: «Nólumus hunc regnare super

nos»: «No queremos que éste reine sobre nosotros!», Luc.XIXo,14, nosotros gritamos con toda el alma y con todas las fuerzas a la faz del cielo y de la tierra: «Vólumus, Dómine Jesu!, te regnare super nos»: «Queremos, oh Señor Jesús!, que reines sobre nosotros!». . . Reinad, pues en nosotros; vivid plena y absolutamente en nuestras corazones para que podamos algún día cantar eternamente: *«Omnia in omnibus Christus!»:* «Jesús es Todo en todos los seres!»

Viva Jesús!. .. Viva este gran Todo!. .. Viva el Gran Jesús, que es el gran Todo universal!.... Viva Jesús! ... Viva Jesús!....

Viva Jesús y María!

INDICE

CAPITULO SÉPTIMO

Profesiones cristianas que conviene renovar diariamente

LIBRO SEGUNDO

La Semana del Cristiano

CAPITULO PRIMERO
El Sacramento de la Penitencia

CAPITULO SEGUNDO

Advertencias para la Santificación 4 la Semana

CAPITULO TERCERO
Meditaciones para todos los días de la semana sobre los diversos estados de la vida de Jesús

CAPITULO SEGUNDO

El Retira Anual

CAPITULO TERCERO

El fin del año

CAPITULO CUARTO

Piadoso ejercicio con motivo de nuestro nacim¡ento.

CAPITULO QUINTO

Ejercicio piadoso con ocasión de nuestro Bautismo

CAPITULO SEXTO
La Muerte del cristiano

SE ACABO DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EL 25 DE AGOSTO DE 1956 EN LA

EDITORIAL SAN JUAN EUDES
USAQUEN - BOGOTÁ, D.E. - COLOMBIA.